

LAS
VIDAS DE LOS PADRES

DE LOS DESIERTOS DE ORIENTE.

Su doctrina espiritual y su disciplina monástica.

NUEVA EDICIÓN

POR

EL R. P. MIGUEL-ANGEL MARIN

DE LA ÓRDEN DE LOS MÍNIMOS

CON UNA INTRODUCCION, NOTAS Y ACLARACIONES HISTÓRICAS

Por M. Eugenio VEUILLOT

ADORNADA CON 60 GRABADOS POR M. CERONI

TRADUCIDAS DE LA SEGUNDA EDICIÓN FRANCESA

POR

DON RAFAEL PIJOÁN PBRO.,

Predicador Apostólico, Predicador y Capellán de honor de Su Majestad
y Director de « *El Faro Popular* »

TOMO II



PARIS

LUIS VIVÈS, LIBRERO-EDITOR

13, CALLE DELAMBRE, 13.

1892

NOTICIA

Sobre la situacion general de la Iglesia en la primera mitad del siglo V.

Muchos de los Padres de los desiertos de los que hablaremos desde este volúmen prolongaron su existencia bastante ántes del siglo V. Para dar mejor noticia de algunos de los hechos que vamos á contar, recordaremos sumariamente cuál era entonces la situacion general de la Iglesia.

San Juan Crisóstomo, elevado á la silla de Constantinopla en 398, tuvo pronto que luchar en defensa de la Iglesia. El emperador Arcadio, siguiendo los consejos de su muger Eudoxia y del Patriarca Teófilo de Alejandria, formó partido contra el santo patriarca, cuya rectitud y firmeza excitaban muchos ódios. El reverendo J. — E. Darrás resume de esta manera los hechos que precedieron al primer destierro « del más elocuente y zeloso de los pontífices de la Iglesia de Oriente : »

« El ardor con que el patriarca de Constantinopla proseguia en su provincia la reforma del clero y la represion de todos los abusos, le habian creado un gran número de enemigos. En un concilio que reunió en Éfeso, hizo deponer á seis obispos simoníacos, convencidos de haber comprado á su metropolitano la ordenacion á

precio de plata. (403) Depuso tambien al obispo de Nicomedia, Geroncio, que se habia hecho ordenar por Paladio de Cesarea (Capadocia), en recompensa de un considerable empleo en la córte, que habia obtenido para un pariente de este metropolitano. Un asunto todavia más grave, en el cual intervino San Crisóstomo con su habitual rectitud, le suscitó nuevos enredos. Teófilo, patriarca de Alejandria, irritado contra los monjes de Sceté que habian dado asilo á un sacerdote que él habia arrojado de su Iglesia, reunió un concilio en el cual, sin haberles llamado, les hizo condenar bajo pretexto de origenismo. »

Despues de haber hecho condenar á los monges, Teófilo les persiguió. No volveremos á hablar de los detalles de esta persecucion. Nuestros lectores ya saben cuán violenta fué ; saben tambien que los monges se refugieron á Constantinopla en donde obtuvieron la proteccion de San Juan Crisóstomo y fueron perseguidos por Teófilo. Este último tuvo fácilmente el apoyo de la emperatriz, y un conciliábulo celebrado en la áldea de Chene, cerca de Calcedonia, depuso al patriarca de Constantinopla. (403). Fué arrojado de noche en un barco que le trasladó á las costas de Asia. Esta vez su destierro no fué más que de un dia. Eudoxia, espantada por un temblor de tierra y por los clamores del pueblo, volvió á llamar al Santo. Pero dos meses despues era desterrado de nuevo.

El Papa Inocencio I. defendió á Crisóstomo contra la corte de Oriente ; pero no pudo lograr que se le hiciera justicia. San Juan Crisóstomo murió en el destierro pronunciando aquellas palabras de accion de gracias : « ¡ Dios sea alabado en todo ! » Los obispos de Occidente se unieron al Papa para sostener al patriarca de Constantinopla.

« Sin embargo, dice Bossuet, Arcadio murió (408), y creyó al Oriente tan desprovisto de buenos sugetos que puso á su hijo Teodosio, de edad de ocho años, bajo la tutela de Isdegerdo, rey de Persia. Pero Pulqueria, hermana del jóven emperador, se encontró inteligente para los grandes negocios. El imperio de Teodosio se sostuvo por la prudencia y piedad de esta princesa. »

El Occidente estaba entonces muy turbado. Este imperio, que gobernaba Honorio, parecia estar próximo á su ruina. Los Godos, todavia paganos, asolaban la Italia; los Vándalos, nación arriana, ocupaban una parte de la Galia y se estendian por España. Hubo numerosos mártires en todos los paises invadidos por aquellas hordas medio idólatras y medio herejes. Los obispos de Reims, de Langres, y de Besancon murieron por la fé. Alarico tomó a Roma (410). El poder de los bárbaros se consolidó en España; pero la fé del pueblo no se alteró bajo esta formidable dominacion. Entonces fué tambien cuando los Burguñones ocuparon el país que ha conservado su nombre y cuando los Francos empezaron á organizar su poder.

« Por aquel tiempo, dice tambien Bossuet (411-113), Celestino y Pelagio negaron el pecado original y la gracia por la cual somos cristianos. A pesar de sus disimulaciones, los concilios de Africa les condenaron (416). Los papas San Inocencio y San Zózimo, á los cuales siguió despues el papa San Celestino, autorizaron la condenacion y la extendieron por todo el universo. San Agustin confundió á estos peligrosos herejes, y esclareció a toda la Iglesia con sus admirables escritos. El mismo Padre, secundado por San Próspero, discípulo suyo, cerró la boca á los semi-pelagianos que atribuian el principio de la justificacion y de la fé á las solas fuerzas del libre arbitrio. Un siglo tan desdichado para el imperio y en el que se levantaron tantas herejias no dejó de ser dichoso para el Cristianismo. Ninguna turbacion le quebrantó; ninguna herejia le corrompió. La Iglesia, fecunda en grandes hombres, confundió todos los errores. »

La primera mitad del siglo quinto vió todavia nacer dos formidables herejias que desolaron por mucho tiempo á la Iglesia. Nestorio, patriarca de Constantinopla, dividió la persona de Jesucristo (429); y veinte años despues, Eutiques confundió sus dos naturalezas. San Cirilo, patriarca de Alejandria, se opuso á Nestorio, que fué condenado por el papa San Celestino, y depuesto, por ejecucion de esta sentencia, por el concilio de Éfeso (431). El papa San

Léon el Grande refutó y condenó á Eutiques. El concilio de Calcedonia (451), que San León presidia por sus delegados, anatematizó el error de este heresiarca.

No entraremos aqui en otros detalles sobre estas dos herejias de las cuales tendremos que hablar más de una vez en los volúmenes siguientes ; porque ellas tuvieron mucho eco en el Desierto.



Imp. Ch. Chardon aîné, Paris.

Goussier del.

Solitaires de Pherine.

Solitarios de Terina.

LAS VIDAS

DE LOS

PADRES DE LOS DESIERTOS

SEGUNDA PARTE (*Continuacion*).

DE LOS SOLITARIOS DE FERMO¹.



Habia en Egipto una montaña llamada Fermo que confinaba con la vasta soledad de Sceté; estaba esta habitada por quinientos monges, uno de los cuales, llamado Pablo, se distinguia por la emnencia de su piedad. Hubo dos solitarios del mismo nombre que moraron en el desierto de Sceté y á los cuales hay que distinguir del de quien hablamos. Este, contra la costumbre ordinaria de los solitarios, y por un camino particular que debe presumirse que venia de Dios, puesto que su virtud era universalmente reconocida, este, digo, no trabajaba; pero tampoco recibia cosa alguna de nadie, mas que lo que le era necesario para vivir durante un dia. Toda su ocupacion consistia en orar. Hacía cada dia trescientas oraciones en regla, y por esto llevaba sobre sí trescientas piedrecitas, de las cuales ponía aparte una en cada oracion que hacia. Bulteau hace notar que quizás fundándose en este ejemplo se inventó el rosario.

¹ Vit PP., Cotelier, Tillemont.

Pozomeno creyó que este Pablo era superior de los solitarios que habitaban esta montaña, pero Tillemont juzga que esto es una falta. Aquel hombre de oracion temió sin embargo en cierta ocasion que no oraba bastante, y se fué á encontrar á San Macario de Alejandria para descubrirle su pena. « Padre mio, le dijo al instante, estoy extraordinariamente afligido. » Y el Santo, habiéndole preguntado la causa de ello, le habló de este modo : « Hay en cierta aldea una joven que sirve á Dios desde hace ya treinta años, de la cual muchos me han dicho que no come más que el sábado y domingo, y que cada dia hace setecientas oraciones ; lo cual me obliga á condenarme á mí mismo porque, siendo un hombre y teniendo mucha más fuerza que ella, no he podido hasta aqui hacer más que trescientas oraciones por dia. »

San Macario le respondió : « He ahi que este es el año sesenta de que yo no hago más que ciento por dia y trabajo con mis manos para alimentarme y para servir en lo que puedo á mis hermanos, sin que sin embargo mi conciencia me acuse de ser negligente ; y si la vuestra os reprocha alguna cosa, aun cuando hagais trescientas oraciones cada dia, es evidente ó que no orais con bastante pureza, ó que podeis orar más. »

El abad Teodoro fué todavía más célebre que Pablo de quien acabamos de hablar. Retiróse al principio al desierto de Sceté, en donde los demonios probaron de una manera muy humillante para los espíritus soberbios, la fuerza de sus oraciones. Dos de estos malignos espíritus acercáronse un dia á su celda, aparentemente bajo figuras sensibles, con el fin de entrar alli y causarle turbacion ; pero este perfecto solitario se dirigió al Señor, y al instante aquellos espíritus fantasticos se encontraron tan bien atados á la puerta que no pudieron moverse del puesto. Sobrevino un tercero y, creyéndose más poderoso que los otros, hizo esfuerzos

para entrar ; pero al instante se encontró atado como ellos. No tuvieron más remedio que confesarse vencidos y suplicar à Teodoro que les devolviese la libertad ; él lo hizo diciéndoles solamente : Andad ; y se retiraron al instante cubiertos de vergüenza y confusion.

Un tan gran poder contra los espíritus de tinieblas prueba à qué grado de virtud habia llegado y cuál era el fervor de sus oraciones. Su mérito le distinguió tanto entre los santos habitantes de aquél desierto que le escogieron para presentarle al obispo y hacerle ordenar de diácono. Vióse obligado á rendirse ; pero su humildad era tal que jamás pudo resolverse á ejercer sus funciones. Huyó á diversos lugares para evitar un ministerio del cual se creia indigno ; y como siempre le volvian á traer para obligarle á ello, suplicó á los hermanos que le diesen algunos dias de tiempo para pedir al Señor que le diera á conocer su voluntad. Dios, cuyos caminos son impenetrables en la conducta de sus santos, y que queria dar á conocer á los hombres por el ejemplo de este, cuán grande y tremendo es el ministerio de los altares, le hizo ver en su oracion una columna de fuego que se levantaba desde la tierra al cielo, y oyó una voz que le dijo : « Si puedes hacerte como esta columna, anda y ejerce el diaconado. » Esta vision le confirmó más en los bajos sentimientos que tenia de sí mismo, y el domingo despues, habiendo ido á la iglesia con los demás, como estos le instasen de nuevo á que ejerciese su órden, ó á lo menos que aguantase el caliz, les suplicó que no le obligasen á esto porque se veria forzado á retirarse á otra parte. Asi que no tuvieron más remedio que dejarle en paz.

No sabemos si otras cosas que se refieren de él sucedieron, al menos en parte, cuando estaba todavia en Sceté ; pero es cierto que no dejó esta soledad hasta que los barbaros fueron á asolarla. Retiróse entonces á la montaña de Fermo, en donde moró hasta una extrema vejez, y vero-

similmente hasta la muerte ; porque no se dice que abandonase despues esta montaña.

Dios le puso alli como una antorcha encendida que podia descubrirse desde lejos ; y de todas partes recurríase á él para recibir sus instrucciones ó palabras de consuelo en las penas del espiritu y en las diferentes tentaciones, Su humildad sufría siempre mucho con esto, y no dependía de él el que no viviese en el olvido de los hombres y en un continuo silencio ; porque en esto igualaba al gran Arsenio, y la diferencia que se hacia de uno y otro es que Arsenio huía de los que iban á verle, y Teodoro los recibía con bondad ; pero su corazon, afecto al silencio, sufría entonces tanta violencia como si lo hubiesen atravesado de una cuchillada. Asi que, lo mismo que San Arsenio, evitaba responder, cuando podia comprender que no tanto iban á él para instruirse cuanto para conversar vanamente ó por pura curiosidad. Había alli en efecto algunos solitarios en aquel entonces, los cuales, olvidando el espíritu de retiro que les pedia su estado, iban de celda en celda bajo pretexto de edificarse con piadosas conversaciones, y en lugar de aprovecharse de ellas, repetían en seguida por todas partes lo que habían retenido de ellas, para apropiárselas y pasar por hombres espirituales.

Presentóse uno de ellos á la celda de Teodoro, y permaneció con él tres dias, rogándole que le diese algun saludable consejo. El Santo Abad retúvole todo aquel tiempo con caridad pero nada le dijo ; de suerte que, despues de tres dias, aquel hermano se retiró muy descontento. Su discípulo le preguntó la causa de su silencio, y él le respondió que le había tratado de este modo porque le conocía por un hombre que traficaba, por decirlo así, con lo bueno que oía decir á los demás, y que en seguida iba á contarlo á otra parte para hourarse con ello.

Notábanse en él principalmente tres grandes virtudes

en las cuales sobresalía : la pobreza voluntaria, la mortificación y el alejamiento de las criaturas, ó el amor del retiro y del silencio. Ya puede comprenderse cuál era su desapego y su amor por la pobreza por un caso bastante singular que le sucedió. Entraron en su celda tres ladrones, y mientras que dos le tenían cogido, el tercero iba quitando sus pocos muebles. Él no se defendió, aun cuando era muy robusto ; pero viendo que despues de haberle tomado los libros, querian tambien, llevársele el leviton ó toga de lino de que se servia para estar decentemente en la iglesia en tiempo de los sagrados misterios, les rogó que al menos le dejaran este. Habiéndoselo ellos negado, desembarazóse de repente con fuerza de los que le detenian y les arrojó por tierra, lo cual les infundió gran temor.

Sin embargo volvióles á animar al instante, diciéndo'les con dulzura : « Hagamos cuatro partes de todo lo que tengo ; os permito que tomeis tres para vosotros, y dejadme á mí la cuarta, que es el leviton, lo cual hicieron ellos. Asi que, él les entregó generosamente todo lo restante.

Este santo hombre amaba tanto la pobreza, que se gloriaba de practicarla, y no se avergonzaba de parecer pobre á los ojos de los hombres. Un antiguo religioso contaba de él que, habiendo ido á verle por la tarde, le encontró sin capucha en la cabeza con una toga tan rasgada que podia verse su pecho al descubierto. Mientras le hablaba, llamó á su puerta un seglar de distincion, y habiéndole abierto, vestido con esta pobre ropa, sentóse con él y le entretuvo durante todo el tiempo que él tenia necesidad de hablarle. El religioso quiso entonces echarle una pieza de tela sobre las espaldas para cubrirle, pero él extendió los brazos y la dejó caer. Cuando el seglar se hubo retirado, díjole aquel religioso : « ¿ Porqué, Padre mio, habeis obrado de esta manera?... Este hombre ha venido para aprovecharse de vuestros consejos, y quizás le hayais deseducado al

presentaros así delante de él. » — « ! Ay, Padre mio, le respondió él ; ¿ porqué me decis esto ? Yo he cumplido para con él el deber que la caridad exigía de mí ; despues de lo cual se retiró. Él puede aprovecharse, si quiere dello que le he dicho ; y si se ha escandalizado de mi mal vestido, no debió haberlo hecho. En cuanto á mí, yo acostumbro á presentarme con el hábito que llevo, bueno ó malo, cuando vienen á verme. » Y dijo al mismo tiempo á su discípulo : « Os ruego, que cuando venga alguno á hablarme, no os sirvais de los cumplimientos que se estilan ordinariamente entre los hombres ; sino que, si entonces estoy comiendo, decídselo ; y si duermo, decídselo tambien. »

Tenia tres volúmenes muy buenos, ya sea que los hubiese adquirido despues que los ladrones le habian despojado, segun dijimos, ya sea que los hubiese tenido mucho tiempo antes. Pero estaba tan poco apegado á ellos que los prestaba sin dificultad á los demás hermanos. Vínole sin embargo algun escrupulo de tener libros tan hermosos, y consultó al abad Macario para saber de él si los guardaria para su consuelo y el de los hermanos, ó si haria mejor en venderlos y distribuir su precio entre los pobres. El abad Macario le respondió que verdaderamente era una obra buena el aplicarse á la lectura de aquellos libros y hacerlos servir también para el uso de los demás religiosos ; pero que todavia era más perfecto no poseer cosa alguna. Al instante siguió este consejo, y fuése inmediatamente á vender aquellos libros y á entregar á los necesitados el precio que de los mismos habia sacado.

Era tan mortificado y caritativo al mismo tiempo que habiendo caido enfermo en sus últimos dias, como los hermanos le llevasen cosas para comer, á medida que el primero que se las habia presentado, se habia retirado, se privaba de ellas para darlas á los otros, y hacia lo mismo de todo lo que le llevaban, contentándose para su comida con lo

que le era ofrecido por el último que iba á verle. Consideraba la vida presente como un tiempo destinado á sufrir y á mortificarse, y no á buscar sus comodidades. Decia : « Muchos buscan tener reposo antes que Dios quiera dárselo. »

Un solitario del desierto de las Celdas, hallándose agitado por diversas turbaciones interiores, fué á encontrarle y le descubrió su estado. Dióle el consejo de que no permaneciese solo, sino que se entretuviese con sentimientos de humildad y desprecio de sí mismo, y entrase en un monasterio para vivir allí con otros en dependencia. Obedeció ; pero habiendo vivido algun tiempo en comunidad, fué nuevamente á quejarse de no poder hallar reposo con los demás. El Santo, despues de haberle escuchado atentamente, le respondió : « Vos no podeis, segun decis, hallar reposo, ya sea que vivais solo, ya con los demás ; pero ¿ porqué, pues, habeis abrazado la vida monástica sino para sufrir y haceros violencia ¿ Decidme, os ruego, ¿ cuánto tiempo hace que llevais el hábito religioso ? » — « Hace ocho años, respondió el solitario. » — « Hace setenta años que yo lo llevo, replicó el anciano, y no he pasado un dia en reposo, ¿ y quereis vos tenerlo, no teniendo mas que ocho años de religion ? » Esta respuesta conmovió al hermano, el cual se retiró con la resolucion de abrazar los sufrimientos con mayor paciencia de lo que lo habia hecho hasta entonces.

Antes de que su avanzada edad y sus enfermedades le hubiesen obligado á moderar un poco sus austeridades, pasaba muchos dias sin probar un bocado de pán. Un solitario le preguntó un dia si hallaba bien que usase la misma abstinencia. « Bien hariais, le respondió. » — Yo quiero pues, añadió el solitario llevar mis espigas al molino para hacer harina. » — « Si vais para esto al molino, replicó el viejo, vale tanto como que vayais por pan ; lo restante es inútil. »

Su celo por las menores costumbres de los antiguos padecía cuando veía que se apartaban de ellas. Encontróse en una asamblea de hermanos en la cual, comiendo con ellos, se apercibió de que algunos bebían sin decir antes según la costumbre de los solitarios: Perdonadme, Padre mio; y les dijo: « Los religiosos han perdido la costumbre de decir *Perdonadme*, que es una de sus más respetables prácticas. »

Su atractivo, según dijimos, era para el silencio de su celda; de él hacia sus delicias; y decía á este propósito que el que há gustado las dulzuras de la celda, huía voluntariamente de los hombres, sin que sin embargo despreciase á nadie. No salía de ella sino con pena; y el abad José, al cual estaba estrechamente unido por los lazos de una amistad cristiana, habiendo caído peligrosamente enfermo, y habiéndole hecho advertir hácia la mitad de la semana que moriría muy pronto, envióle á decir que iría á su casa el sábado, si todavía vivía entonces (este era el día en que los solitarios iban á la iglesia); pero que si moría antes de aquel tiempo, se verían en la eternidad.

Su corazón gemía frecuentemente por verse obligado á ceder á las necesidades de la vida; y decía suspirando: Mientras no pueda yo separarme de estas miserias, conozco que serán un obstáculo á mi perfección. También la vista de los peligros á los que está espuesta sobre la tierra nuestra alma le afligía algunas veces hasta tal punto que, habiéndosele quejado un religioso con el temor de perderse, y suplicándole que le diese un consejo saludable, le dijo en un tono de dolor: « ¡ Ay, hijo mio! yo también temo como vos el perderme y ¿ qué quereis que os diga? »

Aun cuando amaba mucho el trabajo de las manos, tan recomendado por los antiguos á los solitarios, quería que se hiciese sin avidez y sin apego; sino simplemente como una ocupación pasajera, á la cual debía siempre preferirse el cuidado del alma. Conferenciaba cierto día sobre esto

con un solitario llamado Juan, y quejábbase de la relajacion que en este punto tan esencial se habia introducido entre algunos monges del desierto de Sceté. Cuando yo moraba en otro tiempo en este desierto, decia, nuestro principal trabajo consistia en tener cuidado de nuestra alma, y la obra de las manos no era mirada más que como un accesorio ; pero hoy dia sucede todo lo contrario : La obra de las manos ha venido a ser la principal, y la del alma solo es mirada como accesoría. »

Un hermano que se hallaba presente le rogó que le dijese cuál era esta obra del alma á la cual se preferia la del cuerpo, y en qué caso se faltaba en esto ; y él se lo explicó de esta manera : « Lo que Dios nos manda debe ser considerado como la obra del alma y siempre debemos preferirla á esos otros trabajos que solo son para nuestro aprovechamiento temporal, y que por esto no deben ser mirados más que como un accesorio. » El hermano le suplicó que se lo diese un poco más á entender ; y el santo viejo le replicó : Suponeos que recibis noticia, por ejemplo, de que estoy enfermo, y en lugar de venirme á visitar, como á ello os obliga la caridad, os decis á vos mismo : ¿ Dejaré yo mi trabajo para hacer esta visita ? no, sino que lo terminaré, despues de lo cual iré á ver al enfermo. En seguida os sobreviene alguna otra ocupacion, y no solamente habeis diferido el venirme á visitar sino que ni siquiera habeis venido. De la misma manera suponed que un hermano os suplica que vayais á ayudarle en alguna cosa, y os decis tambien á vos mismo : ¿ Dejaré yo pues mi trabajo para ir á trabajar con aquel hermano ? Ahora bien, en estos dos casos si no dejais vuestro trabajo para visitar á un enfermo ó para ir á socorrer á aquel hermano, no haceis el trabajo del alma que es el que Dios os manda, y haceis el trabajo de las manos como el principal, mientras que no debe ser sino el accesorio. »

Otro hermano le fué á decir : Yo quisiera, Padre mio, cumplir perfectamente lo que Dios nos manda ; á lo cual respondió : « El abad Teholas se habia propuesto casi la misma cosa, y hé ahí lo que hizo. Habiendo ido á la panaderia y habiendo hecho cocer su pan, como lo hubiese medido en sus cestas, se presentaron algunos pobres que se lo pidieron, y al instante lo distribuyó entre ellos. Despues de estos se presentaron otros, y no teniendo, ya más pan para darles, les dió sus cestas y su hábito ; de suerte que se volvió á su celda no teniendo más que la pequeña capa con que los solitarios cubren sus espaldas, y que él puso al rededor de su cuerpo ; y despues de haber hecho un acto tan generoso de caridad, todavia se reprochó á sí mismo el no haber perfectamente cumplido lo que creia que Dios exigia de él. »

Su discípulo contaba de él este acto de caridad y de desinterés. Presentóse un hombre á la celda y nos ofreció cebollas por si queriamos comprarlas. Llené con ellas un jarron, y el viejo me dijo que las pusiese en otra parte, que llenase este jarron de trigo y lo diese á aquel hombre. Teniamos dos montones de trigo de los cuales el uno estaba limpio y el otro no, y yo lo llené de este. Cuando el viejo se apercibió, echó sobre mí una mirada de indignacion y tristeza, que me desconcertó tanto, que dejé caer el jarron, el cual se rompió. Al instante me puse de rodillas y pedí perdón de mi falta. Pero él me dijo : « Levantaos ; yo soy el culpable por haberos encargado este cuidado ; » y habiendo entrado en donde estaba el trigo limpio, llenóse de él el seno, diólo á aquel hombre, así como tambien las cebollas.

No se admiraba de las faltas de los demás, estando convencido de la grandeza de la fragilidad humana. A este propósito dió esta leccion de caridad á un anciano que fué á contarle que un hermano habia abandonado su estado

para volverse al mundo. « ¿ Os admirais de esto ? le dijo ; nuestra debilidad es tan grande que mas bieu debeis admiraros cuando un hermano ha escapado de los artificios de los enemigos de su alma. »

Por este mismo espíritu de compasion por las faltas de otro decia á un solitario : « Si estais ligado con los lazos de amistad con alguno, y este tiene la desgracia de caer en un crimen contra la pureza, no le abandoneis y tendedle caritativamente la mano para ayudarle á levantarse de su caida ; pero si cae en la herejía, y despues de haberle exhortado á abandonar su error, veis que se obstina en sostenerlo, separaos de él, por miedo de que no os arrastre tambien consigo al abismo. »

Esta hermosa leccion merece que nos fijemos bien en ella. Los pecados de los sentidos son grandes ; pero son tan odiosos por sí mismos que los que están inficionados de ellos causan algunas veces mayor horror de lo que son contagiosos. No sucede lo mismo con los pecados del espíritu, sobre todo el de la heregia ; algunas veces impresiona menos porque es menos grosero, pero es todavia más de temer, y los santos llenos de compasion por los otros pecadores, han recomendado siempre el huir de los herejes, tanto mas perniciosos cuanto menos lo parecen, y que vienen algunas veces á nosotros bajo la piel de oveja con apariencias de piedad, mientras que son lobos rapaces por su orgullo y por el veneno de su detestable doctrina.

El santo abad Teodoro mostraba en esto que tenia más á los hereges que á las serpientes ; porque habia obtenido del Señor la gracia de ser intrépido por la confianza que tenia en su divina proteccion, y respondió á un solitario que le preguntaba si se espantaría si se encontrase en algun gran peligro. Aun cuando se mezclasen juntos el cielo y la tierra, Teodoro no temeria. Hablaba así por el sentimiento de una viva fé. A propósito de lo cual se cuenta que habiendo

ido con su discípulo para sacar agua del lago, este llegó allí el primero, como más jóven, y vió una serpiente. Advirtió de ello desde lejos al viejo, quien le gritó que le pudiese el pié sobre la cabeza y la aplastase ; pero el discípulo espantado se volvió atras en vez de hacerlo. Entonces el santo abad se fué derecho á la serpiente, y apercibiéndose de esto el animal fué a esconderse en el fondo del desierto, como si hubiera tenido vergüenza de verse vencido por su intrepidez.

No queria que los jóvenes solitarios hablasen de cosas de las que no tuviesen todavia bastante esperiencia, sino era para instruirse. Y dijo á un hermano que queria entrar en plática con él sobre ciertos trabajos que jamás habia emprendido y de los cuales afectaba hablar como si fuese en ellos muy entendido : « Hermano mio, todavia no habeis subido al barco, ni siquiera habeis metido en él vuestro, pequeño bagaje ; y quereis ya haber llegado al lugar á donde os proponéis ir? Podreis hablar como lo haceis cuando tengais un poco más de esperiencia de la que teneis al presente. ».

Llego á una gran vejez, aun cuando habia pasado su vida en los combates contra los espíritus de tinieblas y en grandes austeridades. Moró más de setenta años en la soledad ; y al final de sus dias, Dios le probó con una larga enfermedad. Nada sabemos de las circunstancias de su muerte ni en qué tiempo tuvo ella lugar. Era menos antiguo que San Macario á quien él fué á consultar, y el abad Tehonas cuyo ejemplo citaba en cierta ocasion ; y floreció en Fermo con el solitario Pablo en 377, segun la cronologia de Bulteau.

DEL DESIERTO DE SCETÉ Y DE SAN MACARIO DE EGIPTO ¹.

El desierto de Sceté, que se há considerado como que estuviese fuera del Egipto, y el cual algunos autores creen ser el mismo que la Libia, estaba apartado de la Nitria como cosa de una jornada y media y distaba unas treinta leguas ó próximante de Alejandria, por la parte del mediodia. Es una muy vasta soledad en la que no se podia penetrar sin gran peligro de extraviarse, porque no habia ningun sendero que llevase allá, y para llegar á ella no podia uno guiarse sino observando el curso de los astros, lo cual poca gente se hallaba en estado de hacer. No habia en aquel lugar consuelo alguno para los sentidos. Hasta muy raras veces se encontraba allí agua; y cuando se la encontraba, era de mal olor, como sintiendo al betun; pero el gusto no era tan desagradable como el olor. El sitio que podia ser menos terrible, era un pantano; pero si presentaba alguna comodidad, estaba lleno de mosquitos y otros animaluchos cuyo aguijon era muy fuerte. A este terrible desierto fué á donde el espiritu de retiro y penitencia llevó á un gran número de solitarios, los cuales, habiendo puesto en el cielo todas sus esperanzas, no miraban la tierra más que como un destierro y se privaban voluntariamente para llegar al reino de los cielos, de todas las satisfacciones de este mundo. El número de los que allí se juntaron fué despues tan grande que fué necesario edificar allí cuatro iglesias en diferentes puntos para contener á todos los monges, y á fin de que tu-

¹ Vit. PP.. Los Bolandistas, Cotelier, Sócrates, Paladio.

ido con su discípulo para sacar agua del lago, este llegó allí el primero, como más joven, y vió una serpiente. Advirtió de ello desde lejos al viejo, quien le gritó que le pudiese el pié sobre la cabeza y la aplastase ; pero el discípulo espantado se volvió atrás en vez de hacerlo. Entonces el santo abad se fué derecho á la serpiente, y apercibiéndose de esto el animal fué a esconderse en el fondo del desierto, como si hubiera tenido vergüenza de verse vencido por su intrepidez.

No queria que los jóvenes solitarios hablasen de cosas de las que no tuviesen todavia bastante experiencia, sino era para instruirse. Y dijo á un hermano que queria entrar en plática con él sobre ciertos trabajos que jamás habia emprendido y de los cuales afectaba hablar como si fuese en ellos muy entendido : « Hermano mio, todavia no habeis subido al barco, ni siquiera habeis metido en él vuestro, pequeño bagaje ; y quereis ya haber llegado al lugar á donde os proponeis ir ? Podreis hablar como lo haceis cuando tengais un poco más de experiencia de la que teneis al presente. ».

Llego á una gran vejez, aun cuando habia pasado su vida en los combates contra los espíritus de tinieblas y en grandes austeridades. Moró más de setenta años en la soledad ; y al final de sus dias, Dios le probó con una larga enfermedad. Nada sabemos de las circunstancias de su muerte ni en qué tiempo tuvo ella lugar. Era menos antiguo que San Macario á quien él fué á consultar, y el abad Tehonas cuyo ejemplo citaba en cierta ocasion ; y floreció en Fermo con el solitario Pablo en 377, segun la cronologia de Bul teau.

DEL DESIERTO DE SCETÉ Y DE SAN MACARIO DE EGIPTO ¹.

El desierto de Sceté, que se há considerado como que estuviese fuera del Egipto, y el cual algunos autores creen ser el mismo que la Libia, estaba apartado de la Nitria como cosa de una jornada y media y distaba unas treinta leguas ó próximante de Alejandria, por la parte del mediodia. Es una muy vasta soledad en la que no se podia penetrar sin gran peligro de extraviarse, porque no habia ningun sendero que llevase allá, y para llegar á ella no podia uno guiarse sino observando el curso de los astros, lo cual poca gente se hallaba en estado de hacer. No habia en aquel lugar consuelo alguno para los sentidos. Hasta muy raras veces se encontraba allí agua; y cuando se la encontraba, era de mal olor, como sintiendo al betun; pero el gusto no era tan desagradable como el olor. El sitio que podia ser menos terrible, era un pantano; pero si presentaba alguna comodidad, estaba lleno de mosquitos y otros animaluchos cuyo aguijon era muy fuerte. A este terrible desierto fué á donde el espiritu de retiro y penitencia llevó á un gran número de solitarios, los cuales, habiendo puesto en el cielo todas sus esperanzas, no miraban la tierra más que como un destierro y se privaban voluntariamente para llegar al reino de los cielos, de todas las satisfacciones de este mundo. El número de los que allí se juntaron fué despues tan grande que fué necesario edificar allí cuatro iglesias en diferentes puntos para contener á todos los monges, y á fin de que tu-

¹ Vit. PP.. Los Bolandistas, Cotelier, Sócrates, Paladio.

viesen más facilidad de ir á ellas en los dias de asamblea. Sin embargo todavia habia algunos que no podian ir á las mismas sino desde muy lejos, puesto que el amor del retiro les llevaba a internarse en este desierto lo más que podian porque querian vivir separados de las criaturas para gustar con mayor libertad las dulzuras de la contemplacion.

Sin embargo lo que habia juntado á tantos santos en este desierto, ocasionó más tarde su destruccion. A medida que los primeros solitarios que en él se retiraron se hicieron célebres por su santidad, su reputacion atrajo á otros muchos, los cuales, degenerando poco á poco del fervor de los primeros, buscaron comodidades, y con esto se relajaron en las austeridades de los antiguos. Finalmente, aumentando la relajacion á medida que las comodidades eran allí mas buscadas, esto hizo creer á los Maciques, nacion errante y cruel, y que no estaba muy apartada de allí, que entre aquellos pobres evangélicos se podia hacer algun botin. Entraron pues en aquella soledad, llevados por esta esperanza, asolaron las celdas, degollaron á gran número de monges, y obligaron á los otros á buscar su seguridad en las inmediaciones de las ciudades. Estas irrupciones tuvieron lugar más de una vez ; hasta que finalmente esta soledad estéril en frutos, pero tan fecunda en virtud y santidad no fué ya más que como un campo yermo y que se ha abandonado.

Esta desolacion de Sceté habia sido predicha por los principales Padres que al principio lo habitaban y á los cuales Dios habia comunicado grandes dones para la conducta de los demás y luces sobrenaturales para el porvenir. San Macario, cuya vida vamos á escribir, habia dicho : « Cuando veais una celda edificada cerca de la laguna, creed que está próxima la desolacion de Sceté ; cuando viereis que se plantan árboles, calculad que está ya á la puer-

ta; y finalmente cuando viereis en él á niños, tomad vuestras pieles de carnero, y salvaos. » Habia tambien allí un viejo muy piadoso, que acostumbraba, cuando alguno quería edificar una nueva celda, ir á ayudar á edificarla, y lo hacia con tanta alegría y diligencia, que no se retiraba hasta que estuviese terminada. Pero, cierto dia, habiendo ido al sitio en donde se quería edificar una, púsose sumamente triste. Los hermanos le preguntaron la causa de esto y él les respondió: « ¡ Ah, hijos míos! este lugar va á ser pronto desolado. Yo he visto encenderse el fuego en Sceté, y los hermanos lo han apagado con sus hojas de palma. Se ha encendido por segunda vez y se le ha apagado del mismo modo. Finalmente has encendido por tercera vez, y entonces la llama se ha dilatado por todo el desierto sin que se haya podido apagar. Esto es lo que me aflige como veis. » Por último estando cierto dia reunidos algunos padres de Sceté y hablando de lo que podria acontecer en lo sucesivo, viendo verosimilmente que la relajacion empezaba á introducirse y que se degeneraba del fervor de los antiguos, uno de ellos, llamado Cirion ó Isquirion, dijo: « Al presente procuramos cumplir lo que Dios pide de nosotros: los que nos sucederán no lo cumplirán más que á medias, y serán seguidos de otros, los cuales, en su mayor parte se apartarán de ello; pero los que permanecieren fieles entre estos últimos, siendo probados por la tentacion, serán mejores que nosotros y nuestros Padres. »

Por todo lo que acabamos de decir, se ve que el desierto de Sceté fué al principio habitado por los más célebres y respetables solitarios que hubiese en aquellas regiones. Casiano dice que allí se juntaba todo lo más santo que habia entre los monjes. Rufino asegura que practicaban una perfeccion eminente; y el autor del libro sexto de los Padres añade que ningun religioso que no tuviese bien en su corazon la perfeccion, no podia permanecer mucho tiempo

en un desierto tan desnudo de consuelos humanos. Fué pues á medida que lossolitarios buscaron estos consuelos terrenales en un lugar que Dios habia consagrado á la penitencia, y á medida que se relajaron del santo rigor de los antiguos, que atrajeron á los Maciques á su soledad ; lo cual hizo decir á San Arsenio que así como el gran número de habitantes habia perdido á Roma cuando por aquel mismo tiempo fué asolada, del mismo modo la multitud de monges habia perdido a Sceté. *El mundo*, dice él llorando, *ha perdido a Roma y a los monges de Sceté*. Los antiguos echaban en cara tres defectos principales á los que vinieron despues de ellos y que causaron la relajacion. El primero fué sobre el trabajo ; porque los unos lo abandonaron por pereza y los otros hicieron de él su principal ocupacion por avaricia. El segundo fué la afectacion en los hábitos, cuya sencillez y pobreza cambiaron, y en los cuales introdujeron una forma más mundana que monástica, en cuanto podia permitirlo un hábito de penitencia. El tercero fué buscar las comodidades de la vida. Quísose plantar arboles y tener posesiones sobre la tierra ; apegóse á ellas el corazon y se le apartó de sus deberes. Hay que añadir á esto la demasiada gran facilidad en recibir á niños bajo pretexto de educarlos, ó en admitirles demasiado pronto en la religion ; porque no permitiéndoles su edad sostener todas las austeridades, hubo necesidad de mucha consideracion ; lo cual insensiblemente se fué extendiendo á los que habrían podido cumplir con los deberes monásticos sin usar de las mismas dispensas. Notamos esto para mostrar cómo llegan á perderse las más hermosas instituciones. La ociosidad, la codicia, la inmortificacion, el espíritu del mundo, destruyeron la de Sceté. Lo mismo sucederá á todas las congregaciones y á todas las órdenes, desde el momento en que estos defectos se hagan en ellas comunes.

Sin embargo las predicciones de los antiguos sobre las soledades de Sceté se cumplieron á la letra. Aquella soledad fué dos veces assolada y dos veces poblada de nuevo, pero ya no por monges tan perfectos como los primeros. Con todo, en tiempo de Juan Mosch habia todavia religiosos eminentes en santidad, como lo diremos en su lugar, lo cual responde á la prediccion de aquel anciano que decia que los que en el tercer tiempo permaneciesen fieles, siendo más probados por la tentacion á causa del mal ejemplo de los religiosos totalmente relajados, serian todavia más perfectos que sus padres. Pero ya hemos hablado bastante del desierto de Sceté. Vengamos á San Macario.

San Macario nació en el Alto-Egipto al principio del siglo cuarto, esto es, en el año 300. Podemos presumir por una falta que cometió en su infancia que la pasó con mucha inocencia de costumbres ; porque yendo á apacentar bueyes con otros niños de su edad, robaron estos higos, y él comió uno que al huir habian dejado caer. Despues, todas las veces que se acordaba de esto, lloraba con viva compuncion ; lo cual hace ver que no tenia otra falta mayor que reprocharse. Asi que desde que estuvo en edad más avanzada, abandonó totalmente al mundo para librarse de su contagio y servir á Jesucristo con mayor seguridad ; é imitando los comienzos de San Antonio, cuya eminente virtud tenia mucho eco, retiróse en una celda junto á una aldea para ejercitarse allí en la práctica de la vida ascética. El ardor con que á ella se entregó, hizo que en poco tiempo se adelantase mucho en la perfeccion monástica. Desde entonces se le consideró no solamente como un jóven que daba grandes esperanzas para el porvenir, sino como un religioso muy experimentado y cuyos ensayos en el combate espiritual eran casi los esfuerzos de los solitarios perfectos. A esto podemos llamar nosotros su primer retiro del mundo.

Lo que sabemos por sus historiadores, muestra que él habia llegado á un entero desapego y á una heroica paciencia, y Dios le honró desde entonces con sus más señalados favores. De ellos podrá juzgarse por los dos hechos que vamos á referir. Habiendo salido de su celda, encontró en ella al volver á un hombre que le quitaba sus pocos muebles y los cargaba en su camello. Muy lejos de demostrar por esto la menor tristeza, presentóse á él como si hubiera sido un forastero y hasta le ayudó á cargar su béstia. Pero cuando despues el ladrón quiso darle un latigazo para hacerla andar, no pudo hacerla levantar; porque ya es sabido que los camellos se agachan para recibir la carga.

Entonces entrando Macario en la celda y habiendo encontrado en ella una pequeña pala de hierro, de la que no se habia apercebido el ladron, presentósele, diciéndole: He ahí, hermano mio, lo que esperaba vuestro animal, y la puso con lo restante; despues de lo cual dió un punta-pié al camello y le dijo que se levantase.

El animal, que no habia obedecido á su amo, se rindió á á la voz del Santo. Anduvo un pedazo de camino, durante el cual el Santo conducia al ladrón, diciéndose á sí mismo con mucha tranquilidad: « Nada hemos traído á este mundo y nada debemos llevarnos de él. Dios me lo habia dado, Dios me lo quita; no ha sucedido sino lo que él quiso; bendito sea su santo nombre. » Sin embargo el camello no caminó mucho rato. Cuando hubo llegado á una cierta distancia agachóse otra vez y fué imposible hacerle dar un paso hasta que el ladron le hubo descargado y devuelto al Santo todo lo que le habia tomado.

Otra circunstancia mostró cuántos progresos habia hecho desde entonces en la paciencia. Fué acusado por una jóven de la aldea inmediata á su celda de una falta cuyo verdadero autor no quería ella designar. Los padres de

aquella jóven fueron á apoderarse del Santo, atáronle al cuello vasos de tierra, asas de cántaros y otras cosas semejantes, y le llevaron por toda la aldea, golpeándole hasta hacerle perder la vida y dirigiéndole toda clase de injurias. Macario no dijo cosa alguna, y hasta consintió en sufrir las condiciones que se le imponian como si hubiese sido culpable; pero muy pronto la jóven tuvo que confesar su mentira, y toda la poblacion se dirigió á hacer una reparacion al Santo. Entonces fué cuando se salvó en el desierto de Sceté.

Macario tenia cerca de treinta años cuando se retiró á Sceté, y vivió todavía sesenta en los trabajos de la mortificacion religiosa. Créese que San Macario de Alejandria habia edificado ya un monasterio en aquel desierto. Sin embargo algunos historiadores han considerado á San Macario de Egipto, como el fundador de los solitarios en aquel lugar, y han mirado al otro Macario como el Jefe de los religiosos de las Celdas. Eran contemporaneos y pudieron comenzar su obra poco más ó menos al mismo tiempo.

Estando pues nuestro Santo establecido en el desierto de Sceté, aplicóse con tanto mayor ardor á los rudos trabajos de la vida monástica, cuanto que con la impetuosidad de su juventud se sentia con mayor fuerza para sostenerlos. Por ahí se elevó á un muy alto grado de discrecion y de sabiduria; de suerte que se le llamaba el jóven viejo, habiendo adelantado en la virtud sobre lo que era propio de su edad. Su gran reputacion atraia ya á su desierto á un gran número de solitarios, cuando para aprovecharse más á sí mismo y para aprovechar más á los otros, fué á ver á San Antonio, cuya montaña estaba á quince jornadas de allí. Oyéndole el Santo llamar á la puerta, abrióle y le preguntó quién era. Respondió que era Macario; y al instante el santo viejo, que queria probar su virtud, cerró la puerta y le dejó esperar afuera. Macario estuvo así hasta

que San Antonio viendo su paciencia, le abrió de nuevo, le abrazó con amistad, y le dijo que deseaba mucho verle, habiendo tenido noticia de su manera de vivir. Y como se apercibiese de que estaba cansado, ejercitó para con él todos los deberes de la hospitalidad.

Por la tarde San Antonio se ocupó en mojar hojas de palma de las que hacía sus esteras, y San Macario le suplicó que le diese también algunas para hacer lo mismo, lo cual él hizo; y como que San Macario era más joven trabajó algunas más. Después se sentaron, conversaron sobre lo que atañe á la salvación trabajando en hacer esteras, las cuales bajaban por una ventana á la cueva en donde San Antonio moraba ordinariamente. Habiendo entrado en ella este Santo al día siguiente, apercibióse del gran número de esteras que Macario había hecho y besándole las manos, le dijo: « He ahí unas manos en las que hay mucha virtud. »

A su vuelta á Sceté, ya fuese en el mismo viaje, ó ya en algún otro que hizo, lo cual no explica en sus Actas, los solitarios le salieron al encuentro y les dijo que había visto á San Antonio y que le había dicho que no tenían iglesia para celebrar el santo sacrificio. No le preguntaron por lo pronto lo que el Santo le había respondido, sino que pasaron á otras conversaciones, y él no creyó deberles hablar más de esto. Con ocasión de lo cual, su historiador fundado en uno antiguo hace la siguiente hermosa observación. « Era costumbre de estos santos que, cuando veían que sus discípulos no les hacían preguntas sobre cosas útiles á su alma, procuraban ellos hacer que se presentase la ocasión de las mismas en sus conversaciones. Y si nó se les instaba á decir más, no pasaban adelante, por miedo de que dijese que hablaban sin ser preguntados, y se les acusase de hablar sin necesidad. »

Para entrar en más detalles de sus austeridades, confesó

él mismo á Evagrio, que fué discípulo suyo durante algun tiempo, que habia pasado veinte años enteros sin comer ni beber, ni dormir cuanto hubiese querido. « Porque, añadía él, no comia más que una cierta cantidad de pan que yo pesaba; medía el agua, y apoyándome solamente en la pared, tomaba como á hurtadillas el poco sueño sin el cual no podia pasar. » Su regla ordinaria era no comer sino una vez á la semana. Quería que sus discípulos se acostumbraesen á una gran mortificacion; y el mismo Evagrio contaba que hallándose en su compañía á la hora de mediodia, como se sintiese sumamente apretado por la sed, le pidió permiso para beber agua; mas él le respondió: « Contentaos, hijo mio, con estar á la sombra; porque á la hora en que estamos, hay muchas personas las cuales, viajando por tierra ó por mar, están privadas del alivio que vos teneis. » Fueron conversando entonces sobre la mortificacion, y el Santo para animarle le refirió de sí mismo lo que acabamos de decir:

Paladio dice con ocasion de su abstinencia, que es inútil hablar de ella, porque aun cuando ella fué muy grande, no se distinguia mucho de la de otros solitarios; puesto que, añade, los monges menos austeros y que viven cerca de los lugares habitados, no están sugetos á la gula, y este vicio es todavia mucho más desconocido entre los que se hallan en el fondo del desierto, ya por la escasez de todas las cosas, ya por el celo divino que les inflama y anima á sobrepujarse unos á otros por las diferentes austeridades que practican.

San Macario amaba tanto la mortificacion y la privacion de todas las comodidades de la vida, que habiendo ido á verle dos solitarios, no encontraron en su celda más que agua fétida. Quedaron sorprendidos de ello y se ofrecieron á llevarle á poblado para restablecer sus gastadas fuerzas. Como le instasen á esto, les dijo: « Hermanos míos; Sa-

beis el punto en donde está el molino de un fulano de tal de esta poblacion? » Respondiéronle que sí. « Y yo tambien lo sé, les dijo; pero ¿ sabeis tambien en dónde está su campo por el lado del rio? » — « Si, padre mio, » respondieron ellos á su vez. « Y yo tambien lo sé. » Deciales esto para demostrarles que si hubiese querido buscar sus comodidades, ya era conocido en la poblacion á la que le querian llevar: « Pero, concluyo él, os doy gracias de vuestros obsequiosos ofrecimientos; pues ya sé yo proveer á mis necesidades. »

Alquilábase en tiempo de la siega como lo hacian los solitarios de Nitria, y él mismo llevaba desde Sceté á los lugares habitados las cestas que habia hecho. Encontróse una vez tan abatido bajo su carga que, no pudiendo ir más adelante y encontrándose todavia alejado del rio, sentóse en tierra y se dirigió á Dios, diciéndole con una confianza filial, como un niño que habla á su padre: « Señor, ya veis que no puedo más; » y al instante se encontró en la orilla del rio.

Otra prueba tambien de su gran mortificacion es que, cuando se le obligaba á tomar algun alivio, procuraba resarcirse de él con algun otro género de penitencia. Asi que de él se cuenta que cuando comia con los solitarios y en la comida se presentaba vino, bebia el que le ponian delante, y pasaba despues tantos dias sin beber agua cuantos eran los tragos de vino que habia bebido. Los solitarios que ignoraban su costumbre tenian mucho gusto en presentárselo, creyendo con esto sostener sus fuerzas; y él estaba más contento de recibirlo para tener luego ocasion de mortificarse más; pero habiéndose apercibido de ello su discípulo, lo dijo á los hermanos, los cuales no se atrevieron á ofrecerselo más.

Bastante se traslucia en su rostro estenuado cuán grande era el rigor de su abstinencia. Esto provenia tambien del

temor de Dios de que estaba penetrado ; lo cual le hizo responder á algunos solitarios que le preguntaban porqué estaba tan flaco y demacrado : « Sí ponéis leña sobre sarmientos encendidos, se consume con ellos ; del mismo modo, cuando el alma está consumida, por decirlo así, por el temor de Dios, el cuerpo lo debe estar igualmente. »

Cuanto más este gran Santo debilitaba su cuerpo con austeridades, tanto más su espíritu cobraba vigor y fuerza para elevarse á Dios. Paladio dice de él que estaba sin cesar como arrobado fuera de sí mismo, y que con más frecuencia conversaba con Dios que no pensaba en lo que pasa debajo del cielo. Tenia cuarenta años cuando fué elevado á la dignidad de sacerdote. Los Griegos en sus *Menées* dicen que se vió obligado á ello por las apremiantes instancias que le hizo el obispo, que no queria que esta lámpara quedase oculta bajo el celemín, y que esperaba santificarse él mismo imponiéndole las manos. La santidad de este nuevo caracter penetró tanto su corazon que para procurar responder mejor á él, se entregó á austeridades completamente nuevas. Dios tambien le dió desde entonces el poder de mandar á los demonios, la gracia de curar enfermedades y el espíritu de profecia. De esto daremos pruebas despues de haber dicho algo de su amor al retiro y al silencio, y de su caridad para con el prójimo.

Como su reputacion le atraia muchas visitas, halló medio de librarse de ellas abriendo con mucha pena un camino debajo de tierra desde su celda hasta una cueva que estaba apartada de ella como la mitad de un estadio. De esta manera se escondia de la vista de la gente, cuando le importunaba demasiado, salvándose por medio de este camino en aquella cueva que era muy profunda, sin que se pudiese saber en dónde estaba. Uno de sus discípulos decia despues que, mientras iba á ella, tenia costumbre de hacer veinti cuatro oraciones, y otras tantas cuando volvía.

Recomendaba el silencio á los solitarios como una de las virtudes más esenciales de su estado. Un dia en que habia despedido la asamblea de los hermanos, despues de la celebracion del santo sacrificio en la iglesia que se habia edificado en Sceté, despues del viaje que hizo para ver á San Antonio, les dijo : « Huid, hermanos míos. » — « Pero ¿á dónde podemos huir? le preguntó uno de ellos. ¿ Hay algun lugar mas retirado que este desierto? » Entonces poniendo el dedo en la boca dijo . « Allí, allí hay que huir ; » y al mismo tiempo se retiró á su celda, cerró la puerta, y se quedó solo.

Para prevenirles contra los tedios de la soledad, y animarles á guardarla fielmente, citóles un ejemplo que tendia á probarles que el demonio la temía grandemente. « Una madre, decíales, trajo á mi celda á su hijo poseido por el demonio. Al llegar este niño, no queria quedarse y decia á su madre : Levantaos y vámonos. Y como ella le dijese que no podia irse, le respondi6 : Pues bien : ya os llevaré yo mismo. Con lo cual yo admiré la traza maliciosa que procuraba echarle de aquí. »

Casiano refiere de él una muy ingeniosa parábola de que se sirvió para inducir á un religioso á que abandonase su retiro so pretexto de ir á trabajar en las ciudades en la salvacion del prójimo ; pues esta era una tentacion de la que frecuentemente se servia el demonio para apartar á los monjes de su soledad. « Habia en una ciudad, dice el abad Macario á este religioso, un barbero muy hábil que no recibia más que tres *sols* de cada uno de aquellos á quienes arreglaba el pelo ; pero como que lo hacia á un gran número de personas, despues de haber tomado lo necesario para sus gastos, no dejaba de ahorrar todos los dias cien *sols*. Mientras hacia regularmente esta ganancia, supo que en una muy apartada ciudad, no se daba menos de un *teston* por hacerse afeitar. ¡ Tonto de mi ! dijo entonces, ¿ porqué

pierdo aquí el tiempo? Trabajo mucho por tres *sols*, y yo puedo enriquecerme en aquella ciudad. No deliberó más; y vendiendo todo cuanto tenía para equiparse, llegó á aquella ciudad en la que se prometía tan gran ganancia. Halló que lo que le habían dicho era verdad. Recibía tantos *testones* como personas aféitaba, y viéndose por la noche con mucho dinero, fuése muy contento al mercado para comprar con que comer; pero todo estaba allí tan caro que para tener precisamente lo que necesitaba para vivir gastó cuanto había ganado, sin que siquiera le quedase un *sol*.

« Cuando durante algun tiempo hubo advertido que todos los días le sucedía lo mismo, y que esta gran ganancia muy lejos de proporcionarle medios para ahorrar alguna cosa, no le bastaba siquiera para el gasto diario, entró dentro de sí y dijo: Es necesario que vuelva á mi antiguo pueblo, y que vaya á buscar de nuevo aquella pequeña ganancia de otros tiempos, la cual, despues de haber retirado lo necesario para la vida, no dejaba de darme algunos ahorros con que algun día pudiese sostenerme en mi vejez. Por pequeña que fuese la ganancia, sin embargo lo que de ella me quedaba, y que se aumentaba todos los días no era poco. Veo por esperiencia que he ganado allí más sueldo á sueldo, que aquí con mis cuartas partes de escudo; porque muy lejos de poder ahorrar, alguna cosa apenas tengo para pasar el día.

« De la misma manera, añadía San Macario, es preferible geste pequeño fruto que continuamente recogemos en la soledad, el cual jamás es interrumpido por los estorbos del mundo, ni por los movimientos de la vanagloria ni por los cuidados del alimento quotidiano, *puesto que el justo encuentra más contento en lo poco que hace que en todas las riquezas de los pecadores*, es preferible, digo, esta ganancia, aunque pequeña, á otra mayor; porque aun cuando la hubiéramos adquirido con la feliz conversion de muchas per-

sonas, disipariase por la necesidad de conversar con el mundo, y con las distracciones é inquietudes continuas. »

Comparando el historiador Sócrates la virtud de San Macario de Egipto y de San Macario de Alejandria, dice que eran iguales una y otra, y que la sola diferencia que en ellas se notaba es que la del de Egipto era grave, mientras que la otra era alegre y agradable en la conversacion, lo cual era más á propósito para atraer á los jóvenes á la soledad. Pero si la caridad del de Egipto era más séria, no era menos dulce y bienhechora, puesto que de él se decía que era como un Dios sobre la tierra ; porque así como Dios cubre todo el mundo con su proteccion y sufre los pecados de los hombres, así este santo cubria los pecados y las faltas de sus hermanos. Él las veia como si no las hubiese visto ; y oia lo que de ellas le decian como si no lo hubiese oido.

Encuétrase en la *Recoleccion de los Padres* un acto de dulzura que muestra por una parte cuánta era su caridad y que prueba igualmente la humildad de San Macario de Alejandria. Sucedió que dos solitarios de Sceté fueron acusados de haber cometido una considerable falta, por la cual San Macario de Alejandria les separó de los demás hermanos y les excomulgó. Desconcertóles tanto este rigor que formaron la resolucion de abandonar su estado y volverse al mundo. Otros solitarios fueron á dar noticia de esto á San Macario de Egipto, el cual respondió que quien les había separado así de los hermanos, habíase separado á sí mismo. Macario de Alejandria al saber esto, retiróse lleno de dolor junto á la laguna, á la que habiendo ido nuestro Santo, hallóle atravesado de mosquitos, de suerte que, movido á compasion, le dijo : « Vos habeis excomulgado á aquellos hermanos, y he ahí que están á punto de volverse al siglo ; y vos al contrario os habeis metido más y más dentro de

esta soledad, como se vé á una virgen casta encerrarse más en su retiro.

« Sabed sin embargo que antes de atreverme á condenar á esos hermanos, les he hecho llamar, y me han asegurado que eran inocentes de la falta de que se les há acusado. Tened pues cuidado de no dejaros engañar otra vez por el demonio ; porque vos no habeis sido testigo de su falta.

« Pedid perdon de vuestra falta humillándoos profundamente. » Entonces San Macario de Alejandria le dijo. « Os ruego, si teneis á bien, que me prescribais la penitencia que debo hacer. » Nuestro Santo, que no le habia excolmugado sino porque le amaba, y que quería hacerle entrar más pronto dentro de sí mismo, viendo su humilde docilidad, le dijo : « Pasareis tres semanas no comiendo más que una vez cada ocho dias. » Y en esto no le dió una penitencia extraordinaria, sino que se contentó con hacerle aplicar, durante este tiempo, por su falta, el ayuno que ordinariamente practicaba ; pues San Macario de Alejandria no comia más que una vez por semana.

Tambien se cuenta en la misma Recoleccion un rasgo de dulzura que ganó para Jesucristo á un sacerdote de los ídolos, y juntamente con él á muchos paganos ; y él se sirvió de este ejemplo para enseñar á los demás solitarios que algunas veces las palabras insolentes y llenas de orgullo hacen que los buenos se vuelvan malos, mientras que las palabras humildes y dulces, cambian los malos en buenos. Iba desde Sceté á la montaña de Nitria acompañado de su hermano, á quien dijo que fuese adelante. A propósito de lo cual se debe observar que era ordinariamente costumbre de los solitarios el que, cuando iban dos ó tres juntos, se separasen un poco unos de otros, para impedir que hablasen vanamente y para conservarse mejor en la presencia de Dios.

Este discípulo, pues, habiéndose adelantado á él un buen trozo de camino, encontró á un sacerdote idólatra que lle-

vaba un grueso baston en la mano y que corria como se hacia en las bacanales. Su celo poco discreto le indujo a gritarle : « ¿ A dónde corres, demonio ? » El idólatra, irritado por este apóstrofe, fuése á él y le dió tan fuertes palos que le dejó medio muerto, despues de lo cual volvió otra vez á correr. Cuando estuvo junto á San Macario, el Santo le dijo con dulzura : « Buenos dias, buenos dias ; veo que os tomáis mucho trabajo y debeis estar muy cansado. » El idólatra, admirado de su aludo, acercóse á él y le dijo : « ¿ Qué habeis encontrado de bueno en mi para saludarme de este modo ? » — « Lo he hecho, respondióle el Santo, porque he visto que estais sumamente fatigado y no mirais que esto no os sirve de nada ». El idolatra le replicó : « Me ha movido vuestro saludo, y comprendo que sois un hombre de Dios ; pero no es lo mismo aquel malvado solitario á quien acabo de encontrar. Él se ha atrevido á injuriarme, pero yo le he hecho pagar bien caras las injurias ; porque le he dejado medio muerto. » El Santo comprendió al instante que hablaba de su discípulo ; y el idólatra, echándose á sus pies y abrazándose los, le dijo por un efecto de la gracia que habia cambiado en aquel momento su corazon : « Yo no os dejaré que no me hayais hecho monge. » Fuéronse juntos al lugar en donde estaba su discípulo todo magullado de golpes, y lleváronle á la iglesia de la montaña de Nitria porque no podia andar por sus pies. Los hermanos de Nitria quedaron grandemente sorprendidos al verle llegar con aquel sacerdote idólatra. Diéronle el hábito monástico por la relacion que les hizo de su conversion y buena vocacion, y á ejemplo suyo, muchos paganos abrazaron la fe cristiana.

No se desdeñaba de aprender la manera de practicar la virtud de aquellos mismos que estaban en la soledad mucho despues de él ; y un dia obligó á un jóven solitario, llamado Zacarias, que le dijese cuál era el deber de un monge. Zacarias admirado le dijo : » ¡ Ay, Padre mio ! ¿ vos me pre-

guntais esto á mi ? » — « Sí, hijo mio, le respondió ; Dios quiere que lo aprenda de vos. » Entonces el jóven solitario le dijo : « Paréceme, Padre mio, que aquel es verdadero monge que en todo se hace violencia. »

Tambien se refiere de él este generoso acto de caridad. Habiendo ido á la celda de un ermitaño que estaba enfermo, y que no tenía cosa alguna, le preguntó qué deseaba comer. El hermano le dijo que desearia tener alguna pequeña torta. Corrió al instante hácia Alejandria para traérsela, y volvió de allí con tanta diligencia, aun cuando no habia de andar menos de treinta leguas, segun dijimos al principio de este capítulo, que se tuvo esto por un milagro.

Portábase con los hermanos con tanto candor y simplicidad que algunos en cierta ocasion le reprocharon de ello, pero él les respondió : « Yo he pedido encarecidamente esta gracia á Dios durante doce años ? por qué quereis que renuncie á ella ? »

Hemos dicho que Dios le habia concedido el poder sobre los espíritus malignos. Su historia nos da de esto más de un ejemplo. Echábalos de los cuerpos de los posesos ; disipaba sus prestigios ; obligábalos á declarar las tentaciones con que atacaban á los solitarios ; era temido de ellos, y él no les temia.

Paladio cuenta que una muger le llevó á su hijo poseido del demonio, conducido por dos hombres que le tenian atado cada uno por su lado. El espíritu maligno que habia tomado posesion de él, le volvia tan voraz que comía cada día hasta tres grandes medidas de pan, y bebia en la misma proporcion ; y cuando su madre no tenia con que apagar su hambre, llenaba su vientre con las cosas más sucias ; pero lo que habia en esto más particular era que todo cuanto comia se le resolvia en humo que se veia salir de su estomago. Su madre desolada, suplicó al Santo que le curase con

sus oraciones, lo cual él hizo. En seguida preguntó á ella cuánto quería que comiese cada dia su hijo ; á lo cual respondió que deseaba que no comiese más que diez libras. Es demasiado replicó el Santo, y oró nuevamente por él añadiendo á su oracion un ayuno de siete dias, despues de lo cuál le puso por regla que comiese tres libras de pan cada dia y se las ganase con su trabajo.

Mirando una noche el mismo Santo hácia el camino que conducia desde el lugar de su retiro á la soledad en que moraban los otros solitarios, apareciósele el demonio bajo la figura de un hombre cubierto con un hábito de lino, pero lleno de agujeros, y eu cada agujero habia una redomilla. Preguntóle á dónde iba y qué significaban todas aquellas redomas. « (Voy, le respondió el fantasma, á despertar á los hermanos, y les llevo estas diferentes porciones, á fin de que si alguno no quiere de la una le presento otra que le guste ; despues de lo cual se fué, pero el santo viejo no se movio del punto y esperó continuando en mirar por el camino, si apareceria de nuevo. En efecto volvió, y el Santo le obligó á decir si habia seducido á algun solitario. « Todos vuestros monges son intratables, le dijo el demonio ; no me muestran más que dureza ; no hay uno solo que quiera seguirme. » — « ¡ Pues qué, dijo el Santo ! ¿ no tienes pues un solo amigo ? » — « Hay uno sin embargo, replicó el demonio, que me cree, y apenas me ve, se vuelve como el viento. — » « ¿ Cómo llamas tú á este ? » le preguntó el Santo. » — « Es Tehopempto, » dijo el demonio ; y desapareció al instante.

San Macario no tardó en presentarse á los solitarios, los cuales, habiendo sabido su llegada, le salieron al encuentro con ramas de palma, y cada uno preparó su celda para recibir su visita. Pero sin detenerse mucho con ellos, pidió por Tehopempto y fué á alojarse en su celda. Fué recibido por él con grandes demostraciones de respeto y alegría,

como que era el Padre comun de los solitarios ; y cuando estuvieron solos, le dijo el Santo : « Y bien, hermano ¡mio, cómo estais ? » — « Muy bien, padre mio, por medio de vuestras oraciones, » dijo Tehopempto. — « Pero vuestros pensamientos, añadió el Santo, ¿ no os dan pena ? » Tehopempto, no atreviéndose á confesar la verdad, le dijo que no. En cuanto á mí, replicó el Santo, que he pasado ya tantos años en esta vida austera, y á quien, como veis, todo el mundo honra, no os disimularé que me veo frecuentemente atormentado por mis pensamientos. Tehopempto, animado por la humilde confesion del Santo, le replicó : « ¡ Ay Padre mio ! es necesario que os confiese que tambien los tengo yo que me dan mucha pena. » El Santo, viéndole dispuesto con sus palabras á manifestarle el estado de su alma, añadió que tambien él era tentado de diferentes pasiones ; y Tehopempto le declaró por último todo cuanto deseaba oír de su boca. Supo tambien que no ayunaba más que hasta las tres, y le dió las siguientes reglas : Ayunad hasta la noche, ocupaos mucho en el trabajo, medita siempre algun pasage del Evangelio ó de algun otro libro de la sagrada Escritura, y cuando el demonio os sugiera en el espiritu algun mal pensamiento, levantaos siempre en alto con la oracion, y nunca mireis abajo, y Dios vendrá pronto en vuestro auxilio. » Despues que le hubo instruido así de lo que debia hacer, volvióse á su soledad.

Algun tiempo despues, presentósele el demonio como la primera vez y le repitió que iba á despertar á los hermanos. Volvió en seguida despues de haber dado vueltas al rededor de sus celdas para tentarles, y San Macario le preguntó qué tal eran. » Son, respondió el maligno espiritu, todos muy duros y muy salvajes ; pero lo peor es que el que antes me obedecia, está al presente todo mudado y cambiado, no sé por qué ; no solamente se niega á escucharme,

sino que es más intratable que los demás, muy lejos de ser como antes amigo mio. »

San Doroteo se sirve de este ejemplo para probar que nadie debe confiarse á su propia prudencia. « El demonio, dice él, que no busca sino nuestra perdicion, mira como amigos suyos á los que se guian por su propio espíritu, porque con esto cooperan á sus designios y se tienden lazos así mismos. No he conocido, añade, casi otra causa de las caidas de estos monges que esta. Por esto cuando veais á alguno que se aparta de su estado y cae en faltas considerables, creed que este mal le sucede porque él mismo ha querido ser su guia. Nada hay, en efecto, más peligroso y pernicioso que seguir su propio espíritu y guiarse por sus propias luces. »

La intrepidez de San Macario frénate por frente de los espíritus malignos era admirable. Ella prueba la grandeza de su fé y de su confianza en Jesucristo, que triunfó del infierno y ató con su pasion al príncipe de las tinieblas. Fuese una vez á Terenut, y hallándose sorprendido por la noche, entró en un sepulcro para dormir en él. Había allí muchos cadáveres de paganos, y tomó uno de ellos para que le sirviese de almohada, como si hubiese sido un manojo de juncos. Los demonios, picados al ver su seguridad, quisieronle poner miedo. Fingieron llamar al muerto sobre el cual descansaba su cabeza, diciéndole : « Fulana de tal, venid con nosotros al baño. » Y otro demonio, haciendo como que este muerto respondia por debajo del Santo, dijo : « No puedo ir allá porque tengo sobre mí un forastero. » Pero San Macario, muy lejos de espantarse, dió grandes puñetazos á aquel cuerpo, diciéndole : « Levántate, si puedes. » Entonces los demonios echaron un gran grito, diciendo : « Tu has vencido » ; y huyeron llenos de confusion.

Otra vez en que volvia muy de mañana á su celda cargado con hojas de palma que habia ido á buscar á la laguna,

apareciósele el diablo, teniendo en la mano una hoz sumamente cortante, con la cual se esforzó en pegarle ; pero habiéndole Dios quitado el poder, exclamó : « ¡ Oh Macario ! tu me has hecho sufrir una gran violencia viendo que no puedo dañarte y que me ha sido quitada la fuerza para ello, aun cuando yo realizo más perfectamente que tú las cosas que haces ; porque si tu ayunas algunas veces, yo no como nunca ; y si tu velas algunas veces, jamás el sueño cierra mis párpados. Solo hay una cosa en la que confieso, que me sobrepajas. » Con esto el Santo le preguntó cuál era esta cosa, y él le respondió : « Es tu humildad ; esta es la virtud que hace que yo no pueda nada contra tí » Con estas palabras, el Santo extendió las manos para orar, y el demonio desapareció.

No era sin razon el que este espiritu de orgullo temiese tanto la humildad de Macario ; por que este gran Santo á quien Dios habia dado tanto imperio sobre él, que practicaba tan grandes austeridades, y que brillaba en medio de los solitarios con sus dones sobrenaturales y con su eminente virtud, estaba tan distante de buscar las alabanzas de los hombres, y tenia de sí mismo una idea tan baja, que por una parte se escondia cuanto podia á los ojos de sus hermanos y no empleaba el don de milagros que Dios le habia comunicado sino en cuanto se veia obligado á ello por la compasion y la caridad, ó cuando la gloria de Dios estaba interesada en ello ; y por otra parte considerábase como el mayor pecador y vivia con un santo temor de los juicios de Dios ; lo cual le hizo confesar en cierta ocasion á unos solitarios, que no tanto eran sus ayunos los que se- caban y extenuaban su cuerpo, cuanto el temor de Dios de que estaba penetrado.

Tillemout dice « que la humildad de este Santo escondió sin duda á los hombres una gran parte de las maravillas que Dios hizo por su medio ; y hasta nosotros ignora-

mos muchas de las que no pudo ocultar ; pues los historiadores protestan que no han escrito todas las que sabian, siendo estas en tan gran número que, para narrarlas, se hubieran necesitado libros expresos. »

Dios le habia favorecido tambien con el don de profecía. Al principio de este capítulo vimos la que hizo de la decadencia del estado monástico en el desierto de Sceté, y la cual fué muy justificada por los acontecimientos. Tenia diez discípulos, uno de los cuales moraba en una celda separada, y el otro, llamado Juan, estaba cerca de él para servirle en su avanzada edad, ó para tributar á los que iban á verle los deberes de la hospitalidad. Esclareciéndole el Señor sobre los sentimientos interiores de este, hablóle en los siguientes términos para inducirle á corregirse : « Oídme, hermano mio Juan, y recibid con docilidad un consejo que quiero daros y que os será de gran utilidad, si os quereis aprovechar de él. Vos sois tentado por el demonio de la avaricia ; porque yo lo he visto. Si recibis bien la advertencia que os hago, cumplireis con perfeccion la obra de Dios en este lugar. Os hareis célebre, y los juicios de Dios no os serán contrarios ; pero si al revés no os rendis á mi amonestacion, caereis finalmente en la enfermedad de Giezi, cuyo pecado habeis ya contraído. »

El discípulo, en vez de aprovecharse de este saludable consejo, no pensó en enmendarse, y se realizó lo que le habia sido predicho ; porque habiendo muerto el Santo, Juan fué hecho sacerdote despues de él ; pero el demonio que habia cegado á Judas por la avaricia, cególe igualmente á él hasta hacer que se apropiase lo que pertenecia á los pobres ; y finalmente, quince ó veinte años despues de la muerte de San Macario, hallóse tan cubierto de la lepra que se llama *elephantiasis*, que en todo su cuerpo no se encontraba la anchura de un dedo que no estuviese dañada por ella.

La misma caridad que le inducia á usar del poder de hacer milagros que habia recibido de Dios, hacia tambien que cuando se presentaba la ocasion procurase que fuesen de provecho al alma de auquellos á quienes socorría por este medio á medida que les aliviaba de sus males. Lleváronle una jóven cuyo bajo vientre estaba de tal manera podrido que salian de él gusanos, y el mal olor de la llaga hacia que nadie se atreviese á acercarse á ella. Viéndola el Santo, movióse á piedad y le dijo : « Anímate, hija mia : Dios te ha enviado estos males, no para darte la muerte sino para salvar tu alma... En seguida oró durante siete dias y derramó sobre ella acéite que el habia bendecido, invocando el nombre del Señor, y hallóse perfectamente curada. Pero para impedir que abusase de su curacion, quedó privada de toda hermosura.

He ahí algunas maravillas todavia más sorprendentes, pero de las cuales no debe uno admirarse en un Santo que Dios habia dado para hacer resplandecer la grandeza de su poder soberano.

Habiendo un hombre sido acusado de asesinato, del cual sin embargo era inocente, huyó á su celda por miedo de ser detenido y castigado como culpable, pero los que le perseguian llegaron á ella pronto despues, protestando al Santo que si no se llevaban consigo á aquel asesino para que se le hiciese justicia, se hallaban tambien ellos en peligro. El acusado protestaba que era inocente, y las vivas réplicas de una y otra parte no llevaban trazas de terminar. Viendo el Santo que dejándoles disputar más nada adelantaria, preguntó en dónde se habia enterrado al muerto, y fuése allá con los que querian llevarse al hombre á quien acusaban. Allí hincóse de rodillas en tierra, é invocó el nombre de Jesucristo ; despues de lo cual dijo á los asistentes : « El Señor dará á conocer ahora si este hombre á quien acusais es culpable ó no. » Entonces, levantando la

voz, llamó al muerto por su nombre, y le dijo: « Os conjuro por Jesucristo que declareis si es este hombre á quien se acusa, el que os ha quitado la vida. » A lo cual respondió el muerto desde el fondo del sepulcro con voz inteligible, que no era él quien le habia dado la muerte. Todos los que se hallaban presentes, espantados por un milagro tan grande, se echaron á sus pies y le rogaron que preguntase al muerto quién era, pues, el autor de aquel asesinato; pero el Santo les respondió: « Esto me guardaré de hacerlo. A mí me basta haber demostrado la inocencia del acusado, sin dar á conocer al culpable, el cual quizás se arrepentirá de su falta, hará de ella penitencia, y salvará su alma. »

El abad Sisoés cuenta de él otra maravilla casi semejante. Cuando estaba en Sceté, decia este abad, con el abad Macario, nos fuimos siete juntos para segar trigo. Habia en el campo en que trabajabamos una pobre viuda que espigaba detrás de nosotros, y lloraba continuamente. El Santo viejo preguntó al dueño del campo la causa de esto, el cual le dijo que el marido de aquella muger tenia un depósito y que, habiendo muerto súbitamente sin decirle en dónde lo habia puesto, aquel á quien pertenecia queria tomar á ella y á sus hijos por esclavos. Entonces el abad Macario le dijo: « Decid á esta muger que venga á encontrarnos cuando descansemos. » Fuése á ellos la muger y habiéndole contado cuál era la causa de sus lágrimas, le dijo: « Llevadnos al punto en que está enterrado vuestro marido. » Cuando estuvieron allí, dijo á la muger que se retirase á su casa y él se quedó con los demás hermanos. Pusiéronse en oracion y, despues que la hubieron acabado, llamó al muerto y le dijo que declarase en dónde habia puesto el depósito que se le habia confiado. « Está en mi casa, respondió el muerto; se encontrará escondido á los pies de la cama. » El santo viejo añadió: « Dormid pues todavia hasta el dia de la resurreccion. » Los hermanos



Imp. Ch. Chauvin and. Paris

Gravé par J. B. Dreyer

Saint Macaire d' Egypte.
San Macario el Egipciano.

que se hallaban presentes se cayeron de miedo á sus pies al oír esto ; pero él les dijo : « Dios ha hecho esta maravilla no para mí, pues yo no soy nada, sino para asistir á aquella pobre viuda y á sus hijos huérfanos. » Él se fué al instante á encontrar á la viuda y le dijo en donde estaba el depósito, el cual pronto fué encontrado. De este modo ella lo devolvió á su acreedor y libró á sus hijos.

Pero la maravilla más culminante que obró San Macario, no ya tanto á causa del milagro en sí mismo, sino por la importancia del motivo, puesto que fué para confundir á un herege que negaba la resurreccion, y para confirmar á todo un pueblo en la verdadera creencia, es la que el abad Nesteros contaba á Casiano, y que fué tambien referida por Sozomeno, y por Rufino que la cuenta con alguna pequeña diferencia. He ahí cómo se la refirió el abad Nesteros : « Un herege eunomiense, tratando de corromper la sinceridad de la fe católica con sutilezas que el arte de la dialéctica le había enseñado, y habiendo ya seducido á muchas personas, conmovidos los católicos por la pérdida de tantas almas, se dirigieron al bienaventurado abad Macario para que remediase un mal tan grande. Este santo hombre dejó su desierto á instancias suyas y se fué á Egipto para librarlo de aquel diluvio de heregias que le amenazaba. Cuando el herege le vió, miróle como un bonachon, ignorante y grosero, y á quien creyó poder enredar fácilmente con sus sofismas. Pero el bienaventurado Macario oponiendo á sus largos discursos una brevedad y autoridad apostólicas, le dijo : *El reino de Dios no consiste en palabras, sino en la fuerza y en el poder.* Vamos, pues, amigo mio al cementerio vecino, é invoquemos el nombre del Señor sobre el primer muerto que allí encontremos. Probemos, segun está escrito, nuestra fé con nuestras obras ; y que se sepa hoy, no por una vana disputa de palabras, si-

no por un milagro de aquel cuyo juicio no puede engañarse, quién es el que enseña la verdadera fé.

« El herege, admirado de este discurso, pero no atreviéndose á rehusar el desafio en presencia del pueblo que le rodeaba, prometió ir al dia siguiente al cementerio. Todo el mundo se dirigió allá con la impaciencia de presenciar aquel gran espectáculo. Pero el miserable herege, convencido en su corazon de su infidelidad, y turbado por su malicia, se escapó no solamente de la ciudad, sino tambien de Egipto.

« El bienaventurado Macario esperóle sin embargo con todo aquel gentio hasta las tres de la tarde y, viendo que su mala conciencia le habia impedido de ir allá, llevó á toda la gente al primer sepulcro, y encontrando en él el cuerpo de un hombre que estaba enterrado hacia ya mucho tiempo : « ¡ Oh hombre ! le dijo ; ¿ si aquel herege, si aquel hijo de perdicion hubiese venido aqui conmigo, é invocando en su presencia el nombre de nuestro Señor Jesucristo te hubiese yo llamado, dime si te hubieses levantado delante de todo el mundo que ha sido casi seducido por aquel impostor ? » El muerto se levantó al instante é hizo señal de que lo hubiera hecho. El bienaventurado Macario le preguntó en seguida quién era, en qué tiempo habia vivido, y si habia tenido entonces algun conocimiento de Jesucristo. Respondióle que habia vivido en tiempo de los antiguos reyes, y que no habia oido hablar entonces del nombre de Jesucristo. Dormid ahora en paz, replicó Macario, y aguardad á que Jesucristo os resucite segun vuestro rango al final de todos los siglos. »

Tales eran las maravillas de su celo por el honor de Jesucristo, y tales los efectos de su viva fe. Como la confirmó con prodigios tuvo tambien la dicha de defenderla sufriendo valerosamente la persecucion. Dividióse con San Macario de Alejandria y otros Padres de aquellos desiertos, la

gloria de ser relegado á una isla desierta, por la impiedad de Lucio á quien los arrianos habian colocado en la silla de san Marcos, de la cual era tan indigno, y que entre los de su secta era uno de los más desencadenados contra la divinidad de Jesucristo. Lo que de él digimos á la larga en un capitulo anterior nos dispensa de estendernos más aqui sobre este punto de su vida, que le colmó de méritos delante de Dios, y que tanto honra á la Iglesia católica.

Finalmente este hombre tan célebre por sus prodigios, como dice Gennado, y que no lo era menos por sus heroicas virtudes, hallándose al final de su carrera, los ancianos de la montaña de Nitria le enviaron unos hermanos para rogarle que fuese á verles todavia una vez más antes que abandonase la tierra, porque era muy difícil que ellos fuesen todos á Sceté. Su caridad no pudo negarse á su invitacion. Trasladóse á su lado, y habiéndose juntado todos en torno suyo, los ancianos le suplicaron que digese algunas palabras de instruccion á todos los hermanos reunidos. No les hizo un largo discurso pero les dijo las siguientes tan conmovedoras palabras y que muestran que hasta el fin de su vida había conservado un sentimiento íntimo de temor de Dios en su corazon. « Lloremos, les dijo, hermanos míos, y que nuestras lágrimas no se agoten antes de que vayamos á aquel lugar, en el que las que derramaremos, si no hemos llorado en esta vida, muy lejos de apagar el fuego que nos quemará, no servirán sino para encenderlo más. » Los hermanos se movieron tanto á compuncion al oír hablar de esta manera á un hombre tan santo y al mismo tiempo tan humilde, que todos se pusieron á llorar, se postraron en tierra y dijeron : « A vos que sois nuestro padre os suplicamos que rogueis por nosotros. »

Hay motivos para creer que no vivió mucho tiempo despues de esta visita. Dijimos que, siendo todavia jóven emprendió la vida ascética á imitacion de San Antonio, junto

á un pueblecito. Retiróse despues á la edad de treinta años al desierto de Sceté, en el que vivió sesenta años; asi que murió en el año de Jesucristo 390, siendo de edad de noventa años. Paladio dice que solo habia un año que habia muerto, cuando él fué al desierto á ponerse bajo la conducta de San Macario de Alejandria.

Como habia sido el fundador de la órden monástica en aquel desierto, puede decirse que todos sus habitantes habian sido sus discípulos é hijos. Evagrio fué de este número, pero no supo imitarle en la pureza de la fe. Adoptó los errores de Orígenes y no podemos colocarle en esta recoleccion entre tantos personajes santos.

DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN MACARIO DE EGIPTO

Unos hermanos preguntaron á San Macario de qué manera debian orar, y él les respondió: « No hay necesidad de usar para esto muchas palabras; sino solamente levantada las manos hácia el cielo, y decid: « Señor, tened piedad de mí y hacedme misericordia de la manera que os plazca, y por los medios que veais que convienen á las necesidades de mi alma. » Y cuando nos sintamos apretados por la tentacion, dirijámosle tambien nuestra oracion diciéndole: « Asistidme, Dios mio; » porque como él sabe lo que nos es necesario, no dejará de venir en auxilio nuestro. »

Casiano, habiendo hablado en su libro quinto de las *Instituciones*, de la destemplanza de la boca, lo termina con aquella hermosa sentencia de nuestro Santo: « El bienaventurado abad Macario decia que un solitario debia apli-

carse tanto al ayuno como si estuviese seguro de tener que vivir todavía cien años, pero que debía despreciar tanto las pasiones de su alma, olvidar las injurias y renunciar á la envidia y á la mala tristeza, como si todos los días tuviese que morir.

« Este primer pensamiento, decía él, hará al solitario sábio y prudente, y le hará guardar una severa uniformidad en su abstinencia, sin permitirle que se relaje bajo pretexto de la enfermedad de su cuerpo. Pero este otro pensamiento de su muerte próxima le hará despreciar todo lo que parece más dichoso en este mundo, pero le hará todavía firme é inquebrantable en todos los males, porque los mirará como lijeros y de ninguna importancia y tendrá siempre su corazón y sus ojos dirigidos al lugar al que en todos los momentos cree que pronto debe ser llamado.

En una conversacion con un solitario, el Santo le preguntó de dónde provenia que el recuerdo del mal que los hombres nos han hecho nos haga perder el recuerdo de Dios, y que no sucedia lo mismo con respecto á los demonios. Como el solitario le respondiese que no lo podia comprender, y le rogóse que resolviera él mismo esta cuestion, le dijo el santo viejo : « Es que la cólera que tenemos contra los demonios está en el orden de la naturaleza, mientras que la que tenemos contra los hombres es contraria á este orden. Así que esta última facilmente nos hace perder el recuerdo de Dios, y la otra por el contrario, está sin contradiccion ; porque sabemos que Dios (Vit. PP. 1 c. 37, n. 4.) al principio solo crió cosas buenas, pero despues el diablo sembró el mal ; y de ahí ha venido la pérdida de infinitud de personas. »

Añadió en seguida : « Un monge es culpable si, habiendo recibido algun agravio de alguno de sus hermanos, no va primero á él encontrarle con un corazón purgado por la caridad, porque como la Sunamitis no hubiese merecido

recibir en su casa al profeta Eliseo si hubiese tenido alguna aficion ó aversion hácia alguno, del mismo modo el alma no merece recibir en ella al Espíritu Santo si no es pura y si no está desligada de las turbaciones del siglo ; porque la cólera que se deja reposar sobre nosotros ciega los ojos del corazon é impide al alma el orar. »

Cítase la misma sentencia más brevemente enunciada en la *Recoleccion de las palabras notables de los Padres de los desiertos* (Cot. t. p. 346) : « Si nos acordamos de los males que nos hacen los hombres, nos quitamos el poder de servirnos de Dios ; pero mientras nos acordemos de la persecucion que el demonio nos hace, nada podrá apartarnos de la presencia de Dios. »

Un hermano jóven fué á rogarle que le instruyese en los deberes de la vida solitaria, y el Santo le dijo : « Id á un sepulcro, y dirigid á los muertos que allí encontréis muchas injurias. » Fuése allá, y no solamente les dirigió injurias sino que hasta les ultrajó llegando á echarles piedras ; despues de lo cual volvió al Santo, quien le pregunto si los muertos le habian dicho alguna cosa : No me han dicho ni una palabra, le respondió. Volved allí mañana, replicó el Santo, y dadles bendiciones y alabanzas ; á lo cual obedeció él llamándoles apóstoles, santos y hombres justos. Volvió despues á ver al Santo, y le respondió que los muertos le habian respondido tan poco como la primera vez : « Tomad de ellos ejemplo, le dijo el santo viejo ; considerad que ni se han movido con vuestras injurias ni con vuestras alabanzas, y procurad morir como ellos ; de suerte que por malos tratamientos que os den, no os irriteis jamás, y por más que os demuestren estimacion ú os dirijan alabanzas, no os hincheis de vanidad, y de este modo podreis santificaros. »

Dijo tambien á otro hermano : « Si recibís los desprecios como las alabanzas, la pobreza como las riquezas, la

necesidad como la abundancia, el pecado no os ocasionará la muerte ; porque no puede suceder que el que tiene una verdadera fe y rinde á Dios el culto que le debe acompañándolo con obras, caiga en los vicios y en las ilusiones del demonio. »

Recomendaba que cuando uno se ve obligado á corregir á los otros no se deje llevar de la cólera : « Si queriendo reprender á vuestro hermano, decia, os moveis vos mismo á cólera, no haceis más que satisfacer vuestra pasion en vez de ejercitar la caridad ¿ Y conviene perderos salvando á los demás ? »

Pafnucio su discípulo pidióle un dia alguna instruccion, y él le respondió : « No hagais agravio á nadie y no juzgueis á nadie ; observad bien esta regla y sereis salvo. » El abad Isaias le suplicó tambien que le diese algun consejo saludable, y él no le respondió más que esta palabra : « Huid de los hombres. » — « ¿ Y en qué consiste el huir de los hombres, le preguntó Isaias ? » — « Consiste, respondióle, en morar en vuestra celda y llorar en ella vuestros pecados. » Dijo poco más ó menos, lo mismo ¹ al abad Aío añadiendo solamente que aborrezca la inclinacion que los hombres tienen á hablar, y que este era el medio de santificarse.

Un anacoreta fué á quejársele de que todos los días, desde las nueve de la mañana, sentia en su celda un hambre estraña aun cuando en el monasterio en que antes moraba no tuviese dificultad en pasar algunas veces semanas enteras sin comer, y él le respondió : « No os admireis de esto, hijo mio, porque en el desierto no teneis á nadie que sea testigo de vuestros ayunos y que os sostenga y alimente con sus alabanzas, mientras que la vanagloria era vuestro

¹ Tillemont creyó que el abad Isaias era el mismo que este abad Aío, Cotelier los distingue. Till. t. VIII, p. 385. Cot. t. I, p. 540 y 549.

alimento en el monasterio, y el placer de ser señalado entre los demás por vuestra abstinencia, os valía tanto como una comida. »

Este hombre de Dios sabia sacar provecho, ya para su instruccion, ya para la de sus hermanos, de las cosas en que otro cualquiera no se habria quizás fijado. Estando en Egipto oyó á un niño que decia á su madre: « Yo odio á este rico que me ama y amo á aquel pobre que me aborrece. » Pareció al principio admirarse de esta palabra. Los hermanos que le acompañaban le preguntaron la causa. « Este niño nos señala lo que nosotros hacemos; porque Dios que es infinitamente rico nos ama, y muy lejos de devolverle este amor, hasta nos negamos á obedecerle. El demonio por el contrario es pobre, y nos da continuamente señales de su odio, y sin embargo nosotros amamos todo lo que nos sugiere para pervertirnos. »

Se dolia mucho de la relajacion que empezaba á introducirse entre algunos solitarios, porque en ella descubria la causa de la desolacion futura del desierto de Sceté, que Dios le habia manifestado que habia de tener lugar en un tiempo no muy lejano. Por esto, habiéndole preguntado San Pemen derramando, muchas lágrimas, que le dijese cómo podria obrar su salvacion, respondióle con dolor: « Vos buskais lo que no se encuentra entre los monges. »

Tenemos tambien de él una hermosa respuesta que con San Macario de Alejandria dió á unos oficiales sobre la vanidad de las grandezas de este mundo. Yendo un dia con San Macario de Alejandria á visitar á un solitario, subieron para esto en un gran bajel que servia para pasar el Nilo, y en él se encontraron con dos coroneles de gran consideracion y que traian un rico y numeroso equipaje. Viendo estos personages en un extremo del bajel á los dos santos acostados en tierra, pobremente vestidos y preparados para toda clase de acontecimientos, conversaban juntos

sobre la dicha de este género de vida que en lo exterior no presentaba sin embargo más que una cosa despreciable. Finalmente uno de ellos dirigiéndoles la palabra dijo : « Sois dichosos en burlaros del mundo como lo haceis no pretendiendo en él otra cosa que un pobre hábito y un muy sencillo alimento. » — « Vos hablais casi como un profeta, le dijo San Macario de Alejandria, llamándonos felices, puesto que esta es la significación del nombre de Macario que nosotros llevamos. Pero si teneis razon de decir que los que se consagran como lo hemos hecho nosotros al servicio de Dios, se burlan del mundo, nosotros por el contrario tenemos gran motivo de teneros lástima por lo que el mundo se burla de vosotros. » Estas palabras movieron tanto á uno de aquellos coroneles, que habiendo llegado á su casa, distribuyó a los pobres una parte de sus bienes, abandonó los restantes, y habiendo cambiado de vestido, siguió la voz de Dios que interiormente le llamaba, y se apresuró á ir á buscar solitarios para vivir con ellos.

De este gran Santo hemos aprendido tambien algunas historias edificantes, que contaba á los otros solitarios como testigo ocular, para animarles en los trabajos de la vida religiosa.

Vióse obligado á ir á la montaña de Nitria para asistir al sacrificio de San Pambon. Cuando estuvo allí, los ancianos le suplicaron que dijese á los hermanos alguna palabra para su instruccion. Respondióles : « Yo no merezco llevar el nombre de monge ; pero he visto algunos que lo eran verdaderamente. Cuando estaba en Sceté en mi celda, veníame sin cesar al pensamiento el internarme más en el desierto, para ver lo que allí descubriria. El temor de que esto fuese una ilusion del demonio, hizo que resistiera á este pensamiento durante cinco años. Finalmente despues de este tiempo, me determiné á seguirlo. Internéme pues en el desierto hasta un lugar en donde hay un estanque con

una isla en medio. Allí ví desembarcar muchas bestias salvajes, entre las cuales ví tambien dos hombres desnudos. Espantéme al verlos, creyendo que podrían ser espíritus ; pero apercibiéndose ellos de mi temor, me animaron diciendo : No temais ; somos hombres como vos. Entonces les pregunté de dónde eran y qué motivo les habia llevado á aquel lugar, y me respondieron que antes habian morado en un monasterio y que habian salido de él de comun acuerdo para venir á este desierto, en el que se hallaban hacía ya cuarenta años ; ¹ que el uno de ellos era de Egipto y el otro de la Libia.

Preguntáronme en seguida cómo iba el mundo, si el Nilo se desbordaba como de costumbre y si la tierra era igualmente fértil. Yo satisfice á su pregunta, y les supliqué á mi vez que me dijesen lo que debia hacer para ser un verdadero solitario. Dijéronme que no lo podria ser perfectamente sin renunciar antes á todo lo que es mundo. Representéles entonces que era débil, y que no podía imitar su género de vida. Replicáronme que si no podia hacer como ellos, debia al menos morar en mi celda y llorar en ella mis pecados. Finalmente quise saber de los mismos si en invierno sentian el extremado rigor del frio no estando vestidos, y si en verano les quemaban los ardores del sol ; y me contestaron que Dios les hacia la gracia de librarles de estas dos incomodidades. »

Despues que San Macario hubo contado esto á los hermanos de Nitria, terminó, con estas palabras : « Por ahí veis, hermanos míos, que disto mucho de ser un verdadero solitario, y que yo he visto algunos que lo eran verdaderamente. Dipensadme que no os hable más de esto. » Entre las cartas de San Efren encuéntrase una en que se refiere

¹ Tillemont solo dice diez años. Esto puede ser una falta de imprenta ; porque el texto de Rosweide y el de Cotelier dicen positivamente cuarenta años. Till. t. 8, p. 586.

esta historia ; y el autor admira en ella la gran humildad de San Macario, el cual, habiendo sido llevado á una tan eminente perfeccion, creia todavia muy sinceramente, que habia cosas sobre su virtud y sus fuerzas.

Dios que queria confirmarle siempre más y más en esta humildad, que es la base de las más grandes virtudes, hizo para con él lo que habia hecho tambien para con San Antonio, manifestándole el mérito de algunas personas que se habian elevado en el mundo à una muy alta piedad. Estando este Santo en oracion, oyó una voz que le dijo : « Macario, tu no has llegado todavia al grado de virtud de dos mugeres que viven juntas en la ciudad más cercana de aqui ». Al instante tomó su baston de palma, y se fué á llamar á la puerta de su casa. Ellas le recibieron con las señales de satisfaccion que la visita de un personage tan santo podia producirles, y habiéndose sentado, les dijo : « Como que únicamente por vosotras he emprendido este viage á fin de saber el bien que practicais, os suplico que me informeis de él ». Ellas quisieron al principio darle á entender que nada habia extraordinario en su conducta, pero continuó instándolas á que le hiciesen saber cómo vivian ; de suerte que, obligadas por sus instancias, le dijeron : « Nosotras no estamos atadas juntas por parentesco alguno, pero nos hemos desposado con dos hermanos, y desde quince años que hace que estamos casadas, hemos vivido juntas las dos sin decirnos palabra alguna licenciosa, ni tener la menor disputa, viviendo en una gran union. Habíamos convenido en obtener de nuestros maridos que nos dejasen retirar en una comunidad de vírgenes religiosas, y nada hemos omitido para lograrlo ; pero no habiendo ellos querido consentir en esto, nos hemos prometido una á otra en la presencia de Dios, á no decir jamás una palabra seglar mientras vivamos ».

San Macario, al oir estas palabras exclamó : « ¡ Cuán verdadero es que no hay en Dios acepcion de personas !

No mira si se es vírgen ó casada, si se es mouge ó seglar ; sino que solamente considera la disposicion del corazon y comunica á todos su espíritu de vida.

El abad Vitimio contaba que San Macario habia contado á los hermanos la historia de dos jóvenes solitarios, cuyos progresos en la virtud fueron tan rápidos, que la relacion que de ellas hacia era muy á propósito para animarles á la perfeccion. » Estando, dice el Santo, sentado en el desierto de Sceté, vi aparecer dos forasteros, uno de los cuales, aun cuando jóven era de más edad que el otro, el cual todavia no tenia barba. Acercáronse á mí y me preguntaron en dónde estaba la celda del abad Macario. Yo les pregunté sobre lo que deseaban, y me dijeron que habiendo oido hablar de él asi como de la virtud que se practicaba en el desierto de Sceté, habian ido allí espresamente para verle. Entonces les dije que yo era Macario, y al instante, inclinándose profundamente, me suplicaron que les permitiese quedarse conmigo. Pero viéndoles yo tan delicados y criados en la abundancia, les representé que esto no podia ser. » Si no podemos, me dijo entonces el de mayor edad, ¿ nos veremos pues obligados á retirarnos á alguna otra soledad ? » Entre tanto yo pensaba dentro de mí que si les despedia de este modo podrian escandalizarse, y creí que era mejor que empezasen á probarse á sí mismos, á fin de que si no podian aguantar los trabajos de nuestro estado, se retirasen de su propia voluntad.

« Díjeles pues que se edificasen una celda. Rogáronme al instante que les indicase el punto que yo creia ser á propósito para ello ; y saliendo los tres juntos, les mostré una roca muy dura, y les dije : « Cortad un pedazo de esta roca, id á la laguna en busca de madera para cubrirla y alojaos en ella. Yo creí siempre que aburridos por un trabajo tan penoso, se retirarian sin empezarlo. Pero resolvieronse á él y me preguntaron al mismo tiempo en qué ocupacion,

juzgaba yo á propósito que se ejercitasen. Respondíles que en hacer cestas, las cuales darian á los guardianes de la iglesia para venderlas, y que con el precio que de ellas sacasen les llevarian pan. Y para enseñarles á hacer cestas, tomé algunas hojas de palma que habia traído de la laguna, é hize en su presencia una estera, mostrándoles cómo habia que coser juntas estas esteras, despues de lo cual me retiré.

« Ellos ejecutaron con mucha paciencia todo lo que yo les habia prescrito, y pasaron tres años enteros sin venirme á ver. Yo estaba admirado de esto y me decia á mí mismo : « ¿ Qué hacen pues aquellos solitarios, que no les veo ? Los que estan más apartados vienen á recibir consejos y descubrirme sus pensamientos ; y estos que estan más cerca no se dejan ver y ni siquiera van á consultar á los otros ancianos ? Solamente les veo en la iglesia en la que toman parte en los santos misterios con gran recogimiento.

« Recurrí á Dios á fin de que me esclareciese sobre su conducta, y con este fin ayuné toda la semana, despues de lo cual fui á su celda para ver qué regla guardaban. Apenas llamé á la puerta, abriéronme y me saludaron con respeto, pero sin decir palabra. Empezé por la oracion, despues de lo cual me senté. El primogénito hizo entonces señal al más joven de que saliese, y sentóse tambien, continuando en hacer su trabajo y guardando silencio. A la hora de nona, él hizo un poco de ruido, y él más joven apareció al instante, llevando algo que habia hecho cocer para la comida, y habiéndole hecho otra señal el de más edad, trajo una mesita sobre la cual puso tres panes, y se quedó en pié sin decir palabra ; y yo dije entonces, « levantaos y comamos ». Así que, comimos y bebimos juntos. « Cuando llegó la noche, me preguntaron si me volveria, y yo les dije que no, y que pasaria la noche con ellos. Entonces pusieron para mí una estera en un rincon de su celda, y otra para ellos en otro rincon y, habiéndose quitado su cíngulo

y el hábito de encima, se pusieron sobre su estera como para dormir. Despues que vi que estuvieron acostados, dirigí mi oracion á Dios para que se dignase darme á conocer su manera de vivir ; y vi al instante como si se abriese el techo de la celda, y una gran luz como en pleno mediodia, la llenó toda. Yo era el único que veía esta luz, pues ellos no la veian.

« Mientras yo creia que dormian y ellos lo creian tambien de mi, apercibíme de que el mayor golpeó un poco al otro, y al instante se levantaron, tomaron su cingulo y se pusieron en oracion levantando sus manos al cielo. Yo les consideraba atentamente sin que ellos pudiesen conocerlo, y vi que venian los demonios á manera de moscas para ponerse sobre la boca ó los ojos del más jóven ; pero un ángel, teniendo una espada de fuego, les impedia y arrojaba ; pero en cuanto al otro, ni siquiera se le podian acercar.

« Asi pasaron en oracion hasta el amanecer, en que los dos se echaron sobre su estera. Levantéme como si no hiciese más que despertarme y ellos hicieron lo mismo. El de más edad me dijo : « ¿ Tendrais á bien, Padre mio, que rezáramos doce salmos ? » Respondíle que sí ; y el más jóven cantó cinco de ellos, juntando á cada uno seis versículos, con un *Alleluia* ¹, y vi que á cada versículo que decia, salia de su boca como una llama que se elevaba hácia el cielo. De la misma manera cuando el otro cantaba á su vez, veia como una cadena de fuego que llegaba desde su boca al cielo. Yo rezé tambien de memoria algunas oraciones y, habiéndose terminado todo, me despedí de ellos diciéndoles que rogasen por mí ; con lo cual ellos se echaron á mis pies y me respondieron sin romper su silencio. Por lo que en ellos habia visto comprendí que el mayor era perfecto en el temor de Dios y que los demonios hacian todavia guerra

¹ Esto es lo que nosotros llamamos hoy día las Antifonas.

al más jóven. Pocos dias despues, el de más edad durmió el sueño de los justos, y el otro no les sobrevivió sino tres dias ».

Tal era la relacion que San Macario hacia de aquellos dos jóvenes solitarios, los cuales, segun parece, eran hermanos, y cuando alguno de los Padres del desierto iban á verle, se complacia en llevarles á su celda, diciendo : « Venid á ver la capilla de dos jóvenes mártires ».

Bulteau, despues de haber hablado de Santa Synclética, cuyas Actas veremos en su lugar, advierte que no hay que confundirla con Santa Apolinaria Synclética, la cual tomó un hábito de monge, se retiró al desierto de Sceté, y allí sirvió á Dios bajo la conducta de Macario.

Apolinaria era hija del prefecto Antimo y nieta del emperador de este nombre. Llevó por sobrenombre, Synclética, esto es *senadora* y *patricia*, á causa de la dignidad de su padre. Todas sus inclinaciones, desde su tierna edad, fueron hácia la piedad, frecuentando ordinariamente y vacando con devocion á la oracion y meditacion, lo cual fué un gran motivo de consuelo para sus padres, que eran muy piadosos. Esto no impidió que no pensasen en establecerla en el mundo ; y cuando estuvo en edad de casarse le propusieron un conveniente partido ; pero ella les rogó encarecidamente que la pusieran más bien en un monasterio de vírgenes, protestando que no podia resolverse á tener otro esposo que á Jesucristo. Ellos no se opusieron á su vocacion, aun cuando no tenian más que otra hija, y esta poseida del demonio. Apolinaria visitó la Tierra Santa. Despues que hubo satisfecho su devocion en todos los lugares que Jesucristo habia consagrado con su presencia durante su vida mortal, quiso ir á Egipto al sepulcro de San Menas, célebre mártir entre los Griegos, y para esto se dirigió á Alejandria, en donde el gobernador de la provincia la recibió con todos los honores debidos á su calidad. Allí se ejercitó en

los actos de religion y caridad que habia practicado en Palestina, visitó las Iglesias y los monasterios, y derramó por todas partes limosnas con una santa profusion. Llevando despues más allá sus piadosos designios, segun el plan que en su alma habia formado, rogó al tesorero de la Iglesia de San Menas que le preparase una litera para llevarla al desierto de Sceté, cuyos solitarios deseaba ella muchísimo ver, porque gozaban de gran reputacion de santidad. Sin embargo ella se habia aprovechado de su permanencia en Alejandria para procurarse en secreto, por medio de una muger, hábitos de monge que tuvo mucho cuidado de esconder entre sus ropas sin que pudieran apercibirse de ello.

El tesorero le procuró la litera con un buen guia para conducirla ; así que, ella se puso en camino para aquel desierto tan célebre, y no llevó consigo sino un eunuco, dejando en Alejandria el numeroso cortejo que le quedaba, y que sus padres le habian dado, asi como habia tambien despedido una parte al dejar la Palestina. Llegaron despues á una laguna, de la cual hablamos ya en la descripcion del desierto de Sceté, y se pararon en una fuente que fué despues llamada la fuente de Apolinaria.

Llegaba la noche, y habiéndose dormido su guía y el eunuco, levantó ella su corazon á Dios por una fervorosa oracion, para pedirle fuerza para ejecutar su designio ; y aprovechándose de las tinieblas y del sueño de su gente, quitóse sus vestidos, que dejó en el mismo lugar, vistióse los hábitos de monge que habia traído, y fué á esconderse en un sitio vecino á la laguna, en donde creyó ella probablemente que no pensarían en buscarla.

No es fácil decir cuál fué la admiracion del eunuco y del guia, cuando habiendo despertado no la vieron. Volviéronse á Alejandria para relatárselo al gobernador quien se lo escribió al prefecto Antimo, lo cual causó á él y á su es-

posa el dolor que puede presumirse por el amor que profesaban á su hija. Pero la religion vino en su auxilio, y les dejó asegurados finalmente sobre su suerte, comprendiendo que Dios habia tenido sobre ella algun designio que no podian penetrar, y que era segun el órden de su divina voluntad.

Sin embargo Synclética pasó algunos años en esta soledad, en donde solo Dios y sus ángeles fueron testigos de su penitencia y de sus combates. Sus hábitos se gastaron; solo le quedaban unos harapos, los cuales, no pudiéndola cubrir enteramente, dejaban una parte de su cuerpo expuesta á las impresiones del frio y del sol, y sobre todo á las picaduras de los mosquitos, cuyos agujijones dijimos ya que eran grandemente terribles; de suerte que su piel no tuvo ya apariencia alguna de la de una jóven de su nacimiento, y solo pareció como cubierta de una escama ruda y todo quemada.

Dios no quiso que ella permaneciese más tiempo oculta; sino que le dió á conocer durante el sueño que debia abandonar aquella soledad, para ir á un monasterio del desierto de Sceté, y vivir allí en la obediencia; y él le cambió su nombre en el de Dorotea, que significa *don de Dios*.

Synclética obedeció fielmente, y apenas despuntó el dia, se puso en camino. San Macario fué el primer solitario á quien encontró. Postróse al instante á sus pies para recibir su bendicion, rogóle que le dijese su nombre, y sabiendo que era Macario, le suplicó que la recibiese en el número de los hermanos. El santo viejo no comprendió que ella fuese muger. Admitióle en el número de los hermanos bajo el nombre de Doroteo.

Pronto se distinguió por su fidelidad en los ejercicios regulares y por las esclarecidas señales que dió de la virtud que habia adquirido ya en su primera soledad. Véasela so-

bre todo en la iglesia en el tiempo de los sagrados misterios con un respeto y recogimiento angelicales y que eran capaces de inspirar á los otros sentimientos de ferviente devocion. Guardaba tambien un retiro muy estrecho en su celda, completamente ocupada de Dios en el silencio, y del trabajo que San Macario le habia enseñado, que consistia en hacer esteras.

El demonio para apartarla de su designio de permanecer escondida al mundo, no dejó de darle furiosos asaltos y atacarla con diferentes tentaciones muy violentas. Pero Dios a quien ella recurria continuamente, teniala bajo su divina proteccion, y jamás permitió que se conociera su sexo en el monasterio, excepto despues de su muerte. Quiso sin embargo manifestar su virtud con muchas milagrosas curaciones que concedió á sus oraciones y á su caridad.

Finalmente el espíritu de tinieblas, no pudiendo vencerla, sirvióse de su hermana para procurar obligarla á descubrir su secreto y obligarla con ello á salir del monasterio. Hemos dicho que esta hermana estaba poseida del demonio desde jóven. Atormentóla pues cierto dia más de lo ordinario, y gritó por su boca que no la dejaria hasta que la hubiesen llevado al desierto de Sceté. Sus afligidos padres hiciéronla llevar allá inmediatamente con toda seguridad; y San Macario, á quien Dios reveló su próxima llegada y el motivo que la llevaba allí, salióle al encuentro para recibirla con el honor que era debido á su condicion, y la remitió á su hermana Synclética, cuyo secreto Dios no le habia manifestado en esta revelacion, y á la cual no conocia sino bajo el nombre de abad Doroteo. Ordenóle que rogase por ella á fin de obtener de Dios su libertad. Pero la humilde Synclética, que no se creia digna de tal encargo en preferencia á tantos santos solitarios á los cuales se tenia ella por muy inferior en virtud, se humilló profunda-

mente delante del Santo, suplicándole que no exigiese de ella este milagro, y que le dejase llorar sus pecados, que aseguraba ser en gran número.

San Macario le dijo que á la verdad habia otros Padres en el desierto á quienes Dios habia concedido el don de hacer milagros ; pero que este estaba reservado á ella. Entonces Synclética, igualmente sumisa, como era humilde, respondió : *Hágase la voluntad de Dios* ; y llevando la posesa á su celda, oró por ella y obtuvo su curacion. Condujola en seguida á la iglesia en donde echándose á los pies de todos los Padres, les dijo que no era más que una pecadora, muy lejos de atribuirse el milagro que Dios acababa de hacer con sus oraciones. San Macario devolvió la posesa á las personas que la habian traído, las cuales la llevaron á su padre, quien experimentó por su libertad una extraordinaria alegría.

Queriendo el demonio poner estorbos á esta alegría tan legitima, suscitó emboscadas á la Santa, esto es, al pretendido hermano Doroteo ; pero sus esfuerzos sirvieron para confusion suya.

Poco tiempo despues de estos sucesos, Santa Synclética tuvo una revelacion que le hizo comprender que su muerte estaba próxima. Hizo llamar en particular á San Macario y le suplicó que despues de su muerte sepultasen su cuerpo sin lavarle segun costumbre ; pero no se ejecutó su voluntad, y los hermanos, al tributarle este último deber de caridad, habiendo reconocido que era una muger, esclamaron como de común acuerdo. « Gloria os sea dada, Señor Jesús, que teneis tantos tesoros escondidos. »

San Macario, á quien Dios habia revelado tantos otros misterios admiróse de que no le hubiese descubierto este. A la noche siguiente se le apareció un ángel, y le contó la vida y el nombre de la Santa, cuyos sagrados despojos se sepultaron junto á su celda y al oriente de la iglesia. Esto

es lo que Metrafasto nos dice de Santa Synclética. Bolando la ha colocado entre las *Actas de los Santos* del mes de enero, y dice que se admira de que la vida de esta Santa no se encuentre entre las de los Padres de los desiertos, aun cuando se haga de ella mencion honorífica en el *Martirologio* romano el cinco de Enero, y en el *Menologio* de los Griegos, el cuatro. Nosotros la hemos puesto aqui sucesivamente despues de San Macario, por haberla recibido en su soledad y haber sido su padre espiritual.

EL ABAD ISAIAS Y SUS CONSEJOS ESPIRITUALES

Tenemos en la Recoleccion de San Benito de Aniano una regla que contiene consejos para los jóvenes religiosos bajo el nombre del abad Isaias. No es fácil saber quién era y en dónde moraba. Hay que distinguirle de Isaias, solitario de Nitria y hermano de Paese, del cual hemos hablado en otra parte. Es tambien más antiguo que otro Iseias que consultó á San Pemen sobre la manera de combatir las tentaciones, y tambien más que otro del cual se habla en las sentencias del abad Aquiles. En cuanto al lugar de su morada ordinaria, Bulteau cree que fué el Egipto ó la Tebaida. Pónele sin embargo con los solitarios de Sceté (Till. t. 7, p. 430); y esta es tambien la opinion de Tillemont. Asi que allí le supondremos más bien que en ninguna otra parte.

De este abad Isaias no sabemos más que lo que se cuenta en la Recoleccion de Cotelier. Es cierto que Dios le habia dado un talento y un atractivo particulares para formar á

los jóvenes solitarios en el espíritu de su estado. Decía en primer lugar que nada había más útil para los novicios que ejercitarles en la humillación : « porque, añadía él, á la manera que se ve crecer un árbol al cual se riegue regularmente todos los días, así también se ve crecer en virtud á un novicio á quien se tenga cuidado en humillar, y que lo sufra con paciencia. » Decía también para animarles á la obediencia : « Acordaos, hermanos míos, que el primer tinte que se recibe no se borra nunca como se ve en la escarlata. » Y añadía : « Los novicios que fácilmente se inclinan bajo el yugo de la obediencia, son como las ramas todavía tiernas de un árbol joven que se doblega como se quiere. » Finalmente, hablando de los religiosos jóvenes que pasan demasiado ligeramente de un monasterio á otro, comparábalos á un animal al cual se ha puesto el bozal y que se agita en todos sentidos.

Era muy austero en su comida, y un día en que había llamado á su casa á un hermano, á quien lavó los pies y preparó algunas lentejas, como este hermano le dijese que no estaban bastante cocidas, le respondió que á un religioso le bastaba que solamente hubiesen sido presentadas al fuego para mirarlas como un plato delicioso.

Preguntósele qué era avaricia, detracción, envidia y cólera. Respondió que la avaricia es una falta de confianza en Dios, como si no tuviese ningún cuidado de nosotros ; que es desesperar de las promesas de Dios ; y que es buscar el ponerse á sus anchuras sobre la tierra. Decía de la detracción y de la envidia, que el dejarse llevar de ellas era no conocer la gloria que se debe á Dios. Decía por último de la cólera, que es una disputa, una mentira, y una ignorancia. Aun cuando estas no sean las verdaderas definiciones de estos vicios, se ve que él los explicaba por sus principios y sus efectos.

Decía también que queriendo Dios cierta vez usar de mi-

sericordia para con un alma que resistia al movimiento de su gracia para seguir su voluntad, permitia que se encontrase en el estado que ella más aborrecia, á fin de que esto le obligase á volver en sí y le sirviese con mayor fidelidad.

Quiso una vez enseñar á los hermanos por medio del modo de obrar que en presencia suya tuvo para con un labrador, lo que debian esperar de Dios si no eran fieles en su servicio. Presentóse pues á este labrador en la era en donde estaba su trigo, y le rogó que le diese una porcion de él. « Pero, Padre mio, le dijo aquel hombre, ¿ habeis venido vos á segar ? » — « No », respondió Isaias. « ¿ Cómo pues quereis llevaros una porcion de mi trigo si no habeis segado ? — « ¿ Es verdad, pues, replicó el abad, que si uno no siega, no se lleva nada ? » — « Si, sin duda », dijo el labrador. Entonces se retiró y fué á encontrar á los hermanos que desde alguna distancia habian observado lo que acababa de hacer. Cuando les hubo reunido, le suplicaron que les dijese por qué habia hecho esta peticion á aquel hombre: « La he hecho, les respondió, para que con este ejemplo aprendais que asi como este trabajador no da nada á los que no han trabajado para él, asi Dios no recompensará á los que no hayan hecho cosa alguna para su servicio. »

Contaba tambien que en un ágape que se daba á unos monges en Pelusa, el sacerdote de la iglesia en que estaban, apercibiéndose de que algunos de ellos conversaban entre sí con mayor libertad de lo que convenia en un lugar santo, les dijo : « Guardad silencio, hermanos míos, é imitad á un solitario que se halla entre vosotros, que come y bebe con vosotros, y cuya oracion no obstante veo que se eleva como una llama delante de Dios. »

Se atribuyen muchas homilias á un abad Isaias, que Belarmino asegura ser muy útiles á los que aspiran á la

perfeccion; pero no sabe en qué tiempo vivió. Nos contentaremos aquí con dar sus consejos espirituales, que se encuentran en la Colección de San Benito de Aniano. La ha dirigido como si hablase á uno solo.

Muy querido hermano mio, puesto que habeis tenido la dicha (Cod. reg., pag. 7.) de retiraros del mundo para consagraros enteramente al servicio de Dios, abrazad los ejercicios de la penitencia para obtener el perdón de vuestros pecados, y permaneced fiel á los deberes del estado que habeis escogido. No escuchéis los pensamientos que el demonio podría infundiros en el espíritu para apartaros de vuestro camino, sobre todo si quiere envolveros con sentimientos de tristeza y desaliento, haciéndoos creer que vuestros pecados no os son perdonados; sino aplicaos á poner en práctica los siguientes consejos:

1° Procurad no encontraros en la mesa con las mugeres, y no tengais familiaridad con los niños; y cuando os quitarais el hábito, no deis jamás ninguna mirada sobre vuestro cuerpo.

2° Si en alguna ocasion os instan á beber vino, nunca tomeis del mismo más que tres tacitas, y cuidado con que la complacencia os lleve á beberlo en mayor cantidad.

3° No seais flojo y negligente en la oracion, por miedo de que el enemigo de vuestra alma no triunfe de vos; sino estad muy atento á la significacion de los salmos porque meditando estos divinos cánticos hallareis fuerzas para evitar el pecado.

4° Amad el trabajo y la pena, para domar mejor vuestras pasiones. No presumais en nada de vos mismo y excitaos en santos gemidos pensando en vuestros pecados.

5° Guardaos mucho de encubrir jamás la verdad; porque la mentira echa de nuestro corazon el temor del Señor; y no hableis del bien que hayais hecho, no sea que el demonio de la vanidad os lo robe.

6° Descubrid las enfermedades espirituales de vuestra alma á vuestros superiores, á fin de hallar en sus saludables consejos los remedios propios para curarlos.

7° Lejos de descuidar el trabajo de las manos, dedicaos á él sin hacer caso de la pereza. Dios bendecirá vuestra fidelidad en este punto penetrando vuestro corazon con un saludable temor.

8° Si veis á vuestro hermano caer en alguna falta, no le desprecieis por esto en vuestro corazon; porque vos podeis, lo mismo que él, caer en manos de los enemigos de vuestra salvacion.

9° No disputeis con nadie para defender vuestra opinion; porque caereis en muchas otras faltas.

10° Amad el practicar la humildad y no os apegueis fácilmente á vuestro propio juicio. Acostumbraos á decir: Perdonadme, he faltado; y adquirireis la gran virtud de la humildad:

11° Cuando os encontreis solo en vuestra celda, ocupaos ó en orar ó en meditar los salmos, ó en el trabajo de las manos.

12° Consideraos en este mundo como si no tuvieseis más que vivir el dia presente; esto será un poderoso medio para apartaros del pecado.

13° Combatid la gula, no sea que siguiendo la avidez que inspira, caigais en vuestras primeras costumbres. Aplicaos con fervor al trabajo; repasad en vuestro espíritu los sagrados cánticos de David: he ahí el verdadero medio de conservaros en la paz del corazon.

14° Excitaos en vuestras oraciones á sentimientos de una santa compuncion con vuestras lágrimas y gemidos interiores; de este modo atraereis sobre vosotros la misericordia del Señor, el cual os despojará del hombre viejo y os revestirá del hombre nuevo.

15° Persuadios que el trabajo, la pobreza voluntaria, el

desapego del mundo el sufrimiento y el silencio son otras tantas virtudes que producen en nosotros la humildad, y que la humildad nos obtiene de Dios el perdón de nuestras faltas. Ahora bien, si quereis saber qué cosa es la humildad, consiste en reconocerse sinceramente pecador, en no abandonarse á su propio juicio, en combatir valerosamente las inclinaciones viciosas, en tener siempre los ojos dirigidos hacia tierra por una religiosa modestia, en sufrir con paciencia las injurias y la fatiga del trabajo, en tener aversion á los honores y al reposo, en estar siempre dispuestos á decir la culpa y pedir perdón; y por esta humildad sereis mas fuerte que todos los enemigos de vuestra alma y los pondreis en fuga.

16° Conservaos en la compuncion; pero cuando los hermanos vengean á visitaros, recibidles con demostraciones de religiosa alegría, la cual no extinguirá en vos el temor del Señor, sino que al contrario os confirmará en él.

17° Cuando os viereis obligado á salir fuera con otros hermanos, separaos algun tanto de ellos para mejor guardar el silencio. No permitais que vuestros ojos divaguen de una parte á otra; sino entreteneos en santos pensamientos, ó meditando salmos, ó haciendo alguna oracion. Cuando entrareis en alguna casa no os presentéis por de pronto á los que allí estan con maneras demasiado francas, sino conservaos en modestia y compostura religiosa, y no os echeis ávidamente sobre lo que os ofrezcan si os presentan alguna cosa; pero procurad que más bien os insten á tomarla.

18° No durmáis con otro en una misma cama; y antes de acostaros no dejes de hacer una larga oracion, aun cuando estuviereis fatigados del camino.

19° No permitáis que sobre vuestro cuerpo se haga union alguna con aceite, si no es en caso de una considerable enfermedad.

20° Cuando estuviereis en la mesa con los hermanos, no comais con sensualidad y para satisfacer vuestro gusto ; no alargueis la mano sino á lo que está delante de vos ; colocad modestamente vuestras piernas ; no dirijais svuestra vista á lo que comen los demas, y cuando bebais agua, no lo hagais con avidez ni ruido.

21° Si estando sentado con los hermanos os viereis obligado á escupir, levantaos y hacedlo aparte. No os alargueis demasiado tampoco echándoos sobre los demás como para descansar y no bosteceis indecentemente.

22° No riais estrepitosamente ; porque esto demostraria que estais poco tocado del temor del Señor.

23° No deseéis nunca lo que tienen los demás ; y cuando transcribiereis libros, no tengáis prurito de poner en ellos adornos, lo cual demostraria demasiada afectacion por vuestra parte.

24° Cuando hiciereis alguna falta, muy lejos de ocultarla con una mentira no tengais vergüenza de confesarla ; poned de rodillas, decid vuestra culpa, pedid perdon y se os perdonará sin dificultad.

25° Si alguno os echa en cara alguna falta de la que no seais culpable, no os irriteis por ello, sino más bien humillaos y decidle : os suplico que me perdoneis y os prometo corregirme.

26° No os dispenseis por mala vergüenza de recurrir á vuestro padre espiritual para recibir sus consejos en vuestras dificultades.

27° Si un hermano viene á llamar á la puerta de vuestra celda mientras estais ocupado en trabajar, dejad al instante vuestro trabajo para responderle, y preferid su satisfaccion á la vuestra.

28° No os divirtais en hablar ó escuchar lo que dicen los demás, cuando no hay necesidad.

29° Cuando vuestro superior os enviare fuera del monas-

terio, antes de salir rogadle que os diga cómo debeis portaros. Ejecutad fielmente lo que os prescribiese. Velad sobre vuestros ojos y vuestros oídos ; y esta vigilancia os impedirá pecar con la lengua.

30° Si morais en la misma celda con otro hermano, miraos como forastero con respecto á él, sin apegaros al mismo por un afecto natural. No os tomeis la libertad de mandarle ; no os considereis como superior suyo ; no obreis para con él con demasiada familiaridad. Si él exige de vos que hagais alguna cosa que no quisierais, haced el sacrificio de vuestra voluntad, por miedo de que resistiéndole le contristeis y esto altere entre vosotros dos la caridad ; y estad persuadido que aquel es mayor delante de Dios, que se hace mas pequeño obedeciendo.

31° Si el hermano que mora con vos dice que prepareis lo que se necesita para comer, preguntadle por de pronto qué desea ; y si lo deja á vuestra eleccion preparad lo que tuviereis en el temor del Señor.

32° Cuando os despertareis para levantaros empezad con la oracion y meditacion antes de toda otra cosa, despues de lo cual aplicaos al trabajo, y hacedlo de buena gana.

33° Salid con alegria y afecto de corazon al encuentro del que viene á visitaros ; saludadle con afabilidad, no sea que reciéndole de otra manera, se retire con tristeza y resentimiento. Sin embargo no os derrameis con él por de pronto en palabras inútiles, sino invitadle á orar juntos, despues hacedle tomar asiento, preguntadle cómo se encuentra, y presentadle un libro para leer ; pero si estuviese fatigado del camino, lavadle los pies y hacedde descansar. Si es un hermano que quiere entrar con vos en discursos inútiles, decidle modestamente : Perdonadme, hermano mio ; yo soy débil, y las conversaciones inútiles me perjudicarian. Si os apercibis de que sus hábitos estan rasgados, componédselos, y si estan súcios, lavádselos. He ahí cómo

hay que portarse para con los que vienen visitarnos. Pero si el que viene á veros es un vagamundo, y si entonces estais con santos religiosos no le entroduzcais junto á ellos ; sino solamente hacedle la caridad, y despedidle. Si se os presenta un pobre, no le contristeis negándole la limosna, sino adle lo que la Providencia os hubiere enviado.

34° Si un hermano ha puesto en vuestra celda alguna cosa en depósito, no tengais la curiosidad de examinarla sino estando él presente.

35° Si algun hermano os deja en su celda y sale por algun negocio, no os entretengais en mirar lo que hay en ella ; sino rogad á aquél hermano antes de que se marche, que os dé trabajo, á fin de que os ocupeis mientras estuviere ausente, y haced exactamente todo lo que os hubiese prescrito.

36° No oreis con flojedad y negligencia, porque en este caso en vez de agradar á Dios, os hariais culpable á vos mismo. Conservaos entonces en su presencia con un respetuoso temor. No os apoyeis en la pared, sino sosteneos igualmente sobre vuestros pies. Apartad los pensamientos inútiles y toda solicitud por las cosas corporales, á fin de que vuestra oracion sea recibida de Dios.

37° Estad igualmente atento á Dios cuando asistiereis al sacrificio de la misa. Velad sobre vuestros pensamientos y sentimientos. Conservaos en un sentimiento de respeto y adoracion delante del Señor, y con ello haceos digno de participar de su adorable cuerpo y de su preciosa sangre, y recibir de ellos la curacion de los males de vuestra alma.

38° Mientras seais jóven no lleveis sino habitos gastados, y haced lo mismo siempre hasta que la edad avanzada os obligue por necesidad á llevarlos mejores.

39° Cuando os hallareis de camino con alguno más anciano que vos, no andeis delante de él. Si estando sentado con uno más anciano que vos, él se levanta para hablar con

otros no permanezcais sentado, sino permaneced en pié con él hasta que os mande que os sentéis de nuevo.

40° Cuando entreis en un a ciudad ó en un pueblo, tened siempre bajos los ojos, no sea que cuando volvais á vuestra celda, los objetos que hubieseis visto os vuelvan á la imaginacion para seros un motivo de tentacion.

41° No durmais en un punto en el que tengais lugar de temer ser espuesto á malos pensamientos. No mireis tampoco en el rostro á las personas de diferente sexo, ni siquiera sus vestidos, si podeis.

42° Si viajais con un viejo no permitais que lleve cosa alguna, sino encargaos vos mismo de llevarla. Si soís muchos jóvenes, y hay muchas cosas que llevar, encargaos cada uno de una parte. Si hay poca cosa, llevadla todos por turno y durante un tiempo igual ; pero el que anduviese cargado ó fuese más debil, debe andar siempre el primero, á fin de que, si tiene necesidad de descansar, los otros se detengan con él.

43° Cuando consultareis á un anciano sobre lo que pasa en vuestro interior, hacedlo con sencillez y abertura de corazon, como estando persuadido que no hará traición á vuestra confianza, faltando al secreto que debe guardar. Pero al dirigiros á algun padre para recibir consejo, tened para su eleccion menos miramiento á lo avanzado de su edad que á sus luces, á su piedad y á la esperiencia que tiene de las cosas espirituales.

44° Orad largo tiempo durante la noche, á fin de que el Señor disipe con su divina luz las tinieblas de vuestro espíritu. Pensad entonces en vuestros pecados para comprender bien su enormidad y fealdad, y rogad al Señor que purifique vuestra alma, y os concederá esta gracia.

45° Si alguno viene á entreteneros con conversaciones contra el prójimo juzgando mal de sus acciones, aun cuando tuviese derecho á juzgar de las vuestras, escusaos de

oirle, y decidle con humildad : Perdonadme, hermano mio ; yo soy un pecador y más flaco que los demás. Yo me siento presa de los mismos defectos, y tengo pena de oírmelos reprochar en la persona de mí prójimo.

46° Preferid siempre los demás hermanos á vos mismo, y si alguno en su presencia os testifica estimacion, decidle que es debido á consideracion suya el que os trate con honor.

47° No os hagais difícil á prestar á los demás hermanos lo que os piden ; sino al instante ceded á sus deseos.

48° No traigais inútilmente á vuestro espíritu el recuerdo de lo que habeis dejado al abandonar el mundo por el amor de Dios ; sino ocupaos más bien del pensamiento de la muerte y del juicio, y considerad que ninguno de ellos podrá seros entonces de socorro alguno.

49° Si cuando estais sentado en vuestra celda, os viene al pensamiento el mal que alguno os ha hecho, levantaos al instante, y en vez de deteneros en este pensamiento, rogad á Dios de todo vuestro corazon que le perdoue la ofensa que os ha hecho, y por ahí ahogareis en vuestra alma el resentimiento que este pensamiento podria excitar en ella.

5° Tened cuidado de no acercaros nunca á la Comunión, con el corazon enconado contra vuestro prójimo ; y si sabeis que alguno está enfadado contra vos id á reconciliaros con él pidiéndole perdon, como nuestro Señor lo ha recomendado.

51° Si durante la noche habeis sufrido alguna ilusion, guardaos mucho de repasar durante el día las imágenes que hubieseis tenido, por miedo de que ellas arrastren vuestro corazon con alguna mala delectacion ; sino humillaos delante de Dios que conoce cuánta es la fragilidad humana y el cual tendrá piedad de vosotros.

52° No os apoyeis en vuestras obras, aun cuando hicieseis muy rigurosos ayunos ú oraciones casi continuas, como

si con esto mereciereis ganar el cielo ; sino confiad más bien en la bondad de Dios, el cual, considerando vuestra mortificacion tendrá compasion de vos y os ayudará en vuestra debilidad.

53° No os dejéis llevar por el abatimiento y la tristeza cuando Dios os enviare alguna enfermedad ; sino miradla más bien como un beneficio de su misericordia para utilidad de vuestra alma y dadle por ello acciones de gracias.

54° Cuando estuviereis en vuestra celda, guardad regularidad en la refeccion, de suerte que la hagais siempre á la misma hora y tomeis la misma cantidad de alimento. No varieis jamás en este punto, y dad al cuerpo lo que necesite, á fin de que podais orar y servir á Dios. Si cuando estuviereis fuera os presentan para comer alguna cosa más delicada que de costumbre, no os sacieis de ella, á fin de que podais más prontamente volver á vuestra celda.

55° Si os viene alguna vez al pensamiento el deseo de emprender austeridades y trabajos que estén sobre vuestras fuerzas, hay en ello un artificio del demonio, que al inspirároslo no tiene otro fin que ocuparos inútilmente con proyectos que jamás podreis ejecutar, a fin de que por ahí os desanimeis y os pueda seducir mejor. No deis oidos á estas sugerencias ; porque las inspiraciones de los espíritus malignos son ordinariamente sin regla y sin medida y tienden á la indiscrecion y al desorden.

56° Comed una vez al dia ; pero no os sacieis enteramente. Dad al cuerpo segun su necesidad y tened miramiento á la debilidad de la naturaleza.

57° Emplead la mitad de la noche en oracion y dad la otra mitad al reposo del cuerpo ; no os acostéis nunca que no hayais hecho por lo menos dos horas de oracion ó meditacion ; despues de lo cual dad al cuerpo el reposo que necesita. Si despues le cuesta levantarse cuando hay que volver á la oracion y es tentado por la pereza, decidle : ¿ Quie-

res tu, cuerpo mio, tomar reposo por tan poco tiempo, y en seguida arrostrar los tormentos de la otra vida? Más vale sufrir aqui un corto trabajo, y merecer con esto gozar del reposo eterno en compañía de los santos. Esta consideracion os acarreará el auxilio de Dios y hará que sacudais la pereza.

58° Si teniaís un esclavo al abrazar la vida monástica, dadle libertad; pero si quiere ser monge, no le permitais que habite con vos.

59° Cuando fuereis á vender vuestros trabajos, no disputeis sobre el precio como lo hacen lo seglares. Haced lo mismo cuando compreis. Quanto menos poseais en este mundo, más os acercareis á Dios.

60° Si algun hermano deja un vaso en vuestra celda, y vos teneis necesidad de serviros de él no lo hagais sin su permiso.

61° Si cuando fuereis á hacer una compra para vuestras trabajos, algun hermano os suplica que hagais tambien alguna para él, hacedle este oficio de caridad. Y si estais en compañía de otros hermanos cumplid su comision en presencia suya.

62° Cuando se os hubiese prestado alguna cosa, devolvedla tan pronto como no la necesiteis, y no aguardéis á que os la pidan. Si por casualidad hubiese en ella alguna cosa rota, reparadla al instante; cuando hayais prestado algo á un hermano, no se lo pidais cuando vieres que no esta en estado de devolvéroslo, sobre todo si no teneis de ella absoluta necesidad.

63° Puede suceder que habiéndoos ausentado de vuestra celda por algun tiempo y por necesidad, viéndola algun hermano vacia, vaya á ocuparla. En este caso, cuando volvais a ella, no le obligueis á desalojarla, sino cedédsele de buen grado y buscad otra para vos, no sea que obligándole á retirarse de ella, Dios se irrite contra vos; pero si él se re-

tira por su voluntad no tendréis que reprocharos el haber faltado á la caridad ; y además si hay algun mueble en la celda que este hermano desee llevarse, dádselo graciosamente.

64° Si cambiaseis de celda, no os lleveis ningun mueble de la que dejais ; cededla con todo lo que contiene á algun hermano pobre, y Dios tendra cuidado de indemnizaros, en cualquier parte que fuereis.

65° Nada hay que alegre más al demonio que el que oculte uno sus pensamientos á su padre espiritual. Tened esta verdad por máxima constante, y no os lisonjceis jamás de llegar á la perfeccion de nuestros antiguos padres, si no imitais sus trabajos.

66° Proscribid de vuestro corazon todo afecto á las riquezas de este mundo. Él es como un veneno que inficiona y corrompe todo el fruto que un monge puede sacar de los ejercicios de su estado.

67° No os canseis en el tiempo de la tentacion, por larga que sea ; sino perseverad en el santo combate contra ella, y postrado delante de Dios con humildad, decidle : « Venid, Señor, en mi auxilio, porque yo soy demasiado debil para sostener por mí mismo un tan violento combate ; » y vereis que Dios os dará fuerzas para vencerla, sobre todo si haceis esta oracion con fé y de todo corazon. Si teneis la dicha de triunfar de la tentacion, no os glorieis de ello y no concibais dentro de vos mismo una presuntuosa confianza, como si no tuvieseis nada que temer ; sino al contrario estad más que nunca sobre vos mismo porque el demonio, al retirarse, maquinará nuevos esfuerzos contra vos.

68° Cuando dirigieréis á Dios vuestras oraciones, no digais : Señor, apartad esto de mi, ó concededme tal cosa ; sino más bien decidle : Ya sabeis, Señor y Dios mio, lo que más me conviene para el bien de mi alma ; ayudadme con vuestra gracia ; no permitais que os ofenda y que pe-

rezca en mí pecado ; considerad cuánta es mi debilidad, siendo como soy un pecador ; no me abandoneis al furor de mis enemigos, puesto que he colocado en Vos mi auxilio y confianza. Libradme, Vos que sois mí fuerza y el único apoyo de mi esperanza. Vos sois todopoderoso ; Vos mereceis toda gloria ; vuestra bondad no tiene limites, y nosotros os debemos acciones de gracias y un eterno reconocimiento. Así sea.

Esta regla contiene máximas tan sabias, piadosas y edificantes que no hemos creído debernos contentar con dar de ellas un compendio ; puesto que todos sus puntos son tan útiles como preciosos. Ella puede servir no solamente para los novicios, sino tambien para los que son más entrados en edad ; y además, un gran número de sus preceptos convendrían á las personas que viven en el mundo.

EL ABAD SERAPION Y EL ABAD SERENO¹

Hay muchos llamados Serapion. Este es llamado Serapion del desierto de Sceté. El abad Moisés contó de él un hecho muy instructivo que prueba cuánto cuidado deben tener de manifestar sus defectos y tentaciones á su padre espiritual los que empiezan á practicar la virtud. Decia que Serapion tenia costumbre de referirlo el mismo á sus jóvenes discípulos para instruirles en un punto tan importante. « Cuando era todavía niño, decia el abad Serapion, y moraba con el abad Tehonas, el demonio me había llevado con sus artificios á una mala costumbre, esto es, que despues de

¹ Casiano, Cotelier.

haber tomado mi refeccion con él despues de la hora de nona, robaba todos los dias un panecillo, que comia por la noche á escondidas. Aun cuando yo hacia este hurto voluntariamente y, satisfaciendo de este modo mi sensualidad, me confirmase más y más en este hábito de golosina, esto no impedia que despues de esta pasajera satisfaccion, volviendo dentro de mí no fuese atormentado por el mal que habia hecho tomando este pan, más de lo que habia tenido placer al comerlo. De esta manera gemia bajo la tirania del demonio, y no pudiendo librarme de esta maldita necesidad, me avergonzaba de descubrir mi hurto á aquel santo viejo.

« Pero un dia sucedió, por una conducta particular de Dios que queria sacarme de tan larga servidumbre, que algunos solitarios fueron á la celda de mi abad con el designio de edificarse con sus instrucciones. Cuando despues de haber salido de la mesa empezaron los demás á conversar sobre algunos discursos de piedad, respondiendo el santo viejo á todas las preguntas que se le hacian, cayó insensiblemente en la gula, y dijo cosas estrañas de este vicio. Hablo tambien con estension del imperio que sobre nosotros tenian los malos pensamientos, cuando los ocultábamos, y representó vivamente la violencia que ejercian sobre nosotros mientras les teníamos en silencio.

« Este discurso tan animado fué como una flecha de fuego que me penetró, y haciéndome creer los remordimientos de mi conciencia que se juntaban á la vehemencia de sus palabras, que solamente por mí hablaba de esta manera, y que sin duda Dios le habia descubierto el secreto de mi corazon, me dejé por de pronto llevar de los suspiros, que ahogaba en mí mismo lo mejor que podia ; pero, aumentando el dolor y la compuncion, se propagó por de fuera con sollozos y excesivas lágrimas.

« Saqué de mi seno que tantas veces habia ocultado este hurto el panecillo, el cual, segun mi ordinaria costumbre,

habia robado para comer por la nodre, hicelo ver á aquellos solitarios ; declaréles cómo siempre comia otro tanto á escondidas ; ediéme por el suelo ; pedí perdon ; derramé gran abundancia de lágrimas, y supliqué á aquellos testigos de mi falta que rogasen á Dios por mí, y le pidiesen que me librase de aquel duro cautiverio en el cual gemia tanto tiempo hacia.

« Mi venerable abad. al verme en este estado, me dijo : « Animo, hijo mio ; tened confianza en Dios ; no teneis necesidad de mis palabras : la confesion que acabais de hacer de vuestra falta os ha librado ya de la servidumbre en que gemiais. Hoy habeis triunfado de aquel enemigo que tanto tiempo hacia que os tenia ya sujeto. Esta confesion le tiene hoy dia mas abatido á vuestros pies que vuestro silencio no os habia abatido debajo de él. ¿ Os admirais que él os haya dominado tanto tiempo cuando ni vos ni nadie se oponia á él ? ¿ No dice el sabio, *que porque es uno llevado fácilmente al mal sin resistir á él y contradecirle, el corazon de los hijos de los hombres está lleno de iniquidad?* (Eccles. 8. sec. LXX). Pero ahora que este espíritu de malicia se vé descubierto, no podrá inquietaros más en lo sucesivo, y esta serpiente infernal no se atreverá más á buscarse una guarida en vuestro corazon despues que por vuestra saludable confesion, le habeis sacado de sus tinieblas para exponerle á la luz de Jesucristo. »

« Apenas aquel prudente viejo hubo acabado de hablar, cuando salió de su seno una lámpara encendida, que de tal manera llenó la celda en que estábamos de un olor de azufre, que su hedor insoportable apenas nos permitió permanecer más allí. Aquel santo viejo, volviendo á tomar la palabra, me dijo : « Hijo mio, ya veis con vuestros ojos la verdad que acabo de deciros, y que vuestra humilde confesion ha echado visiblemente de vuestro corazon á este enemigo que excita y alimenta en nosotros todas nuestras

pasiones; y su fuga manifiesta os debe ser un gaje de que este tirano al cual acabáis de descubrir no tendrá en lo sucesivo poder alguno sobre vos. »

« Lo que me predijo el santo viejo me sucedía. La confesion que entonces hice de mi falta detuvo de tal manera aquel dominio que el diablo ejercia sobre mí, que ni siquiera intentó despues traérmela á la memoria, y desde aquel tiempo jamás sentí el menor deseo de un hurto semejante. »

Se ve por este ejemplo cuánto desconcierta á los espíritus de las tinieblas que nos tienden lazos la humilde confesion de sus faltas y la manifestacion de las ilusiones del demonio á los que están encargados del cuidado de nuestra alma. Cuanto más el tentador gana en hacernos esconder nuestros pecados, tanto más tambien la humilde declaracion que de ellos hacemos, á pesar de la vergüenza que con ello siente nuestro orgullo, nos sirve para obtener la libertad y el perdon de ellos. Dios por su misericordia se inclina hácia el alma que confiesa su falta con una sincera humildad, y le dá el beso fraternal de la reconciliacion, y esto debe alentar poderosamente á las almas cargadas hasta de los mayores crímenes, á confesarlos á los ministros de Jesucristo, sin escuchar la mala vergüenza que el demonio les ha quitado al cometerlos, y que se la devuelve en seguida para impedirles que se los declaren y que obtengan por ahí la remision de ellos.

La accion generosa que hizo el joven Serapion fué segunda de bendiciones y gracias, como habia sido recompensada con un milagro visible y con librarle de la tentacion. Esto nos hace presumir justamente que desde entonces hizo considerables progresos en la virtud, puesto que le yemos en lo sucesivo en el número de los Padres más espirituales de Sceté, tan famosos por su santidad.

Parece que debe referirse al abad Serapion, de quien

hablamos aquí, el que se encuentra bajo este nombre en la conferencia décima octava de Casiano y en la recolección de Cotelier. El primero, haciendo hablar al abad Piammon que recomendaba mucho el practicar las virtudes de humildad y paciencia con sinceridad y verdad, y no, como algunos, por inclinaciones profundas, por gestos afectados, y por una falsa humildad de palabras, le hizo contar este hecho de la historia del abad Serapion.

« Un solitario que daba muestras de una profunda humildad, fué cierto día a él; é invitándole el buen viejo, según la costumbre, á ofrecer juntos su oración á Dios, aquel hombre le respondió que no podía hacerlo, porque había cometido tantos pecados que hasta era indigno de respirar el aire común á todos los hombres; y no atreviéndose á sentarse en la misma silla de aquel buen viejo, estaba sentado en tierra. Todavía hizo mayor resistencia cuando el abad Serapion le quiso lavar los piés. Finalmente, después que se hubieron levantado de la mesa, hallándose Serapion obligado á hablarle, según la costumbre, empezó á advertirle con toda la dulzura posible, que no estuviese más ocioso, ni anduviese vagammino en lo sucesivo; que era joven, fuerte y robusto, y que entonces principalmente debía poner cuidado en guardar más la estabilidad, y en no correr con tantá lijereza de un lugar á otro. Exhortolo á amar más el morar en su celda para vivir en ella más de su trabajo que de la liberalidad de otro; que el mismo San Pablo, para no caer en este mal, aun cuando la predicación del Evangelio al que se aplicaba con tanto ardor, le daba con justicia deredro á ello había sin embargo pasado los días y las noches trabajando para ganar con que vivir.

« Aquel pobre religioso quedó tan sobrecogido de dolor y tristeza que no pudo menos de dejar mostrar en su rostro la amargura que estaba escondida en su corazón.

Pues bien, hijo mio, le dijo aquel prudente viejo ; vos deciais ahora mismo que habais cometido todas los crímenes imaginables, y no teneis temor de pasar aqui con esta confesion por un hombre de mala vida ; y ¿ de dónde procede pues que una simple advertencia que os doy, que nada tiene de ofensiva, que hasta debiera edificaros y seros una muestra de mi afecto, os irrite de tal manera que os es imposible ocultar vuestra indignacion y no dejarla aparecer en vuestro rostro ? ¿ Esperabais cuando poco ha os humillabais, que yo os dijese estas palabras : *El justo empieza su discurso por acusarse á sí mismo?* » (Prov. 18, sect. LXX.)

Cotelier que narra este hecho añade que aquel religioso, entrando dentro de sí mismo pidió perdon al venerable viejo, y se retiró aprovechándose despues de su aviso.

El mismo abad reprendió con mucha mayor fuerza á otro solitario segun la necesidad que juzgaba que de ello tenia ; y de esta manera los antiguos Padres de los desiertos empleaban ya la firmeza ya la dulzura segun las circunstancias, solo teniendo á la vista la gloria de Dios y el bien de las almas, sin que ninguna consideracion humana les llevase á una floja condescendencia, cuando era necesaria la firmeza, ni que empleasen mal humor cuando solo debian emplear una dulce persuasion. De este modo obró Serapion con aquel solitario que le pedia una palabra de edificacion. Este religioso habia hecho acopio de un buen número de libros, y á este proposito le respondió Serapion : « ¿ Qué quereis pues que os diga á vos que habeis tomado el bien de las viudas y de los huérfanos, y que lo habeis empleado en esos libros. ? »

Daba este excelente aviso á propósito del respeto y de la modestia que se debe tener cuando se ora a Dios. « El solitario que ora, decia él, debe continuamente mirar á Dios con la misma atencion y el mismo respeto que los oficiales que estan delante del emperador, y que ni siquiera se atre-

verian á volver los ojos de un lado á otro ; mientras él esté con esta respetuosa atencion, el enemigo no podrá espantarle. »

Finalmente se cuenta de él una historia muy singular, y que demuestra que el celo de la salvacion de las almas ha llevado algunas veces á los santos á emplear medios extraordinarios, los cuales sin embargo no pueden servir de regla á todo el mundo. Pasando un dia por una poblacion de Egipto y viendo á una muger de mala conducta, le dijo que iria á verla. Fué, en efecto, y desde que entró, se puso á orar.

Empezó á rezar el Salterio, haciendo en cada salmo una oracion por ella, y suplicando á Dios que la convirtiese. Pronto fué oido. Aquella muger comprendió que había ido allá para salvarla. Púsose tambien ella todo temblorosa á orar junto á él. El santo rezó asi todo el salterio, despues de lo cual la muger cayó abatida en tierra. Él no dejó de continuar ; empezó á San Pablo y rezó muchas cosas de el. Cuando finalmente hubo terminado su oracion, la muger, movida á compuncion, se echó á sus pies y le suplicó que la pusiese en un lugar en donde pudiera servir á Dios.

Llevla á un monasterio de vírgenes y poniéndola en manos de la rbadesa, le dijo que no le prescribiese regla como á las demás hermanas sino que la dejase hacer lo que ella quisiese. Despues de algunos dias, ella se resolvió á no comer más que dia por otro ; un poco despues de tres en tres dias, y luego de cuatro en cuatro. Finalmente creciendo siempre en ella el espíritu de penitencia, dijo á la superiora : Puesto que yo he ofendido grandemente á Dios con mis pecados, hacedme la caridad de encerrarme en una celda y tapar la puerta de ella, sin dejar en la misma más que un agujero por el cual me hareis dar un poco de pan y con que trabajar. Concediósele lo que pedia y pasó así el resto de su vida de una manera que la hizo completamente agradable a Dios.

Esto es todo cuanto los monumentos monásticos nos enseñan del abad Serapion Pero, á propósito de este abad, hubo en el mismo desierto de Sceté otro solitario del mismo nombre cuya relacion, que Casiano hace, muestra que era muy diferente de aquél y de los otros Serapiones de quienes ya hemos hablado. Diremos aqui lo que de él nos ha enseñado Casiano, y esto servirá para convencernos que las virtudes que algunas veces se admiran con pasmo en ciertas personas, no son siempre pruebas de la verdad de sus sentimientos en materia de dogma, y que si no se pierden por la depravacion de las costumbres, bien pueden perderse por la obstinacion de su espíritu en los errores que sostienen.

La grosera heregia de los Antropomorfitas, esto es, de los que creen que Dios tiene un cuerpo, se habia deslizado entre los monges del desierto de Sceté. Este error era un resto de la idolatria, de la que muchos que la habian abandonado para abrazar el cristianismo, habian conservado algunos prejuicios, como era el de representarse al verdadero Dios, no como una simple sustancia, pura y sin límites, sino de la manera que los paganos se representaban sus falsas divinidades, con una cabeza y miembros como nosotros. Acostumbrados como estaban antes á adorar á los demonios bajo figuras humanas, no sabian representarse á Dios en sus oraciones sino bajo una forma sensible. Parecíales que todo les escapaba, y que sus oraciones no eran buenas sino cuando detenian su imaginacion en algun objeto corporal, como si lo hubiesen tenido delante de los ojos. Lo que les confirmaba más en aquel ridículo error era todavia la interpretacion que daban á aquel punto del Génesis, en que Dios dice: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza*. Su simplicidad y prevencion les hacian tomar estas palabras á la letra y miraban como un dogma establecido en la Escritura lo que ella condena en tantos lugares.

« Entre aquellos solitarios así engañados, había uno, llamado Serapion, el cual, según dice Casiano, era consumado en toda clase de virtudes y recomendable por la austeridad de su vida. Su ignorancia en este punto de doctrina, añade él, perjudicaba mucho á todos sus hermanos; y cuanto más les sobrepujaba por el mérito de sus grandes virtudes y por la autoridad de su vejez, más también les era peligroso su error. » Era de la congregación del sacerdote Pafnucio, y este santo sacerdote había hecho inútilmente esfuerzos para hacerle entrar en el camino de la verdadera fé. Pero miraba el sentimiento de su abad como una opinión nueva y contraria á la tradición. En esto llegó de Capadocia á aquel desierto para ver á los solitarios Fotino diácono y hombre muy sabio. Pafnucio le suplicó que le dijese en presencia de todos los hermanos cómo las Iglesias de Oriente entendían aquel punto del Génesis: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza*. Fotino respondió, sin titubear, que todos los obispos de aquel país no entendían esto á la letra ni de una manera grosera, y adujo muchos lugares de la Escritura para probar que esto no debía entenderse así.

Finalmente mostró tan claramente cuán indigno era de la majestad invisible de Dios, tan augusta é incomprendible, el limitarla con alguna cosa que tuviese la forma y la semejanza de hombre, y dió á este propósito tan fuertes razones, que el buen viejo Serapion se rindió á ellas y reconoció la verdad católica.

El abad Pafnucio experimentó con este cambio una extraordinaria alegría, lo mismo que todos los solitarios de aquel desierto.

Sin embargo Serapion, que tenía costumbre de representarse á Dios en su oración bajo una figura humana, lo cual detenía más fácilmente su imaginación, no sabiendo ya en qué fijarse porque un espíritu puro no presenta ima-

gen, sensible, se halló muy embarazado ; no sabia cómo hacérselo para ocuparse de Dios, y penetrado de dolor se abandonó de repente á los suspiros y lágrimas, echóse por tierra, y gritó suspirando en alta voz : « ¡ ay ! ¡ cuán miserable soy ! Me han quitado á mi Dios ; yo no sé ya ahora en qué debo fijarme ó á quién debo adorar ó á quién debo dirigirme. »

« Este accidente, dice Casiano, nos conmovió mucho (Coll. lo. c. 3.), y nos llevó á Germano y á mí á vir á encontrar al abad Isaac al cual dijimos : « En verdad, Padre mio, que hemos quedado espantados del grosero error del Abad Serapion, y casi hemos desesperado de nosotros mismos, viendo que un hombre tan sauto, despues de cincuenta años de un tan gran retiro y de una vida tan austera, no solamente haya perdido tantos trabajos por su error, sino que hasta haya caido en un tan gran peligro de su salvacion. » Y el abad Isaac nos respondió : « No hay que admirarse que un hombre muy simple, que jamás ha sido instruido sobre la naturaleza de Dios, haya sido engañado en este punto por su ignorancia, y por su largo hábito de su antiguo error. Porque para deciros un opinion, el abad Serapion no ha sido arrastrado á esta nueva ilusion por artificio del enemigo, como vosotros creeis. Él no ha hecho más que permanecer en su error de otras veces y en aquella primera ignorancia del paganismo en que los hombres, acostumbrados á adorar á los demonios, revestidos de la figura de los hombres, hacen pasar este error al cristianismo, y piensan que hay que adorar á la majestad incomprendible de Dios bajo alguna forma sensible de la que creen ellos que esta revestido. » Estas palabras del abad Isaac muestran claramente que este Serapion habia sido idólatra y se habia convertido despues á la fé cristiana. Lo cual prueba que no podia ser el mismo que el que, siendo todavia niño, habia sido educado por el abad Tehonas.

Casiano hace tambien hablar en sus conferencias al abad Sereno, y dice que entre todos aquellos grandes solitarios que habitaban el desierto de Sceté no habia casi ninguno por quien tuviese él tanta veneracion como este santo abad. » Era este, añade él, un hombre de una santidad extraordinaria y de una continencia admirable, el cual segun su nombre lo indicaba, conservaba su alma en una tranquilidad y serenidad completamente divinas. A más de todas las virtudes que le hacian notable en sus acciones, en sus costumbres y hasta en su rostro, tenia tambien el don de una pureza angelical. » Porque aquel grande hombre, ofreciendo á Dios noche y dia muy ardientes oraciones, acompañadas de vigiliass y ayunos para obtener la castidad del cuerpo y alma, recibió de Dios esta preciosa gracia y vió durante la noche á un angel que le dijo : « Sabed que vos habeis obtenido hoy de Dios la pureza perfecta que le habeis pedido con una fé sincera. »

El deseo de aprovecharse de las instrucciones del abad Sereno indujo á Casiano y á Germano á irle á ver. Era esto en tiempo de cuaresma. El venerable viejo les recibió con aquella paz y serenidad que formaban su principal caracter. Hízoles diversas preguntas sobre su disposicion interior, sobre la cualidad de los pensamientos que les ocupaban ordinariamente, y les preguntó por último si su larga permanencia en el desierto habia contribuido ya á la pureza de su alma ; porque hemos visto en más de una ocasion que esto era lo que los solitarios tenian principalmente á la vista en los laboriosos ejercicios de la vida monástica.

Casiano y Germano se humillaron mucho con estas preguntas. Confesáronle que tenian el alma tan ligera que no podian dar en esto el testimonio favorable de haberse aprovechado en su retiro. « ¡ Ay, Padre mio ! le dijeron ; esta larga serie de años de retiro que debiera ya habernos establecido en la perfeccion, no nos ha servido hasta aquí sino para



Imp. de Chardon aine Paris.

Gravé par J. B. de la Roche.

L'Abbé Adrien.

hacernos ver lo que podemos ser, sin hacernos lo que tanto habríamos deseado ser. Conocemos que no hemos adquirido allí aquella firmeza en la virtud que habíamos deseado con tanto ardor; sino solamente un acrecentamiento de confusión y vergüenza por el poco progreso que hemos hecho. »

Quejáronse de que su alma se dejaba insensiblemente caer en la disipación y que se encontraba de día en día agitada por mil distracciones y muy débil para resistir á las pasiones que la tenían como cautiva lo cual les desanimó mucho. « Nuestro espíritu, decían ellos, en todo momento se nos escapa de tal manera que cuando le queremos llamar de nuevo por el movimiento del temor de Dios, ó aplicarle á contemplar su grandeza, se escapa de nuevo como antes, sin que podamos fijarle en aquella continua debilidad. »

Esto dió ocasión al abad Sereno para entretenerles con la movilidad del alma, é hizoles ver que cuanto nuestro espíritu era más la veleidoso é inconstante, más también importaba velar sobre nuestros pensamientos para no tenerlos sino buenos. « El espíritu del hombre, les dice, trabaja sin cesar. Es estrañamente movable. Esto es lo que está indicado en el libro de la Sabiduría: *La morada terrestre hace pesada al alma a pesar de la vivacidad de sus pensamientos.* (Sap. 9) Es pues verdad que por su naturaleza ella no puede permanecer ociosa; y que si no se regulan sus movimientos dando ocupación á su actividad con objeto de que la retengan y detengan, necesariamente su lijereza natural la lleva, y la hace correr de objeto en objeto, hasta que un largo hábito le dé á conocer por experiencia cuáles son los sujetos que debe preparar en su memoria, afin de que se ocupe de ellos sin causarse, y que esta ocupación la acostumbre á fijarse más. De este modo podrá ella ponerse sobre las tentaciones con que la turba su enemigo, y per-

manecer en este estado estable que desea con tanto ardor.

« Debemos pues, prosigue él, trabajar sin cesar en regular nuestro espíritu ; porque el *buen pensamiento*, dice el Sabio, se aproxima á *los que lo conocen*, y el *hombre prudente lo encontrará* (Prov. 19. sec. LXX) Ya veis pues que cuando el hombre trabaja con el auxilio de Dios, *dispone de los grados*, como dice David, para subir a Él. (Psal. 13.) Esto es, que alimenta pensamientos santos que le hacen subir á Dios, y que cuando se relaja, baja y vuelve á caer en los pensamientos bajos de la tierra y de la carne. »

El estado de un alma, dice todavía, á la que la gracia ha elevado á aquella perfeccion, está admirablemente figurado por el Centurion del Evangelio, que decia : *Tengo soldados bajo mis órdenes ; digo al uno : Anda, y vá ; y al otro : Ven, y viene ; y á mi siervo : Haz esto, y lo hace.* « Si trabajamos pues en combatir y vencer los vicios, en apagar las pasiones y los movimientos de la carne, en someter al imperio del espíritu esa muchedumbre de sentimientos que le asedian y le inquietan sin cesar, y en echar lejos de la sombra de nuestro corazon, por la fuerza de la cruz de Jesucristo á aquellos ejercitos de poderosos enemigos, que nos hacen una guerra tan cruel, recibiremos de Dios, en recompensa de nuestras victorias, la gracia de ser elevados al rango de aquel Centurion del Evangelio que es la figura de los verdaderos cristianos... De él recibiremos el poder de mandar á nuestros pensamientos. No nos dejaremos llevar á pesar nuestro de los que no queremos seguir, y nos uniremos con firmeza á aquellos en los que encontraremos nuestro reposo y la alegría de nuestro corazon. Diremos á los malos ; Id, y se irán. Diremos á los buenos : Venid y vendrán ; y mandaremos á nuestro siervo, esto es á nuestro cuerpo, que guarde todas las leyes de la pureza, y nos obedecerá y se sujetará á servir al es

píritu en todas las cosas. » El abad Sereno muestra despues de esto cuáles son los medios que debemos emplear para combatir los pensamientos contrarios á la pureza de nuestro corazon. San Pablo nos los suministra cuando nos dice que tomentos *el escudo de la fé la coraza, de la caridad, el casco de la esperanza y la espada del espíritu que es la palabra de Dios.* (Ephes. 6; 1 Thess. 5; Hebr. 4.)

« No debemos dejarnos llevar en el penoso combate, de una desconfianza y descorazonamiento perniciosos, que nos hagan abandonar nuestros ejercicios como si nos fuesen inútiles, puesto que el sabio dice: *Cuanto más se trabaja, más se enriquece uno;* (Prov. 31 sec LXX.) Porque no hay virtud de la que se pueda adquirir la perfeccion sin un gran trabajo Hay que hacer grandes violencias y sufrir penosos trabajos para llegar á ser un hombre perfecto. »

El abad German le representó á este propósito cuán difícil es detener la lijereza de espíritu, puesto que ademas de aquella movilidad natural al alma, está ella tambien inquietada por tantos enemigos. Pero el abad Sereno le hizo ver por muchos pasages de la Escritura que no debemos admirarnos del gran número de los demonios que nos atacan puesto que la fuerza de Dios que nos asiste es mucho mayor que toda la fuerza de los espíritus malignos. A este propósito aquel santo abad entró en una larga discusion sobre las maneras en que los demonios tientan á los hombres, y que seria muy largo referir aqui; pero hace una observacion que merece ser referida.

Vemos, dice él, ya por nuestra experiencia, ya por la relacion de nuestros antepasados, que los demonios no tienen hoy dia la misma fuerza que tenian otras veces en el primer establecimiento de los anacoretas cuando todavia no habia más que unos pocos solitarios en el desierto; porque eran entonces tan furiosos que solo habia muy pocas personas, y muy adelantadas en edad y en virtud, que pu-

diesen sobrellevar los males que les hacian en la soledad. En los mismos monasterios en los que moraban ocho ó diez juntos, hacian tantos desórdenes y violencias, y atacaban tan frecuentemente á los religiosos de una manera del todo visible que no se atrevian á dormir todos juntos durante la noche sino que cuando los unos se entregaban un poco al sueño los otros continuaban la vela sin interrumpir ó la oracion ó la lectura ó el canto de los salmos, y cuando la necesidad de la naturaleza forzaba á estos á descansar, iban antes á despertar á los otros á fin de que hiciesen á su vez la guardia y centinela contra aquellos enemigos que no dormian.

« Por ahí se vé que esta seguridad en que viven hoy dia en el desierto, no solamente los viejos como nosotros, que pueden sostenerse mejor á causa de su esperiencia, sino tambien los más jóvenes solitarios, no proviene segun me parece, sino de dos razones : O bien la debemos atribuir á la gracia y á la virtud de la cruz, que ha penetrado hasta el fondo de los más escondidos desiertos, y que derramándose por todas partes, tiene como cautiva la malicia del enemigo, ó quizás hasta nuestra negligencia que hace á los demonios más lentos para atacarlos, y que hace que se desdeñen de hacer contra vosotros los mismos esfuerzos que hacian contra aquellos generosos atletas de Jesucrito, creyendo que cesando así de combatirnos, y dándonos por ahí lugar para relajarnos, y tenernos menos sobre nosotros mismos, podrán sorprendernos y vencernos mucho más facilmente. »

Despues que el abad Sereno hubo hedro con este motivo un largo discurso difirió para el dia siguiente la esplicacion que el abad German le suplicó que le diese sobre aquella palabras de San Pabló : *No tenemos que combatir contra la carne y sangre, sino contra los principados y las potestades, contra los príncipes de este mundo y de estas tinieblas.*

Invítóle a tomar con Casiano un poco de reposo, esperando que al día siguiente, que era el santo día del domingo, y el cual debían solemnizar según su costumbre, pudiesen al volver de la iglesia, conferenciar juntos sobre lo que Dios, les dijo él, nos haya podido dar para nuestra comun instrucción. »

Casiano empieza después la relación de la conferencia que tuvo al día siguiente con el abad Sereno, por medio del de la pequeña recepción que les dió, y que demuestra cuál era la frugalidad de aquellos buenos solitarios aun en las ocasiones en que la caridad para con los huéspedes obraba con más distinción é inocente alegría. « Después de haber cumplido, dice él, con lo que exigía de nosotros la santidad del domingo, los que se habían juntado en la iglesia habiéndose retirado, nos volvimos á la celda del santo viejo Sereno, el cual nos trató en ella magníficamente ; porque en vez del agua salada de la que ordinariamente se servía mezclando en ella una gota de aceite sirvióse aquel día de salmuera y echó un poco más de aceite de lo que tenía de costumbre. El fin de estos solitarios no es hallar algún placer en aquella gota de aceite, puesto que apenas pueden percibirse de ella cuando comen ; sino evitar por ahí la vanidad y el orgullo que insensiblemente se deslizan en las austeridades extraordinarias... A más de esto, nos dió tres aceitunas fritas en sal, una cesta en la que había algunos garbanzos cochifritos, que para ellos son como la pastelería. Tomamos cada uno cinco de ellos con dos ciruelas y un higo, porque en aquel desierto sería como un crimen el pasar de este número. » Tal fué la refección que el abad Gereno dió á Casiano y que él llama magnífica.

Cuando se hubieron levantado de la mesa, Casiano y German le suplicaron que se acordase que les había prometido explicarles lo que dice san Pablo : *Que tenemos que combatir contra los poderes de las tinieblas*. Y este fué el sujeto de

la segunda conferencia, en la que les entretuvo con los principados y poderes invisibles del infierno. Habló de la caída de los ángeles rebeldes. Dijo que hay entre ellos principados y poderes puesto que hay tambien algunos entre ellos que mandan y tienen como cierto poder sobre los demás ; que sin embargo se hacen entre ellos la guerra como la hacen á los hombres ; que cada uno de nosotros tiene su ángel bueno como se evidencia por muchos lugares de la Escritura ; pero que nosotros tenemos tambien uno malo que se dedica particularmente á tentarnos, como se ve por el ejemplo de Job. Que aun cuando el demonio que nos engaña sea mucho más castigado que nosotros á quienes seduce, puesto que despues de haber hecho caer á Adan, fué él mismo derribado al suelo por la maldicion que contra él fulminó Dios, nosotros no dejamos sin embargo de ser castigados como lo fué Adan, por habernós dejado sorprender. « Por esto, dice él, conviene grandemente tener cuidado de no dejarse llevar por malos consejos, porque aun cuando el principal castigo de estos recaiga sobre el autor, no obstante el que en ellos consiente no será exento de pena, como no lo es de la culpa. »

El mismo abad Sereno, hablando de las diferentes indicaciones que hay en los demonios, de los cuales unos se contentan con espantar á los hombres con panicos terrores, otros, más crueles, llenan su corazon de una variedad ridícula, y otras les inspiran no solamente la mentira sino que tambien les llevan á la blasfemia, dice que él mismo habia sido testigo de esto, y que con sus propios oidos habia oido al demonio confesar que se habia servido de la boca de Arrio y de Eunomio para publicar por ellos las impiedades y los sacrilegios de su heregia.

EL ABAD AGATON ¹.

Este religioso habitó muchas soledades; sin embargo en Sceté fué donde principalmente residió y siempre fué mirado como uno de los principales padres de aquel desierto á los cuales edificó por el brillo de sus virtudes y de su doctrina hácia la mitad del siglo cuarto.

Inoramos el nombre del que le educó en las prácticas de la vida monástica; pero parece que las primeras en que se ejercitó, fueron la obediencia ciega y el silencio. Tuvo durante tres años un guijarro en la boca para acostumbrarse á callar, ó como una señal que tenia siempre presente para no hablar sino cuando era más necesario que el no decir nada. Con esta práctica adquirió una tan gran discrecion en sus palabras, que hablando de él San Pemen con algunos solitarios, y habiéndole dado el titulo de abad, que solo se daba á los ancianos por respeto, (Vit. PP. l. 5. ib. 15. 8. 40) como le testificaran por ello su sorpresa, les respondió que su boca le habia adquirido este título.

Tan felices principios fueron seguidos de un maravilloso proceso. Los que recogieron las acciones y palabras notables de los Padres de los desiertos, (Cot p. 356) irdenle este justo elogio á saber, que estaba dotado de una eminente sabiduria, que era infatigable en los trabajos, y que era igualmente sobrio en el comer y modesto en su vestidos. Pero es tambien un efecto de su prudencia el usar en todo de aquella

¹ Vit. PP., Cotelier.

la segunda conferencia, en la que les entretuvo con los principados y poderes invisibles del infierno. Habló de la caída de los ángeles rebeldes. Dijo que hay entre ellos principados y poderes puesto que hay tambien algunos entre ellos que mandan y tienen como cierto poder sobre los demás ; que sin embargo se hacen entre ellos la guerra como la hacen á los hombres ; que cada uno de nosotros tiene su ángel bueno como se evidencia por muchos lugares de la Escritura ; pero que nosotros tenemos tambien uno malo que se dedica particularmente á tentarnos, como se ve por el ejemplo de Job. Que aun cuando el demonio que nos engaña sea mucho más castigado que nosotros á quienes seduce, puesto que despues de haber hecho caer á Adan, fué él mismo derribado al suelo por la maldicion que contra él fulminó Dios, nosotros no dejamos sin embargo de ser castigados como lo fué Adan, por habernós dejado sorprender. « Por esto, dice él, conviene grandemente tener cuidado de no dejarse llevar por malos consejos, porque aun cuando el principal castigo de estos recaiga sobre el autor, no obstante el que en ellos consiente no será exento de pena, como no lo es de la culpa. »

El mismo abad Sereno, hablando de las diferentes indicaciones que hay en los demonios, de los cuales unos se contentan con espantar á los hombres con panicos terrores, otros, más crueles, llenan su corazon de una variedad ridícula, y otras les inspiran no solamente la mentira sino que tambien les llevan á la blasfemia, dice que él mismo habia sido testigo de esto, y que con sus propios oidos habia oido al demonio confesar que se habia servido de la boca de Arrio y de Eunomio para publicar por ellos las impiedades y los sacrilegios de su heregia.

EL ABAD AGATON ¹.

Este religioso habitó muchas soledades; sin embargo en Sceté fué donde principalmente residió y siempre fué mirado como uno de los principales padres de aquel desierto á los cuales edificó por el brillo de sus virtudes y de su doctrina hácia la mitad del siglo cuarto.

Inoramos el nombre del que le educó en las prácticas de la vida monástica; pero parece que las primeras en que se ejercitó, fueron la obediencia ciega y el silencio. Tuvo durante tres años un guijarro en la boca para acostumbrarse á callar, ó como una señal que tenia siempre presente para no hablar sino cuando era más necesario que el no decir nada. Con esta práctica adquirió una tan gran discrecion en sus palabras, que hablando de él San Pemen con algunos solitarios, y habiéndole dado el titulo de abad, que solo se daba á los ancianos por respeto, (Vit. PP. l. 5. ib. 15. 8. 40) como le testificaran por ello su sorpresa, les respondió que su boca le habia adquirido este titulo.

Tan felices principios fueron seguidos de un maravilloso proceso. Los que recogieron las acciones y palabras notables de los Padres de los desiertos, (Cot p. 356) irdenle este justo elogio á saber, que estaba dotado de una eminente sabiduria, que era infatigable en los trabajos, y que era igualmente sobrio en el comer y modesto en su vestidos. Pero es tambien un efecto de su prudencia el usar en todo de aquella

¹ Vit. PP., Cotelier.

discrecion que San Antonio el Grande recomendaba tanto y que consideraba como una virtud esencial. Esto hacia que no trabajara sobre sus fuerzas ni con aquel apresuramiento que preocupa el espiritu y le quita la libertad de conservarse en el recogimiento, y que en sus vestidos no habia nada de singular, de modo que no podia decirse que fuesen demasado buenos ni demasados malos.

Su espiritu de discernimiento y de prudencia le adquirió discipulos y atrajo frecuentemente otros solitarios á su celda para recibir sus consejos en sus dificultades. Tenia gran cuidado de que sus discipulos le diesen cuenta de su conducta. Habia dos entre los otros que vivian en celdas separadas como anacoretas; y él les visitaba de tiempo en tiempo para saber en qué se ocupaban y si hacian progresos en las virtudes de su estado. Un dia, habiendo ido á verles, preguntó á uno cómo se habia portado, y este le respondió entre otras cosas: « Padre mio, yo guardo el ayuno hasta la noche, despues de lo cual como dos panecillos. » — « Esto no es muy penoso, le dijo; sin embargo haceis muy bien. » Fuése en seguida al otro á quien hizo la misma pregunta; y este le respondió: « Padre mio, yo no tomo nada durante dos dias, despues de lo cual como mis dos panecillos cocidos bajo la ceniza. » — « He ahí uno que es austero, le dijo, y teneis que sostener dos combates; el uno guardar el ayuno durante dos dias, y el otro hallarse despues de estos hambriento y no saciaros. »

No queria sin embargo que ningun religioso hiciese consistir su principal deber en los ejercicios que afligen la carne; sino que quería que se juntasen á ellos las virtudes interiores de suerte que velase sobre su corazon á medida que afligia al cuerpo con la mortificacion exterior. Preguntáronle en cierta ocasion qué cosa era más agradable, á si Dios: el trabajo corporal ó la vigilancia sobre, sí mismo, y él dió esta hermosa respuesta. « El hombre se parece á un árbol,

cuyas hojas se refieren al trabajo del cuerpo y los frutos á los cuidados que se debe tener de velar sobre su interior. Asi que puesto que está escrito *que todo árbol que no lleve buen fruto será cortado y echado al fuego* (Matt. 3), tenemos necesidad principalmente de velar sobre nosotros mismos á fin de llevar buenos frutos espirituales, lo cual no impide que tengamos tambien necesidad del trabajo, como las hojas sirven á los árboles para adornarlos y cubrirlos ».

Decia tambien sobre el mismo asunto, que un religioso debe velar tan atentamente sobre su conciencia que la conserve en una gran pureza, sin que ella pueda reprocharle cosa alguna y añadia tambien que era necesario que fuéese fiel en observar los mandamientos de Dios, sin lo cual no llegaria jamás á adquirir siquiera una sola virtud. Finalmente quèria que a todas horas pensase en el juicio que Dios debía hacer un día sobre todas nuestras acciones. En cuanto á él, confesaba que si se examinaba tan de cerca sobre todo en lo que concernia á la caridad, jamás se hubiera atrevido á acostarse con el menor resentimiento contra nadie ó sin haberse reconciliado cuanto hubiese podido, si hubiera sabido que alguno hubiese estado indispuerto contra él.

Aun cuando practicó todas las virtudes puede decirse que sobresalió principalmente en dulzura, en rectitud, en caridad y en desapego de las cosas de la tierra. Su dulzura aparecia en la conducta que guardaba con respecto á sus discípulos. No sabia corregirlos sino con bondad y afabilidad.

El abad Daniel contaba que en el número de los jovenes solitarios que dirigia, habia uno llamado Alejandro, á quien queria á causa de su docilidad y exactitud en la observancia de los ejercicios monásticos. Sucedió pues que estando todos ocupados en lavar en el rio la ropa de lino que llevaban, Alejandro pareció á los otros trabajar con menos ardor, y dijeron al abad Agaton que él no hacia nada. Re-

prendióle por ello, y Alejandro dió muestras de pesar ; pero el santo abad le dijo despues en particular : « No os afligais, hijo mio ; yo he visto que trabajabais mucho ; pero he creido sin embargo deberos reprender delante de los otros para ablandar su espíritu por vuestra obediencia ».

Estábase tan persuadido de su dulzura y moderacion, que algunos hermanos, á causa de la reputacion que de él tenian, quisieron ponerla á prueba por sí mismos. Fueron pues á hallarle y le dijeron : « Padre mio, muchos hermanos se escandalizan de que seais un hombre vano y deis tanta libertad á vuestra lengua, que no contento con despreciar á los demás, os atreveis todavia á decir mal de ellos ; y lo que es peor es que, estando sujeto á malos vicios, quereis no parecer solo en faltar á vuestro deber. A lo cual él respondió : « Teneis razon, hermanos mios, y no puedo dejar de convenir en todo cuanto me decís ; » y al instante postrándose delante de ellos añadió : « Os suplico, hermanos mios, que redobleis vuestras oraciones por este miserable que ha ofendido á Jesucristo con tantos pecados á fin de que se digne perdonármelos ». — « Pero, prosiguieron los hermanos, nosotros no debemos disimularos que tambien se dice que sois herege. » A estas palabras respondió : « Aun cuando sea culpable de muchos grandes pecados, os aseguro que estoy exento de este, y Dios me libre de caer jamás en una tal desgracia.

Entonces aquellos religiosos admirando por una parte la dulzura con la cual habia sufrido sus reproches y curiosos al mismo tiempo para saber de él porqué habia dado muestras de horror de ser sospechoso de heregia, se postraron á sus pies y le suplicaron con las más vivas instancias que les dijese la razon de ello ; lo cual hizo de esta manera : « Yo he sufrido vuestros primeros reproches porque la humildad me ha obligado á ello á fin de que me reconozcais como un gran pecador ; porque sabemos que la práctica

de la humildad es uno de los más grandes medios que tenemos para salvar nuestra alma. Vemos en efecto que Nuestro Señor Jesucristo nos dió de ella ejemplo, sufriendo con admirable paciencia toda clase de afrentas é injurias por parte de los Judios. Sufrió igualmente que falsos testigos depusieran contra él sus calumnias, y finalmente arrojó tambien el suplicio de la cruz. Por esto el apóstol San Pedro dice que sufrió por nosotros á fin de que dándonos un tan hermoso ejemplo de paciencia, andemos siguiendo sus huellas Hay que sufrir á imitacion suya con una humilde paciencia todo lo que contra nosotros se dice. Pero en cuanto á la acusacion del crimen de heregia, os confieso que no he podido oírla sin horror, porque la heregia separa del Dios vivo y verdadero á aquel que está inficionado de ella, y lo une á Lucifer y á sus malaventurados angeles. Y estando así separado de Jesucristo, no tiene ya á Dios á quien pueda pedir perdon de sus pecados ». Habiéndole aquellos hermanos oído hablar de esta manera, admiraron su discrecion y se aprovecharon de ella como de una instruccion muy útil y saludable.

Tenía tanto horror á la cólera que decia que aun cuando viese resucitar un muerto por un religioso que estuviese sujeto á abandonarse al pecado de cólera, no creeria por esto que fuese agradable á Dios.

Su dulzura y humildad no le impidieron hablar con firmeza en una ocasion en que creyó que la justicia y la caridad le obligaban á ello. Los solitarios de Sceté se reunian algunas veces para negocios importantes, y no siendo todavia el abad Agaton del número de los ancianos, llegó á una de aquellas asambleas cuando se habia terminado. Dijéronle lo que en ella se habia resuelto, y dijo fuertemente que se habia engañado. Esto les admiró y alguno le preguntó quién era él para hablar así ; á lo cual respondió con la misma fuerza : « Yo soy uno de los hijos de los hombres, y voso-

tros debeis recordar que está escrito : *Si la justicia está verdaderamente en vuestras palabras, juzgad pues, oh hijos de los hombres, segun la equidad.* (Bal. 57, 2).

Estando enfermo en la misma celda con otro antiguo solitario. un hermano les hacia la lectura de la sagrada Escritura, y habiendo llegado á aquel punto del Génesis en que Jacob dice á sus hijos : *He ahí que José ya no existe asi como Simeon, ¿ y vosotros quereis todavia llevaros a Benjamin ¿ Quereis pues en mi vejez hacerme morir de afliccion ?* (Gen. 42, 36-38). El anciano, oyendo estas palabras dijo : « ¡ Oh padre Jacob ! ¿ No teniais bastante con los otros diez hijos ? » Oyéndole Agaton hablar de esta manera le dijo : « Cesad bien viejo de hablar de esta manera. ¿ Os toca á vos vituperar lo que Dios aprueba ? » Decia tambien en una ocasion semejante. « Aun cuando tuviese á mi lado á alguno que me fuese todavia más querido, yo me separaria de él al instante, si era para mí ocasion de relajacion.

A causa de esta rectitud, jamás sufría impunemente que se causara el menor perjuicio á quien quiera que fuese. Fué a él un dia un hermano à rogarle que le recibiese en el número de sus discípulos, lo cual él le prometió. Cuando volvió algun tiempo despues para morar junto á él, halló en su camino un poco de nitro, y lo tomo. Viendo Agaton este nitro le preguntó de dónde lo había tomado y el hermano le respondió que lo había encontrado en el camino. « ¿ Quereis, le replicó el santo abad, venir á morar cenmigo, y habeis tomado lo que no os pertenecia ? » Y él no quiso retenerlo más hasta que hubiese llevado aquel nitro al punto en que lo habia encontrado.

Otra vez, yendo por los campos con sui discípulo, uno de ellos encontró en el camino una pequeña caja de garbanzos todavia verdes y le pidió permiso para tomarla. El abad, mirándole con un aire de admiracion, le dijo : « ¿ Sois vos

quien la habeis puesto ahí? ¿ Porqué, pues, quereís tomar lo que ahí no habeis puesto? »

¿ Qué diremos de la compasion que tenia de los males de los demás, y de cuál era entonces la ternura de su caridad? Él confesaba un dia á cierto hermano que cuando veía á un leproso deseaba, si la cosa era posible, cambiar su cuerpo con él para librarle de su mal, y sufrirlo en lugar suyo. Habiendo ido á la ciudad para vender sus trabajos, encontró en medio de la plaza, á un pobre forastero enfermo y echado en tierra, sin que nadie lo sintiese. Moviése con esto á compasion y al instante alquiló un cuarto en el que se metió con él, le socorrió y cuidó con lo que ganaba con su trabajo y no le abandonó por espacio de cuatro meses que duró su enfermedad : despues de lo cual viéndole curado le dejó y volvió á su celda.

Otra vez encontró en su camino á un enfermo que le rogó que le llevase á la ciudad, lo cual él hizo : Y á medida que vendia algunos de sus trabajos, el enfermo le suplicaba que le comprase ó bien una torta, ó bien alguna otra cosa de la que decía tener necesidad, lo cual hacia con la misma caridad. Finalmente al volverse á su soledad, aquel hombre le rogó que le llevase de nuevo al mismo lugar en que le había tomado ; lo cual hizo tambien con la misma docilidad. Pero cuando estuvo allí, el enfermo le dijo : « Bendito sois de Dios, oh Agaton, en el cielo y en la tierra : » y al mismo tiempo desapareció. Esto hizo creer con fundamento que era un àngel el que Dios le habia enviado para probar su caridad.

Siempre estaba pronto á tomar sobre sí las penas para aliviar á los demás, y para dar lo que tenía cuando creia que los otros lo deseaban ó tenían de ello necesidad. Así que cuando era necesario pasar ul agua, él era el primero en apoderarse del remo ; cuando algun hermano iba á verle, se apresuraba al instante á preparar por sí mismo

la mesa ; y si alguno daba muestras de estimar alguna cosa que él tuviese en su celda, él se la presentaba y le obligaba á aceptarla.

Daba por regla á sus discípulos que jamás tuviesen cosa alguna que no diesen sin pena á alguno si se la pedia. Añadía tambien : « Dad al que os pida, y jamás rechaceis al que quiera tomaros alguna cosa prestada.

No menos por desapego que por caridad, practicaba él lo que acabamos de decir, y este desapego era una de las virtudes que recomendaba principalmente á sus discípulos. Citóles en cierta ocasion el ejemplo de un solitario que bien merece ser referido como muy edificante. Ponémoslo aquí despues de un aviso muy importante que dió tambien á un hermano que fué á preguntarle cómo debía portarse en una comunidad en que quería entrar.

He ahí como se ha contado en la *Recoleccion de las sentencias de los padres*. El abad Pedro que habia sido discípulo de otro abad llamado Lot, decia : « Encontréme un dia en la celda del abad Agaton, cuando vino á ella un hermano y le dijo : « Padre mio, tengo el propósito de morar con religiosós en un monasterio ; os suplico que me digais cómo debo portarme allí : » A lo cual Agaton respondió : Vivid en él como el primer dia que entrareis en el mismo ; esto es, con el mismo recato, y sin tomaros la libertad de hablar y de mezclaros en lo que no os atañe, y pasaréis en reposo el tiempo de la peregrinacion de esta vida. El abad Macario, que se hallaba presente, le preguntó lo que podria hacer está libertad, y el abad Agaton respondió : « Es como un sol ardiente al que nadie puede sufrir y que daña todos los frutos de los árboles. » — « Pero, replicó Macario, ¿ es posible que esta libertad pueda producir tan malos efectos ? » — « Si, sin duda, contestó Agaton ; yo no conozco pasion más peligrosa que aquella. Es la madre de todas las demás, y un religioso que quiera te-

ner cuidado de su alma, jamás debe manifestar atrevimiento aun cuando estuviese solo en su celda. A este propósito os diré que yo conocí á un religioso que vivía con un tal recato y con un tan gran desapego, que habiendo morado largo rato en una celda, no se habia apercebido de una camita que había en ella y él habria salido de la celda sin saberlo, si otro no se lo hubiese dicho ; y he ahí lo que puede llamarse con verdad trabajar en su salvacion y combatir bien contra sí mismo y contra el demonio. »

Al mismo propósito podemos referir aquella hermosa sentencia : « Si morais con alguno, sed como una columna de piedra, que no se encoleriza cuando se la maltrata, y que no se levanta cuando la alaban.

Ocupábase en hacer cribas y cestas ; y decíase de él y del abad Amon, que cuando vendian sus trabajos decían en una palabra el precio en que los habian tasado, despues de lo cual recibian en silencio lo que que por ellos se les daba sin ni siquiera contarlo. Compraban tambien sin regatear las cosas que necesitaban dando sin decir palabra el precio que se les pedia. « Porque, decia el abad Agaton, ¿ de qué sirve el disputar ya sea que se venda ya que se compre ? ¿ Y por qué esponer con esto á los otros á enfadarse y quizás á jurar ! ? Si disputando gano un poco más ¿ no será necesario que haga limoma de lo restante que tenga ? pero Dios no me pide esta limoma ; él no ama que yo le haga sacrificios esponiendo á los otros á pecar. » — « Esto sí que es buenos le replicó un hermano ; pero de dónde irá el pan á vuestra celda ? » — « El pan en la celda, respondió él, no es lo que hay de más importante. »

Un seglar le presentó dinero por la necesidad que creia que de él tenia ; mas él rehusó recibirlo, diciendo que el trabajo de sus manos le bastaba para su manutencion. El seglar insistió instándole para que lo tomara al menos para distribuirselo á los demás, por lo cual él le respondió : « Yo

tendria doble vergüenza, ya por recibir un dinero que no necesito, ya por esponerme ha ser tentado de vanidad dando á los demas un bien que no es mio. »

Este grande hombre tenia su corazon tan fijo en el cielo con sus deseos, que en nada lo tenia sobre la tierra ; por esto cambiaba sin pena de lugar, sin llevarse siguiera con él muebles ni provisiones. Despues de haber trabajado mucho tiempo con sus discípulos en edificar una celda, habiendo apercibido en ella desde la primera semana una cosa que no le gustaba, y que quizás era contraria al juicio que tenia formado de una pobreza perfecta, dijo á sus discípulos : « Levantaos y salgamos de aquí. » Estos muy admirados de tal resolucion le dijeron : « ¿ Porqué habeis querido emplear tanto tiempo en edificarla, si teniais resuelto abandonarla tau pronto. ? ¿ No temeis que sea esto motivo de escándalo y que se diga : Mirad esos inconstantes, que ya se marchan ; no saben permanecer fijos en ningun lugar ? » Como él les vió tan tristes y abatidos, les dijo. Si bay personas que se escandalvican de nuestro cambio no faltarán otras que jurgazán de él completamente al revés y que dirán muy edificados : Hé ahí unos hombres bienaventurados que abandonan su morada para seguir la voluntad de Dios sin preocuparse de lo que tienen. Sin embago, añadia él, sois libres de seguirme ó de quedaros ; en cuanto á mí, yo me voy. » Entonces se echarron á sus pies y le suplicaron que les permitiese irse con él.

Su vigilancia sobre sí mismo hacia, que estuviese sumamente atento á arrojar de su espíritu todo mal juicio contra el prójimo ; y cuando veia alguna cosa que le llevaba á condenar á alguno, al instante entraba dentro de sí mismo y se decia : « ¿ Querrias tú hacer lo que condenas ? » De esta manera volviendo sobre sí mismo sus reflexiones, las apartaba de sus prójimo.

Sabemos de él, con motivo de la oracion, una hermosa

instruccion, y que es muy propia para consolar las almas piadosas que se afligen algunas veces con demasiada inquietud por las distracciones que á pesar suyo padecen en la oracion. Entreteniéndose con él algunos solitarios, le rogaron que les dijese qué virtud era la más difícil de practicar: « Perdonadme, hermanos míos, les respondió; pero me parece que es la oracion. Porque cuando queremos orar á Dios, los demonios hacen todos sus esfuerzos para interrumpirnos con distracciones, estando persuadidos de que nada hay tan poderoso como la oracion á Dios para impedirles que nos hagan daño. Así que perseverando en los demás ejercicios de la vida religiosa, encontramos en ello algun reparo; pero en cuanto á la oracion siempre tendremos que combatir en ella hasta el fin de la vida. »

Un solitario le pidió algun medio para librarse de los malos pensamientos, y él le dió el siguiente: « Id, presentaos delante de Dios con vuestra impotencia, confesándosela humildemente, y sereis consolado. »

Aun cuando lo que acabamos de decir de este excelente solitario, sea muy á propósito para servirnos de instruccion, puede decirse que su bienaventurada muerte nos proporciona una de las más edificantes. Los autores de la historia monástica refieren sus circunstancias muy levemente; pero sus relaciones nos hacen admirar en él un santo temor, que era una série de las saludables reflexiones de toda su vida sobre la severidad de los juicios de Dios, una humilde desconfianza de sus propias obras, un pleno abandono de confianza en la misericordia del Señor, y finalmente una muerte que puede llamarse un traspaso amoroso por la dulzura y alegría en Dios de que se vió acompañada.

EL ABAD ISIDORO, SACERDOTE Y SOLITARIO ¹

El abad Isidoro tuvo la gloria de ser relegado á una isla de Egipto con los dos santos Macarios y San Pambon por la defensa de la divinidad de Jesucristo. Era del número de aquellos á los cuales se califica con el título de discípulos de San Antonio, hombres célebres cuya conversacion estaba más con los angeles que con los hombres, jefes de los solitarios y lumbreras de los desiertos. San Jerónimo le coloca entre los más ilustres Padres del desierto de Nitria. Kué de los que pronunciaron la terrible sentencia que referimos contra un monge en cuyo poder se encontró una suma de dinero despues de su muerte. Pasó en seguida al desierto de Sceté cuya principal iglesia sirvió,

Aplicóse desde los primeros años de su alistamiento en la vida monástica, á guardar su celda, y á adquirir el santo hábito de tener su espíritu unido á Dios por la oracion. No se fijaba en rezar un cierto número de salmos, sino que podia decirse de él que no hacia otra cosa de dia y de noche. Esto no impedia que trabajase tambien mucho con las manos: de modo que juntaba la oracion al trabajo y santificaba su trabajo con la oracion.

Jamás se debilitó en este ejercicio y aun cuando fué de avanzada edad, no cesó tampoco de trabajar aun cuando llegase la noche. Los hermanos le suplicaron algunas veces que tuviese algun miramiento á su salud, y tomase un poco de reposo; pero el les respondia: « Despues de lo

¹ San Geronimo, Casiano, Tillemont, Cotelier.

que Jesucristo hizo al venir al mundo, aun cuando se quemase á Isidoro y se echasen al viento sus cenizas, no habria cumplido todavia con el reconocimiento que debe á un tan buen Señor. »

San Pœmen, que constaba esto de él, añadía que el demonio le tentaba ya de vanidad ya de desaliento. Poníale algunas veces en el espíritu este pensamiento : « Tu eres de seguro un grande hombre : Y entonces se decia á sí mismo : « ¿ Soy yo comparable al abad Antonio ? Quisiera Dios que yo fuese al menos como el abad Pambon y los demás Padres de la soledad que han tenido la dicha de ser agradables á Dios por su piedad. » Esta humilde reflexion disipaba al instante la tentacion y devolvía la calma á su alma. Otras veces el demonio, para desanimarle, le daba á entender que despues de haber trabajado mucho, no por esto seria menos perdido en la otra vida ; pero él le rechazó, diciéndole : « Aun cuando tuviese la desgracia de caer en el infierno, allí estaras tú sin embargo bajo mis pies. »

Habia tomado desde el principio gran cuidado en ahogar en su corazon los primeros sentimientos de cólera ó de impaciencia ; y se hace notar que durante cuarenta años habia experimentado bien algunas veces los movimientos de la concupiscencia y las sugeriones del pecado, pero que por la gracia del Señor jamás habia consentido en ningun deseo de la carne ni en ningun sentimiento de cólera. Estaba tan atento en evitar la ocasion, que habiendo ido un dia al mercado para vender las cestas que habia hecho, como sintiese que se levantaba en su corazon algun movimiento de cólera, dejó sus cestas en la plaza y se retiró.

Confesó á algunos hermanos que por el cuidado que habia tenido en reprimir esta pasion desde que era monge, Dios le habia hecho tan temible á los espíritus malignos

En efecto, le temian tanto que cuando le llevaban posesos para que les libertara con sus oraciones, se encontraban curados aun antes de que hubiesen tocado el umbral de su puerta.

Por medio de esta santa violencia habia adquirido una dulzura tan grande que los mas vehementes espíritus no podian resistirle: y cuando habia en un monasterio ó al lado de algun anciano, algun hermano que fuese flojo, aragan, indócil ó querelloso, hasta decir injurias, y que por esto se le queria despedir, decia que se lo llevasen a él y lo hacia tan bien con su dulzura y paciencia, que finalmente le curaba de sus defectos.

Tuvo la dicha de hacer salir á un buen viejo, llamado Serapion, del error de los antropomorfitas en el que habia caido por ignorancia, lo cula salió además muy bien para otros hermanos á quienes detenia en él el ejemplo de aquel viejo.

Los solitarios se dirigian á él en sus diferentes tentaciones y dificultades, no solamente á causa de su dignidad de sacerdote, sino tambien por su gran experiencia en las cosas espirituales, por el poder que Dios le habia dado contra los demonios, y por la eminencia de su piedad. En la vida del abad Moisés veremos de cuánta utilidad le fueron sus consejos en las violentas tentaciones de que era agitado, y cómo fué por último librado de ellas por sus oraciones. Paladio, que lo refiere, no le dá otro nombre que el de gran Isidoro.

Sabia sin embargo hablar con fuerza cuando juzgaba que esto era necesario para animar el fervor de los solitarios. « ¿ No hemos venido nosotros á este lugar, hermanos mios, les decia cierto dia, para sufrir en él trabajos y penas? Sin embargo nada sufrimos. Si esto debe continuar asi, tomaré mi piel de carnero y buscaré un lugar en donde tenga algo que sufrir para aprovechamiento de mi alma.

He ahí todavía algunos consejos que les daba: La prudencia de los santos, decia, consiste en conocer la voluntad de Dios; porque estando hecho el hombre á imájen y semejanza de Dios, se pone por encima de todo por su sumision y su obediencia á aquella divina voluntad. Por el contrario, la más peligrosa de todas las tentaciones es seguir sus pensamientos y su corazon con preferencia á lo que Dios ha ordenado. La mala satisfaccion que en esto se encuentra, pronto se cambia en tristeza, y se tiene el pesar de haber ignorado el verdadero bien, y haberse alejado del camino de los santos por el que se debia andar. Trabajemos pues ahora que es tiempo; no nos perdonemos á nosotros mismos, puesto que sufriendo es como obramos nuestra salvacion, segun aquella palabra de Jesucristo: Con vuestra paciencia poseereis vuestra alma (2. 19.) »

Recomendaba tambien mucho la mortificacion y el desapego de los bienes del mundo. « Si deseais, dijo a un solitario, poseer el reino de los cielos, despreciad las riquezas de la tierra y tendreis las divinas recompensas; porque no puede aliarse la fidelidad de Dios con el amor de los bienes y de los placeres terrenales. — Si quereis llegar á la salvacion, decias además, practicad las obras que á ella os conducen. Cuando ayunais, guardaos de sacar de ello un motivo de vanidad; y si os apercibis de que esta variedad triunfa en vuestro corazon sobre la pureza de intencion que debeis tener ayunando, no ayuneis y romped la abstinencia. Vale más comer carne (cuando esto por otra parte no está prohibido por el precepto), que ser vano y orgulloso.

Un hermano fué á pedirle consejo con ocasion de pensamientos contra la pureza, y él le respondió: « No hay que admirarse que estos pensamientos vengan algunas veces á ocupar y turbar nuestra imaginacion. Todo está en que si ellos nos causan alguna pena en el camino de la virtud, no triunfen de nosotros arrancándonos un funesto

consentimiento. Lo que en este caso debe hacer un hombre sabio, es procurar apartar de él estos pensamientos y recurrir pronto á la oracion. »

« Convendría ser semejante á las bestias, decia él otra vez á este mismo proposito, para no tener pensamientos. Pero como el enemigo de nuestra alma hace por su parte lo que es propio de su malicia, solicitándonos al mal con sus sugerencias, es necesario que de nuestra parte hagamos lo que debemos. Recurramos á la oracion, y el enemigo se retirará. Pensando en Dios se obtiene la victoria.

Las perseverancia es el bien en causa de nuestro triunfo. Combatamos y seremos coronados. »

Él daba este excelente consejo á los solitarios jóvenes : « Amad á los que están encargados de vuestra direccion como vuestros padres, y temedles como á vuestros maestros ; de suerte que el amor no degenera en familiaridad y no extinga el temor, y que el temor á su vez no ahogue en vuestra alma los sentimientos de amor que debeis tener para con ellos. »

Miraba como un vicio capital en un solitario el beber vino con demasiada facilidad, y decia frecuentemente á los hermanos : « Guardaos de no dejaros jamás llevar de esta falta tan vergonzosa ; porque pronto caeriais en la incontinencia, como le sucedió a Lot, cuya historia no ignorais. »

Guardaba cuanto podia el retiro diciendo que en esto imitaba á los animales salvages, los cuales encuentran su seguridad en sus cuevas ; y no lo hacia solamente por su propia utilidad sino tambien para inspirarlo con su ejemplo á los demás solitarios.

Un dia hubo uno que fué á convidarle á comer ; pero él se escusó diciendo : « Habiendo querido Adan comer del fruto que le estaba prohibido, fué arrojado del paraíso terrenal. » — « Pero, le contestó el hermano, ¿ temeis vos

mucho el salir de vuestra celda? — « Si, hijo mio, le respondió el viejo, ciertamente que lo temo ; porque está escrito que el demonio es *como un leon rugiente que no busca más que una presa á la cual devorar.* » (I Pet., v. 82).

Puede juzgarse cuán mortificado era en sus sentidos por el siguiente hecho de su vida. Habiendo sido hecho Teófilo obispo de Alejandria, fué á visitarle á su vuelta. Los solitarios de Scete le pidieron noticias de la ciudad ; pero él les respondió que solo habia visto al patriarca. « ¿ Cómo, Padre mio, le replicaron ? ¿ ha sido pues arruinada aquella gran ciudad ? » — « No es esto, les respondió, sino que he pensado que debia recatar mis ojos ; asi es que no he visto absolutamente á nadie más que al prelado. Quedaron llenos de admiracion por su mortificacion y por ahí aprendieron á no dejarse llevar inconsideradamente de la curiosidad, y á llevar sus ojos con la modestia religiosa.

Teófilo fué hecho Obispo en 385, y se cree que el abad Isidoro murió pocos años despues, puesto que Paladio, que habla de él con ocasion del abad Moisés, no dice que le hubiese visto en Sceté, á donde fué en 391. Esta es la conjetura de Tillemont, que cree tambien que él es al que todos los Martirologios juntan con San Macario el quince de Enero, aun cuando algunos los refieren á otros del mismo nombre y del mismo tiempo, y que eran igualmente célebres.

PAFNUCIO CÉFALO¹

Digimos en otra parte que el nombre de Pafnucio fué

¹ Paladio Cotelier, Tillemont.

muy comun en Egipto. Paladio habla de un solitario de este nombre, que nosotros colocamos en Nitria y Sceté, aun cuando se haya alguna vez encontrado con otros en el desierto de las Celdas y en el de Sceté. Tillemont parece dudar si fué el mismo que Pafnucio, por sobrenombre Búbalo ; pero parece por las Actas de este, que solo tuvieron comun el nombre.

Pafnucio Céfalo ocupó un rango distinguido entre los ancianos de Nitria y de Sceté. Se le vé al nivel de los célebres Macarios y del gran Serapion, y juntamente con ellos compuso una regla para los solitarios, que se encuentra en la Recoleccion de San Benito de Aniano. Fué contemporaneo de San Antonio, y estaba ya entonces muy adelantado en la piedad y esclarecido en las cosas espirituales. Vimos en la vida de este santo que, habiendo un solitario hecho alguna falta en su monasterio, sus cofrades fueron á reprochársela demasiado ágriamente delante de él. Pafnucio, que se hallaba presente, juzgó por el calor de su zelo que se excedian en la correccion, y les hizo comprender por una parábola, que eran más á proposito para llevar al culpable á la desesperacion que para levantarle de su falta ; sobre lo cual San Antonio mirándole, dijo : « He ahi un hombre que juzga de las cosas segun la verdad y que es capaz de salvar las almas. »

Paladio hace su elogio en los siguientes términos : « Era un hombre admirable y á quien Dios por una gracia particular habia dado hasta tal punto la inteligencia de las sagradas Escrituras, que aun cuando jamás las hubiese leído, no habia cosa alguna en el Antiguo ó el Nuevo testamento, cuya esplicacion no diese ; pero era tan modesto que ocultaba cuanto podia este don de inteligencia y de profecia con que le favorecia Dios : y dícese que, por espacio de ochenta años enteros, jamás tuvo dos túnicas al mismo tiempo. »

Fué del número de aquellos á quienes el emperador Valente, fautor del arriauismo, relegó por la confesion de la divinidad de Jesucristo, á Diocesarea en Palestina ¹. Entre los santos padres á quienes Melania la vieja encontró en Nitria cuando fué á visitar aquel desierto, fué tambien él uno de los principales á quienes vió ².

El abad Matoes contaba de él que tres ancianos le fueron á pedir un dia alguna palabra de edificacion y que les dijo : « Amad el trabajo y la pena más que el reposo ; la humillacion más que la gloria ; y gustad más de dar que de recibir. » Paladio dice tambien que habiéndose encontrado él, Evagrio y Albino en casa de Crono, en donde se encontraron Pafnucio y Santiago el cojo, les suplicaron que les dijese cuáles eran las causas de la caida de los solitarios,

¹ Esta ciudad, en la que nacieron Joaquin y Ana padre y madre de la santísima vírgen, se llamaba Seforis : y recibió de Herodes Antipas el nombre de Diocesarea. Estaba situada entre Nazaret y Caná, y fué la capital de la Judea. Fué saqueada por los romanos en 353, levantada en tiempo de las Cruzadas, y despues arruinada por Saladino. Hoy dia es un pueblecito de algunos centenares de habitantes. Llámase la Safouri ó Sefouri.

² Ya hemos nombrado á esta muger ilustre á la que muchos diccionarios de biografia é historia designan como santa pero á la que la Iglesia no ha canonizado. Melania la vieja fué una de las mugeres más notables de los primeros siglos cristianos. Hija ó nieta del consul Marcelino y emparentada con San Felix de Vela, quedó viuda á los veintitrés años y llevó desde entonces una vida severa y ascética. Visitó á los religiosos del desierto y les dió abundantes limosnas cuando los monasterios fueron saqueados por los arrianos ; fuése despues á Jerusalem é hizo edificar allí un convento en el que vivió veniticinco años con las religiosas que en él habia reunido. Volvió á Roma en donde fué recibida con pompa y veneración y despues volvió á Jerusalem en donde murió hacia el año 408. No estuvo ella completamente exenta de la sospecha de haber mostrado inclinacion á los errores de Orígenes ; pero apenas hubo hablado el Papa, se sometió. Las alabanzas que le tributan San Agustin y San Paulino hacen ver bastantemente que ella terminó su noble vida en los sentimientos mas ortodoxos.

Santa Melania, á quien se llama tambien Melania *la Joven*, era hija de Urbano, hijo único de Melania *la Vieja*.

algunos de los cuales se habian dejado engañar por el demonio, y habian caido en grandes pecados ; y que aquellos tres santos personajes, pero particularmente Pafnucio, que era un hombre muy esclarecido, les hicieron à este propósito un largo discurso que él trae, y cuyo extracto es el siguiente :

« Todas las cosas que suceden vienen ó por voluntad de Dios ó por permiso suyo. Las que precipitan á los hombres á la desgracia, suceden por su permiso. Ahora bien, este permiso es una consecuencia de su mala conducta ó de su infidelidad. Asi como aquel que vive en la piedad, y no tiene más que buenos pensamientos no cae en malas acciones ni se deja engañar por el demonio, de la misma manera vemos caer en esta desgracia á los que parece que obrarán la virtud por malos fines, como son, agradar á los hombres ó satisfacerse á sí mismos, con pensamientos de vanidad ; y esto lo permite Dios asi por su propia utilidad, á fin de que conociendo por ahí su miseria, cambien sus intenciones ó sus acciones y se corrijan.

« Hay en la mayor parte de las almas algunas cualidades particulares y notables, como en unas la bondad del espiritu, y en otras una cierta disposicion para ejercitarse en la virtud. Pero cuando en lo que se hace no se tiene el buen designio de hacerlo bien, los que obran de tal manera no refieren á Dios lo que hacen, sino que lo atribuyen á su libre arbitrio, á su suficiencia y á su espiritu, Dios permite que caigan en vicios humillantes y viéndose en este estado, la confusion que de ello tienen les sirve de algun modo de auxilio, y hace que insensiblemente proscriban de su corazon la desdichada vanidad que habian concebido de aquella falsa virtud que parecia haber en ellos. Así que no confiando más en sí mismos, sino en solo Dios de cuya liberalidad proceden generalmente todos los bienes, confiesan no tenerlos sino de su pura bondad.

« Cuando un hombre se hincha de orgullo, cuando saca vanidad de su buen espíritu y en lugar de atribuirlo á Dios lo atribuye ó á su natural, ó á su trabajo, entonces Dios le retira el ángel de su Providencia, que preside esta clase de gracias, por el retiro del cual el que así se hinchaba por la bondad de su espíritu, siendo facilmente dominado por el demonio cae por su presuncion en el desarreglo, de donde sucede que aquella templanza y aquella virtud, que antes aparecian en él, y que daban peso y autoridad á sus discursos, cesando, ya no se les dá más fé y todas las personas de bien evitan escuchar la doctrina de semejantes bocas, como viniendo de una fuente envenenada, segun lo que se dice en la Escritura: *El Señor dijo al pecador: ¿Porqué cuentas tu mis juicios, y tienes el atrevimiento de proferir con tus labios impuros las palabras de mi alianza?* (Psal. 4)

« Por esto David pide á Dios que le dé tres cosas: La bondad, la conducta y el conocimiento: porque el conocimiento es inutil sin la bondad, y si el que ha caido en las faltas que he dicho, se corrije de su orgullo y abraza la humildad aprendiendo á conocerse, no prefiriendose ya á nadie y dando gracias á Dios, entra en aquel feliz conocimiento que está apoyado en el testimonio de las buenas obras. »

Pafnucio mostraba con este discurso que las caidas de la mayor parte de los solitarios que habian incurrido en grandes faltas, procedian de su secreto orgullo, de una vana presuncion en sus trabajos y austeridades, ó en las virtudes que habian adquirido apropiándoselas por un rodeo del amor propio, en vez de atribuir las á la gracia de Dios y darle á él toda la gloria de las mismas; y que para confundir su vanidad, permitia su caida, uzando todavia sin embargo en esto de misericordia para con ellos, puesto que humillados así por la vergüenza de sus faltas, abrian los

ojos sobre su propia flaqueza y entraban en los caminos seguros de la humildad cristiana y de la penitencia, y no se atrevían más á atribuirse por una loca presuncion, lo que solo tenían de la liberal bondad de Dios.

Pafnucio y los que con él estaban, les dijeron tambien á Paladio, Evagrio y Albino: « Cuando veais á un hombre que, siendo desarreglado en sus costumbres, es elocuente y persuasivo, acordaos del discurso que la Sagrada Escritura refiere que tuvo el demonio con Jesucristo, y de lo que se dice en el Génesis: *La serpiente era el más prudente de todas los animales de la tierra*, y su prudencia sin embargo no le acarréo más que perjuicio, á cauza de que esta no iba acompañada de las demas virtudes, porque el que es bueno y fiel, debe tener en el alma sentimientos conformes á la voluntad de Dios, y hablar segun lo que cree, y obrar segun lo que habla; puesto que si sus acciones no concuerdan con sus palabras, serán semejantes, como nos lo enseña él, á pan sin sal que no se come, ó que incomoda cuando se come. Y ¿ cómo se podria encontrar algun gusto en discursos vanos é inútiles, que no van acompañados del testimonio delas buenas obras? »

Estas palabras del gran Pafnucio pueden servir de leccion á los que hablan bien de la virtud á los demás, sin tomarse mucha pena de practicarla, y que predicando el Evangelio, lo combaten con sus costumbres. Ellas nos defienden tambien contrá la artificiosa elocuencia de los hereges á quienes el demonio presta su espiritu para seducir más facilmente á los pueblos.

Hay en la *Recoleccion de las Vidas de los Padres* algunos rasgos de historia que se atribuyen á un Pafnucio sin decir si es este del cual acabamos de hablar ó Pafnucio Búbalo de Sceté. Dicese de él que encontrándose en la campiña con unos ladrones que bebían, su jefe, que le reconoció y sabia que no uzaba vino, llenó con él un gran vaso y

presentándosele con una mano, tenia en la otra un puñal con el que le amenazó traspasarle, si no bebia aquel vaso de vino. Pafnucio creyó comprender por una luz interior que Dios tenia designios de conversion sobre aquélladron ; tomó el vaso y lo bebió. No se engañó, pues el ladron le dijo : « Perdonadme, padre mio si os he causado pena ; » mas él le respondió : « Espero que en vez de este vaso de vino Dios os concederá misericordia en este mundo y en el otro. » — « Y yo, le replicó el ladron, tengo esta confianza en Dios, de que desde este momento no haré ya más daño á nadie. » Asi que su condescendencia ganó para Dios á aquel jefe de ladrones y con él á toda su cuadrilla.

Contaba tambien él mismo que pasando un día junto á una aldea, vió á unas personas que hacian alguna mala accion, y se puso á orar por sus propios pecados. Al instante se le apareció un ángel teniendo una espada en la mano, y le dijo : « Pafnucio, esta espada es para herir á los que juzgan á sus hermanos ; pero puesto que vos no habeis caido en este caso, y os habeis humillado como si hubierais sido culpable del crimen de esas gentes, vuestro nombre está escrito en el libro de la vida. »

El santo abad Pœmen contaba que habia oido decir al abad Pafnucio que cuando era joven iba á visitar á los ancianos regularmente dos veces al mes, aun cuando estuviese apartado de ellos cuatro ó cinco leguas, y que les descubria todos sus pensamientos, y jamás le daban sino este consejo : « A cualquier punto que vayais, miraos siempre como el último de todos y hallareis el reposo de vuestra alma. »

PAFNUCIO BUBALO, SACERDOTE Y SOLITARIO ¹.

Este Pafnucio llevó por sobrenombre Búbalo ó Búfalo á causa de su grande amor á la soledad, pues el Búfalo gusta del desierto. Era muy joven cuando abrazó la vida monástica. Determinóse á ella principalmente por las exhortaciones de San Antonio y por el ejemplo de sus virtudes. Casiano, que tuvo la dicha de conversar con él en su viaje á Sceté, contó de él cosas admirables.

Después de haberse enriquecido con ciencia y con toda suerte de virtudes en el monasterio en que al principio habia entrado, después de haber practicado en la última perfección todos los ejercicios de los religiosos y todos los santos reglamentos, que los más antiguos de los padres establecieron, su celo y el deseo de adelantarse más y más en la virtud le hizo buscar el fondo de un desierto.

Antes de que se retirase enteramente, quiso Dios probar su paciencia de una manera muy sensible; y por su fidelidad en sufrir esta prueba, adquirióse una reputación en el espíritu de sus hermanos que le levantó tanto á sus ojos cuanto al principio le habia humillado la calumnia. Contaremos á lo largo su historia según nos la trae Casiano; ella hace demasiado honor á la virtud de Pafnucio para abreviar su relación. Del abad Piammon habíala aprendido Casiano.

« El santo abad Pafnucio brillaba de tal manera por su virtud desde su primera juventud, que los más grandes

¹ Casiano.

hombres de aquel tiempo admiraban su gravedad y su valor, y le igualaban á los más virtuosos y ancianos de ellos, entre los cuales le dieron lugar. La envidia que animó otras veces á los hermanos de José, quemó con el mismo fuego el corazón de uno de nuestros solitarios. Resolvió desacreditarle y empañar el brillo de su reputación por alguna vergonzosa mancha, y con este designio se valió de la siguiente malicia. Tomó para ello ocasión en un día de domingo, cuando Pafnucio estaba fuera de su celda para ir á misa, de entrar en ella en secreto, llevóse allí su libro que escondió diestramente debajo de una especie de estera que tenía costumbre de hacer de hojas de palma, y asegurándose del resultado de aquella artimaña que tan maliciosamente había concertado, fué á la iglesia con los demás como si hubiese tenido la más pura é inocente conciencia del mundo.

« Después que se hubieron acabado los santos misterios con la solemnidad acostumbrada, aquel calumniador llevó su queja en presencia de todos los hermanos al santo abad Isidoro, que era antes de Pafnucio el sacerdote de aquel desierto. Aseguró delante de todos que habían ido á robarle en su celda, y que se le habían llevado el libro. Esta queja introdujo la sorpresa y la admiración en el espíritu de todos los hermanos, y principalmente de aquel santo sacerdote. Permanecieron suspensos sobre lo que tenían que hacer ó resolver, ó sobre quién podían recaer sospechas en esta ocasión. Y como todo el mundo se hallaba en la turbación é incertidumbre de la novedad de un tan gran crimen, aquel infeliz delator insistió obstinadamente, y suplicó á Isidoro que retuviese á todos los hermanos en la iglesia mientras que se enviarían algunos de ellos á registrar las celdas de los demás. El sacerdote Isidoro deputó para esto á tres de los más antiguos solitarios que fueron de fila en fila por todas las celdas á echar por tierra

hasta las camas y registrar todos los muebles. Llególe su turno á la celda de Pafnucio, en la que se halló finalmente entre sus esteras de palma el libro por el cual se estaba en pena, y que el mismo que lo pedia habia ocultado allí. Aquellos buenos viejos vuelven al instante á la iglesia muestran en presencia de todos el libro que traian consigo, y nombran la celda en que habia sido hallado.

Pafnucio no dejó aparecer la sorpresa en esta ocasion ; y aun cuando su conciencia le puso en seguridad, sin embargo quiso reconocerse culpable de aquel crimen. Sometióse á la satisfaccion que se le quisiese exigir y pidió muy humildemente que se le recibiese á la penitencia. Con este comportamiento quiso disimular su modestia y su pudor, por miedo de que negando este hurto no se le creyese tambien culpable de mentira, puesto que nadie podia pensar en esto otra cosa que lo que habia visto con sus propios ojos. Salió pues prontamente de la iglesia, teniendo el espíritu no abatido, sino lleno de confianza en Dios que todo lo sabe. Ofrecióle sus oraciones con gran abundancia de lágrimas. Redobló sus ayunos que prolongaba hasta el tercer dia, humillóse profundamente delante de todo el mundo. Pasó de esta manera casi dos semanas, durante las cuales se conservaba en una tan gran contricion de espíritu y de cuerpo, que solo iba muy de mañana á la iglesia en los mismos dias del sábado y domingo para postrarse en la puerta de la iglesia y pedir misericordia, y no para recibir la comunión con los demás. Pero Dios que todo lo conoce y que es testigo de lo que pasa en el fondo de los corazones, dió pronto á conocer la verdad, y no permitió por más tiempo que aquella inocente víctima, ó se atormentase tan cruelmente á sí misma, ó fuese tan injustamente difamada por todo el mundo. Hizo resplandecer su justicia contra aquel desdichado que habia sido el autor de un tan gran crimen, que se habia robado á si mismo el libro para hacer

de ello culpable á otro y para empañar la pureza de su virtud con una tan negra calumnia, y dió á conocer delante de todo el mundo el pecado que habia cometido en secreto, por el diablo mismo que se lo habia hecho cometer.

« Porque habiendo estado al mismo tiempo poseido por un demonio muy cruel, aquel espíritu de malicia se vió obligado á descubrir esta obra de tinieblas y mentira, y fué el testigo y el acusador del mismo crimen de que habia sido inventor. Aquel espíritu impuro le atacó tan violentamente y le atormentó con tanta obstinacion, que no pudo ser echado por las oraciones de los más santos solitarios de aquel desierto, á quien Dios habia dado en recompensa de su piedad el poder de mandar á los diablos. El mismo santo sacerdote Isidoro nada pudo en esta ocasion, á pesar de que habia él recibido de Dios una gracia tan grande para echar los demonios del cuerpo de los posesos, que los más furiosos ni siquiera aguardaban para salirse de él que dirigiesen sus pasos hacia su celda. Jesucristo reservaba esta gloria al joven Pafnucio ; y no quiso curar á aquel impostor sino por las oraciones de aquel á quien habia ennegrecido con sus calumnias. Vióse á aquel envidioso y cruel solitario invocar en alta voz el nombre de aquel al cual habia querido desacreditar con sus maledicencias, y suplicarle que le perdonase su falta y que le procurase el fin de su pena.

« Este fué, concluye el abad Piamon, contando esto á Casiano y á Germano, como el primer ensayo de la alta virtud de Pafnucio, el cual, habiendo parecido tan admirable en su juventud, creció todavia más y más por la serie de sus actos y la madurez de su edad. »

Como no respiraba más que Dios, aun entonces en que estaba todavia en el monasterio en medio de sus hermanos, quiso con su retiro en el desierto ponerse en estado de gozar de él más íntimamente, y de no hallarse en lo sucesivo separado de él por la compañía y familiaridad de ningun

hombre. Señaló también su fervor extraordinario en aquella soledad, y sobrepujó tanto por su ardor y por el deseo de esta continua aplicacion á Dios, á los demas anacoretas de aquel desierto, quanto habia ya sobrepujado á sus hermanos en el monasterio.

Huia el ser visto de nadie ; para esto se iba á los lugares más escondidos, perdidos é inaccesibles de aquellos desiertos. En ellos estaba mucho tiempo oculto, á fin de que hasta los anacoretas, tuviesen dificultad de encontrarle. Se cree que todos los dias tenia el consuelo de gozar en suretiro de la compañía de los ángeles ; y la admiracion de una virtud tan rara y extraordinaria, hizo que se le diese el nombre de un animal, que ama extraordinariamente la soledad.

Por esta conducta tan rara y desatada de todo, Pafnucio se hizo igualmente perfecto en las virtudes propias de los cenobitas y en las que parecian particulares de los anacoretas. A esta tan elevada perfeccion no llegó sin sostener grandes combates, porque el demonio le atacó con violentas tentaciones ; pero, fortalecido por la gracia del Señor, tuvo siempre la gloria de triunfar de ellas. Habíase para esto ejercitado durante muchos años en una muy austera penitencia ; y no sintiendo ya finalmente aquellas tentaciones, creyó estar completamente libre de ellas. Dios que le habia ya comunicado el don de los milagros, quiso enseñarle por mediacion de un angel, que era todavia una cosa algo mayor el llegar á una entera pureza de corazon y cuerpo, y que era preferible al poder de echar los demonios de los energúmenos y penetrar el porvenir.

El abad Nestoros contó también á Casiano y á Germano esta aparicion : « El santo hombre Pafnucio, dice, habiendo pasado muchos años en una tan rigurosa austeridad, que se encontraba enteramente desatado de los lazos de la concupiscencia, porque siempre llevaba la ventaja en los ataques del demonio, que le habian dado mucha pena du-

rante largo tiempo, sucedió que algunos solitarios fueron á verle y que queriendo prepararles algo que comer, la llama salió con impetuosidad del horno y le quemó la mano. Este accidente le causó una gran tristeza, y se dijo á sí mismo : « ¿ No puedo yo pues resistir la violencia del fuego, aun cuando he resistido la del demonio que es mucho mayor ? »

Mientras recapacitaba en su espíritu este pensamiento y otros semejantes, quedó como adormecido por el tedio y la tristeza, y en este adormecimiento se le apareció un angel, y le dijo : « ¿ Porqué os afligís de que el fuego de la tierra os atormente todavia, si la concupiscencia que reside en vuestra carne no está aun en ella del todo destruida ? Mientras quede en vuestro corazon alguna raiz de ella, este fuego material podrá obrar sobre vos. » Pafnucio, vuelto de su adormecimiento, dijo : « Yo no me admiro ya de que habiéndome Dios sacado victorioso de los demonios, me vea sin embargo obligado á ceder al fuego material que creia menos violento y fuerte que aquellos espíritus. Se requiere una mayor virtud y una gracia más sublime para extinguir en sí todos los movimientos de la carne, que para rechazar los ataques del demonio y para arrojarlos, aunque sea por la virtud de Jesucristo, de los cuerpos que poseen. »

Aun cuando el abad Pafnucio no buscaba sino ocultarse, y todo su afan era vivir solo con Dios, este soberano dispensador de las gracias habíale comunicado algunas con abundancia para la autoridad de sus hermanos, y no habria sido justo que las hubiera conservado para él solo ; así que fué ordenado de sacerdote, y encargado de la iglesia principalde Sceté, despues del gran Isidoro, al cual sucedió en las funciones del sagrado ministerio. No se mostró menos perfecto en el ejercicio de su orden de lo que lo habia hecho siendo simple religioso. Enseñó tanto con su ejemplo cuanto con sus exhortaciones y llenó los deberes del sacer-

docio enteramente, sin relajarse en los de su estado de monge.

Tenia noventa años cuando Casiano fué á verle en Sceté y este autor observa que en esta edad no habia dejado la celda en la que habia entrado desde joven; y aun cuando estaba á dos leguas de la iglesia, no habia querido tomar otra más cercana. Sin embargo por esta causa se veia obligado á hacer un largo camino para ir á ella los sábados y domingos, lo cual en su edad no podia dejar de ser muy penoso. Pero lo que todavia prueba más su espíritu de mortificacion y su amor á la penitencia es que volviendo en seguida á su celda, despues de haber llenado sus funciones, llevaba sobre sus espaldas un cántaro de agua para su provision de la semana sin querer permitir que los jóvenes solitarios le aliviassen de un tan penoso trabajo.

Casiano advierte tambien que frecuentemente habia sido favorecido con el don de profecia; pero añade que habiendo escogido al abad Daniel para sucederle en su ministerio, y habiéndole hecho ordenar por esto de sacerdote, Dios no le manifestó sus desigualdades en esta ocasion, y tuvo el dolor de ver morir á este discípulo, al cual amaba particularmente á causa de su gran piedad y profunda humildad.

Si aquel le dió mucho consuelo por su piedad, hubo otro que le afligió grandemente por su desercion hasta que finalmente volvió al buen camino. Aquel mal discípulo de un tan gran maestro, muy lejos de aprovecharse de sus consejos y correcciones, prestó su corazon al demonio de la incontinencia; y finalmente dejándose dominar del todo de él, abandonó la soledad y se retiró al mundo en donde se casó. Estaba reducido á una extrema miseria cuando Pafnucio habiendo ido por casualidad á la ciudad en que moraba, le encontró en su camino sin conocerle; pero reconociéndole el otro se acercó a él y le dijo quién era. El buen viejo se puso á gemir viéndole en un estado tan de-

plorable para su alma y para su cuerpo, y le exhortó á que tomase de nuevo el que tan cobardemente habia abandonado : ¿ Hay alguna esperanza para mi? » le dijo aquel desdichado. — « Sí, » le respondió el viejo. Al instante le siguió y despues fué un muy buen religioso.

Casiano permaneció en el desierto de Sceté bajo Pafnucio á fines del siglo iv. Él le atribuye la tercera de sus conferencias en la cual le hace hablar sobre la triple renunciacion de un solitario. El deseo, dice él, que sentíamos al ver á un hombre tan grande, y de recibir sus santas instrucciones apretándonos más y más, fuimos á encontrarle en su celda hácia el fin del dia, y habiéndonos recibido, permaneció algun tiempo en el silencio y recogimiento, despues de lo cual alabó mucho la resolucion de que dabamos muestras, de renunciar por el amor de Jesucristo nuestro pais y conformarnos con la muy austera vida de los habitantes de aquella soledad. Nosotros interrumpimos su discurso para decirle que nos habiamos tomado la libertad de venirle á ver para recibir de él algunos santos consejos, sabiendo cuán esclarecido estaba en su vida perfecta y le suplicamos que nos dijese más bien lo que podia llevarnos á una sincera humildad, y á la compuncion del corazon, que lo que solo podia servirnos para alimentar la vanidad y la complacencia, de las que le confesamos que éramos algunas veces tentados en el secreto de nuestras celdas.

« Entonces entró en discuro y nos dijo que en la vida solitaria podian distinguirse tres clases de vocaciones, y al mismo tiempo tres clases de renunciaciones que son necesarias á un religioso, de cualquier modo que Dios le llame.

« Despues se estendió sobre las tres vocaciones, y luego sobre la triple renunciacion. Dijo que la primera vocacion es cuando Dios nos llama inmediatamente por sí

mismo, cuando con sus divinas inspiraciones nos toca el corazón, y cuando, hallándonos en un profundo letargo, nos despierta de golpe, nos hace amar nuestra salvación, nos inspira el deseo y el amor de la vida eterna, nos exhorta á seguir á Dios y á esto nos lleva por una saludadable compuncion. De esta manera llamó Dios á sí al gran Antonio porque habiendo oido aquella palabra del Evangelio: *Si quieres ser perfecto vende cuanto tienes dalo á los pobres, ven luego despues de mi, y sigueme*, (Mat. tth. 13.) fué atravesado por ellas hasta el corazón y creyó que est mandamiento de Dios se dirigia particularmente a él.

« La segunda vocacion se hace por mediacion de los hombres cuando el ejemplo de los santos ó sus instrucciones nos mueven y nos inflaman con el deseo de nuestra salvacion, y de este camino, añadia él, reconozco yo que la gracia de Dios se ha querido servir para llamarme á sí, habiéndome tocado otras veces tan fuertemente por las virtudes y palabras de aquel gran santo del que acabamos de hablar, que enseguida abracé la profesion religiosa, y me sacrificué á la vida que él habia escogido.

La tercera vocacion es aquella que puede decirse estar mezclada de una especie de necesidad ó violencia, como sucede cuando en medio de las riquezas y placeres del mundo que ocupan todo nuestro corazón, nos encontramos sorprendidos y de repente bajo el peso de algun funesto accidente, y que viéndonos así heridos, ó por un gran peligro que nos amenaza, ó por la perdida de nuestros bienes, ó por la muerte de las personas que nos son más queridas, nos vemos obligados en algun modo por la adversidad á arrojarnos en brazos de Dios al cual habíamos despreciado en nuestra prosperidad. »

El abad Pafnucio daba de esta manera las reglas por las cuales podian reconocerse las vocaciones distinguiendo los diversos modos con que Dios llama á la religion, pero

añadió una instruccion que es digna de ser notada ; y es que sucede algunas veces que los que son llamados á Dios de la más noble manera degeneran despues mientras que los otros salen mejor, lo cual debe servir para alentar á estos é inspirar á los demás un humilde temor y una santa desconfianza de sí mismos.

« Aun quando de estas tres diferentes clases de vocaciones, dice él, las dos primeras parecen tener un principio y un origen más puro y perfecto, hay á veces algunas personas las cuales no habiendo sido llamadas á servir á Dios sino por este tercer grado de vocacion, que es el más imperfecto, luego se han elevado al más alto punto de perfeccion, y han adquirido un tan gran fervor de espiritu y de piedad, que han igualado con su virtud á los que habian sido llamados más perfectamente. Por el contrario hemos visto otros los cuales, desde aquel alto grado de vocacion, han caido en la flojedad y han terminado mal su carrera que tan santamente habian comenzado. »

Despues de haber hablado de estas tres vocaciones, el abad Pafnucio pasa á la tercera renunciacion del solitario, y dice que hay tres cosas á las que debe renunciar el solitario, á saber : á los bienes, a sí mismo y á todas las cosas visibles. « Dios nos enseña á hacer estas tres especies de renunciaciones por lo que dijo al principio á Abraham. Sal, le dijo, *de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre* (Gen. 12). *Sal de tu tierra*, esto es, deja los bienes de este mundo y todas las riquezas de la tierra. *Sal de tu parentela*, esto es, de tu vida ordinaria y de aquellas inclinaciones malas y viciosas las cuales, pegandose á nosotros con nuestro nacimiento y con la corrupcion de la carne y sangre se han como connaturalizado, y han venido á hacerse como una misma cosa con nosotros mismos. *Sal de la casa de tu padre*, esto es, pierde la memoria de todas las cosas de este mundo y de todo lo que se presente á tus ojos.

« Tenemos añade, dos padres : uno al cual es necesario renunciar ; otro al cual hay que amar y servir. David indica á los dos en un mismo lugar de sus salmos cuando dice : *escucha hija mia, y mira é inclina tu oido ; olvida á tu pueblo y la casa de tu padre* (Psal. 44). El que dice : *Escucha, hija mia*, muestra indudablemente que es el padre de aquella á la cual habla, y sin embargo no deja de llamar á aquel cuya casa quiere que ella olvide, el padre de su propia hija : Esto sucede, segun San Pablo, *cuando muriendo á los elementos de este mundo, no consideramos ya las cosas que se ven sino solamente las invisibles ; porque las cosas visibles son temporales, y las invisibles son eternas.* (G. I S. 1 — II C r. s.).

« Los tres libros de Salomon, continua Pafnucio, tienen relacion con estas tres clases de renunciacion ; porque los *Proverbios* nos enseñan á salir de la tierra y á renunciar á todos los desarreglos y á todos los vicios ; el *Eclesiastés* nos enseña á renunciar á todo lo que hay sobre la tierra, diciéndonos que lo que sucede debajo del sol no es más que vanidad ; el *Cantar de los Cantares*, levantando el alma sobre todo lo que es visible, la une á Dios por la continua meditacion de su palabra y por la contemplacion de las cosas del cielo.

« Pero nos seria poco útil haber cumplido perfectamente la primera renunciacion, por medio de una fé viva y humilde, si no cumplieramos la segunda con la misma vigilancia y con el mismo ardor. De esta manera podremos saltar despues á la tercera, no pensando más que en el cielo. Entonces podemos decir con el Apostol : *Somos ciudadanos del cielo de donde esperamos á Jesucristo nuestro Salvador, que reformará el cuerpo de nuestra bajeza y lo hara conforme á su cuerpo glorioso.*

« Llegaremos á esta tercera renunciacion, cuando nuestro espíritu, no estando ya agravado por el contagio



Imp. de Charles Simon Paris.

Gravé par J. B. L.

Moïse l'Ethiopien.
Moises el Ethiopiano.

de este cuerpo animal y terreno, y estando purificado de los afectos de la tierra, se elevará al cielo por la continua meditacion de las cosas divinas y se hallará de tal manera absorto por su presencia que ni tenga oidos para escuchar, ni ojos para ver, y que ni siquiera sea impresionado por los objetos grandes y sensibles.

« No se reconoce esta verdad sino cuando se la experimenta y cuando, por la misericordia de Dios, se tienen los ojos del corazon de tal manera desapegados de las cosas presentes, que se las mira no como debiendo pasar, sino como ya pasadas...

« Por esto, hijos míos, si verdaderamente deseamos llegar á la perfeccion, debemos despues de haber dejado con el cuerpo nuestros padres, nuestros bienes, las riquezas y los placeres de la tierra, renunciar tambien de corazon y voluntad á todas las cosas visibles sin volver jamás la vista en lo más mínimo á lo que hemos dejado...

« Es tambien necesario evitar la condenacion de aquellos ingratos que, despues de haber gustado en el desierto el maná celestial, desearon todavia los manjares corrompidos de los vicios... Porque aquellos que despues de haber renunciado al mundo vuelven todavia á sus antiguos afectos y á sus primeros deseos claman como el pueblo hebreo con sus acciones y palabras : ¡ Ay ! ; cuán felices éramos en Egipto !... La renunciacion exterior del mundo y aquella salida de Egipto que hacemos con el cuerpo no nos servirá de nada, si no la acompañamos con la renunciacion del corazon... Los que cumplen mal con esta segunda renunciacion, se hacen todavia más incapaces de la tercera que es más perfecta... Y ¿ de qué me sirve, en efecto, haber dejado en el fervor de mi conversion mis bienes, que de sí mismos no son buenos ni malos, sino indiferentes, si al mismo tiempo no tengo cuidado de empobrecerme y vaciar mi corazon de los vicios que en él reinan y que for-

man en el mismo un tesoro de iniquidad, para llegar á aquella divina caridad, que es dulce, que no tiene envidia, que no está hindrada de orgullo, que no se agria, que no hace nada mal á propósito, que no busca sus intereses, etc?... Apresurémonos pues á empobrecer nuestro hombre interior y hacerle renunciar á aquellas riquezas malaventuradas de vicios y pecados que amontonó en su vida primera, y que son del un modo particular las riquezas del alma, que la siguen despues de la muerte para perderla, si no las cercenamos ya en esta vida.

« Como las virtudes que aqui hemos adquirido, y la caridad que es la madre de ellas, llenan de gloria en el cielo al que las ha amado sobre la tierra, de la misma manera los vicios ennegrecen de algun modo, y desfiguran el alma que los ha amado, y la hacen pasar de esta fealdad y deformidad que le causan a una miseria que no tiene fin. El alma no es hermosa ó fea sino á proporcion que está ardornada de virtudes, ó manchada de vicios. Las virtudes por uua parte le dan tanto brillo y la hacen tan pura y hermosa, que el Profeta no teme decirle en este estado las siguientes palabras: *El Rey amará tu belleza*; (Psal. 44.) y los vicios, por otra parte, la hacen tan negra y horrible, que, siendo movida á compuncion, y no pudiendo sufrirse á sí misma con su fealdad y miseria, exclama: *Mis llagas están llenas de corrupcion y podredumbre y yo mismo me las he hecho con mi locura.* (Psal. 37.)

« De esta manera, concluye el abad Pafnuccio, la primera renunciacion se aplica á las riquezas que nos son estrañas, y no basta para establecernos en la perfeccion. Es necesario que sirva de grada para subir á la segunda, en la que empezamos á renunciar á las desgraciadas riquezas de los vicios que verdaderamente nos pertenecen por la corrupcion de nuestra naturaleza; y hallándonos establecidos en este segundo grado con el destierro de nuestros vicios, pasa-

remos al tercero que levantará nuestro espíritu al cielo, haciéndole ver como una nada y como una vanidad que debe pasar pronto todo lo que en este mundo es temporal y visible. En este dichoso estado es en el que nos será dicho como á Abraham : *Ven á la tierra que te mostraré* (Gen. 12.)

« Pero esta tierra no se adquiere con los esfuerzos ni con la industria del hombre ; porque nuestra salud depende de Dios, quien en un principio por la vocaciou divina dice : *Sal de tu tierra* :¹ Y despues, en la más alta perfeccion que consiste en aquella pureza que Dios promete por las siguientes palabras, dice : *Ven á la tierra que yo te mostraré.* »

EL ABAD DANIEL ²

El abad Daniel era citado entre los más santos religiosos del desierto de Sceté. Pafnucio Búbalo, considerando su humildad extraordinaria y sus demás virtudes, le prefirió á muchos otros de más edad que él, para llevarle al, ministerio del diaconado. Y este santo hombre Pafnucio estaba de tal manera lleno de alegría al considerar las virtudes de Daniel, que deseaba con ardor igualárselo en el orden del sacerdocio, creyendo que ya le era igual en gracia y mérito.

No pudo sufrir el verle permanecer más tiempo en un grado y en un ministerio inferior al suyo, y deseando dejar en su persona un sucesor muy digno de ocupar su lugar, le elevó durante su misma vida al orden sacerdotal. Pero Daniel no pudo tampoco en esta ocasion olvidar su profunda humildad : no quiso ejercer ninguna funcion de aquel más elevado múnisterio en que le habian puesto, mientras

¹ Casiano.

vivió Pafnucio ; y cuando su santo abad ofrecia á Dios sobre los altares hostias espirituales, él le servia de diácono, y permanecia siempre firme en este grado.

Pero el santo hombre Pafnucio, segun lo dijimos en su vida, se engañó en sus esperanzas ; porque víó morir antes que él al que miraba como destinado á sucederle.

Casiano dice que fué un dia á encontrar al abad Daniel con su fiél compañero el abad German, para saber de él de dónde procedia que cuando estaban en sus celdas sentian algunas veces un fervor tan grande, una alegria tan inefable, luces y conocimientos tan santos y abundantes, y que otras veces se hallaban, sin causa alguna aparente, tan sumidos en una profunda melancolia, que no solamente su espíritu estaba totalmente seco y esteril, sino que su celda les era insoportable, sus lecturas, sin gusto, sus oraciones sin atencion, su espíritu sin aplicacion y completamente extrañado, sin que sus suspiros y esfuerzos pudiesen colocar nuevamente al alma en su asiento ordinario.

Esta pregunta fué la que dió lugar al abad Daniel para hablarles de la guerra de la carne contra el espíritu : « Vuestros padres, les respondió él, nos han enseñado tres causas de estas sequedades del alma ; porque ellas proceden ó de nuestra negligencia, cuando habiendo dado lugar por nuestra falta, á alguna tibieza caemos en la indiferencia y en la relajacion, y en una pereza que hace que habiéndonos llenado de malos pensamientos, hagamos la tierra de nuestro corazon fértil en espinas y abrojos, que privan al alma de los frutos espirituales, y la impiden aplicarse á la oracion ; ó bien proceden de los ataques del demonio, cuando estando algunas veces séríamente aplicados al bien, este espíritu de malicia se introduce artificialmente en nuestra alma y hace que dejemos nuestras mejores resoluciones, ó insensiblemente y sin percibirnos de ello, ó por un tédio que nos separa de ellas á pesar nuestro.

Otras veces estas sequedades proceden de la conducta de Dios, el cual obra así por dos motivos. El uno, á fin de que por esta privacion, la vista que entonces tenemos de nuestra debilidad, nos impida hincharnos de vanidad por los afectos que nos habia dado al visitarnos con su gracia, y para que la esperiencia que hacemos de lo que somos en esta especie de abandono nos dé á conocer que no podemos volver á nuestro primer estado de alegria por nuestros suspiros y por nuestro trabajo sino que no teniéndolo más que por la gracia de Dios, debemos todavia pedirselo y no esperarlo más que de su misericordia.

« La otra razon es que Dios quiere por ahí probar nuestra perseverancia y y la firmeza de nuestros deseos. Quiere darnos á conocer á nosotros mismos con qué ardor y perseverancia en la oracion debemos suplicarle la presencia de su espiritu á fin de que habiendo aprendido por esperiencia propia cuánto trabajo cuesta adquirir esta tan pura alegria, procuremos con mayor cuidado y vigilancia conservarla en nosotros, porque ordinariamente es uno más negligente en guardar lo que se cree más fácil de recobrar.

El abad Daniel habla en seguida de la necesidad que tenemos de la gracia y dice : « Que esta nos visita, por más indignos que seamos de ella ; que nos despierta de nuestra somnolencia, nos esclarece en nuestra ceguedad, nos reprende y castiga dulcemente, y se derrama por nuestro corazon para que el movimiento y la saludable compuncion que en él causa, nos haga salir de la languidez y letargo en que nos hallábamos. »

Despues de esto muestra la utilidad que podemos sacar de las arideces y sequedades, y de aquella especie de abandono, con que Dios prueba algunas veces á sus siervos. « David, dice él, reconoció tambien que le era tan útil, que no quiso pedir á Dios, que no le abandonase jamás de ninguna manera, lo cual sabia que no era ventajoso ni á él

mismo ni á otro alguno, por perfecto que quisiese ser ; pero solamente le suplica que temple su ausencia cuando le dice : *Señor no me abandoneis enteramente.* (Psal. 118). Y yo sé que frecuentemente lo haceis para el bien de vuestros escogidos á fin de probarlos ; pero el demonio no puede tener entrada en ellos para tentarle, si vos no os retirais de ellos un poco... Pero la gracia que yo os pido, es que no os retireis del todo de mí, porque cuanto este abandono pasajero que me haceis sufrir al experimentar la fidelidad de mis deseos, « me puede serme provechoso, tanto tambien este entero abandono con que vos podriais castigaz mis pecados, me seria peligroso y mortal. »

Vemos, añade él, en el *Libro de los Jueces*, una figura de esta verdad, en el modo con que Dios exterminó aquellos pueblos enemigos de Israel : y que eran la figura de nuestros enemigos invisibles. Reservó á algunos de ellos *para servir*, dice el sagrado textos, *de instruccion á su pueblo, á fin de que teniendo enemigos se hiciese aguerrido y se acostumbrase á combatir... y para reconocer si obedeceria á las leyes que habia dado á sus padres por medio de su siervo Moisés, o si no lo haria.* (Jud. 3.)

« Dios, pues, reservó estos guerreros á su pueblo, no porque tuviese envidia de su reposo ó fuese llevado de alguna mala voluntad contra él, sino porque sabia que le serian útiles, á fin de que viéndose siempre atacado por aquellas nacionel y en continuo peligro, comprendiese que nunca podia prescindiz del auxilio de Dios, y que permaneciendo firme en la meditacion de su ley, y en la invocacion de su nombre, no se abandonase á una floja ociosidad, y no dejase nunca el hábito de la guerra ni el ejercicio de la virtud ; porque frecuentemente sucede que la prosperidad hace caer á aquellos á quienes la adversidad no había podido vencer. »

Tales son las instrucciones que el abad Daniel daba so-

bre los estados de privacion que prueban algunas veces á las almas santas, y sobre las tentaciones con las que permite Dios que seamos atacados. Se vé que cuanto el enemigo de nuestra alma intenta perderla con sus artificios, tanto tambien Dios, que permite que seamos tentados, lo permite para escitar nuestra vigilancia, hacernos sentir la necesidad que tenemos de su auxilio, obligarnos á recurrir á él, y animarnos á combatir. Así la privacion nos hace sentir nuestra propia miseria y nos humilla, lo cual es para nosotros un bien muy grande, y la tentacion nos hace vigilantes, nos obliga á orar, nos hace aguerridos, lo cual no es el menor bien.

Lo restante de la conferencia del abad Daniel, tiende igualmente á probar el fruto que podemos sacar de las tentaciones, por la necesidad en que nos hallamos de velar y combatir á medida que somos más tentados, y que venimos á ser como el teatro de una continua guerra entre la carne y el espíritu. A este propósito explica en algunos capítulos consecutivos, lo que dice San Pablo, que *la carne desea contra el espíritu y el espíritu contra la carne.* (Galat. 5.), y concluye todo lo que ha dicho con estas palabras, en esta hermosa instruccion :

« Ya pues veis hijos míos, que si estas tentaciones no nos despertaran algunas veces, no trabajaríamos seriamente en animarnos en el fervor de adquirir la perfeccion, y no seríamos exactos en practicar la virtud de la mortificacion y de la templanza. Pero como tenemos en nuestro cuerpo un enemigo que nos humilla y nos ataca sin cesar, esta guerra nos hace mas vigilantes para fortalecernos en el espíritu, y para curarle de aquellos efectos interiores y espirituales que le debilitan y corrompen. » Ahora bien, estos afectos son principalmente la pereza y el orgullo.

Pero no podemos omitir lo que dice este gran solitario en esta misma conferencia contra el estado de tibieza. El

abad German le suplicó que le dijese qué diferencia habia entre el hombre carnal y el hombre animal, y él le respondió que el apóstol San Pablo distinguía en el alma tres diferentes estados. (I. Cor. 2, 3.) El primero es el estado del hombre carnal. El segundo el del hombre animal, y el tercero el del hombre espiritual... Despues, por consiguiente, prosigue él, que hemos sido separados del siglo, y librados de sus desórdenes, debemos procurar pasar lo más pronto posible, por medio de una dichosa violencia, al más levantado de estos tres estados, que es el espiritual: por miedo de que jactándonos de esta remuneracion exterior, ó de este desapego de los vicios groseros, y creyendo por ahí haber subido á lo mas alto de la perfeccion, no lleguemos á ser, por esta falsa persuacion, flojos y negligentes en purificarnos de las otras pasiones que nos quedan. Porque debemos temer que permaneciendo como en un medio entre el estado carnal y el espiritual, no nos levantemos jamás hasta este ultimo, por creer que el primero nos bastaria, y que la separacion exterior de los placeres y de las personas del mundo, junta con quella vida exenta de vicios groseros, bastaria para hacernos perfectos. Así que nos veríamos reducidos á aquel estado de tibieza, que es el más detestable de todos, y solo nos quedaría ser vomitados de la boca de Dios, como nos lo amenaza él mismo con estas palabras: *No eres del todo caliente ni frio; pero porque eres tibio, te vomitaré de mi boca.* (Apoc. 3.)

« Por lo cual debéis advertir que como tenemos incomparablemente más horror á una comida que sale de nuestro estómago que á la que nunca ha estado en él, asi tambien las personas á las que Dios, despues de haberlas recibido en las entrañas de su caridad, vomita como un manjar que se arroja con nauseas, caen en un estado peor, por la dificultad que tienen de volver sinceramente á él.

« No pues sin motivo pasan estas personas por las peo-

res de todas ; porque un hombre del mundo, un hombre carnal ó pagano, puede más facilmente convertirse á Dios y ser despues perfecto, que aquel que habiendo hecho profesion de la vida solitaria y religiosa, sin cumplir sus deberes, ha dejado apagar en él el fuego de su primer fervor. Al menos el primero tiene esta ventaja de que estos vicios groseros le pueden humillar y mover á compuncion, y que el horror que tiene de su estado le llene despues de celo y le haga correr á lo más elevado de la perfeccion.

« Esto es lo que no se encuentra en el que abusa del nombre de religioso y solitario, y el cual despues de flojos principios, no puede volver á entrar en el fervor que pide su profesion, porque su pereza es como una fiebre lenta que reduce su alma á una languidez tal que no vea por sí mismo nada más de lo que quiera, y que no quiera recibir ni los consejos ni las instrucciones de los demás.

« Él dijo en su corazon, segun está indicado en el Apocalipsis : *Yo soy rico ; tengo en abundancia todas las cosas, nada me falta ; y tu eres miserable y digno de compasion.* (Apoc. 3.)

Dios dijo despues : *Tu eres pobre, ciego y desnudo.* Hay en este una cosa peor que en un hombre del mundo ; porque aquel no sabe que sea miserable, no ve su ceguedad, y no se sonroja de su desnudez. No cree tener necesidad de reforma, ni de los consejos de los demás. Por esto cierra la entrada de su corazon á las amonestaciones que podrian enderezarle, y no comprende siquiera que el nombre de religioso que lleva es lo que redobla su mal, porque la buena opinion que de él se tiene en el mundo como de un siervo de Dios, atrac sobre él un juicio de este mismo Dios más severo y un castigo mayor. »

Finalmente el abad Daniel pronuncia contra los religiosos tibios aquella terrible sentencia cuya verdadá está fundada en la esperiencia que de ella habian hecho los anciana-

nos de la soledad. « Frecuentemente hemos visto en nuestros desiertos, dice, el que paganos y hombres de mundo, de frios y calientes que antes eran se han hecho fervorosos y verdaderamente espirituales ; pero no hemos visto que los que se hallaban en el estado de tibieza y animal se hiciesen perfectos... »

SAN MOISÉS EL ETIOPE ¹

No podemos comenzar mejor la vida de San Moisés que por la piadosa observacion que hace uno de sus historiadores, Bolando. Nadie, dice él, está escluido del reino de los cielos ; ya sea de vil condicion como los esclavos, ó de un natural feroz como los Escitas, ó negro como los Etiopes, ó finalmente insigne pecador, todos son introducidos allí, con tal que de ello se hagan dignos por la santidad de la vida, ó por una sincera penitencia. Esto es lo que se ve admirablemente en San Moisés que fué esclavo, que fué más cruel que un Escita, que era Étiope, que estuvo cargado de pecados y que llegó á ser un célebre penitente ².

Su historia es tanto más útil y edificante, cuanto que puede servir de modelo de una perfecta conversion á los más grandes pecadores, ó hacerles inescusables cuando se niegan á convertirse, bajo pretexto de la enormidad de sus

¹ Paladio Casiano; Sozomeno, Los Bolandistas, Tillemont, Cotelier.

² Los antiguos llamaban Etiopes á los habitantes de las regiones más meridionales del mundo conocido, y en un sentido mas estricto, á los pueblos de la parte de la Arabia, situada á la orilla del mar Rojo, y de la parte de Africa que se extiende al sud de Egypto, desde las cataratas del Nilo hasta el Delgado. Es probable que San Moisés era de esta última region.

crímenes, de la violencia de las tentaciones y de la fuerza de los malos hábitos. San Moisés tuvo que vencer todo esto, y lo venció todo con la gracia del Señor.

Acabamos de decir que era Etíope, negro por consiguiente como las gentes de aquel ardiente país ¹, de una talla muy alta, y tan robusto que se hallaba en estado de deshacerse él solo de cuatro hombres, según veremos en el curso de su historia. Tenía la conciencia todavía más negra que el cuerpo. Al principio fué esclavo de un rico burgués, otros dicen de un magistrado; y muy lejos de llenar junto á él los deberes de un buen criado, solo mostraba una desdichada inclinación á toda suerte de vicios, y se portaba como el peor de todos los hombres. La cólera de su amo, y hasta los castigos no le servían, según parece, sino para hacerle más malo. Finalmente su amo, cansado de no poder obtener nada de su indócil natural, le echó absolutamente de su casa.

El partido que tomó al salir de ella, muestra cuán corrompidas eran sus inclinaciones. Hízose jefe de una partida de ladrones y ejerció mil latrocinios. Su fuerza y ferocidad le sirvieron para acumular crímenes que sembraron el terror por todas partes con el odio de su nombre. Uno solo bastará para dar á comprender cuánto en efecto era temido y formidable. Un pastor le había impedido ya por el ruido que hicieron sus perras, ya por alguna señal que él mismo hizo de ejecutar un mal designio. Llenóse al instante de un tal furor, que le buscó por todas partes para matarle. Supo que estaba á la otra parte del Nilo, y aun cuando el río estaba desbordado, y tenía más de mil pasos de ancho, púsose sobre la cabeza sus vestidos, su espada entre los dientes y lo atravesó á nado. El pastor que le vió pasar, comprendió que le buscaba á él, y corrió á esconderse en una cueva. No encontrándole Moisés, se vengó con su rebaño. Mató cuatro de sus mejores carneros, atólos, y volvió á pa-

sar el rio á nado, arrastrándolos tras de sí. Desde allí se fué á una ciudad en la que, despues de haberlos desollado y haber comido lo mejor de ellos, vendió las pieles para comprar vino, con el que cargó su vientre, y volvióse al lado de los compañeros de sus latrocinios, que estaban reunidos á cincuenta millas de allí.

De esta manera llevaba una vida horrible bajo todos conceptos, cuando Dios le tocó el corazon con su gracia é hizo de él un perfecto penitente. No se sabe en qué ocasion se verificó en él este cambio tan admirable. Los autores lo cuentan diferentemente Paladio dice que fué por cierto suceso que le aconteció sin decir cuál era este. Casiano dice que siendo perseguido por un asesinato que habia cometido, se refugió en un monasterio, y que la feliz necesidad en que se encontró de ocultarse para evitar el suplicio, le dió ocasion de hacer en fin voluntario su retiro, y convertirse sinceramente. Pero en otro lugar de la *Vida de los Padres*, se dice que esto sucedió despues que hubo oido hablar á un hombre de bien sobre el estado de los buenos y de los malos despues de esta vida, sobre la terrible separacion que Dios hará de ellos en el juicio, sobre los horribles tormentos con que castigará eternamente á los que han vivido y muerto en el crimen, y sobre la gloria inefable que él reserva á los justos en compañia de los santos ángeles; y dícese que quedó tan penetrado de todo esto, que se puso á sollozar, á gemir y á derramar cantidad de lágrimas y que se fué á un monasterio para hacer penitencia.

Es difícil de conciliar estas opiniones; pero de cualquier modo que tuviese lugar su conversion, es cierto que fué sincera. Fuése al monasterio con un vestido rasgado, con el corazon penetrado de compuncion, con el rostro cubierto de lágrimas, y presentóse á los religiosos con un porte humilde, dando muestras de un vivo pesar de sus crímenes. Pero los religiosos, llenos de espanto al verle á causa de su

mala reputacion, dieron al principio muestras más bien de pena al recibirle, que no de confianza que les inspirase. (Bol. I ibid P. 120.) Presentóse sin embargo al superior, é hizole públicamente la confesion de sus pecados, entrando no solamente en el detalle de sus actos criminales sino tambien de sus más secretos pensamientos, y manifestando de este modo todo cuanto tenia en su conciencia, porque no habia ningun crimen del cual no desease purificarse con la penitencia.

Rogó pues con instancias que le pusiesen en camino de salvacion, y que le concediesen la prenda segura de ello vistiéndole el hábito monástico. Para esto permanecio muchos dias á la puerta del monasterio, segun la costumbre de los que pedian ser recibidos. Finalmente, reconociendo el superior por sus lágrimas y perseverancia que su cambio era sincero, y admirando en este tan contrito penitente la grandeza de la misericordia del Señor, abrazóle tiernamente, vistióle el hábito religioso, y admitiéndole en el número de los hermanos, le dió los consejos que juzgó á propósito para la conducta que debia guardar.

Aprovechóse tan bien de ellos, que pareció en poco tiempo tan formado en las virtudes religiosas como si hubiera sido ejercitado en ellas desde muchos años. Podia tener entonces venticinco ó treinta años. Era exacto en todos los deberes regulares, en los ayunos, en las vigalias y en las oraciones; cumplia con alegria con todo lo que se le mandaba para el servicio del monasterio. No se alimentaba más que de pan y agua, y algunas veces estaba tres ó cuatro dias sin tomar nada. Pasaba las noches enteras sin dormir, y sobresalia en humildad y compuncion, gimiendo su cesar y derramando torrentes de lágrimas.

Finalmente su penitencia fué hasta tan edificante que un hombre, llamado Clemon, que habia sido el compañero de su libertinaje desde su más tierna edad, quiso ser el imita-

dor de su conversion, y se entregó al servicio de Jesucristo.

Hay que seguirle al presente al desierto de Sceté y de Calamo, en donde el gran San Macario gobernaba á los solitarios, y mostrar cuáles fueron los combates que allí sostuvo contra los demonios y las virtudes que practicó. Fué probablemente en estos principios, cuando le sucedió lo que refiere Paladio, en su *Historia Lausiaca*. Hemos notado que era grande y extremadamente robusto, y entonces sus austeridades no le habian todavia disminuido las fuerzas. Cuatro ladrones que no le conocian fueron á echarse sobre él en en celda, en la que se hallaba solo ; cogióles á los cuatro, les ató, dice Paladio, como un manojo de paja, y llevóles de este modo sobre sus espaldas hasta la iglesia, en donde, habiendo encontrado reunidos á los solitarios, ¡les dijo : « Estos hombres han veindo a atacarme ; pero como no me está permitido hacer mal á nadie, ordenad lo que quereis que haga de ellos. » Fácilmente puede presumirse la admiracion de los solitarios ; pero la de los ladrones que se encontraron allí atados debió de ser mucho mayor. Confesaron su falta delante de Dios ; y habiendo sabido que el que les habia atado de aquella manera era Moisés, dijeron entre sí : « si este hombre que tenia una fuerza tan grande y que era tan famoso ladron ha renunciado á todo y vive al presente en un tan gran temor de Dios, ¿ porqué diferimos nosotros más el pensar en nuestra salvacion ? » Así que movido's a arrepentimiento, á ejemplo suyo, renunciaron á sus latrocinios, abandonaron el mundo y se hicieron excelentes solitarios.

Su primera morada, despues que se hubo ejercitado en el monasterio en las prácticas de la obediencia fué en el desierto de Sceté, bajo la direccion de San Macario. Proponíase vivir allí en un gran retiro ; pero los hermanos iban á visitarle frecuentemente é interrumpian su reposo. Fué á

quejarse de ello á San Macario, y este Santo que comprendió que no se atreveria á negarse á los que pedian verle, le aconsejó que se retirase á un lugar más adentro del desierto que se llamaba Petra.

Era este un peñasco situado en el desierto de Calamo, llamado tambien de Porfirion, que formaba parte del desierto de Sceté, y estaba á siete ú ocho jornadas de los lugares habitados.

Mientras iba allá, su espiritu se vió agitado por el temor de que le faltase agua ; porque este peñasco habia de ser del todo árido. Pero Dios le animó con una voz que le dejó oír y que le dijo que fuese allá y no pasase pena de nada. En efecto, la providencia proveyó á sus necesidades como se lo habia prometido. Unos hermanos fueron á verle, y no tenia él más que un cantarito de agua que empleó en hacerles cocer lentejas. En este extremo rincon salia de tiempo en tiempo de su celda rogando á Dios y quejándosele amorosamente de que despues de haberle colocado en aquel desierto no le proporcionaba el agua necesaria para apagar la sed de sus siervos ; y al mismo tiempo una nube cubrió el peñasco y derramó una lluvia que llenó de agua todos los depósitos que habia hecho.

Halló en aquella soledad el reposo que buscaba, al menos por parte de los hombres ; porque estando su celda tan distante de las demás, iban á ella mucho más raras veces ; pero á falta suya los demonios le declararon una cruel guerra por las tentaciones de que fué atacado. Quizás estos combates que tuvo que sostener empezaron antes que se fuese á Petra ; pero como no estuvo allí tanto tiempo como en este último lugar, presumimos más bien que este último desierto fué su principal teatro. Dios ha acostumbrado alimentar con la leche de su gracia á los que entran nuevamente en su servicio. Háceles gustar las dulzuras de la piedad, y les conduce como niños todavia débiles y á quie-

nes hay que conquistar con la suavidad de la devocion. Frecuentemente en este estado no se siente el esfuerzo de las pasiones y uno es llevado, por decirlo asi, en alas de la gracia ; pero pronto vienen las pruebas, y aquellas pasiones que parecian amortiguadas se despiertan con furor, y sirven para aquellos que antes de su conversion habian tenido la desgracia de seguirlas, de medio de penitencia por los ataques que de ellas sufren y los esfuerzos que se ven obligados á hacer para resistir á ellas.

El excelente penitente del cual hablamos, hizo la prueba de esto. Los demonios procuraron despertar en él, dice Paladio, las peores pasiones, y le tentaron tan vivamente que poco faltó, como él mismo lo contaba despues, que no renunciase á su resolucion. En este extremo fué á encontrar al gran Isidoro, sacerdote del desierto de Scete y célebre por la santidad de su vida y la sabiduria de sus consejos. Este siervo de Dios procuró consolarle, y le dijo que no se admirase de esta tentacion, puesto que no haciendo más que principiar á abandonar sus malos hábitos, estos le inducian todavia á buscar las cosas que antes habia seguido. Que sucedia con estos hábitos como con un perro que tiene costumbre de ir á roer huesos á una carniceria, el cual vuelve siempre á ella mientras tiene proporcion de entrar en la misma ; pero que si no se le dá ya nada y si aun se cierra la carniceria entonces, como dice él, no vuelve más y va á buscar en otra parte el modo de saciar su hambre. Asi tambien, añadia, si continuáis ejercitándoos en la continencia mortificando la carne y reprimiendo la gula que es el alimento de la impureza, el demonio que os tienta no encontrando ya por decirlo así en vos con qué alimentarse, se cansará por último y os dejará.

Moisés, fortalecido y consolado por esta saludable instruccion, se encerró en su celda y se dedicó á macerar su cuerpo con diferentes austeridades, sobre todo con el ayu-

no, no comiendo otra cosa que doce onzas de pan al dia, trabajando mucho y haciendo cincuenta oraciones.

Pero el tiempo de verse libre de sus tentaciones no era llegado todavia. Dios, que queria acrecentar cada dia más sus méritos acumulando sus victorias, permitió que por más que hizo para abatir su cuerpo, no dejó de sublevarse contra el espiritu, particularmente durante el sueño. Esto le obligaba todavia á recurrir al consejo de los otros, y habló de ello á un anciano del desierto, que pasaba por un religioso de muy probada virtud. Tillemont sospecha que este podia ser el celebre abad Silvano, que se dice haberle dado muchas instrucciones sobre otras materias. « ¿ Qué debo yo hacer, Padre mio, le dijo? Mis sueños derrauan tinieblas en mi espíritu, y aquella antigua costumbre que habia tenido hácia el mal, hace que mi alma se complazca en él. » No es que, hacen notar muy bien los continuadores de Bolando, no es que esto fuese en él una complacencia voluntaria, puesto que no puede aliarse con todas las precauciones que tomaba para librarse de ellas, empleando ayunos, oraciones, ú otras practicas laboriosas. Él sentia pues aquel placer malo á pesar suyo, y aquel sentimiento que estaba en él no era suyo, porque su voluntad no tomaba en el mismo parte alguna.

Asi que aquel santo hombre le respondió : « Esto procede de que no apartais bastante vuestro espíritu de estas imaginaciones. » Y en efecto, sucede algunas veces que las almas que tienen temor del Señor, reflexionando sobre esta clase de tentaciones por el horror ó la pena que de ellas tieneos las excitan más, y más y entonces es para ellas más seguro el apartar su espíritu de aquellas odiosas imágenes, que no el dejarse preocupar de ellas con la turbacion que les causan. Creedme, añade el Santo : acostumbraos á velar; orad con atencion y vereis cómo cesa la tentacion. »

Volvióse en seguida á su celda muy resuelto á aprove-

chase tambien de este consejo, y siguiólo con tanto rigor, que pasaba todas las noches en pie en medio de su celda, sin siquiera cerrar los ojos, orando de continuo, y ni siquiera poniéndose de rodillas para orar, de miedo que su cuerpo, con este cambio de posicion, no recibiese algun alivio, y que el demonio no tomase de ahí ocasion para tentarle. Hizo esto durante seis años; y sin embargo con tantas vigiliass, ayunos, oraciones y trabajos, no se vió todavia libre de aquel porfiado demonio que le asediaba.

Fué una vez hasta tentado por él con tanta violencia que no sabiendo casi á qué resolverse, salió de su celda y fué tambien á encontrar al gran Isidoro. Este le consoló lo mejor que pudo, sirviéndose para ello de muchos pasajes de las sagradas Escrituras, y procuró inducirle á que volviese en paz á su celda. Pero Moisés, temiendo las tentaciones que allí sufria, le dijo que no tenia ya valor de volver á ella. Entonces Isidoro hizole subir á lo alto de su casa y le dijo que mirase hácia Occidente. Miró alli y vió un gran número de demonios todos en turbacion y en alboroto, como gentes que se preparan para ir al combate. Díjole en seguida que mirase hacia Oriente, y vió alli una innumerable multitud de espíritus celestiales llenos de majestad y más brillantes que el sol. Isidoro le dijo: « Los que habeis visto hacia Occidente son los que atacan á los siervos de Dios; y los que habeis visto hacia Oriente son los que Dios envia para defenderles. Reconoced pues que, como decia el profeta Eliseo, tenemos más con nosotros que contra nosotros, y que San Juan tenía razon de decir, que el que está con nosotros es más grande que el que está en el mundo. »

Moisés, animado y fortalecido de esta manera con estas palabras y con esta vision, volvióse á su celda, bendiciendo al Señor por su infinita bondad. Entró con menos brios en el combate y hasta emprendió un nuevo género de austeridades que fué uno de los más laboriosos que pudo empre-

der. Este consistió en ir todas las noches á las celdas de los anacoretas, los cuales, por la caducidad de su edad y de sus grandes austeridades, no tenían fuerzair para á buscar el agua que necesitaban. Tomaba pues todos los cántaros sin que ellos lo supiesen é iba á llenarlos ya á media milla, ya á dos ó á cinco millas, (lo que hacía diez leguas), segun que las celdas estaban más ó menos apartadas.

Esta industriosa caridad que hacía que se dedicase á una tan gran fatiga animó al demonio de furor contra él. El cual no se contentó entonces con atacarle en la imaginacion, sino que mientras estaba inclinado sobre el pozo para llenar uno de estos cántaros, dióle en los riñones un tan fuerte golpe de maza, que cayó como muerto en el sitio, sin conocimiento, sin sentidos, y sin que siquiera pudiese saber quién le habia golpeado.

De esta manera pasó lo restante de la noche, y un solitario que al dia siguiente fué allá para sacar agua, le halló como si hubiese estado á punto de espirar. Corrió al instante á dar aviso de esto al sacerdote Isidéro, el cual fué allá acompañado de algunos otros hermanos, llevóle á la iglesia en la que estuvo enfermo un año entero, teniendo mucha dificultad en recobrar sus fuerzas.

Cuando las hubo recobrado, Isidoro le dijo: « Cesad, hermano mio, de irritar á los demonios contra vos y de insultarles con rigores excesivos. Hay que usar de moderacion aun en los mismos brios que manifiesta uno contra ellos (quirás, hace observar Tillemont, le decia esto para tentarle): » pero el Santo le respondió: « Yo no cesaré de combatirle si él no cesa de atormentarme con sus ilusiones en mis sueños. » Viendo Isidoro la firmeza de su buena resolucion anadió: « En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, desde este momento cesarán todos vuestros sueños. Tened buen ánimo y no temais acercaros á la sagrada Eucaristia. « Los continuadores de Bolando, han notado muy juiciosamente

mente á este propósito, que la recomendacion que Isidoro hace á nuestro Santo, no supone que no participase antes de la sagrada comunión; porque no hay ninguna probabilidad de que permaneciese sin comulgar durante los siete años que duró la tentacion. Pero es de creer que por un santo respeto y un temor fundado en la conviccion de su indignidad, que sentia más con las violentas tentaciones de que se veia agitado, no se atrevia á acercarse á ella tan frecuentemente, como lo hacian los otros solitarios. Desde este tiempo Moisés gozó en su celda de la paz del alma por la cual suspiraba hácia tanto tiempo, y dos ó tres meses despues que San Isidoro le hubo dicho lo que acabamos de referir, habiéndole visto de nuevo, le preguntó si era ya atormentado por el demonio; á lo cual respondió: « Desde el momento en que robasteis á Jesucristo por mí, nada más me ha sucedido semejante. »

Dios, que purificaba la virtud de Moisés por medio de estas tentaciones le castigó tambien para su enmienda en una ocasion de un modo muy humillante. Casiano lo refiere en estos términos: « Moisés, que moraba en el desierto de Sceté y flalamo, era un hombre incomparable y de una virtud singular; pero habiendo dicho una palabra un poco agria al abad Macario, y habiéndose calentado contra él para defender una opinion sobre la que tenia prevenciones, fué entregado á un horrible demonio; pero Dios hizo ver por una pronta curacion y por aquel de quien se sirvió para procurarla, que no le habia castigado sino en su misericordia, á fin de borrar al instante la mancha que aquella falta, que solo duró un momento, hubiese podido imprimir en su alma; porque el santo abad Macario postrándose en tierra y rogando á Dios por él, fué escuchado en el acto, y echó en el mismo momento de Moisés á aquel espíritu que le atormentaba. »

Tales fueron los combates que este santo tuvo que soste-

ner ; tales las humillantes tentaciones que tuvo que vencer ; lo cual sirvió para establecerle sólidamente en las más eminentes virtudes y le atrajo aquellos dones celestiales con que fué enriquecida su alma. Despues de sus victorias tuvo un imperio tan grande sobre los espíritus malignos, que era el terror de ellos segun refiere Sozomeno, y que los despreciaba tanto, dice Paladio, quanto hacemos poco caso de las moscas en invierno. Asi que cuando ellos se presentaban, como sucedia frecuentemente, dirigíanle mil imprecaciones, y se veian obligados á confesar que les habia vencido. « Nada podemos ya contra tí, le decian ; porque cuando nosotros quereinos echarte en la desesperacion, tu te levantas ; y cuando queremos tentarte de vanidad, tu te humillas de tal manera que ninguno de nosotros puede acercarse á ti.

Esta conducta del Santo, con la cual los demonios, segun su propia confesion, estaban desconcertados, puede servir de modelo á las personas á las cuales tientan, ya de descorazonamiento ó ya de presuncion ; y ella nos enseña cómo debemos oponer la consideracion de la bondad de Dios á la tentacion del descorazonamiento, y cómo debemos combatir la de la vanidad, humillándonos profundamente por la vista de nuestras faltas y de nuestra fragilidad.

Si San Moisés no se dejó abatir jamás por el recuerdo de sus primeros desarreglos, recurriendo sin cesar á la misericordia de Dios, fué tambien muy necesario que se apartase de los sentimientos de vanidad por la gracia que Dios le habia hecho de perdonarle sus crímenes y por las que continuo haciéndole ; porque fué levantado á una alta contemplacion y recibió el don de profecia como lo diremos pronto ; pero era tan humilde que en cualquier prueba en que se le puso, se le halló siempre dispuesto á humillarse más y más ; y prefirió pasar por un insensato que no ser

espuesto á las señales de estimacion que queria darse á su reputacion y á su mérito.

Los admirables progresos que habia hecho en las virtudes religiosas, juntamente con los dones extraordinarios con que Dios le habia favorecido, le hicieron merecer un lugar entre los más ilustres Padres de la soledad. Pué elevado al sacerdocio y hecho sacerdote de los solitarios de Sceté por el patriarca de Alejandria ; probablemente dice Tillemont, por Téofilo, que fué hecho Obispo en 385. Cuando el arzobispo le hubo ordenado de sacerdote y vestido los hábitos blancos, díjole, haciendo sin duda alusion por este contraste á la negrura de su cuerpo : « Moisés, ahí heos hecho del todo blanco. A lo cual respondió : « Ya lo soy, padre mio, verdaderamente en lo exterior ; quiera Dios que lo sea tambien en el interior. » El mismo Patriarca, queriendo probar su humildad, ordeno á los eclesiasticos que cuando viniese al altar le arrojasen, y le echasen en seguida sin demostrar nada en el semblante, para ver lo que diria. Ejecutaron esta orden cuando llegó y le dijeron bruscamente : « Salid de aqui, Etfope. » « Tu no tienes más que lo que mereces ; porque no eres un hombre y has tenido la temeridad de mezclarte entre los hombres. »

Tuvo tambien lugar una asamblea en Sceté y queriendo los ancianos probar igualmente su virtud, dijeron en alta voz apenas se presentó : « ¿ Porqué se atreve este Etfope á venir con nosotros ? » Él no dijo una palabra ; y como le preguntasen despues de la asamblea si se habia alterado con lo que le habian dicho, respondió con aquel versículo del salmo : *He sido turbado y me callé* (Psal. 67, 5.) El Gobernador de la provincia habia oido hablar de él tan ventajosamente que fué a Sceté para verle. Alguien le advirtió de su próxima llegada y al instante salió de su celda para ir á esconderse en la laguna. Precisamente encontró en su camino al Gobernador, el cual no conociéndole, le

preguntó en dónde estaba la celda del abad Moisés. A lo cual respondió él: « ¡ Oh ! ¿ Porqué os molestais en buscarle ? Es un insensato (Vit. Sti. Boll. P. 221.) El Gobernador quedó admirado de esta respuesta : se fué á la iglesia de Sceté, y lo refirió á los eclesiásticos, los cuales se incomodaron mucho de que de tal manera se hubiese desacreditado al abad Moisés, cuya virtud merecia tanta veneracion. Dijeron al Gobernador : « Pero ¿ cómo era aquel que os ha hablado tan mal de un hombre tan santo ? » — « Es, les respondió, un anciano que es alto y negro, y que lleva vestidos viejos... Con estos indicios reconocieron que era él mismo, y dijeron al instante : « Es el mismo abad Moisés quien os ha hablado de tal manera, porque ha querido evitar vuestra visita. » El Gobernador volvióse muy edificado de su humildad, que le hacia huir con tanto cuidado las hourosas visitas.

Es propio de las almas humildes el ser caritativas, y compadecerse de las debilidades de los demás. El abad Moisés dió de esto más de una prueba por la caridad con la cual recibia á los que recurrian á el. Veremos en la *Vida de San Arsenio* lo que fué revelado á un anciano sobre la conducta tan diferente de aquellos dos santos, aun cuando cada uno estaba animado por un principio de caridad. San Arsenio, llamado por Dios al reposo de la contemplacion, no recibia facilmente las visitas, y guardaba con frecuencia un profundo silencio cuando se le iba á ver. San Moisés, por el contrario, recibia á sus huéspedes con grandes muestras exteriores de caridad y se entretenia con ellos sin pesar en las cosas de Dios. Pué pues revelado á aquel anciano que San Arsenio era conducido por el espíritu de Dios con gran silencio y reposo, y que unos angeles llenaban de miel la boca de San Moisés en el ejercicio de su caridad.

Dióse cierto dia una orden en Sceté. de que se ayunase

toda la semana hasta el domingo. Por aquel tiempo vinieron de Egipto unos hermanos para ver al abad Moisés, quien les hizo cocer alguna cosa. Los solitarios vecinos viendo salir humo de su celda, advirtieron de ello á los eclesiásticos que conocian bastante su piedad y su austeridad para persuadirse de que habia hecho aquellos aderezos para él. Dijeron á aquellos solitarios que ya le hablarian de esto cuando fuese á la iglesia, y el sábado cuando fué á ella, habiendo sido probablemente instruidos de lo que habia, le dijeron en presencia de todos : « Padre mio, parece que no habeis observado el mandato de los hombres, pero esto ha sido para guardar más fielmente el de Dios.

Dicese tambien á este propósito (Vit. PP. l. 5. lib 334), que habiendo un solitario de Sceté caido en una falta, se juntaron los ancianos para decidir entre ellos sobre lo que tenian que hacer. Moisés fué invitado á asistir á la asamblea ; pero se escusó hasta tanto que el sacerdote le hizo decir que entrase y que todos los hermanos le aguardaban. Salió de su celda y se vino, llevando en su espalda una cesta llena de arena. Los hermanos que le salieron al encuentro, viendo aquella cesta, le preguntaron qué queria hacer de ella. « Estos son, dijo, mis pecados que yo llevo detrás de mí y que no veo ¿ y me hacen venir aqui para juzgar los pecados de los demás? Esta humilde dulzura hizo que se usara de indulgencia para con el culpable y que se le perdonase su falta.

Dijimos que Dios le habia favorecido con el don de profecia. Un solitario de Sceté muy entrado en edad, cayó en una gran enfermedad, y so pretexto de no ser cargoso á los hermanos que le servian con mucho cuidado y caridad, quiso ir á Egipto para hacerse cuidar. San Moisés procuró disuadirle, y le dijo que si fuese allá volveria cargado con algun gran pecado. A lo cual el enfermo respondió con un aire de tristeza : « ¿ Cómo, padre mio, me decis esto ?

¿ No veis que mi cuerpo está tan abatido que parece medio muerto ? » Y sin querer acceder á su consejo, partió para Egipto. Fué recibido allí con mucho gusto por los habitantes del lugar en que se retiró, y se le hicieron grandes ofrecimientos de servicios. Finalmente se repuso poco á poco ; pero todavía no lo estaba del todo cuando cayó en el caso escandaloso que San Moisés le habia predicho. Dios le concedió sin embargo la gracia de entrar dentro de sí mismo. Volvió á Sceté y se presentó á la iglesia de los solitarios en un dia de fiesta en la que estaban todos reunidos y les confesó su falta. Ellos no pudieron verle en aquel estado sin juntar sus lagrimas á las suyas. Por lo cual él les dijo : « Hermanos míos, estad pues muy sobre aviso porque mi vejez no me ha impedido caer en una tal falta y rogad á Dios por mí. » Despues de esto se retiró á su celda y empezó á vivir de nuevo como lo habia hecho antes de su miserable caida.

Es tiempo ya de pasar á hablar de la dichosa muerte de Moisés la cual puede haber tenido lugar á fines del siglo cuarto en el año setenta y cinco de su edad. Paladio, despues de haber dicho en el elogio que de él hace una parte de lo que hemos referido, lo termina con estas palabras : « He ahí la santa y religiosa vida que ha llevado este invencible soldado de Jesucristo, por la cual ha merecido ocupar un lugar entre los màs grandes santos. Pué ordenado de sacerdote y murió en Sceté, siendo de edad de setenta y cinco años, y habiendo dejado setenta y cinco discipulos. »

Preséntase aqui una dificultad la cual no es facil de resolver. Se ha hablado en las *Vidas de los Padres* de un San Moisés, solitario de Sceté, que fué martirizado por los Maziques ¹ con otros seis hermanos que encontraron en su celda. La relacion de este martirio, tal como se ve en

¹ Las Maziques, asi como los Blumios, eran colonias llamadas Etiopes.

estas vidas, hace al instante presumir que se refiere al santo de quien hemos hablado. He ahí lo que ella contiene : (Vit. P.P. t. 5 lib. 18 § 13 y 14) « El abad Moisés de Sceté decia : Si somos fieles en observar los reglamentos de nuestros padres, yo os prometo por la confianza que tengo en Dios, que los bárbaros no vendrán á este desierto (eran los Mariques, nacion cruel situada en las cercanias de aquel desierto); pero si no las observamos, este lugar se verá desolado. Sucedió pues que hallándose algunos hermanos un dia conferenciando con él en su celda, les dijo : « Los bárbaros vendrán hoy á Sceté ; andad y salvaos huyendo : » — « Y vos, padre mio, le dijeron . ¿ no huiréis tambien ? » Y él les respondió : « Hace mucho tiempo que estoy esperando este dia para verificar lo que mi Señor Jesucristo ha dicho : *Todos los que tomen la espada, morirán por la espada.* » Los demás hermanos le dijeron : « Nosotros tampoco huiremos, y moriremos con vos ; » y él les respondió : « Yo no soy la causa de ello, y cada uno de vosotros puede ver lo que tiene que hacer. » Y aquellos hermanos que le hablaban de esta manera, eran, siete. Y en aquel momento vieron á los bárbaros que se acercaban y entraron al instante en la celda en la que les mataron á todos menos á uno, el cual, por la fragilidad humana, fué sobrecogido de terror, y se ocultó detrás de las esteras de palma ; y allí vió bajar del cielo siete coronas y colocarse sobre la cabeza de Moisés y de los otros seis que con él habian sido muertos. »

Tal es la relacion del martirio de San Moisés y de seis compañeros. Si debe entenderse de este del cual hemos hablado, segun parece por la aplicacion que se hace de las palabras de *Jesucristo : Todos los que toman la espada perecerán por la espada*, en lo cual se reconoce bastante á un penitente en otro tiempo jefe de ladrones, si es este digo, del cual debe entenderse, ¿ porqué Paladio habria omi-

tido una tan hermosa circunstancia de su muerte que tanto honor le hace? ¿ Podia él ignorarla, él que habla de su sacerdocio, de su edad y del número de sus discípulos? Este es uno de aquellos problemas de la historia que no pueden resolverse bien ¹.

DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN MOISÉS EL ETIOPE Y SUS DISCIPULOS ².

1º El abad Moisés decia: « Las pasiones por las que nos vemos agitados proceden de cuatro causas: De la abundancia del comer y beber, del exceso del sueño, de la ociosidad y de las chanzas, y finalmente de la vanidad en los vestidos. »

2º Decia tambien: « Un monge debe observar cuatro cosas sobre todas las demás: callarse, guardar los mandamientos de Dios, humillarse y sufrir la incomodidad de la pobreza. Es tambien necesario, añadia, que un monge lllore continuamente, que no pierda jamás el recuerdo de sus pecados, y que se ponga sin cesar la muerte delante de los ojos. Nuestras miradas y la confianza demasiado grande en nosotros mismos, son enemigos que con frecuencia vienen á combatirnos. »

3º Respondió á un hermano que le pedia algun buen

¹ Tillemont vió en moisés el Martir á Moisés el Etiope. Los Bolandistas quedan en la duda y se limitan á decir que *quixás es el mismo*. No somos nosotros quienes hemos de dilucidar esta la cuestion.

² No es seguro que las instrucciones y sentencias dadas en las *Vidas de los Padres* y en la *Recoleccion de Cotelier*, como siendo de Moisés, sean todas de San Moisés el Etiope. Sin embargo nosotros las dejamos con su nombre como se ha hecho hasta aqui.

consejo : Andad, permaneced en vuestra celda, y ella puede enseñaros todo lo que debéis hacer, si fielmente la guardais ; porque á la manera que un pez tan pronto como se le saca del agua muere, de la misma manera el religioso se pierde cuando gusta de permanecer fuera de su celda.

4° « El que huye de los hombres, decia en cierta ocasion, es semejante á un racimo de uvas maduro ; y el que se mezcla en su compañía, es como un racimo verde. » Dijole un hermano : « Yo veo siempre delante de mí una cosa (aparentemente un estado de perfeccion) á la cual sin embargo no puedo llegar. » — « En efecto jamás llegaréis á ella, le respondió él, si no estais muerto como los que están ya enterrados. » Preguntósele además quién era aquel que estaba verdaderamente muerto á los hombres, y respondió que era el que se considera como sepultado desde hace tres años.

5° He ahí aun una de sus más hermosas instrucciones : « La privacion de las cosas de la tierra. (Vit. PP. app. n. 558) ó la pobreza voluntaria, la tribulacion sobrellevada con paciencia y la discrecion, son los medios por los cuales los monges pueden llegar á la perfeccion. La pobreza voluntaria está testificada por Noé (Cot. t. I, p. 605). La paciencia en los males por Job, y la discrecion por Daniel. » Esta sentencia se atribuye tambien á San Pemen.

6° « Debemos estar de tal manera muertos á los hombres, que jamás juzguemos á nadie (Cot. t. I, p. 555). Procuremos tambien portarnos de tal manera que antes de que salgamos de este cuerpo mortal, no hayamos hecho mal á persona alguna. »

7° Dios no oirá nuestras oraciones, si no nos reconocemos pecadores, y no lo seremos sino en cuanto consideremos nuestras faltas, y no las de los demás. »

8° Si queremos aprovechar en la virtud, hagamos de manera que nuestras acciones concuerden con nuestras

oraciones. Ahora bien, esta concordancia consiste en evitar que volvamos á caer en las faltas de las que pedimos perdon á Dios; porque cuando el hombre deja la mala voluntad, Dios oye pronto su oracion, y le concede el perdon. En las tentaciones y combates que contra nosotros libran los enemigos de nuestra salvacion, no tenemos mejor medio para atraernos el auxilio de Dios y hallar el reposo de nuestra almas que derramar con lágrimas nuestro corazon delante de su divina bondad. »

9º Un hermano que había entrado en conferencia con él para pedirle consejos, le dijo: « Un siervo cae en alguna falta por la cual le castiga su amo; ¿ cómo debe portarse y qué debe hacer? A lo cual respondió: « Si este siervo es por otra parte bueno, debe humillarse delante de su amo y confesar que ha faltado. » — « ¿ Nada más? » preguntó el hermano. — « No, respondió Moisés; porque desde el momento que confiesa su falta y que reconoce que ha caido, su amo pronto se apacigua y le perdona. »

10º Pongamos mucho cuidado, añadió, en no juzgar nunca á los demás. Consideremos que cuando Dios mató á todos los primogénitos de Egipto, no habia casa en la que no hubiese algñn muerto que llorar. Asi que, considerando nuestros propios pecados, no tendremos solicitud de cuidarnos de los de los demás; porque seria una locura en un hombre, que, teniendo un muerto en su casa el saliese de ella para ir á llorar el muerto de otra.

« Seamos como muertos con respecto á los otros, no, viendo más que nuestras faltas, sin detenernos á examinar si este es bueno y si aquel es malo. No hagamos daño á nadie. No tengamos siquiera mala voluntad á otra persona. No despreciemos á los que pecan. A la verdad no hay que consentir en su malicia, ni participar de su maligna alegria; pero no nos mezclemos siquiera en la discusion de su mala conducta y digámonos más bien á nosotros mismos:

Dios conoce lo que cada uno tiene en su corazón. No oigamos á la malediciencia, y sin embargo tengamos piedad del que maldice en vez de aborrecerle. He ahí lo que puede llamarse no juzgar. No os entregueis á sentimiento alguno de aversion contra nadie, no tomeis tampoco parte en los altercados de los demás ; este es el medio de tener paz. Finalmente consolaos con esta gran verdad : El trabajo no dura mucho tiempo, y el descanso será eterno. »

Dijimos, según Paladio, que San Moisés habia dejado al morir setenta y cinco discípulos. Podrá haber tenido más durante el curso de su vida, que murieron antes de él. Esto nada importa á su historia. El número de los que dejó después de su muerte fué más que suficiente para haberle adquirido el título de abad, como se le ha dado en las Vidas de los padres. Sus discípulos no solo fueron testigos de sus virtudes sino tambien sus imitadores y herederos. Distínguese principalmente entre los otros á Carion y á su hijo Zacarias, si es que lo han sido, como lo cree Tillemont, y no de otro Moisés ; lo cual no es del todo cierto. Carion estaba casado, y abandonó á su esposa después de haber tenido de ella un hijo y una hija, que le dejó todavía jóvenes. No se sabe la causa de una conducta tan extraordinaria ; pero es de presumir que fué de comun consentimiento, según de esto puede juzgarse por el fin. Sin embargo el Egipto fué afligido con una grande hambre algun tiempo después de su retiro. Y entonces su muger fué á encontrarle con sus dos hijos y le representó la dificultad que tenia de alimentarles, porque todo el mundo carecia de pan. Carion le dijo que se los dejase, y tomólos en efecto ; pero la hija quiso volver al lado de su madre y el hijo se quedó con él. Entonces Carion dijo á su muger : « Nuestros hijos se han dividido ellos mismos muy bien : Tomad pues con vos la hija, y yo me quedaré con Zacarias. »

Zacarias, todavía joven, llegó á ser un fervoroso religioso. Para poner término á muy malas sospechas que nada autorizaba, impúsose una muy dura penitencia; lo cual hizo decir al santo sacerdote Isidoro que se habia igualado á los ángeles.

Dios le comunicó desde entonces sus luces y sus gracias en abundancia, y se dejó sentir en su corazon, sobre todo en la oracion, por los atractivos de un amor muy ardiente. Habló de esto á su padre, el cual, aun cuando excelente religioso, no estaba esclarecido en estos caminos interiores y no habia recibido la gracia para decidir de ellos. Asi que cuando Zacarias le hubo hablado sobre el particular, Carion temió que no fuese un artificio de que se servia el demonio para engañar á su hijo, y ya sea con el fin de humillarle, ya para apartarle de un atractivo que él tomaba por ilusion, creyó usar de la autoridad de padre, y le pegó muy duramente.

Sin embargo Zacarias, continuando en sentir en su corazon aquel extraordinario fervor, fué de noche secretamente á consultar al abad San Pemen, el cual le aseguró que no era una ilusion sino una operacion de Dios. Dióle sin embargo por consejo que fuese á ver á otro anciano que le nombró, para saber lo que él pensaria de esto. Este no aguardó á que Zacarias le esplanara el discurso sobre la disposicion en que se hallaba; sino que aun antes de que le hablase, le esplicó todo lo que en él pasaba, y le confirmó, lo mismo que San Pemen, que esto era una obra de Dios. « No obstante, añadió, volved á vuestro padre y haced lo que os ordenare. »

Carion reconoció por último la virtud de su hijo, y decia de él: (Cot. p. 31) « Yo hago más austeridades que Zacarias, pero no he llegado todavía á la perfeccion de su humildad, ó de su recogimiento y silencio. » No parece que Zacarias le hubiese dejado antes de su muerte, y solo des-

pues indudablemente se puso bajo la conducta del abad Moisés. Habiendo este ido un dia á sacar agua, le encontró en oracion al borde de la fuente, y vio por una señal sensibles al espíritu de Dios que descansaba en él. Esto le inspiró sentimientos de gran veneracion hacia él, y miróle menos como à su discípulo que como á su maestro.

Díjole en cierta ocasion : « Enseñadme, hijo mio, lo que debo hacer. » Sobre lo cual el humilde discípulo se echó á sus pies diciéndole : « ¡ Pues qué, padre mio ! ¿ vos me pedis una instruccion ? » — « Si, hijo mio, le respondió el santo viejo, porque he visto al Espiritu Santo descender sobre vos, y esto es lo que me ha inducido á suplicaros que me dijeseis lo que debo yo hacer. » Entonces Zacarias, movido más bien por obediencia, que con intencion de instruir al que creia más instruido que él, se quitó la capilla, echóla al suelo, pisoteóla y dijo al abad Moisés : « Si uno no está dispuesto hà ser pisoteado de esta misma manera, no puede ser verdaderamente monge : »

El abad Macario le hizo tambien la misma pregunta y le respondió al principio como al abad Moises : « ¡ Pues qué, padre mio, ! ¿ vos me preguntais como si yo fuese vuestro maestro ? » Pero Macario le dijo : « Yo me siento movido interiormente à consultaros para saber en qué consiste ser monge. » Y él le respondió « Paréceme, padre mio, que no lo es uno en verdad sino en cuanto se hace violencia en todas las cosas. »

El abad Pastor contaba de él que estando próximo á morir, Moisés le preguntó qué veia (es probable que comprendiese por alguna señal exterior que hubiese dado, que Dios le favorecia en este momento con alguna vision celestial.) Y él le respondió : « Padre mio ¿ no creeis que todavia es mejor callarse. ? » Entonces Moisés que amaba la humildad, puesto que él mismo la practicaba tan perfectamente, le dijo : « Pensais bien, hijo mio ; permaneced en el silencio. »

En estas admirables disposiciones de piedad entregó su alma al Señor, y en el momento en que esto sucedió, el abad Isidoro, sea que estuviese presente ó que Dios se lo diese á conocer, levantando los ojos al cielo, exclamó: « Regocijaos, hijo mio Zacarias, puesto que las puertas del reino de los cielos os son abiertas. »

Aun cuando no sepamos cuántos años vivió, está sin embargo probado que su muerte acaeció antes de la de San Moisés, de San Pemen y de San Isidoro. Debía todavía ser jóven, puesto que estos santos le llamaban hijo suyo; pero parece, por lo poco que de sus Actas se ha conservado, que habia hecho grandes progresos en las virtudes religiosas y en la vida interior, que su oracion era eminente, que había sido favorecido con grandes dones celestiales, y que tenia el espíritu de Dios.

DE MOISÉS EL LIBIENSE Y DE OTRO MOISÉS ¹.

Moisés el Libiense entró muy jóven en un monasterio de Nitria en el que se formó en las virtudes religiosas. Era sumamente dulce, muy caritativo, y habia recibido de Dios el don de curar á los enfermos por la fuezo de sus oraciones. Pasó del desierto de Nitria al de Sceté.

Las relaciones antiguas parecen haberle confundido más de una vez con Moisés el Etíope y con otro Moisés igualmente considerado en el desierto. No entraremos en las sabias discusiones entabladas sobre este punto y que no

¹ Casiano Gazeo, Tillemont, Bulteau.

han terminado. No estando disputados los hechos y las palabras, lo restante es en realidad de poca importancia.

Hablando Casiano ya de este último Moisés, ya de Moisés el Libiense, dice que era el mayor de todos los santos habitantes del desierto de Sceté. Parece, por las dos conferencias que trae de él, que sobresalía en el conocimiento de las virtudes y de los deberes de la vida religiosa, y que la práctica respondía en él á sus luces. Pamos á dar aquí en extracto de estas dos conferencias ; ellas nos instruirán en su doctrina espiritual y en las máximas de los solitarios de aquel desierto.

PRIMERA CONFERENCIA

SOBRE EL FIN QUE UN SOLITARIO DEBE PROPONERSE EN SU ESTADO

La soledad de Sceté, dice Casiano, es el desierto en que se juntaba todo lo más santo que había entre los solitarios, y el abad Moisés era, entre aquellos hombres célebres, el que despedía más agradable olor por la excelencia de su vida y de su contemplación. El deseo que tuve de ser fortalecido por sus sabias instrucciones me decidió á ir á encontrar, y el santo abad German, del cual no me separaba nunca, quiso ir allá conmigo. Habiendo pues llegado á la celda de este santo abad, procuramos con lágrimas y oraciones inducirle á que nos dijese alguna palabra de edificación. Sabíamos bien que no podía resolverse á hablar de la perfección sino á los que sinceramente la deseaban, por miedo que al descubrir los secretos de la vida perfecta á los que solo la buscan con flojedad, no pareciese hacer traición á la verdad, ó no hablar de ellos más que por vanidad y por una secreta complacencia ; pero hicimosle tantas instancias que final-

mente se rindió á nuestras súplicas y habló de esta manera :

« Cada arte y cada profesion tiene su fin particular y su fin que le es propio, y el cual el que quiere sobresalir en ella siempre se propone. Sufre para esto todos los trabajos, todos los peligros, todas las perdidas á las que está espuesto, y sufre esto no solamente con paciencia sino con alegria. Mirad un labrador : su fin al cultivar su campo es ponerlo bien limpio, muy llano, sin que haya cardos ú otras malas yerbas ; y para esto trabaja y arrostra con valor los más ardientes ardores del estio y todo el rigor del invierno. El fin que se propone es recoger una gran abundancia de granos para subsistir desahogadamente y hasta para enriquecerse. Con esta mira no duda en confiar á la tierra el trigo de sus graueros, presintiendo muy bien que se verá compensado de esta pérdida presente con la abundante cosecha que se promete.

« Del mismo modo vemos que los que comercian, se exponen á largas y peligrosas navegaciones, animados en estos peligros por la ganancia que esperan, y que los que hacen profesion de las armas, ardiendo en ambicion, son insensibles á los trabajos de los largos viajes y se destierran voluntariamente de su patria para adquirir cargos y honor. Este es el fin que se proponen ; y aquellas recompensas que esperan les hacen sobrepujar todas las dificultades de la guerra que miran como el único camino para llegar allá. »

« Nuestra profesion tiene pues tambien su objeto y fin particular, por el cual sufrimos de buena gana los trabajos que en ella se encuentran. Este fin es el que nos impide de cansarnos en la continuacion de nuestros ayunos, que nos hace encontrar gusto en las fatigas de nuestras viglias, que nos quita el disgusto en la asiduidad de la lectura y de la meditacion de la palabra de Dios, que endulza

el continuo trabajo en los que pasamos la vida, á saber, aquella pobreza, aquella desnudez, aquella privacion de todas las cosas y el horror de esta vasta y terrible soledad.

Este mismo fin es el que os ha hecho renunciar tan generosamente á vuestros padres, á vuestra patria, á las delicias del mundo, y que os ha hecho atravesar tantos paises para venir en busca de gentes hechas como nosotros, rústicós, groserós, ignorantes y que pasan su vida en estos salvajes y sombríos desiertos. Os ruego pues que me digais cuál es el término á que tendeis, y el fin que os ha hecho arrostrar tantas fatigas.

Nosotros le respondimos, dice Casiano, que era el deseo y la esperanza del reino de los cielos. Decis muy bien, nos replicó él que este es el fin que os habeis propuesto ; pero á más de esto hay que saber cuál es el término, ó para espresarme mejor, el medio que quereis emplear para llegar á este fin. » Nosotros le confesamos nuestra ignorancia y prosiguió asi : « Acabo de mostraros que en cada profesion hay por de pronto un término en el que continuamente se detienen los que la siguen, y en el que si no se detienen, no llegarán jamás al fin. Este fin pues que nosotros nos proponemos en la vida religiosá es en el reino de los cielos ; pero si no tenemos un blanco, nuestros esfuerzos serán inútiles, nuestras fatigas infructuosas y haremos como un viajero que, andando sin tener camino cierto, siempre tiene la pena de caminar, y jamás tiene el consuelo de llegar al lugar que desea. Nuestro fin es el reino de los cielos, esto es verdad ; pero nuestro blanco para llegar allá es la pureza de corazon, sin la cual no podríamos llegar. Es pues necesario que dirijamos todos nuestros pensamientos hacia ese blanco, y que allá llevemos al instante nuestro espíritu cuando de él se aparta, haciéndole servir de regla en todo cuanto hacemos, y rectificando con él todas nues-

tras acciones cuando no se conforman con el mismo. Esto todavía parecerá mas claro por la comparacion de los que se sirven del arco y de las flechas. Para señalar su habilidad tienen por blanco un pequeño escudo de armas en el que están pintados los premios que se prometen á los que salen airosos, y hacen todos sus esfuerzos para tocarlos con sus dardos ; pero si este escudo les está oculto ó si no dirijen á él fijamente la vista, no les queda ya punto fijo, y consumen inutilmente sus fuerzas en azotar el aire con sus flechas, sin poder distinguir si han tocado ó no en el blanco. »

Aplicad esto á nuestra profesion. San Pablo dice : *Tengamos por fruto la santificacion de nuestras almas (Rom. 6)* ; he ahí nuestro blanco, que es la pureza de corazon ; y *por fin la vida eterna* ; he ahí nuestro fin. Y hablando en otra parte sobre el mismo asunto, se explica más claramente diciendo : *Yo olvido lo que está detras de mí y adelantándome hácia lo que está delante de mí corro sin descanso hasta el fin de la carrera. (Philip. 3)*. Es necesario pues abrazar con todas nuestras fuerzas lo que puede adquirirnos la pureza de corazon, y arrojar como pernicioso todo lo que de ella puede apartarnos. « Por falta de esta aplicacion, personaz que habían dejado grandes bienes en el mundo, dejan manchar en la religion su corazon con cosas pequeñas. Se pegan á ellas hasta llegarse á encolerizar por una aguja que se les quite, una pluma, un cuchillo, un escritorio. Están tan celosos de un libro de piedad, que no pueden sufrir que los demás lo lean ó lo toquen ; caen en impaciencia cuando habrian podido practicar la caridad ; y despues de haber dado todos sus bienes á los pobres por el amor de Jesucristo, retienen sus primeros afectos en bagatelas. San Pablo preveia esta desgracia cuando decía : *Aun cuando distribuyere todos mis bienes para elimentar á los pobres, y aun cuando entregase mí cuerpo á las llamas, de nada*

me serviria todo esto si no tuviese caridad. (I. Cor. 13, 3).

« Por ahí veís que no se llega de repente á ser perfecto por haber renunciado las riquezas, y los honores, sí en sus acciones no está uno animado por aquella caridad de que habla el Apóstol y que consiste en la pureza de corazon. A esta pureza de corazon debemos pues dirigir, todos nuestros deseos y todas nuestras acciones. Para llegar á ella buscamos la soledad, y practicamos las virtudes á fin de que por estos ejercicios, haciendo nuestro corazon como invulnerable á todas las pasiones le conservemos en la pureza, y por estos diferentes grados lleguemos á una caridad perfecta. Por la misma razon cuando nos vemos impedidos de continuar nuestros ejercicios por alguna causa razonable y necesaria, no debemos dejarnos llevar de la tristeza, ni de la impaciencia, puesto que lo que debiamos hacer y que nos vemos obligados á interrumpir no era más que para combatir las pasiones y purificar nuestro corazon. Más se pierde por un momento de cólera que no podria ganarse con un ayuno. Es pues necesario referir nuestros ayunos, nuestras vijilias, nuestro retiro, y otras semejantes prácticas al blanco principal de la pureza de corazon que es la caridad, y no herir esta principal virtud para conservar estas prácticas que no son más que un accesorio suyo. Y si conservamos la caridad no perderemos nada de la privacion de estas prácticas cuando la necesidad nos las hace omitir.

« Pero para poner esto más en claro, vuestro principal cuidado y el designio de vuestro corazon debe ser uniros invariablemente á Dios, y tener fijamente vuestro espiritu en las cosas divinas. Todo lo que á ello no tiende no ocupa más que el segundo ó el último grado y hasta puede ser peligroso. Tenemos en efecto en la historia de las dos hermanas Marta y Maria, de que se habla en el Evangelio, una escelente figura de estas dos cosas: quiero decir de un alma siempre aplicada á Dios, y de las acciones que pueden apar-

tarla de esto santo ejercicio. Marta estaba ocupada en un ministerio muy santo puesto que trabajaba por el servicio de Jesucristo y de sus discipulos. Su hermana Maria por el contrario atenta á la doctrina del Salvador, permanecia á sus pies y los perfumaba con el precioso perfume de una sincera confesion. El Salvador la prefirió á su hermana, y aun cuando esta quiso llevarla á una ocupacion más laudable, el Salvador le dijo que *Maria habia escogido la mejor parte, que no le seria quitada* (Luc. 10.) Por ahí estableció la principal piedra en la contemplacion de Dios, y no da á otras virtudes sino el segundo lugar, por necesarias y útiles que sean ; y cuando dice de Maria que hace ver que se podrá quitar la otra á Marta, puesto que este ministerio exterior que se hace por el cuerpo no subsistirá siempre con el hombre, mientras que la ocupacion de Maria durará eternamente. »

El abad German tomó la palabra y preguntó cómo podia decirse que las obras exteriores de la caridad pasaran, puesto que son las que Jesucristo promete recompensar en su juicio.

El abad Moisés respondió : « Yo no os he dicho, hijos míos, que la recompensa de las buenas obras nos será quitada, puesto que Jesucristo dice que el *que diere solamente un vaso de agua fria, no perderá su recompensa* ; (Math. 10) sino que solamente he dicho que será la accion misma la que nos será quitada. La razon de esto es evidente. Al presente las necesidades del cuerpo, las rebeldias de la carne, la desigualdad de las condiciones que se encuentran entre los hombres, entre los que hay ricos y pobres, todo esto nos obliga á maceraciones, á la purificacion de nuestros corazones, á obras de caridad etc. Y san Pablo lo declara en más de un lugar ; pero estas obras cesarán en el cielo en donde no subsistiendo más esta necesidad, se separará uno de esta multitud de acciones exteriores para

unirse del todo con Dios solo, en el que se emplearán todos sus pensamientos, y todos sus afectos para amarle y contemplarle por una eterna pureza de corazón.

A esta bienaventurada ocupacion es á la cual aspiran sin cesar, y á la que se han entregado ya en esta vida los que lo han renunciado todo para no tener otro cuidado que el de aplicarse á la meditacion de las divinas Escrituras y purificar su corazón. Quedaréis admirados de esto despues que San Pablo nos asegura que no solamente estas obras exteriores, sino hasta los dones más excelentes del Espíritu Santo pasarán, y que solo la caridad no pasará jamás. *Las profecias, dice él, serán aniquiladas, las lenguas cesarán, la ciencia será destruida; pero no perecerá la caridad* (T. Cor. 13) Ella será entonces mucho más sublime, más levantada, y reinará sobre la corrupcion y el decaimiento; la incorruptibilidad en la que estará establecida, la hará todavía más ardiente y más íntimamente unida á Dios. »

Pero, dice el abad German: ¿quién puede estar siempre tan apegado á la contemplacion en una carne tan flaca, y cómo un alma dividida por diferentes cuidados sobre la tierra, puede estar siempre aplicada á Dios, a quien no puede ver ni comprender?

El abad Moisés respondió: « El hombre rodeado de enfermedades sobre la tierra, no debe pretender estar en ella inseparablemente unido á Dios por la contemplacion. Todo lo que puede hacer es saber á qué debe tender siempre su espíritu, y qué objeto debe proponerse para estar siempre aplicado a ella. Debe regocijarse y consolarse en su alma cuando piensa en la misma. Debe gemir y afligirse cuando de ella se aparta por vanas distracciones y entonces debe llamar nuevamente de su extravio à su corazón y enderezar otra vez sus pensamientos para llevarlos á este objeto divino.



Imp. de la Citoyenne chez la Citoyenne.

1790 Paris

L'Abbé Isaac.
F. l'Abad Isaac



« Despues que el demonio ha sido arrojado del corazon y que el pecado no reina más en el, Dios viene á establecer en el mundo su reino, segun lo que dice en el Evangelio: *El reino de Dios esta dentro de vosotros* (Luc. 17.) No puede en efecto haber dentro de nosotros más que dos cosas: el conocimiento ó la ignorancia de la verdad, y el amor de los vicios ó de las virtudes. Por estas dos cosas establecemos en nosotros el reino de Jesucristo ó del demonio.

Cada uno debe reconocer pues ahora que un dia pertenecerá infaliblemente aquel de los dos reinos que habrá escogido para herencia suya, y al cual se habrá sújetado. Seremos eternamente súbditos de aquel rey á quien hemos escogido en la tierra. Ahora bien, se entra en el reino del diablo por el pecado, y en el de Dios por la práctica de las virtudes, por la pureza del corazon y por una ciencia espiritual y divina. El reino de Dios lleva consigo necesariamente una vida eterna. El reino del diablo arrastra tras de sí aquella muerte y aquel infierno, en el que el que cae no puede ya alabar á Dios.

« En cuanto á lo que toca á la contemplacion de Dios, no se conoce solamente á este por la vista y admiracion de su incomprendible esencia, lo cual todavia está velado para nosotros y oculto en la esperanza de las promesas que se nos han hecho ; pero conócele acá bajo por la grandeza y excelencia de sus obras, por la consideracion de la justicia y por aquella providencia y sabiduria que hace brillar sin cesar en el gobierno del mundo. De esta manera nos levantamos á él contemplando con espíritu puro la conducta que de siglo en siglo ha tenido sobre cada uno de los santos que ha hecho nacer en su Iglesia, admirando con un santo temor aquel soberano poder con que todo lo gobierna, ordena y regula ; aquella infinita sabiduria y aquella vista penetrante que llega hasta el fondo de los corazones sin que

nada pueda esconderse de su luz, representándonos con admiración que conoce el número de los granos de arena y las olas del mar, admirando que cada gota de lluvia, cada día, cada hora, todo el pasado, y todo el porvenir subsiste delante de él y está presente á su conocimiento.

« Pero lo que más debe movernos es cuando reparamos en nuestro espíritu aquella dulzura y aquella infatigable paciencia con la que sufre aquel número infinito de crímenes que todos los días se cometen delante de sus ojos ; cuando reflexionamos sobre el santo estado al cual nos ha llamado por su pura misericordia ; cuando en fin vemos con un trasporte de alegría y admiración, cuántas aberturas y ocasiones favorables para salvarnos nos ha proporcionado, después de habernos escogido para ser del número de sus hijos.

El abad German dice : « ¿ Cómo, padre mio, puede el espíritu del hombre librarse de aquella multitud de pensamientos inútiles que vienen á atormentarle á pesar suyo y que se insinúan en su corazón sin que apenas se aperciba de ellos ? »

El abad Moisés respondió : « Yo estoy de acuerdo con vosotros, hijos míos, en que es imposible que el espíritu no sea atacado por estos pensamientos ; pero con la gracia de Dios se pueden arrojar y echar cuando á ello nos aplicamos con cuidado. No podemos impedirles que nazcan en nosotros, pero con el auxilio del Señor podemos echarles ó recibirles, según que sean buenos ó malos. Por esta vigilancia podemos procurar que nuestro corazón se levante hacia el cielo, ó que por nuestra negligencia se incline con su peso hacia la tierra. He ahí porqué nos aplicamos tan frecuentemente á la lectura y meditación de la sagrada Escritura, cantamos salmos, velamos, ayunamos, oramos, haciendo todo esto á fin de que siendo nuestra alma más pura, olvide las cosas de la tierra y se eleve á Dios. Y si,

por nuestra negligencia interrumpimos nuestros ejercicios, entonces nuestro espíritu, dejándose llevar de la inclinacion natural que tiene hácia la carne, se entrega á las pasiones y se expone á caer en todos los vicios.

« Comprendereis esto mejor con una comparacion familiar. Cuando se quiere hacer dar vueltas á la muela de molino, se cierran las aguas, á fin de que corriendo con mayor violencia, comuniquen su movimiento á la muela. No es pues posible entonces que aquella muela deje de obrar en tanto que el agua le comunique su agitacion ; pero depende del amo del molino ocupar su accion sobre el grano bueno ó malo. Lo mismo sucede con nuestra alma : mientras que en esta vida sea tentada y como inundada por el torrente de las pasiones, será agitada por una multitud de pensamientos ; pero de nosotros depende el velar y observar cuáles son aquellos á los que queremos dar entrada. Si nos ocupamos de las divinas Escrituras, si nos elevamos hácia el cielo por nuestros piadosos deseos, si los formamos continuamente para nuestro aprovechamiento en la perfeccion, los pensamientos que de estos ejercicios se levantarán serán buenos. Si, por el contrario, nos dejamos llevar por la negligencia á conversaciones inútiles, á cuidados del mundo y á diligencias superfluas, nacerán pensamientos malos y peligrosos, y la palabre de Jesucristo se verificará en nosotros : *En donde esté el tesoro de vuestras acciones y de nuestros pensamientos, allí se encontrará vuestro corazón* (Math. 6.)

Nuestros pensamientos proceden de tres principios : de Dios, del demonio, ó de nosotros mismos. Proceden de Dios cuando él se digna esclarecernos por la infusion de su Espiritu Santo que nos excita á adelantarnos en la virtud, y que nos inspira una saludable compuncion de nuestras faltas. Vienen del demonio cuando procura sobrepujarnos por el placer de los vicios, ó cuando por sus artificios, nos propo-

ne el mal bajo las apariencias de bien. Proceden de nosotros mismos cuando, con un efecto natural de nuestro espíritu, nos acordamos de las cosas que hemos hecho ó que hemos oído; y de estos pensamientos decía David: *El Señor conoce los pensamientos de los hombres y sabe que son vanos.* (Psal. 93.)

« Debemos pues siempre tener en el espíritu estos tres principios, y examinar con un prudente discernimiento los pensamientos que salen de nuestro corazón, descubrir su fuente y su causas para conducirnos según hayamos reconocido à su autor. Por esto portémonos como aquellos cambistas, de quienes habla Jesucristo, que saben discernir también el oro verdadero del que no lo es. Ellos no se dejan deslumbrar por una falsa pureza que cubre un fondo de cobre con una superficie de oro. No solamente distinguen las monedas marcadas con la imagen de los tiranos sino también las que, llevando el carácter del rey legítimo, son sin embargo contrahechas y falsificadas, y finalmente con la balanza en la mano, ven si tienen peso.

« Todas estas circunspecciones que guardan estas personas nos sirven de instrucción. Debemos examinar si lo que se introduce en nuestros corazones, ó si algun dogma que se nos inspira procede del Espíritu Santo y no de la superstición ó vanidad de los filosofos; porque sabemos que, después de haber hecho profesion de la vida solitaria, se han dejado sorprender por tales personajes; su elocuencia y el adorno de sus palabras ha sido como una superficie de oro que cubria una pieza falsa y un fondo de cobre. Un falso sentido que se junte también al más puro oro de la Escritura, puede engañarnos por el precio de la materia à la que se junta. El seductor procura asimismo sorprendernos, dándonos también falsas piezas de moneda; esto es, cuando nos lleva à los ejercicios de piedad que nuestros superiores no reconocen ó que jamás han tenido curso, por decirlo así,

en la conducta de nuestros sabios predecesores. Él nos esconde diestramente el desdichado fin que se propone en lo que nos inspira. Nos propone la virtud para hacernos caer en el vicio. Nos incita á ayunos excesivos y extemporáneos ; á desmedidas vígilias, á largas oraciones en tiempos incómodos ; á la lectura cuando hay que hacer otra cosa ; á visitas de caridad para hacernos salir del secreto de nuestro monasterio y del reposo de nuestra soledad ; á tomar cuidado de algunas mugeres de piedad para enredarnos como con redes en una multitud de cuidados é inquietudes ; á entrar en el sacerdocio so pretexto de ganar las almas para Dios ; y aun cuando lo que nos proponen sea manifiestamente contrario á nuestra salvacion y profesion, lo presenta bajo apariencia de caridad y devocion, y engaña á los que no saben discernir sus artificios.

« El medio de no ser engañado es examinar todas nuestras acciones con el peso del santuario ; esto es, ver si llevan la señal de los verdaderos padres de la Iglesia y de la tradicion canónica y universal. Hay que considerar tambien que por útil y hasta necesario que pueda parecer por de pronto lo que se nos inspira, si es sin embargo contrario á nuestra profesion, si tiende á arruinar poco á poco el cuerpo de aquellas santas acciones á las cuales nos atan nuestras antiguas resoluciones, nos será más ventajoso rechazarlo.

« Imitaremos tambien á los hábiles cambiantes que consideran el peso de las monedas, si pesamos exactamente nuestro pensamiento en la balanza de nuestro corazon, para ver si lo que nos inspiran tiene algo de demasiado singular, si el motivo es defectuoso, y si el mérito de nuestra accion se ha disminuido por algun golpe de vanagloria. Pongamos nuestras acciones en la balanza ; examinémoslas bajo el peso del santuario ; es decir, segun las reglas públicas y generales de los Profetas y de los Apóstoles. Veamos

finalmente sobre las más secretas disposiciones de nuestro corazon, y consideremos con atencion todo lo que entra en él, y si el dragon infernal encuentra el medio de insinuarse en el mismo en secreto. De esta manera removiendole este corazon, como una tierra, con el arado misterioso de la verdad evangélica, esto es, con el recuerdo continuo de la cruz de Jesucristo, descubriremos en nuestra alma el escondrijo en el que los vicios, á manera de serpientes capaces de matarla con su emponzoñado aliento, están escondidos, y los exterminaremos. »

SEGUNDA CONFERENCIA

SOBRE LA DISCRECION

Casiano termina la reproduccion de su primera conferencia con el abad Moisés, con la promesa que este santo abad le hizo á él y al abad German, de hablarles sobre la virtud de la discrecion. Pero, dijoles el bienaventurado viejo, hablándoos de esta virtud, debo enseñárosla con mi ejemplo y practicarla con vosotros terminando esta plática por miedo de herir con mis actos una virtud que quiero revelar con mis palabras. « Asi que, dice Casiano, exhortónos á que cerráramos por un momento los ojos y dormiéramos un poquito sobre las mismas esteras en que estábamos cuando nos hablaba. Díónos para apoyar la cabeza una especie de almohadon de que ellos se sirven. Consiste este en unas cañas ajustadas en pequeños manojos largos y delgados, que están de trecho en trecho atados muy suavemente. Tambien sirven de pequeñas sillas muy bajas. Cuando los

solitarios se juntan encuentran este mueble muy cómodo, porque es fácil de manejar y trasladar, y se hace sin pena y sin gasto puesto que estas cañas crecen en abundancia á orillas del Nilo, y á todo el mundo le es permitido ir á cortarlas para su uso. »

Al dia siguiente al amanecer (coll. 2. c. s.), Casiano y German suplicaron al viejo que cumpliera su promesa; y él les hizo sobre la discrecion el excelente discurso cuyo extracto vamos á dar. Por de pronto muestra la necesidad y las ventajas de esta virtud; lo cual confirma con el testimonio de las Escrituras y de los santos, y con muchos ejemplos que aduce. Muestra en seguida cómo se la debe buscar y practicar.

« La discrecion, dice, no es una mediana virtud. Es un don de Dios; y si el solitario no se aplica con cuidado á adquirirla, pronto se encontrará como en uua noche sombria, y se verá expuesto á sufrir grandes caidas. Estando reunidos muchos ancianos junto al gran San Antonio, como se hablase allí del medio más necesario para no ser sorprendido por los artificios del demonio y para llegar á la más elevada perfeccion por un camino recto y seguro, despues que cada uno hubo dicho su parecer, San Antonio decidio que era la discrecion; porque habiendo muchos solitarios poseido grandes virtudes, solamente la falta de discrecion hizo que se desmintiese su piedad y que no pudiesen perseverar hasta el fin. Esta virtud es llamada por Jesucristo (Matth. 6.) el ojo y la lámpara del cuerpo, porque en efecto hace un sabio discernimiento de nuestros pensamientos y de nuestras acciones, para conocer lo que hay que evitar y lo que hay que hacer. Ella es el consejero, al cual las divinas Escrituras nos recomiendan que consultemos. Ella es aquel sólido alimento del cual nos habla San Pablo (Hebr. 5.). En una palabra, ella es la que únicamente puede conducir á un solitario á Dios sin que se extravie,

la que sostiene todas las virtudes y las preserva de todos los peligros.

« Saul y Acab pecaron contra esta virtud: El primero persuadiéndose falsamente que Dios agradecería sus sacrificios más que la obediencia que debía à las órdenes de Samuel; el segundo salvando con una compasion fuera de lugar, la vida al rey de Siria, contra la orden que Dios habia dado de darle la muerte.

Un solitario llamado Heron, habiendo querido obstinarse en hacer ayunos excesivos, fué finalmente engañado por el demonio, el cual le hizo creer que habia llegado á una tan alta perfeccion, que no tenia ya necesidad de los consejos de los hombres, y que no estaba ya obligado á obedecerles, y que Dios solo debia ser suguia. De esta manera fué engañado y permaneció tan inflexible en su error, que no lo reconoció ni siquiera á la hora de la muerte. Otros dos solitarios por falta de discrecion, quisieron ir á la soledad más retirada del desierto, en que moraba San Antonio, resueltos á permanecer allí sin tomar otro alimento que el que Dios fuese servido de enviarles; pero como el hambre se apoderase pronto de ellos y anduviesen arrastrándose casi moribundos; unos maciques que les vieron, moviéronse á compasion, á pesar de su natural crueldad, y les ofrecieron algunos panes. Uno de ellos, habiéndose hecho más prudente, tomólos con alegria y accion de gracias y se preservó de la muerte; pero el otro despreciando con terquedad aquel alimento que le venia de la mano de los hombres, quiso más morir de hambre que aceptarlo.

« Otro solitario á quien el demonio engañó durante algun tiempo con visiones, se dejó alucinar tanto, que este espíritu de tinieblas, disfrazado bajo la forma de un ángel de luz, habiéndole propuesto que sacrificase á su hijo que moraba con él en el mismo monasterio, muy lejos de abrir los ojos por la virtud de la discrecion sobre este enorme

mandato, preparaba ya el cuchillo ; y habríalo ejecutado si su hijo que de ello se apercibió no hubiese huido de su celda del todo admirado, sospechando que su padre tenia algun designio contra su vida.

« Finalmente otro por falta de esta misma virtud, fué de tal manera engañado por las fantasias y falsas revelaciones del demonio, que este espíritu maligno le hizo caer desgraciadamente en el judaismo, y le indujo á circuncidarse. Ninguno pues de estos solitarios, concluye el abad Moisés, se habria dejado seducir si hubiese tenido cuidado de adquirir la virtud de discrecion ; y yo os he traído estos ejemplos para haceros comprender cuán peligroso es para un solitario el no tener esta virtud. »

Perfectamente nos habeis mostrado, padre mio, le dijo el abad German, que la discrecion es la fuente y raiz de todas las virtudes. Ahora deseamos saber el medio de adquirirla y de discernir la verdadera de la falsa, la que viene de Dios de la que viene del demonio.

« La verdadera discrecion, respondió el abad Moisés, no se adquiere sino por una verdadera humildad ; y la primera prueba de esta humildad es la fidelidad en dejar el discernimiento de todas nuestras acciones, y hasta de todos nuestros pensamientos á la prudencia de nuestros superiores, y en renunciar á nuestras propias luces para seguir las suyas en todas las cosas. Esta conducta no solamente enseñará á un joven solitario á caminar derecho por el verdadero sendero de la discrecion, sino que le defenderá de todos los artificios de su enemigo. Jamás podrá uno ser seducido mientras siga con esta conducta, no las reglas de su juicio particular, sino los ejemplos de los ancianos ; y toda la destreza de un enemigo tan peligroso jamás podrá sorprender la simplicidad é ignorancia de aquel, que no se averguenza de descubrir sus pensamientos á sus superiores, en vez de retenerlos en su corazon por un

mal rubor, y que los recibe ó los echa segun su consejo. »

El abad Moisés apoyó esto con la historia del abad Serapion, el cual, siendo todavia joven, se vió libre al instante de una tentacion de gula anunciándola a su superior. La referiremos á lo largo hablando de este solitario.

Pero, padre mio, dijo el abad German, hay algunas veces inconvenientes que dan lugar á este peligroso rubor que nos induce à ocultar nuestros pensamientos. Lo que más nos confirma en este recato, es lo que sucedió á un solitario de Siria, que era reputado por uno de los principales de aquel desierto. Habiéndole una vez otro solitario descubierto muy sencillamente lo que pasaba en su corazon y habiéndose encolerizado este padre contra él en cierta ocasion, en su emocion le echó en casa todas las faltas que humildemente le habia descubierto.

« No os admireis de esto, respondió el abad Moisés ; porque así como los jóvenes solitarios no se encuentran todos con igual fervor, asi tambien los ancianos no se hallan todos en un mismo grado de discrecion y prudencia. No debemos seguir indiferentemente el ejemplo y escuchar los consejos de todos aquellos que solo son recomendables por el número de sus años. Hay que reservar esta diferencia para con aquellos que nosotros sabemos de cierto que han sido bien regulados durante su juventud y en todo lo restante de su vida, y haberse conducido segun las máximas y la tradicion de los que les habian precedido, y no por la presuntuosa imaginacion de su espíritu propio ; porque se encuentran demasiados, lo cual es muy deplorable, que, envejeciendo en la tibieza y relajacion con que se han acostumbrado desde su juventud, quieren adquirirse autoridad sobre nosotros, no por la madurez de sus costumbres, sino por lo avanzado de su edad.

Dios adrede nos ha puesto en las Escrituras ejemplos

que prueban cuánto importa que los jóvenes que entran en su servicio se dirijan á los ancianos para ser formados. Habia escogido á Samuel para ser un gran profeta y le sometió á Helí. Jesucristo, llamando él mismo á San Pablo y bajando del cielo para hablarle, le dirige á Ananias para saber de él lo que debe hacer; y este mismo apóstol asegura que habia ido á Jerusalem con el solo designio de conferenciar con los demás apóstoles. Todo esto nos enseña que Dios no descubre el camino de la perfeccion á ninguno de aquellos que teniendo sabios superiores para instruirse en él desechan sus consejos y desprecian su conducta, sin respetar aquel tan importante oráculo de la Escritura: *Interrogad á vuestro padre y él os instruirá; á vuestros ancianos, y ellos os dirán lo que debeis hacer.* (Deut. 23.)

Solamente la discrecion puede impedirnos de caer en dos viciosos extremos. Los ayunos excesivos hacen el mismo mal que la gula, y las vigiliass inmoderadas son tan peligrosas como el demasiado dormir; porque la abstinencia indiscreta, debilitando el cuerpo, le reduce pronto á la necesidad de tomar más alimento que de costumbre para repararlo, y las vigiliass extraordinarias han derribado finalmente á aquellos á quienes el sueño no habia podido vencer. Yo mismo he experimentado esto y he reconocido que los excesivos ayunos me han puesto en mayor peligro de lo que hubiera podido hacerlo el combate que me hubiera sido preciso sostener contra la perera y la gula. »

¿Cuál es, pues, padre mio, dice el abad German, este medio tan justo de la templanza, por el cual hay que andar para evitar estos dos extremos tan peligrosos?

Esta cuestion, respondió el abad Moisés, ha sido frecuentemente agitada por nuestros Padres, y despues de un maduro examen, han preferido á los otros los que se contentan con pan seco, y han encontrado que la medida más

equitativa que podia guardarse, era contentarse con los dos pequeños panecillos por dia de que se sirven, y que apenas pueden pesar una libra.

El abad Casiano y el abad German le representaron que les parecia que esto era quizás demasiado; porque, dijeron, tendríamos dificultad en comernos uno de estos panecillos entero.

« Si quereis comprender bien, respondió el abad Moisés, lo que es contentarse con el régimen que acabo de proponeros, probadlo durante un cierto tiempo, sin hacer los domingos comidas que os conforten más, y veréis que no solamente no habrá nada de excesivo en esta medida, sino que ni siquiera podreis cercenar nada de esto sin sufrir incomodidad.

« Finalmente la regla general es proporcionar el alimento á sus fuerzas, y hacer de modo que al levantarse de la mesa, todavia se quede uno con hambre. Este es el medio de conservar el alma y el cuerpo en un mismo estado, sin extenuarlo con el ayuno, ni hacerlo pesado con el exceso de la comida. »

Pero, dijo el abad German ¿ cómo guardar inviolablemente esta regla? Sucede algunas veces que cuando llega la hora de ponerse á la mesa, se presentan de repente hermanos á los cuales se ve uno obligado de dar de comer; y en este caso ¿ no hay que añadir alguna cosa en favor suyo, ó hay que faltar á los deberes de la humanidad?

« La abstinencia y la caridad, respondió el abad Moisés son dos virtudes que deben sernos igualmente queridas. Hay que guardar con circunspeccion la misma medida en vuestras refecciones por amor de la templanza y pureza; pero tambien hay que dar muestras de caridad para con nuestros hermanos, y cumplir para con ellos todos los deberes de la humanidad cristiana y religiosa.

« Para no faltar á ninguno de nuestros deberes, seria

bueno contentarse con tomar á la hora de nona uno de esos panecillos que la regla nos prescribe, y reservar el otro para la hora de visperas, á fin de que si se presenta alguno de nuestros hermanos, podamos comerlo en la mesa juntamente con ellos sin añadir nada á nuestro alimento; y si nadie viene á vernos, podremos comer sin pesar este pan que habremos reservado. » De esta manera, dice Casiano, terminó la plática que el Abad Moisés tuvo con nosotros. En seguida nos despidió llenos de gozo, despues de habernos dado estos dos festines espirituales y magníficos.

DEL ABAD ISAAC¹.

Como ha habido muchos solitarios del nombre de Isaac, no podemos determinar aquel á quien Casiano hace hablar en su nona y décima conferencia. Su comentador dice que moraba en el desierto de Sceté; pero en otra parte vimos que hubo muchos de este nombre en aquella soledad. Bulteau dice que quizás es aquel que se escapó para no ser ordenado de sacerdote, y el cual, como lo hemos notado despues de haber sido sucesivamente discípulo de Crono en Nitria y de Teodoro en el monte de Fermo, pasó al desierto de Sceté. Tillemont cree más bien que es Isaac discípulo de San Macario de Alejandria del cual hemos hablado despues en su vida.

Quien quiera que sea este Isaac, nos bastará decir que fué solitario de Scete, y dar el análisis de las dos conferencias en que Casiano le hace hablar y que tratan de la ora-

¹ Casiano.

cion. Las hermosas instrucciones que estas contienen nos darán una justa idea de las grandes luces de este solitario en las vias de la oracion.

Todo lo que dice en estas conferencias puede reducirse : 1° A las disposiciones con que debemos ir á la oracion : 2° A las diferentes clases de oracion. 3° A los sentimientos interiores que debemos tener en ella ; 4° A los medios de hacer que nuestra oracion sea continua ; 5° Al modo como debemos rezar los salmos.

1° Hay dos clases de disposiciones con que debemos ir á la oracion, si queremos hacerla perpetua y elevarnos siempre más á una oracion eminente. La una que debe mirarse como lejana y que debe ser habitual en nosotros ; la otra que puede considerarse como próxima, y que hay que llevar á la oracion, si queremos hacerla con atencion y recoger sus verdaderos frutos.

« Todo el fin de un solitario, dijo el abad Isaac, y su más alta perfeccion tiende á no interrumpir jamás su oracion, y á poseer, cuanto puede hacerlo la debilidad de un hombre sobre la tierra una tranquilidad inmoble en el alma y una inviolable pureza de corazon. Nos esforzamos en procurarnos este precioso bien con los trabajos del cuerpo y la contricion del espíritu ; y como el edificio de las virtudes no se levanta sino para subir á la perfeccion de la oracion, de la misma manera las partes de este edificio no se atarán ni se sostendrán bien, si no concurre á ello la oracion. Asi que la oracion estable y continua no puede adquirirse sin estas virtudes ; y estas virtudes que son como su fundamento, no pueden adquirir sin la oracion su última perfeccion.

« Para orar pues con todo el fervor y pureza que se debe hay que cortar por de pronto todos los cuidados de la carne ; desterrar toda suerte de afectos ; no embarazarse nuevamente el espíritu ; no ocupar su memoria con las cosas pa-

sadas; huir del mucho hablar; evitar la maledicencia, las palabras de chanza y las bufonías; arrancar de raíz los menores vástagos de la cólera y de la tristeza; sacar fuera la concupiscencia de la carne y de la avaricia; y, después de haber purgado la plaza de su corazón de los vicios groseros, limpiándola con la inocencia y simplicidad, hay que echar en ella el indestructible fundamento de una humildad profunda, que pueda sostener un edificio que intentamos levantar hasta el cielo.

« En seguida hay que establecer sobre este fundamento las demás virtudes é impedir que el espíritu se disipe con pensamientos veleidosos y extraviados, á fin de acostumbrarle poco á poco á elevarse á la contemplación de Dios y á la meditación de las cosas celestiales; porque sucede ordinariamente que todo lo que tenemos en el espíritu antes de de la oración nos viene á la memoria cuando oramos. Por esto, antes de la oración, debemos ponernos en la misma disposición en que deseamos hallarnos cuando oramos. El estado en que entonces se encuentra uno no es más que una continuación del que há precedido, y en medio de nuestras prosternaciones y profundas inclinaciones, encontramos las imágenes de las acciones que hemos hecho y de las palabras que hemos dicho. »

Esta doctrina del abad Isaac, nos enseña pues que no se puede aspirar á un gran don de oración, si antes no se tiene cuidado de trabajar en purificar su corazón, no solamente de los vicios groseros y de los depravados afectos, sino también del apego á los objetos que disipan y á las frívolas cortesías del mundo; y que cuanto más se purifica de ellos su corazón, más se está dispuesto á adquirir el espíritu de oración. Según se dice en los autores místicos, hay que pasar por la vía purgativa. Hay que juntar también la iluminativa, esto es, la práctica de las virtudes y de los ejercicios de piedad, y según ha podido observarse en las pa-

labras del abad Isaias, hay que fundarse sólidamente en una humildad sincera y profunda, y sobre este sólido fundamento levantar el edificio de las otras virtudes para llegar á la via unitiva y a aquella oracion sublime que lleva al alma hasta el cielo por las divinas comunicaciones que en ella recibe.

El mismo abad nos dá tambien á entender con qué cuidado debemos preparar nuestros corazones para hacerla con atencion, lo cual llamamos nosotros la preparacion próxima teniendo cuidado en recojernos, sin que *nos encontremos*, como dice con razon y como la esperiencia nos lo enseña demasiado, *encontremos*, digo, *en medio de nuestras profundas inclinaciones, las imagenes de las acciones que hemos hecho y de las palabras que hemos dicho*; representándonoslas entonces el demonio más vivamente con sus sugestiones ó con el apego de nuestro corazon á aquellos objetos inútiles.

« Nuestra alma, prosigue el abad Isaac puede compararse á una pluma muy lijera que, no estando mojada, se levanta hacia el cielo por su lijereza, sostenida con el menor soplo de aire; pero si sucede que esté mojada en agua, se halla por esta causa pesada, y muy lejos de elevarse, el peso de esta humedad la hace caer en tierra. Asi que mientras el vicio no pesa sobre nuestra alma, su pureza sostenida por el soplo del Espíritu Santo, la levanta á la contemplacion de Dios, y le hace abandonar la tierra para no vivir más que en el cielo y en la meditacion de las cosas invisibles; lo cual nuestro Señor nos enseña en el Evangelio cuando dice: *Guardaos de que vuestros corazones se hagan pesados con la gula por el exceso del vino, por los cuidados de este mundo.* » (Luc. 21.)

Sobre lo cual debemos observar, prosigue el abad Isaac, que nuestro Señor, juntando la separacion de los cuidados del mundo con el de la destemplanza en la mesa, nos dá á entender que sin exceso de vino se puede caer en otra em-

briaguez no menos peligrosa de las vanas solicitudes del mundo, que sumerja y oprima el espíritu y el corazón; embriaguez por la cual se ciega algunas veces tan fuertemente la mayoría de los hombres, que muchos, aun de entre los religiosos y solitarios, lo cual no puede decirse sin vergüenza, se ven desgraciadamente atacados sin que casi paren mientes en ello.

« En efecto para enseñarnos que aun cuando separados con el cuerpo por nuestro estado de todo cuanto sucede en el siglo, podemos caer en aquella embriaguez de los cuidados peligrosos del mundo, no hay más que considerar que los antiguos padres de la soledad han juzgado que para alejarnos de ella, era necesario establecer como regla que todo lo que excediese de las necesidades de la vida, debía ser contado entre los cuidados y embarazos del siglo.

« Por ejemplo, si un sueldo que ganásemos, con nuestro trabajo, puede bastarnos para cada día y queremos trabajar más para ganar dos ó tres; si no bastan dos túnicas, una para el día y otra para la noche y queremos tener tres, ó cuatro; si no bastan también una ó dos celdas y buscamos estar más anchos y adornar nuestro alojamiento más de lo que pide nuestra profesión, demostramos por ahí que las pasiones que reinan en el mundo están todavía vivas en nuestro corazón. »

El abad Isaac confirma esto que acaba de decir con la visión de un santo solitario, que muestra que el demonio nos lleva algunas veces á obrar por fuera para embarazarnos con diversos cuidados inútiles y que perjudican mucho al alma. « Uno de los más prudentes entre los ancianos, dijo, yendo por el desierto, pasó junto á la celda de un solitario, el cual, herido de la enfermedad de que hablamos, se ocupaba todo el día en hacer y rehacer alojamientos inútiles. Vió desde lejos á aquel pobre religioso que rompía peñascos con un gran martillo, y junto á él vió un

Etiópe que ponía las manos entre las suyas para dar grandes golpes, y que le alentaba y excitaba á aquel trabajo con antorchas de fuego con que le calentaba. No le daba siquiera un momento de reposo ; porque cuando este pobre solitario, rendido por el cansancio, queria dejar de trabajar, se oponia á este reposo, y le instaba á tomar nuevamente el martillo y á no cesar de romper peñascos hasta que hubiese terminado su obra.

« El santo viejo, movido á compasion al ver á aquel solitario seducido por el demonio que le inspiraba esta solitud, se acercó á él y le dijo, despues del ordinario saludo : « ¿ En qué os ocupais, hermano mio, ? » — « Hace mucho tiempo, Padre mio, le respondió el solitario, que nos ocupamos aquí en romper un peñasco que es muy duro, y casi no hemos podido salir con la nuestra. » — « Teneis razon, replicó el viejo, de decir : Casi no hemos podido romper este peñasco, porque no estábais solo para romperlo ; otro, á quien no veis, ha trabajado en ello con vos, y no tanto os ha ayudado cuanto os ha impelido y como forzado con estremada violencia. »

De este ejemplo concluye el abad Isaac que no basta no hacer lo que es visiblemente malo, y que nos haría condenar por todas las personas espirituales, y hasta por las gentes del mundo ; sino que tambien hay que echar lo que nos preocupa demasiado aun cuando se cubra en nuestro espíritu con un especioso pretexto. « Porque á la verdad añade él, esas pequeñas frioleras que parecen tan ligeras y de las que tan fácilmente se dejan llevar las personas de nuestra profesiou no ocupan ni pesan menos sobre nuestros espíritus que aquellas cosas grandes que son proporcionadas á las personas del mundo, de las que están poseidas y como embriagadas. Esas bagatelas impiden al religioso de tener el espíritu libre y desgajado de la tierra para no pensar más que en Dios y suspirar siempre por

él como debe hacerlo por su profesion de solitario. »

2º Despues que el abad Isaac hubo hablado de estas disposiciones para la oracion, aun la más eminente, esplicó las diferentes clases de oraciones de que habla San Pablo escribiendo á Timoteo, cuando le dice : *Deseo que en primer lugar se dirijan á Dios súplicas, oraciones, peticiones y acciones de gracias.* (Iim. 2.) « Las súplicas, prosigue el abad Isaac, las hacemos implorando la misericordia de Dios por nuestros pecados, cuando movidos de una viva compuncion, ya de nuestras faltas pasadas, ya de las que cometemos todos los dias, le pedimos perdon de ellas. Las oraciones son votos, promesas, protestas que hacemos á Dios, como cuando le hacemos voto de una inviolable castidad, cuando le prometemos tener una constante paciencia en nuestras penas, cuando formamos delante de él la resolucion de combatir la cólera, la tristeza, la relajacion y la pereza, que nos impide cumplir nuestras promesas, etc. Las peticiones las ofrecemos á Dios tanto para nosotros como para los demás, rogándole en el fervor de nuestro espíritu, por nuestros amigos, por la paz y salvacion de todo el mundo, por la prosperidad de todos los hombres, de los reyes y de los que ocupan los cargos y las dignidades de la tierra.

« Pónese, por último, añade el abad Isaac, en cuarto lugar, las acciones de gracias que damos á Dios con una inefable alegría, cuando nos acordamos de los beneficios que en otro tiempo nos ha hecho ó cuando consideramos los que nos hace actualmente, ó prevemos los que prepara y reserva á los que le aman. El alma en este estado siente de ordinario una gran efusion de corazon en sus oraciones, cuando mirando con ojos muy puros lo que la hondad de Dios nos reserva un dia en aquella bienaventurada felicidad de los Santos se siente ella obligada á darle por ello con trasporte de alegría muy humildes acciones de gracias. »

« El abad Isaac hace sobre estas cuatro especies de ora-

ciones una observacion muy importante, y que condenaba desde entonces por adelantado, la doctrina de los falsos místicos. Observa : 1º Que estas cuatro especies de oraciones producen cada una de ellas otras muchas que salen de su abundancia, y como de su plenitud. 2º Que aun cuando estas cuatro especies de oraciones sean útiles y necesarias para cada persona en particular para llenar su corazon con la diversidad de los vivos afectos que producen, parece que la súplica mira más particularmente á los que empiezan á servir á Dios ; que la oracion es más bien para los que han hecho algun progreso en la piedad ; que las peticiones convienen á los que han cumplido ya las promesas que tienen hechas al Señor ; y que la accion de gracias es más propia de aquellos que, habiendo arrancado de su corazon las espinas que producen los remordimientos de la conciencia, con la purificacion de sus pecados, se ocupan con un espíritu pacífico en contemplar las misericordias del Señor y las gracias que de él han recibido.

« El alma, sin embargo, añade él (y esto debe notarse bien), aun cuando se halle en este alto grado, no deja de entrar en las otras clases de oraciones. Ella pasa de la una á la otra y las recorre todas como un ligero fuego que vuela por todas partes. Ella se derrama entonces en el ardor de su zelo tan puro y tan ardiente, en inefables oraciones que ofrece á Dios, y que el Espíritu Santo, que ora en nosotros con secretos gemidos, forma sin que lo sepamos, y las hace subir hasta el trono de Dios. Ella concibe tantas cosas á la vez en este momento y diversifica de tal manera sus oraciones, que le es imposible en algun otro tiempo, no digo ya el expresarlas con sus palabras, sino ni siquiera repararlas en su entendimiento.

« Esto hace que en cualquier grado de estas cuatro especies de oracion en que uno se encuentre, sucede algunas veces que se queda todo trasportado en su oracion, y que

aun en el primero, que es como el más bajo, en el que se ocupa de los juicios de Dios, y en el que es penetrado del temor de su cólera, no se deje de tener en ciertos momentos el corazón tan vivamente movido á compuncion, que no está menos movido á fervor de lo que lo está el que tiene el corazón puro, se derrama en acciones de gracias, y se empieza á amar más, segun la palabra de Jesucristo, porque se comprende que nos ha sido perdonado más. »

Despues que el abad Isaac hubo hablado de estas cuatro especies de oraciones, pasó á la que nuestro Señor nos ha enseñado, y que por esto llamamos *Oracion Dominical*. « Hay, dice él, otra oracion mucho más sublime y más elevada que las de que acabamos de hablar. Se forma por la contemplacion de Dios solo, y por el ardor de una caridad tan abrasada, que el alma, estando como fundida y abismada en el amor que tiene á Dios, y arrojándose en su seno para sumergirse y perderse en él, le habla con una familiaridad toda divina, y conversa libremente con él como con su padre. La oracion que Jesucristo nos ha prescrito, nos indica desde la primera palabra, que debemos tender á este estado.

« *Padre Nuestro*, dice él. Entonces pues que confesamos que Dios, el Señor del universo, es nuestro Padre, declaramos que nosotros hémos pasado de la condicion de esclavos á la de hijos adoptivos de Dios. Añadimos enseguida: *Que estais en los cielos*, á fin de que acordándonos que la vida presente no es más que un destierro, y esta tierra en que vivimos una tierra extranjera que nos separa de nuestro padre, desapeguemos de ella nuestro corazón y dirijamos nuestros deseos á aquella bienaventurada patria en que mora nuestro padre. »

En este estado sublime de hijos de Dios, nos sentiremos inflamados de aquel tan piadoso deseo en que arden los verdaderos hijos, que consiste en no buscar más que la

gloria y honra de su padre diciéndole : *Que vuestro nombre sea santificado*. Así mostramos que nuestros votos y nuestra alegría son el ver que nuestro padre sea honrado, é imitamos á Jesucristo que dijo *que el que habla de sí mismo busca su propia gloria, y que el que busca la gloria del que le ha enviado es verdadero, y no hay injusticia en él*. (Joan. 7.)

« La segunda peticion, prosigue el abad Isaac, que el alma hace por la oracion Dominical, es *que el reino de su Padre llegue pronto* ; lo cual se entiende de dos maneras : 1º Del reino por el cual Jesucristo reina todos los dias en sus santos ; porque antes de la conversion del pecador, el demonio que habita en él, llena su corazon de la infeccion de los vicios ; pero entrando en él Jesucristo derrama allí, el buen olor de las virtudes, y hace que la castidad salga en el mismo victoriosa de la impureza, la moderacion del furor, la humildad de la presuncion y del orgullo. 2º Estas mismas palabras pueden entenderse del advenimiento de Jesucristo al fin del mundo, y de aquel reino que debe dar entonces á sus verdaderos hijos. El alma no pierde de vista aquel reino en esta vida, y su deseo y su esperanza le hacen decir sin cesar. *Que vuestro reino llegue*. La impiedad por el contrario no se atreve á formar este deseo porque teme ver el tribunal de aquel gran Juez, cuando sabe que por su sentencia debe recibir la pena de sus crímenes.

« La tercera peticion es : *Que vuestra voluntad se haga así en la tierra como en el cielo*. No puede llevarse más allá la oracion, que desando que la tierra merezca por ahí ser igualada con el cielo, puesto que esto vale tanto como si se pidiese que los hombres fuesen semejantes á los ángeles, y que así como aquellos bienaventurados espíritus cumplen en el cielo todas las voluntades de Dios, los hombres hagan lo mismo sobre la tierra. Pueden tambien entenderse estas palabras en el sentido que dice San Pablo, que *Dios*

quiere que todos los hombres se salven; [II. Tim. 2.) Lo cual vale tanto como decir: que todos aquellos, oh Padre santo, que están sobre la tierra, sean como los que están en el cielo, salvados por el conocimiento de vuestro santo nombre.

« Decimos en seguida: *El pan nuestro de cada día dá-nosle hoy*, y como otro evangelista llama *nuestro pan de cada día. Celestial*; lo cual demuestra la dignidad de la sustancia y le distingue de todas las criaturas por la excelencia de su grandeza y santidad. *De cada día*; porque sin él no podemos recibir ni conservar un solo día la vida del alma.

« *Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*. En esta peticion brilla admirablemente la incomprensible bondad de Dios, que nos da en esto no solamente un modelo de oracion, sino tambien un maravilloso reglamento de nuestras costumbres. Tambien nes abre por ahí la entrada de su misericordia, proporcionándo nos el medio de hacernos favorables sus juicios. Pone en nuestras manos el poder de doblegar y templar su sentencia y de forzarle en algun modo á perdonarnos nuestras ofensas por el perdou que nosotros concedemos á los demás.

« Pero, prosigue el abad Isaac, hay personas que omiten este lugar del *Padre nuestro*, cuando todo el pueblo lo dice en alta voz, por miedo de condenarse más bien á sí mismas con estas palabras, que de escusarse, siu considerar que con estas frívolas sutilezas no se impone á aquel soberano Juez, que ha querido indicar en las mismas palabras de los que le dirigen la oracion, la manera como debe juzgarles un día. Porque como él desea no verse obligado á usar para con ellos de una inflexible severidad, les ha querido trazar por adelantado el modelo de sus juicios, á fin de que juzguemos á nuestros hermanos como deseamos que él nos juzgue; porque el que no hace misericordia será juzgado sin misericordia.

« *No nos dejes caer en la tentacion.* Lo cual no significa que Dios no permita que seamos tentados ; porque ¿ cómo nuestra paciencia y nuestra firmeza podrá ser probada ? Sino que esto quiere decir que no permita que la tentacion nos abata. Job, Abraham, José, fueron tentados, pero no cayeron en la tentacion, porque no consintieron al demonio que les tentaba.

« Finalmente nuestra oracion termina con estas palabras : *Mas líbranos de mal* : esto es, no permitais que el demonio nos tiente más allá de nuestras fuerzas ; sino que, al permitir que nos tiente hacednos salir de su tentacion con una feliz victoria de ella.

« Esta oracion, que Jesucristo nos ha enseñado y prescrito, prosigue el abad Isaac, levanta algunas veces á los que se la hacen familiar, á aquella sublime oracion de acciones de gracias de que antes hablamos ; oracion toda de fuego, conocida y probada por pocas personas, y que puede llamarse inefable, porque está sobre el espíritu y sentimiento de los hombres. Ella no se forma ni por el sonido de la voz, ni por el movimiento de la lengua ; sino que el alma sola, esclarecida por la luz del Espíritu Santo, se dilata por una efusion y multiplicacion de movimientos y afectos, que salen de su corazon como de un abundante manantial.

« Esta oracion tan sublime es la que Jesucristo nos trazó, cuando oraba en profundo silencio, como lo hizo en el jardin en su agonía. Pero ¿ quién podría referir las diferentes especies y las diferentes causas de esas inefables compunciones que inflaman el alma y le hacen formar oraciones tan ardientes y puras ? Tan pronto es un versículo de algun salmo que nos pone de repente en el movimiento de una oracion toda de fuego, como es la voz de uno de nuestros hermanos, que es á la vez limpia y edificante, y que nos despierta del letargo en que nos hallábamos ; ya es la sal-

modia grave y modesta, ya las conversaciones espirituales de un hombre de Dios, ó la muerte de uno de nuestros hermanos ó el recuerdo de nuestra tibieza pasada y que excita nuestros pesares.

«Esta misma compuncion encerrada en tantas maneras, ó formada por tan diversas causas en el fondo del corazon, sale tambien de él y se escapa algunas veces al exterior por los trasportes de una alegria del todo santa que nos hace lanzar gritos que no podemos contener, y que hace llegar hasta las celdas más proximas las impresiones de que nos hallamos penetrados; y otras veces, por el contrario, toda nuestra alma se abisma en un profundo silencio, ahogándonos la voz la admiracion de lo que sentimos, y conteniendo el espíritu los sentidos en suspenso y no teniendo libres más que los suspiros para llevar á Dios el fervor de sus deseos. Finalmente, se siente uno otras veces atravesado de un dolor tan vivo de compuncion, que necesita que se evapore por una gran efusion de lágrimas.

« Pero, continúa el abad Isaac, estas lágrimas no proceden siempre de un mismo movimiento. Se llora por la compuncion de que está atravesado el corazon por el recuerdo de sus pecados. Se llora á vista de los bienes venideros, y por el deseo de aquella gloria eterna que aguardamos. Se llora cuando sin ningun remordimiento de los pecados, el pensamiento del juicio terrible de Dios y de los tormentos del infierno nos sobrecoge de horror. Se llora algunas veces, no por sus propias ofensas sino por los crímenes y endurecimiento de los demás.

« Estas santas lágrimas son diferentes de aquellas lágrimas forzosas que los corazones endurecidos sacan apenas de la sequedad de sus ojos. Estas sin embargo no son intructuosas; porque trata uno de procurárselas con buen deseo. Son buenas para los que todavía no están purificados de sus vicios; pero los que han gustado ya la virtud y no tienen

impreso el amor en el corazon, deben menos tener pena por estas lágrimas sensibles que brotan al exterior, puesto que aun cuando con sus esfuerzos se las hiciera brotar en abundancia, no guardan proporcion alguna con aquella efusion de lágrimas que Dios nos da cuando le place. Hasta puede suceder que los que rueguen con estas afectaciones y esfuerzos, no hagan más que distraer y abatir su espíritu, en vez de contenerlo en la elevacion en que debe permanecer en la presencia del Señor. »

3º El abad Isaac habla despues de esto de las señales que podemos tener de que Dios ha oido nuestras oraciones : « 1º Cuando no hemos sido turbados por ninguna desconfianza ó duda, sino que hemos sentido por el contrario, por una santa confianza, que Dios nos ha oido favorablemente. 2º Algunas veces la union y el consentimiento de dos personas que oran es un medio, como dice Jesucristo, de ser oido. 3º La asiduidad en la oracion que Jesucristo llama *importunidad*, á causa de su infatigable perseverancia, es tambien oida. (Malith. 16. — Luc. 11.) 4º El Ecclesiástico nos dice que las limosnas hacen que Dios oiga nuestra oracion (Eccles. 29.) Lo mismo sucede, segun Isaias, con la reforma de las costumbres acompañada de las obras de misericordia. (Isaí. 58.) Finalmente el exceso de nuestras aflicciones, segun el real Profeta, representado al Señor con fe, le fuerza en alguna manera, por su infinita bondad, á escucharnos. » (Psal. 119.)

Por último el abad Isaac termina esta primera conferencia sobre la oracion, con una excelente explicacion de aquel lugar del evangelio : *Cuando oráreis entrad en vuestro aposento y, cerrando la puerta, orad allí á vuestro Padre.* (Matth. 6.) « Oramos, dice él, *en el secreto de nuestro aposento*, cuando, desterrando, de nuestro corazon el tumulto y ruido de nuestros pensamientos, le habremos á Dios para orarle en un profundo silencio y en una familiaridad del

todo santa. *Cerramos la puerta de nuestro aposento* cuando, teniendo la boca cerrada, ofrecemos sin ruido y sin palabras nuestras oraciones á Dios, que mira, no la lengua sino el corazon. *Oramos en secreto*, cuando con toda la aplicacion de nuestro espíritu y de nuestro corazon, descubrimos nuestras peticiones á Dios solo, sin que los mismos demonios puedan reconocer lo que le pedimos. Debemos pues orar con un profundo silencio, no solamente á fin de que no incomodemos con nuestros gritos y palabras á nuestros hermanos cuando ellos oran, sino á fin hasta de esconder el fin y la intencion de nuestra oracion á nuestros enemigos invisibles, que nos tienen más larzos en tiempo de la oracion que en los demás tiempos. »

En seguida da por último consejo el acostumbrarse á hacer oraciones cortas pero frecuentes, por miedo de que si ellas son muy largas, el demonio no encuentre tiempo de echar pensamientos y distracciones en el corazon; y llama á estas oraciones cortas, pero ardientes: « Una oblacion saludable, una ofrenda pura, un sacrificio de justicia y de alabanza, una hostia verdadera y pingüe, segun la expresion del Profeta, (Psal. 4,) el holocausto interior, y la misma médula de los huesos que se ofrece á Dios con un corazon contrito y humillado. »

Despues que el abad Isaac hubo dado á Casiano y á German estas saludables instrucciones sobre la oracion en su primera conferencia; se retiraron para celebrar el oficio de visperas y tomar despues un poco de reposo durante la noche; pero al dia siguiente apenas amaneció le suplicaron que les entretuviese todavfa más hablándole de la misma materia; lo cual formó la materia de una segunda conferencia, que es la décima en el orden que Casiano ha guardado en su obra. No entraremos en los detalles de todo lo que en ella dice el abad Isaac; sino que solamente nos detendremos en un excelente método que allí propone para facili-

tar la oracion continua, para rezar bien los salmos, y para recoger nuestro espíritu y detener su inconstancia y ligereza al orar.

El abad German le había pedido alguna máxima para hacer continua la oracion, y él le respondió que para esto era necesario acostumbrarse á meditar en sí mismo, desterrando del corazon todos los vanos pensamientos que podrian embarazarle. « Pero, añade el, él objeto que continuamente debeis proponeros para conservaros siempre en el recuerdo de Dios, es aquel versículo del salmo : *Dios mio, venid en mí ayuda ; apresuraos, Señor, á socorrerme*. No sin gran razon ha sido este versículo escogido particularmente en toda la sagrada Escritura ; porque es á propósito para indicar todos los afectos y las diferentes disposiciones de que es susceptible nuestra alma ; y conviene admirablemente á todos los estados y á todas las tentaciones á que nos vemos expuestos en esta vida. En él se vé la invocacion de Dios contra toda clase de peligros ; la humildad de una sincera confesion ; la vigilancia que produce un continuo horror y temor ; la consideracion de nuestra fragilidad ; la esperanza oida y una confianza del todo cristiana en la bondad de Dios, siempre dispuesto á socorrernos.

« Este versículo es un muro invencible ; y para servirme de los términos de la Escritura, una coraza y un escudo impenetrables para los que son atormentados de los demonios. Si uno se encuentra en la pereza, en la tristeza y en el tedio, ó dominado por el disgusto, este versículo nos da á comprender que Aquel á quien invocamos no se aparta jamás de los que con confianza acuden á él. Si nos encontramos en la alegría, nos advierte que no nos hinchemos con una felicidad que solo Dios puede conservarnos, asi como él solo es quien nos la da.

« Si soy atacado por la gula ó porque la carne se revele, ó atormentado de la tentacion del sueño o de insomni-

nos con que el demonio procure cansarme y abatirme ; si me enciende la cólera, si me devora la avaricia, si pesa sobre mí la trísteza, si el mal humor me hace perder aquella dulzura que tanto amaba, ¿ qué haré yo en todos estos diferentes estados, para no sucumbir, sino esclamar : ; *Dios mio ! Venid en mi ayuda ; daos prisa en socorrerme ?*

« Tan pronto la vanagloria y el orgullo tratan de levantarme, como tengo dificultad en mantenerme en los sentimientos de simplicidad y humildad cristiana ; ya las distracciones me asedian por todas partes, cuando quiero orar, ya mi corazon seco y estéril no puede formar movimiento alguno de Dios ; ¿ cómo salir de un estado tan triste ? Mi recurso y mi fuerza es decir á Dios : *Venid en mi ayuda ; apresuraos á socorrerme.*

Debemos pues tener siempre estas palabras en la boca y en el corazon, ya a fin de que la adversidad no nos abata ya para que la prosperidad no nos hinche. Acostumbrémonos á pronunciarlas y meditarlas, ya sea que trabajemos, ya que nos encontremos en nuestros ejercicios ó en viage. Que el sueño nos cierre los ojos en la consideracion de estas santos palabras ; que ellas sean nuestra primera ocupacion al despertar ; que ellas nos hagan, al salir de la cama, poner en tierra las rodillas y nos conduzcan despues de accion en accion durante el curso del dia ; que á todas horas y en todo tiempo nos acompañe por todas partes este versículo. »

De este medio que el abad Isaac propone á Casiano y German para hacerles fácil la continua oracion, pasa á una excelente manera de rezar bien los salmos, y que es de una grande instruccion, sobre todo para las personas que cantan el oficio divino. « Hay que rezarlos, no solamente como habiendo sido compuestos por el profeta siuo como si uno mismo los compusiera y ofreciese á Dios su propia oracion, ó que al menos creyésemos que esos salmos han sido hechos espresamente para nosotros en particular y que

reconociésemos que todas las verdades que están encerradas en ellos, no solamente han sido cumplidas en David, sino que se cumplen tambien y se verifican todos los dias en nuestra propia persona.

« Porque, prosigue él, nosotros comprendemos muy diferentemente la sagrada Escritura, y penetramos, por decirlo así, hasta en lo más interior y secreto que encierra, cuando nuestra propia experiencia no solamente conoce sino que hasta previene lo que dice; pasando de esta manera por el mismo movimiento y la misma impresión que hizo en otro tiempo componer un salmo, venimos á convertirnos como en autores suyos; nosotros le prevenimos más bien que le seguimos; comprendemos lo que dice más con el corazón que con el espíritu ». Finalmente el abad Isaac da por último consejo que los medios para detener bien la disipacion é inconstancia de nuestro espíritu, son principalmente la vigilia, la meditacion y la oracion: porque, dice él, la asiduidad y aplicacion continua á esos tres ejercicios colocan pronto á nuestro espíritu en una firmeza casi inquebrutable. Es sin embargo necesario, prosigue él, juntar á esto el trabajo de las manos no destinandolo á nuestra avaricia, sino á los sagrados usos que de él debe hacer el monasterio; á fin de que, cercenando de esta manera todos los cuidados de la vida, dirijamos toda nuestra atencion al cumplimiento de aquella palabra de San Pablo: *Orad sin intermision.* »

SAN PEMEN Y SUS HERMANOS ¹

« Nohay, dice Tillemont, nombre más célebre en la historia de los *Padres de los Desiertos* que el de Pemen ó Pastor. » Los griegos le tributan elogios sin fin en sus *Menées*. Le llaman conciudadano de los ángeles, gefe de los solitarios y príncipe del desierto. Le comparan á un sol que brilla por sus prodígios sobre toda la tierra. Le llaman Taumaturgo. Dicen que era una lámpara de discrecion, que reunia en sí todas las virtudes, y que fué como el espejo de la divinidad por la santidad de su vida.

Capítulo I.

Pemen era egipcio y podia tener quince años cuando abandonó el siglo. Pero tenia desde entonces un tan maravilloso talento de persuadir el amor de la virtud, que sus hermanos, movidos por sus piadosas invitaciones le siguieron en su resolucion, y se hicieron con él solitarios. Eran en numero de seis, uno de los cuales de más edad que él, se llamaba Anub, Nuph, ó Nub; y otro se llamaba Payse ó Paese.

Sí es verdad, como se cree, que Pemen fué el segundo de sus hermanos, los otros debian ser muy jóvenes; y esto se deduce de algunos actos de puerilidad que al principio hicieron entre ellos, como lo observaremos pronto. Estos ejemplos de niños que entonces abrazaban la vida religiosa, no son raros. Educábanse muchos en diferentes monaste-

¹ Los Bolandístas. Tillemont, Cotelier.

rios, y ejercitábaseles en la mortificación segun su edad lo permitía .

Se les formaba en la obediencia y en las demás virtudes, y de esta manera se hacia de ellos en lo sucesivo religiosos tanto más excelentes cuanto más se les habia procurado conservar en la inocencia.

San Pemen se ejercitó desde entonces en las más duras prácticas de la vida monástica ; porque pasaba algunas veces dos dias sin comer, y á medida que creció en edad, llevó este riguroso ayuno hasta cuatro y cinco dias, y aun hasta la semana entera. No bebia vino, y decia que un monge debia abstenerse de beberlo. Tampoco comia jamás carne, aun cuando se hallase en ocasiones en que otros la comían. Solo la caridad le obligaba á ir á comer con los otros solitarios, y no iba á sus celdas sino con pena y derramando lágrimas. Hacíalo sin embargo algunas veces para no contristarles con una negativa. En lo sucesivo moderó sus ayunos y comió una vez al dia, pero muy sóbriamente, no saciándose nunca y levantándose de la mesa con hambre. Decia á este propósito que los primeros Padres de la soledad habiau aprobado que se estuviese muchos días consecutivos sin tomar cosa alguna ; pero que despues se habian persuadido que era más conveniente, hacer cada dia una pequena refeccion ; y que esta conducta aun cuando más dulce, podia ser mirada como un camino real que conducía derechamente à la salvacion.

Era igualmente fiel á las demas prácticas laboriosas de su estado ; á las vihilias, á las largas oraciones que acompañaba frecuentemente con muchas lágrimas y al trabajo manual. Usaba sin embargo en todo de discrecion porque, decia, no nos han enseñado á matar el cuerpo, sino á matar las pasiones.

Instruíase junto á los ancianos en los caminos de la perfeccion, y procuraba aprovecharse de los consejos que de

ellos recibia. Fué cierto dia á visitar á un anciano que moraba muy lejos de él, para consultarle sobre tres puntos. Pero, cuando estuvo allí, se olvidó de uno de estos puntos, y no se acordó de ellos sino cuando, estando de vuelta á su celda, tomó la llave para abrirla. Al instante, sin entrar en ella, se volvió á la celda de aquel viejo, quien le dijo todo admirado : « ¡ Volveis muy pronto, hermano mio ! » Pemen le dió la razon de ello ; y el viejo, admirando su fervor, le dijo, haciendo alusion á su nombre que significa pastor : « He ahí un verdadero pastor del rebaño de Jesucristo ; » y añadió, por un presagio que despues se verificó : « Vuestro nombre será célebre en todo el Egipto. »

Pasó algun tiempo en el monasterio del abad José de Paneño, que se hallaba hácia Heraclea la Baja, con intención de formarse siempre más en las virtudes, y este abad le ordeno, un viérnes por la mánana, que subiese á un gran sicomoro y comiese de su fruto. Esta orden le pareció extraordinaria, porque los solitarios acostumbraban ayunar el viernes. Por una parte temia desobedecer, y por otra no se atrevia á quebrantar el ayuno ; pero se determinó por este ultimo partido. El abad José le regunto despues qué habí ahecho ; y Pemen le confesó que su orden le había puesto en zozobra, deseando observar el ayuno de los solitarios y temiendo sin embargo faltar á lo que le había prescrito, porque presumia bien que tenía justas razones. Entonces el abad José le dijo : « Acostumbramos esto para con los nuevos solitarios para probar su obediencia. Encomendámosles cosas que parecen contrarias á la razon, y cuando vemos que se someten á ellas dócilmente, cambiamos de método. »

Conviene notar aqui, que este ayuno de los solitarios no era para ellos de obligacion, sino solamente de práctica piadosa, y que el superior podia dispensar á un solitario por razones que este no debía examinar para la perfcción

de su obediencia ; porque si se hubiese tratado de quebrantar un precepto, ni el superior hubiera podido ordenarlo, ni el inferior hubiera debido obedecer.

San Pemen supo por este mismo abad José (Lib. 9. § 5) esta importante máxima : Que si quería ser verdadero monge y gustar el reposo de su estado, se acostumbrase á no juzgar nunca á nadie, y á convencerse de su nada.

El deseo que tenia de instruirse le puso de esta manera en relacion, desde los primeros años que se entregó á la vida solitaria, con los más célebres Padres de los desiertos, y los consejos que de ellos recibia y que su historia nos ha conservado, pueden sernos tan útiles como lo fueron á él, y como los que dió despues á los demás nos lo son todavía, y lo fueron en su tiempo á los que le consultaban. Vese tambien en ellos que practicaba lo que recomendaba tanto despues á los jóvenes solitarios, que no se condujesen por sí mismos sino más bien por las máximas de los ancianos.

Tenemos en la *Recoleccion de los Padres* (Vit. PP. I. 6. lib. 4.) siete puntos que el abad Moises dió á San Pemen para servirle de regla de conducta. Consisten principalmente en no apegarse á nadie, y en considerarse como muerto aun á sus amigos ; en abstenerse por una exacta mortificacion de todo lo que puede disgustar á Dlos ; en mirarse como pecador cuando se presenta delante de Dios para orar ; en júnlar la práctica de la virtud á la oracion, á fin de que Dios la reciba favorablemente ; en emplear los ayunos y las viglias como medios eficaces de conservar el alma con sentimientos de humillacion ; en recurrir á la bondad de Dios en tiempo de la teutacion, y en esperarle todo de la misericordia, cuando despues de haber pecado se llega á él por la humilde confesion de su falta y una sincera contricion.

Mientras que San Pemen se instruia de esta manera junto á los ancianos, era algunas veces consultado, aun cuando fuese muy joven, segun lo hemos notado al hablar

del solitario Zacarías discípulo de San Moisés. Pero su humildad no le permitia decidir absolutamente las dificultades que se le proponian, y despues de haber dicho con modestia su parecer, enviaba á los que le pedian consejo, á algun otro más anciano que él.

Les enviaba tambien algunas veces á Anub, su hermano primogénito, y tenia para con él tanta deferencia, que jamás hablaba cuando estaba presente. Anub no le cedia sin embargo en humildad. Honraba á su hermano cuanto era de él respetado, y le consultaba algunas veces con tanta humildad que San Pemen no podia dispensarse de responderle.

Mientras que moraba en Sceté con sus hermanos, los Maziques, de quienes hemos hablado en la vida de San Moisés, hicieron allí una irrupcion y dieron muerte desapiadadamente á muchos de aquellos santos solitarios. Esto les obligó á abandonar aquel desierto, y se retiraron por de pronto á un lugar llamado Terenuth en un viejo templo de ídolos que allí encontraron. Consultaron entre ellos en qué punto de Egipto podrian retirarse para estar en más seguridad y vacar en paz á los ejercicios de la vida monástica. Anub, como el mayor, dijo á San Pemen: « Os ruego, por caridad, que pasemos toda esta semana sin visitarnos ni hablarnos. » Pemen se lo prometió por él y por los otros, y esto se ejecutó fielmente. Durante este tiempo, Pemen observó que su hermano Anub arrojaba todas las mañanas piedras á la cabeza de una estatua que habia en el templo, y que por la noche le decia: « Perdonadme la injuria que os he hecho. »

Habiéndose reunido el sábado siguiente, Pemen le dijo: « ¿ Cómo, Padre mio, (pues por respeto le llamaba asi, aun cuando fuese su hermano) cómo, vos, que sois tan religioso y estais tan lleno de fé, habeis doblado las rodillas delante de un ídolo para pedirle perdon, despues que por

la mañana le habeis arrojado piedras? » — « Lo he hecho, respondió Anub para vuestra instruccion y la de nuestros hermanos ; porque os suplico que me digais si cuando he arrojado piedras contra esta estatua, se ha encolerizado, ó si ha proferido una sola palabra ; y si cuando le he pedido perdon, ha dado ella alguna señal de vana complacencia, ó me ha dicho que no me perdonaba. ? » — « No, por cierto, replicó Pemen. » — « Estamos aqui siete hermanos, dijo Anub ; si quereis que moremos juntos, es necesario que á ejemplo de esta estatua ninguno se enfade cuando se le haga ó diga alguna cosa desagradable, y que tampoco se deje llevar de la vanidad cuando se le pida perdon. Y si no os encontraís en esta disposicion, hay cuatro puertas en este templo, y cada uno puede escoger la que quiera para salirse de él é ir á morar en donde le guste. » Al oír estas palabras se postraron todos en tierra delante de Anub, y le dijeron con una voz comun : « Haremos como vos deseais y os obedeceremos ciegamente. »

Contaba esto, despues á los demás solitarios y añadia : « Hemos morado pues juntos hasta que la muerte nos ha se parado, viviendo en una grande union, y gustando los frutos de ella por la paz de que gozábamos. Practicábamos la regla que Anub nos habia dado. Trabajábamos de comun concierto. Anub habia designado á uno de nosotros para ser el económo. Este tenia cuidado de nuestro mantenimiento. Comiamos sin discernimiento lo que él hacia poner á la mesa, y ninguno de nosotros se habria atrevido á decir : « Dadme alguna otra cosa ; ni, yo no puedo comer de esto. » Además, de lo que acabamos de indicar, sus ejercicios del dia y de la noche estaban distribuidos de esta manera : de las doce horas de la noche empleaban solo cuatro en dormir, cuatro en trabajar y cuatro en cantar salmos. Durante el dia trabajaban hasta la hora de sexta, leian hasta la hora de nona, y luego recogian yerbas para su alimento. Anub

era recto en toda su conducta y se dirigia á Dios con la sinceridad de su corazon. No era menos sincero para con los hombres y decia en cierta ocasion, no por espiritu de vanidad sino por rectitud de corazon, que no se acordaba de haber dicho una mentira.

Debido á este amor de la verdad, cuando le parecia que su hermano Pemen no decidia con bastante justicia los casos que se le proponian, se lo advertia al instante. Sobre lo cual se referia que habiendo un solitario venido á ver á San Pemen, le dijo que se ocupaba en cultivar una tierra, pero que no empleaba los frutos de ella sino en obras de caridad. A lo cual respondió el santo que esto era bueno. El solitario, muy satisfecho de esta respuesta que encontraba segun su deseo, se retiró lleno de gozo y hasta aumentó sus limosnas.

Pero viendo Anub que San Pemen no le habia dado si quiera un buen consejo, no penetrando al principio la razon de ello, le dijo : « ¿ Cómo os habeis atrevido á responder así á aquel hermano ? ¿ No temeis que Dios os haga un dia dar cuenta de esto ? » San Pemen no respondió. Pero dos dias despues, habló á aquel solitario en presencia de Anub y le preguntó si le habia hablado poco ha de su hermano el seglar ó de sí mismo ; á lo cual habiendo respondido el solitario que le habia hablado de sí mismo, le replicó : « Si sois vos, debo deciros que no es propio del estado de un monge el cultivar una tierra como lo haceis. »

Esta decision entristeció mucho al solitario, el cual le representó que no sabia hacer otra cosa, y que no veia que hubiese gran mal en cultivar una tierra que le pertenecia. Anub viendo el efecto que su opinion demasiado rígida, habia producido en el espíritu de aquel hermano, entró dentro de sí y comprendió que se habia equivocado. Y cuando ellos se hubieron retirado, se echó á los pies de su hermano y le pidió por ello perdon ; por lo cual le dijo

San Pemen : « Yo sabia bien, cuando este solitario me pidió mi parecer, que lo que él hacia no estaba conforme con la vida de un monge ; pero yo le habia respondido segun el deseo de su espíritu, y para animarle á aumentar por lo menos sus caridades, mientras que ahora se ha marchado del todo abatido, y sin embargo no obrará diferente-mente que antes.

Hemos dicho que el santo tenia un hermano muy jóven llamado Paese. Aun cuando se hubiese juntado él con los demás para vivir como solitario, no se cansó de ejercitar mucho su paciencia con sus puerilidades, las cuales llegaron á tal punto que trabó amistad con un solitario que moraba en otra celda, lo cual no podia sino dejar de apartarle de sus deberes. San Pemen vió las consecuencias de esto y procuró romper esta union ; pero como no podia salirse con la suya, se fué á encontrar á un solitario llamado Ammonas para participarle su pena. Este, en vez de consolarle le dijo , « ¡ Pues que, Pemen ! ¿ vivis todavia ? volveos á vuestra celda y persuadios que hace un año que estais enterrado. »

Él se aprovechó de esta leccion ; pero en estos principios la tomó demasiado á la letra porque el joven Paese, habiendo en cierta ocasion entrado en disputas con otro de sus hermanos casi tan jóven como él, y hasta habiéndole herido en su vivacidad, acordándose Pemen de lo que le habia dicho Ammonas, dejóles hacer y no les dijo una sola palabra para reprimirles. En esto se presentó Anub, y viendo á sus dos hermanos en esta emocion, dijo á Pemen porqué se quedaba tan tranquilo sin soñar en ponerlos de acuerdo. Pemen le respondió que pronto lo estarian, puesto que eran hermanos. Pero ¿ cómo, replicó Anub, podeis decir que van á ponerse de acuerdo, viendo que hasta han llegado á pegarse ? Vos debeis, hermano mio, replicó Pemen, considerarme como si no estuviese aqui.

Por último el más jóven de sus hermanos, que era aparentemente este Paese, le daba, por sus vivacidades de niño, tanta pena, que pensó dejarle algun tiempo solo con otro de sus hermanos con el que entonces se hallaba, pues los otros estaban en otra parte. Con esta intencion, salió de su celda con su otro hermano diciéndole: « Este niño no nos deja vivir en paz; dejémosle y vámonos. » Saliéronse al instante; pero este à medida que vió que se retiraban, les corrió detrás, y echándose á sus pies les pidió perdon de sus extravios y protestó que les seguiria á donde quiera que fuesen. Pemen movióse con esto y dijo á su otro hermano: « Volvámouos; el mal que ha hecho proviene menos de su malicia que de la tentacion del demonio. » De esta manera se volvieron juntos.

No debemos dudar que este jóven Paese fuese en lo sucesivo un muy buen religioso, puesto que, como se ha visto mas arriba, San Pemen aseguraba en su vejez, tanto de él como de sus demás hermanos, que vivieron bajo la regla de Anub en una concordia y paz perfecta hasta el fin de su vida. El mismo santo contaba que un solitario consultó al abad Paese, que bien podia ser este de quien hablamos, sobre lo que debia hacer para salir de la insensibilidad de corazon en que se encontraba, y que él le aconsejaba que se juntase con alguno que estuviese penetrado del temor de Dios y que con su ejemplo aprenderia tambien á temerle.

San Pemen y sus hermanos no permanecieron mucho tiempo en Terenuth; y no sabemos si desde allá fueron á Egipto, ó si se volvieron al desierto de Sceté hasta la segunda irrupcion que en él hicieron los Maziques, durante la cual San Arsenio, que se hallaba en el mismo desierto, se vió obligado á salir de él hácia el año 430, segun observa Tillemont. Rufino dice haber visto á San Pemen en el monasterio de Pispir á donde iba frecuentemente San Antonio. Pero no podemos saber en qué tiempo fué allá. No hay que

admirarse de que el desco que tenia de instruirse en los deberes de la vida religiosa al lado de aquellos que eran considerados como sus más excelentes maestros, le hubiese inducido á trasladarse de Egipto á Pispir para recibir lecciones del gran Antonio que era mirado como el oraculo del desierto. Aprendió de él una hermosa máxima, á saber, que es una gran virtud en un hombre el tener siempre su pecado como pesando sobre su cabeza en la presencia de Dios, y esperar ser tentado hasta el fin de su vida.

El peligro que habia en quedarse en Sceté, espuesto á las escursiones de los bárbaros, hizo que San Pemen se retirase por último al desierto próximo á la ciudad de Diolque¹ (Cot. t. 1, P. 609.), que estaba poblado de solitarios y en donde habia muchos monasterios. Pasando un dia con su hermano Anub cerca de algunos sepulcros, vieron á una mujer que se desgarraba de dolor, y supieron por un hombre que encontraron un poco más adelante, que habia perdido su marido, su hijo y su hermano. Entonces San Pemen, volviéndose hácia Anub, le dijo: « Esta muger que asi se aflige y que solo piensa en las perdidas que ha experimentado, puede bien servirnos de modelo ; porque mortifica la carne y no posee el don de esta si uno no continua tristeza, no puede ser verdaderamente monge. »

Sucedió, cuando estaba en aquellos Barrios, que en Pelusia, ciudad poco apartada de Diolque , el sacerdote encargado probablemente de los solitarios de los contornos, supo que algunos de ellos iban frecuentemente á la ciudad, tomaban baños, y daban muestras de tener poco cuidado de su alma. Con esto aquel sacerdote, llevado por un celo desmedido, presentóse en la asamblea de los solitarios, y quitó el habito á once de ellos. Pero habiendo en seguida

¹ Esta ciudad, que ha desaparecido, estaba al noreste de Egipto, cerca del Mediterraneo ; pertenecia á la misma provincia o gobierno que Pelusia que existe todavia.

reflexionado sobre lo que habia hecho tuvo remordimientos de ello y fuese á consultar á San Pemen. El santo le preguntó si se habia él despojado del hombre viejo. Confesó le quo no. « Sois pues como ellos, le replicó el santo, y como ellos sujeto al pecado, aun que quizás no tanto como ellos. » El sacerdote comprendió todo el sentido de esta respuesta. Hizo reunir á los solitarios, pidió perdon á los que habia despojado del habito monástico y se lo devolvió.

Aun cuando en el vasto desierto de la vecindad de Diolque hubo santos solitarios, como lo veremos mas allá al hablar de los viajes de Casiano, y aun cuando la disciplina floreció en muchos monasterios, habia allí sin embargo algunos monges negligentes y que no edificaban á los hermanos de San Pemen, á lo cual hay que añadir el ruido que hacian los niños que se educaban en aquellas casas religiosas y que no eran contenidos con bastante cuidado. Todo esto causaba pena á los hermanos del santo, los cuales sobre todo no podian acostumbrarse á los gritos de aquellos niños. Propusieronle pues abandonar aquel lugar y retirarse en algun otro en el que gozasen de mayor tranquilidad. San Pemen no podia resistir y se contentó con decirles : « ¡ Pues qué ! ¿ A causa de la voz de los angeles quereis abandonar este lugar ?

Habia tambien en aquellos Barrios un anciano muy célebre el cual era tenido en gran veneracion antes que San Pemen fuese allá con sus hermanos ; pero cuando este hubo llegado, muchas personas abandonaron al viejo para dirigirse á él : Este concibió celos por ello y los demostró. Súpolo San Pemen y afligióse, y dijo á sus hermanos : « ¿ Qué haremos ? Las gentes de este pais nos causan inquietud abandonando á este viejo y viniendo á buscarnos á nosotros que nada somos. Busquemos un medio de calmar su espíritu y conquistar su corazon. Si os parece bien, preparemos alguna cosa y llevémosela á su celda con un poco

de vino, é iremos á comer con él ; sin duda que con esto le quitaremos su descontento. » Fuéronse pues asi á su celda y llamaron á la puerta. El discipulo del viejo les preguntó quiénes eran. Respondiéronle que era Pemen que venia á rogar á su abad que le diese su bendicion. El discipulo dijo esto al viejo, el cual les hizo decir que se marchasen, y que él no tenia tiempo desocupado para hablarles. No se retiraron por esto sin embargo, sino que respondieron que permanecerian de este modo á la puerta, aun cuando espuestos á los más vivos ardores del sol, hasta tanto que hubiesen merecido de su abad, recibir su bendicion. Su humildad y paciencia conmovió el corazon del viejo ; tuvo pesar de recibirles tan mal y habiéndoles abierto, comieron juntos. Durante la refeccion les dijo : « Os aseguro que por bien que me han hablado de vosotros, experimento hoy con mis propios ojos que hay aun que decir cien veces más ; » y desde entouces se hizo su íntimo amigo.

Por lo demás, San Pemen estaba tan distante de haber querido atraerse la estimacion de las gentes de aquel pais, con perjuicio de la que antes se tenia por aquel viejo, que se decia de él que no osaba nunca emitir su parecer sobre una cosa, cuando algun abad más anciano que él habia ya dado el suyo. Contentábase con aplaudir con respeto el del anciano.

Era necesario probablemente que sus parientes no estuviesen muy distantes del sitio en que moraba, porque algunas veces habian intentado irle á ver ; pero él siempre se escusaba de ello ; y hasta quizás se encontrase que hubo algun exceso en su conducta si no fuese sabido que los santos tuvieron luces no comunes sobre la perfeccion religiosa. Su madre ya muy entrada en edad, habiendo sabido que habia venido de Sceté con sus hermanos, y llevada de un vivo deseo de verles, habia ido varias veces al lugar en donde

moraban ; pero ellos habian tomado tan bien las medidas que jamás pudo encontrarles. Finalmente una vez tomo ella de tal manera las suyas que les salio al encuentro cuando iban á la iglesia ; pero apenas la vieron se volvieron a su celda y cerraron la puerta detrás de sí. Siguióles ella y hallando la puerta cerrada, se puso á llorar y á llamarles con gritos y lamentaciones, diciéndoles : « No me negueis, hijos míos, el consuelo de veros. » Anub, movido con sus lágrimas, fuese á encontrar á Pemen y le dijo : « ? Qué haremos ? He ahí que nuestra madre está llorando en la puerta. » Pemen fué allá, y teniendo siempre la puerta cerrada, le dijo : « ¿ Porqué, madre mia, venis á llorar de esta manera ? » Ella reconoció su voz, y esforzándose más, exclamó : « ! Ay ! hijos míos, quiero veros ; ¿ qué mal encontráis en darme este consuelo ? ¿ No soy yo vuestra madre ? ¿ No sois vosotros mis hijos á quienes he alimentado con la leche de mis pechos ? Yo soy ya vieja, y apenas he oido vuestra voz me he sentido doblemente emocionada por la ternura. » — « Madre mia, replicó Pemen ¿ qué preferís : vernos aquí de paso ó vernos en la otra vida. ? » — « Pero ¿ estás bien seguro, replicó su madre, que os veré en la vida futura si no tengo en la presente esta satisfaccion ? » — « Si, sin duda, dijo Pemen ; si quereis al presente hacer á Dios el sacrificio del consuelo que tanto deseais. » Esta seguridad la calmó enteramente y se retiró diciendo con gran contento : « Puesto que estoy segura de veros en el cielo, quiero privarme de veros en la tierra. »

Dios hizo ver por un milagro cuánto le agradaba este desapego de su siervo. Habiendo ido á verle el abad José con algunos solitarios, uno de sus parientes seculares aprovechó esta ocasion para llevarle un niño que tenia al cual el demonio habia de tal manera contrahecho el rostro que se lo habia vuelto hacia la espalda. Él no se atrevió á dirigirse directamente á este santo ; sino que se contentó

con quedarse á la puerta de la celda y llorar teniendo a este niño. Oyóle llorar uno de los solitarios, y salió para preguntarle la causa de esto : « Yo soy, respondió aquel hombre, pariente del abad Pemen, y traigo este niño que veis á fin de que lo cure; pero no me atrevo á presentárselo porque sé que no ve á sus parientes y que si sabia que estoy aqui, me haria decir que me retirase. Os suplico, pues, padre mio, que tengais piedad de mí y le presentéis mi niño á fin de que ore por su curacion. » Aquel religioso lo tomó; pero conociendo la humildad de San Pemen, tuvo la destreza de no presentárselo al instante. Rogó á todos los otros padres que se hallaban presentes, á uno despues de otro, empezando por el más jóven, que orase por la curacion de este niño é hiciese sobre él la señal de la cruz; lo cual habiendo hecho todos, presentosélo por ultimo á Pemen. Negóse al principio á hacerlo, y ni siquiera quiso mirar al niño; pero apretado por las instancias de los demás, levantóse por último lanzando un suspiro, é hizo á Dios esta corta oracion : « Señor, curad á vuestra criatura y libradla del dominio del enemigo. » Hizo en seguida sobre él la señal de la cruz y al instante el niño fué curado y devuelto en manos de su padre.

Habiendo llegado el nuevo gobernador de la provincia, durante la permanencia que hizo en Egipto, supo pronto en qué reputacion de santidad, se hallaba en este pais, y deseando verle, envió á saber de él si le recibiria. Afligióse con esto el santo, diciendo dentro de sí : « Si personas de esta categoria vienen á hacerme este honor, no hay que dudar que gran número de otras personas harán lo mismo, y hasta el pueblo en peso vendrá aqui. Así perderé yo pues toda la tranquilidad de mi soledad, y lo que todavia es más peligroso para mí, el demonio de la vanagloria me tenderá lazos, y corro riesgo de perder la gracia de la humildad, que he procurado conservar desde mi infancia, con el auxilio

del señor y con gran trabajo. Con esta consideracion determinóse á no admitir esta visita é hizo exponer sus escusas al gobernador.

Aquel señor no se ofendió por esto, pero lo sintió; y dijo á uno de sus oficiales que no podia atribuir esta negativa más que á sus propios pecados, que le hacian indigno de ver á aquel hombre de Dios. No perdió sin embargo las ganas de verle; sino que queriendo obtenerlo á cualquier precio que fuese, pensó en encarcelar al hijo único de la hermana del Santo, y le mandó á decir que su sobrino habia caido en una falta que no podia él dejarla impune, pero que le perdonaria si venia á pedir su gracia. Su hermana, que supo lo que al gobernador le habia enviado á decir, corrió al instante á su celda para suplicarle que se presentase á él; pero como el santo se negase á verla, en el exceso de su dolor, llegó hasta decirle palabras duras. Súpolo el gobernador, y se contentó con una carta suya; la cual instado á hacer San Pemen, le escribió en estos términos: *Ruego á vuestra grandeza que haga examinar cuidadosamente la causa de mi sobrino. Si ha cometido algun crimen que merezca la muerte, que sufra este suplicio, á fin de que siendo castigado en este mundo evite las penas eternas del infierno. Pero si no ha merecido la muerte, disponed de él lo que es conforme á la autoridad de las leyes.* El juez admiró esta conducta del Santo y dió libertad al preso.

El gobernador de la provincia quizás el mismo de quien acabamos de hablar, fué al lugar en que moraba, y los habitantes le suplicaron que se aprovechase de esta ocasion para pedirle gracia en favor de un hombre de su pais á quien habia hecho arrestar. San Pemen comprendió que si se rendia á sus instancias iba á ser sin cesar importunado para pedir gracias á este gobernador que le tenia en gran veneracion, lo cual no podia menos de

turbar el reposo de su soledad. Dijo pues á los que habian ido á rogarle que le concediesen tres dias. Durante este tiempo dirigió á Dios la siguiente oracion : « Señor, haced que este juez no me conceda la gracia que quieren que yo le pida ; porque si la obtuviese, esas gentes vendrian continuamente á apartarme de mi retiro. » Fuese en seguida á hablar al gobernador, el cual le dijo : « Sin duda no sabeis, Padre mio, que aquel por quien os interesais es un ladrón. » El santo alegróse mucho con esta negativa y volvióse á su celda muy satisfecho de que Dios hubiese oido la oracion que le habia dirigido.

Bien se vé que el motivo que le determinó en esta ocasion era puro y muy agradable á Dios puesto que fué en ella escuchado favorablemente ; pero en otras ocasiones cuando veia que la dulzura podia ser herida, aun para con aquellos que por sus malas acciones merecian menos que se usase de ella en bien suyo, juzgaba que no convenia á solitarios alejarse de las reglas de esta virtud. Esto es lo que manifestó en el caso que vamos a referir. Un ermitaño que moraba en la montaña de Athribi, en el Bajo-Egipto, fué atacado por unos ladrones y pidió auxilio. Acudieron los solitarios vecinos, cogieron á los ladrones, los cuales fueron conducidos al juez y encarcelados por orden suya. Pero teniendo pena aquellos hermanos de este castigo, fueron á consultar á San Pemen, el cual escribió al ermitaño de Athribi en estos términos : *Examinad bien por qué causa estos ladrones han sido entregados al juez, y vereis que vos mismo os habeis entregado á la emocion de vuestro corazón.* Este consejo produjo el efecto que deseaba ; entrando el hermano dentro de sí mismo, salió de su celda, lo que no habia hecho muchos años hacia, se fué á la ciudad, y obtuvo con sus solicitudes y por la autoridad que por las disposicion de sus virtudes se habia adquirido, la libertad de los prisioneros.

Encuéntanse en la Recoleccion de las Actas de San Pemen y en las instrucciones que daba á los demás tan hermosos sentimientos de dulzura y humildad, que puede decirse que estas virtudes formaban su principal caracter. Sucedió que un hermano cometió una falta en un monasterio, la cual pareció muy considerable al superior para decidir de ella por sí mismo, y esto le determinó á consultar á un anacoreta de las inmediaciones para saber de él lo que debia hacer ; y este anacoreta, aunque por otra parte hombre santo, dejándose llevar demasiado de su celo, le dijo que le echase del monasterio ; lo cual fué ejecutado. Este hermano, así arrojado, se retiró en una cueva ; otros dicen que se puso en un pozo, y se entregó á todo su dolor, llorando amargamente. Por aquel tiempo pasaron unos solitarios que iban á ver á San Pemen y oyendo llorar á su hermano le preguntaron por la causa de sus lágrimas. Quisieron persuadirle que fuese á encontrar al anacoreta que le habia hecho echar ; pero no pudieron conquistar su espíritu y les dijo que estaba decidido á dejarse morir allí.

No pudiendo aquellos solitarios obtener nada, fueron á San Pemen y le refirieron el estado de aquel hermano. El Santo movido á compasion, les suplicó que volviesen á él y se lo trajesen lo cual hicieron. Apenas le vió en aquel abatimiento se levantó, se adelantó hacia él, abrazóle tiernamente, procuró consolarle y le suplicó que comiese. Entre tanto envió á alguno al anacoreta y le mandó decir esto de su parte : « Hace muchos años que he oido hablar de vos y que deseo veros ; pero mi pereza, lo mismo que la vuestra, ha impedido que esto se hiciese. Ahora que la providencia ha querido que se presentase una ocasion favorable para ello, os suplico que tengais á bien tomaros la molestia de venir hasta aqui : »

El anacoreta no tenia costumbre de dejar su celda ; hacia muchos años que no habia salido de ella y no dudaba

que el santo lo supiese. Creyó pues que no le podía hacer esta suplica sin haber tenido pará ello una particular inspiracion de Dios, y se fué á él. Recibióle el santo con grandes muestras de alegría; y habiéndose sentado despues del ordinario saludo, le dijo: « Habia dos personas que cada una tenia un muerto en su casa, y sin embargo una de ellas dejó la suya para ir á llorar el de su vecino. » El anacoreta comprendió al instante lo que le queria dar á entender con esta parábola. Tuvo pesar del consejo demasiado rigido que habia dado, y exclamó: « Pemen está alto, muy alto en el cielo; y yo estoy bajo, muy bajo en la tierra. »

Un solitario le dijo un dia: « Padre mio, cuando algun hermano viene á verme (Miscell. vos p. 133.), si he sabido que ha caido en una falta considerable, le niego la entrada en mi celda; por el contrario si sé que es un buen religioso, le recibo con alegría. » A lo cual respondió (Vit. P.P. 3. n. 140): « Si haceis bien al que está bueno, hacédselo doble al otro porque está enfermo. » Con lo cual le contó esta historia: Habia cerca de un monasterio un anacoreta llamado Timoteo. Habiendo sabido el superior que uno de los hermanos estaba grandemente tentado, fué é encontrar á este anacoreta para recibir su consejo, y este le aconsejó que le echase fuera; pero apenas se hubo ejecutado esto, cuando Timoteo se encontró entregado á la misma tentacion, y fué esta tan violenta que se hallaba en peligro de sucumbir á ella. En este extremo humillóse delante de Dios y dijo derramando lágrimas: Señor, yo soy un pecador; tened piedad de mi y perdonadme mis pecados. » Y oyó una voz que le dijo: « Sabed, Timoteo, que esta tentacion no os ha atacado sino porque no habeis tenido compasion de aquel hermano, que estaba tentado como lo estais vos al presente. »

Habia en aquel lugar un hermano jóven que hacia algun tiempo que era atormentado con pensamientos de

blasfemia que á nadie se atrevia á declarar. Bien es verdad que iba á encontrar á los solitarios más ilustres de aquel desierto ; pero cuando se hallaba delante de ellos, la vergüenza le cerraba la boca. Habia ido tambien muchas veces á ver á San Pemen, el cual comprendia que padecia alguna secreta tentacion, de la que no le hablaba. Por último un dia le previno él mismo con estas palabras : « Hace mucho tiempo, hijo mio, que venás á verme, y yo comprendo que es para contarme vuestras penas ; sin embargo, siempre os marcháis guardándolas en vuestra alma. Os ruego que no me las ocultéis y que descargueis vuestro corazon. » Entonces aquel jóven solitario le confesó todo cuanto pasaba en su espíritu, y á medida que se lo iba diciendo, se sentia aliviado. El Santo le consoló mucho, y le dio por consejo que cuando el demonio volviese á sugerirle estos pensamientos en su alma, le dijese decididamente : « Que tu blasfemia recaiga sobre tí ; en cuanto á mí yo no quiero tomar parte en ella, y mi alma la detesta. » Pues añadió el, sucede ordinariamente que cuando el alma tiene horror á estos pensamientos, no duran mucho tiempo. Habiendo este hermano recibido tal consejo quedóse con él muy consolado y se volvió tranquilo á su celda.

Otro solitario fué tambien á encontrarle y le dijo : « Padre mio, yo he cometido una gran falta, y estoy resuelto á hacer penitencia de ella durante tres años. » — « Esto es mucho » le respondió. — « Pues, replicó el solitario, ¿ quereis que no la haga más que durante un año ? » — « Todavía es mucho, » le dijo. No estaban solos, y los otros hermanos que se hallaban presentes le dijeron : « ¿ Cuánto tiempo quereis pues que la haga ? ¿ cuarenta dias ? » Él respondió : « Todavía es mucho ; porque pienso que si un hombre se arrepiente de todo su corazon y no vuelve á caer mas en el pecado, Dios se contentará hasta con una penitencia de tres dias. »

Tenia por máxima que no se habia de reprender ágricamente al pecador cuando confiesa su falta; porque de otra manera, decia él, combatis su espíritu, mientras que recomendándole que tenga cuidado de no pecar más, le fortaleceis y le dais ánimo para hacer penitencia.

Díos hizo ver por un milagro de su gracia que era guiado por su espíritu en su caridad tan compasiva para con los pecadores. Habia en su vecindario un solitario escandaloso, y el santo, en una ocasion en que sabia que se hallaba en un caso muy pesado, envióle, por uno de sus más jóvenes hermanos, un poco de vino en una botella, sin que ni él ni ningun otro supiese la causa de esto. Este solitario se movió tanto con su dulzura, que pocos dias despues fué á encontrarle para hacer penitencia de su escándalo.

Capítulo II.

Hemos citado ya muchos ejemplos de la dulzura de San Pemen; sin embargo no hay que creer que esta llegase hasta lisonjear flojamente á los pecadores. Exigia de ellos que hiciesen penitencia á proporcion de sus faltas, y que se alejasen absolutamente de la ocasion del pecado. Así que habiendo un solitario, que se encontraba en este caso, ido á manifestarle que sufría una violenta tentacion, le respondió que debia abandonar el lugar en que moraba, y alejarse de él tanta distancia de camino cuanta pudiese andar en tres dias y tres noches, y á más de esto ayunar un año entero. « Pero, Padre mio, le dijo este solitario, si yo llegase á morir antes de terminar el año ¿ qué sería de mi ? » — « Espero le respondió él, que si murieseis en la resolucion de cumplir esta penitencia, ó alguna otra, Dios os concedería misericordia.

Otro hermano fué tambien á consultarle para saber si debia morar por más tiempo con su abad, viendo manifies-

tamente que, muy lejos de aprovecharse con su conducta corria riesgo de perder su alma. Bien veia el santo que decia verdad ; pero estaba admirado de que le pidiese consejo sobre una cosa tan evidente por sí misma. Díjole por consiguiente : « Quedaos allí si quereis. » El hermano permaneció todavia allí algun tiempo ; despues de lo cual volvió á verle para presentarle la misma queja y él no quiso todavia decirle que le dejase. Finalmente volvió por tercera vez, y entonces San Pemen le respondió : « No moreis más con este abad, y heos ahí salvo. » Añadió en seguida : Se deben descubrir los pensamientos á los ancianos en cosas que ofrezcan alguna duda, á fin de que ellos juzguen si hay en los mismos bien ó mal ; pero en las cosas en las que se vé manifestamente pecado y en que se pierde el alma, no hay necesidad de pedir su consejo, sino que hay que quitar al instante la ocasion. »

Por efecto de su dulzura y de su caridad compasiva en las necesidades espirituales de sus hermanos, estaba siempre dispuesto á darles audiencia, y en cualquier tiempo que fuese. Acostumbraban los solitarios durante la santa cuaresma á guardar silencio con más rigor. No era él en esto menos exacto que los otros ; pero cuando se trataba del bien del alma de su prójimo, sabia que el silencio no se resentia de esto. Asi que (Vit. PP. I. 5. lib. 13 § 5) habiendo un solitario ido á verle en la segunda semana de cuaresma para descubrirle lo que pasaba en su corazon, despues de habérselo manifestado y recibido sus consejos con mucho consuelo, le dijo antes de retirarse : « Poco faltó, Padre mio, de que yo no os haya venido á ver ; pero temia que en este tiempo no quisieseis dejar de abrirme la puerta ; » y él le respondió : « Yo no sé cerrar esta puerta de madera ; pero hago lo que puedo por tener cerrada la de mi lengua. »

Este santo trataba en esta ocasion de un principio de

discrecion y de verdad admirable, y que daba á los demás por regla de conducta (Ibid. lib. 10 § 51). « Porque, decia él, hay personas que no abren la boca, pero cuyo corazon se ocupa en condenar interiormente á los demás, y de estos puede decirse que hablan sin cesar. Hay otras que hablan desde la mañana á la noche, y las cuales sin embargo son consideradas como que han guardado el silencio, porque en efecto nada han dicho que no sea útil á los demás. »

Condenaba igualmente el celo demasiado ágrío é importuno que repara en las menores faltas sin commiseracion á la fragilidad humana, y el que induce á juzgar y condeuar al prójimo con demasiada ligereza. Algunos ancianos le dijeron : « Padre mio, cuando vemos á algunos hermanos que se dejan llevar del sueño en tiempo de la oracion, ¿ no debemos sacudirles para mantenerles despiertos ? » Y él les respondió : « Cuando veo un hermano tan oprimido del sueño, quisiera hacerle meter su cabeza entre mis rodillas para hacérsela descansar en ellas. »

Otros le preguntaron en cierta ocasion si cuando veian á algun hermano caer en alguna falta, debian reprenderle ; y les contestó : « En cuanto á mí, si me veo obligado á pasar por el punto en que está y le veo pecar, paso más allá y no le reprendo. Ya sabeis que está escrito : *Dad testimonio de lo que han visto vuestros ojos.* (Prov. 25.) Asi que, no debeis declararos testigo de alguna cosa que, por decirlo así, no hayais tocado con vuestras manos.

Habiendo sabido otro hermano de cierto solitario, que vivia en sus cercanias, cosas poco edificantes, resolvió abandonar aquel lugar, y fué á consultar al Santo, quien por de pronto le respondió que no debia creer facilmente el mal que le habian dicho, y que no le habian referido la verdad. « Perdonadme, dijo el hermano ; lo he sabido de una persona muy fiel. » — « Esta persona, replicó el santo,

no puede ser fiel; porque si lo fuese no os hubiera dicho semejantes cosas. Ya sabeis que se dice en la Escritura que levantándose hasta el cielo el rumor de los crímenes de Sodoma, Dios dijo que queria bajar y ver con sus propios ojos antes de castigar. Dios no tenia necesidad para eso de bajar, puesto que en todas partes está presente y todo lo ve; sino que dice esto para enseñarnos á no creer facilmente los rumores que corren con perjuicio del prójimo. » — « Pues bien, dijo el hermano, yo he visto con mis propios ojos lo que decís. » Entonces el Santo, tomando una paja que habia en tierra, se la mostró y le dijo : « ¿ Qué es esto ? » — « Es una paja, » respondió el hermano. « Muy bien, » dijo el santo; y levantando en seguida los ojos en alto le dijo : « ¿ Qué veis allí ? » — « Veo, dijo el hermano, una viga. » — « Pensad pues, replico el santo, que vuestros pecados son como aquella viga, y que los del solitario de quien quereis hablarme son como esta paja. » El hermano no dejó de referir á otros muchos esta respuesta tan caritativa y tan discreta de San Pemen. Ella llegó á oídos del abad Sisoés, el cual exclamó en un sentimiento de admiracion : « ¡ Oh abad Pemen ! ¿ Cómo podré yo ensalzar bastante vuestra gloria ? Vuestras palabras son como una piedra preciosa, no menos agradables que resplandecientes. »

Por ahí se ve que su corazon lleno de caridad, era más llevado á excusar las faltas del prójimo que á manifestarlas; asi que era enemigo de los maldicientes, y no permitia que exhalasen impunemente su veneno delante de él. Unos hereges se determinaron á irle á ver y se pusieron á hablar contra el patriarca de Alejandria, llegando hasta decir que no habia sido ordenado sino por sacerdotes. Pero en vez de escuchar su discurso, llamó á uno de sus hermanos, le dijo que les diese de comer y que los despidiese en paz.

Este rasgo de la vida de San Pemen muestra la malicia comun á todos los hereges y la conducta que para con ellos debe guardarse. Enemigos de toda autoridad aun la más sagrada, quieren dar crédito á sus errores desacreditando la conducta de aquellos que han recibido de Jesucristo autoridad de juzgarles y condenarles, y ni siquiera perdonan la impostura y la calumnia, como se vé que hicieron estos para con el patriarca de Alejandria, á quien querian hacer pasar por un prelado sin carácter, como no habiendo sido ordenado sino por sacerdotes; lo cual nadie habia dicho de San Cirilo, ni siquiera de Dióscoro, de quienes hablaban. Pero lo más seguro es portarse con ellos como lo hizo San Pemen. Hay que cerrar los oidos á sus discursos, y despedirles sin darles audiencia.

Léese en la *Recoleccion de las Sentencias de los Padres*, un ejemplo que viene á propósito y que muestra cuán ventajoso es aun á los mayores pecadores, el conservar la fe como la puerta que puede llevarles á Dios. « Un abad, llamado Timoteo, que estaba honrado con el sagrado carácter de sacerdote, hacia algunas veces visitas á San Pemen. Consultóle un dia con motivo de una mujer que vivia en Egipto en gran desarreglo, pero que daba á los pobres todo cuanto tenia. El santo le dijo: « Estad seguro de que ella no perseverará en sus desórdenes porque todavia le queda un fruto de fé. » La madre de Timoteo fué á verle, y por ella supo que aquella mujer continuaba siempre en su mala vida y en sus limosnas. Refirióselo al santo, al cual le aseguró de nuevo que ella cambiaria. Despues de algun tiempo volvió la madre de Timoteo, y le dijo que la citada mujer queria venir con ella para pedirle oraciones. Advertió de esto al santo, el cual le aconsejó que fuese él mismo á encontrarla. Hízolo, conversó con ella, y la movió de tal manera con la palabra de Dios, que aquella criatura penetrada de contricion y derramando lágrimas le dijo: He

ahí que es cosa hecha ; desde ahora renuncio al pecado, y quiero entregarme enteramente á Dios. » Ella entró en seguida en un monasterio en el que llevó una muy santa vida.

Entre las virtudes que resplandecieron en nuestro santo, háse admirado sobre todo su profunda humildad. Prestábase con caridad á las necesidades de todos los hermanos, y hacíalo con tanta sabiduria, dulzura y discrecion, que su reputacion fundada en la esperiencia que muchos habian hecho de la solidez de sus instrucciones, atraia de todas partes, solitarios á su lado ; aquellos mismos que eran mirados como los más espirituales y las columnas del desierto, se tenian por honrados en pedirle consejos, ó en enviarles sus discípulos para esclarecer sus dudas ; y sin embargo estas muestras de estima y de una confianza universal, no tentaban su corazon con vana complacencia ni disminuian en él la conviccion de su nada, de la que estaba vivamente penetrado ; así que no se jactaba de tratar en sus conversaciones una espiritualidad sublime, ni de brillar por discursos de grande erudicion sobre las sagradas Escrituras : sino que se limitaba á lo que podia ser útil á los que le pedian consejo, sin mezclar en sus palabras cosa inútil, proponiéndose por un celo igualmente humilde y caritativo, no su propia gloria, ni lisonjear la vana curiosidad de los hombres, sino la gloria de Dios y su aprovechamiento espiritual.

Cuéntase que un solitario de sus cercanias se fué á otro desierto, en el que encontró á un anacoreta muy célebre, y que recibia á todo el mundo con caridad. En la conversacion que con él tuvo, hablóle de las virtudes de San Pemen, lo cual le hizo entrar en deseos de conocerle. Habiendo en seguida este solitario vuelto á su celda, el anacoreta que le habia preguntado el lugar de su morada, fué á ella para verle algun tiempo después, y fué acogido

por él con grandes muestras de cordialidad ; pero le pidió, por la caridad que para con él tenia, que le llevase á la celda de San Pemen. Condújole allá al instante, y previno al santo sobre la reputacion de aquel anacoreta. San Pemen le recibió con alegria. Abrazáronse y se sentaron para conversar de cosas de Dios.

El anacoreta comenzó entonces á hablar de las divinas Escrituras, sobre materias las más elevadas y espirituales ; pero á este discurso San Pemen volvió la cabeza y nada respondió. Él quedó admirado de esto y se retiró todo triste, diciendo al que le habia llevado allá : « ¡ Es pues muy útil que yo me haya tomado la pena de venir desde tan lejos para ver á un hombre que ni siquiera me ha querido hablar ! » Éste fué á contárselo á San Pemen, representándole de nuevo que aquel religioso gozaba de gran veneracion en el pais de donde venia y que era admirable que él no se hubiese dignado responderle. El santo le dijo entonces : « Aquel solitario es un hombre del cielo y no habla más que de cosas celestiales : en cuanto á mi, yo soy del todo terreno y no puedo hablar sino de cosas de la tierra. Si hubiese entrado conmigo en discursos sobre la manera de combatir las pasiones y tentaciones, le hubiese respondido ; pero en cuanto á aquellas cosas tan espirituales y sublimes, confieso que soy muy ignorante. » El hermano volvió á referir esto al anacoreta, el cual, movido por la humildad del santo, volvióle á encontrar y le dijo : « ¿ Qué debo hacer, Padre mio, para combatir las pasiones que dominan en mi alma ? » A estas palabras San Pemen le respondió : « Seais al presente bien venido, Padre mio ; yo abriré mi boca para llenarla de los bienes que en ella querais derramar. » El anacoreta más edificado todavia con esta palabra entró en discurso sobre esta materia y sacó mucho provecho de la conversacion que con él tuvo. Finalmente habiéndose despedido de él, dijo : « He ahí por



Imp. Ch. Charbon aine Paris

Groux del.

Saint-Demen.

San Demen.

cierto el camino que se debe seguir. » De este modo se volvió á su país, dando gracias á Dios que le habia procurado conocer á un hombre tan santo.

El abad Ammun, siendo todavia jóven, fué á consultarle y le dijo : « Cuando voy á casa de un solitario vecino, ó cuando él viene á la mia, siempre tememos que se deslice en nuestras conversaciones alguna cosa que no conven-ga á nuestro estado. » Y él le respondió : « Teneis razon de temerlo, porque los jóvenes tienen necesidad de velar sobre sí mismos. » — « Pero, Padre mio, le dijo Ammun, cómo se portaban los ancianos? Los que habian hecho un verdadero progreso y estaban solidamente fundados en el bien, respondió el santo, no tenían nada de seglar en el espíritu de que pudiesen conversar. » — « ¿ De qué pues, añadió Ammun, creis á propósito que discurramos? ¿ De las sagradas Escrituras ó de las sentencias de los ancia-ños? » — « Si os veis obligado á hablar, dijo San Pemen, más vale que sea de lo que los ancianos han dicho que no de las Escrituras, porque hay peligro en hablar de ellas. »

Este santo no reprobaba por allí absolutamente á los que en sus conversaciones se entretenian en las verdades revela-das en las sagradas Escrituras ; pero temia con razon que al hacerlo, sobre todo los jóvenes, no fuese por ostentacion y por parecer hábiles, ó que al tratar de materias demasiado elevadas, no se detuviese uno demasiado en las especula-ciones, en vez de aplicarse á la práctica de las virtudes.

Este abad Ammun era solitario de Nitria, desierto poco distante del de Sceté, y es necesario distingurlo de San Am-mon de Nitria y de otro Ammon ó Ammonas, amigo de San Antonio. Este del cual hablamos era célebre por su absti-nencia. De él se cuenta un milagro que Dios hizo en favor de un solitario de Sceté, que habia ido á consultarle sobre un empleo que su superior le habia confiado y que le obli-gaba á ir á la ciudad, en la que temia verse demasiado ex-

puesto á peligrosas ocasiones. Ammun le dió por consejo que, cuando se encontrase en alguna tentacion, y cuando el demonio quisiese hacerle sucumbir en ella, levantase su corazon á Dios y le dirigiese esta corta oracion: «: Oh Dios de virtud! Libradme por las oraciones de mi superior del peligro en que me hallo. » No estuvo mucho tiempo sin tener necesidad de ellas, porque habiendo ido á una casa por algun negocio que atañia á su empleo fué en ella provocado á obrar mal. Levantó entonces su voz á Dios, y le dirigió la oracion que el abad Ammun le habia enseñado, y al instante se halló trasladado al camino de Sceté. Hemos contado este milagro, para mostrar cuánto protege Dios la obediencia cuando uno es fiel en practicarla.

Volmamos á San Pemen. Por un efecto de su humildad empleaba frecuentemente el testimonio de los demás ancianos para apoyar los consejos que daba en muchas ocasiones. Esto nos ha procurado las sentencias de algunos padres, á los cuales quizás ignoraríamos si él no nos las hubiera conservado.

Un hermano le preguntó si era bueno orar. Él le contesto con esta sentencia de San Antonio el grande, tomada del profeta Isaias: *Exhortad á mi pueblo, dice el Señor, y orad.* (Isai. 40. 1). Referia tambien esta otra sentencia del mismo santo: « El hombre no puede fortalecerse mejor en el bien que reconociéndose pecador cuando se presenta delante de Dios, y esperando la tentacion hasta el fin de su vida.

Contaba de San Isidoro, sacerdote de Sceté, esta corta y viva exhortacion á los hermanos: « ¿ No hemos venido aqui para trabajar y sufrir? ¡ Y sin embargo no lo hacemos! » En cuanto á mí, estoy determinado, si esto continua, á abandonar este lugar é irme á otro en el que, encontrando modo de llevar una vida más laboriosa, encontraré el reposo de mi alma. » Del mismo decia tambien que ningun

solitario le igualaba en la baja idea de si mismo, y que cuando el demonio queria sugerirle pensamientos de vanidad sobre su virtud, decia dentro de sí : « ¿ Soy yo comparable á Antonio y al abad Pammon ó á tantos otros padres que han servido á Dios con tanta felicidad en el desierto? » Y si el demonio queria inspirarle pensamientos de desaliento, dándole á entender que con todas sus buenas obras no seria menos condenado, respondia : « Pues bien ; si tengo la desgracia de ir al infierno, siempre te encontraré debajo de mí.

Un hermano le preguntó un dia si se podia contar sobre alguna de sus acciones como siendo enteramente buena ; y él le respondió con aquella notable palabra del abad Juan el Nain : Yo desearia adquirir algun grado solamente de cada virtud. » Otro hermano se le quejaba de la gran dificultad que experimentaba en dar cuenta de sus pensamientos á los ancianos ; y él le refirió á este propósito esta otra sentencia de Juan el Nain : « El enemigo de nuestra alma amás se regocija tanto como cuando ha obtenido de un solitario que no manifieste sus pensamientos á sus superiores. » Contaba del mismo Juan el Nain para mostrar en él un modelo de dulzura y caridad que cuando algun solitario se dirigia á él, observaba para con este solitario lo que el santo Apostol dice de la caridad que es paciente y bienhechora.

Decia del abad Pammon, que habiéndole preguntado un hermano si era prudente alabar al prójimo, él habia respondido que mejor era aun guardar silencio. Decia del mismo que San Antonio, hablando de él, habia asegurado que el temor del Señor habia atraido al Espíritu Santo á su corazon y que se admiraban en él tres prácticas exteriores del todo santas ; á saber, su riguroso ayuno, su silencio y su asiduidad en el trabajo de las manos.

Contaba que un solitario que moraba con otros herma-

nos, habiendo consultado al abad Bessarion sobre la regla que debia guardar, le dió por gran máxima que se callase y que no presumiese jamás de sí mismo. Decia tambien del abad Pior, que cada dia pensaba que no hacia más que empezar.

Cuantase que cuando los ancianos se juntabén con él, si al discurrir sobre las virtudes de los antiguos solitarios, llegaban á nombrar al abad Sisoés, decia al instante. « No hablemos de este grande hombre, porque seria demasiado difícil expresar la eminencia de sus virtudes.

Hablando un dia del solitario Agaton que todavia era jóven, le dió el título de abad. Los que se hallaban presentes le dijeron : « ¿ Porqué le llamis abad, puesto que es tan jóven ? » A lo cual respondió : La discrecion de su lengua le ha merecido este título. »

Decia del abad Alone que, habiéndole un hermano preguntado en qué consistia despreciarse á sí mismo con una verdadera humildad, respondió que en ponerse debajo de los animales privados de razon, porque al menos estos no tienen la desgracia de cometer pecados que les expongan á ser condenados en el juicio de Dios. Citaba tambien de él esta sentcncia : « Si un hombre hace atencion á aquellas palabras de la Escritura : « *Sereis justificado o condenado segun vuestras palabras* (Matth. 12-37.), preferirá callar más bien que hablar. » Decia tambien del mismo que la dispacion es la fuente de nuestras faltas.

Finalmente contaba que hallándose á comer con algunos ancianos, el abad Alone les servia, y que aquellos ancianos empezaron á alabarle mucho, pero que él no les respondió ni una palabra. Despues de la comida, llamóle aparte uno de ellos, y le preguntó porqué habia guardado silencio mientras se le alababa tanto. A lo cual contestó con estas hermosas palabras : « Si yo les hubiese respondido, habria parecido consentir en lo que decian en favor mio. »

Refiérense del abad Alone tres hermosas sentencias :
1º Si un religioso no se dice a sí mismo : « Solo hay en el mundo Dios y yo, no podrá gozar del verdadero reposo del alma. 2º Yo no podré levantar el edificio de mi perfeccion sino en cuanto me destruya á mí mismo. 3º Si quereis obrar bien, no hay momento desde la mañana á la noche en el que no podamos levantarnos hasta Dios. »

Decia tambien haber aprendido del abad Ammon esta hermosa sentencia : « Un solitario puede haber morado cien años en su celda, sin que sin embargo en todo este tiempo haya aprendido cómo debe morar en ella.

Contaba que un dia yendo un hermano á consultar al abad Simon le dijo : « Padre mio, sucédeme que cuando salgo de mi celda, si encuentro á un hermano que se disipa me disipo con él ; rio tambien con otro si le veo reir, y esto es causa de que, cuando entro de nuevo en mi celda, mi espíritu no puede morar en ella tranquilo. » A lo cual el abad Simon respondió. « ¿ Vos quereis reir al salir de vuestra celda, con los que rien, y hablar inutilmente con los que hablan, y hallaros despues al entrar otra vez en ella como cuando de la misma salisteis ? » -- « ¿ como debo yo pues postarme ? » pregunto el hermano. « Helo aqui, respondió el abad Simon : Ya sea que esteis en vuestra celda, ó que de ella salgais, velad igualmente sobre vuestros sentidos y conservaos en el recogimiento. »

Este abad Simon era un hombre de gran reputacion, y tan humilde quanto era estimado. Dícese de él que el gobernador de la provincia tuvo deseos de verle, y que con este fin fué á su soledad. Notificároule de antemano esta visita, y dijéronle que se preparase para ella. Voy á hacerlo, dijo él ; y cuando comprendió que este señor iba á llegar, cubrióse con un viejo andrajo, tomó uu pedazo de pan y de queso, púsose á la puerta de su celda y se echó á comer. Acercándose el gobernador y viéndole en aquel estado, le

tomó por un insensato y se retiró. De lo cual quedó muy satisfecho aquel siervo de Dios.

San Pemen, siendo todavía joven, conversaba un día con un solitario llamado Pedro, que había sido discípulo del abad Lot, y hablándole de sus disposiciones le dijo: Cuando estoy solo en mi celda, mi alma está en paz; pero cuando viene á verme algun hermano y me entretiene con noticias de fuera, la turbacion entra en mi alma. » A este propósito le dijo Pedro: « El abad Lot me decia algunas veces: vuestra llave ha abierto mi puerta. » — « ¿ Qué queria daros á entender con esto? » preguntó Pemen. « Pues queria darme á entender, respondió Pedro, que si alguno viene á veros, le preguntais por de pronto por el estado de su salud; quereis saber de dónde viene, qué hacen los demás hermanos, si ha sido bien recibido de ellos ó no, y otras cosas semejantes, que son como una llave que abre la boca á este hermano y le son ocasion de decirnos muchas cosas que vos no quisierais oír. » — « Esto es verdad, dijo Pemen; pero ¿ qué decir cuando os vienen á ver? Entonces Pedro le respondió: la compuncion os instruye en muchas cosas; pero cuando no se tiene esta, cesa uno de velar sobre sí y cae en faltas. » — « A la verdad yo siento esta compuncion, confesó Pemen, mientras estoy solo en mi celda; pero si salgo de ella ó si vienen á verme, ya no sé conservarla en mi alma. » — « Esto es, le dijo Pedro, porque ella no ha echado en la misma profundas raíces, y porque solo de tiempo en tiempo habeis formado algunos actos de la misma. Hay que distinguir bien el hábito que se ha contraido de una virtud, de los hábitos que algunas veces se hacen para adquirirla. Mientras no se ha adquirido el hábito de ella, los actos que de la misma se hacen son como aquellos esclavos de los cuales se habla en la Escritura, á los que los Judios no podian guardar más que seis años y á los que debian despedir libres en el séptimo

año. Estos actos, digo, son pasajeros y facilmente faltan ; pero cuando el hábito ha echado buenas raices, sucede con él como con aquellos mismos esclavos, que habiéndose casado en la casa de su amo y teniendo en ella hijos, no quieren ya salir de la misma y no piden más su libertad. Así tambien, digo, el hábito alcanzado hace en nosotros la virtud sólida y constante ; y hasta pasa en esto como con los hijos ilegítimos, que abandonan facilmente la casa de su padre, mientras que los verdaderos hijos no piensan en dejarla. »

Un seglar, hombre de bien y de una conducta muy regular, fué á ver á San Pemen para edificarse á su lado. Allí se encontró con algunos hermanos que habian ido con el mismo fin ; pero el Santo, siempre más llevado por su humildad á aprovecharse de las buenas instrucciones de los otros que no á darlas él mismo, aun cuando á ello le obligó frecuentemente la caridad, rogó á aquel seglar que dijese à la compañía una palabra de edificacion. Excusóse mucho de ello al principio, alegando por razon el que habia ido allá para instruirse y no para instruir à los demás. Pero el Santo le instó más, y viéndose obligado á rendirse, dijo : « Yo no soy más que un hombre del mundo aplicado al negocio, que compra á pequeño precio y revende con provecho ; yo no puedo discurrir con vosotros sobre las sagradas Escrituras, no habiéndolas leído ; pero solamente os referiré una parábola. Había un hombre que deseaba grandemente ver al emperador, y suplicó á uno de sus amigos que fuese allí con él. Este le dijo : « Os acompañaré solamente hasta la mitad del camino. » Habiendo llegado á ella, encontró à otro amigo, á quien rogó que le llevase al emperador, y este le dijo : « Sí, pero yo no os conduciré más que hasta su palacio. » Habiendo llegado à él, rogó á un tercer amigo que encontró allí, que le introdujese junto al emperador, y este le respondió : « Yo bien lo

quiero ; yo os haré entrar en el palacio y os haré hablar con el príncipe. »

Los hermanos le suplicaron que les explicase el sentido de esta parábola ; y él les dijo : « El primer amigo es la penitencia, que nos pone en el camino de la salvacion. El segundo es la castidad, que nos levanta á un estado celestial y nos aproxima al cielo. El tercero es la limosna, que nos hace presentarnos con confianza delante de Dios, soberano señor del mundo. » Los hermanos quedaron muy edificados de este discurso, y en él encontraron un fondo de instruccion propia para alimentar el corazon.

Algunos solitarios preguntaron á San Pemen ¿ porqué el abad Nesteros tenía tanta indulgencia para con su discípulo, puesto que todo lo sufría de él ¿ Él respondió : « Si yo estuviese en su lugar, hasta le habría puesto una almohada debajo de la cabeza. » Su hermano Anub que estaba presente le dijo : « ¿ Habríais vos podido justificar delante de Dios una semejante condescendencia ? » Yo habría dicho al Señor, respondió Pemen : « Vos me habeis mandado quitar la viga de mi ojo antes que soñar en quitar la paja del ojo de otro. »

Lo poco que sabemos de este abad Nesteros es tan precioso, que se nos permitirá referirlo aquí, aun cuando la historia de San Pemen quede con esto interrumpida. Volvemos luego á este Santo. Hay que distinguirle de un Nesteros más antiguo, amigo de San Antonio, y anacoreta cerca de Panefyre, y que llevó por sobrenombre el Grande. Este de quien hablamos al presente es llamado por Cotelier el Cenobita. Fué educado desde jóven en un monasterio en el que hizo rápidos progresos en la virtud. Se cuenta de él principalmente que cuando sucedía alguna turbacion en la comunidad por efecto de la fragilidad humana, él se imponía un profundo silencio y no se mezclaba en nada. Habiéndolo sabido San Pemen por relacion, qui-

so saber cómo había llegado á aquel estado y rogó á su superior que se lo enviase. No pudo hacerlo al instante, porque siendo todavía jóven, no podía dejarle salir solo del monasterio. Pero algun tiempo despues, habiéndole pedido el ecónomo que le permitiese ir á ver al Santo para consultarle algunas penas interiores que tenía, el abad le dijo que se llevase tambien allá á Nesteros. Despues que el ecónomo hubo hablado de su conciencia á San Pemen, este Santo tomó á parte á Nesteros y le preguntó cómo había adquirido la virtud del silencio, sobre todo cuando sucedía alguna turbacion entre los hermanos. Nesteros ponía dificultad en decírselo, porque era muy humilde ; pero instado por el Santo, le respondió finalmente que al entrar en la congregacion, se había dicho á sí mismo : « Es necesario que me persuada de que yo y un asno somos la misma cosa. Ahora bien un asno no se queja cuando le pegan ; no responde por cualquier injuria que se le haga. Yo debo pues hacer lo mismo. »

San Pemen quedó tan edificado de esta respuesta, que despues decía de él que podía comparársele à la serpiente de cobre levantada por Moisés, porque estaba lleno de virtudes, y porque guardando el silencio, curaba las llagas de sus hermanos.

Debe atribuirse à este abad Nesteros una sentencia que Cotelier refirió bajo el título del gran Nesteros, al cual no puede convenir, segun nota Tillemont, porque se habla de San Arsenio como si ya estuviese muerto, lo cual no puede ser aplicado al gran Nesteros, más antiguo que el de quien hablamos. Decía pues que los solitarios debian hacer examen dos veces al dia, por la mañana y por la tarde ; primeramente sobre lo que habian hecho para agradar á Dios, y en segundo lugar sobre si habían tenido las desgracia de disgustarle, y en qué ; y que debian conservar constantemente durante toda su vida esta santa práctica. Porque,

decía él, el abad Arsenio la ha observado siempre fielmente. Velad con cuidado sobre vos mismo, añadía, para conservaros delante de Dios en una gran pureza de corazón, evitando las más pequeñas faltas. Cuando orais, representaos que Dios está presente y que vos le estais también presente á él, como si estuviéseis con él á solas. No os seais vos mismo la regla, como si quisieseis guiaros por vuestro propio espíritu. No juzgueis á nadie. Es monstruoso en un monje el jurar, el proferir una mentira, el echar una imprecación, el injuriar á alguno ó chancearse con él; y debe temer tanto la vanidad, que considere como un gran perjuicio que se le hace las alabanzas que le dán ó los honores que se le tributan.

San Pemen era algunas veces consultado por el abad Sármatas, solitario diferente de aquel de quien hemos hablado en la vida de San Antonio. Por consejo suyo, hacía frecuentemente un retiro de cuarenta días, pasando este tiempo en mayor silencio y recogimiento. El Santo le preguntó un día qué creía él haber ganado con este ejercicio. Sármatas le dijo que había obtenido la gracia de vencer fácilmente el sueño. Este fervoroso solitario decía en cierta ocasión, que prefería un hombre que había cometido un pecado, pero que lo reconocía y hacía penitencia de él, al que no habiendo pecado como el otro, se creyese justo é inocente. Encuétranse también otros consejos de este Sármatas en la *Recolección de los Padres*. Allí se refiere que un hermano le dijo cierto día: « Viéneme frecuentemente al pensamiento el vivir en la ociosidad y no hacer más que comer, beber y dormir. » Y él le respondió: « Comed cuando tengais hambre, bebed cuando tengais sed, y dormid cuando tengais sueño. » Aquel hermano admirado de esta respuesta, que era más irónica que seria, repitióla á un anciano que había ido á verle, y este le descubrió su verdadero sentido, haciéndole comprender que el Santo no había

pretendido aconsejarle otra cosa sino que tomase estos alivios en cuanto la necesidad de sostener el cuerpo le obligase á ello. Otro hermano dijo al mismo abad Sármatas : « Viéneme frecuentemente el pensamiento de salir de mi celda y de ir á ver á los demás hermanos. » — « No deis oidos á este pensamiento, le respondió él ; sino que cuando venga todavía á tentaros, decid á vuestro espíritu : « Yo os había antes escuchado en muchas otras cosas ; pero en cuanto á esta no puedo escuchaos. »

Queriendo San Pemen enseñar á un hermano cómo debe practicarse la humildad, le decía que cuando se había llegado á aquella pureza de corazón en la cual todas las cosas son puras, según la expresión de San Pablo, entonces se veía por debajo de todas las criaturas. « Pero ¿ cómo puedo yo, le dijo este hermano, creerme debajo de un homicida ? » — « Es que, respondió Pemen, un hombre verdaderamente puro, viendo á otro que comete un asesinato, dice dentro de sí mismo : Este hombre no ha muerto más que á otro hombre, y yo me doy todos los días la muerte con los pecados que cometo. »

Era una industria de su humildad el ocultar cuanto podía su mortificación y sus demás prácticas de piedad. El abad Daniel, que había sido discípulo de San Arsenio, contaba que un día fué á ver á nuestro Santo con otros solitarios, y que después de haber comido juntos les rogó que se fuesen un poco á descansar. Los otros lo hicieron, decía Daniel ; en cuanto á mí, como yo quería hablarle en particular, aguardé á que se hubiese retirado en su celda mientras los otros estaban acostados. Pero cuando quise irle á ver, advertí que al instante en que oyó que me acercaba, se echó sobre su cama con la posición de un hombre que duerme. Lo cual él hacía para ocultar mejor sus santas prácticas.

Un solitario que moraba fuera de las murallas de su aldea, había pasado muchos años sin poner en ella los pies,

y se citaba por ejemplo á otros hermanos reprochándoles que ellos iban allá con demasiada frecuencia. Esto fué referido á San Pemen, quien respondió : « Si yo hubiese estado en su lugar habría entrado en ella de noche y hubiera recorrido sus calles, á fin de impedir á mi corazon que se complaciera á sí mismo por no haber ido allá. »

Aun cuando ocultó cuidadosamente sus piadosas prácticas, guardóse bien sin embargo de hacer ninguna cosa que pudiese escandalizar á los demás. Vióse esto en la ocasion que vamos á referir. Un seglar, siervo de Jesucristo, recibió en su casa á algunos solitarios, de cuyo número era San Pemen, y se los quedó á comer. Sirvióseles carne, y todos la comieron, excepto él. Admiráronse de esto tanto más cuanto que, conociendo su discernimiento, hubiérase creído que él no se habría querido hacer singular. Despues de la comida, preguntáronle la razon de ello, y dijeron : « ¡ Pues qué ! ¿ vos sois el abad Pemen y habeis obrado así ? » Respondióles : « Perdonadme padres míos ; vosotros habeis comido carne, y nadie se ha escandalizado de ello. Pero no ignorais vosotros que hay muchos hermanos que se dirigen á mí ; si ellos supiesen que yo había comido carne, podrían encontrar estraño con razon el que yo les aconsejase que no la comiesen, y esto les haría daño. » Todos admiraron entonces su prudencia y aplaudieron su conducta.

Podemos colocar en el rango de sus principales virtudes su desapego de los bienes de la tierra y su desinterés. No encontraba que conviniese á un solitario el disputar en la venta de sus trabajos con aquellos que los compraban. Un hermano que iba al mercado á vender los suyos, le preguntó cómo debía portarse, y él le dijo : « Guardaos bien de venderlos en más de lo que valen ; y si se presenta alguno para comprarlas á menor precio, amad al que os hace violencia y vendédselas sin dificultad. » En cuanto á él, ni

quería ganar, ni hacer perder á los demás ; y miraba como un provecho para su alma, la ganancia que los demás hacian comprando sus trabajos.

He ahí un rasgo de su historia que prueba cuán desinteresado era. Ocupábase ordinariamente con los hermanos en hacer cestas ; pero como no tenía cuerdas para terminarlas, ni dinero para comprarlas, no las podía vender. Sabiendo esto un solitario que le conocía, advirtió á un mercader, hombre de bien, sobre la necesidad en que se hallaba, y este mercader fué al instante á tomar aquellas cestas todavía imperfectas, fingiendo necesitarlas para su tráfico. El solitario que le había procurado su venta, fué á verle algun tiempo despues, y le dijo lo que había hecho en favor suyo. Pemen sintiólo vivamente porque se había formado como una ley de no recibir de nadie cosa alguna, por miedo de ser cargoso á alguien. Dijo á este solitario : « Os suplico, Padre mio, que alquileis un camello y me traigais de nuevo esas cestas. Yo no puedo resolverme á recibir un gusto á costa de mi prógimo. » Viéndole el hermano con aquel pesar, volvió á traer las cestas que Pemen recibió con tanta alegría cuanto otro la hubiese tenido por haber encontrado un tesoro.

Negóse en cierta ocasion á decidir sobre lo que un solitario debía hacer de una sucesion que le había caido, y el cual venía á consultarle sobre esta materia. Despues de haber pedido tres dias para pensar en lo que debía aconsejarle, le respondió : « Yo no sé, hermano mio, qué deciros. Si os aconsejo que la deis á la Iglesia, se harán festines sobre esto ; si os digo que la deis á vuestros parientes, Dios no os lo tomará en cuenta ; si os exhorto á darla á los pobres, no lo querreis hacer. Disponed pues de ella como os plazca ; en cuanto á mí, no quiero responder de este negocio. »

Este gran Santo no iba jamás á la iglesia sin que antes

se hubiese preparado á presentarse allí delante de Jesucristo con una gran pureza de corazon. Examinaba para ello todos sus pensamientos y afectos, y empleaba una hora entera en examinarse de este modo. Entraba algunas veces en un tan profundo recogimiento al meditar los misterios de nuestra religion, que levantándose por encima de los sentidos, llegaba hasta el éxtasis.

El abad José contaba haber sabido del abad Isaac, que estando un dia sentado junto á él, se apercibió de repente que estaba en éxtasis. Como era íntimo amigo suyo, despues que hubo vuelto en sí, echóse á sus pies, y le suplicó que le dijese en dónde había estado su espíritu en aquel tiempo. El Santo no le respondió hasta despues que le hubo instado mucho á ello; y finalmente le dijo: « Hallábame en espíritu sobre el calvario con la santa Madre de Dios, que lloraba al pié de la Cruz; y os confieso que quisiera pasar toda mi vida llorando de la misma manera. »

Es probable, que se halló presente en la muerte de San Arsenio; porque se dice en la *Recoleccion de las palabras notables de los Padres de los desiertos*, que San Pemen, viendo que él había entregado el alma, exclamó derramando muchas lágrimas: « ¡ Cuán dichoso, sois, oh Arsenio, por haber llorado tanto en este mundo! Los que no lo hacen, llorarán en la eternidad. O hay que derramar lágrimas voluntarias en este mundo, ó prepararse á derramar las con desesperacion en medio de los tormentos eternos.

El gran Arsenio hacía un caso tan grande de su virtud, que algunas veces refería sus sentencias como oráculos para servir de instruccion á los hermanos. Uno de ellos fué cierto dia á decirle: « Padre mio, quiero meditar con frecuencia en lo que he leído en las sagradas Escrituras; Pero mi corazon no se mueve con ello á compuncion porque no penetro bien su sentido, lo cual me aflige mucho. » A este propósito le respondió San Arsenio. « No dejeis sin em-

bargo, hijo mio, de proseguir meditando sobre estas divinas palabras ; porque he aprendido del abad Pemen y de algunos santos padres, que asi como aquellos que conjuran á las serpientes no oyen las palabras que pronuncian para ello, y sin embargo las serpientes sienten sus efectos, de la misma manera aun cuando nosotros no concibiéramos nunca el sentido de las divinas Escrituras, los demonios lo comprenden muy bien, y conociendo su poder se espantan de él, y nos abandonan, no pudiendo resistir la fuerza de las palabras que el Espíritu Santo ha proferido por la boca de sus siervos los profetas y apóstoles. »

Pondremos aquí la historia edificante de un anacoreta de Constantinopla, que San Pemen contaba á los hermanos como bastante reciente entonces para servirles de ejemplo de humildad, é inducirles á huir la estimacion y las alabanzas de los hombres. En uno de los barrios de Constantinopla que se llama el séptimo, decia él, al que los emperadores, al salir de la ciudad, acostumbraban ir para tomar algun reposo, había un solitario que guardaba un exacto retiro en su pequeña celda. Habiéndolo sabido el emperador Teodosio, quiso verle, y prohibió á las personas de su séquito que se acercasen á la celda. Adelantóse completamente solo, quitóse la diadema para no ser conocido, y llamando á la puerta, el solitario le abrió y no le reconoció. Despues de haber hecho segun costumbre la oracion, sentáronse, y el emperador le preguntó cómo vivian los solitarios de Egipto. « Todos ruegan por vuestra prosperidad, le respondió él, hablando más bien por una inspiracion secreta que por alguna sospecha que tuviese de su dignidad. » Sin embargo echando Teodosio una tojeada por todas las partes de la celda, no vió en ella más que algunos panes secos en una cesta, y le dijo: « Padre mio, dadme vuestra bendicion, y despues comeremos un poco. » Al instante el solitario tomó agua, y echó en ella un poco de sal, y

empapó en la misma pedazos de pan de los que comieron juntos ; despues de lo cual, le presentó agua de la que bebió. Entonces Teodosio le preguntó si le conocía, y él le confesó que no ? « Yo soy el emperador, replicó él ; Yo he venido por la devocion de veros. » A estas palabras el solitario se echó á sus pies para manifestarle su respeto, y Teodosio le dijo : « Sois bienaventurados, vosotros los solitarios ; os veis libres de las ocupaciones del siglo ; llevais una vida dulce y tranquila ; no teneis otro cuidado que el de la salvacion de vuestras almas, y no trabajais más que para el cielo. Yo, por el contrario, que he nacido entre la púrpura imperial y que me siento en el trono, puedo con verdad decir que jamás me he sentado á la mesa sin tener el espíritu preocupado con mil cuidados. » Dióle en seguida muchas muestras de estimacion de su virtud, y se retiró.

La misma noche, haciendo aquel siervo de Dios reflexion sobre aquella honrosa visita, dijo dentro de sí mismo : « Yo no puedo morar más aqui ; porque, cuando se sepa que el emperador me ha hecho el honor de venirme á ver, no solamente muchos del pueblo, sino tambien los grandes señores de la corte y los senadores vendrán aquí y me honrarán como un hombre de Dios. A la verdad, esto no les podría dañar, puesto que lo harían teniendo á Dios á la vista. Pero en cuanto á mí, tengo todo motivo de temer que el demonio no se sirva de ello para seducirme, inspirándome gusto en sus alabanzas y complacencia en el bien que dirán de mí. Así que yo perderé la virtud de la humildad, llenándome con el gusto de las alabanzas de los hombres. » Despues de estas consideraciones, no aguardó á que se hiciese de dia, sino que salió de su celda y se retiró á Egipto en el desierto, para vivir allí con los otros solitarios. He ahí, queridos hermanos míos, añadía San Pemen, con qué cuidado estuvo atento este siervo de Dios en conservarse en humildad, para no perder el fruto de sus trabajos, y

para obtener de Nuestro Señor Jesucristo en el cielo la recompensa de ellos. »

Sería de desear que los historiadores nos hubiesen dicho el tiempo y las circunstancias de la muerte de San Pemen, pero ellos nos lo han dejado ignorar. Tillemont cree que ha habido dos con el nombre de Pemen, el uno más antiguo que el otro, sin que este de quien hablamos hubiese vivido demasiado tiempo. Pero los continuadores de Bolando han probado en un sistema cronológico que han dado para fijar el tiempo de su muerte, que él pudo haber vivido ciento diez años. Lo cual nos obliga á abandonar la opinion de Tillemont, puesto que no faltan ejemplos de solitarios que hayan vivido tan larga vida. El nombre de San Pemen se encuentra en el *Martirologio romano*, en el 27 de agosto. Los Griegos celebran su gran oficio el mismo dia, y le tributan grandes elogios, como lo hemos notado ya.

DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN PEMEN ¹

En la Vida de San Pemen hemos traído una parte de las instrucciones edificantes que daba á los solitarios ; pero la relacion de sus acciones habría quedado interrumpida si hubiésemos inserto en ella todas las que los autores de la *Historia monástica* nos han conservado. Recogemos aquí las principales que formarán como un cuerpo de doctrina espiritual que todavía nos harán comprender mejor la eminen- cia de sus luces, la grandeza de su sabiduria y la piedad de sus sentimientos.

¹ Casiano, Cotelier, Los Bclandistas.

Bien parece que Dios era quien hablaba por su boca, puesto que en cierta ocasion le hizo partícipe del don de lenguas y de profecía. Habiendo venido de Siria un solitario llamado Juan para consultarle sobre el endurecimiento del corazon, contaba despues á otros hermanos que, no entendiendo el egipcio que era la lengua del Santo y no hablando sino el griego que el Santo no entendia, se vió muy embarazado para proponerle sus dificultades, no habiendo nadie á su lado que pudiese servirle de intérprete. Finalmente viendo San Pemen su embarazo y la pena que experimentaba por esta causa, se puso á decir en lengua griega, la que jamás habia hablado: « El agua es blanda y la piedra es dura. Sin embargo el agua, cayendo desde un vaso gota á gota sobre la piedra, la atraviesa poco á poco. Lo mismo sucede con la palabra de Dios; aun cuando ella sea en algun modo blanda por su dulzura, y aun cuando nuestro corazon sea duro por su insensibilidad, si uno tiene cuidado de escuchar frecuentemente esta divina palabra, ella abre finalmente el corazon, á pesar de su dureza, para hacer entrar en él el temor del Señor. »

En lo que hemos dicho de sus virtudes ha podido reconocerse que estaba lleno junto á Dios de las verdades que enseñaba á los demás; y que podía comparársele á una vacía que no dá más que de su abundancia. Tambien decía que el que enseña á los otros lo que él mismo no practica, es semejante á una fuente que dá agua para refrigerar la sed, ó para lavar, y que ella misma no se descarga del mal cieno que tiene en el fondo de sus aguas.

Decía además que debe uno aplicar su corazon á practicar lo que la lengua prescribe á los otros que hagan. Porque, añadía, hay hombres que son perfectos en palabras y muy imperfectos en la práctica. Decía tambien: « Que un hombre sensato y que no está sugeto á seguir sus pasiones, puede dar lecciones á los demás; pero que si es de otra

manera, podrá comparársele al que destruyera su casa para edificar la de otro. »

Se encuentran en la *Recoleccion de las Sentencias* tres cortas reglas de conducta, la primera de las cuales conviene á todo el mundo, la segunda á las personas que viven en comunidad y la tercera á un solitario. Un hermano le preguntó cómo debía portarse para vivir santamente, y él le respondió: « Ved lo que se dice en el profeta Daniel: sus enemigos que eran tambien los enemigos de Dios, no pudieron encontrar contra él causa alguna de acusacion, excepto en el culto legítimo que tributaba á Dios. » Otro hermano le dijo: « Padre mio, yo quisiera entrar en un monasterio y consagrarme en él para siempre al servicio de Dios. » — « ¿ Quereis, le respondió el Santo, vivir en un monasterio? Pero sabed que jamás sereis un verdadero cenobita, si no os proponeis desapegaros de toda vana sollicitud, guardar el silencio y no apropiaros ni el más insignificante mueble. »

Decía en otra ocasion: « Los que viven en comunidad deben ser fieles en tres cosas: en ser muy humildes, en someterse dócilmente á las leyes de la obediencia, y en dedicarse con ardor y fidelidad á los empleos que se les confien. »

Otro hermano le preguntó si era mejor vivir solo ó en comunidad, y él respondió: « Si teneis bajos sentimientos de vos mismo, y estais siempre dispuesto á condenaros á vos mismo, podeis morar en todas partes; pero si teneis sentimientos de presuncion y quereis levantaros y alabaros, no podreis vivir en ninguna parte. Por más buena cualidad que tengamos, ó por mucho bien que obremos, jamás debemos tomar en él una vana complacencia, si no queremos perder todo su mérito. »

Dándole cuenta un solitario de sus pensamientos, le respondió: « El monge que reprime la gula con el ayuno, que

pone un freno á su lengua con el silencio, que no pierde el tiempo en rodar y disiparse, puede esperar con confianza que no morirá eternamente, sino que gozará en el cielo de la vida eterna. »

Otro solitario le preguntó cómo debía portarse en su celda, y él le respondió: « En cuanto á la conducta exterior, debeis trabajar con las manos, comer una vez al dia, guardar el silencio y hacer vuestra oracion : he ahí lo que pertenece á los ejercicios exteriores ; pero para aprovecharos todavía más en la vida interior, conservaos en una grande igualdad de espíritu en donde quiera que os halleis, y sed asiduo á las horas del oficio y en todos los ejercicios particulares. Si despues de haber cumplido con el trabajo que la obediencia os prescribe, os queda todavía tiempo disponible, retiraos al oratorio, y allí aliviad á vuestra alma junto á Dios. Finalmente, por última y principal instruccion os recomiendo que os asociéis con los que son buenos religiosos, y no tengais amistad particular con los que no lo son. »

San Antonio había dicho que la discrecion era la virtud que nos llevaba más seguramente á la perfeccion. San Pemen la recomendaba en el mismo sentido que el gran Antonio. Decía que había que mirar como una ilusion del demonio lo que nos inducía á excesos. Aun cuando recomendaba mucho el ayuno y la mortificacion del cuerpo, quería sin embargo que se usara de moderacion, aunque no fuese sino para evitar los lazos de la vana gloria ; y siendo consultado sobre la regla que á este propósito debía observarse, respondió: « Yo quisiera que un monge comiese una vez al dia, sin pero sin saciarse ; porque es de temer que no se insinúe la vanidad en los ayunos que se llevan hasta á no comer sino cada dos ó tres dias. Nuestros Padres examinaron bien esto ; y despues de haber probado lo uno y lo otro, hallaron que era mejor hacer una pequeña

refeccion al dia, de suerte que se alimente uno frugalmente y que al mismo tiempo se sienta la pena del ayuno. » Ponía la discrecion en el número de los medios más seguros en el camino de la salvacion. El recato, la vigilancia sobre sí mismo y la discrecion, decía él, son los tres guias que el alma debe seguir fielmente. Confesaba que esta virtud no era tan comun como se pensaba ; y decía á este propósito : « Encuéntrase en los que nos han precedido en la vida monástica un gran número de solitarios que se han ejercitado en los mayores trabajos de la penitencia ; Pero son muy claros los que han sobresalido por el prudente discernimiento de la discrecion. »

San Pemen había recibido de Dios el don de consolar y fortalecer á sus hermanos en las tentaciones. A este propósito decía cosas admirables ; por esto los que eran importunados por ellas, recurrian á él de todas partes. Decía que en las tentaciones se reconocía al verdadero monge. Es necesario, añadía él, que esté siempre vigilando contra el tentador, casi como un guardia del emperador está junto á su persona, siempre presto á defenderle si fuese atacado. Decía un dia á su hermano Anub, á propósito de los malos pensamientos de que algunas veces se ve uno importunado : « Mirad lo que dice el profeta Isaias : ¿ Podrá el hacha gloriarse sin aquel que de ella se sirve para cortar ? (Isaia. 10. 25.) Así pues no deis oidos á las tentaciones, y cesarán ; porque ellas nada pueden sin vuestro consentimiento. »

Fué á verle un solitario, muy alarmado, estando agitado por diversos pensamientos, los cuales, segun él decía, le ponían en peligro de ofender á Dios. El Santo le sacó al campo libre y le dijo que descubriese su seno y detuviese allí al viento. « Más esto es imposible, le dijo aquel religioso. » — « Si no podeis esto, añadió el Santo, tampoco podeis impedir que os vengán al espíritu estos pensamientos ; pero lo que sí podeis y debeis hacer es resistir á ellos. »

Otro hermano fué á quejársele de que el demonio procuraba corromper todos los actos de caridad que hacía para con su prójimo, tentándole de vanagloria ; porque, decía él, yo no puedo dar la menor cosa, ni siquiera un pedazo de pan, que no me venga al pensamiento que lo hago para agradar á los hombres. « Que esto no os impida, le respondió el Santo, de continuar ejerciendo la caridad, aun cuando sucediese que se mezclase en ello alguna consideracion humana, lo cual sin embargo hay que evitar ; y le añadió la siguiente parábola : Habiendo de cultivar su campo dos labradores, uno de ellos sembró en él grano, pero recogiólo en pequeña cantidad y aun este mezclado con zizaña ; el otro abandonó su campo sin sembrar en él cosa alguna, y por consiguiente nada recogió. Os ruego que me digais cuál de los dos tendrá con que vivir en el caso en que sobrevenga un hambre. » — « Sin duda, dijo aquel hermano, será el que ha sembrado ; aun cuando no haya recogido sino grano malo y en pequeña cantidad, al menos le servirá para alimentarle. » — « Hagámoslo pues así, replicó el Santo ; sembremos todos los dias obras buenas, aun cuando nuestra fragilidad mezcle frecuentemente faltas en ellas ; porque si no hacemos nada absolutamente, nuestra alma perecerá del todo. »

Había tambien un solitario que fué á encontrarle, y le dijo : « Yo soy atormentado de tentaciones violentas é importunas ; he ido á encontrar al abad Ibistion que no me ha dicho otra cosa sino que debía impedir que residiesen ni un solo momento en mi espíritu. » — « El abad Ibistion, respondió Pemen, vive en el cielo ; sus acciones son las de un angel, pero vos y yo somos todavia totalmente carnales y estamos sujetos á la tentacion. Sin embargo, tengamos confianza de que si sabemos macerar la carne con el ayuno, refrenar nuestra lengua y considerarnos como estraños en este mundo, no pereceremos. »

Por poca pena que se me dé, deciale otro hermano heme ahí en la languidez ; mi corazón queda por ella del todo abatido. A lo cual respondió : « Ved, hijo mio, cómo José, tan jóven como era, pues que no tenía sino diez y siete años, sufrió sin embargo la tribulación con tanta paciencia, que mereció que Dios le levantase en seguida tanto cuanto había sido humillado. Ved también cómo sostuvo Job los males con paciencia ; sus terribles pruebas no le impidieron de conservarse siempre apegado á Dios. »

Otro solitario se le quejaba también de estar sujeto á las tentaciones contra la pureza y contra la dulzura cristiana, sintiéndose agitado por movimientos de cólera. A lo cual él respondió : « David decía que hería al león y ahogaba al oso, para enseñarnos que hay que reprimir la cólera esforzándose en moderar su humor ; pero que era necesario ahogar de algun modo la incontinencia oprimiéndola con el trabajo. »

Recomendaba que no se enojase uno por la dureza de la tentación, y quería que se la sostuviese con paciencia, aun cuando tuviese que durar mucho tiempo. A este fin aplicaba aquellas palabras del evangelio : *No esteis solícitos del día de mañana* (Matth. 6. 34.) Porque, decía él, en vez de dejarse abatir pensando dentro de sí cuánto durará todavía la tentación, hay que decir más bien todos los días : « Hoy seré atacado, y por consiguiente debo volver á tomar nuevos bríos. »

Otro hermano le dijo un día : « Padre mio, ¿ qué debo yo hacer hallándome frecuentemente con grandes turbaciones interiores ? » Él le respondió : Gimamos y lloremos á los pies de Dios, implorando su paternal bondad en las turbaciones de que es agitada nuestra alma, hasta tanto que nos haga sentir su misericordia devolviéndonos la paz. » Dió el mismo consejo á otro hermano que se le quejaba de malos pensamientos. « Representaos, le respondió,

un hombre que tiene fuego en su izquierda y una copallena de agua en su derecha. Si el fuego llega á encenderse, él se sirve del agua de la copa para apagarlo. Este fuego representa la tentacion del demonio, y el agua el recurso que debemos tener á Dios postrándonos humildemente delante de él para implorar su proteccion. »

Decía que hay tentaciones que no pocas veces no pueden vencerse, sino por el ayuno. « Cuando David combatía contra un leon, decía él, tomábalo por la garganta y le ahogaba. Si sabemos pues hacernos señores de nuestra boca y del vientre, triunfaremos fácilmente del leon invisible que es el demonio. » Tambien recomendaba la fuga de las ocasiones. « Si un hermano, decía él, se encuentra en una ocasion próxima y no la quiere dejar, es comparable á un hombre que tuviese un campo que dejase devorar por las orugas. » Decía tambien : en primer lugar huid ; en segundo lugar, os vuelvo á decir : huid ; en tercer lugar, sed como una espada de dos filos.

« Cuando se trataba de las tentaciones de impureza y maledicencia, decía tambien, son estas cosas tan odiosas, que más vale no hablar de ellas y ni siquiera fijarles la atencion ; porque si uno se detiene en examinar cómo suceden en nuestra alma, esto no servirá para arrojarlas. El mejor partido es rechazarlas con severidad ; así se verá uno más pronto libre de ellas y encontrará el descanso.

Recomendaba mucho la paciencia en la tentacion, y el abad José refería de él esta sentencia : « Si se encierra una serpiente ó un escorpion en un vaso que se tenga mucho cuidado de cerrar bien es preciso que con el tiempo muera el animal. Lo mismo sucede con las tentaciones que el demonio excita en nosotros ; si se guarda la paciencia, tendrás el consuelo de verlas cesar. »

La humildad ha sido siempre mirada por los santos como el fundamento y la prueba de todas las virtudes. San

Pemen decía que ella es tan necesaria al alma como la respiracion al cuerpo. Para dar á entender cuán rara es esta virtud, decía que los hombres llevan su maldad escondida detrás de ellos. Hacía poco caso de las virtudes de un solitario si le faltaba humildad ; y hablando de un monasterio en que no la veia practicar bastante, decía suspirando : « Todas las virtudes han entrado en esta casa á escepcion de una sin la cual no obstante jamás estará uno bien. » Y como se le preguntase qué virtud era esta, respondió : Es la de reprenderse á sí mismo, lo cual es la misma cosa que la humildad. Aseguraba que esta virtud era la fuente de la paz del alma ; porque, decía él á un hermano, si vos teneis una baja idea de vos mismo, estad cierto que tendreis reposo en cualquier parte que os hallareis.

Por el mismo principio, dando avisos á un solitario, le decía : « No creais bastaros á vos mismo, sino juntaos con alguno que sea realmente bueno, y cuya union os será por consiguiente útil. »

Habiendo algunos solitarios entrado en conferencia con él, uno de ellos se puso á alabar á otro hermano que estaba ausente, diciendo de él que era muy bueno, y sobre todo que tenía horror al mal. San Pemen le preguntó qué entendía por tener horror al mal. El hermano que no esperaba esta pregunta, no supo qué responder, y le suplicó que se lo esplicase él mismo. Entonces el santo dijo : « Aquel se dice que tiene verdadero horror al mal, que lo concibe por sus propias faltas, y que no sabe decir de los demás sino bien. »

Un dia le dijo un hermano : « ¿ Cómo, Padre mio, puedo evitar el hablar de mi prójimo ? » Y él le respondió : Esto es si sois bastante humilde para reprocharos vuestros propios defectos. Imaginad para esto que vos y vuestro prójimo sois como dos cuadros. Si al considerar el que os representa, no encontrais en él sino defectos, indudable-

mente hallareis que el de vuestro prójimo es respetable en comparacion del vuestro. Si por el contrario el vuestro os parece bueno, hallareis feo el de vuestro prójimo. Así que os guardareis bien de maldecir á quien quiera que sea, si pensais más bien en reprenderos á vos mismos. »

Para mejor conservarse en la humildad pensaba tambien que convenia más mostrar á los otros lo que debian hacer practicándolo él mismo que reprenderles ó darles órdenes. (Cot. 1. 1. p. 633.) Un religioso le dijo un dia : « Padre mio, yo no vivo solo, sino con otros hermanos ; ¿ me aconsejais vos que les prescriba lo que deben hacer ? » — « No, respondió él ; más bien hacedlo vos mismo, y si ellos tienen buena voluntad de ejecutarlo, verán en vos lo que han de practicar. » — « Pero, replicó el religioso, frecuentemente me han testificado que deseaban que yo les prescribiese. » — « Yo no soy de esta opinion, replicó el Santo ; yo pienso que es mejor que vos les sirvais de modelo. que no que os hagais legislador. »

La paciencia y la suavidad son hijos de la humildad, mientras que el odio y la envidia la combaten y destruyen ; por lo cual detestaba él tanto estos vicios cuanto recomendaba estas virtudes. Decia un dia á un solitario : « No permanezcáis en un lugar en el que os apercibais que algunos hermanos hayan concebido odio contra vos ; porque allí no podreis hacer el menor progreso en la virtud. » Decia que un verdadero monje no sabia disputar ni volver mal por mal ni encolerizarse. Un hermano le hizo un dia esta pregunta : ¿ En qué consiste, padre mio, el encolerizarse á propósito contra su projimo ? » A lo cual respondió él : « Cualquier injuria que otro hermano os diga, si por esta causa os irritais contra él, esto no viene á proposito, aun cuando él llevase la maldad, hasta arrancaros el ojo derecho ó cortaros la mano derechaos. Os lo repito : si os encolerizais contra él, es un despropósito ; pero si el quiere

separaros de Dios esto es otra cosa ; en este caso podeis animaros de justa cólera. »

Otro solitario le preguntó como debian entenderse aquellas palabras de la Escritura : No devolvais mal por mal. Él le respondió : « Esto tiene cuatro grados : 1º El resentimiento del corazon ; 2º el aspecto ó aire que se toma ; 3º la palabra ; 4º la accion. Si reprimis el movimiento del corazon tambien contendreis el aspecto, y vuestra emocion no dejará traslucirse en el rostro. Y si os parece estar conmovido, detened la lengua. Pero si por ultimo os escapa alguna palabra, deteneos al instante, sin lo cual pronto llegareis á devolver mal por mal. »

El abad Bitimio fué á consultarle el siguiente caso : « Si alguno ha concebido enemistad contra mí y persevera en su aversion aun cuando he procurado suavizarle pidiéndole perdon, ¿ cómo debo portarme ? » Él le respondió : « Tomad con vos á dos hermanos, y en presencia suya id todavia á echaros humildemente á sus pies y pedidle perdon. Si se niega á concederoslo, ir allá por seguida vez acompañado de cinco hermanos ; si todavia resiste llevad con vos al sacerdote y haced como antes ; si á pesar de esto no se rinde rogad á Dios que toque su corazon y quedaos tranquilo. »

Hablando un dia de aquellas palabras del Evangelio : No puede darse mayor caridad que dar la vida por el prójimo, decia : Si un hermano al que se dice alguna cosa que le molesta, se hace violencia para no contestar, cuando podia replicar en el mismo tono, ó si habiendo recibido algun mal servicio, sufre con paciencia en lugar de devolverlo semejante, puede decirse de él que da su vida por el prójimo. A este mismo propósito decia : « No se reprime la malicia con la malicia ; pero si alguien os daña, hacedle bien y así corregireis su maldad. »

Este gran santo recomendaba mucho que se combatiese

la pereza y la ociosidad, y nobuscase uno sus comodidades. Exigia de un monje que llevase una vida trabajosa, mortificada, penitente. Leemos en el Evangelio, decia él, *que el que tiene un vestido debe venderlo y comprar con su precio una espada* (Luc. 22, 36.), para darnos á entender que no hay que buscar su reposo y sus comodidades sino que hay que abrazar la mortificacion y andar por la via estrecha. La pereza, decia él á un hermano que le preguntaba sobre esto, es un vicio capital, ni conozco otro peor ; y si llega uno á comprender del todo su felicidad, obtendrá en vez del funesto reposo que consigo trae, la paz verdadera del alma. Añadia que este vicio debe ser mirado por un religioso como una abominacion delante de Dios. La pobreza voluntaria, el trabajo, el ayuno, son la herencia del solitario, y segun él decia tambien, si á ellos es fiel, Dios habitará en él. Decia tambien que asi como el humo echa á las abejas de sus colmenas, asi la pereza echa del corazon del solitario el temor de Dios.

El superior del monasterio le preguntó cómo podria adquirir el temor de Dios. El santo sabia verosimilmente que en su comunidad no habia bastante mortificacion, por lo cual le respondió : « ¿ Cómo podremos jamás gloriarnos de obtener este precioso don, si estamos llenándonos el estómago de queso, y nuestro vientre se ha convertido en un tonel de carne salada ? »

Decia en otra ocasion : « Si Nabuzardan, jefe de cocina del rey de Asiria, no hubiese ido á Jerusalem, el templo no hubiera sido quemado. De la misma manera si nosotros no nos entregáramos á los deseos de la gula, jamás el enemigo prevaleceria contra nosotros. »

Hay tres cosas decia él de que no podemos privarnos : la comida, el vestido y dormir. Pero de estas tres cosas podemos cercenar lo que es superfluo y reducirnos á lo necesario. Un hermano le dijo que comia demasiadas le-

gumbres ; pero él le respondió que debía contentarse con comer unas pocas con pan, y añadió que no recurriese á sus parientes para las cosas que necesitaba ; queriendo por ahí darle á entender que más bien debía trabajar por tener lo necesario. Cuéntase tambien de él esta hermosa sentencia. Si un religioso tiene verdaderamente horror á la sensibilidad y á la vanagloria se encontrará libre de la servidumbre del mundo. Finalmente decia que el verdadero medio de sobrepujar todo lo que es penoso, consiste en no quejarse de ello, sino sufrirlo en silencio.

No queria que el monje se contentase con prácticas exteriores de mortificacion y penitencia, si estas no eran efecto de la sincera contricion del corazon. Por esto insistia mucho en la confesion de sus pecados, en la humillacion delante de Dios, en las lágrimas de compuncion, y esto era una de sus principales recomendaciones. Habiéndole pedido un hermano alguna palabra de edificacion, le dijo que los antiguos prescribian á los que comenzaban en la vida religiosa que se excitasen á la contricion y á llorar sus pecados. De la misma manera, añadia él, si un alma se humilla delante de Dios haciéndole la confesion de sus faltas es indudable que Dios le amará en su misericordia.

Otro hermano le preguntó tambien lo que debía hacer habiendo cometido muchos pecados ; y él le respondió : « El que quiere purificarse de sus pecados debe hacerlo por las lágrimas, y el que quiere adquirir las virtudes debe igualmente llorar, porque, añadia él, la compuncion es el camino de la salvacion, que la Escritura y los Padres nos han mostrado, diciéndonos frecuentemente : llorad. Ellos no han reconocido otro. Sin embargo no bastaria llorar uno sus pecados para llenar todas las condiciones de una verdadera contricion. El pesar de las faltas que se han cometido no es más que una parte de ella. Hay que añadir á la misma la segunda, que consiste en el firme propósito de no

pecar más. » En este sentido habiéndole preguntado un hermano en qué consistía hacer penitencia de sus pecados respondió « en no volver á caer más en ellos. Porque, añadía él, se dice de los justos que son inmaculados ó sin mancha porque han abandonado el pecado y han sido justificados. »

Otro solitario le rogó también que le prescribiese la conducta que debía seguir y le dijo: « Ya sabéis que se dice en la Escritura que habiendo Abraham entrado en la tierra prometida, compró un sepulcro para ser enterrado en el mismo y que comprándolo poseyó un terreno en propiedad. » — « Pero, preguntó el solitario, ¿ qué queréis darme á entender con esto? » — « Un sepulcro, respondió él, es un lugar de tristeza y de llanto.

Pidiéndole también otro solitario un consejo, él no le respondió más que aquellas palabras del real Profeta: *Yo confesaré mi iniquidad y meditaré el pecado que he cometido.* (Psal. 37, 19.)

Pidiéndole todavía otro una regla de conducta le dijo: « Cuando Dios nos llame ¿ qué cosa será la que nos dé más cuidado? » El hermano respondió: « Serán nuestros pecados. » — « Pues, replicó el santo, lo mejor que podemos hacer es retirarnos á nuestra celda y en ella traer á la memoria en reposo con contrición el recuerdo de nuestros pecados, y estemos seguros de que Dios estará siempre con nosotros. »

Por último, hablando de los efectos de la compunción, decía que esta nos procuraba una doble ventaja: la una de hacernos adelantar en el bien; la otra de sostenernos en él.

Miraba la obediencia y la renunciación de su propia voluntad como un eficaz instrumento del alma para llegar á la perfección, y decía que el solitario se adelantaba en virtud según que más desconfiaba de sí mismo, más recur-

ria á Dios en los pesares con una más profunda humildad, y más echaba detrás de sí su propia voluntad ; porque, añadía él, nuestra propia voluntad es como un muro de bronce que ponemos entre Dios y nosotros, ó como una piedra que de él nos aleja. Abandonemos pues nuestra voluntad, y podremos decir con el Profeta : *El muro no me detendrá ; yo lo pasaré para ir á Dios.* (Psal. 17, 30.)

Decia un dia á un solitario : « No sigais jamás vuestra voluntad, sino sometedla humildemente á la de vuestro hermano. Se dice de él, que aun cuando tuvo una gran repugnancia en ir á comer fuera de su celda á la de los otros, sin embargo para no contristar á sus hermanos y para mejor romper su voluntad, iba allá alguna vez aun cuando la violencia que se hacia le hizo derramar lágrimas, y se añade que inmolaba su propia voluntad por seguir la de los otros, tanto por espíritu de sacrificio como por caridad.

Un solitario llamado Abrahan, discípulo del abad Agaton, le dijo un dia : ¿ De dónde procede, padre mio, que los demonios me asedian tanto con tentaciones ? » — « Los demonios os asedian, le respondió el santo ; pero creedme, ellos no combaten contra nosotros mientras seguimos nuestra voluntad : Esta voluntad es más bien la que hace contra nosotros la funcion de los demonios, y nos asedia para obedecerles. Si quereis saber quiénes son aquellos con los cuales los demonios han entrado verdaderamente en guerra, sabed que son Moisés y sus semejantes. »

Tambien se encuentra en la *Recoleccion de sus Sentencias*, que recomendaba mucho la práctica de la caridad, no solo la interior que consiste en no juzgar mal de su prójimo y en tener para con el sentimientos de un puro afecto, sino tambien la exterior, tributándole todos los buenos servicios que se puedan. El abad José le pregunto un dia cómo podria llegar á ser un verdadero solitario ; y él le respondió :

« Vos no gustareis las ventajas de vuestro estado y la paz que en él se experimenta, y no tendreis la recompensa de la otra vida, si no teneis de vos mismo bajos sentimientos diciéndoos : ¡ Ay ! ¿ Quién soy yo ? Añadid á esto la gran regla de caridad, que consiste en no juzgar jamás mal del prójimo.

Otro hermano le dijo : « Padre mio, cuando yo veo caer á un hermano en alguna falta, ¿ es conveniente que no hable de ella ? » — « Si, sin duda, le respondió ; porque si nosotros cubrimos con el silencio las faltas de los demás, Dios cubrirá tambien las nuestras ; y si las divulgamos, Dios manifestará tambien las nuestras. » Otro le dijo tambien : « Padre mio, cuando yo estoy solo en mi celda me encuentro aburrido ó con un temor que me abate. » Él le respondió : « Tened por máxima el no condenar ni despreciar á nadie. Evitad toda disputa y todo propósito contra el prójimo ; y vereis que en recompensa de vuestra caridad Dios os concederá la gracia de gustar el reposo y la tranquilidad de vuestra soledad.

Encuéntranse á veces solitarios, decia tambien, que estan en su celda observando un gran silencio ; pero si en aquel tiempo se ocupan en su interior de la conducta de los demás y les condenan en su corazon, puede decirse de ellos que han hablado todo el dia. Un hermano le preguntó en cierta ocasion en qué consistia la fé practica, y él le dijo : « En vivir en la humildad y en ejercitar la misericordia para con los demás. » Tenemos necesidad decia tambien de tres cosas : del temor de Dios de orar frecuentemente y de ejercitar la caridad para con el prójimo.

Un hermano le dijo que habia encontrado un lugar a propósito para favorecer el gusto que tenia al retiro y en el que podia gozar de gran reposo : « Morad, le respondió él, en donde no causéis molestia á nadie. » Supongamos, decia tambien, que tres solitarios se ponen de acuerdo para

morar juntos, que uno de ellos se aplica mucho á la contemplacion y al reposo de la vida interior, que el segundo está enfermo habitualmente y sobrelleva su mal con sumision y accion de gracias á Dios y que el tercero le sirve con pureza de intencion ; os aseguro que, aun cuando se diferencian en sus practicas, puede mirrarseles como que no hacen más que una misma accion y de igual mérito.

Un hermano le dijo en cierta ocasion : « Os suplico padre mio, que me digais si, habiendo prestado una pequeña suma de plata á otro solitario, hallais bien que yo se la pida. » — « Hacedlo solamente una vez, le respondió. » — « Pero, replicó el hermano ¿ cómo podré despues librar mi espíritu del pensamiento que me vendrá si no me la devuelve? » — « No os dejéis preocupar de esto ; y aun cuando este pensamiento inundase vuestro espíritu, no os hagais importuno á este solitario.

Otro le dijo tambien en otra ocasion : « Encontréme en necesidad hace algun tiempo y rogué á un hermano que me prestase un poco de dinero ; él no me lo prestó, sino que su caridad le llevó á dármele de limosna. Si ahora yo me encuentro en estado de devolvérselo ¿ debo hacerlo, ó distribuirlo en limosna á los demás? » — « Mas bien hay que devolvérselo, dijo el santo, porque le pertenece. « — « Y si se niega á recibirlo, añadió el hermano, y me dice que lo dé por caridad á alguno, ¿ qué debo hacer? » — « Os lo repito, respondió el santo. Este dinero le pertenece ; seria vuestro si, sin habérselo pedido, os lo hubiese dado de su propia voluntad. Pero en fin, ya sea que pidais á un hermano ó á un seglar, si cuando le devolveis lo pedido se niega á recibirlo, he ahí lo que teneis que hacer. Distribuidlo de limosna á nombre suyo y despues de habérselo advertido.

Exigia de un verdadero solitario que guardase la modestia de los ojos, que velase sobre sí mismo y que se con-

servase en el recogimiento. Apartad los ojos decia un dia á su hermano Anubcon el real Profeta, apartad los ojos, á fin de que no vean la vanidad ; porque la libertad de los sentidos da la muerte al alma. Decia muy frecuentemente á los demás solitarios : « Acordaos, hermanos míos, que nada nos es tan necesario como velar continuamente sobre nosotros. » Desapeguémonos, decia tambien, de los objetos sensibles ; porque el que se detiene en ellos es semejante á un hombre que se encontrase al borde de un estanque muy profundo y á quien su enemigo podria facilmente empujar dentro y ahogarle. Por el contrario, el que no huye del atractivo de los sentidos, es como un hombre que se encontrase muy lejos de este estanque, de suerte que, aun cuando el enemigo quisiese echarle á él para ahogarle, antes de que hubiese podido obtener su intento, Dios habria venido en su socorro.

Vemos, decia él á un hermano que habia venido á instruirse al lado suyo, que cuando se pone en el fuego un vaso lleno de agua y está calentado por la llama, ninguna mosca ni otro insecto alguno se atreve á acercarse á él ; por el contrario, cuando está enfriado las moscas van á él en gran número. De la misma manera cuando nosotros nos aplicamos con fervor á las cosas espirituales y á los ejercicios de la vida interior, el demonio no se atreve á acercarnos y no puede perjudicar á nuestra alma.

Él no queria que se dejase uno llevar de vanos deseos, ni siquiera á una demasiado grande solicitud por las necesidades de la vida. Echad lejos de vos, decia á un solitario que le pedia consejo á este propósito, todos esos frívolos deseos que nacen en el corazon. Ni siquiera fijéis en ellos por un instante vuestra atencion sino estad muy lejos de ocuparos de ellos. Si os veis obligado á ocupar vuestro espíritu con alguna cosa que os sea necesaria, hacedlo en cuanto es preciso. Consiento que volvais á ella por segunda

vez, si se requiere ; pero si el pensamiento se presenta por tercera vez, echallo como vano y no le presteis más oídos.

Un hermano le pidió algun consejo para conducirse bien en el lugar de su morada y él le respondió : Portaos allí con la misma discrecion con que lo haria un forastero. Jamás pretendais que vuestro juicio prevalezca sobre el de los demás. Observando esto tendreis paz.

He ahí las reglas que daba sobre el silencio. Un hermano le preguntó si era más á propósito hablar que callarse, y él respondió : « El que habla por amor de Dios, hace bien ; y el que calla por amor de Dios, tambien hace bien. Si poneis un freno á vuestra lengua, decia el á otro, en todas partes estareis en reposo. Calquier pena que os sobrevenga, dijo tambien, si sabeis callaros, la habreis vencido. » Un hermano le dijo : Cuando veo alguna cosa, ¿ debo referirla al instante ? » Él le respondió : Ya sabeis lo que dice la Escritura : *El que responde antes de haber escuchado, es un insensato, y se hace despreciar.* Prov. 18, 13.). Así que, cuando, se os pregunta, responded en hora buena ; de otro modo guardad silencio.

Recomendaba la sinceridad y simplicidad religiosa ; y llamaba hipócritas á los que se atrevian á dar lecciones de virtud á los demás, de las que ellos mismos no habian sabido aprovecharse.

Por una de sus sentencias sabemos que los solitarios esparramados por el desierto de Sceté, se dirigian regularmente el domingo á la iglesia para participar en ella de los sagrados misterios, y que se portaban allí con gran aficion y fervor. Está escrito, decia él. *Asi como el ciervo desea la fuente de las aguas para saciar su sed, asi tambien mi alma suspira por ti Dios mio.* » (Psal. 40.) De la misma manera pues, añadia, que los siervos tragándose las serpientes en el desierto sienten despues el fuego que les causa el vene-

no, y corren á las aguas para refrigerarse, así también los solitarios, siendo frecuentemente tentados durante la semana por la malicia del demonio, van el domingo á la iglesia para recibir el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que les consuela en las amargas penas que los demonios se esfuerzan en causarles con las diferentes tentaciones con que les atormentan.

Decía finalmente que á la manera que un hombre que quiere edificar una casa reúne los diferentes materiales que necesita, el religioso que quiere levantar el edificio de su perfección, debe también tomar alguna cosa de cada virtud.

SAN BESSARION Y DULAS SU DISCIPULO ¹.

Los Griegos en sus *Méneés* dicen de San Bessarion ó Bisarion que era Egipcio, que fué instruido desde su juventud en las sagradas Letras y que el Señor le favoreció con su divina luz ; que su amor a Jesucristo recibió con la edad acrecentamientos en su corazón ; que conservó la inocencia de su bautismo, y que se retiró temprano á la soledad combatiendo en ella espiritualmente como sino tuviese cuerpo, despreciando este cuerpo que debía ser un día pasto de los gusanos, y sometiendo de esta manera la parte inferior de sí mismo á la superior, lo cual le atrajo por parte de Dios poderosos auxilios y una particular protección.

La vida de este hombre de Dios justifica este elogio. Se-

¹ Paladio, Cotelier, Tillemont.

gun el testimonio de sus discípulos, podia compararse su vida à la de las aves, ó peces, ó á la de los animales terrestres por el desapego que practicaba. No queria tener casa ni posesion ni morada fija ; renunciaba á todas las vanas satisfacciones de los sentidos, hasta se privaba de la que puede hallarse en hacer acopio de libros para contentar con su lectura la curiosidad del espíritu ; privábase tambien de todos los placeres conduciendose unicamente por la fé viva que le hacia comprender la vanidad de las cosas de este mundo y poner todo su consuelo en la esperanza de los bienes eternos.

Basado en este principio de una fé perfecta y de una esperanza animada de la caridad, se miraba como un forastero detenido sobre la tierra en cautiverio ; que andaba errante de un lado á otro, expuesto noche y dia á las injurias del aire, sufriendo con una paciencia admirable la desnudez, el rigor del frio, los abrasados ardores del sol ya entre los principios, ya en las vastas llamas de arena, en donde nadie podia habitar.

Y si algunas veces dejaba aquellos lugares inhabitados para ir á aquellos en que moraban los otros solitarios, no entraba en los monasterios sino que se quedaba á la puerta suspirando, llorando y lanzando gritos como un hombre que despues de haberlo perdido todo en un naufragio ha sido echado en tierra por las olas ; y si entonces algun hermano oyendo sus lamentos salia para preguntarle la causa de ellos, y se ofrecia á darle los socorros que necesitaba, respondia que no podia resolverse á entrar en ninguna parte, hasta que hubiese recobrado lo que habia perdido, porque, decia él, yo he caido en manos de los piratas, yo hé sufrido un funesto naufragio, yo hé decaido de mí rango, y he sido degradado de la nobleza en la que habia nacido.

Él queria hablar del estado de inocencia que nosotros perdimos por el pecado de Adan ; pero el hermano á quien

hablaba de esta manera no hacia esta reflexion. Si sucedia, añadian sus discipulos, que aquel á quien se quejaba de su desgracia, siendo conmovido por ella y no pudiendo obligarle á entrar en el monasterio, entraba él mismo en él y le traía un pedazo de pan que acompañaba con alguna palabra de consuelo, no lo aceptaba, sino continuando en deplorar sus pérdidas, asegurando que ellas le procurarían mayores males todavia, que tendria que sufrir todos los dias de su vida y diciendo que su recurso era pasarla en lagrimas, errando continuamente como un hombre que ni tiene bienes, ni lugar en que pueda morar.

Esta conducta y estos sentimientos parecerán extraordinarios á alguno que solo tenga una fé superficial, y esté poco penetrado de la vanidad de las cosas de este mundo, de las funestas consecuencias que la caida del primer padre tuvo en nosotros, de los bienes inefables de la eternidad que todos los dias corremos peligros de perder, y de las llamas eternas encendidas por la justicia de Dios para castigar el crimen. Pero un santo, esclarecido [de lo alto con una luz poco comun, que concebía las pérdidas que hemos hecho con el pecado original, y los peligros que corremos al pecar, como frecuentemente hacemos ; un santo que veía en esta luz celestial la grandeza de los bienes del cielo que corremos riesgo de perder, y los horribles tormentos del infierno en los que con tanta facilidad podemos caer, gemia, suspiraba derramaba lágrimas, y se quejaba amargamente de nuestra miseria. Nosotros no podemos menos de admirar esta celestial sabiduria que le descubria aquellas grandes verdades con tanta claridad, que se las hacia sentir con tanta fuerza, y que le llevaba á aquel desapego de la vida, á aquella tan austera penitencia, á aquellas tan abundantes lágrimas, y á aquel soberano desprecio de las cosas de este mundo y de él mismo con tal que llegase felizmente al puerto de la eternidad.

Después de esto no hay que admirarse de que la penitencia que emprendió fué tan grande. El espíritu de Dios que levantaba su corazón á tan heroicos sentimientos de desapego, á medida que ilustraba su espíritu con sus celestiales luces, no le inducía menos á las más grandes austeridades.

En efecto, pasó cuarenta días con cuarenta noches consecutivas de pié y sin dormir entre las espinas, y estuvo también cuarenta años sin dormir reclinado, no haciéndolo sino sentado ó de pié. Pero lo que prueba que en esto no obraba sino por el espíritu de Dios, es que por otra parte su vida estaba exenta de defectos, como dice Paladio, que aun cuando hubiera sido un ángel del cielo, no hubiera vivido sobre la tierra con una mayor perfección. La discreción de sus consejos muestra también que su sabiduría no le podía venir sino de Dios. Porque habiéndole preguntado un hermano que vivía en comunidad qué conducta debía seguir, le dijo que se aplicase mucho á guardar silencio, y que no se regulase por lo que hacían los principales padres; queriendo sin duda darle á entender, que Dios no pedía á todos las mismas austeridades ni la misma conducta.

Animados siempre del mismo espíritu llevaba su caridad para con el prójimo al mismo grado de heroísmo, que su desapego de las cosas de la tierra. Todos sus bienes consistían en una túnica, una pequeña capa, y un libro de los evangelios que llevaba ordinariamente debajo del brazo, ya para conocer por ahí, dice Paladio, si obedecía fielmente á la voz de Dios, ya porque quisiese tener siempre consigo la regla que se proponía cumplir continuamente. Sucedió pues que habiendo entrado en una población, halló en medio de la plaza el cuerpo muerto de un pobre que estaba desnudo y al instante se quitó su pequeña capa y le cubrió con ella. Habiendo ido luego más adelante, y habiendo encontrado un pobre que estaba también sin vestido, púsose á deliberar

en su espíritu sobre lo que debía hacer, porque, decía él, ¿cómo, habiendo renunciado al mundo, quedaria yo vestido con mi ropa, mientras mi hermano perece de frio? ¿No tendría yo que echarme en cara su muerte si le dejase sin socorro? Pero si yo me desnudo de mis vestidos para darle solamente la mitad, ni él ni yo podremos aprovecharnos de ellos puesto que una mitad ni nos basta á uno ni á otro. Y por otra parte ¿qué mal puede provenirme si en el ejercicio de la caridad voy más allá de lo que Dios me manda?

Así hablaba en su interior; y al mismo tiempo, apretado por su caridad, llamó con alegría á este pobre debajo de un pórtico, desnudóse la tunica que le quedaba para ponérsela á él, y se quedó así desnudo. Sentóse, cubriéndose con las manos y cruzando las piernas, no teniendo más que el libro del evangelio, cuya celestial palabra enriquece á los que la practican.

La providencia de aquel del cual procede esta divina palabra, hizo que el intendente de la justicia acertase á pasar por allá, le reconociese, y preguntase á uno de los que le acompañaban si era aquel el buen padre Bessarion. Respondióle que sí; y al instante saltando del caballo le dijo: «¿Quién pues os ha desnudado así, padre mio?» Este, le replico el santo, mostrándole el santo evangelio. El oficial le echó su capa sobre las espaldas, y el siervo de Jesucristo temiendo que le diese alabanzas por la accion que habia hecho, alejóse al instante de él no queriendo otra recompensa que la que Dios reserva á las obras hechas por su gloria.

Habiendo todavia encontrado en su camino un pobre, no quiso dejarle sin darle lo que le quedaba, esto es, el libro del evangelio. Corrió á la plaza en donde lo vendió, y del precio que de él sacó hizo la caridad al pobre.

Pocos dias despues el abad Dulas que entonces era discí-

pulo suyo le preguntó qué habia hecho de este libro ; y el santo le respondió con rostro sonriente : No os quejareis, hermano mio, puesto que lo he vendido para tener más confianza de obtener la gloria del cielo y para obedecer á las palabras de Jesucristo que en este libro me dice sin cesar : « *Vended lo que teneis y dadlo á los pobres.* »

Paladio, que refiere lo que acabamos de decir, añade que él hizo muchas otras limosnas que probaban en él una gran virtud. Podemos poner en el número de sus admirables acciones, los prodigios que de él se cuentan y de los que su discípulo Dulas fué testigo ocular. He ahí cómo él lo contaba : « Andando un dia á lo largo del mar, sentime tan apretado por la sed, que me ví obligado á decirle : » Padre mio, yo no puedo aguantar más la sed. » Él púsose en oracion, despues de lo cual me dijo . « Bebed del agua del mar. » Hícelo, y hallé que estaba convertida en agua dulce. Tomé tambien de ella para llenar una botella, y habiéndose él apercebido de esto preguntóme la causa. Yo le respondí : « Perdovadme, padre mio ; lo hago para beber en caso que volviese todavia á tener sed. » Pero él me dijo : « El Dios que está aqui está igualmente en todas partes. »

El santo, despues de haber estado muchos años expuesto continuamente á la intemperie, viose finalmente obligado á tomar una celda. Su discípulo Dulas refiere tambien que habiendo ido junto á él le halló que oraba de pié con las manos levantadas hácia el cielo. Era esta una manera de orar muy usada entre los solitarios. « Así perseveró en esta posicion durante catorce dias, dice su discipulo, despues de lo cual me llamó y me dijo que le siguiese. Fuímonos por el desierto, en donde hallándome muy acosado por la sed se lo dije. Él se apartó de mí como un tiro de piedra ; y despues de haber hecho su oracion se me acercó de nuevo trayéndome su piel de cabra llena de agua. Proseguimos nuestro camiuo y pasamos por delante de una cueva, en la

que hallamos un solitario sentado que estaba haciendo una estera. Él no levantó los ojos para mirarnos, ni nos saludó, ni nos dijo siquiera una palabra ; lo cual viendo el abad Bessarion, me dijo : « Vámonos ; este hermano no gusta de que nosotros estemos aquí, ó Dios no le ha inspirado que entre en conversacion con nosotros. Emprendimos pues de nuevo nuestro viaje, y fumos a encontrar al abad Juan, que moraba cerca de Lique. » (Este es San Juan de Latópolis que fué tan celebre por el don con que Dios le habia favorecido).

« Cuando hubimos llegado allí le saludamos é hicimos la oracion ; (Vit PP. 15, lib. 12 § 3) despues de lo cual habiéndose sentado los dos abades, conversaron juntos de una vision que habian tenido, y á este propósito el abad Bessarion dijo : « Está decretado que los templos de los ídolos sean destruidos. » En efecto, fueron demolidos en 389, lo cual hace ver que el santo florecia por aquel tiempo, y debia ser ya muy entrado edad.

« Al volver, prosiguió Dulas. (Cot. p. 405), volvimos á pasar delante de la cueva en la que habíamos encontrado al solitario del cual he hablado, y el abad Bessarion me dijo : « Entremos ; veamos si aquel hermano está aquí y si Dios le ha inspirado que nos diga alguna palabra de edificacion. Entramos y hallamos que estaba muerto. Entonces me dijo : « Venid, hermano mio ; demos sepultura á su cuerpo, pues seguramente que Dios nos ha enviado para esto. » Pero cuando quisimos acomodarlo, para ponerlo en tierra, reconocimos que era una mujer. Entonces el abad exclamó : « Mirad cómo las mujeres combaten valerosamente contra los demonios en el desierto, mientras nosotros vivimos tan flojamente en las ciudades. « Dimos gloria al Señor, que se hace el protector de los que le aman y asi nos retiramos. »

El abad Dulas contaba tambien que habiendo el santo tenido necesidad de atravesar un rio llamado Chisoroas y no

habiendo en él bajel se puso en oracion y despues lo pasó á pié como si hubiera sido un camino trillado. Su discípulo se postró delante de él, y le suplicó que le dijese qué sentia en sus pies cuando andaba sobre el agua, y le respondió que sentia el agua hasta la clavija, y que debajo de ella era sólido.

Estas maravillas y muchas otras que obió hicieron que se le diese por los griegos el nombre de Taumaturgo; y los grandes hombres del desierto que vinieron despues de él le miraron como un hombre de prodigios. Porque un solitario llamado Elías, delante del cual se alababa la virtud del abad Agaton, dijo que era bueno para su tiempo, pero que entre los que eran más antiguos habia visto uno en Sceté que, como Josué, podia hacer detener el sol. Él se referia á San Bessarion, segun lo cuenta su discípulo Dulas. Este don tan emiiente de hacer milagros no debilitaba en él los sentimientos de humildad de que estaba lleno. Para obtener de él algun prodigio que resplandeciese delante de los demás, era necesario sorprenderle; porque su modestia se hubiese alarmado si se le hubiera pedido alguno. De esta estratagema se valieron en la iglcia de Sceté para librar á un seglar poseido del espíritu maligno. Había sido llevado allí, á fin de obtener su libertad por las oraciones de los hermanos; pero Dios no había creído á propósito escucharlas. Reservaba esto á la oracion del santo y él mismo inspiró á los eclesiásticos que servian en la iglesia que se lo propusieran. ¿Qué haremos, decian entre sí? Nadie probablemente es capaz de echar el demonio del cuerpo de este hombre sino el abad Bessarion. Pero si se lo pedimos, ni siquiera querrá venir á la Iglesia? Lo mejor es esperar á que venga á ella como que viene á la misma todos los días muy de mañana y antes que todos los demás, haremos sentar al poseso en su lugar como si durmiese, y cuando él entre, nos levantaremos para orar

y le diremos que despierte al poseso. Todo se ejecutó según este plan. Apenas hubo entrado San Bessarion pusiéronse en actitud de hacer la oracion y uno de los clérigos le dijo : « Padre mio, despertad á ese hermano que duerme. El santo dijo pues al poseso : « Levantaos y marchaos ; » y á esta sola palabra el demonio le dejó y él se encontró libre.

Este inocente artificio salió bien de la misma manera en favor de un niño paralítico. Su padre le puso á la puerta de la celda del Santo y se fué. El niño se echo á llorar y habiéndole oido el Santo salio de su celda ; é ignorando su mal díjole que se fuese en busca de su padre, lo cual hizo al instante. La misma maravilla se cuenta de San Macario.

Su humildad resplandecio tambien mucho en aquella caridad por la cual tanta compasion tenia de las faltas de sus hermanos en la conviccion en que estaba de que no era menos debil que ellos. A proposito de lo cual se cuenta que habiendose echo un solitario culpable de una falta por la cual el sacerdote de Sceté le habia querido separar de los otros y echar de la iglesia, apenas le dijo que saliese de ella el santo se levanto y salio con el diciendole : « Yo soy tambien un pecador. »

San Bessarion tuvo entre otros discipulos como hémos visto, al abad Dulas que ocupó un rango distuigindo entre los padres del desierto. Recomendaba principalmente la abstinencia y la paz del alma como poderosos soccorros de los enemigos la salvacion. Decia tambien que era necesario cercenar del corazon las afecciones inutiles porque son una fuente de tentaciones para el espiritu y turban el reposo del alma.

EL VENERABLE JUAN EL NAIN¹.

Cuando el gran San Arsenio se presentó á la iglesia de los solitarios de Sceté para ser recibido entre ellos, segun diremos muy pronto, no se encontró en aquel desierto á nadie más capaz de formarle en los deberes de la vida monastica que el venerable Juan el Nain á causa de la pequeñez de su cuerpo. Por abí, parecia en qué estima era tenido entre los religiosos, lo cual habia adquirido tanto por lo profundo de su humildad y por su recojimiento interior cuanto por la esperiencia que se habia hecho de su discernimiento en las cosas espirituales. No se nos ha dicho cuál era su condicion y su patria. Solo sabemos que tenia un hermano de más edad que él con el cual se fué al desierto. Presentáronse juntos á un anciano de la Tebaida, y que habia fijado su morada en Sceté. Era un hombre severo, y la disciplina que hacia observar á sus discípulos era muy rigurosa.

Exigia por primera disposicion de los que iban á su monasterio que renunciassen á su voluntad y solo bajo esta condicion eran recibidos en él. No dejó pues de preguntarles sobre este punto esencial ; y bajo la promesa que le hicieron de someterse ciegamente á todo cuanto les prescribiese, se encargó de su conducta. Las pruebas siguieron de cerca esta primera leccion. Tomando el anciano un palo seco desde hacia ya mucho tiempo, que encontró á mano, plantólo en la tierra y ordenó á Juan el Nain que lo regase todos los dias hasta que produjera frutos. La órden era tanto más

¹ Sulpicio Severo, San Nilo. Los Bolandistas, Bulteau, Coteleir.

dificil de ejecutar cuanto que el agua estaba á dos millas de allí, y él se veia obligado á salir por la tarde en busca de ella sin poder volver hasta la mañana siguiente. Dos años perseveró en este penoso trabajo sin que hubiese señales de que el palo reverdeciese. Por último, en el tercer año, bendijo Dios sensiblemente su obediencia con un prodijio. El palo, contra toda esperanza, echó hojas y produjo frutos que su superior llevó á la iglesia de los solitarios y se los presentó diciéndoles : *Gustad, hermanos míos, de este fruto ; es fruto de obediencia.*

Postumio que habia estado en Egipto en 402 (Sulp, dial ; I c. 13), decia á Sulpicio Severo que él mismo habia visto este arbol verde en el patio del monasterio. Dicese que todavia hay en Egipto un monasterio dedicado á nuestro santo solitario, en el cual se muestra un árbol que se cree ser el mismo, y al que por esto se llama *el árbol de la obediencia* ; lo cual seria un nuevo milagro. Los antiguos Padres de la soledad ejercitaban frecuentemente á sus discípulos en esta virtud de la obediencia con prácticas casi semejantes ; y no faltan ejemplos de la misma naturaleza en sus Actas, los cuales nos muestran que el principal fundamento que establecian para la vida monástica era el de una entera dependencia de los superiores y de una ciega sumision á sus órdenes.

Pueden comprenderse los progresos que hizo Juan el Nain en esta virtud por el que hizo en las otras, principalmente en la humildad y en la vida interior. Bien se vé cuánto le agradaban las dulzuras del recogimiento por lo que propuso en cierta ocasion á su hermano. « Yo quisiera, le dijo, ser como los ángeles que no tienen solicitud alguna, que no están obligados á trabajar, y que solo se ocupan de alabar y servir á Dios. » Este deseo era piadoso, y mostraba en el Beato Juan un gran gusto para la oracion, pero la ejecucion no es para esta vida, y su falta de expe-

riencia le hizo experimentar entonces que todo lo que parece santo y elevado, como dijo un santo hombre, no siempre es bueno que lo sigamos, y que hay que usar de discernimiento y discrecion.

Juan el Nain, penetrado de este deseo dejó su hábito y fué al desierto, prometiéndose vivir allí aquella vida angelical que tenia á la vista ; pero despues de haber pasado de esta manera una semana, reconoció su ilusion, y volvió á la celda de su hermano. Oyéndole este llamar á la puerta, le preguntó desde dentro quién era : « Yo soy, respondió, vuestro hermano Juan » — « Juan, respondió su hermano, no es ya al presente un hombre como nosotros, sino que se há convertido en un ángel. » Y aun cuando continuó en llamar á la puerta y en rogarle que le abriese, dejóle pasar toda la noche de esta manera. Por último le abrió al despuntar el dia y le dijo : « Si sois un angel, bien podriais entrar en la celda sin pedirme permiso ; y si sois un hombre, comprended que teneis necesidad de trabajar para vivir. » Juan, instruido por su experiencia y por este caritativo consejo se humilló delante de su hermano, confesó su falta y le suplicó que se la perdonase. Esto demuestra que Juan era entonces todavía jóven y poco experimentado en los caminos de Dios ; pero era humilde, y sabia reconocer su error cuando se habia engañado ; lo cual es una gran ventaja en un hombre todavia nuevo en la via espiritual.

No sabemos cuánto tiempo permaneció bajo la direccion de su padre espiritual, porque no tenemos una historia seguida de su vida. Pero las memorias que se nos han conservado de sus acciones y de los consejos que en lo sucesivo daba á los demás solitarios muestran que habia entrado valerosamente en un gran combate contra sí mismo, y que habia trabajado mucho en vencer sus pasiones. El abad Pemen contaba de él que habia rogado á Dios que le librase de ellas, y que en efecto habia obtenido esta gracia ; de

suerte que no era turbado de ellas, y por ahí se hallaba en gran reposo. Habló de esto á un anciano del desierto, y le confesó que gozaba de una gran paz sin tener cosa alguna que combatir. El viejo le aconsejó que no se fiase del todo de este estado de tranquilidad, que no es permanente en esta vida, y le dió por consejo que pidiese al Señor que se levantase en él alguna guerra y que padeciese como antes alguna pena y humillacion. « Porque, le dijo él, combatiendo es como el alma hace mayores progresos. » Hízolo, y rogo al Señor que le enviase lo que le fué más útil. Su oracion fué oida. Volvieron las tentaciones, y entró de nuevo en el combate contra sus pasiones. Desde entonces no pidió ya más el ser librado de sus asaltos, sino solamente fuerza para sostenerlos valerosamente.

Atacó principalmente sus pasiones con el ayuno ; y á este propósito decia, que así como un rey que quiere hacerse dueño de una ciudad enemiga empieza por cortarle el agua y los víveres, á fin de reducirla por el hambre, de la misma manera el que quiere hacerse dueño de sus pasiones, debe acostumbrarse á sufrir el hambre por medio del ayuno, y que este es el medio de amortiguar la fuerza de las pasiones que turban la paz del alma. Para autorizar mejor esta santa práctica, contaba el ejemplo de los que le habian precedido en el desierto de Sceté, los cuales no vivian más que de pan y sal, y aseguraba que este camino estrecho llevaba directamente á la vida ; y que por el contrario, el que no se aplica á esta rigurosa abstinencia, cae muy pronto en los lazos del demonio y viene á ser el juguete de las pasiones, por más que él crea haber hecho algunos progresos en la vida espiritual. « Porque, decia él, por fuerte que sea el leon, la avidéz de comer le hacer caer en el lazo, y le convierte en juguete de los hombres. »

Decia tambien que un solitario que se llenaba de comidas

y se exponia en ocasiones pelligrosas para la pureza, habia ya perdido esta virtud delante de Dios. Quería que se acostumbraesen á una vida ruda y penosa ; y como se le preguntase un dia qué cosa era ser monje, respondió que era ser un hombre de trabajo, ó el trabajo mismo, porque debia ejercitarse en sufrir toda clase de trabajos. Habiéndole preguntado un hermano de qué podían servir las vigiliass y ayunos, respondió qué servian para humillar el alma y que viéndola Dios abatida de este modo, tenia de ella compasion y la socorria.

Facilmente puede deducirse por lo que le sucedió en cierta ocasion, que, dando el alimento á su cuerpo, alimentaba tambien su alma con santos pensamientos. Muchos solitarios, de cuyo número él era, hallábanse cierto dia en una comida que se les habia dado por caridad. Quiso la casualidad que él observase que uno de ellos reia. No le gustó esto, y dijo derramando lágrimas : « ¿ Qué motivo puede tener este hermano de reir, mientras que nosotros tenemos tantos de llorar, aunque no fuese más que por comer, como hacemos aquí, el fruto del trabajo y de la caridad de los demás ? »

Aplicóse tambien mucho á combatir la cólera y á adquirir una gran dulzura. Esto es lo que despues le hizo sobre llevar las injurias con tanta paciencia en las ocasiones que la Providencia le proporcionó, para merecer por esta virtud. El medio que empleó al principio para salir airoso en esto, á más del de la mortificación y penitencia, consistió en retirarse tan pronto como se sentía commovido, por miedo de que respondiendo, no diese lugar al demonio de la cólera, ó no proruupiese en alguna palabra de impaciencia. De esta manera se portaba un dia en que se hallaba en el camino de Sceté, y se ocupaba en hacer sus esteras. Un hombre que encontró en el camino se atrevió á tener con él conversaciones desagradables con el fin de moverle á

cólera, Juan temió en efecto caer en ella, y dejando allí su trabajo, huyó. Lo mismo hacia cuando veia á los religiosos ponerse á disputar. El caso le sucedió cuando segaba con otros hermanos. Apercibióse de que alguno de ellos estaba encolerizado contra otro, y al instante dejó su trabajo y se retiró.

Por el cuidado que de esta manera tomó en combatir esta pasion, llegó con el socorro de la gracia á adquirir la virtud contraria ; y sobresalió tanto en dulzura, que muy lejos de resentirse de las injurias, solo oponia á ellas el silencio, ó se humillaba todavia más de lo que se habria querido abajarle. Estaba un dia sentado á la puerta de la Iglesia de Sceté. Habiéndose muchos hermanos reunido en torno suyo, ya para descubrirle sus pensamientos ya para pedirle consejos, presentóse entónces un anciano que experimentó con esto celos, y le reprochó de que estuviese allí como una cortesana, que se ha adornado con el fin de agradar á los jóvenes. Muy lejos de ofenderse por una tan odiosa comparacion, respondióle que tenia razon, que decia verdad, y que sin duda Dios se lo habia dado á conocer. Una tan humilde respuesta no curó el ulcerado corazon de aquel envidioso anciano, sino que al contrario insistió, diciéndole que tenia el espíritu lleno de veneno. Pero Juan, humillándose siempre más, le respondió dulcemente : « Esto es mucha verdad, Padre mio ; y sin embargo no veis más que lo exterior ; pues si vieseis lo interior, mucho más pudierais decir. »

Tenia entonces discípulos, y habiéndole preguntado uno de ellos á este propósito si se habia turbado con lo que le habia dicho aquel anciano, confesó que se habia conmovido tan poco en el interior cuanto lo habia manifestado por de fuera.

Para mostrar á los demás solitarios con qué paciencia deben sufrirse las injurias, contábales la historia de un

filósofo, si es que esto no era más bien una parábola, y decia que teniendo bajo su tutela á un hombre que su padre, tambien filósofo, le habia confiado al morir, ese jóven cometió una falta considerable por la cual se vió obligado á echarle de su casa; pero habiendo este concebido por tal causa una gran pena, y habiendo vuelto á pedirle perdon, el filósofo le respondió que no se lo concederia sino despues que hubiera pasado tres años ayudando á los que estaban condenados á las minas y que llevaban mármoles al rio. Sometióse él á esta pena, y despues de haberla cumplido, presentóse de nuevo á su tutor. Pero él le dijo que todavia era necesario pasar tres años en sufrir toda suerte de injurias, y hasta en dar dinero á los que se las dirigiesen. El joven sometióse de nuevo á esto, por lo cual cayó en gracia delante de su tutor, quien le llevó á Atenas para que aprendiese la filosofia. Encontró á la puerta de esta ciudad á un viejo filósofo que dirijia injurias á todos los que en ella entraban, y el cual no le perdonó á él más que á los otros, pero el joven se echó á reir, y dijo al filósofo, que pareció admirarse de ello: «Hace tres años que yo doy dinero á los que me insultan como lo haceis vos; ¿y os sorprendeis de que yo me ria. ahora precisamente cuando no me cuesta nada?» A lo cual replicó el viejo: «Entrad: pues bien lo mereceis.» De este ejemplo deducia que la paciencia en las injurias nos abre las puertas del cielo: «porque, añadia él, los antiguos Padres no entraron en la ciudad de Dios para gozar alli los goces celestiales sino humillándose y sufriendo muchas humillaciones é injurias; pues en efecto la humildad y el temor de Dios son las virtudes principales.»

Si este santo solitario sufría con paciencia las injurias, no toleraba de la misma manera los aplausos. Alabándole alguno mucho por el trabajo que hacia, él no le respondió. Habiendo aquel vuelto por segunda vez á lo mismo, tam-

bien guardó silencio. Por último, viendo que otra vez comenzaba á alabarle, le interrumpió con estas palabras : « Desde que vinisteis acá habeis echado de este lugar á Dios. »

Creyéndose un dia estar solo en la iglesia, dió rienda suelta á su corazon y lanzó algun suspiro. Pronto despues apercibióse que habia detrás de él un hermano, y creyendo que le habia oido suspirar, echóse á sus pies y le pidió perdon, diciéndole : « Ya veis cuán poco instruido soy. »

No puede dudarse que habia adquirido grandes luces en los caminos espirituales ; sin embargo no servian ellas más que para darle una más baja idea de sí mismo y llevarle à humillarse. Asi que estaba tan convencido en su desierto de su sincera humildad, que esta le habia adquirido tanto como sus luces la confiaza de todos los solitarios ; lo que hizo que se dijese de él que los dirijia como con la punta del dedo. ; Tanto era lo que se veian ellos inducidos á someterse ciegameute á sus consejos !

Por ahí experimentaba aquella verdad que decia á su discípulo, y que el mismo Jesucristo nos ha enseñado : El que se humilla sera ensalzado. No honremos más que á Dios solo, le decia él, y todo el mundo nos honra. á á nosotros. En efecto, Dios le glorificó tanto á los ojos de sus hermanos, que tenia una muy baja estima de sí mismo y estaba siempre pronto á humillarse. Sus Actas nos enseñan á este propósito que un anciano de muy gran mérito, habiendo entrado en su celda mientras dormia, halló á un ángel junto á él ; lo cual hizo que al instante se retirase.

Para hacer sentir más á los otros cuánto amaba Dios á las almas humildes, y que gusta algunas veces, aun en esta vida, de levantarlas á los ojos de los demás, referiales esta historia : Habia, decia él, un anciano muy conocido y muy estimado en toda la ciudad, pero para quien las alabanzas eran una carga, y el cual por esta causa permanecia siem-

pre encerrado. Fuéroule á advertir que un santo hombre, conocido suyo, estaba muy malo, y él creyóse en el deber de irle á visitar antes que muriese ; pero difirió esto hasta la noche, por miedo de que si lo hacia en pleno dia hubiera sido seguido de un gran número de personas que deseaban verle. Como huía de esta manera la gloria de los hombres, quiso Dios glorificarle á sus ojos. Envió dos ángeles que le acompañaron y alumbraron con hachas ; de suerte que habiendo él escogido expresamente la noche para no ser visto de nadie, toda la ciudad acudió para ver este prodigio.

Juan el Nain dividia todo su tiempo entre el recogimiento interior y la caridad para con sus hermanos. Hemos dicho que todos los solitarios iban á él con una entera confianza para recibir sus consejos segun sus necesidades ; pero al dárselos, tenia cuidado de llenarse el mismo junto á Dios de sus celestiales luces, y lleno así en la elevacion de su oracion, era para con sus hermanos, en las saludables instrucciones que les daba, como una bacia que no derrama afuera sino lo que le sobra. Primeramente, no permitia que fueran á entretenerle inútilmente, y sobre todo con negocios del mundo. Y si alguno le entablaba discursos sobre esta materia, pronto los inclinaba á las cosas de Dios. Unos hermanos fueron á su celda con intencion de experimentar por sí mismos lo que se les habia dicho á propósito de su virtud. Padre mio, le dijeron ; tenemos que dar á Dios infinitas gracias por la abundante lluvia que nos ha dado este año. He ahí que las palmeras van muy bien, y los hermanos que se ocupan en hacer esteras facilmente prodrán hacer provision para sus trabajos. Pero en vez de responder directamente, les dijo él : « Lo mismo sucede cuando el Espíritu Santo baja á los corazones ; reverdecen, si se puede decir así, son renovados y producen como nuevas hojas por el temor del Señor. »

En segundo lugar, cuando se había visto obligado á permanecer algun tiempo fuera de su celda, ya por causa de la siega, ya para ir á ver á alguno de los ancianos del desierto, tenia costumbre de vacar más de lo ordinario á la oracion y al canto de los salmos, hasta tanto que sentia que habia vuelto á adquirir aquel recogimiento de que gozaba en su celda, y que las imágenes de lo que habia visto ú oido se hubiesen disipado de su espíritu. Sucedió que algunos hermanos entablaron disputa en la iglesia de Sceté. Juan se encontraba allí, y al instante, segun su costumbre, salió y se retiró á su celda ; pero apercibiéronse de que antes de entrar en ella dió tres vueltas en torno suyo. Preguntáronle la causa de esto y respondió que como sus oidos estaban llenos de las enfadosas palabras que habia vido, les habia querido dar tiempo de purificarse de ellas, á fin de entrar en su celda con un espíritu tranquilo.

En tercer lugar, procuraba tener siempre su espíritu levantado á Dios, y no permitia que se detuviese en reflexionar sobre las cosas de este mundo ; y llegó insensiblemente á un desapego tan grande, que algunas veces no hacia atencion á sus obras exteriores, ó á lo que se pasaba en torno suyo. ¡ Tanto era lo que estaba interiormente en Dios ! En una de estas abstracciones, habiendo un dia hecho esteras para dos cestas, púsolas todas en una sola, y no se apercibió de ello hasta que casi la hubo acabado.

Entre los medios que proponia para combatir las pasiones y tentaciones, recomendaba que no las escuchasen, sino que se recogiesen dentro de sí mismos, y se animasen á combatir por la consideracion de la gloria celestial, y sobre todo que recurriesen sin cesar á Jesucristo con la oracion. Él mismo procuraba practicarla, y decia que era como un hombre sentado al pié de un gran árbol que hallándose atacado por diferentes bestias y sintiendo que seria devorado de ellas, sube al árbol y se pone en seguridad.

Así, decia él, yo estoy sentado en mi celda, y en ella velo por mí para librarme de los lazos del demonio; pero cuando me siento demasiado débil, recurro á Dios y me salvo del enemigo con la oracion.

Recomendaba tambien mucho que guardasen el retiro, que vigilasen sobre sí mismos y se conservasen en el recuerdo de Dios, y decia que esta práctica era la seguridad del monje.

San Nilo refiere tambien de él que cuando oraba, el demonio, para distraerle, tomó la forma de una serpiente, se enroscó en torno suyo y le vomitó sobre el rostro su espuma; pero que este prestigio no le separó un momento de su conversacion con Dios.

Estos ejemplos de este gran contemplativo no deben ser tomados tan á la letra que quiera uno valerse de su autoridad para librarse de los deberes exteriores so pretexto de estar unido á Dios. Puede observarse en esto que tales casos eran raros en él, que solo se trataba de simples ocupaciones que no tenian relacion con los deberes de estado ó de obediencia; pues seria una ilusion si alguno en la religion ó en algun otro estado, so pretexto de pensar en Dios, cumpliese mal las obras exteriores á las cuales tiene obligacion de dedicarse.

Su amor de Dios hacia que algunas veces hablaba de él con un fervor que podria llamarse inagotable (Cot. p.478.). Habiéndole ido á ver un solitario hácia el caer de la tarde, no pensaba quedarse con él mucho tiempo puesto que llevaba prisa; pero á medida que hubieron entrado en conferencia sobre las cosas de Dios, Juan habló con tanto celo que pasaron toda la noche en esta conversacion sin apercibirse de ello. Como él quiso acompañarle fuera de su celda cuando se hizo de dia, detuviéronse tambien á hablar de Dios, y el discurso duró hasta mediodía; de suerte que se vió obligado á volverse á su celda

para darle de comer, despues de lo cual le despidió.

Es ya tiempo de hablar de su caridad, que brilló maravillosamente por sus actos y por los santos consejos que estaba siempre dispuesto á dar á sus hermanos, sin que jamás se disgustase del frecuente recurso que á él tenían. Vióse esto sobre todo en una ocasion en la que estaba en peligro de perecer por la falta de un hermano.

Vióse obligádo á ir con algunos solitarios de Sceté á un lugar algo apartado, y esto era durante la noche. Uno de ellos, que se habia encargado de servirles de guia, se extravió y hasta les puso en peligro de la vida, si hubiesen continuado en seguirle. Dijosele esto al Santo en voz baja ; y él respondió que no habia que demostrarlo, no fuese que el guia tuviese por esto demasiado pesar y confusion ; pero que solo tenían que decir que querian pararse, y pasar el resto de la noche en el punto en que se hallaban para descansar un poco, lo cual hicieron. Asi que habiéndose hecho de dia emprendieron el buen camino y ahorraron al que les guiaba la vergüenza de ver que se habian apercebido de su falta.

Un buen viejo muy sencillo, aunque por otra parte bastante exacto en los trabajos del cuerpo, tenia el defecto de no retener nada de las instrucciones que los demás le daban en las prácticas espirituales. Vino pues á él y le suplicó que le diese algun consejo á fin de corregirse de él. Dióselos caritativamente ; pero apenas este viejo hubo vuelto á su celda, cuando olvidó todo cuanto le habia dicho. Volvió á él todavia muchas veces, pero siempre sin fruto como la primera. Por último, habiéndole encontrado algun tiempo despues, le dijo : « Padre mio, yo he olvidado de nuevo lo que tuvisteis la caridad de decirme, y no me he atrevido á importunaros más. » Juan el Nain le dijo : « Encended una lámpara, » lo cual él hizo. « Traed tambien, añadió, otras lámparas y encendedlas con ella ; » é hí-

zolo tambien. « ¿ Veis, le dijo despues de esto, que la claridad de esta primera lámpara se haya disminuido por haber servido para encender las demás? » « No, » respondió el viejo. « Pues bien, prosiguió el Santo, Juan no padecería ninguna pena aun cuando todos los solitarios de Sceté vienesen á él, y nada le impedirá el cumplir con este deber de caridad, como Dios le obliga. Podeis, pues, venir sin reparo, todas las veces que os plazca. Dios bendice la paciencia de uno y otro. » No cansándose el buen viejo de pedir instruccion y el santo de dársela, el primero tuvo por último la dicha de retener los buenos consejos que del otro recibió.

La conversion de una jóven que habia tenido la desgracia de abandonar el buen camino, fué uno de los frutos de su caridad. Su historia es edificante y muy á propósito para inspirar á los más grandes pecadores confianza en la misericordia del Señor, cuando vuelven sinceramente á él. Esta jóven se llamaba Paesia. Siendo de corta edad, habia perdido á su padre y á su madre; y queriendo emplear sus bienes en obras buenas, habia hecho de su casa una hospedería para los solitarios de Sceté, que probablemente iban á aquellos pueblos para vender en ellos trabajos de los hermanos. Pero como ella creyese que esta caridad le era demasiado dispendiosa, no haciendo atencion al tesoro que con ella se preparaba en el cielo, se disgustó de la misma, y no faltaron quienes la confirmaran en este cambio. Pronto anduvieron más allá con sus malos consejos; apartáronla enteramente de la virtud, y por último se abandonó ella á una conducta culpable.

Los solitarios de Sceté supieron su caída con gran dolor; y emplearon todos los medios que su caridad les inspiró para hacerla volver á una vida cristiana. Por último, se dirigieron á Juan el Nain, y le rogaron que fuese á verla para procurar, con el don de discrecion que Dios le habia co-

municado, volverla á Jesucristo. Qué allá ; pero apenas se hubo presentado á la puerta, sus servidores le negaron la entrada, echándole en cara con insultos que los solitarios habian arruinado á su señora. Él sin embargo no se desalentó ; sino que persistió en rogar que se le permitiese hablarle, y que ella no tendría por esto ningun motivo de arrepentirse. Entonces le introdujeron en su cuarto. Sentóse junto á ella y le preguntó si tenia que quejarse de Jesucristo, ya que así le habia abandonado. Estas primeras palabras la movieron, é impresionaron vivamente su corazón. El Santo, dejando obrar la gracia, calló por algunos momentos y derramó muchas lágrimas. Ella le preguntó porqué lloraba. « ¡ Ay ! le respondió ¿ cómo no he de llorar, viendo de qué manera el demonio os ha engañado y se burla de vos ? Al oír estas palabras, la jóven sobrecogida de espanto y horror por su pecado, le dijo : « Padre mio hay todavia penitencia para mí ? » — « Si, dijo el Santo, yo os lo aseguro. » — « Llevadme, pues, á donde os parezca bien para hacerla », le replicó ella. Al instante el Santo se levantó y ella le siguió sin dar ninguna disposicion en su casa, y sin ni siquiera decir á nadie palabra alguna ; lo cual advirtió el Santo con gran consuelo, reconociendo por ahí que ella estaba totalmente ocupada por los sentimientos de su conversion, y que todo lo abandonaba para entregarse enteramente á las prácticas de la penitencia.

No se sabe á dónde tenia intencion de llevarla, pero probablemente seria á algun monasterio de mugeres. Pero cuando hubieron entrado en el desierto, como se acercase la noche, Juan hizo un monton de arena como una almohada, en el cual hizo la señal de la cruz, y dijo á Paesia que se acostase en él. Él se fué en seguida más lejos para dormir tambien, despues de haber hecho la oracion. Pero habiéndose despertado á media noche, vió un rayo de luz que bajaba del cielo sobre Paesia y que servia como de camino

á muchos ángeles que llevaban al cielo su alma. Con la sorpresa de esta vision, levantóse al instante, fuése hacia la jóven á la que tocó con el pié para ver si estaba muerta, y halló efectivamente que habia entregado su alma á Dios. Al mismo tiempo oyó una voz milagrosa que le dijo : « Su penitencia de una hora ha sido más agradable á Dios que la que otros hacen durante largo tiempo, porque no la hacen con tanto fervor como ella. »

Con este mismo espíritu de caridad recibia algunas veces los servicios de los otros, ya á fin de que tuviesen su recompensa delante de Dios, ya para no contristarles con una negativa. En una asamblea de solitarios de Sceté, en la que se hallaba con ellos á la mesa, un sacerdote de muy buena estatura, que era de la compañía, se levantó para presentar agua ; pero por respeto á su carácter, todos rehusaron recibir el agua de su mano, excepto Juan. Dijéronle despues : ¿ « Cómo vos, que sois el más pequeño de todos, habeis permitido ser servido por un hombre tan grande, y que es sacerdote ? » — « Cuando yo presto este servicio á los otros, dijo él, estoy muy contento de que todos me lo reciban, á fin de tener mi recompensa delante de Dios. Yo he aceptado tambien el de este sacerdote á fin de que tenga la misma recompensa, y para impedir que se entristeciese si todos hubiesen rehusado su buen oficio. »

He ahí algunos de los consejos que daba á los que iban á consultarle, y que podemos mirar como su doctrina espiritual. No queria que nadie guardase la tentacion en su corazon sin manifestarla á los superiores, y el abad Pemen referia de él esta hermosa sentencia : « Los que no quieren descubrir sus pensamientos á los ancianos, son los que más alegran al enemigo de su alma. » Procuraba animar á los otros con el recuerdo del fervor de los que les habian precedido en el desierto, y á este propósito les contaba que estando un solitario arrobado en éxtasis (y quizás era él

mismo), Dios le habia hecho ver á tres solitarios en la orilla del mar, á los cuales una voz decia desde la otra orilla : « Tomad alas de fuego y venid á mí. » Hubo dos, añadía, que las tomaron y atravesaron el mar con rápido vuelo ; pero el tercero se quedó sin alas, y no hizo más que gritar y llorar. Diéronsele finalmente alas, pero eran pequeñas y débiles y no eran de fuego como las de los otros dos. Voló sin embargo ; pero tan pronto caía en el mar como se levantaba de nuevo, hasta que llegó por último á la otra orilla con mucha pena y fatiga. De ahí concluyó que los primeros representaban á los solitarios que les habian precedido, y que este último era la imagen de los de su tiempo ; queriendo con esto dar á entender que habian degenerado del fervor de los que primero habian habitado aquel desierto.

Recomendaba la caridad para con el prójimo como una virtud fundamental para la salvacion ; y á este propósito decia que asi como era imposible edificar una casa de arriba á bajo, y que habia que comenzarla por el fundamento, asi era necesario fundarse bien en la caridad para con el prójimo, porque á esto se dirigen los mandamientos de Jesucristo.

Condenaba grandemente á los que gustan de revelar las faltas de los demás, en vez de pensar en corregirse á sí mismos. Comparábalos á una persona que estando despojada de todos sus vestidos, sin vergüenza de su desnudez, despreciase á otra porque estuviese cubierta de andrajos. Decia tambien á este mismo propósito que esto era dejar una ligera carga para tomar otra más pesada, cuando en lugar de reprenderse á sí mismo, se atrevia uno á justificarse y condenar á los otros.

Un solitario fué á consultarle sobre que otro le rogaba con frecuencia que fuese á ayudarle en su trabajo, diciendo que por una parte temia faltar á la caridad, negándosele, y por otra, experimentaba que le faltaban las fuerzas y que

sucumbia á la fatiga. Juan le respondió que hacia bien en ir, si podia decir como Caleb que entraba y salia en el mismo estado; pero que si no era así, se ocupase en su celda en llorar sus pecados, y que cuando le viesen llorar de esta manera, no le instarian más á salir de ella.

Pronto veremos en la Vida de San Arsenio su discípulo, que aun cuando sobresalió en suavidad, algunas veces ponía en duras pruebas, por un espíritu de discrecion, á los que venian á alistarse bajo su conducta, ya para discernir bien los espíritus, ya para hacerles andar por los caminos de la santa renunciacion, y hacerles seguir el atractivo de su gracia.

No sabemos cómo murió ni en qué tiempo. La santidad de su vida nos da á comprender fácilmente que su fin fué igualmente santo. Tambien los Coptos honran su memoria el 17 de octubre. En cuanto al tiempo de su muerte, es opinion constante que tuvo lugar antes de la de San Pemen, quien citaba algunas veces su autoridad. Tambien acaeció antes de la de San Arsenio, que murió muy entrado en años. No fué sin embargo del número de los primeros habitantes de Sceté, puesto que él citaba sus ejemplos como de quienes le habian precedido en aquella soledad.

SAN ARSENIOS¹

¿Qué podemos nosotros decir á gloria de San Arsenio que no sea inferior á su mérito? Su virtud fué tan eminente que le igualó en alguna manera á los ángeles, y que

¹ Teodoro Studita, *Vitæ Patrum*, etc., el monge Cirilo, San Juan Climaco, Cotelier.

muy pocos solitarios llegaron como él á un tan alto grado de perfeccion. Elevóse tanto más cuanto más procuró humillarse. Él sólo basta para honrar y dar un maravilloso brillo al estado monástico. Sostuvo con una fuerza superior y una invencible paciencia los combates y trabajos de la vida solitaria. Su compuncion fué tan viva y tierna, que las lágrimas que hacia brotar de sus ojos eran inagotables; y para encerrarlo todo en pocas palabras, dió tan hermosos ejemplos de todas las virtudes religiosas, que no puede traer uno á la memoria su recuerdo sin sentirse animado por el deseo de practicarlas.

Tales son los elogios que le tributa San Teodoro Studita, el cual, creemos, según los doctos continuadores de Bollandó, haber sido el primer escritor de su Vida, puesto que él se queja de que nadie antes de él hubiese tenido cuidado de compilarla. En efecto, habíanse antes todos contentado con conservar de él algunos rasgos y algunas sentencias, que todavía se encuentran entre las *Acciones* y las *Palabras notables de los Padres de los desiertos*. Metafrasto hizo después una historia seguida de la misma; pero mezcló en ella hechos que solo se fundan en alguna falsa tradicion, y que ni siquiera son verosímiles. Por consiguiente nadie se sorprenderá de que los suprimamos; y es para nosotros un motivo verdadero de consuelo el beber, en una fuente tan pura como la de San Teodoro Studita, lo que vamos á referir de un Santo que se hizo tan respetable, y cuya alta piedad toda la antigüedad tuvo en veneracion. También nos serviremos de lo que de él se encuentra en las *Vidas de los Padres*, y de lo que el monge Cirilo, escritor muy exacto, refirió del mismo en la Vida de San Eutimio.

Capítulo I

San Arsenio era Romano, de una familia igualmente distinguida por su nobleza que por su opulencia. Diéronle una educacion conforme á la grandeza de su nacimiento, y podemos añadir que la sobrepujó por las excelentes disposiciones de su espíritu y por su aplicacion en cultivarlo ; lo cual le hizo uno de los hombres más sabios de Italia, tanto en las lenguas griega y latina como en las demás ciencias.

Su reputacion voló hasta el emperador Teodosio el Grande, quien queriendo proveer á la educacion de sus hijos, llamóle á Constantinopla para confiárselos á su direccion. La eleccion de un tan gran principe no podia recaer sino sobre uno de los mayores personajes del imperio, lo cual no es un pequeño motivo de elogio para San Arsenio ; pero era tan digno de ella que, si esta eleccion le honró, no honró menos al justo discernimiento de Teodosio.

Su llegada á la corte imperial parece haber tenido lugar hácia el año 383. Tenia él entonces veinte y nueve años, de suerte que pudo haber nacido hácia el 354. Arcadio, hijo mayor del emperador, no tenia más que seis años cuando Arsenio fué allá, y Honorio, su hermano, todavia no habia nacido. No vino al mundo hasta el año siguiente ; y hasta que llegó á los ocho años no se encargó Arsenio de su direccion, teniendo antes la de Arcadio.

El título de padre de los emperadores que los solitarios le dieron en lo sucesivo, muestra bastante de cuánta consideracion gozaba en la corte. San Teodoro Studita, que se lo da tambien, dice que ocupaba el primer rango despues del principe, y esto parece autorizar lo que dice Metafrasto, á saber, que el emperador le puso en el rango de los senadores y le honró con el título de patricio.

Sea de esto lo que fuere, Arsenio, ya para sostener su dignidad, ya porque amase naturalmente el fausto, era en la corte una brillante figura. Era el que andaba más ricamente vestido y el que estaba más soberbiamente amueblado. Hacía mucho uso de perfumes y tenía á su servicio mil criados vestidos todos con ricas telas.

Dios, que en su misericordia le llamaba á más sólidas grandezas, no permitió que las de la tierra le deslumbrasen de tal manera que no reconociese su falso brillo. Entrando algunas veces Arsenio dentro de sí mismo con saludables reflexiones, sentia que su elevacion y sus riquezas no eran más que bienes pasajeros que por fuerza tiene uno que dejar con la vida, despues de la cual, solo nos quedan nuestras obras. Esto sentia; y la gracia que obraba en su corazon, imprimia tambien en él con estas reflexiones, un vivo temor de perder su alma. De vez en cuando, echábase á los pies de Dios, y derramando delante de él sus lágrimas y oraciones, pedíale con sinceridad que le diese á conocer lo que debia hacer para salvarse. Finalmente su perseverancia en esta súplica le obtuvo de Dios una gracia que puede mirarse como la época más señalada de su vocacion á la sublime perfeccion á la que despues se elevó.

Orando pues un dia como de ordinario y reiterando la misma súplica con lágrimas y con humilde ruego, oyó una voz que le dijo: *Arsenio, huye de la compañía de los hombres y te salvarás.* Ya sea que esta voz hiriese exteriormente sus oidos, ya sea que solo se dejase oir en el fondo de su corazon, lo cual no nos esplica su historiador, ella no fué menos distinta y no obró menos su efecto. Este grande hombre, cuyo corazon estaba ya, como dice San Teodoro, preparado para el sacrificio por el temor del Señor, no difirió más despues de este oráculo, y despreciando generosamente todas las frivolas grandezas de la tierra, se embarcó secretamente en una nave que se hacia

á la vela para Alejandria, desde donde pasó al desierto de Sceté para abrazar la vida solitaria.

Tenia entonces cuarenta años ; así que esto podia ser hácia el año 394, viviendo todavía Teodosio, y no habiendo él permanecido más que once años en la corte. Juése en seguida á la iglesia de los solitarios y, dirigiéndose á ellos, díjoles con mucha modestia : « Os suplico que me recibais en el número de los monjes, y que me mostreis el camino que debo seguir para salvarme. »

No les fué difícil comprender por su aire y modo de hablar, que era un personaje de gran consideracion. Preguntáronle mucho para saber quién era, de dónde venia, y qué hacia en el mundo. Pero él procuraba defenderse, alegando solamente que era un forastero que solo buscaba asegurar su salvacion. Finalmente, viendo que todo lo que decia para ocultar su rango y condicion en nada cambiaba el juicio que desde el principio habian formado de su persona, hízoles la confianza que deseaban, esperando empeñarles por ahí más eficazmente á servirle en su santa empresa.

No se vieron poco embarazados para saber á cuál de los solitarios de aquel desierto le dirigirian para que le formase en las virtudes monásticas. No era facil encontrar un maestro para el que lo habia sido de los hijos del dueño del mundo ; pero despues de haberlo consultado entre sí, echaron los ojos sobre Juan el Nain, cuya vida hemos escrito, y le condujeron á su celda.

Este célebre solitario, habiéndose enterado de ellos en particular del motivo que les llevaba allá y de las cualidades de Arsenio, no declaró de pronto lo que de este pensaba ; pero habiendo llegado la hora de nona, les dijo : « Si quereis, hermanos míos, adelantaremos el tiempo de la refeccion (porque los solitarios no comian hasta la hora de sexta) ; y en cuanto á lo demás, que se cumpla la volun-

tad de Dios. » Al mismo tiempo preparó la mesa, sentóse con ellos, y dejó de pié á Arsenio, sin siquiera demostrar ocuparse de él. ¡ Qué prueba para un hombre de corte, si Arsenio no se hubiese desnudado del espíritu de ella para revestirse del de Jesucristo, que no es más que paciencia y humildad ! Esto no fué sin embargo sino el preludio de otra mucho más ruda, y que mostró en Arsenio, por el modo como en ella se portó, una virtud heroica y capaz en sus ensayos de lo que otros habian mirado como propio solo de una consumada carrera de perfeccion.

Mientras él se mantenía en esta humillante posicion, Juan el Nain tomó un pan que habia en la mesa, echólo en medio de la celda, y mirándole con un aire de indiferencia, le dijo : « Comed, si quereis. » Al instante Arsenio se puso como á cuatro patas y en esta situacion se fué á comer el pan en el punto en que se lo habia echado. Una docilidad tan rara hizo comprender al venerable Juan el Nain la solidez de su vocacion : « Ya podeis marcharos, hermanos mios, con la bendicion del Señor. Rogad por nosotros. Yo os aseguro que este es á propósito para la vida religiosa. »

Estos solitarios preguntaron despues á Arsenio qué habia pensado del modo como le habia tratado Juan el Nain, y él les respondió que se habia considerado como un perro, y que con esta misma idea habia comido el pan que aquel le habia echado en tierra ; lo cual les edificó mucho.

Con tan felices principios, no tuvo necesidad de permanecer por más tiempo discípulo para ser formado en los deberes de su nuevo estado. Su maestro tuvo el consuelo de verle hacer bajo su conducta tan rápidos progresos en la perfeccion, que hasta sobrepujaba á los más antiguos del desierto en la constancia en sobrellevar los trabajos de la penitencia, y en la paciencia y valor en sostener los

combates de las pasiones y del demonio ; de suerte que asi como en el mundo se habia distinguido por su ciencia y por su fausto, se distinguia aun más en la religion por su humildad y su mortificacion. Esto hizo que su padre espiritual, reconociendo el atractivo de su gracia, que era para la vida enteramente retirada, no le detuvo ya más á su lado, y le permitió morar solo.

Entonces fué cuando hallándose en una plena libertad de entregarse á toda la expansion de su fervor, rogó todavía á Nuestro Señor que le diese á conocer lo que debia hacer para llegar á la santidad, y oyó de nuevo una voz que le dijo : *Arsenio, huye de los hombres, guarda el silencio y permanece en el reposo : estos son los primeros fundamentos que debes echar para levantar el edificio de tu salvacion.* San Teodoro dice que habiendo recibido esta divina leccion, empezó desde entonces más que nunca á dirigir hácia el cielo todos sus afectos. Su cuerpo estaba, es verdad, sobre la tierra ; pero la conversacion familiar de su corazon solo estaba con los espíritus bienaventurados. Esta tan excelente leccion le sirvió de regla de conducta durante toda la vida. Jamás cesó de aplicársela ; y nada parece en él más maravilloso que el cuidado de ponerla en práctica. Esto le hizo objeto de admiracion á toda la antigüedad.

Internóse en el desierto á trece leguas distante de la iglesia de Sceté, para alejarse mejor del comercio de los hombres. Encerróse en su celda tan rigurosamente, que las Actas de los Padres de los desiertos dicen no haber sido esta sino una cueva ; y que, cuando tenia necesidad de alguna cosa, preferia servirse del ministerio de sus discipulos, que salir de ella para irsela á buscar por sí mismo.

De mala gana recibia á los que iban á visitarle y, en cuanto razonablemente le era posible, procuraba dispen-

sarse de recibirles. Teófilo, patriarca de Alejandria, fué á verle con un oficial y algunos otros personajes, y le rogó que dijese una palabra de edificacion. Estuvo un rato sin responder y, tomando luego la palabra, les habló de esta manera: « Si os digo alguna cosa ¿ la observaréis? » Respondieron todos que estaban dispuestos á ello. Y entonces añadió: « Pues bien; en donde quiera que sepais el lugar donde esté Arsenio, no vayais á buscarle más. »

Este patriarca no se atrevia despues á interrumpir su retiro; pero como con solo verle habia mucho de que podia uno aprovecharse, no pudo él determinarse del todo á no ir más á él. Queriendo pues otra vez visitarle, envió de antemano á preguntarle si le abriria la puerta. Arsenio reconocia demasiado lo que él debia á un obispo para negarle esto, y respondió al delegado que si venia, se la abriria; pero añadió al mismo tiempo que recibéndole á él se veria obligado á recibir tambien á los otros, lo cual le obligaria finalmente á abandonar el lugar de su retiro y buscar otro en otra parte en donde fuese menos distraido. Habiendo sido esto referido á Teófilo, dijo que preferia privarse de verle que obligarle con esto á abandonar su celda.

Parece que cuanto más queria esconderse, más inspiraba esto á los otros el deseo de irle á ver, para aprovecharse á su lado; pero, siempre atento á practicar la leccion que habia recibido del cielo, estaba firme en no recibir otras visitas que aquellas en las que podia aprovecharse él mismo, ó que conocia que eran agradables á Dios. Un solitario fué á llamar á su celda, y creyendo el Santo que era su discípulo, abrióle al instante; pero viendo que no era él, echóse rostro por tierra, y dijo á este solitario, que le suplicaba que se levantase, que no lo haria hasta que se hubiese retirado; lo cual cumplió.

Sucedió tambien que habiendo otros solitarios salido de

Alejandro para ir á la Tebaida á comprar lino, para sus trabajos, pasaron por las inmediaciones de su celda, y dijeron entre sí: « Puesto que tenemos ocasion favorable de ver al abad Arsenio, hay que aprovecharla ; » y al instante se fueron á su celda. Su discípulo se informó de ellos del motivo de su llegada y se lo refirió. Pero él le dijo : « Ejerced la hospitalidad para con ellos, y decidles que me escusen si no les veo, y dejadme contemplar el cielo. »

Estando otra vez obligado á recibir á otros solitarios, estos le suplicaron que les dijese alguna cosa edificante sobre aquellos que como él gustaban tanto de estar solos, y no recibian sino con gran pena la visita de los demás. » Mientras una joven, les respondió, permanece encerrada en la casa de su padre, es tenida en grande estima ; pero si sale afuera, ya no se la considera como antes. Lo mismo sucede con las cosas del alma : si uno las publica á todo el mundo, cada uno juzga de ellas segun le parece, y la mayor parte no hace caso de ellas. »

San Teodoro Studita hace notar á este propósito que no hay que creer que fuese por falta de caridad el que este gran Santo rehusara hablar con los hombres, precisamente él que tanto amaba esta preciosa virtud ; sino que era solamente para no ser distraido del ejercicio del santo recogimiento, en el que se habia hecho perfecto. Asi que San Juan Clímaco, que le proponia por modelo á los anacoretas de su tiempo, les decia : « Vosotros que vivis en el desierto, acordaos de este ángel (de este modo le llama), y considerad cómo despedia á los que iban á verle en su soledad, sin hablarles siquiera, por miedo de perder por parte de Dios, lo que valia mucho más que todas las conversaciones de los hombres. »

Dios hizo ver en cierta ocasion, de una manera muy marcada, que la conducta de Arsenio estaba dirigida por el Espíritu Santo. Un solitario atraido por su reputacion, fué

espresamente á Sceté para verle, y rogó á algunos hermanos, que administraban la iglesia de aquel desierto, que le llevasen á su celda. Ellos le invitaron á descansar y á que tomase antes algun alimento, porque la celda estaba muy apartada, como hemos dicho ; mas él protestó que no comeria antes de que hubiese tenido la dicha de verle ; por lo cual uno de ellos se ofreció á llevarle allá. Habiendo entrado en la celda, le saludaron con respeto, hicieron oracion, y se sentaron con él, esperando que les daria algun saludable consejo ; pero él guardó siempre un profundo silencio.

Despues que hubieron aguardado asi algun tiempo, el solitario que habia conducido al forastero, dijo : « Voy á dejaros en libertad, pensando que Arsenio le hablaria más fácilmente estando á solas con él ; » pero el forastero, maravillado de su silencio, no quiso permanecer más allí, y dijo á su guia que se iba tambien con él. Cuando hubieron salido de la celda, le dijo : « Os ruego que me lleveis al abad Moisés. » Era este aquel famoso solitario que antes de su conversion habia sido jefe de una partida de ladrones.

Este les recibió muy diferentemente de San Arsenio ; porque les dió muestras de mucha caridad y les dió de comer. Cuando se hubieron retirado, el solitario que habia traído al otro, le dijo : « Ya habeis visto pues á esos dos grandes personajes ; ahora decidme ¿ cuál de los dos preferis ? » — Prefiero, respondió, al que nos ha recibido y tratado tan bien. » Habiendo sido esto referido á los otros solitarios, un anciano se puso en oracion y pidió al Señor que le diese á conocer porqué causa Arsenio, por el amor que le tenia, huia con tanto cuidado de la compañía de los hombres, mientras que por un afecto del mismo amor Moisés recibia tan bien á todo el mundo. En esto, habiendo sido arrobado en éxtasis, Dios le hizo ver dos navios

que bogaban por el Nilo, en uno de los cuales estaba el abad Arsenio conducido por el Espíritu Santo, en gran reposo y silencio ; y en el otro estaba el abad Moisés conducido por los ángeles de Dios, que le llenaban la boca de miel.

No gustaba que aquellos cuya visita recibia con menos pena, se detuviesen demasiado tiempo. Habiéndole ido á ver el abad Ammon ó Ammoes, al cual queria mucho, dijole al principiar la conversacion que con él tuvo : « Padre mio ¿ qué pensais de mi ? » — « Yo os miro, le respondió Arsenio, como un ángel. » Despues que hubieron conferenciado bastante tiempo, y más de lo que habria querido Arsenio, le preguntó de nuevo qué pensaba de él. « Ahora, le dijo, os miro como un tentador ; porque aun cuando no me digais más que cosas buenas, es como si me dieseis cuchilladas. »

Habiéndole preguntado un solitario llamado Marcos por qué huia de la conversacion de los hermanos, él le respondió : « Dios sabe cuánto os amo ; pero no puedo estar al mismo tiempo con él y con los hombres ; porque mientras que los ángeles, casi infinitos en número, no tienen más que una misma voluntad, los hombres tienen muchas y muy diferentes ; asi que yo no puedo abandonar á Dios para conversar con ellos. »

Una tambien de las razones por las cuales él evitaba la conversacion con los otros, es porque siempre temia cometer en ella alguna falta. Y por este motivo decia que siempre se arrepentia de haber hablado, pero que nunca se habia arrepentido de su silencio. Admirable leccion, muy propia para hacernos entender cuán dificil es hablar sin herir la conciencia, y cuán á proposito es el silencio para conservarla su en pureza. Tambien el excelente autor del libro de la Imitacion de Jesucristo, (Imit. J.-C. l. 1. c. 10 y 20) ha señalado esta instruccion como una de la más importantes

que se pueden dar á los que aspiran á la vida interior.

Nadie sin embargo se encontraba en estado de hablar con uncion y con dignidad de las cosas de Dios como el gran Arsenio. Pero se puede decir tambien, que en el profundo recogimiento que le procuró su amor por el retiro y el silencio, adquirió las sublimes luces con que su alma fué alumbrada, y tambien la facilidad de hablar de la virtud como cualquiera de los ancianos del desierto. A fin de no entrar en conversaciones muy largas y muy espinosas, no le gustaba hablar de los pasajes dificiles de explicar de las Sagradas Escrituras, bajo pretexto de aclararlos; y por el mismo motivo, no queria tener relaciones con los ausentes por carta, escribiendo solamente cuando no podía de otro modo dispensarse.

Toda su atencion consistia entonces en ocultarse, vivir desconocido de los hombres, quedar en el secreto del rostro de Dios, ocupado siempre en contemplarle y en tener cuidado de su alma. Habia entrado en el desierto con esta intencion; y para animarse mucho más á sostenerse en su primera resolucion y practicarla enteramente, se decia muchas veces á sí mismo estas hermosas palabras que San Eutimio y San Bernardo se hicieron á ejemplo suyo tan familiares : *Arsenio, porque has dejado el mundo ? »*

El abad Daniel, el cual podia hablar de él como testigo ocular, habiendo tenido el honor de ser su discípulo, dice que, cuando estaba en la iglesia, se estaba detrás de un pilar ya fuere para no distraerse con el los objetos exteriores, ya para que nadie viese su rostro el cual efectivamente parecia como el de un angel.

Cuanto más este gran Santo era fiel en guardar el silencio y el retiro, tanto más gustaba tambien la dulzura de la vida recogida, y sentia atractivo hacia la oracion y meditacion. Se puede decir que hacia de ellas sus delicias, y allí, su corazon, desprendido de todas las cosas sensibles, se levantaba a Dios

con un ardor admirable, para perderse en algun modo en su seno por la sublimidad de su contemplacion. Un hermano, á quien Dios hacia conocer algunas veces las maravillas de su misericordia en aquellos á quien favorecia más particularmente con sus preciosos dones, vino á su celda, y mirando por la ventana, vio el Santo como si hubiese sido todo fuego. Era el ardor con la cual su alma estaba santamente encendida en la oracion, que Dios quiso manifestarle por este prodigio. Tocó despues su puerta, y el Santo habiendo abierto y mirándole todo estremecido, le pidió si habia mucho que tocaba, y si habia visto algo; despues le entretuvo algunos instantes y le despidió.

Pasaba los noches enteras en el ejercicio de la oracion; y, el abate Daniel relataba que los sábados el sol acostándose detrás de él, cuando rezaba la frente vuelta al oriente y las manos levantados al cielo, continuaba rezando en esta situacion hasta que este astro, levantándose la mañana siguiente, le hería los ojos con sus rayos, y que entonces se asentaba para tomar un poco de descanso. Esto prueba que habia completamente dominado sus sentidos y que estaba enteramente absorbido en Dios, siendo imposible naturalmente que pudiese sostenerse sin eso, durante una noche entera con los brazos levantados al cielo.

Pero no era unicamente el Sabado durante el cual pasaba todo la noche en velas. Lo hacia de costumbre tanto para darse mas tiempo á su atraccion por la oracion, cuanto que por espíritu de mortificacion; y se dice en la *Coleccion de las Vidas de los Padres*, que despues de haber velado la noche segun su costumbre, cuando la aurora iba á parecer, llamaba al sueño, diciendo: « Vienes ahora mal servidor; » y cerrando despues los ojos, dormia algunos momentos asentado, y se levantaba casi de seguida.

Decia que un religioso que queria verdaderamente combatir sus pasiones y lograrlo eficazmente, debia contentarse

con dormir una hora cada día. El demonio no deja de tentarle, por eso como por otros objetos. Se quejó una vez á sus discípulos Alejandro y Zoilo de ello, y les suplicó que pasaran la noche con él á fin de observar si se dejaria vencer por el sueño. Lo hicieron, y vieron solamente que la mañana siguiente al punto del día, habia cerrado sus ojos y respirado tres ó cuatro veces, de manera que no pudieron comprender si habia verdaderamente dormido.

Como no padecia de nada en su interior que le alejase del espíritu de oracion, é impidiese que su corazon se levantase á Dios con libertad, tambien tuvo miedo de ser disturbado por el menor ruido, de la atencion en la presencia de Dios, sobre todo en el momento de la oracion. Habiéndose encontrado con otros solitarios en un lugar cerca del cual se encontraba muchas cañas, oyó ruido, y pidió á otros lo que era. Le dijeron que era el viento que soplaba en las cañas. « Extraño, les contestó que podais vosotros acostumbraos á este ruido ; porque si un solitario queda asentado en un verdadero descanso, el canto mismo de un pájaro turbará un poco la paz y la tranquilidad de su corazon. »

Para conservare en esta tranquilidad de espíritu y de corazon, poseia una máxima que le ayudaba eficazmente. Un monje, decia él, que va fuera del pais en una provincia extranjera, no debe ocuparse de nada, y gozar de un verdadero descanso. Tenemos tambien de él esta bonita sentencia que contiene un gran fondo de instruccion para las personas que aspiran á la vida interior. « Si buscamos á Dios, decia, le encontraremos ; y si lo sabemos conservar se quedará con nosotros. »

No era solamente por amor del retiro que San Arsenio amaba tan fuertemente el silencio ; lo guardaba todavia para escaparse muchas veces de los lazos de la vanidad. Se dice, en las *Vidas de los Padres*, de el y de Teodoro de Fermo, que odiaban soberanamente la vana gloria, y que era por

esta razon que Arsenio se alejaba de las ocasiones de hablar, y que Teodoro lo hacia solamente padeciendo una gran violencia como si le hubiesen dado una puñalada.

Por este principio de humildad, no desdeñaba de tomar consejos de los otros, mientras que estaba tan bien en estado de darles él mismo por la eminencia de su ciencia, y sobre todo de su pericia en los dones de Dios. Fué á consultar un dia á santo Pemen en cuanto á su discipulo, que el le condijo, sobre lo que el le atestiguaba siempre un placer sensible el oirle hablar de cosas de Dios; y san Pemen le contestó, que se aplicase principalmente á instruirle por sus ejemplos, mas pronto que por sus discursos.

San Teodoro Studita relata tambien que este gran Santo comunicando sus pensamientos á un solitario de Egipto, muy antiguo, le dijo despues: « Abate Arsenio, cómo siendo tan profundo como sois en las ciencias grecas y latinas consultais este buen viejo rústico é ignorante? A lo que él contestó: « Es verdad que soy muy entendido en las dichas ciencias; pero no he podido llegar todaviá á saber el alfabeto de este anciano que vos mirais como un rustico. »

Sobre estas palabras, San Teodoro hizo esta bonita reflexion: « Este Santo varon, dijo, queria darnos á entender por eso, que si nosotros no nos estudiamos por una verdadera humildad, á aprender este alfabeto, de preferencia á toda otra ciencia; aunque hubiéremos adquirido por otra parte sublimes conocimientos, seriamos con la verdad sola, rústicos é ignorantes. »

Evagrio hablando con el de algunos religiosos de Egipto que tomaban poco interes en adquirir los ciencias humanas, le decia: « Porque nosotros, despues de habernos aplicado muchisimo al estudio y á las ciencias, no hemos adquirido ninguna virtud, mientras que estos Egipticos, que no tienen ninguna nocion de letras, han hecho tanto provecho en la piedad? Es, contestó San Arsenio, que nosotros estamos

todos ocupados de estas vanas ciencias ; mientras que estos Egipcios, aunque groseros, ponen todos sus cuidados al lado de las virtudes, y trabajan tan bien que llegan á adquirirlas.

Capítulo II.

San Arsenio, igualmente distinguido por la ocupacion distinguida que habia ocupado en la corte, y por el resplandor de los virtudes por las cuales brillaba en su desierto, merecia ser soberanamente respetado de todos los solitarios, y lo estaba verdaderamente ; pero su humildad no podia aceptarlo, y no queria ninguna distincion. Esto se manifestó sobre todo en la ocasion que vamos á referir. Algunas personas llevaban higos secos para distribuirlos á los solitarios de Scete ; pero como habia pocos, los Padres quienes hicieron la distribucion no se atrevieron, por respeto, á enviarle una parte, temiendo que esto seria hacerle una injuria mas pronto que un regalo, darle tan poca cosa. Lo supo y no quiso ir á la Iglesia como lo hacia antes, diciendo á los Padres : « Vosotros me habeis, pues, excomulgado, no dándome participacion en las larguezas que Dios nos ha hecho porque en efecto no soy digno de ellas ? Sobre estas palabras el sacerdote le llevó su parte y la condujo despues á la Iglesia muy satisfecho ; lo que fué por los solitarios, quienes admiraron su humildad, un gran objeto de edificacion.

Se puede tambien observar la grande pobreza á la cual estaha reducido, como un efecto de su humildad y tambien como un desprendimiento de su corazon. Se dicia de él que como no habia nadie en la corte, cuando estaba, que anduviese vestido tan magníficamente, tampoco se encontraba en todo el desierto de Scete un solitario que llevase una ropa tan mala. Habiendo caido enfermo, se encontró en tan

grande necesidad que, siéndole menester alguna ropa, no tuvo dinero para comprarla, aunque fuéese poco para eso. Lo recibió en la limosna, y dijo despues : Os doy las gracias, ó Dios mio, de que me hayais hecho digno de tener necesidad de recibir limosna en vuestro nombre. »

Habiendo estado tambien enfermo, sea en esta misma enfermedad, sea en una otra, el sacerdote de Scete le hizo trasportar al lado de la Iglesia, le hizo poner en una pequeña cama y puso una almohada bajo de su cabeza. Un antiguo solitario vino á verle, y encontrandole sobre su cama, fué escandalizado, y dijo : Está aqui este abate Arsenio ? Como está acostado tan comodamente ? El sacerdote le tomó entonces aparte y le pidió que profesion era la suya antes de ser solitario. » Era pastor, » contestó. — « Y como viviais ? » continuó el sacerdote. — Con mucha pena y trabajo, » dijo él. — Como os encontrais ahora en vuestra celda ? continuó el sacerdote. — Tengo bastante comodidad, dijo el, y gozo de descanso. » Entonces el sacerdote, deseando curar su alma del juicio precipitado que habia dado contra el Santo, le dijo : Vos veis al abad Arsenio ; era padre de Emperadores, tenia mil domesticos á su servicio ; dormia en una cama magnifica ; que diferencia entonces de su antigua condicion con la vuestra, vos que no teniais, cuando ejerciais de pastor, el descanso del cual gozais ahora, mientras que él no tiene ninguna de las comodidades que gozaba en el mundo. Así, dejando el siglo, habeis cambiado la vida pesarosa que llevabais en una vida mas dulce ; mientras que el ha pasado de una vida opulenta y fastuosa, á una vida de penitencia. « El buen viejo reconoció con esta naracion la injusticia de su juicio improvisado. Confesó su culpa, y se retiró aprovechando de un tan bonito ejemplo. San Teodoro Studita y el abad Daniel relata tambien de nuestro Santo que un oficial del Emperador habiéndole llevado el testamento de uno

de sus parientes, del orden de los Senadores, hecho en favor suyo, en el cual le dejaba una muy rica sucesion, quiso primero desgarrarlo á fin de no oír nunca hablar de ello ; pero el oficial se puso de rodillas á sus pies y le suplicó no hacerlo porque su cabeza respondia de ello. Dichas estas palabras, San Arsenio le contestó : « Como ha podido hacerme su heredero, el que ha muerto desde poco, mientras que ya se me ha llevado la muerte desde mucho tiempo ? » Asi le remitió con el testamento sin aceptar nada de esta herencia.

Era una grande penitencia por Arsenio vivir con un tan gran despojo de todo, y estar reducido á una privacion entera de todos las comodidades de la vida, despues de haber gozado en la corte de todas las que procura la opulencia. Pero este gran Santo dejando el mundo se habia entregado á los mortificaciones en todas las partes sobre las cuales creía haber seguido la satisfaccion de los sentidos. Asi mortificaba las picazones de parecer, tan natural á los gentes de espiritu, por el retiro riguroso y por este silencio en el cual se entregaba casi siempre. Mortificaba el amor de los goces, y de las comodidades del cuerpo, por la desnudez de todo, y esta pobreza evangélica tan perfecta á la cual se habia reducido.

Mortificaba el amor del descanso, por las velas continuas de las cuales hemos hablado.

Mortificaba el orgullo por la fuga de todo lo que podia hacerle estimar de los hombres y el odio generoso de toda la gloria mundana. Los autores de su vida nos manifiestan aun dos modos de mortificacion que practicaba, y que hacen ver en él el celo que el deseo de morir por todo y sacrificarse á Dios por la penitencia inspira á un corazon lleno de esta virtud.

El abad Daniel decia que cuando hacia cestos, lo cual era su trabajo ordinario, y que el agua en la cual remoja-

ban las hojas de palmera se corrumpia, no queria renovarla ; pero se contentaba con poner agua limpia sobre, afin que continuase despidiendo mal olor, y la cambiaba enteramente una sola vez al año. Algunos solitarios le representaron á esto objeto que esta agua podrida daba un mal olor en su celda, y por fuerza habia de incomodarle ; pero el les hizo esta bonita contestacion : « Me he servido demasiado, cuando estaba en el mundo, de perfumes excelentes ; es muy justo ahora que pomezca este mal olor afin de reparar esta sensualidad que he seguido, y soportándola con paciencia Dios me libre al dia del Juicio de la fetidez insoportable del infierno, y no sea condenado con aquel mal rico el cual habia vivido en medio del lujo y de los grandes placeres.

Su abstinencia era tal, que sus discipulos confesaban no saber de que vivía ; porque, decia el abate Daniel, durante muchos años que hemos pasado con él, le hemos dado todos los años una sola medida, y sin embargo no solamente le bastaba, pero todavia nos ofrecia de ella cada vez que ibamos á verle. No comia nada de fruto, sino cuando era muy maduro. Rezaba entonces afin de evitar que le llevarsen de ello, y se contentaba con probarlo un poco.

Aunque tuviese attraction por la oracion y la contemplacion, trabajaba por eso manualmente hasta la hora de sexta ; pero este trabajo no interrumpia su recogimiento y su union interior con Dios. Al contrario estaba tan lleno de su divina presencia que no la perdia nunca de vista y que era obligado de tener siempre á la mano un pañuelo para enjugar las lágrimas que caian de sus ojos, hasta trabajando. Dios le habia dado este dono tan precioso que le hicieron caer el pelo de los párpados. Estas lagrimas procedian del arrepentimiento de sus faltas pasadas y del deseo ardiente con el cual suspiraba despues por la eternidad bien hechora. El recuerdo de la muerte que tenia tambien casi siempre presente, le daba todavia el sujeto ; porque á pesar de as-

pirar á la celestial patria por la vehemencia de su amor, la severidad de los juicios de Dios le inspiraban igualmente un santo miedo ; lo que hizo decir á Teofilo, patriarca de Alejandria cuando estaba al punto de morir : O abad Arsenio, que feliz sois por haber tenido siempre en el espiritu este temeroso momento ! »

Un antiguo relatava tambien de él, que examinaba dos veces durante el dia, la mañana y la noche, si habia fielmente observado lo que Dios queria de el, ó si habia faltado en seguir su voluntad por cualquiera cosa, y que habia pasado de este modo su vida en el ejercicio continuo de un juicio riguroso sobre el mismo, y un sentimiento acostumbrado de penitencia ; lo que todo bueno solitario debia hacer á su ejemplo.

El demonio, siempre enemigo de los Santos, le atormentó un dia cruelmente en su celda ; y no fue sin duda este hecho único. Los solitarios que tenian la costumbre servile, vinieron encontrarle en esta mala situacion, y estándose al lado de su celda, entendieron que decia á Dios gritando : « Señor, venid á mi socorro, y no me abandonéis. Es verdad que no he hecho nada hasta ahora que pudiese seros agradable, pero dadme por vuestra bondad infinita, la gracia de poner buenos fundamentos y empezar á bien vivir. »

Tales eran las virtudes del gran Arsenio. No se debe entonces extrañar si el demonio se encontraba celoso de el, y si desplegabá por este motivo todo su rabia contra el, todos los momentos en los cuales Dios le dejaba el poder, afin de purificar mucho mas su servidor y hacerle crecer sus méritos ; y su ejemplo, como los de tantos otros santos, debe servir igualmente de modelo, y de consolacion á las almas temerosos, á las cuales el espiritu de las tinieblas hace violentos combates. Entonces la humildad, la confianza en Dios, y el recurso á su bondad, deben servirles de defensa.

Pero no fué solamente por la tentacion de los malignos espíritus que Dios puso á pruebas San Arsenio. Apenas se encontraba en el desierto, que su soledad fue turbada por la invasion de los Mazicos, y obligado á ausentarse por algun tiempo, como muchos otros. Estos pueblos eran de la Libia; Cassiano los designa en estos terminos: « Es, dijo, la nacion la mas cruel y la más bárbara; encuentra un singular placer en el ejercicio de los crueldades. No es la avidez lo que la lleva á derramar sangre humana, como las otras naciones bárbaras; es que tiene su inclinacion naturalmente llevada para hacer el mal. » En esta incursion, que sucedió por el año 395, mataron muchos solitarios de Scété. San Arsenio se escapó de sus furores con los que pudieron fugir. Ignoramos donde se retiró entonces. Tal vez fué en Trol, llamado tambien Petra, ó la Roca de Troë, al lado de Memphis; de este lugar se fué á Canope; pero estuvo allí muy poco tiempo; porque, deseguida que los barbaros fueron retirados, volvió á Scété. Hay verosimilitud que, durante esta primera permanencia en Troë y Canope, recibió la visita de algunos solitarios y del tio de Timoteo, patriarca de Alejandria, porque es moralmente imposible que esto hubiese sucedido durante su segunda fuga, de la cual hablaremos pronto; el tio de Timoteo debia ser muerto á esta época desde muchos años. Tal vez fué en el mismo tiempo que una Señora romana, atraida por la fama de su Santidad, vino expresamente de Roma para verle. Relataremos aqui esta historia; pero no aseguramos que esto sucedió en Canope durante la primera salida del Santo, por motivo de la invasion de los Mazicos, ó bien si fué en su desierto mismo, cuando volvió.

Esta Señora, muy rica y muy piadosa, oyendo hablar de su eminente virtud, quiso verla por si misma. Salió de Roma y vino á Canope, de donde se dirigió á Alejandria para visitar el patriarca Teofilo afin de suplicarle obtu-

viera del Santo el permiso de ir á verle. El patriarca la recibió con mucha cortesía, se encargó de su comision, y habiéndose dirigido á su celda, le dijo : Padre mio, una Señora romana de mucha piedad y de un rango muy distinguido, hallegado desde poco, y ha hecho este largo viaje, con el gran deseo de edificarse viendoos, y recibir vuestra bendicion. Os ruego entonces no rehusarle esta gracia, y tener la molestia de hacer una parte del camino afin de facilitarle esta consolacion. »

A pesar del respeto que tenia San Arsenio por el patriarca, no pudo resolverse á hacer lo que exigia de el. Se alejaba de los hombres con gran cuidado afin de responder á los proyectos de Dios, con mucha mayor razon evitaba la vista de las mujeres, afin de no entregarse al enemigo de la salvacion? Asi Teófilo no pudiendo ganar algo sobre su resolucion, devolió la contestacion á esta Señora que, lejos de perder el ánimo, hizo al contrario sellar sus caballos y se puso en camino, diciéndole : « Tengo confianza en Dios, y espero que me hara la gracia de verle, del momento que no es el deseo de ver á un hombre lo que me hizo emprender un tan largo viaje, y teniendo bastante en el lugar de donde procedo ; pero solamente he tenido el desco de ver á un profeta. »

Como llegara á su celda, le encontró fuera que se paseaba, y se echó de seguida á sus piés, la frente inclinada hasta la tierra. El santo la levantó, y le dijo con un tono severo : « Si es mi frente que deseais ver, la teneis aqui, miradme. » Ella fué tan sorprendida de estas primeras palabras que no tuvo el valor de levantar los ojos ; y el Santo continuó asi : Si os han relatado alguna cosa buena de mi, que os pueda edificar, debiais contentaros con pensar en dicha cosa en vuestrá interior, sin emprender, para verme, de atravesar un tan largo espacio de mar. No sabeis que una mujer debe vivir retirada en su casa ? Y habeis venido aqui

afin de glorificaros á la vuelta por haber visto á Arsenio y inspirar á las otras mujeres el deseo de atravesar tambien la mar para venirme á ver. Ella contestó á esto : » Dejo á la voluntad de Dios impedir que otros vengan ; pero yo os pido humildemente rezar para mi y no alvildarme. » Al contrario, le contestó á la vez el Santo, suplico al Señor borrar enteramente su recuerdo de mi corazon. » Estas ultimas palabras la desolaron mucho. Fué tocada de la fiebre cuando llegó en Alejandria, y el Arzobispo, habiendole hecho una visita para saber de ella el resultado de su visita, le relató sobre todo las ultimas palabras del Santo, añadiendo que dichos palabras la harian morir de dolor. El Arzobispo la consoló explicandole el verdadero sentido. No sabeis, le dijo, que sois mujer ; y que las mujeres son el instrumento del cual el demonio se sirve siempre por combatir á los hombres. Es por esta razon que el abate Arsenio os ha dicho que queria borrar vuestra frente de su corazon ; pero en cuanto á vuestra alma, no dudeis un momento que reza por ella. » Estas palabras la volvieron de su afliccion, y volvió á Italia muy staisfecha de su viaje.

Los Mazicos hicieron una segunda invasion en el desierto de Scété, en el año 434 apoximadamente, y Arsenio fué obligado huir una segunda vez para evitar caer entre sus manos. Habia cuarenta años que vivia en el desierto. A su salida, se puso á llorar, y dijo : « La muchedumbre inmensa de pueblos ha sido la causa de la ruina de Roma, y la muchedumbre demasiado extensiva de monjes ha sido causa de la de Scété. »

No era sin motivo que formulaba estas quejas. Veremos en lo sucesivo de esta obra, como el gran numero de solitarios dio ocasion á relajacion, é introdujo muchos abusos en los monasterios, los cuales causaron enfin su ruina entera. El lugar que el Santo escogió para su retiro fué Troë, como lo habia hecho una primera vez. Varios solitarios de

Alejadria entre los cuales algunos estaban considerados segun el mundo, vinieron un dia para verle ; estaba entonces enfermo y sea por este motivo, sea por no ser turbado en la soledad por otros, quienes á su ejemplo no hubiesen faltado hacerle sus visitas, escusóse verles ; de lo que fueron un poco descontentos.

Quedó diez años en este lugar, despues una otra invasion de los barbaros le obligó á retirarse en Canope en donde pasó aun tres años. Los solitarios que habia rehusado verles en Troë no se cansaron, y vinieron una segunda vez en Canope para conferenciar con el. Los recibió entonces con muchos pruebas de affecion y de caridad. Uno de ellos se quejó á el de lo que no habia querido darle la misma consolacion cuando estaba en Troë ; pero le hizo comprender que habia sucedido esto, no por odio, pero por razones legitimas. Estas razones, como lo hemos dicho, eran sobre todo para no ser disturbado de este estricto retiro que Dios le habia recomendado guardar fielmente. Esto fué causa aun que vivió poco tiempo en Canope, donde estaba demasiado molestado, por las visitas, apesar de todas las medidas que usaba para evitarlas. Resolvió entonces abandonar su celda sin llevarse nada y hasta separarse de Alejandro y de Zoïlo, sus dos discipulos, para vivir más solitario que nunca.

Dijo al primero tomar un buque y despues retirarse y á Zoïlo acompañarle hasta el rio para encontrarle un barco que lo conduciria á Alejadria y despues de esto irse á reunir con su hermano, es decir Alejandro su discipulo. Fueron tambien suprendidos de este orden, siendo casi imposible consolarse de su separacion, y se pedian reciprocamente si habia sido descontento de algo, ó si le habian faltado de obediencia ; lo que no tenian sin embargo que reprocharse. Obedecieron sin replicar, y se retiraron á la Roca de Troë. En cuanto al Santo, fue á Alejadria, en donde cayó peligrosamente enfermo.

No habia llegado su ultima hora, y se restableció poco á poco de su enfermedad. Sus discipulos quienes se informaban de él en todas las ocasiones que se les ofrecian, supieron con dolor su situacion y no se atrevieron á ir á ver le por miedo de faltar á sus órdenes y darle pena ; pero cuando fué completamente restablecido, se determinó el mismo á ir á unirse con ellos en Troë, donde sabia que los encontraria, diciendo : « Ahora iré á reunirme con mis padres » pues así les designaba por honor. Como estuviera sobre la orilla del rio esperando pasar, una jóven Etiope se atrevió á tocarle sus vestidos ; la reprendió con severidad ; pero ella le contestó : Si vos sois monje, idos á la montaña. » Esta contestacion fué por el una instruccion que se aplicó y la repitió en si mismo, diciendo : « Arsenio, si tú eres monje, vete á la montaña. »

Sin embargo, sus discipulos, siempre atentos a lo que hacia, aunque no pudiesen saberlo más que por relacion, supieron con un gran contento que venia á juntárseles en Petra, es decir, en Troë, que se llamaba de otro modo Petra, como lo hemos observado, y en el apresuramiento que tenian de verle, salieron al encuentro, y derraman muchos lagrimas, sea por el contento de volver á verle, sea por haber estado mucho tiempo separados.

Les preguntó porque no habian ido á verle durante su enfermedad ; y Alejandro le contestó que era por motivo de la pena que habian tenido de su separacion ; que muchos habian sido afligidos y que se les habia echado la culpa, diciendo que no los hubiese remitido si le hubieron sido más sumisos. Les contestó : « Ya sabia que lo dirian ; pero ahora cambiarán de language, y se dira que la paloma no encontrando donde poner sus patas, volvio á Noé en el arca. » Esta contestacion apaciguó el dolor de sus discipulos, quienes no le dejaron mas hasta su muerte.

Se retiró entonces completamente en Troë con ellos, y fue alli que, dos años despues, concluyó felizmente su

carrera. Como viera que su fin se acercaba, dijo á sus discípulos, entre los cuales estaba Daniel que no estuvieran en pena por tener que hacer para el limosnas despues de su muerte ; lo que demostraba que era pobre ; pero que bastaba que se acordasen de él en el santo sacrificio : « Que si he hecho algo bueno durante mi vida, añadió, lo encontraré adelante de Dios. » Estas palabras anunciándoles su muerte como próxima, les oprimió y les turbó mucho. Quiso dulcificarlas, y les dijo : « Mi hora no ha llegado todavia, os lo avisaré lu'go que llegue, pero debo deciros que no quiero que deis parte alguna de mi cuerpo para ser conservada como reliquias, y si lo haceis, me volveré vuestro acusador en el Tribunal de Dios, en el cual compareceréis como yo. » Este gran Santo, que habia querido ocultarse toda su vida, queria tambien, por un sentimiento de la más profunda humildad y de un santo amor por la vida oculta, ser olvidado despues de muerto, ademas que tenia miedo que no se guardase su cuerpo sin sepultarlo, segun la costumbre superficial de los Egypcios, lo que no tiene nada de comun con el honor que hacemos á lás santas reliquias, como lo hemos ya observado en la vida de San Antonio.

Sus discipulos le dijeron á este objeto : « Que haremos entonces, Padre nuestro ? No sabemos como se acomoda y se sepulta los muertos. » — « Ay ! los contestó, no sabeis entonces ponerme una cuerda á los pies y arrastrarme asi á la montaña ? » Enfin como estuviera á punto de entregar su alma, empezó á llorar ; lo que no es extraño en los más grandes santos, quienes habiendo quedado penetrados del más vivo temor del Señor durante su vida, por las luces que tenian de su santidad, han muchas veces temido comparecer adelante de el, sin perder el deseo de poseerle y la esperanza en su misericordia. Sin embargo, sus discipulos que habian sido testigos de su vida toda celestial, quedaron sorprendidos de esto, « Porque, Padre mió, llorais ? le

dijeron ; teneis miedo a la muerte como los otros? » Sí, sin duda, les contestó, y este miedo nunca se ha alejado de mi desde que me hice solitario. »

En estos sentimientos de humildad entregó su alma al Señor, enriquecido de virtudes y de méritos; teniendo la edad de noventa y cinco años, de las cuales habia pasado cuarenta en el mundo, otros tantos en Scéte, diez en Troë, tres en Canope ó Alejandria, y dos todavia en Troë; de modo que puede haber muerto en 449 ó 450 segun la cronología de los continuadores de Bolando, que seguimos aqui como la mas segura. SURIUS, GAZEO y otros le hacen vivir hasta ciento veinte años, pero se equivocaron.

San Pemen habiendo tenido la noticia de su muerte, exclamó derramando lágrimas : « Que feliz sois, ó Arsenio, por haber llorado tanto durante vuestra vida, pues que los que no lloran en esta vida, llorarán eternamente en la otra ; porque es menester, ó que por una penitencia voluntaria lloramos acá bajo, ó que lloramos sin provecho cuando seremos muertos, por los tormentos que padeceremos. »

La frente de San Arsenio parecia todo angelical, como dicen que era la de Jacob. Era grande y de hermosa talla, pero bastante seco y encorvado á causa de su viejez. Sus cabellos blancos le daban un aspecto venerable. Su barba bajaba hasta el medio del cuerpo, pero no tenia pelos en los párpados, pues sus continuas lágrimas se los habian hecho caer. Tal es el retrato que de él nos han dejado los autores de las *Vidas de los Padres de los desiertos*.

Sus discípulos se cuidaron de su sepultura y el abad Daniel dijo que el Santo le dejó su túnica de piel, su silicio blanco, y sus sandalias de hojas de palmera, y se vistió con ellos con una respetuosa devocion, para participar de su bendiccion.

Es necesario añadir lo que el monje Cyrillo dijo de él en la Vida de san Eutimio, á saber que este Santo, uno de

las principales calumnias del estado monástico en la Palestina, escuchaba con mucha satisfacción y una atención llena de piedad, las particularidades de la vida de san Arsenio que le relataban los monjes de Egipto que iban á verle, que hacia todos sus esfuerzos para imprimir muy profundamente en su corazón todo lo que sabia de sus virtudes á fin de imitarle, sobre todo su tranquilidad, su humildad, sus abstinencias, sus vigiliass, su vigilancia, su sobriedad, esta palabra que se decia á el mismo : « Arsenio, porque has dejado el mundo ? » su componcion, sus lágrimas, su amor por la soledad, su alejamiento de las conversaciones, su caridad, su discrecion, su fervor, su aplicacion á la oracion, y esa grandeza de alma que brillaba en todas sus acciones.

Hagamos conocer ahora por algunos ejemplos la doctrina espiritual de este gran Santo. Era costumbre de los solitarios de Scete juntarse muchas veces para hablar de cosas espirituales, y animarse, por santas conferencias al combate contra los vicios y á la practica de las virtudes. Se relata á este propósito un pequeño discurso que hizo san Arsenio en una de estas juntas, sobre los diferentes artificios de que el demonio se sirve para engañar á los solitarios y sobre los medios de descubrirles y evitarlos. Este gran Santo, se dice en su Vida por Metafraste, mas llevado por su attraction por el silencio á escuchar que á instruir á los otros, se decidió, en espíritu de obediencia, á decir en esta ocasion algunas palabras de edificacion, y muy lejos de hacer resplandecer esa profunda erudicion de la cual estaba lleno, se contentó con darles con modestia y simplicidad los santos avisos que vamos á referir.

« Vosotros sabeis, les dijo, Padres y Hermanos míos, que los hombres ordinariamente no hacen nada sin reflexion ; sino con motivo, y proponiéndose un fin. Lo experimentamos nosotros mismos cuando dejamos el mundo. Esto fué á fin de adquirir la pureza del corazón, y con

esto nuestra santificacion: Debemos, pues, trabajar siempre en esta purificacion de nosotros mismos, no solamente en exterior, mas aun en nuestro interior; lo que es mas dificil y que exige mayor trabajo, por que el combate de las pasiones es mas fuerte, y cuesta mucho más obtener la victoria sobre ellas.

« Muchos han llegado á domar su carne por los ayunos y otras maceraciones, de modo que no han sentido tanto sus rebeliones; pero no se han igualmente aplicado á domar las malas afecciones de su alma; y se puede decir de ellos que se han purificado solamente á medias. Han puesto todos sus cuidados en privarse de las satisfacciones de sus sentidos interiores y evitar el caer en vicios groseros, lo que es muy laudable sin duda y muy necesario; pero no han trabajado en destruir los vicios secretos del corazon, tales son la envidia, el amor de la vana gloria, la presuncion, el deseo de las riquezas y el orgullo, que es el vicio capital. Se pueden comparar estos solitarios á estatuas, que en el exterior brillan por el fulgor del oro y del bronce, y en el interior no tienen más que suciedad ó materia vil. No basta, pues, reformar en nosotros el hombre exterior, si queremos llegar á una entera pureza de corazon; estos son vicios interiores que se deben principalmente combatir y hacer todos nos esfuerzos para destruirlos.

« Tampoco debeis ignorar, Hermanos mios, que el demonio emplea todo género de artificios para seducir nos; y que uno de los mas peligrosos, y que le sale bien con muchos, es presentarles apariencias de un bien á fin de atraerlos despues mas fácilmente al mal. Asi es como inspira, por ejemplo, á algunos el amor de la hospitalidad á fin de llevarlos, tratando bien á los que van á verles, á la intemperancia de la boca. Les pareció primero que se proponian solamente ejercer la caridad, y comiendo con sus hués pedes se acostumbraron á la golosina, y por fin á

otros vicios, de los cuales es ordinariamente la causa. Del mismo modo, ha sugerido á otros el pensamiento de recoger dinero para hacer limosna ; y por medio de este pensamiento, ha hecho entrar en sus corazones esa avidéz funesta por los bienes de la tierra que causa la avaricia.

« Ha tambien engañado otros, bajo pretexto del bien espiritual del prójimo, haciendoles creer que estándose retirado en sus celdas, se hacian inutiles, y que debian mas bien manifestarse para beneficio de los otros. Asi, escuchando esta sugestion, han abandonado su retiro, se han comprometido en conversaciones con gentes del mundo, hasta con mujeres ; y apoyándose demasiado sobre la virtud que creyian haber adquirido, como si no hubiesen tenido que temer nada de ellos mismos, y como si estuvieran fuera del alcance de la tentacion, se han expuesto con temeridad á las ocasiones, y han hecho por fin caidas funestas.

« Hé aqui tambien uno de los mas peligrosos lazos de este enemigo de nuestros almas. Deja algunos veces solitarios sin tantearlos durante un cierto tiempo ; y entonces creyendose exentos de vicios, porque no tienen tentaciones para luchar, conciben sentimientos de estimacion de ellos mismos, como si fueran ya perfectos y caen en el abismo del orgullo ; ó bien, no viendo enemigos contra ellos, cesan de velar sobre si mismos, como si no vieran nada que temer ; quedan en la inaccion, caen en la negligencia, se adormecen, se puede decir asi, en una falsa seguridad ; y mientras cree estar en seguridad, viene de improvisto á atacarles con alguna tentacion violenta, y les hace sucumbir tanto más fácilmente, cuanto ha sido más fácil sorprenderles, porque desconfiaban menos de su furor.

» Considerando entonces, hermanos mios, las astucias del demonio, y como nos ataca de tan diferentes maneras, lo que no es algunas veces facil de descubrir, tenemos necesidad de una grande atencion sobre nosotros

mismos, de una vigilancia continua sobre nuestras sentidos y sobre lo que pasa adentro de nosotros. Tenemos necesidad de una espíritu de discernimiento y de discrecion ; pero sobre todas las cosas, tenemos necesidad de rezar sin cesar a Dios, á fin que nos dé claridad, y que no permita que seamos engañados por las apariencias de un bien, que el maligno espíritu nos presenta á fin de mejor hacernos caer en el pecado. Así, vigilemos de continuo á fin de descubrir de que parte, cuando y como el tentador viene para atacarnos. »

Se ve por este pequeño discurso que los solitarios no empleaban los ornamentos de una elocuencia mundana en sus conversaciones ascéticas. Iban derecho a su objeto, que era la reforma de las custumbres y el ejercicio de los virtudes, sin mezclar nada de inútil en sus instrucciones, porque se proponian solamente la utilidad de sus oyentes. Quién hubiese podido hacer mejor uso de los reglas de retórica que el gran Arsenio? Sin embargo cuánta simplicidad en lo que relatamos de él? Son verdades sin adorno ; pero sin embargo verdades, y esto debe bastar a todo hombre que busca en las palabras de los Santos, no una vana harmonia que alaga el oido sino una uncion de piedad que toca el corazon.

Tenemos aún en la *Colleccion de las Vidas de los Padres* algunas sentencias de San Arsenio. Un hermano habiéndole suplicado que le diese algunos avisos, le dió el siguiente : « Poned todos vuestros esfuerzos para bien regular vuestro interior segun la voluntad de Dios, y dominareis con facilidad lo que puede causaros pena por fuera. »

Un otro le dijo : « Padre mio, muchas veces soy turbado por el pensamiento que no pudiendo ayunar ni trabajar, debo emplearme en visitar enfermos ; haré a lo menos con esto un acto de caridad. » — « No, le dijo el Santo, comprendiendo que era una tentacion del demonio para obli-

garle a dejar su retiro ; idos, como, bebed, dedermid, no trabajéis, os recomiendo solamente que no salgais de vuestra celda. » Luego sabia, al darle este consejo, dice el que recogió sus sentencias, que un religioso que fielmente guarda su celda con paciencia, ingresa pronto en la observancia de las otras reglas de su estado.

Decia tambien, que del mismo modo que un ladrillo no bastante cocido, se deshace, cuando se pone dentro del agua, y que por el contrario se endurece más, cuando lo es suficiente, tambien un religioso, que no está bien establecido y le falta fervor, cae fácilmente en la tentacion. Un hermauo le dijo un dia : « Cuando he cometido un pecado, el recuerdo me atormenta sin cesar, y mi consciencia me lo reprocha siempre, diciéndome : Y porque has hecho este pecado? » Y él le contestó para animarle á corregirse : « Si cuando uno ofende á Dios, ingresa en seguida en los sentimientos de una sincera penitencia, y pide perdon á Dios de todo su corazon, pasa pronto de la tristeza a la confianza. »

Un otro hermano, yendo á exponerle el estado de su alma, le dijo : « Padre mio, hago todo lo que puedo, para meditar sobre lo que he aprendido de memoria en las santos Escrituras, y sin embargo no soy conmovido de compuncion, porque no comprendo bien el sentido ; lo que me da mucha tristeza. » Pero el Santo le consoló con estas palabras : « No dejéis hijo mio, de meditar la palabra de Dios ; porque aprendí del bienaventurado abad Pemen y de muchos otros Padres, que del mismo modo que los que conjuran las serpientes las hacen sentir la virtud, aunque ellos mismos no entienden el sentido de los palabras que pronuncian, de suerte que impiden les de ser nocivas, y hacen de ellas lo que quieren ; tambien los demonios comprenden muy bien el sentido de la Escritura, aunque no la entendemos como ellos ; y espantados



dup. de Chardon inv. Paris.

1780. Paris.

Jean, économe de Société.

Com. de la Société de l'Esprit.

por la fuerza de estos divinos oráculos, toman la fuga, y nos dejan en paz, no pudiendo resistir a estas palabras sagradas que el Santo-Espiritu ha proferido por la boca de los Profetas y Apóstoles. »

El abad Daniel, su discípulo, dice que les relató una vision con la cual Dios habia favorecido á un anciano, pero creyó que era él mismo quien la habia tenido ; y en efecto, le es atribuida en los *Vidas de los Padres de los desiertos*. Decia, pues, que un dia este anciano estando en su celda, oyó una voz que le dijo : Sal fuera, y te haré ver cuales son las obras de los hombres. » Se levantó al momento y salido de su celda, se encontró trasportado en un lugar donde apercibió un Etiope que cortaba madera á fin de hacer un haz, y que habiendo ensayado despues de ponérselo sobre sus espaldas, y encontrándole muy pesado, en lugar de disminuirlo cortó aun más mordera, y la aumentó afin de probar si podia llevársela más cómodamente, lo que habia hecho repetidas veces. Despues este anciano, habiendo pasado más adelante, se le hizo ver un hombre á la orilla de un lago del cual sacaba agua con mucha pena, que echaba en un vaso roto y esta agua caia otra vez en el lago. La misma voz se hizo oír de nuevo y le dijo : « Ven y te haré ver otra cosa. » Entonces vió ante sus ojos un templo y dos ginetes que llevaban junto una madera transversal, y se esfuerzaban en hacerla entrar por la puerta de este templo ; lo que no lograron, el uno rehusando de ceder al otro á fin de hacer entrar la madera á lo largo. Despues de esta vision la misma voz le explicó lo que significaba : « Estos ginetes, le dijo, que acabas de ver, representan los que parecen llevar el yugo de la virtud, pero lo hacen con orgullo y ostencion : no piensan en endezerar sus intenciones, y andar por la via humilde de Jesu-christo ; asi queden siempre fuera de la puerta del Reino de Dios, representado por este templo. El Etiope que

cortaba madera, es la figura del pecador cargado con el peso de sus crímenes; y que lejos de descargarse por la penitencia, está aumentando siempre el peso, poniendo iniquidad sobre iniquidad. El que recoge agua y la echa en un vaso roto, representa los que hacen algunas buenas obras, pero que las mezclan con otras tantas malas, que pierden el mérito de aquellas. Es menester, pues, que cada uno haga sus esfuerzos para arreglar de tal modo sus acciones, que no trabaje en vano.

San Arsenio relataba también, como se supo después del mismo abad Daniel, que se encontraba en el desierto un buen anciano, cuyas acciones eran admirables; pero como era muy modesto, cayó por ignorancia en un gran error, diciendo que el pan que recibimos en la Santa comunión no es el verdadero cuerpo de Jesucristo, pero solamente su figura. Dos ancianos del desierto, sabiendo que pensaba de este modo por simplicidad, vinieron á encontrarle; y fingiendo ignorar que estuviese en error le dijeron: « Padre mio, hace algun tiempo que un infiel decia que el pan tomado en la Santa comunión no es el verdadero cuerpo de Jesucristo, pero solamente su cara. » A lo que este buen anciano contestó: Yo soy el que ha dicho esto. » Y ellos replicaron: Rechazad Padre mio, este mal sentimiento, y creed como la Iglesia Católica, que nos enseña, y como la creemos nosotros mismos, que este pan es el cuerpo mismo de Jesucristo, y que este vino es su sangre, no solamente en figura, sino en verdad. Porque, como Dios al principio tomó tierra y formó el hombre á su imagen, sin que nadie tenga la osadía de decir que el hombre no fué la imagen de Dios, á pesar de que Dios es incomprendible, también creemos que este pan que Jesucristo ha dicho ser su cuerpo, es verdaderamente su cuerpo. » — « Lo que me decís, replicó el anciano, no me convencerá, á menos que lo vea con mis propios ojos. »

— « Rezemos pues, durante esta semana, dijeron los ancianos, á fin de que Dios os haga conocer la verdad de este misterio, y esperamos que se dignará concederos dicha gracia. » El anciano accedió contento, é hizo su oracion en estos términos : « Mi señor Jesucristo, vos veis cuál es en esto la rectitud de mi corazon, y que si tengo la infelicidad de equivocarme, no es por malicia ; os suplico, pues, no permitais que quede en mi ignorancia, y me deis á conocer si debo creer lo que han dicho. » Los otros dos ancianos, retirados igualmente en su celda, suplicaron á Nuestro Señor con instancia que no permitiera que este buen viejo permaneciera más en su error, y perdiese así el fruto de sus trabajos.

Dios oyó á los tres ; pues, habiendose dirigido á la Iglesia, se sentaron juntos sobre un manojito de juncos, teniendo al anciano en medio de ellos ; y despues que el sacerdote hubo consagrado el pan, Dios les abrió los ojos y vieron solos un niño sobre el altar. Despues, cuando el sacerdote extendió las manos para romper el pan consagrado, vieron bajar un ángel del cielo con un cuchillo en la mano, que cortó este niño é hizo caer su sangre en el caliz ; y á medida que el sacerdote dividia el pan sagrado, en partes más pequeñitas, el ángel hacia lo mismo de los miembros de este niño. En fin el anciano habiendose aproximado despues para comulgar, recibió en lugar de pan la carne toda sangrienta de este niño.

Amedrentado á la vista de este objeto, exclamó : « Señor, creo que este pan es verdaderamente vuestro cuerpo, y que este vino que está en el caliz, es verdaderamente vuestra sangre ; y al mismo tiempo el pedazo de carne de este niño que tenia sobre sus manos (porque los hombres de este tiempo recibian la Santa Eucaristia sobre sus manos y la llevaban despues á su boca) este pedazo, dijo, de carne de este niño no me pareció más que pan, como parece en los sagrados misterios ; y la tomó con acciones de gracias.

Los dos ancianos, que habian trabajado en sacarle de su error, viendo el milagro, hecho por Dios en su favor, le dijeron : « Dios teniendo cuenta de la debilidad humana, y que no sabriamos, nutrirnos de carne cruda, ha querido dar su cuerpo y su sangre, bajo las formas de pan y vino á los que le reciben con fé. Despues, congratularon á Dios otra vez por no haber permitido que este buen anciano fuese privado del merito de sus buenos obras, obstinándose en el error, que habia creido por simplicidad é ignorancia. Este testimonio de la fé de los primeros siglos sobre los misterios de nuestros altares, debe hacer comprender á los herejes de los últimos tiempos que la combaten, lo que se debe pensar de su sentimiento, y de que bien inestimable se privan por un error tan funesto.

LOS DISCIPULOS DE SAN ARSENIO ¹

Los principales discípulos de San Arsenio, Zoilo, Alejandro y Daniel eran todos tres de Pharan en la Arabia ² Es por esto que Daniel es sobrellamado algunas veces el Faranita en la Colleccion de las acciones y palabras distinguidas de los Padres de la soledad. No encontramos nada de particular sobre Zoilo que lo que hemos dicho en la vida de de San Arsenio, que fué, con Alejandro, discípulo del abad Agathon antes de serlo del Santo.

Alejandro era muy exacto en las prácticas laboriosas de

¹ *Vidas de los Padres*. San Juan Clímaco, Metafraste-Cotolier Tillemont.

² Esta ciudad hoy *Mahomet*, era la capital de la Arabia Petrea ; está situada cerca del mar Rojo,

la religion, y sobrepujaba en dulzura y obediencia. Por este motivo san Agaton lo amaba mucho y con sinceridad. Pero aunque fuese muy austero, parece, por dos hechos que tenemos de su vida, que era alguna vez un poco lento en su modo de obrar. Etaba todavía bajo la conducta de san Agaton, cuando lavando ropas de lino con otros discípulos del Santo, éstos se quejaron de que no adelantaba bastante : por lo que el santo abad le reprendió ; pero fué más bien para hacer cesar el murmullo, que para reprocharse nada ; pues por otra parte no dejaba de obrar.

Estando despues semetido á la conducta de San Arsenio, este Santo le dijo un dia que, cuando habria empleado sus hojas de palmera, fuesse á su celda y comerian juntos ; pero él añadió que si llegaban extranjeros, comeria con ellos. Alejandro se puso entonces á su obra ; pero como trabajaba pausadamente, no hubo concluido cuando la hora de comer llegó, y continuó en emplear sus hojas lo que duró hasta la noche. San Arsenio, no viéndole venir á la hora de la comida, creyó que habria tenido entrangeros y que habia comido con ellos ; asi no le esperó para tomar su refeccion. Llegada la noche, Alejandro se fué al lado del Santo, quien le preguntó si habia tenido huéspedes pues se retiraba á esta hora. Le contestó negativamente ; pero como le habia dicho que no fuera hasta que no concluyese su trabajo, no la habia acabado más pronto.

El santo abad fué conmovido por la exactitud de su obediencia : Sin embargo, le dijo, otra vez abandonad vuestro trabajo más pronto, á fin de poder cantar los Salmos y tomar el aqua que necesitais sino vuestro cuerpo se debilitará pronto y succumbirá.

El abad Daniel relataba tambien, que, estando bajo la disciplina de san Arsenio, fué atacado por un gran dolor, de manera que se echó dorso contra tierra y quedó allí algun tiempo. El Santo vino entonces para hablarle, y lo vió en

esta posicion, la cual no parecia regular por un solitario, ignorando el dolor que padecia. Ya habia cambiado de posicion, cuando llegó ; pero cuando hubo acabado lo que queria decirle, añadió, fingiendo no haberle reconocido : » Quién es este seglar que he visto viniendo aquí? » — « Y donde le habeis visto, Padre mio ? » le preguntó Alejandro. — « Cuando bajaba de la montaña, contestó el Santo, he echado la vista sobre esta cueva y he visto alguien tendido en tierra sobre el dorso, y los ojos levantados arriba. » El humilde discípulo, comprendió fácilmente que le habia muy bien reconocido, y poniéndose al momento de rodillas, confesó su culpa, y dijo: Perdonadme, Padre mio, yo era el que estaba asi acostado, porque me encontraba oprimido por el dolor que padecia. » Entonces erais vos? replicó el santo abad. Está bien, habia creido que era un hombre del mundo, y es por esto que os lo preguntaba. »

El abad Daniel se puso bajo la conducta de san Arsenio despues de Alejandro y Zoilo ; pues los llama sus Padres. Es de él que hemos aprendido muchos particularidades de la vida de este gran Santo. Asi habia aprovechado sus instrucciones, y fué en estado de darlas á otros.

Un hermano un dia le dijo : Dadme, Padre mio, algunos avisos y haré todos mis esfuerzos para seguirlos fielmente, » y él le dió solamente este, que seguramente conocia serle necesario : « Nunca os senteis á la mesa con una mujer, y evitareis de este modo una ocasion de tentacion. » Decia en otra ocasion : « Cuando uno alimenta demasiado el cuerpo, el alma se enflaquece ; y en cuanto se enflaquece el cuerpo, en tanto el alma se fortalece. »

Se cuenta una sentencia casi igual de otro abad Daniel. Decia que cuanto más vigor tiene el cuerpo, tanto más el alma se debilita ; y que en cuanto el cuerpo se debilita en tanto el alma toma fuerza y vigor. No es seguro que esta

última sentencia sea de Daniel, discípulo de San Arsenio, puede ser de otro Daniel, sacerdote de Sceté, muerto antes de este en el año 400 — Sin embargo, no es menos instructiva.

Se vió obligado abandonar el desierto de Sceté durante una invasion de los bárbaros. A medida que se aproximaron al lugar donde estaba, viendo de que los otros solitarios iban huyendo, se dijo á si mismo : « Si Dios no toma cuidado de mi, porque he de vivir más tiempo ? » Así pasó al medio de los bárbaros ; pero no se apercibieron de él. Y entonces, temiendo tentar á Dios, ó caer en las emboscadas de la vana gloria sino tomaba la fuga como los otros dijo : « Acabo de probar sensiblemente la proteccion de Dios, y no he muerto ; pero conviene que haga como los otros, siendo hombre como ellos, y que los imite en la fuga ; y así tambien se retiró en otra parte.

Viajando un dia con el abad Ammoes, este le dijo : « Padre mio, cuando tendremos el consuelo de quedar tranquilos en nuestra celda ? » A lo que él contestó ! « Eh ! quién nos impide ahora el estar con Dios ? Está con nosotros en nuestra celda, pero esta tambien con nosotros cuando estamos fuera de ella.

Tenemos de él algunos hechos históricos que relataba á los hermanos, y que narraremos aquí. Decia de San Arsenio, que cuando habitaba en Sceté, se encontraba entre los solitarios un monje que tenia la mala propension al robo ; de modo que robaba en las celdas de los ancianos las cestas que fabricaban. San Arsenio queriéndole corregir de este vicio, é impedirle que turbase la tranquilidad de los ancianos, le llamó á su celda y le dijo ; « Os daré todo lo que podeis desear por vuestras necesidades ; absteneos á lo menos de tomar algo de los otros. Pareció aceptar la proposicion ; y efectivamente él Santo le daba todo lo que estaba en su poder ; pero él siguió pronto su inclinacion, y continuó en hacer sus robos como antes. Entonces los ancianos, viendo

que la indulgencia del Santo no habia podido cambiarle, le expulsaron como incorregible, diciéndole : « Cuando un hermano cae en algun pecado, se debe usar para con él de misericordia ; pero cuando tiene la mala inclinacion de robar, no se le debe soportar más, por que ademas de ser nocivo á su alma, turba á todos los que están con él. »

Decia tambien, que se encontraba en Babilonia¹ la hija de uno de los principales de la ciudad que estaba poseida del demonio y que un solitario, que este hombre estimaba mucho, le dijo un dia : Nadie curará á vuestra hija ; sólo ciertos solitarios que yo conozco ; pero son tan humildes, que si lo proponéis, no se resolverán nunca á emprenderlo. Mas sin embargo, un medio para poder salir con la vuestra. Observad, cuando vendrán al mercado para vender sus trabajos, les direis que quereis comprarlos y los conducireis á vuestra casa para la entrega de su precio. Cuando estarán allí, les suplicareis que hagan oracion ; y estoy persuadido que vuestra hija sentirá en seguida los efectos, y quedará curada. »

Se dirigieron entonces juntos al mercado para esto, y encontraron el discípulo de un anciano que estaba sentado con sus cestos, expuestos á la venta. Le propusieron comprarlos y condujéronle á la casa para la entrega del dinero, pero después de su entrada, la hija, poseida del demonio, se presentó y le dió una bofetada. El hermano, siguiendo el consejo de Nuestro Señor, le presentó la otra mejilla. A este acto de humildad, el demonio exclamó : « Oh ! qué violencia se me ha hecho ! La fidelidad al precepto de Jesucristo me obliga á salir de aqui ! » Y de pronto la niña se encontró curada. Los ancianos del desierto habiendo sido informados de este hecho, dieron gracias á

¹ Babilonia de Egipto habia sido construida por los habitantes de la Babilonia, llevados cautivos á Egipto por Sesostris. Esta ciudad estaba situada sobre la orilla derecha del Nilo : de ella solo quedan ruinas.

Dios, y dijeron : « Hé aqui como el orgullo del demonio ha sido vencido por la fidelidad de una alma humilde á aquello que Jesucristo ha recomendado. »

Decia tambien que un anciano solitario en el Bajo Egipto, hombre de gran virtud, y que hasta hacia milagros, era sin embargo muy sencillo, y decia en su simplicidad que Melquisedech era hijo de Dios. Esto fué repetido al bienaventurado Cirilo de Alejandria, quien le estimaba mucho, tanto por su virtud, como por las gracias con que Dios le favorecia. Comprendió pronto que esto santo varron habia tenido este discurso solamente por simplicidad y por ignorancia, y para desengañarlo de su error, le escribió así :

« Padre mio, me viene algunas veces al pensamiento que Melquisedech es hijo de Dios, y otras creo que no lo es y que ha sido solamente un hombre que era sacerdote del Señor. Le suplicó entonces que pidiese al Señor que le hiciese conocer lo que se debe creer. »

El buen viejo lleno de confianza en la bondad de Dios, contestó al prelado que le diese tres dias de tiempo, que rezaria durante estos tres dias, y que le diria despues lo que Dios le revelase. Vencido este termino, se dirigió al santo patriaca y le dijo : « Melquisedech era un hombre. » ¿ Y cómo, Padre mio, lo sabeis? le preguntó San Cirilo. « Dios me ha hecho ver, en una revalacion, los patriarcas desde Adam hasta Melquisedech, haciéndoles pasar todos unos detrás de otros por delante de mi. Así que, estad seguro de que Melquisedech no era más que un hombre. » Desde esta época, este anciano dijo lo mismo á todo el mundo, hasta sin que se lo pidieran ; lo que causó un gran contento á San Cirilo. Tillemont concluye de esta historia que el abad Daniel sobrevivió á San Cirilo, porque le califica con el titulo de bienaventurado. Así, dijo, no puede haber muerto antes de finalizar el año 444 — Se debe pasar ahora al abad Ammon ó Ammoes, diferente de los Ammones de

los cuales hemos hablado despues del de Nitria. Era amigo particular de san Arsenio, y es por este motivo que lo ponemos despues de sus discípulos. Parece por lo que hemos dicho del abad Daniel, que Ammoes gustaba mucho de quedarse en su celda pues que atestiguó, viajando con él, el deseo que tenia de retirarse en ella. Su humildad era tal que no tenia miedo en confesar, cuando Dios le probaba con la privacion de sus gracias sensibles, que eran sus pecados los que tenian la culpa de esto, y que en este estado no era apto para ningun aviso. Esto dijo á un hermano que vino para pedirle algunas palabras de edificacion. No contestó nada durante siete dias que vivió con él, y despues del séptimo dia, le dijo : « Endad y velad sobre vos. Nada más puedo deciros porque mis pecados han formado como una pared de tinieblas entre Dios y yo. » Esto es lo que San Pemeu relataba de él.

Tenia mucho cuidado en recogerse dentro si mismo (Col. t. l. p. 390) cuando salia de su celda para dirigirse á la Iglesia. No permitia á nadie y á su discípulo tampoco que fuese con él, pero queria que le siguiese de lejos ; y si se aproximaba algunas veces para pedirle algo, le contestaba en pocas palabras y le despedia al instante. Pero por miedo de contristarle, le dijo en cierta ocasion : « No quiero que esteis á mi lado por miedo de que entreteniéndonos segun nuestra costumbre, en lo que concierne al bien de nuestra alma, no se mezcle en nuestras conversaciones algo inútil. Tenia muchos jóvenes discípulos á quienes formaba en la piedad en su soledad, y habia recogido, para su manutencion y la de ellos, una cierta cantidad de trigo. Lo puso al sol para secarlo y encerrarlo despues ; pero no estaba bastante seco cuando reconoció algo en este lugar que le hizo creer que no era bueno para su salud (no se nos ha dicho lo que era). Esto le bastó para determinarle á dejarlo, y dijo á sus discípulos : « Vámonos de aquí. » Estos se quedaron muy tris-

tes, pero les consoló, diciéndoles : « Estais tristes por el trigo : he visto solitarios que en semejantes ocasiones han abandonado sus celdas, y lo que tenian en ella de más caro, hasta sus libros, y se han retirado dejando las puertas abiertas.

No se sabe cuanto tiempo cuidó de estos niños, ni dónde se retiró ; pero Dios, para darle el medio de purificarse por la paciencia, le envió una enfermedad que le obligó á guardar cama muchos años. *La Vida de los Padres* dice que duró doce años. San Juan Clímaco que la relata tambien, habla de diez y ocho años. Durante este tiempo los otros solitarios se apresuraban á llevarle muchos regalitos á fin de dulcificar su enfermedad. Pero contuvo siempre sus ojos para impedirles ver lo que su discípulo hacia con ellos, confiándose enteramente á su fidelidad.

Este discípulo se llamaba Juan. Era de Tebaïda, y le sirvió durante toda su enfermedad con un trabajo y un ánimo muy grandes, sin jamás cansarse. Todo el alivio que tomaba, despues de mucho trabajo, consistia en ponerse sobre su estera á fin de tomar algun descanso.

Sin embargo el abad Ammoes, que quiso hacer su trabajo más meritorio delante de Dios, le dejaba hacer sin decirle nunca una palabra de consuelo : como, por ejemplo, *ojalá pudiese verte salvo*. Pero si este generoso discípulo no entendia esta doble palabra de su maestro, Dios le indemnizó de esto grandemente dándole á oir en el fondo de su corazon esta seguridad absoluta : « *Estais salvado.* »

San Juan Clímaco, sabedor de este magnifico hecho de paciencia y de obediencia, lo propone en estos términos en su *Escala Santa* : Acordaos, dice, durante toda vuestra vida de este generoso atleta de Jesucristo, que tenia un superior tan severo, que durante el espacio de dieciocho años, no le oyó una sola vez con los oídos materiales, decirle esta palabra de caridad : *Hermano mio, ojalá pudiese veros salvo*, y que cada dia oía con los oídos interiores de su alma á Dios

mismo que le hablaba y que le decia no solamente esta palabras : Ojalá pudieseis veros salvo, lo cual no hubiera sido más que un deseo y una cosa incierta ; pero la siguiente : *Vos estais salvado* es una verdad cierta y de toda seguridad.

Próximo Ammoes á entregar el espíritu, estando los ancianos del lugar al rededor de él, tomó á Juan por la mano y le dijo por tres veces : « Os deseo la salvacion. » Despues remitiéndole á los ancianos : « Hé aquí, les dijo, no un hombre, sino un ángel que me ha servido muchos años en mi enfermedad sin que yo le hubiese consolado con una buena palabra.

Tenemos en la *Coleccion de los Padres de los desiertos*, una sentencia de este Juan de Tebaída. Decia que un monje debia poseer ante todo una gran humildad, porque es el primer mandamiento que Jesucristo nos dió cuando digo : *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.* (Mat. 5.)

Se dice que San Andrónico y San Anastasio estuvieron algunas años bajo la conducta del abad Daniel. Las vidas de estos dos Santos, que no se encuentran en la *Coleccion de las Vidas de los Padres de los desiertos*, han sido recogidas por Metafraste. Se sabe que este autor no es seguro y que hacia muchas veces adiciones á lo que relataba. Sin embargo creemos poder dar aqui sobre estos dos Santos lo que ha sido aceptado por el padre Marin, reproduciendo y revisando la version de *Bulteau*.

San Andrónico era banquero. Se casó en Alejandria con la hija de un hombre de su profesion, llamada Anastasia. Poseian grandes bienes en sus casa, y hacian un muy buen uso de ellos, empleando la mayor parte en limosnas, sea á los hospitales, sea á los monasterios y á los pobres. Dios bendijo su casamiento con el nacimiento de un niño y de una niña, y contentos por este doble fruto de su union conyugal, se propusieron de común acuerdo vivir como hermano y hermana. Despues de doce años, el Señor llamó

á él sus dos niños, para recompensarles de la piedad en que habian sido instruidos. San Andrónico sintió mucho esta pérdida; pero se sometió humildemente á la vocacion de Dios. En cuanto Anastasia, quedó inconsolable, y no se pudo impedir que pasara al lado de la tumba, la noche que se les sepultó, para reparle con sus lágrimas. Era en la Iglesia de san Julian Mártir.

Como estuviese así traspasada del más vivo dolor, este Santo le apareció en traje de monje, le reprochó su poca resignacion, y le dijo que, muy lejos de llorar sus hijos que estaban en el cielo, debia llorar sus pecados. Anastasia, consolada por esta vision, y commovida al mismo tiempo por una gracia particular, suplicó á su marido le permitiera retirarse en un monasterio para pasar una vida penitente, habiendo tenido, decia ella, este proyecto desde mucho tiempo, del cual no habia osado hablarle durante la vida de sus hijos.

Andrónico muy lejos de oponerse á ello, quiso seguir su ejemplo, é hicieron antes el viaje á Palestina á fin de visitar los santos Lugares, habiendo dejado sus bienes al padre de Anastasia, con obligacion, en caso de muerte, de emplearlos en edificar un hospital para los pobres enfermos, y un hospicio para los religiosos. El viaje fué feliz y, á su vuelta á Alejandria, hicieron sus devociones al lado del supulcro de san Meno, y se determinaron á abrazar la vida monástica. San Andrónio, que habia oido hablar de la santidad del abad Daniel, se dirigió á este para consultarle lo que tenian que hacer. El santo abad le aconsejó que condujera á su mujer á la Tebaida, en donde tomó el traje de religioso sin hacer conocer su sexo, en un monasterio de Tabena, y el volvió al lado de Daniel para vivir bajo de su conducta.

Estos dos santos casados vivieron así durante doce años alejados el uno del otro, y despues, sin que bubiesen podido comunicarse sus proyectos, se propusieron hacer un se-

gundo viaje de Jerusalem. Habiéndose al efectopuesto en camino con el permiso de su abad, se encontraron en el viaje. San Andrónico no reconoció á su mujer, la tomó por un religioso : pero santa Anastasia no se equivocó con él ; sin embargo no se dió á conocer, y así fueron juntos, guardando el silencio prescrito por sus reglas y edificándose mutuamente.

Despues que hubieron satisfecho su devocion, se volvieron á Alejandria donde Anastasia propuso á Andrónico pararse en los arrabales y edificar allí una celda para vivir juntos segun las reglas de su estado, como lo hacían los otros monjes. San Andrónico fué á consultar sobre esto el abad Daniel quien aprobó este proyecto, creyendo siempre que Anastasia era un religioso como San Andrónico lo creia tambien. Este bienaventurado abad no faltaba nunca, cuando iba á Alejandria á visitar el sepulcro de San Meno, hacerles una visita, para animarles en la perseverancia de sus deberes y darles los consejos necesarios.

Llevaban así una vida toda celestial, cuando el abad Daniel habiéndoles visitado un dia, encontró Anastasia en la extremidad. Ella le suplicó que recogiera despues de su muerte, un papelito que habia ocultado sobre lo que le servia de cabecera, que lo leyera y lo comunicara despues á Andrónico. Recibió despues la Santa comunión y entregó su alma á Dios en la paz de los Santos. Le reconoció por la lectura del papel, que era Anastasia, mujer de Andrónico, quien hasta entonces la habia considerado como un religioso. Los solitarios que lo supieron, corrieron de los alrededores de Alejandria y del desierto de Sceté para ver esta maravilla y admirar la constancia de esta mujer, que habia tan bien triunfado de la carne y del mundo. Asistieron á sus exequias con ramos de palmera, seguidos de la muchedumbre del pueblo ; y se llevó su cuerpo en triunfo al décimo octavo monasterio ; pues

asi se distinguia á los que estaban en el vecindario de Alejandria. En cuanto á San Andrónico, el abad Daniel hubiese querido conducirle con él al desierto de Scété, pero murió en el lugar mismo, pocos dias despues.

LOS SOLITARIOS ROMANO, AQUILES Y SENULFIO¹

Habia en Scete un solitario que los historiadores nos han hecho conocer por el nombre solo de su pais. Era Romano, y habia tenido en esta ciudad un rargo distinguido por su nobleza y su opulencia, habitando un magnífico palacio y poseyendo grandes riquezas. Pero habiéndole hecho conocer la vanidad de los bienes de la tierra, los dejó á fin de obtener más facilmente los del cielo, é iugresar en la vida monástica. Vino al desierto de Scete, y vivió allí veinticinco años en una celda al lado de la Iglesia.

Como tenia una salud muy débil, sea que esto viniera de la delicadeza de su complexion, ó porque habia vivido antes eu las delicias, no pudo practicar las austeridades de los otros solitarios de este desierto, cuya vida era en extremo penitente; pues los monjes del desierto de Scete pasaban constantemente por los más austeros. El sacerdote que gobernaba esta iglesia tuvo consideracion por sus enfermedades, y le envió muchas veces para aliviarle las dádivas que recibia. Dios hizo ver abiertamente que esta discrecion en los ejercicios laboriosos de la penitencia le gustaba en su servidor. Le acordó la gracia de una oracion superior, y un tau grande don de discernimiento y de sabiduria, que su fama se extendió lejos, y pasaba en el desierto por uno de los más grandes maestros de la vida espiritual.

¹ *Vitz Patrum*, etc. Cotelier, los Bolandistas, Baronio.

Uno de los principales monjes de Egipto, habiendo oído hablar mucho de él, fué expresamente en Scete para edificarse al lado de él. Creía ver un hombre de una conducta extraordinaria por la austeridad de la vida, pero fué muy sorprendido, cuando después del saludo y de la oración, que estaban en uso entre los solitarios, habiéndose sentado para conferenciar con él, se apercibió que llevaba un traje menos rudo que los otros monjes, que tenía sandalias en los pies, y que dormía sobre un tapiz cubierto de un forro de pieles con una almohadita. Quedó escandalizado y no pudo ciertamente ocultar este sentimiento en su alma, para que su huésped que era un hombre penetrante, no lo comprendiese. Este no lo disimuló, y dijo á su servidor, pues tenía uno: Trátanos bien hoy á causa de este buen padre que ha llegado ». Y el servidor preparó por esto algunas yerbas que tenía y le presentó también un poco de vino cuyo uso hacía él mismo á causa de sus enfermedades. A la noche cantaron juntos doce salmos. El Egipciaco se levantó temprano para despedirse y dijo al Romano: Padre mio, rezad por mí, os lo suplico. » y después de esto se retiró poco edificado.

Como no era muy lejos, el santo ermitaño, queriendo curarle de la mala opinión que había tenido de él, envió detrás á su servidor para suplicarle que volviera, y le recibió con nuevas pruebas de contento y de caridad. Después dijo: « Os suplico, Padre mio, que me digais de donde sois? » « Soy de Egipto. » contestó. « ¿ Y de qué ciudad? » le preguntó el Romano. « No soy, contestó el Egipcio, de ninguna ciudad. « En qué os ocupabais en vuestro pueblo? » insistió el Romano. « Guardaba los campos de los otros. » — « ¿ Dónde dormiais, cómo estabais acostado? prosiguió. Ay! contestó el Egipcio, dormía en la campiña y sabeis que en las campos no hay camas, dormía pues sobre la tierra nuda. » Qué comiais? le preguntó aún, qué bebiais vino? Co-

mia pan seco y algunas veces un poco de salados, cuando podia procurármelo, y bebia agua. Hé aquí una vida muy dura, le dijo el Romano ; pero, prosiguió, en vuestro pueblo teniais baños para lavaros ? N6, contestó el Egipcio, si queriamos limpiarnos, lo hacíamos echándonos en el rio. » Después que hubo sabido de él la vida dura que llevaba antes de hacerse solitario, creyó deber, por su edificacion, explicarle lo que habia sido él mismo en el mundo, y cuan austera era la vida que llevaba en su celda, vista la abundancia y delicadeza en la cual habia vivido antes ; y le habló asi : « Este hombre que veis y que es la nada en si mismo, nació en la gran ciudad de Roma en donde gozaba de mucho crédito al lado del emperador. » Este exordio de momento conmovió al Egypcio, el cual quedó más atento à lo que iba á decir, y el Romano persiguiendo su discurso, dijo : Abandonó esta noble ciudad para retirarme en esta soledad. Dejé grandes palacios y riquezas en abundancia, para encerrarme en esta estrecha celda. Tenia camas con bordados de oro y mantas preciosas, y en lugar de esto Dios me ha dado este tapiz y esta piel para acostarme. Llevaba vestidos de grandes precios, y ved cuan pobres son los que tengo en comparacion de aquellos. Mis comidas eran suntuosas y de un gusto extraordinario, y ahora me contento con algunas yerbas y un poco de vino. Tenia gran número de servidores, y Dios ha inspirado á este buen anciano que tengo aquí que me sirva como veis. En lugar del baño cuyo uso hacia mucho entonces, me contento, con limpiarme mis piés con una poca de agua, y llevo sandalias á causa de mi debilidad. En fin, en lugar de la música y de los instrumentos armouiosos que me servian tantas veces para darme gusto, canto doce salmos durante el dia é igual número durante la noche. Confieso que este género de vida que llevo en el descanso de mi soledad no es proporcionado á la grandeza de los pecados que he co-

metido ; pero os suplico, Padre mio, que no os escandeliceis, pues que es todo lo que mi enfermedad me permite hacer. »

El Egipcio, habiéndole escuchado atentamente hasta el fin, entró otra vez en su interior, y conmovido de sentimiento, exclamó : Ay ! Padre mio ! infelicidad sobre mí que, abrazando la vida monástica, no he hecho más que pasar de un estado muy laborioso y más causado á otro más dulce ! Tengo ahora comodidades que no habia tenido nunca antes de hacerme solitario, mientras, que para vos ha sido muy diferente, pues dejasteis las delicias del siglo para pasar á una vida laboriosa y abandonasteis las riquezas y los honores del mundo para abrazar la pobreza y la humildad. » Le retiró despues muy edificado, y aprovechó mucho de esta visita. Fué despues unido con él por una grande y estrecha amistad, é iba muchas veces á verle para aprovecharse de sus consejos, porque sentia que era efectivamente un hombre de gran discernimiento y lleno del espíritu de Dios.

Tenemos, en la *Colleccion de las sentencias de los Padres*, una pequeña historia muy edificante que este solitario Romano relataba. Habia, dijo, un anciano que tenia un discípulo de una virtud extraordinaria ; pero este buen viejo, cuyo espíritu se debilitaba, lo expulsó de su celda. El humilde discípulo no quiso sin embargo dejarle, y se asentó fuera de la celda esperando con paciencia. El anciano, habiendo salido y viéndole sentado en este estado de humildad y de paciencia, quedó conmovido, y se echó á sus pies en un sentimiento de penitencia, diciéndole : « Padre mio, vuestra humilde paciencia ha triunfado de mi debilidad y de mi desdén que he tenido tan injustamente hacia vos. Volved á entrar en la celda ; desde ahora sereis aquí el anciano y el padre, y yo me consideraré como el más joven, y me pondré bajo vuestra direccion en calidad de discípulo. »

Se habla en el *Martirologio romano* de un santo Aquiles en el 17 de enero, de cuya memoria celebran tambien los Griegos. Se cree que es el mismo relatado en la *Colleccion de las palabras y acciones distinguidas de los Padres de los desiertos*. Bulteau hace al efecto la observacion siguiente: « La santa soledad, dijo, ha tenido un Aquiles del cual la Iglesia Griega celebra los trabajos y las victorias ; y se puede decir que este Aquiles fué más bravo y más valiente que el Aquiles del paganismo ; pues este falso héroe no pudo resistir á la cólera, mientras que san Aquiles dominó con bizarría esa pasion. En efecto, se dice de él que un anciano, habiéndole ido á ver en su celda, encontró que escupia sangre por la boca, y habiéndole preguntado por el Santo contestó : « He sabido que un hermano habia hablado de mí en tales términos, que me he contristado, y he tenido que hacerme mucha violencia para disimularselo. Me he dirigido á Dios para que me librase de esta tentacion y no permitiese que hablase para satisfacerme, y se ha dignado oirme ; pues me he encontrado con la boca llena de sangre, y escupiéndola, me he hallado tranquilo y he olvidado lo que este hermano habia dicho contra mi.

Este santo religioso no se perdonaba en el trabajo y padecia al verse interrumpido en su retiro como tambien si iban, á interrumpir el de los otros. El abad Ammoes relataba que fué una vez á verle con el abad Betinas, y que habiéndose parado en la puerta de su celda, oyeron que se entenia él mismo sobre un pasaje de los Libros Santos ; lo que duró mucho tiempo. En fin tocaron su puerta, y habiéndola abierto, les preguntó de donde venian. Le contestaron que eran solitarios del desierto de Nitria. « Venis de muy lejos, les dijo ; y en que os puedo servir ? » Sin embargo los introdujo en su celda ; y, habiendo llegado la noche, observaron que la pasó confeccionando esterres. A la mañana siguiente le suplicaron que les dijera al-

gunas palabras de edificacion, y les contestó: « He confectionado esta noche veinte brasas de esteras, aunque no tengo necesidad, por miedo de que Dios me reproche no haber trabajado, mientras podia. Esto, dijo el abad Amoes, nos sirvió de instruccion, y nos retiramos muy edificados.

El abad Betinas relataba tambien que habiendo ido al desierto de Scete, le dieron algunos frutos para llevar á los ancianos. « Fué, pues, decia, á la celda del abad Aquiles para presentárselas; pero me contestó sin abrir: « Os suplico, hermano mio, que no toqueis más mi puerta por dádiva alguna aunque fuese para presentarme maná, y que tampoco os dirijais á las otras celdas. Así me retiré en la mia, y llevé despues estos frutos á la Iglesia.

La abstinencia de los solitarios de Scete era más rigurosa que la de los monjes de Egipto. Un dia que san Aquiles fué á ver al abad Isaias, le encontró comiendo; é Isaias viéndole, ocultó paulatinamente su plato. San Aquiles le dijo: « Confesadlo; qué es eso que comiais? El abad Isaias le contestó: Os diré con sinceridad, Padre mio, que despues de haber cortado mis ramos de palmera, como me encontrara causado del calor y del trabajo, he querido comer un pedazo de pan con un poco de sal; pero no pudiendo comerlo por motivo de que mi garganta estaba disecada por el calor, me he visto obligado á mojarlo dentro del agua en la cual he puesto sal, os ruego me lo perdoneis. » — « Si, contestó san Aquiles, vemos en Scete un Isaias que come una sopa. Si quereis hacerlo asi id á vivir á Egipto. » Se ve por esto cuanto este Santo deseaba la observancia de la disciplina regular de su soledad.

Sin duda que no obraba asi por un exceso de severidad, pues sabia condescender con la debilidad humana y halagar los espíritus, cuando la caridad lo exigia.

Tres solitarios fueron á verle, y cada uno le suplicó que

le hiciera una red para pescar. Le excusó á dos de ellos ; pero lo prometió al tercero que no tenia muy buena reputacion. Los otros le pidieron despues en particular, porque se lo habia negado y prometido al otro ; y él les contestó : Se que vosotros teneis bastante virtud para no enfadaros por una negativa, y que habeis pensado que estaba demasiado ocupado para satisfaceros ; pero como este anciano no está en muy buen olor, he temido que pensara que se lo rehusaba á causa de esto, y que se contristase y que perdiese completamente su valor. »

Un solitario de los más ancianos de la Tébaida fué á consultarle, y le confesó con ingenuidad que era turbado por malos pensamientos. El santo para probarle, le contestó primero con alguna dureza, pero viendo que habia recibido su contestacion con mucha humildad, le aseguró que la tentacion que padecia no lo hacia culpable, y que era solamente efecto de la malicia del demonio.

Un joven hermano le hizo un día esta pregunta : « De dónde viene, Padre mio, que, cuando me encuentro solo, en mi celda me fastidio ? » El le contestó : « Es hijo mio, que no veis por una seria meditacion cual es el descanso que esperamos en el cielo, y cuales son los tormentos en los cuales debemos temer caer en el infierno ; pues si atendieseis bien á ambas cosas, aun cuando vuestra celda estuviera llena de gusanos, y os llegaran hasta el cuello, no os fastidiaríais. » Otro le dijo tambien : Porque, Padre mio, los demonios tienen tanto poder sobre nosotros ? A lo que él contestó : « Es solamente por desarreglo de nuestra voluntad ; » y anadió esta parábola : « Los cedros del Líbano dijeron un dia ; somos muy fuertes y muy grandes, y sin embargo un pequeño hierro nos hace caer. No conviene, pues fornirle de nuestra madera y así no nos podrá cortar. Haced la aplicacion. Nuestras almas son estos árboles ; el demonio es el hacha, y nuestra voluntad es el mango de esta hacha. Es pues,

por nuestra mala voluntad que el demonio nos derrriba y nos abate. •

El abad Ammoes, del cual hemos hablado más arriba, era amigo de san Arsenio : lo que prueba que san Aquiles vivia en la misma época.

Es extraño, como lo observan Bolando y Bulteau, que no se haya hablado de Senulfio en las *Vidas de los Padres de los desiertos*, despues del elogio que se hace de él, en la Vida de los santos mártires Cirio ó Abbacirio y Juan su compañero ó discípulo. De aquí sacaremos lo que vamos á decir. Vivía en el desierto de Scete bajo el emperador Teodosio. Este gran príncipe, teniendo que sostener la guerra contra poderosos enemigos, que amenazaban todo el Occidente, y apoyándose más, como príncipe verdaderamente cristiano, sobre el socorro de Dios que sobre las fuerzas de su imperio, dió orden á Teófilo patriarca de Alejandria, que en breve mandara á Constantinopla un solitario del desierto de Scete llamado Senulfio, que se habia hecho ilustre por la santidad de su vida y el don de milagros con los cuales Dios le habia favorecido. Teófilo se dirigió con diligencia á Scétè para ejecutar esta orden ; y habiéndolo comunicado á Senulfio, le representó cuan necesario era activar su ejecucion, pues el imperio se encontraba en muy grande peligro y su suerte dependia casi de él. El piadoso solitario, penetrado de su pequeñez y fuertemente en la humildad, representó al patriarca que no se creía digno de obtener del cielo por medio de sus oraciones lo que el emperador queria. El patriarca insistió más, continuando en pedirle que se rindiese á la voluntad del príncipe ; de manera que Senulfio, no sabiendo como librarse de estas apremiantes solicitaciones, le suplicó que le concediera un poco de tiempo, y habiendo dirigido sus ojos al Oriente para rezar, y habiendo puesto su escapulario en el puño de su bastón, lo levantó al cielo é hizo esta oracion á Dios : Señor mio y Dios mio, vos el Dios de las virtudes,

conceded á este escapulario y á este baston la misma virtud para hacer lo que se pide de mí, y que me concederiais á mí mismo si me fuera al lado del emperador. « Despues dijo á Teófilo: Enviad este baston y este escapulario al emperador. Decid que cuando irá á luchar contra los enemigos, se ponga este escapulario y tenga este baston eu la mano, y que ande así contra ellos á la cabeza de su ejército; espero que el Señor le hara la gracia de llenar de terror estos bárbaros, y que ganará una completa victoria sobre ellos sin efusion de sangre. » Teófilo se apresuró á enviar el escapulario y el baston de Senulfio á Teodosio, y habiéndoselo puesto este príncipe, segun consejo del solitario, con su baston en la mano se puso á la cabeza de las tropas. Apenas compareció así en presencia de los bárbaros, que, Dios escuchando entonces las oraciones de su servidor Senulfio, se dividieron y fueron derrotados, cayendo los unos sobre los otros, y matáudose entre ellos, sin causar á Teodoso la pérdida de un solo hombre.

La ciudad de Alejandria iustituyó un dia de recogocijo para celebrar todos los años esta victoria, é hizo erijir una estátua representando al emperador revestido de este escapulario y teniendo el baston en la mano. Le llamó este dia solemne la Fiesta de la estátua. El autor de los actos de san Cirio y Juan lo relatan como de una cosa pública y cierto.

Baronio cree que Teófilo llamó Senulfio en Alejandria á para significarle las inteuciones del emperador. Pero las *Actos de san Cirio* dicen que Teófilo fué á encontrarle en su soledad y Metafraste dice lo mismo.

JUAN, ELIAS, TEONAS, ECONOMOS DE SCETE¹.

Casiano habla con elogio de un solitario llamado Juan que sirvia la iglesia de Scete en tiempo de labad Paphnucio, y al cual este santo sacerdote habia establecido ecónomo. Este cargo suponía en él una virtud á toda prueba ; pues Casiano observa que nadie ocupaba este ministerio por su propia voluntad, ó por su ambicion particular ; que nadie llegaba á ocuparlo sino por la eleccion de los ancianos, quienes no daban este oficio, por comun consentimiento, más que á aquellos á quienes la reverencia de su edad, el rigor de su fe, la santidad de su vida, y la eminencia de sus virtudes, hacian recomendables entre todos los otros. Este mismo autor tambien asegura que el ilustre abad Juan, así lo califica, habia sido escogido para llenar dicho cargo por el solo mérito de su santidad. Esto ha hecho sospechar que este solitario podria bien ser el mismo que Juan el Enano, que vivia en esta época, y que, como lo hemos visto, era distinguido entre los monjes de este desierto por su eminente virtud, pero no se podria asegurarlo, porque en todas partes de donde se habla de él, es distinguido por la pequeñez de su talla : *Joannes nanus*, *Joannes curtus*, *Joannes colobus* ; lo que Casiano no dice.

Este escritor queriendo dar un ejemplo extraordinario de obediencia y de abstinencia dice : Que un dia una persona fué, en un trasporte de admiracion, á llevar al abad Juan, entonces ecónomo, algunos higos producidos en la Libia, como un milagro que nunca se habia visto en aquellos lugares ; y que el abad Juan los envió enseguida

¹ Casiano, *Vita Patrum*, etc, Gazeo, Tillemont, Cotelier.

por dos niños á un hombre de edad muy enfermo que vivia en el fondo del desierto á diez y ocho millas de la Iglesia.

Entonces durante el tiempo que estos niños eran en el camino, sobrevinio una niebla tan espesa, que perdiendo la traza del pequeño camino que debian seguir, se extraviaron completamente y despues de haber andado errantes el dia y toda la noche, se encontraron tan cansados y tan abatidos por la gana y la sed que habiéndose puesto de rodillas para rogar á Dios, rindieron el alma durante sus oraciones. Los buscaron despues mucho tiempo siguiendo las huellas de sus pasos, que quedaron impresas en estos lugares de arena como sobre la nieve, y se los encontraron en este estado, teniendo á sus lados sus hijos, á los cuales no habian tocado. »

Cassiano elogia mucho su obediencia, diciendo : « Que prefirieron mejor perder la vida, que la fidelidad en el depósito que les habia sido confiado, y morir morir en estas extremidades antes que violar en lo más mínimo el mandamiento de su superior. » Pero se debe poner este ejemplo entre los que son notables, pero que no merecen elogios. No era sin duda la intencion del abad Juan que estos jóvenes llevarón su obediencia tan lejos ; y comiendo estos frutos para salvar su vida, habrian seguido su intencion en lugar de alejarse de ella, diga lo que quiera Gazeo, el docto comentador de Cassiano, quien alaba mucho á estos niños, como habiendo sido mártires de la odediencia ; pero añade con razon, que somete su sentimiento al juicio de la Iglesia *Cæterum hujus rei certam, diffinitamque sententiam S. Matris Ecclesiæ judicio relinquo*. Si hay pues algo de laudable en esta accion, es como lo observa Tillemont, la delicadeza de la conciencia de estos jóvenes que su docilidad poco adelantada por falta de experiencia, hace en este caso más admirable que imitadora.

Cassiano dice tambien del abad Juan, que cuando estaba con el cargo de ecónomo, el joven Téonas, fué á llevarle

algunos regalos, como muchas otras personas ricas que porfiaban, en ofrecer al Santo solitario los diezmos y las primicias de sus bienes. « Y este sabio anciano, añade, viéndoles venir con tan ricas ofrendas, quiso corresponder, y contestar tambien á sus liberalidades, sembrando, como dice san Pablo, de riquezas espirituales, á aquellos cuyas riquezas temporales recogia. Empezó, pues, á hablarles de este modo :

« No sabria deciros, hijos mios, el placer que siento al veros hacer de tan buena voluntad vuestros dones, y recibo con acciones de gracias estos presentes que vosotros me haceis de los cuales me ha sido confiado la dispensacion, pues que veo la fidelidad con la cual ofreceis á Dios vuestros diezmos y vuestros primicias en la persona de los pobres, como un sacrificio de muy agradable olor. No dudo de que esto atraerá, como vosotros esperais, su bendicion sobre el restante de vuestros bienes, de los cuales habeis separado esta parte para él, y que, segun la promesa que va unida á este mandamiento, recompensará vuestra fieldad ya en esta misma vida, por la abundancia de toda suerte de bienes. »

Despues de haberles hablado asi, les explicó lo que Dios ordenó á los Judios en la antigua alianza concerniente á los diezmos, las ofrendas y las primicias, y exhortándoles, á la imitacion de Abraham, Elias, Eliseo, Jeremias, de los hijos de los profetas y de los hijos de Jonadab, hijo de Rechab, á llevar su emulacion mas lejos que la ley, á la cuales estos santos personajes habian añadido una perfeccion mayor que la que esta ley les prescribia. Les propuso lo que Jesucristo nos dice por estas divinas palabras : « *Si quereis ser perfectos, vended cuanto teneis y dadlo á los pobres.* » (Mat. 19).

Pues, dijo, nosotros á quienes ya no se exige las observancias legales, pero á quienes Jesucristo dirige esta divina palabra de su santo Evangelio ; Si quereis ser perfectos, etc., debemos saber que cuando ofrecemos solamente á Dios los

diezmos de nuestros bienes, estamos todavia en cierto modo bajo el yugo de la ley y que no hemos llegado todavia á esta perfeccion evangélica que colma á todos los que la buscan, de bienes y de felicidades, no solamente en la vida presente, más aun en la futura.

« Jesucristo sin embargo no obliga á nadie por una necesidad absoluta de mandamiento, á la práctica de estas virtudes sublimes y distinguidas; pero nos invita á escoger este estado de renuncia por una devocion voluntaria y á seguir en esto el consejo saludable que nos da y el deseo de la perfeccion que nos inspira.

« El Evangelio guarda tan grande sabiduria en sus ordenanzas, que como eleva á los fuertes á lo que es más perfecto, tampoco quiere que los debiles se rebajen en la ultima relajacion. Ofrece á los primeros una beatitud completa, y concede á los últimos que se dejan sobrepujar por su debilidad, el perdon de sus eufermedades. La ley, al contrario, guarda un temperamento para los que observan lo que ella manda, y los tiene como en un medio, alejándoles por una parte de la damnacion, y por otra de la gloria de los perfectos.»

Asi al abad Juan hacia ver á los que iban á presentar sus ofrendas, que aunque observasen la ley de Dios de una manera muy laudable, podian considerarse sin embargo como estando simplemente bajo la ley del precepto; y que deseaba de ellos por el celo que tenia de su perfeccion, algo más: era que siguieran el consejo evangélico que los alzaba por encima de la ley; y los ponía en un estado mas eminente de santidad. Consejo sin embargo que no proponia mas que como Jesucristo y despues san Pablo, lo habian propuesto; sin obligacion de seguirlo como un mandamiento expreso, sino como una práctica muy santa y que debia ser voluntaria.

Veremos el efecto que este discurso, relatado mas al largo por Cassiano, produjo en el espíritu de Teonas, del cual hablaremos muy pronto.

Se encuentra en la *Coleccion de las palabras notables de los Padres de los desiertos* algunas sentencias atribuidas al abad Elias, que puede ser tambien el ecónomo de Scete. Decia en cierta ocasion : « Hay tres cosas que temo: la primera, cuando mi alma saldrá de mi cuerpo ; la segunda cuando se, presentara delante de Dios para ser juzgada; y la tercera, cuando este Juez soberano pronunciará su juicio. » Decia tambien : « El pecado ya no tiene fuerza, cuando ha sido expiado por la penitencia, y la caridad es fingida cuando el orgullo le acompaña » — « Los hombres, decia tambien, ó piensan en sus pecados, á piensan en Jesucristo ó se ocupan de otros hombres (Cot. t. I. pag. 447) ». Recomendaba el acompañar la psalmodia con la atencion del espíritu ; pues, si se falta voluntariamente á ello, se pierde, decia, el fruto de la oracion. Daba tambien por leccion, que si amamos los padecimientos, se cambiarán para nosotros en consolaciones y nos procurarán un grande descanso. Un solitario le preguntó como debia conducirse cuando hubiese tenido la infelicidad de contristar á su hermano, y él le contestó : « Id á arrodillaros delante de él con un sincero arrepentimiento de vuestra falta y demostradle el pesar que por ello teneis y Dios considerando vuestra humiliacion, dulcificará su corazon. Exhortaba á los hermanos á usar de moderacion en el beber y en el comer ; y decia que el que comia mucho bajo pretexto que trabajaba mucho, no merecia tantos elogios como el que, trabajando poco, comia igualmente poco « Que el primero, no se fie mucho en su trabajo; y que el otro que trabaja menos y que guarda una gran abstinencia tenga confianza en Dios y buena esperanza por su perfeccion. »

Unos solitarios fueron á quejársele que eran muchas veces turbados por malos pensamientos. Los consideró bien, y viendo que eran corpulentos y que estaban gruesos y

robustos, se volvió á su discípulo y le dijo sonriendo : En verdad, hermano mio, me ruborizo al ver que manteneis tan bien vuestro cuerpo que debe ser un dia comido por gusanos, y que con esto deseais pasar por monje. Ignorais que la palidez y la demacracion de la cara, junta á la humildad constituyen el ornamento de un solitario ? »

Recomendaba mucho no creer con ligereza el mal que se oye decir de los otros, y no fiarse aun de nuestros propios ojos, porque el demonio se sirve muchas veces de ellos para ensuciar nuestra alma de una nociva curiosidad y para distraernos de pensar en Dios ó en nuestros pecados. Sobre esto decia, que habiendo creido ver un dia que un hombre ocultaba de bajo del brazo una botellita llena de vino, creyó deber disuadirlo por caridad ; pero este hombre habiendo sacado su manto, se encontró que no tenia nada. Asi el demonio nos engaña algunas veces para hacernos juzgar con temeridad del prójimo.

Daba tambien como un aviso muy esencial no deferir el recurrir á Dios en la tentacion y decia á propósito de esto, que un anciano solitario, habiéndose hospedado en un antiguo templo de los idolos, los demonios le aparecieron y le dijeron : « Sal de este lugar que nos pertenece. » Este buen anciano en lugar de dirigirse á Dios para alejar estos espíritus de la tinieblas, se entretuvo en discutir con ellos, y les dijo que este lugar no era propiedad suya, y que no poseian nada sobre la tierra. Como hubiese dejado en este templo sus ramos de palmera para el trabajo, los malignos espíritus se los tomaron y se los esparcieron por una y otra parte, y el solitario se obstinó aun en recogerlos sin recorrer á Dios. En fin, los demonios se apoderaron de él y lo echaron por fuerza del templo. Entonces asiéndose de una mano á la puerta se puso á gritar : « Señor Jesus, venid en mi socorro ; » y á este nombre adorable los demonios desaparecieron. Se puso al momento á llorar, diciendo : « Ay Señor

ve como estos espíritus malignos tienen la osadia de expulsar á un hombre de su casa ». Y Dios le hizo oír su voz y le dijo : « Tú has diferido demasiado el recurrir á mi, mira como he venido cuando has implorado mi socorro ». Este ejemplo, añadió el abad Elias, nos enseña, que no se debe uno quedar en la inaccion al tiempo de la tentacion, y que se debe luchar con firmeza y recurrir á Jesucristo, quien quiso ser elavado en la cruz por nuestro amor.

Hay otros solitarios del mismo nombre. Habia un Elias en el desierto de Antinoa ; hemos hablado de élen otra parte. Otro que gobernaba un monasterio de virgenes de quien habla Paladio ; otro que vivia al lado del Jordán ; y otro que era monje del monasterio de san Sabas. Pero todos ellos no tienen ninguna relacion con el que hemos referido. Rufino en su *Historia Eclesiástica* dice que habia visto en la Apeliota un solitario Elias, con Sibrion ó Scyrion, y Pablo. Era hacia el año 374, segun Tillemont que confiesa no conocer este lugar. Rufino nada de particular dice sobre este Elias. Hablaremos ahora del abad Teonas. Recogemos de Casiano, que lo habia conocido, y que le hace hablar en sus conferencias, lo que hemos de relatar sobre él. Es muy diferente del anacoreta Theon ó Théonas, cuyas Actas hemos expuesto en otra parte hablando de los solitarios de oxyrinca, y que pasó mas de treinta años sin hablar, aunque fuese en estado de hacerlo, habiendo aprendido desde su juventud, no solo la lengua egipciaca, y la griega, pero aun la latina ; mientras que Teonas, ecónomo de Scete fue un labrador, que por consiguiente pensó muy poco en aprender el latin.

Su voto en la vida monastica fué acompañado de circunstancias extraordinarias, que Casiano, quien lo relata, confiesa no tener valor de vituperarle ni alabarle : Ahí va lo que en sustancia dice : « Cuando Theonas era aun joven, sus padres le comprometieron á pesar suyo en el casa-

miento, por aprehension que tenian que no se dejase llevar por los desarreglos de la juventud. Despues que hubo pasado seis años con su mujer, fué un dia á ver al ilustre abad Juan, escogido entonces por el mérito de su santidad, para ser el dispensador de los bienes del monasterio, y le llevó algunos presentes. » El abad Juan le hizo sobre este objeto el discurso que hemos relatado más arriba, y tambien á los otros que habian ido á presentarle los diezmos y primicias de sus frutos. « Y Teonas, prosiguie Casiano, habiendo oido sus instrucciones, concibió un ardiente deseo de la perfeccion evangélica. Lo que le humilló y le commovió más fué lo que dijo el santó anciano, que no solamente no habia adquirido esta perfeccion, pero que apenas habia satisfecho las ordenanzas de la ley ; pues aunque todos los años hubiese exactamente ofrecido á Dios el diezmo de sus bienes, no habia sin embargo oido hablar de las primicias ; y que aun cuando lo hubiese hecho con cuidado, estaria sin embargo muy lejos de la perfeccion á la cual el Evangelio nos exhorta.

En estos pensamientos volvió á su casa, transido el corazon de esa tristeza que causa una penitencia saludable ; y no dudando ya de lo que debia hacer por su parte, pues esto estaba ya acordado, penso únicamente en la salud de su mujer. Hizo, pues todos sus esfuerzos por hacerla entrar en sus sentimientos, y abrasar los mismos deseos. Le hizo exhortaciones apremiantes y le suplicó dia y noche con tantas lágrimas, que no fué culpa suya sino se consagraron ambos á Dios para servirle en una perfecta pureza. Le representó que era peligroso diferir su conversion, y remitir á otro tiempo las resoluciones de una vida mejor ; que el vigor de la edad no era un obstáculo á la muerte, pues se veia cada dia morir los niños más jóvenes lo mismo que los hombres de mas edad.

« Pero estas instancias tan apremiantes no pudieron na-

da sobre el espíritu de su mujer; y muy lejos de dejarse vencer por sus lágrimas, le declaró que si el abandono en el cual queria dejarla la hacia caer en algun crimen, sobre él recaería toda la culpa, pues que habria roto la union sagrada de su matrimonio. »

Teonas no se desanimó. Añadió nuevas razones á las que habia dado para conducirla á su sentimiento; pero viéndole firme; le dijo: Yo te declaro hoy que si no puedo retirarte de la muerte, tampoco tu podrás separarme de Jesucristo; prefiero divorciarme contigo que con Dios mismo. » A estas palabras salió de la casa, renunció á sus bienes y se fué al monasterio.

De este modo Casiano relata el cambio de estado del abad Teonas, pero como sentia muy bien que era con las otras reglas, pues que no es permitido que se separe lo que Dios ha unido, y que el lazo del matrimonio es sagrado, toma precauciones sobre el juicio que de ello se puede formar, ó las consecuencias que se podrian sacar, y dice: « Ruego aquí á mis lectores que no crean que he narrado esta historia á fin de dar tendencias á nadie á romper el sagrado vinculo del matrimonio. Estamos por la gracia de Dios tan lejos de condenarlo, que protestamos al contrario, segun la palabra del gran Apostol, que el matrimonio *es cosa honorable en todo y que el lecho nupcial está sin mancha* (Heb. 13). He querido solamente en esta relacion contar fielmente la conversion de este santo hombre; y de cualquier manera que se considera esta accion, sea que guste ó disguste suplico que no se me haga responsable en modo alguno... Como no pretendo tener parte en las alabanzas que algunos podrán hacerme, es justo que no sea expuesto á la envidia y á la censura de los que no lo aprobaran. »

Nada más diremos sobre este objeto. Habria mucho que hablar, lo que interrumpiria demasiado el hilo de nuestra nar-

racion. Se puede ver lo que dice Gazeo en su *Comentario* sobre este pasaje de Casiano; Enrique Cuikius, obispo de Ruremonde, en sus *notas criticas* inscritas en la edicion de Gazéo; y el cardenal Belarmino en sus *Controversias*. Pero como Casiano no añadió otras circunstancias en esta accion tan extraordinaria, y que asegura por otra parte que Teonas se elevó á una gran santidad, es á lo menos de creer, que su mujer consintió por fin á su compromiso en el estado monástico, ó que si el principio no fué sin defecto, lo sucesivo fué mejor, ó que ignoramos las razones más secretas que dió á los Padres de los desiertos para justificar su partido que Casiano asegura que parecieron aprobar, elevándole al diaconado, tanto más, añade el mismo autor, que el juicio de Dios se declaró de un modo visible por un gran número de milagros que hizo brillar en este santo varon. » Lo que se debe sin embargo entender, no á consecuencia de su accion, sino de la eminente virtud á la cual se elevó despues.

El mismo autor hace hablar al abad Teonas en tres de sus *Conferencias* como lo hemos ya observado. Dice que este abad, habiéndole visitado en su celda durante el tiempo pascual; le pidió porqué, en su monasterio, no se ponian de rodillas durante los cincuenta dias del tiempo pascual, y porqué no ayunaban hasta la hora de nona. Esto dió ocasion á Teonas para hablar de la naturaleza del ayuno, y decir que no siendo ni bueno ni malo por sí mismo, venia á ser ó el uno ó el otro por la intencion sola del que lo practicaba, ó que lo observaba en su tiempo prescrito. Sobre esto da estas reglas muy sabias.

« Si, dijo, cuando la languidez y el abatimiento del cuerpo obligan más bien á un religioso á fortificar sus fuerzas por unas comidas mas nutridas que ayunar con rigor, quisiera quedar firme en la abstinencia más severa; no deberia considerarse mas bien homicida del sí mismo que cómo una persona que se cuida de su salud? Y si, cuando al-

guna fiesta solemne le obliga á no guardar tanto la austeridad del comer, alguien quisiera con una severidad muy grande, guardar el orden acostumbrado de sus ayunos, nó le vituperarian como fingiendo una singularidad sin razon?»

Establecido este principio de que el ayuno no es ni bueno ni malo, sino en cuanto que es practicado con pureza de intencion, y en el tiempo propio, es necesario ver si todos los tiempos son propios para esto. Luego, prosiguió Teonas, el Evangelio nos declara que nó, pues que los discípulos de san Juan que creian que sus ayunos les hacian perfectos, habiéndose ido á quejarse á Jesucristo de sus discípulos, diciéndole: « *Porqué nosotros y los Fariseos ayunamos tantas veces, y vuestros discípulos no ayunan* (Mat.) », la contestacion que les hizo demuestra que el ayuno no es conveniente ni necesario en todo tiempo. « *Los hijo del esposo, les dijo, pueden estar de luto mientras el esposo está con ellos? Pero vendrán dias que se les llevarán el esposo, y entonces ayunarán.* » Es, pues, conforme con estas palabras del Salvador que no se ayune durante el tiempo pascual que está todo consagrado al regocijo de la resurreccion del Salvador.

El abad Teonas habla despues del ayuno de la cuaresma, y hace ver una similitud que existe entre el diezmo prescrito por la ley de Moisés, y el ayuno de la cuarentena que es como el diezmo de todo el año que ofrecemos de nuestros cuerpos á Dios mortificándonos; pero es necesario añadir la ofrenda de primicias como en la antigua ley, y estas primicias son que debemos consagrar á Dios los primeros momentos de nuestra jornada, á la imitacion de David, diciendo: « *He prevenido desde la mañana y he gritado á vos Señor* (119). » Sobre esto Teonas da esta hermosa instruccion:

« Si queremos cumplir eficazmente lo que decimos por este versículo, debemos hacer todo lo posible, cuando nos desvelamos, para vigilar de tal manera nuestros primeros pensa-

mientos, que los defendamos de los ataques de este enemigo tan astuto y tan envidioso por miedo que, si mecla en ellos algo de sus malignas impresiones, no haga rechazar por Dios las premicias que queríamos ofrecerle.... Si, pues, deseamos consagrarle y ofrecerle primicias agradables, debemos poner en el puesto de nuestros mas grandes cuidados, el de conservar à las horas de la mañana todos nuestros sentidos como holocaustos, puros y sin mancha, que debemos consagrar á Dios.

« Sé que muchos, entre los seglares mismos, guardan con mucho cuidado esta laudable costumbre, y que levantándose á punto de dia, toman mucho cuidado por no enredarse en nignun asunto ni cuidado antes de ir á la iglesia á consagrar en la presencia de Dios las premicias de las acciones del dia. »

En fin el abad Tenas dijo á Casiano y á German que los ancianos habian observado que el demonio tentaba siempre mas á los solitarios en tiempo de cuaresma que en otro tiempo, para distraerlos del retiro y de la mortificacion ; lo que puede servir de consuelo á las personas piadosas, quienes algunas veces son más tentadas de romper su abstinencia en el tiempo prescrito, ó de obrar contra las buenas resoluciones que habian formado ; porque cuando queremos mortificarnos y fortalecernos mas en el bien, entonces el demonio hace esfuerzos para distraernos.

Esta última reflexion del abad Teonas dió lugar al abad Germán de preguntarle por qué, cuando uno aguna y se mortifica mas entonces la carne nos hace mayor guerra ; pero Teonas considerando que esta cuestion no se podia resolver con pocas palabras, y era tiempo de concluir la conferencia, diferió hablar de esta cuestion en otro tiempo, y fué siete dias despues concluido el tiempo de Pascua Casiano y German se dirigieron entonces por esto á su celda, despues del oficio de vísperas, al principio de la noche,

y tuvo ocasion por la cuestion propuesta para hablarles de los impedimentos exteriores de la Santa comunión.

El abad German dijo entonces : « Creemos, Padre mio, que la Providencia de Dios ha permitido que os hayamos propuesto esta cuestion para proponeros otra que la modestia me ha impedido hasta ahora haceros. Si, en el tiempo que debemos comulgar, nos sentimos que nos ha sucedido algun accidente durante la noche, podemos tomar la libertad de participar de estos misterios ó dedemos retirarnos por respecto ? — » A lo que Teonas contestó : « Debemos, hacer nuestros esfuerzos para estar en una pureza particular en los tiempos durante los cuales queremos comulgar, y tener todos los cuidados posibles para impedir que sintamos estos accidentes fastidiosos, la noche misma del dia que debemos aproximarnos al altar. Pero si la malignidad del demonio, queriendo privarnos de este divino remedio, se burla de nuestra vigilancia durante nuestro sueño, procurándonos alguna ilusion en que la voluntad no tiene parte, por un impedimento de nuestra santificacion, podemos y debemos, á pesar de sus artificios, aproximarnos con confianza á esta celestial comida. Que si al contrario reconocemos que este accidente nos ha sucedido por nuestra culpa, debemos consultar nuestra conciencia y escuchar estas palabras de san Pablo : *Cualquiera que coma el pan y beba con indignidad el caliz del Señor, será culpable de la profanacion del cuerpo y de la sangre del Señor.* (I. Cor). »

El abad Teonas queriendo demostrar que es algunas veces el artificio del enemigo de las almas quien excita en nosotros estos afectos perniciosos, relata el ejemplo de un solitario de este tiempo, que habia estado mucho tiempo sometido á ello ; « Habiéndose abstenido mucho tiempo, dijo, de los Santos misterios por un humilde respeto y un santo miedo, resolvió en fin consultar á sus superiores sobre este

objeto, esperando encontrar en sus consejos caritativos el remedio de sus males y de su dolor.

« Estos excelentes médicos espirituales, habiendo examinado con detencion la causa de estas ilusiones, y habiendo reconocido que ni el alma, ni el cuerpo, tenian participacion alguna en estas, y que esto sucedia únicamente por la malicia del demonio, le aconsejaron aproximarse sin miedo alguno á la sagrada mesa, por temor que si persistia en abstenerse mucho tiempo no se dejase sorprender por las emboscadas de su enemigo, que queria asi impedirle de participar del cuerpo y de la santificacion de Jesucristo, á fin de privarle para siempre de un remedio tan eficaz y tan saludable.

« Pero, dijo despues, nuestro corazon debe ser tan firme en la humildad que nos deje siempre el sentimiento de nuestra indignidad, aunque hubiéramos hecho de lo mejor para prepararnos á este sagrado misterio, por una gran pureza, persuadidos que no somos dignos de participar de él, ó, sea á causa de la santidad de Jesucristo, sea porque no hay hombre que pueda guardarse contra esta guerra invisible, en la cual estamos envueltos en este mundo, que esté á cubierto de todos los flechazos del demonio, y que no reciba percance ; lo que hace que peque algunas veces ó por ignorancia, ó por descuido, ó por vanidad, ó por sorpresa etc. »

El abad German le propuso á este objeto esta dificultad : Si no hay persona que esté sin pecado, no hay entonces persona santa ? No podemos negar, contestó el abad Teonas, que hay muchos santos y muchos jutos ; pero hay una gran diferencia entre ser santo y estar sin mancha ; y la diferencia de Jesucristo con nosotros proviene de que en él solo existia la similitud de la carne del pecado, mientras que nosotros la poseemos verdaderamente. Fué tentado como nosotros, por el demonio de la intemperancia, de vanagloria y del orgullo. Se puede decir que aun lo fué cuando soportó

con paciencia los latigazos, las bofetados, las escupinadas y el suplicio de la cruz ; pero nada de todo esto podia hacerle caer en el pecado. Poseia la verdad de la sustancia del hombre siendo verdaderamente hombre ; pero tenia solamente la similitud de la carne del pecado pareciendo estar sometido á ella, y no lo estaba ; pues era impecable. Al contrario, todos los Santos y todos los justos no solamente tienen la similitud de la carne, pero aun la verdad misma del pecado, (se debe exceptuar de esta regla la muy Santa Virgen, de la cual dice san Agustin, nunca se cuestiona cuando se trata del pecado) ; y la Escritura lo declara abiertamente cuando dice que el *justo cae siete veces al dia y que se levanta* (Prov. 24) ; y san Pablo sabiendo que el hombre no puede penetrar hasta este abismo impenetrable de la pureza de Dios, á causa de la resistencia que encuentra en la violencia de sus pasiones, dijo en esta larga agitacion que padecia : *No hago el bien que deseo, pero hago el mal que odio.* (Rom. 7.)

El abad German le interrumpió sobre este pasaje del Apóstol, diciendo que no creia que san Pablo hubiese hablado ensí como en su nombre, pero solamente en la persona de los pecadores. Pero Teonas le hizo ver en una tercera conferencia, que versó sobre estas mismas palabras, que el santo apóstol hablaba de sí mismo y de los otros justos, y no solamente de los pecadores pues que no se puede decir de estos que no hacen el bien que quieren, pero el mal que no quieren, pues quien es el pecador que se echa á pesar suyo en el libertinaje, el perjurio, ó la venganza ? Se puede decir de él lo que el apóstol añade En cuanto al espíritu (R. m. 7) *odedezco á la ley de Dios, pero en cuanto á la carne, obedezco á la ley del pecado*, pues que es visible que el pecador no cumple la ley de Dios, ni en el espíritu, ni en el cuerpo. El sentido del Apóstol es, que no podia estar unido de continuo á Dios como lo hubiese deseado, y

que nadie no puede, aun en medio de los bienes que hace, siendo el alma abatida por tantos cuidados y movida por tantos inquietudes.

El abad Teonas hace ver despues de esto que no habiendo nadie sin pecado en esta vida, cuanto mas perfecto, es uno, tanto descubre mas faltas en sí y que es esta una ceguera deplorable el no ver sus propias faltas. « Quien es el justo, dice, que vive tan firme en sus resoluciones, que no sea algunas veces sorprendido por la malicia del demonio este enemigo tan sagaz y tan artificioso? Y aunque las faltas que hace parezcan ligeras, ó no sean pecados para aquellos que se encuentran en otros mas grandes; sin embargo este gran numero de faltas ligeras es muy pasado y hasta insoportable á los que conocen cuál es el bien de la verdadera perfeccion. »

Es asi que los justos y los *claravidentes*, para usar este termino de la Escritura, que desean con ardor llegar á la perfeccion, observan y condenan con severidad en ellos mismos cosas que nuestro ojo interior no descubre mientras que aquellos en quienes el endurecimiento en el pecado y en el vicio ha puesto un velo espeso sobre su corazon, no ven todo lo malo que se introduce en su alma y la infeliz ser virtud en la cual se encuentra comprometida por su dissipacion y su apego á los objetos sensuales.

Hé aquí porque los mas grandes santos son los que gimen mas por sus imperfecciones, y la triste experiencia que tienen que el peso de la carne les impide de levantarse á este objeto que desearian, y unirse á él, como el corazon lo desea á este soberano bien, hace que se esclamen con el Apóstol: *Infeliz de mí quien me libraré del cuerpo de esta muerte?* (Rom. 7.)

Los verdaderos justos, continua el abad Teonas gimen todavia más por sus faltas comparándose á la infinita pureza de Dios. Es lo que hacia decir al Profeta real: « *No entreis, Señor, en juicio con vuestro siervo porque ningun*

hombre viviente se hallará justo en vuestra presencia (Psal. 112). » Este conocimiento no impide sin embargo que esperen en Dios, y digan con san Pablo: *La gracia de Dios me liberará por Jesucristo Nuestro Señor* (Rom. 7). »

En fin el abad Teonas acaba su conferencia por estas palabras que contienen un gran fondo de instruccion. « El ojo puro y avivado descubre siempre muchas manchas. La vida santa é irreprehensible se reprende con mas severidad y dolor de las faltas que observa en si ; y el que se aplica con solidez á la virtud, encuentra siempre nuevos motivos para multiplicar sus gemidos y suspiros. El que adelanta en la piedad nunca está contento del adelanto que ha hecho ya. A medida que se purifica, descubre en él nuevas manchas. Asi la virtud viene á ser para él un motivo de humildad mas bien que de contento, pues cuanto mas se levanta hacia este objeto tan puro, mas descubre que es todavia lejos del fin y de la perfeccion á la cual se dirige... »

No debemos sin embargo separarnos de la Santa comunión, porque reconocemos ser pecadores. Debemos al contrario aproximarnos con mucho ardor y avidez á esta divina comida, á fin de que nos sirva para purificar nuestras almas ; y la fe con la cual la recibimos, debe ir acompañada de una humildad muy sincera, á fin de que estando persuadidos que somos indignos de esa gracia la deseemos como el remedio y la curacion de nuestras llagas. Sin esta disposicion, ni siquiera uno podria aproximarse á la comunión con dignidad una vez al año, como hacen algunos que, viviendo en los monasterios, miran de tal manera la santidad y la majestad de estos misterios terribles, que creen que no deben aproximarse á ellos, cuando está uno enteramente puro y sin mancha, sin considerar que en la participacion de estos misterios debemos buscar la pureza y la santificacion de nuestras almas ; y es verdad de decir que estas personas caen en la presuncion misma que atestiguan

querer evitar, pues que cuando dicen tener necesidad de mucha pureza para comulgar, ellas creen entonces ser puras al tiempo que comulgan ; pues es muy justo aproximarnos cada domingo á este pan celestial como á un remedio á nuestras enfermedades, con esta humildad que nos hace creer y reconocer que no podemos nunca merecer una gracia tan grande, que persuadirnos por una vana presunción que al fin del año seremos dignos de participar de sus santos misterios.

VARIOS RELIGIOSOS DE SCETE

Hubo en el desierto de Scete un Dióscoro del cual poseemos solamente esta sentencia : » Un monje no debe seguir la gula ; pues qué diferencia habría entre él y las gentes del mundo, si buscaba la satisfacción de sus sentidos ? Vemos aún que cuando estos están enfermos, se abstienen de los placeres para restablecer la salud del cuerpo. A cuanta mayor razón un religioso debe privarse de ellos, para preservar su alma del pecado, y hacerla digna de gozar delicias eternas. »

Hubo un otro Dioscoro, de apodo Nachiaste, quien según Bulteau, puede bien haber vivido en Scété, ó en alguna soledad vecina. Se mantenía con pan de cebada y harina de lentejas, y cada año se imponía alguna penitencia ; como no buscar compañía, ó no hablar con nadie, ó no comer nada cocido ; ó bien abstenerse de frutos y legumbres. Decía un día á los otros religiosos : « Si nos vestimos del traje de las virtudes, como lo estamos del de monje no nos encontraremos desnudos en la otra vida. Pero, hermanos míos, qué será de nosotros, si vamos á presentarnos á Nuestro

Señor sin esta ropa nupcial ? oiremos entonces pronunciar estas terribles palabras contra nosotros : « *Precipitadle en los tinieblas exteriores, donde habrá lágrimas y rechinamientos de dientes* (Mat. 22-13.) Ay ! hermanos míos, añadia, que vergüenza para nosotros, si, después de haber llevado el traje monástico durante un sin número de años no tenemos ropa de festin celestial ? Cuales seran nuestros sentimientos y nuestra confusion, cuando nuestros padres y nuestros hermanos que habrán tenido la dicha de santificarse, nos verán entregados á los ángeles de los tinieblas para ser atormentados eternamente en los abismos del infierno ? »

San Pemen, hablando á un religioso que habia ido á declararle que era mas pronto en observar las faltas de los otros que las suyas propias, le relató el ejemplo de Dióscoro para servirle de regla en esta tentación. « El Abate Dioscoro, le decia, derramaba un dia muchas lágrimas en su celda, cuando su discipulo entró y le sorprendió en este estado. « Ay ; le dijo entonces este discipulo, porque Padre mio llaráis ? » — « Lloro mis pecados, le contestó el anciano. » — « Pero, Padre mio, continuó el discipulo, vos no tenéis, ningún pecado ? » — « Ay, hijo mio, le replicó él, si Dios os hacia conocer mis pecados, comprenderiais que ni tres ni cuatro personas no bastarian para llorarlos ¹. »

Xantias vivia tambien en Scété. Era tan humilde, que decia que un perro era mejor que el, porque este animal tiene amor por su amo. Recomendaba mucho no confiarse en su propia justicia, pero operar su salud con un santo miedo. « El buen ladron, decia, estaba sobre la cruz á causa de sus latrocinios, y sin embargo obtuvo el perden en un

¹ Tillemónt atribuye este sentimiento de humildad al abad Isidoro de Scété, t. VIII, p. 442. Pero Cotelier lo refiere de Dióscoro, t. I, n. p. 425.

instante por un buen movimiento de fé y de contricion. Judas, al contrario, despues de haber sido elevado á la dignidad de apóstol por Jesucristo mismo, perdió en una noche toda la gloria y el merito de su apostolado y fué precipitado en el infierno. Quien tendrá despues de esto la osadia de glorificarse de sus obras? Infelices son los que se apoyan sobre su propia justicia; porque vemos que todos los que han puesto su confianza en ellos mismos han hecho caidas nefastas. »

Dios le habia dado un tan gran imperio sobre los espíritus malignos que no podian resistirle. Fué obligado á ir á Termult en Egipto, donde abatido mucho á causa de sus grandes austeridades, quisieron hacerle tomar un poco de vino. Mientras que iba á beber, se le presentó un hombre poseido del demonio, quien le desdeñó primero diciendo á los que le habian obligado á ir: « Me habeis conducido un borracho. » Pero el humilde solitario le contestó para confundir su orgullo: « Espero en Jesus Christo que hasta antes de haber acabado de beber, serás obligado á salir. » Efectivamente, mientras bebia, el demonio se puso á gritar: « Xantias, me quemas; » y salió al mismo instante.

Olympio fue primero esclavo en Alejandria, y Dios le hizo hallar gracia, al lado de sus amos, quien le permitieron de abrazar la vida solitaria. Se retiró por esto en Scété. Iba sin embargo á verles todos los años, y les llevaba el dinero que habia podido ahorrar sobre su trabajo, como prueba de su dependencia, asi que lo hacian los otros esclavos que se encontraban en el mundo.

Sus amos, que le consideraban como un gran servidor de Dios, tal cual era en efecto, venian adelante de el para recibirle con muchas marcas de veneracion y de amistad, se recomendaban mucho á sus oraciones, y no querian admitir su dinero; pero mas le daban pruebas de estimacion, mas era humilde adelante de ellos. Apenas habia entrado

en su casa, que ponía agua en una fuente y les lavaba los pies, aunque que quisieron defenderse, diciéndoles que les tenía siempre por sus amos, y que tenía obligaciones infinitas en su favor, para haberle permitido ingresar en el servicio de Dios por medio de la vida monástica; y que era lo menos que después de un tan grande servicio, les lavaba los pies. « Recibid, les decía, presentándoles el dinero, el rendimiento que os debo, de otro modo quedaré aquí para continuar sirviéndoos. « Así obligados por sus instancias, le decían de hacerlo según sus conveniencias, y recibiendo el dinero, lo distribuyan á los pobres, y le remitían después á su soledad lleno de pruebas de la estimación y de su afección, dándole á su vuelta dinero para hacer caridad á los otros hermanos.

El abate Mios de Belée, que relataba esto á los otros solitarios de su tiempo, dijo que esta conducta tan humilde y tan llena de agradecimiento le había hecho ilustre en Scété, donde era tan querido como respetado. No sabemos nada de particular de este abate Mios, sino que decía que la obediencia atrae también la obediencia; entendiéndolo por allí, que si obedecemos á Dios, Dios también, por un efecto de su infinita bondad, obedecerá á nuestros votos oyéndonos. Un soldado habiéndole pedido si Dios le recibiría á penitencia, le hizo ver por un largo discurso que no debía estar en duda, y enfín le dijo: contestame, amigo mio, sobre lo que voy á decir: si vuestro sobre todo era destrozado, lo echariais por eso á la calle? — « No, sin duda, respondió el soldado; pero lo cosería aun y continuaria á servirme. » « Pues entonces le contestó Mios, si vos no echariais vuestro sobre todo, á pesar de ser desgarrado, porque quereis que Dios rechaze su criatura porque ha pecado? » Pera volver á Olimpío. Hubo un solitario de este nombre en el desierto de los Celdas; se duda si es el mismo que el que hemos hablado mas arriba, no siendo ex-

traordinario que un solitario viviese en vario tiempo en dos lugares diferentes, ademas que los monjes de Scété y los de Nitrie y de las Celdas, tenían muchas veces relaciones juntos, y pasaban facilmente de un desierto al otro.

Se dice de este Olimpico que siendo muy turbado por malos pensamientos, los combatió por un trabajo muy causado ; de manera que sus fuerzas fueron abatidas, y que Dios, en recompensa de esta grande mortificacion, le sacó la tentacion y rindió la paz á su alma.

Relataba que un sacerdote idólatra, dirigiéndose á Scété, fué á hospedarse en su casa : « y viendo, dijo, de que manera vivian los monjes, me dijo : Vuestro Dios que servis con tanto cuidado, no os descubre nada de sus misterios ? » Le contesté que no. « Por nosotros, replicó, cuando hacemos sacrificios á nuestro Dios, nos revela los suyos y no nos oculta nada, mientras que vosotros con vuestros trabajos, vuestras vigiliass, votra solitud, y vuestra austeridad, nada veis de vuestro Dios. Si esto es, es menester que aunque parezcáis buenos al exterior, vuestros corazones estén infestados de malos pensamientos que los alejen de vuestro Dios y que le impidan manifestaros sus misterios ». Se salió así, y lo relaté, añade Olimpico, á los ancianos, que se extrañaron. Pero confesaron que este enemigo de la verdad habia sin embargo adelantado una á muy cierta y de la cual se debia aprovechar ; á saber, que los malos pensamientos en los cuales uno quede gustoso, nos separan de Dios. » Ademas, lo que decia este sacerdote de idolos, que sus dioses le revelaban sus secretos, era una farsa, de lo qual queria alabarse, ó puede ser burlarse de los solitarios. Esta es la justa observacion de un sabio critico que añade que esto debia suceder antes que Teodosio hubiese defendido los sacrificios y todo culto de los ídolos. No sabemos más de Teodoro de Scete, lo que colocamos en este capítulo, que la siguiente sentencia : « Si se introducen

en mi espíritu pensamientos que me perturben y me aflijan, que debo hacer? Me debo esforzar en rechazarlos, y recurrir al mismo tiempo á la oracion. »

Pablo y Timoteo eran hermanos, y estaban retirados en el desierto de Scété para vivir allí santamente ; pero el demonio, envidioso de su buen deseo, se metió entre ellos exitándolos á disputas. Por fin Pablo dijo á su hermano : « Cuando se acabarán nuestros altercados? » Timoteo le respondió : « Creyedme, cuando yo os ocasione alguna inquietud, sufridme con dulzura y paciencia ; yo en atención á eso haré lo mismo para con vos. Así lo practicaron, viviendo después en buena inteligencia. Mientras tanto la profesión que hacían era muy útil á los solitarios, y á causa de eso estaban sin descanso en su casa. Timoteo consideró que eso era demasiado, y estaba determinado á deshacerse de esa promesa, por cuanto no podia gozar de descanso alguno durante el dia. Pero su hermano le dijo : « Conténdonos con el descanso de la noche, que nos es suficiente con tal que vigilemos sobre nuestros pensamientos. »

DISCIPLINA MONASTICA DE LOS SOLITARIOS DE SCETE ¹

Hemos tomado lo que vamos á decir de la disciplina de los solitarios de Scete, parte de las reglas de Oriente, que están en la colección de Benito de Aniana, y parte de los autores de la Historia monástica. Por más que el desierto de Scete distara del de Nitria, los solitarios de uno y otro tenían muchas relaciones entre sí, y los principales Padres de esos solitarios, como los Macarios, los Serapiones, los

¹ *Vitæ Patrum* — Sozomeno — Benito de Aniana — Bulteau.

Pambones, los Agathones, etc., ó tenían celdas en esos desiertos, ó se reunían algunas veces para providenciar sobre el bien espiritual de los monjes que dirigían, para decidir sobre casos extraordinarios que se les podían presentar, y para formar estatutos y reglas para la dirección y buen orden de sus monasterios. Así las reglas de las cuales vamos á dar un resumen, no son tan particulares en el desierto de Scete, que no hayan sido igualmente establecidas para los de la Nitria y de las Celdas. Hay una que en cierta asamblea fué compuesta por los santos abades Serapión, Macario, Paphnucio, y otro Macario. Estos dos Macarios sin duda son el anciano ó el Macario de Egipto, y el joven ó el Alejandrino. Después de esta en la *Colección de san Benito de Aniana* hay todavía otras dos reglas, cuyo autor no se nombra ni tampoco los solitarios á quienes fueron dirigidas; pero se ve en ellas una gran conformidad con la de san Macario de Alejandria, de manera que no se puede dudar que no hayan sido hechas para los monjes de estos desiertos. En ellas se reconoce el mismo espíritu, y contienen muchos capítulos que no son más que una repetición de la que habia instituido este Santo, y en los mismos términos, ó en modismos equivalentes.

Todas estas reglas, pues, nos dan mucha luz para conocer las santas prácticas de los solitarios de Scete, y las de sus vecinos; y en ellas por una parte se reconoce la vigilancia de los Padres que los dirigían, y por otra la fidelidad de los dirigidos en cumplir sus órdenes.

La regla de los santos Padres Serapión, Paphnucio y Macario contienen dieciseis capítulos, además del prefacio, en el cual se dice que estos santos Padres estando reunidos por un consejo saludable rogaron al Señor que les alumbrara con las luces de su divino espíritu para conocer lo que debían prescribir á sus hermanos para conducirse santamente. En seguida el abad Serapión dice:

« Ya que vemos, como dice el Profeta rey, que *toda la tierra experimenta la misericordia del Señor*, que se ve que de todas partes se reúnen numerosos ejércitos de solitarios para trabajar en adquirir la perfección religiosa, y que de otra parte en la vasta extensión de los desiertos es peligroso que los hermanos habiten solos, á causa de los mónstruos que en gran manera los podrian aterrorizar, conviene que sigamos lo que nos dice el Espíritu Santo en las sagradas Escrituras, á saber : « *Que es dulce y útil que los hermanos vivan reunidos y como formando un sobre cuerpo*, y en otro lugar, que *Dios nos reunió en una misma casa*. Seguiendo, pues, esa regla de piedad que el Espíritu santo nos ha dictado, nosotros queremos que los hermanos se reúnan con santa alegría, y gran consuelo de corazón para vivir juntos en un mismomonasterio. Pero para cimentar más esa unión y hacer que esa sociedad sea verdaderamente consoladora, queremos que en ella estén bajo la dependencia de un anciano, al cual se sometan en todo con satisfacción sin discutir jamás sus consejos y sus mandatos ; según estas palabras del santo Apóstol : *Obedeced á vuestros superiores, pues ellos están encargados de velar sobre vosotros* ; y según estas de Nuestro Señor : *Yo no quiero el sacrificio, pero sí la obediencia*. Los hermanos unidos así en los monasterios, se deben ejercitar en practicar fielmente esa sumisión y obediencia, considerando que por esta virtud el patriarca Abrahám se hizo agradable á Dios y fué llamado su amigo ; que los Apóstoles se hicieron dignos de dar testimonio de los misterios de Jesucristo delante las tribus y los pueblos ; y que, en fin, Jesucristo habiendo descendido del cielo, dijo que habia venido, no para hacer su voluntad, sino la de Aquel que lo había enviado. »

El abad Macario habla enseguida de la conducta que deben guardar los superiores, del orden que han de seguir cuando los hermanos reunidos cauten los salmos, del exa-

men que se ha de hacer de los que se presenten para abrazar la vida monástica, y de la caridad con que se deben recibir los huéspedes, y dice :

« Despues de eso que se acaba de regularizar, en cuanto á la perfección que los hermanos deben procurar, á su santa unión en los monasterios, y á su obediencia á los superiores, es necesario instruir á esos mismos superiores sobre los deberes que personalmente les incumben. Vosotros, pues, que por vuestro oficio sois los padres de los otros, os debéis conducir como manda al santo Apóstol cuando dice : *Servid de ejemplo á los que tienen la fe*; esto es, que empleando los medios saludables que la piedad y una caridad bien fundada inspiren, inclinaréis los hermanos á desasirse de las afecciones á la tierra y dirigirlas á los bienes del cielo, según estas palabras del mismo Apóstol: *Repreended, suprimid, reprobad con paciencia continua, y sin dejar de instruir*. También conviene que aquel que está destinado á conducir á los otros tenga por una parte una caridad tierna y piadosa para cada uno de los hermanos en particular, y por otra vele con exactitud sobre la observancia de la disciplina regular, acordándose de esto que dijo el Señor : *Vosotros seréis medidos por la misma medida con que habréis medido á los otros.* »

Dice más : « Cuando los hermanos ya se habrán reunido para la oración, ninguno de ellos cantará el salmo sin que antes se le ordene el presidente ; ahí va el orden que se guardará. Nadie se adelantará al presidente, sea por levantarse durante la asamblea, sea por cantar el salmo ; pues la Escritura dice : *Hijo mio, no deseas estar sobre los otros, y cuando seas invitado á algunas bodas, nunca tomes el primer sitio*. Y si el presidente retarda su asistencia á la asamblea, se buscará quien lo deba sustituir, y se seguirá con espíritu de obediencia al que tenga á bien el ordenar. »

Aún dice : « Indicamos también como se deben probar

los que han dejado al mundo para tomar el estado de monje. Es, pues, principalmente necesario hacerles renunciar á las riquezas del siglo y arrancar de su corazón todo afecto que á ellas les quedase. Si el que se presenta es pobre, no por eso se ha de creer que no tiene riquezas á las que se le debe obligar á renunciar; pues puede tener muy bien aquellas que el Espíritu santo reprueba por boca del Sabio cuando dice: *Mi alma oborrece al pobre orgulloso y al rico vano*, y en otro pasaje lo llama, *un orgulloso cubierto de inmundicias*.

Si el que quiere ser monje es pobre, el superior procurará con gran cuidado examinar bien si es orgulloso y le hará dejar sus perniciosos hábitos. Le exigirá también, por principal disposición, la entera renuncia á su propia voluntad, como á sacrificio que Dios agradece con preferencia á cualquier otro, y la preparación del corazón para someterse humildemente á todo cuanto se le ordene. Los que así serán recibidos en el monasterio, deben en cuanto les suceda que pueda contrariar sus inclinaciones, deben, digo yo, acordarse que el Apóstol nos recomienda la paciencia en la tribulación; que se ha de ser prudente en todo cuanto se haga; que es necesario reprimir con cuidado los menores movimientos de la cólera, y dedicarse á la práctica de las virtudes.—Rom-12- Eph. 6.

Además, los que se presenten para ser recibidos permanecerán fuera de la puerta del monasterio durante una semana entera, y ninguno de los hermanos se familiarizará con ellos; pero los probará no prometiéndoles más que cosas duras y peniosas. Si sufren esas pruebas é insisten en que se les reciba, se accederá á sus súplicas, y el superior los introducirá al monasterio, donde les mostrará la regla que han de observar, y los deberes que tendrán que cumplir.

« Si el que pide la admisión posee grandes bienes en el

mundo ante todo se le propondrá aquello que está indicado en el Evangelio, dicho por Jesucristo al joven rico: *Vended vuestros bienes, dad el precio á los pobres, llevad vuestra cruz y seguidme.* Acto seguido el superior le recomendará que no se reserve otro tesoro que la cruz de Jesucristo que él tiene entre las manos, y que siga á este divino Maestro. Por lo demás, debe saber que el camino de la cruz que debe seguir es, ante todo, la perfecta obediencia, no haciendo jamás su propia voluntad, y únicamente la de otro. Si quiere dar alguna porción de sus bienes al monasterio, se le hará igualmente entender que ya no podrá disponer más de ellos, como no puede de su persona. En fin, si alguno de sus dependientes quiere imitar su ejemplo, cuando será admitido en el monasterio, no lo considerará como habiendo estado en su servicio, sino como un nuevo hermano, para que sea un religioso perfecto en toda la extensión de la palabra. »

Dicetambién: « Ningún hermano podrá presentarse para responder á los que vengan al monasterio, confiándose ese cuidado sólo al que el superior comisione para recibir los huéspedes. Ningún hermano podrá orar con ellos, ni darles el ósculo de paz sin que hayan visto antes al superior. Allí solo el superior ó quienes lo sustituyan, podrán hablar con ellos. Ningún hermano les podrá preguntar ni de donde vienen, ni que quieren, ni á donde van. Así mismo si un hermano forastero se presenta al monasterio, no podrá ir á la mesa con los otros hermanos, sino que el superior comerá solo con él para mayor edificación; tampoco permitirá que los otros hermanos le hablen. Y, por último, no será permitido á los hermanos formar algún coloquio inútil con las personas de fuera, aunque sea de cosas espirituales; ni cuidarán de otra instrucción que de la que les dará el superior, ó el designado por él para hablarles de las cosas de Dios. »

El abad Paphnucio tomó inmediatamente la palabra y habló del ayuno, de la santificación del domingo, del trabajo, de la mutua caridad que los hermanos deben practicar, diciendo : « Hermanos míos, todo lo que os acabo de decir es muy útil para la salud de las almas ; ahora conviene hablar de la observancia del ayuno. De las Escrituras aprendemos la hora en que debemos fijar el tiempo de la comida, pues está escrito allí que *Pedro y Juan subian al templo para asistir á la oración de la hora nona*. No se deberá, pues, permitir á los hermanos del monasterio comer antes de la hora nona, á excepción del domingo y de los cincuenta dias que van de Pascua á Pentecostés. Además, los hermanos en los domingos se entregarán del todo á los ejercicios espirituales sin ocuparse en otra cosa, bajo cualquier pretexto. Este santo dia lo consagraran todo entero á las alabanzas del Señor por medio de la oración, de la salmodia y los sagrados cánticos.

« Tambien es necesario que los hermanos sigan el orden, que voy á decir en los ejercicios del dia. Se emplearán en los ejercicios de piedad desde la hora *prima* hasta la *tercia* ; y desde esta á la *nona*, se ocuparán en aquello que les mandará el superior, haciéndolo sumisos y sin murmurar, según este consejo del Apóstol : *Obedeced en todo sin murmurar* ; pues deben temer esta terrible amenaza del mismo Apóstol cuando dice : *No murmuréis como hicieron algunos de aquellos que fueron exterminados por un ángel*. El superior también cuidará de comunicar sus órdenes para el trabajo que se deba hacer, á uno de los hermanos á quien se sumeterán todos los otros, evitando así toda disputa. » Dice más : « Habiendo el santo Apóstol dado ejemplo en el trabajo diciendo á los Corintios : *que él ganaba su sustento con el trabajo de sus manos, para no hacerse gravoso á nadie* (1-Cor.-4) ; el superior regulará este trabajo teniendo en consideración las necesidades de los hermanos. Asi, si algún

hermano se encuentra indispuerto, él deberá examinar el estado de su mal y procurar remediarlo, relevándole del ayuno y del trabajo. Si la enfermedad es más bien espiritual que corporal, como si está atacado por alguna tentación, entonces lo hará aplicar más al trabajo, pues el santo Apóstol decía de sí mismo, *que él reducía su cuerpo en servidumbre*; (1-Cor.-2) y sobre todo se procurará que tal hermano en nada haga su propia voluntad. »

Todavía dice: « Después que la comunidad sea numerosa, cada hermano servirá por turno y por semanas, según las órdenes del superior. Nombrará un celador que cuide del sustento de los hermanos; y para eso eligirá un religioso que no sea propenso á la gula, que sepa distribuir á cada uno todo lo necesario, y que tema caer en el crimen de Judas á quien la Escritura acusa de haber sido ladrón. Ese administrador debe tener muy presente esta sentencia del Apóstol: *Que los que cumplirán bien con su ministerio, adquirirán un grado más elevado* I Tim. 3-13, y obrarán la salud de su alma.

Además, los hermanos deben mirar como cosas santificadas, todo cuanto se usa en el monasterio, sean vasos, utensilios, ú otro cosa cualquiera, y si no lo hacen con la diligencia debida, merecen ser condenados como aquel rey que tuvo la osadía de beber con sus concubinas en los vasos santificados de la casa de Dios. (Dan.-5) Por fin, todos los días hará presentes estas ordenanzas á los hermanos para que no falten y no se hagan culpables. »

El otro abad Macario á línea vuelta habló de los medios de conservar la paz y unión en los monasterios, del modo de ejercer la hospitalidad para con los clérigos, de la manera de corregir á los que falten, y de las reglas de equidad que en ello se han de guardar, y dice: « *Vosotros sabéis que la verdad nos ha enseñado que todo hecho será confirmado bajo la palabra de dos ó tres testigos* (Math. 18-16).

Se debe, pues, seguir constantemente esa regla de piedad, y hablar aun de los medios de asegurar cada día más la harmonia que debe reinar entre los monasterios. Al efecto, no se permitirá á los hermanos recibir en su monasterio un hermano de un monasterio diferente sin el permiso del abad de éste : tanto más, que san Pablo nos dice, *que aquellos que violan su primera fe son reos de infidelidad*. Y si es que su mismo superior le permite pasar á otro monasterio, tendrá que recomendarle al superior del monasterio á que quiera ir. En una palabra, en ningún monasterio se recibirá un hermano que no sea con el consentimiento de su superior. Y si alguno viene á faltar á esa ordenanza, se le citará delante del obispo, ó bien se le obligará á comparecer delante la asamblea general de los hermanos, y perderá su grado, hasta que haya reparado su falta pidiendo perdón al que injurió : esto así para que ningún hermano por este mal ejemplo dé ocasión á que se desprestigien los superiores.

Por lo demás, ese hermano que con el permiso de su Abad pasará á otro monasterio, se deberá hacer cargo que allí hay tantos religiosos superiores á él como hermanos haya encontrado. No se le considerará según la categoría que tuvo en el monasterio donde antes vivía, sino que se le tratará como principiante. Nada guardará de cuanto haya traído, sean muebles, libros, á otra cosa cualquiera. Se le despojará á fin de que se vuelva perfecto, si es que antes no hubiese procurado serlo. Finalmente, cuando los hermanos se reunirán para la conferencia espiritual, no se le permitirá hablar, á no ser que el superior se lo mande, aun cuando él estuviera bien versado en los materias que allí se traten.

« Se recibirá con respeto un ministro de los altares, y se le concederá el honor de terminar el oficio por la oración, al encontrarse en la asamblea de los hermanos, aunque no tuviera más que el orden de portero ó de simple ministro

de la Iglesia. Si mientras tanto ha caído en algún caso grave, habiendo sido lógicamente probado, no podrá concluir el oficio en presencia del superior, ni de su segundo. No se introducirán los clérigos en el interior del monasterio para permanecer allí, á menos que habiendo sido convencidos de alguna falta considerable, vengan con el propósito de hacer penitencia, y de encontrar en la práctica de la humillación el remedio para la herida que han hecho á su alma con el pecado. Tal es la conducta que los hermanos observarán para con los clérigos que vendrán á los monasterios, para no tener nada que reprocharse delante de Dios ni de los hombres.

« En cuanto á la manera de corregir á los hermanos que cometan faltas, se les separará de los otros por una especie de incomunicación, proporcionada á la cualidad de la falta; y hé aqui la regla que se seguirá. Si algún hermano pierde el tiempo en vanos discursos, se le privará por tres días de asistir á la asamblea á coloquio de los hermanos, prohibiendo á estos el hablarle. Si algún otro se deja llevar tanto de la risa que rompe á carcajadas ó pronuncia vesponadas, que, según el santo Apóstol, *no vienen á propósito*, se le castigará durante dos semanas con prácticas humillantes para que se corrija; guardándose siempre de obrar por aversión, y sólo con el propósito de la enmienda. Por esto el mismo Apóstol dice: *Si alguno ha caído en algún pecado, vosotros que sois espirituales volvedlo con dulzura á su deber*. Así se ha de corregir al hermano, á fin de que vuelva al camino de la virtud y no se pierda en su estado.

« Por fin, es necesario recomendar muy espresamente á los superiores que no hagan acepción de personas, sino que tengan un afecto igual á todos, y que con caritativa corrección provean para la enmienda de todos; pues Dios quiere que se conserve una igualdad justa, puesto que ha

dicho por el Profeta : *Si vosotros sois equitativos, ¡ oh hijos de los hombres juzgad pues, según la equidad.*

« No les hemos de dejar ignorar que el superior que no corrige à los que faltan, delante de Dios responderá de las faltas de estos. Sed, pues, o superiores, buenos y fieles guias ; reprimid los espíritus inquietos y díscolos ; compadeceos de los enfermos ; practicad con todos la paciencia y la dulzura ; y pensad que cuantos sean los hermanos que habréis ganado para Dios, tantas serán las coronas que os serán reservadas por recompensa. En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. »

Tales fueron las reglas que esos egregios Padres de los desiertos formularon para la dirección de sus religiosos. Ellas nos suministran grandes luces sobre la disciplina monástica ; y se ven todas llenas de un espíritu de sabiduría, discreción, estabilidad y caridad, que nos dan una alta idea de su virtud, de su prudencia, de su celo por la salud de los hermanos, y de la dicha de aquellos que vivían bajo su dirección.

Después de estas reglas hemos dicho que en la colección de san Benito de Aniana hoy otras dos, que creemos fueron dadas por otros Padres que les subsiguieron en esos desiertos. Aquí hemos apuntado los artículos. En estos se reconocerán los de la regla de san Macario, y por consiguiente el mismo espíritu y el mismo régimen.

Se ha dicho, que estando reunidos en nombre de N. S. Jesucristo, según la costumbre de los santos Padres que les habian precedido, vieron la conveniencia de formular una regla que fuera exactamente observada en el monasterio para el adelanto espiritual de los hermanos, de suerte que el superior supiera lo que debia hacer para dirigirlos y unirlos más fuertemente por la iniformidad de la observancia. Asi, 1º se recomienda ante todo la caridad, humildad, paciencia, y dulzura, y sobre todo una pobreza tan régida

y una obediencia tan exacta que ningún hermano puede poseer, ni recibir ni hacer nada, ni siquiera dar un paso, sin la dependencia del superior.

2° No se perderá el tiempo en vanos entretenimientos, sino que cada hermano se aplicará á su empleo, ó á la obra que se le habrá mandado hacer, cuidando de conservarse en la presencia de Dios. En las asambleas de los hermanos, los más jóvenes sólo hablarán cuando sean preguntados; y si algún hermano necesita algún consejo ó consuelo espiritual en sus penas interiores, tomará el tiempo conveniente para recibirlo en particular.

3° Cuando llegará un hermano forastero, los otros que no están encargados de ejercer para con él la hospitalidad, se contentarán con darle el ósculo de paz. Y les está prohibido el preguntarle por el motivo de su venida, por su vuelta, y hasta de conversar con él.

4° En la salmodia, despues que el anciano, ó el que le represente, habrá cantada el salmo, detrás de él ningún otro continuará que no sea el destinado para eso, según el orden establecido. La misma regla se guardará en el trabajo; y cuando convendrá responder á álguien, si el que ha de hablar no está en disposición, lo sustituirá otro, de suerte que todo se haga con caridad y sin altercar.

5° Los hermanos se dedicarán á la salmodia, á la oración yá la lectura hasta la hora segunda, á no ser que haya algo que hacer en común en el lugar de la meditación; luégo trabajarán hasta la hora nona. Si alguno osara murmurar, ó manifestar repugnancia por equello que se le manda, será reprendido, y se le privará la asistencia á la asamblea según la gravedad de la falta, hasta tanto que se haya humillado y prometido sinceramente corregirse.

6° Al momento en que se hará la señal para la oración, los hermanos lo dejarán todo para comparecer, no habiendo de haber nada preferido á la oracion: los que no

lleguen á la hora permanecerán fuera. Nadie se eximirá del oficio, sea de día, sea de noche: si alguno falta á él sin necesidad, se le corregirá, y si no se enmienda, será castigado como culpable, por temor que su ejemplo sea piedra de escándolo para los demás. Mas, si en el oficio de la noche un hermano, rendido por el sueño se ve obligado á salir para disipar su ensupimiento, no se detendrá á hablar, sino que volverá luégo á la asamblea de los hermanos; y se guardará profundo silencio durante la lectura que se hace en común, atendiendo cada uno á aquello que se lee.

7° Cuando un hermano será corregido, lo recibirá con paciencia no oponiéndose jamás al superior que lo corrige. Nadie más que el superior podrá hablar en la mesa, á no ser que sea preguntado.

La tercera regla empieza más ó menos como la segunda. En ella se lee en seguida: 1° A los que vienen del mundo para ser monjes se les instruirá sobre la prácticas del monasterio, y se los admitirá al número de los hermanos así que hayan prometido observarlas. Y si traen algo del mundo será común á los hermanos sin que puedan guardarlo particularmente.

2° El abad no se podrá apropiarse nada, por más que todo esté á su disposición. Si un religioso, cualquiera catagoria que tenga en el monasterio por su edad ó por su empleo, se atreviese á apropiarse aquello que hubiese recibido, ó por don, ó por sucesión de sus padres, en lugar de cederlo á la comunidad, se le corregirá de momento delante todos los hermanos; y si no se enmienda, será denunciado al obispo, si después de esto no se aprovecha de la corrección del prelado, será depuesto.

3° El abad dará á los hermanos los vestidos prescritos por la regla, que serán todos del mismo color, menos la cogulla que será negra.



Imp. Ch. Barthelemy and Paris.

Goussier del.

Draconce, Evêque & Solitaire.

Draconcio Obispo y Solitario.

4° Se tendrá sumo cuidado que los hermanos no se relacionen con mujeres, aunque sean parientes, á fin de evitar los lazos del demonio y los ocasiones de pecar. Tampoco se les permitirá ir á los monasterios de las virgenes, como manda la regla. Asi mismo se prohibirá la entrada de las mujeres al monasterio. Y si el abad se atreviera á permitirlo, no solo será depuesto de su cargo, sino que pasará á ser el último entre los ancianos, no siendo conveniente que aquel que expone sus religiosos á la tentación los presida más.

El 5°, 6° y 7° articulos contienen las mismas cosas que la segunda regla en cuanto al oficio, á la diligencia en volver á él, á la hora del trabajo, al silencio en la mesa.

En el 8° articulo se manda que un hermano no podrá salir solo del monasterio; pero que podrá salir acompañado de uno ó dos hermanos que serán religiosos sobrios y moderados en sus palabras.

En el artículo 9° se señala la penitencia que se impondrá al hermano que habrá ido á un lugar para contentar su gula, ó que por ligereza de espíritu se habrá dejado arrastrar allí sin necesidad, en vez de volverse á su celda; pues cuando estará bien convicto, se le separará durante treinta dias de la comunión de los hermanos, ó bien suportará la disciplina.

10° Si algún hermano quiere dejar el monasterio por algún escádolo que haya dado, en lugar de repararlo con la penitencia, no se le dará más que un hábito roto, y será considerado como excomulgado é infiel.

11° El abad nunca se ausentará de la comunidad de los hermanos estando obligado por su cargo á instruir los en la palabra de Dios, y a corregirlos cuando falten; lo que no podria cumplir no estando siempre con ellos.

12° Tampoco será permitido á los hermanos cuando estén enfermos ir á casa de sus parientes para ser curados

de su enfermedad por temor que el comercio con los seculares contamine su alma tanto cuanto la habría purificado la enfermedad permaneciendo en el monasterio.

13° El hermano que se haga reo de hurto, lo que en un monje se debe considerar como un sacrilegio, será apaleado, y no podrá ser jamás elevado á la clericatura. Si al cometer ese crimen tenia ya esta categoria, será considerado como depuesto, no teniendo más el título. Esto sin porjuicio, después de haber sufrido la penitencia, de ser reducido á la comunión láica.

14° Está prohibido á los superiores de los monasterios recibir algún hermano de otro monasterio sin el consentimiento de su abad. Si este hermano con su correspondiente permiso ha pasado á otro monasterio más austero, no podrá salir de este sea con el pretexto que sea. Hé equivo lo que, después de una larga deliberación, hemos tenido a bien establecer para el provecho espiritual de los hermanos. Y si alguno se atreve á evadir estas reglas, sepa que no podrá hacerlo sin hacerse culpable delante de Dios y de los hombres.

Nosotros por esos respetables documentos de la antigua disciplina de los monjes, aprendemos muchos puntos muy importantes para la dirección de los religiosos, ya superiores, ya inferiores, cuya observancia es capaz para conservar los monasterios en todo el esplendor de su primitiva institución, y hacer de los religiosos modelos de regularidad, de santidad y de edificación en la Iglesia de Jesucristo.

Obsérvese en primer lugar con que celo y con que atención los principales jefes del estado monástico de los primitivos tiempos formaban las asambleas para sostener la observancia regular y estimular á los solitarios en los deberes y virtudes de su estado, y cuál era al mismo tiempo su caridad, su dulzura, su prudencia y su estabilidad en el gobierno.

2º Allí se ve la estrecha obligación que tienen los superiores de no buscar jamás su propio interés ; de no apropiarse cosa alguna del monasterio ; de nunca ausentarse sin necesidad, á fin de vigilar de continuo sobre las almas que la Providencia les confiara ; de tener igual caridad para con todos ; de no juzgar jamás á los hermanos por pasión ni por capricho, sino conforme á las reglas de la más exacta equidad ; de instruirlos en la sana doctrina ; de nutrirlos espiritualmente con el pan de la palabra de Dios ; de escucharlos y consolarlos en sus penas ; de corregirlos en sus faltas ; de tender les una caritativa mano en sus mayores caídas ; de emplear ya el rigor ya la dulzura para levantarlos de sus aberraciones ; de apartar de ellos toda ocasión de escándolo ; de proveer sin predilección ni preferencia á todas sus necesidades temporales, sea en salud, sea en enfermedad, de dar á todos buen ejemplo, de ser siempre el primero en las observancias regulares ; y en fin, de gobernarlos como estando persuadidos que tendrán que rendir cuenta de alma por alma al soberano Juez.

3º Allí se ve cual debe ser la conducta de los inferiores, para con los superiores, para con sus hermanos, y en sus deberes regulares para la salud de sus almas. Deben temer y respetar á sus superiores como maestros, y amarles como á padres en Jesucristo. Deben recibir sus instrucciones con espíritu de piedad, sus consejos con respeto, sus correcciones con dulzura y en silencio, las penitencias con docilidad y humildad. Les deben obedecer por virtud y religión, con diligencia y exactitud ; no hacer nada sin su orden ; de nada disponer sin su permiso ; conformarse á su voluntad en todo, y vivir según ellos quieren con una confianza filial y entera dependencia. En cuanto á sus hermanos los deben considerar en Jesucristo teniéndolos como si estuvieran en lugar de los parientes que dejaron en el mundo ; quererlos con ternura ; considerarlos como otro *yo* ; guardar

hacia ellos por su dulzura, paciencia afabilidad, humildad, todas las reglas de la caridad que Jesucristo nos ha recomendado en el Evangelio. Por fin, en consideración á si mismos, deben ser mortificados en sus sentidos ; amar más el trabajo y la ocupación que el descanso y comodidades de la vida : dedicarse al cultivo de su alma por la práctica de las virtudes y los ejercicios de piedad ; ser asiduo en el cumplimiento de todos los deberes del monasterio, sobre todo de los oficios ; obedecer con prontitud á la señal que los llame ; cumplir eso, no por temor y con negligencia, sino por el bien de su alma y con un santo fervor. Raras veces deber salir y nunca sin necesidad ; amar su celda como el paraiso de la tierra, y ocuparse ó en la oración, ó lectura y en el trabajo que se les haya mandado ; huir el comercio del mundo y las conversaciones inútiles con las personas seglares, aun más con las mujeres por más que sean piadosas como son las virgenes cristianas ; no exhibirse, más que para edificar y hacer glorificar á Jesucristo con sus palabras y su modestia. En una palabra deben vivir como ángeles en la casa de Dios, pues por su santa vocacion Dios les retiró del mundo para que se consagra-sen enteramente á él ; mirando su monasterio como una casa de santidad ; su hábito como un vestido de santidad ; todo cuanto les rodee en la casa de Dios, y todos los ejercicios y practicas de su estado como otros tantos medios de santificacion. Hé aquí donde se dirigen las reglas de esos Padres de la vida religiosa ; hé aqui lo que enseñaron á sus religiosos y lo que con tanta diligencia procuraron que practicasen ; y hé aqui el verdadero espíritu que deben tener los buenos superiores en las casas religiosas y los buenos religiosos bajo la direccion de aquellos.

Ahora falta recoger de los escritores eclesiásticos cuanto han dicho sobre la disciplina de esos fervientes religiosos. Bivarío, quien sobre eso ha hecho doctos comentarios, dice

que los monjes de Scete no tenían superior general, como los de Arsinoá tenían á San Antonio, los de Nitria á San Amón ; y los de Tébas á san Pacomio ; sino que erangobernador por aquellos que se llamaban los Padres ó los Ancianos, quienes se sucedían unos á otros :

De esos solitarios unos vivían en comunidad, otros en sus celdas particulares, ó solos, ó tres ó cuatro reunidos, ó bien con discípulos que ellos habían hecho tales al llegar á la categoría de Ancianos. Se puede notar que no se ha dicho que hubiese gran número de monasterios en el desierto de Scete donde se llevase la vida cenobítica, como en los desiertos de Arsinoá, de Nitria, y como en los alrededores de Alejandría. No obstante había, puesto que se ha dicho en las reglas que hemos expuesto, que los que vendrán para ser admitidos, lo pedirán durante ocho días y con mucha humildad en la puerta del monasterio, como eso mismo se practicaba en los monasterios de otros desiertos.

Todos los religiosos esparcidos por el desierto de Scete estaban sujetos á eso que podríamos llamar el consejo el capítulo ó la asamblea de los Ancianos ; hé aquí porque se ha hablado con tanto frecuencia, en la *Vidas* y en los *Notables discursos de los Padres*, de esas clases de asambleas. Ordinariamente se celebraban dentro de la Iglesia, donde el sacerdote que allí ejercía el sagrado ministerio cuidaba de publicarlas el domingo anterior. Allí sólo los Ancianos presididos por el sacerdote podían asistir. Allí ó se trataba de cosas espirituales, ó de asuntos comunes á todos los solitarios, ó de las penitencias que se debían imponer á los que habían cometido alguna falta notable, ó de la elección de aquellos que debían ser presentados al obispo para ser promovidos á las ordenes, cuando era necesario para el servicio de sus iglesias.

Bulteau, autor muy exacto, habla así de las iglesias de los solitarios : « Parece evidente que antes del siglo quinto

los religiosos que vivían en comunidad tenían iglesias particulares. Cuando no tenían entre ellos un sacerdote, invitaban uno de fuera para celebrar el sacrificio en su casa. También consta que los sacerdotes iban á consagrar una hostia en las celdas que estaban habitadas por un solo solitario, á fin de que este tuviera el consuelo de participar del sacramento del altar. Así mismo se permitía á los anacoretas guardar en su celda la santa Eucaristía para recibirla según su devoción, ó en la fiesta de Pascua. En cuanto á los religiosos que vivían solos, ó que estando en sociedad aún no habían edificado iglesia, ó que vivían en vecindario, iban á oír misa y comulgar, ó en las catedrales, ó en las parroquias, ó en los monasterios donde había algún sacerdote, como aún hoy hacen los ermitaños. Eso que decimos aquí es cierto, y está justificado por los ejemplos que se encuentran en diversos lugares de la *Vida de los Padres*. El sitio de los religiosos que no estaban ordenados y que no eran más que laicos, estaba detrás de las puertas del coro, y comulgaban inmediatamente después del clero y antes que los seglares. »

En Scete al principio no había más que una iglesia, pero como ese desierto era muy extenso y el número de los solitarios aumentó considerablemente, se edificaron allí tres iglesias más para comodidad de los hermanos. Los sacerdotes que las servían eran monjes; indicaban las asambleas, como hemos dicho, sea por su propio movimiento cuando lo juzgaban necesario, sea por consejo de los Ancianos. Allí nada se publicaba, nada se leía en público que no fuera por su orden, si es que ellos no lo hicieran por sí mismos. Algunas veces ordenaban ayunos extraordinarios por motivos necesarios.

Los solitarios de Scete eran tenidos por los más austé-ros. Algunas veces pasaban dos ó tres días seguidos sin comer, y muchos no comían nada en toda la semana.

Se hizo, no obstante, necesario moderar este ayuno tan riguroso ; y los ancianos que lo habían practicado, aconsejaron por consiguiente á los más jóvenes comer una vez cada dia, pero nó saciarse, contentándose en entrenar el cuerpo, sin deleitarlo, á fin de que pudieran sostener los otros trabajos de la vida religiosa. Aun después de este lenitivo, nada comian cocido, á escepción del domingo, y aún de eso habia muchos que se escusaban : Se consideraba como un acto de gula el hacer cocer alguna cosa en los otros dias, y hubiera sido denunciado al sacerdote, ó á la asamblea de los Ancianos, aquel que se hubiese hecho culpable. El abad Achilles corrigió al abad Isaac porque al comer tomó pan mojado con agua habiendo puesto también sal, porque teniendo la garganta seca después de un penoso trabajo, apenas lo podia comer de otro modo de lo cual le sucedió un caso delante de los hermanos.

Se cuenta en la *Sentencias de los Padres* que los monjes de Egipto, en donde no se ayunaba tan rigurosamente como en Scete, habiendo venido á este desierto para edificarse por los solitarios que lo habitaban, y que estaban considerados como varones de gran santidad, se escandalizaron cuando en el domingo, en la comida común, les vieron comer como gentes que tenían gran apetito. El sacerdote de la Iglesia adivinó su juicio, y quiso curarlos con su propia experiencia. Les ordenó, pues, un ayuno extraordinario por semanas ; y como los monjes Egipcios se quisieran retirar, les obligó á quedarse y ayunar con los otros. Apenas hubieron pasado dos dias sin comer, cuando ya no pudieron soportarlo más, y les fué permitido comer todos los dias, como hacían los otros cuando aún no se habia ordenado el ayuno, es decir, de pan seco. Al domingo siguiente en cuyo dia todos reunidos comían cosas cocidas, se sentaron á la mesa con los Ancianos, y oprimidos por el hambre que habían sufrido, se arrojaron ávidos sobre

aquello que habia encima ; entonces un anciano les detuvo el brazo diciéndoles : « Comed, hermanos míos, con modestia como deben hacer los monjes. » Pero uno de ellos le replicó diciendo : « Perdonadme, padre mío, pues casi estoy muerto de hambre, no habiendo comido nada cocido en toda la semana. » — « Está bien ! le respondió el viejo, por haber pasado dos días sin comer, vos ya estáis casi muerto, y os habéis escandalizado de que después de haber ayunado todos los días con tanta austeridad, como nosotros acostumbramos hacer, al fin comamos el domingo con apetito ? » Este caritativo reproche confundió estos monjes egipcios. Se humillaron delante de los hermanos, les pidieron perdón de su juicio, y se retiraron edificados de su abstinencia.

Pero, por más rigurosa que fuera esta abstinencia, ellos tenían en consideración las necesidades de los forasteros que iban á visitarlos, y sin dificultad algunas veces adelantaban la hora de la comida para comer con ellos. También les preparaban alguna cosa cocida. Se hallan frecuentes ejemplos de esa caritativa condescendencia en las Vidas de muchos solitarios célebres por su santidad. Cuando las personas piadosas enviaban frutos ó alguna otra cosa á los solitarios, ordinariamente los llevaban al sacerdote quién lo distribuía entre ellos en la asamblea del domingo, ó lo enviaba á sus celdas. Consideraban esta práctica como un modo de consolidar más su unión, y de no tener nada que no fuera común á todos los otros. San Arsenio no habiendo recibido su pequeña porción en una de esas distribuciones, que no habían osado enviarle por respeto, por ser demasiado pequeña, se quejó con su profunda humildad, y dijo que no habiéndole juzgado digno de participar de la caridad de los hermanos, tampoco se creía digno de asistir á la asamblea. También hemos visto en la Vida de San Marcario, que un racimo que se le presentó, circuló por todas

las celdas de los hermanos, enviándolo cada uno por amistad fraternal al otro, hasta que enseguida volvió al mismo Santo. En esta acción se conoce su unión y mortificación. Mas cual sería esta mortificación? De ella leemos ejemplos tan insignes, que se puede decir que su vida era un martirio continuado. Esos fervientes religiosos no cesaban de mortificar el espíritu, el corazón, las pasiones, los sentidos, el cuerpo; en ellos todo estaba sujeto à esa virtud tan formidable à la naturaleza. El espíritu estaba cautivado por la oración y la memoria de Dios à quién ellos siempre tenían presente, aún en el trabajo; el corazón, por la obediencia y el desprendimiento; las pasiones, por la vigilancia sobre sí mismos y la violencia que se hacían para renunciar; los sentidos, por una modestia religiosa; y el cuerpo por largos ayunos, grandes vigiliass y muy rudas maceraciones. Añadamos à eso que el desierto de Scete era un lugar en donde, como hemos dicho en otra parte, no había consuelo alguno humano. Así los solitarios de Scete eran tenidos por los más grandes penitentes de los desiertos de Oriente, tanto de Africa como de la Palestina, de la Arabia, de la Siria, de la Mesopotamia y de las Indias. Ellos no bebían más que agua, escepto el domingo, en que algunas veces se les presentaba un poco de vino en las comidas comunes, y aun muchos no tomaban, y los otros lo hacían tan sobriamente, que se veía bien que no era más que por condescendencia y por no contristar rehusándolo à aquellos que se lo presentaban con un espíritu de caridad. Y lo que era también una mortificación bien difícil de practicar es que allí había poca agua en este desierto; que los hermanos venían por consiguiente obligados à ir à buscarla bien lejos de su celdas con la fatiga que se puede comprender por esta remoción, la cual además despedía mal olor oliendo como à betún. Además, el lugar menos desagradable de este desierto, estaba próximo à una

laguna que estaba llena de mosquitos y de moscas tan gruesas como las abejas, y cuyo aguijón era tan puntiagudo, que parecía la misma piel de los jabalíes; de suerte que además de las incomodidades que se podían hallar en este lugar por la cualidad del terreno y la dificultad de tener agua, se hacía aún menos habitable por la importunidad de esos insectos. Mas, aunque hubiera habido alguna mansión cómoda y agradable en esa soledad, los solitarios no estaban dispuestos á oprovecharse de ella, como lo hemos visto en la Vida de San Macario de Alejandría, teniendo por máxima que no se deben esperar las alegrías del cielo, cuando se han buscado demasiado las satisfacciones de la tierra.

También se podrá juzgar de su mortificación por el cuidado que tenían en hacerse violencia en las cosas que más repugnan á la naturaleza. Un solo ejemplo citaremos aquí entre otros que omitimos para evitar el extendernos demasiado. En una de esas comidas que al domingo hacían en comunidad, un hermano que tenía la petuita, se encontró indispuerto y escupió más de una vez é imprudentemente contra el hábito del hermano que estaba á su lado. Este al momento estuvo tentado de hacerle apereibir de ello, pero bien lejos de seguir su pensamiento, pasó muy lentamente su boca sobre la escupinada diciéndose á sí mismo: O ni siquiera sueñas en contristar á tu herma no con un reproche, ó te comerás eso que tanto te ha horrorizado.

Esos santos solitarios vivían así en un completo desprendimiento de todas las cosas y de sí mismos, dirigiendo todas sus esperanzas hacia el cielo. Por eso practicaban una pobreza tan grande, que se puede decir que nada poseían sobre la tierra. Ellos jamás se quitaban un hábito que no fuera completamente inútil para cubrirlos. Se puede juzgar de la pobreza de sus celdas por el tiempo que empleaban en construir las. En un solo día construían una, y al pri-

mero que se presentaba, sin pena se la cedían con todos sus pequeños muebles. Ellos no cuidaban de otras provisiones que del material de sus obras. Del fruto de su trabajo se alimentaban, y como su frugalidad era extremada, estaban dispensados de proveerse con abundancia, lo que hubiesen sido tentados de hacer, si hubiesen estado más apegados á la vida, ó hubiesen tenido menos confianza en la Providencia.

Al efecto se cita un ejemplo que prueba cuán poco apegados estaban á los bienes de la tierra. Un hombre de consideración llevó á Scete una considerable suma de dinero, y rogó al sacerdote de la iglesia que lo distribuiera á los hermanos que estaban reunidos. El sacerdote, que conocía su desprendimiento, le indicó que los hermanos no tenían necesidad de ello ; pero insistiendo fuertemente este sujeto en que lo distribuyera, para contentarle puso el cesto que contenía ese dinero en la puerta de la iglesia, y en su presencia dijo á los hermanos : « Los que tengan necesidad de dinero, pueden tomarlo : » mas, ninguno tomó. Y aún hubo que ni siquiera lo miraron. Entonces el sacerdote, dirigiéndose á ese caritativo sujeto, le dijo : « Dios ha recibido vuestra ofrenda, tomad vuestro dinero y distribuidlo á los pobres : » Entonces él se retiró muy edificado del desprendimiento de tales religiosos.

Otro fué también á presentar dinero á uno de los Ancianos, que era leproso, diciéndole : Vos sois viejo y estáis enfermo, recibid, pues, esto para subvenir os en vuestras necesidades. » — « ¡ Hola ! le respondió el viejo, há ya sesenta años que estoy enfermo y que Dios por su bondad ha proveído á mi sustento, y vos querriais que yo me privase de los efectos de su Providencia, convirtiéndoos á vos mismo en mi padre nutridor ? » Así se escusó de recibir lo que se le ofrecía.

Hemos dicho que vivían del producto de su trabajo, y

conviene observar que aquellos que vivían en los grandes monasterios, nada de su producto se guardaban particularmente; sino que el abad ó el administrador eran los que lo empleaban al uso de la comunidad. Los que vivían en celdas apartadas, guardaban ese producto para su sustento con el permiso del sacerdote del desierto, ó del consejo de los Ancianos, y por consiguiente con dependencia, no pudiendo hacerlo de otro modo para su sustento; y aquellos que tenían discípulos, hacían lo mismo que el abad ó el administrador de los grandes monasterios. Esta es la observación muy sabia y profunda sobre la historia que hace Bivarío á quién hemos ya citado. Mas, el espíritu de pobreza era siempre tan bien observado, que jamás se habían atrevido á guardar nada sin permiso, como consta por el juicio que San Macario, San Pambon y otros Ancianos emitieron en una asamblea, según San Jerónimo, contra un monje que después de haber fallecido se probó que había muerto propietario, y que sirvió de ejemplo ó todos los solitarios, aun á los del Egipto, como lo hemos dicho en la Vida de San Macario.

Su principal trabajo consistía en hacer cestos, espuestas, fajas para los caballos, etc. Preferían esas clases de trabajo á otros que exigían mayor acción, sea porque estando debilitados por sus ayunos, no tenían bastante vigor para los trabajos más penosos, sea porque haciendo esas obras sentados, estaban menos disipados y trabajando se recogían más fácilmente en Dios. Sin embargo, al tiempo de la siega, se felicitaban por segar, y de ello se ha hablado mucho en sus Vidas, en donde á este objeto se hallan ejemplos de rectitud, paciencia, desprendimiento y caridad muy frecuentes, y todos admirables. Ellos de ningún modo se hubiesen atrevido á comer un grano de trigo sin el permiso del maestro de campo; jamás disputaban sobre el salario; aguardaban la paga en paciencia tanto cuanto

se les exigía, algunas veces ni aún la exigían : tan desprendidos estaban de todo.

Se lee en la *Colección de las Acciones insignes* hecha por el diácono Pelagio, un ejemplo que nos puede hacer juzgar del espíritu de caridad y desprendimiento de esos religiosos. Tres hermanos se habian felicitado para segar un campo muy vasto, pues contenia sesenta medidas de tierra ; más sucedió que al primer dia uno de ellos fué cogido por la fiebre obligándole á retirarse. Los otros dos reunidos convinieron en segar solos todo el campo y dar enseguida á ese hermano el salario de la porción que él habria segado si no hubiese enfermado ; pero, como ese trabajo fuera superior á sus fuerzas, recurrieron á la oración, y Dios les escuchó tan benévolo, que concluyeron todo el trabajo y casi sin pena. Cuando fueron á percibir su salario, llamaron al hermano que habia estado enfermo, á fin de retirar su parte ; mas él la rehusó, alegando que no habia trabajado. Los otros le replicaron que no habia sido por su culpa, y que ellos habiendo pedido á Dios les diera fuerzas para segar su porción de trabajo, con la intención que el recibiera como ellos la paga, Dios los habia escuchado, y por eso habia demostrado que queria que él recibiera su salario lo mismo que ellos. En fin, en vista de esta contestación de caridad, se convino en elevarlo á la decisión de un Anciano de gran reputación, y se le expuso el hecho, alegando cada uno sus razones. Este Anciano, después de haber les escuchado con atención, dijo á uno de sus discipulos : « Id á llamar á todas las celdas, y decid á los hermanos que vengan aquí. » Cuando estuvieron todos allí, les dijo : « Escuchad, hermanos míos, el objeto de una disputa que se ha promovido, y el juicio que se me ha obligado á emitir. » Les detalló cuanto sobre la cuestión se habia dicho delante de él por una y otra parte ; después de lo cual concluyó diciendo que el hermano á quién la fiebre

habia impedido segar, recibiria no obstante la porción del salario que los otros caritativamente le cedían, con la salvedad, que enseguida dispondría de ello como mejor le pareciera. Este hermano se sometió ; pero se retiró derramando lágrimas, como si por esta sentencia pronunciada en su favor se le hubiese ocasionado algún perjuicio.

Nada decimos del orden del oficio, por haber hablado de ello en la regla de San Macario y en las otras dos. Sólo añadiremos que principalmente recomendaban la exactitud á todo trance en acudir á él á la primera señal ; que se consideraba la salmodia y la oración mental como el primer deber y el mayor ejercicio de los monjes, y que siendo eso lo más difícil por razón de la guerra que los espíritus de las tinieblas entonces hacían á los solitarios para hacerles retroceder, los Ancianos no cesaban de escitar á los jóvenes á combatirlos y á no ceder jamás, sea por la negligencia en ir con asiduidad, sea por la disipación del espíritu ó el relajamiento del corazón.

Esta era en efecto la costumbre de esos hombres de oración, orar con las manos elevadas al cielo ; y nosotros vimos que San Macario decía á sus discipulos que para orar bien no era necesario hablar muchos sino que bastaba elevar las manos al cielo con la frecuencia posible. El diácono Pelagio cuenta del abad José, que queriendo enseñar al abad Loth su discipulo, como debia orar, elevó las manos al cielo, y que sus dedos le parecieron como otras tantas lámparas encendidas, y le dijo : « Si lo sabéis hacer bien, vuestra oración será tan fervorosa que quedaréis todo abrasado. »

Ellos recomendaban mucho á los jóvenes religiosos que guardasen su celda y que no salieran de élla inútilmente, ya para aprender el espíritu de su estado, ya para conservarse recogidos y en una disposición siempre próxima á la oración.

El abad Moisés dijo á un joven solitario que iba á pedirle consejos : « Estáos tranquilo dentro de vuestra celda, élla os enseñará todo cuanto debéis hacer. » Otro joven solitario fué un día á encontrar á San Arsenio, y le dijo : « Padre mio, mi espíritu está turbado, viendo que no puedo ayunar ni trabajar, ni servir á los enfermos, no obstante sér esos los medios de merecer las recompensas del cielo, » El santo le respondió : « Volved á vuestra celda, allí comed, bebed, dormid según la necesidad ; y sólo os recomiendo que no salgais de élla sin necesidad ; pues la perseverancia en permanecer en élla muy pronto consolida al religioso en el estado de piedad que debe poseer. » Este solitario se aprovechó del consejo, estándose en su celda. Al tercer día empezó á fastidiarse ; mas habiendo encontrado algunos ramos de palmera se detuvo á cortarlos, y al dia siguiente empezó á construir un cesto. Viniéndole enseguida ganas de comer, se dijo á sí mismo : « Yo quiero arrancar las hojas de la palmera, y después comeré. » Como hubiese ya arrancado estas hojas, en lugar de comer dijo : « Ahora haré un poco de lectura y después comeré. » Después de la lectura todavía dijo : « Más vale que ahora rece algunos salmos, y cuando los habré rezado, será hora de comer, y lo podré hacer con toda seguridad. » Hizo lo mismo durante algun tiempo ; y poco á poco, con la ayuda del Señor, llegó á disipar los pensamientos que la atormentaban y á seguir la regla de los otros solitarios.

La guarda de la celda era, pues, una de las principales recomendaciones que los Ancianos hacian á los jóvenes solitarios. Mas nunca era en perjuicio de los ejercicios comunes, ó de aquello que la obediencia les prescribía ; y una de las mayores máximas era que los jóvenes religiosos jamás se debían conducir por su propio consejo, sino por los de sus padres espirituales ; sin lo cual, ó se les ponía

penitencia, ó se les despedía. Sucedió un dia que un hombre joven habiendo dejado el siglo y tomado el hábito monástico, quiso de momento encerrarse en la celda como un recluso, diciendo : « Yo quiero ser solitario. » Pero los Ancianos que habitaban las celdas vecinas habiendolo oido, lo hicieron salir, y le obligaron á ir á todas las celdas de los otros hermanos diciendo á cada uno : « Perdonadme, os ruego, yo reconozco que no soy solitario y que sólo he abrazado el estado monástico. »

Tampoco se permitía que ningún solitario por su propio consejo se engolfara en un camino de devoción que no hubiese sido trazado por los Ancianos que les habían precedido, por temor que el demonio se sirviera de eso para ilusionarlos, ó que su ejemplo no viniera á ser contagioso ; pues el hombre ama naturalmente la novedad, y tiende á su propio espíritu ; mientras que el espíritu de Dios inspira la humildad, la abnegación de su propio sentido y el amor á la dependencia.

Por esto con frecuencia se probaba la virtud de los religiosos con la humillacion y la obediencia, y sobre todo de los jóvenes solitarios, á quienes siempre se les entregaba por guia un Anciano, al cual estaban obligados de obedecer, y quien los probaba con prácticas humillantes, ó que contradecían á veces su razon, á fin de que se acostumbrasen á hacer doblar su voluntad bajo el yugo de una obediencia ciega. Se ha visto en la Vida de san Arsenio, á que humillante prueba redujo á Juan el Enano, para probar si su vocación era buena.

Esta conducta estaba llena de sabiduría ; y cuando los novicios habían permanecido dóciles á sus padres espirituales durante un cierto número de años, pues no habia tiempo fijo, entonces estaban en disposicion de dirigir á otros en la vida religiosa ; esto hace que se vea en muchos lugares de la historia monástica como una sucesión de

maestros y discípulos. Así San Arsenio, de quien el abad Juan el Enano fué padre espiritual, tuvo también discípulos, quienes á su tiempo lo fueron igualmente de otros. También habían que no dejaban sus padres espirituales hasta que morían, y que se dedicaban á servirles en su vejez con tanto afecto, respeto, y atención que no se puede admirar bastante.

Tampoco debemos omitir que entre los jóvenes solitarios había tan buena costumbre de confesar su culpa y someterse á la penitencia, que esta excelente práctica de virtud les venía como natural todo el tiempo de su vida. Siempre estaban sometidos á la corrección de los Ancianos, y los mismos Ancianos lo estaban á la de los sacerdotes de las iglesias y de la asamblea de los Padres, y con más razón á la del obispo, quien tenía la jurisdicción ordinaria sobre ellos como jefe de todos. Así cuando se reprendía á un solitario, se ponía de rodillas, diciendo. *Yo os suplico me perdoneis, ó: Yo estoy dispuesto á enmendarme.* Y lo más admirable es que igualmente se humillan aún cuando se les hacía alguna injuria. Esta subordinación contribuía muchísimo á conservar entre ellos una buena armonía, puesto que la dependencia evita las divisiones, así como la indocilidad las escita y fomenta. Mas su unión estaba aun más cimentada y más estrictamente asegurada por los vínculos de la caridad: por esta caridad era que ellos se interesaban tanto los unos por los otros, que ellos se auxiliaban y socorrian en las necesidades temporales, y que ellos se escitaban reciprocamente á su aprovechamiento espiritual.

No era grave la culpa en la cual cayó un solitario por un efecto de la fragilidad humana, que movió vivamente el corazón de los otros hermanos hasta hacerles derramar lágrimas, y que los determinó á ayudarle á levantarse, ya dándole consejos saludables, ya fortificándole contra

las nuevas tentaciones, ya fortaleciendo su coraje abatido por el desconsuelo y la desesperación. Hasta en las ocasiones en que los Ancianos se veían obligados á recurrir á medios extraordinarios para corregir á los monjes infractores, nada entraba de humor ni de pasión en su juicio ; ó si alguno se dejaba llevar al efecto por alguna indiscreción de celo, los más cuerdos la moderaban muy pronto con sus prudentes consejos ; y por fin, la intención de todos era hacer arrepentir á los culpables y salvar su alma, cuando la ruina justamente les alarmaba. Esto no se hacía sino cuando después de haber agotado todos los recursos de la caridad, de la dulzura y del celo echaban por fin de sus corporaciones á aquellos cuya inflexibilidad fatigaba la paciencia é inutilizaba la corrección : sólo entonces los separaban como miembros pudridos, por temor que su obstinación viciase á los otros ; mas mientras había alguna esperancilla en estos enfermos espirituales, no cesaban de cuidar su enfermedad como padres y caritativos médicos.

En cuanto á los auxilios temporales, los más jóvenes ayudaban á los ancianos en los trabajos penosos de las comunidades ; pero estos muchas veces por un espíritu de mortificación y una perseverancia constante en la penitencia, no querían permitir que les auxiliasen. Pero su caridad resplandecía aún más en los asiduos cuidados que tenían de los enfermos. Aquellos que se encontraban en los monasterios estaban allí servidos por los enfermeros destinados para eso por el superior, aparte de las atenciones que él les prodigaba en particular ; y aquellos que estaban en las apartadas celdas en el desierto, eran visitados asiduamente por los hermanos, quienes jamás les dejaban solos, se relevaban los unos á los otros, encontrándose á veces muchos reunidos. Allí nada se omitía para mitigar los males ; y cualquiera cosa que ellos hubiesen deseado, se trataba de procurárselo al momento.

Cuenta el diácono Pelagio que un anciano estando enfermo en Scete, manifestó algunas ganas de comer un pedazo de pan tierno. En el desierto no había ; pues allí se acostumbraba hacer provisión de panes pequeños para muchos meses ; más un robusto hermano, viendo el deseo de ese buen viejo, tomó al momento su manto con el cual envolvió un pan seco, y con toda diligencia se fué al Egipto para buscar un pán caliente, que lo llevó enseguida al enfermo. Mucha era la distancia de Sceté á Egipto ; pero su caridad lo hizo volar, y quedaron bien sorprendidos al verle volver con ese pan. El viejo pensando en la fatiga que este hermano habia sufrido para contentarlo, no quería comer el pan : Esto, decía, es la sangre de ese hermano ; pero los otros que estaban cerca de él, le suplicaron lo comiese por amor de Dios, á fin de que el tal hermano no hubiese trabajado inútilmente ; y él se riñó á sus razones.

Ordinariamente se encontraban en gran número al rededor de los enfermos que estaban próximos á la muerte, fuera para socorrerles corporalmente en cuanto pudieran tener necesidad, fuera principalmente para auxiliarlos en lo espiritual. A este objeto se ha dicho que un anciano encontrándose cerca de la muerte, y estando los hermanos reunidos al rededor de él, como le pusieran una ropa mejor que la que tenia, é hicieran eso llorando mucho, abrió los ojos y se puso á reir por tres veces : « Vos veis, le dijeron entonces, que todos nosotros lloramos, porque pues, Padre mio, reis vos ? » — « Yo he reido en primer lugar, les respondió, porque comprendo que vosotros temeis la muerte ; he reido en segundo lugar, porque vosotros no estais preparados para recibirla ; y en fin, he reido, porque ha llegado la hora en que yo voy á pasar del trabajo al descanso. »

Rufino, hablando de los solitarios de Scete, dice que estaban muy aficionados á ezejcer la caridad, no solamente

entre ellos, si que también para con aquellos que iban á su soledad. Pero en cuanto á las mujeres observaban una conducta bien diferente ; pues, si alguna iba á visitar á su hermano ó alguno de sus parientes, era costumbre que no se hablasen sino de lejos.

DEL DESIERTO DE PORPHYRION Y DE CALAMIA ¹

La semeianza de los nombres puede fácilmente hacer confundir dos desiertos que conviene distinguir en la historia monástica. El desierto de Calamia y de Porphyrión y el de Calamón y el Porphyrita. Este se llamaba Calamón el Arsinoïta, por estar en la diócesis de Arsinoa sobre la orilla oriental del Jordán, y el otro al medio dia del desierto de Scete, de que formaba parte, y mucho más lejos que el primero de los países habitados. Tambien en la Palestina había un Calamón, próximo al Jordán, ó sea el monasterio de Calamón, que no estaba lejos de la *laure*² que se llamaba de *Tours* y del cual se hace mención en el *Prado espiritual*. Nosotros hablamos de Calamia de Scete.

Casiano dice que para llegar allí se debían hacer siete á ocho jornadas por un desierto muy extenso, y que los solitarios que allí moraban no se podían dedicar á construir cestas, como los de otros desiertos ; porque estando

¹ Casiano, Cotelier, Tillemont, *Gazeo vitæ Patrum*.

² La *laure* se distinguia del monasterio. En el monasterio se hacía una vida común, mientras que en la *laure* cada uno hacía á parte una vida solitaria, sólo que todas las celdas estaban bajo la dirección de un abad. La primera *laure* parece haber sido fundada por San Charito sobre las orillas del mar Muerto.

tan lejos de las ciudades se les hacía el transporte demasiado caro y penoso, ocupándose la mayor parte en la agricultura y jardinería. Se erree que Calamia y Porphyrión son un mismo desierto, lo mismo que *Petra*¹ del cual se ha hablado en algunos lugares de las *Vidas de los Padres*, por cuanto son considerados como los lugares más recónditos de la soledad de Scete. Estos desiertos eran habitados por monjes que no solo huían del vecindario de las ciudades buscando mayor retiro, si que también las soledades más pobladas de monjes, como era la de Scete, á donde la reputación de los primeros que allí se habían establecido, atrajo tan gran número, que eso mismo fué causa de la relajación que allí se introdujo, y de las revoluciones que insensiblemente arruinaron la observancia monástica. Nada sabemos digno de consideración de los solitarios de esos desiertos.

Se ha hablado en las *Vidas de los Padres*, de un religioso llamado Juan de Calamia, quien por sus virtudes se distinguió entre sus hermanos. Se hizo solitario por las exhortaciones de una hermana mayor que tenia, la cual habiendo vivido desde su infancia en una gran piedad, lo elevó en los mismos sentimientos inspirándole un gran menosprecio de las vanidades del siglo. Ella entró despues en un monasterio de vírgenes, y Juan habiendo abrazado la vida monástica en el desierto de Calamia, vivió allí veinticuatro años sin salir de su monasterio. Su hermana, á quién amaba mucho más por la educación santa que le habia dado, después de tan largo tiempo deséo verle, y le suplicó por muchas cartas que le concediera este consuelo por amor de Jesucristo, antes que élla partiera de este mundo ; pero Juan siempre se escusaba, no pudiéndose decidir á dejar su amada soledad.

¹ Esta Piedra es diferente de la Piedra ó Roca de Troe, de la cual hemos hablada en la Vida de S. Arsenio.

Por fin su hermana le escribió en estos términos: « Si vos no quereis venir á encontrarme, yo me veré obligada á venir á vuestra casa para tener la dicha de saludar¹ á *vuestra caridad*, de lo cual há ya tanto tiempo que estoy privada. » Juan, muy preocupado por esta resolución, temió que si dejaba emprender este viaje á su hermana, los otros parientes no se creyeran en derecho de hacer como élla, y estar molestado por las visitas en su retiro.

Después de muchas reflexiones se determinó á ir á verla, y se fué con dos hermanos de su monasterio á aquel en que ella moraba. Cuando hubo llegado á la puerta, dijo con una voz muy alta para hacerse oír. « Dadnos la bendición, y tened la caridad de recibir á estos peregrinos. » Esto precisamente hizo que su hermana lo entendiera y le abiera la puerta, acompañada de otra sierva de Dios; pero élla nó lo reconoció. No obstante él la reconoció al momento; pero temiendo que ella comprendiera más fácilmente por su voz que él era su hermano, no pronunció palabra dejando hablar á sus compañeros, quienes dijeron á su hermana: « Os rogamos, madre nuestra, que mandeis nos den agua para beber, pues estamos fatigados por el viaje que hemos hecho. » Ella se la presentó con sus propias manos, lo mismo que á su hermano, sin reconocerle, y después que hubieron bebido, hicieron la oración, dieron gracias á Dios y pidieron permiso para volverse á su monasterio. Su hermana no pensando haberlo visto, después de algunos dias renovó sus instancias por otra carta, suplicándole que antes de morir le diera el consuelo de poderle ver, y que viniera á hacer oración en su monasterio.

Juan se aprovechó del viaje de uno de sus compañeros para contestarle, y le mandó esta esquela: « Yo he estado en vuestra casa, por la gracia de Jesucristo, y nadie me ha

¹ Se ve aquí que esta manera de hablar, usada en muchos monasterios de mujeres llamadas de la Visitación, es muy antigua y loable.

conocido. Vos misma habeis salido á la puerta de vuestro monasterio para hablarme ; vos me habeis dado agua : yo la he recibido de vuestras manos : yo la he bebido, y me he vuelto á mi monasterio después de haber dado gracias al Señor. Que os baste, pues, el haberme visto de esta manera, y no me insteis más ; sino rogad sin cesar a Nuestro Señor Jesucristo por mi. »

El autor del *Tercer libro de los Padres de la soledad*, quien nos ha instruido sobre este hecho de la vida de Juan de Calamia, á linea seguida esplica otro, que tiene mucha semejanza con aquel, y que demuestra que las religiosas no cedian en desprendimiento á los religiosos. Pondrémos lo aquí, por más que no se refiera á un solitario del desierto de que hablamos. Había, dice él, un religioso que tenia su hermana en un monasterio de virgenes, en el cual vivia con gran reputación de piedad, y edificaba á toda la comunidad. Habiendo caido enferma, su hermano deseó verla antes que muriese, y se presentó por eso al monasterio. Pero su hermana, á quién se habia hecho anunciar para saber si lo recibiría, de ningún modo quiso permitir que por su causa su hermano entrase en un monasterio de virgenes, y le hizo volver esta respuesta : « Mi más venerable hermano, os ruego que no entreis, contentaos con rogar por mí : yo espero que Nuestro Señor Jesucristo después de la muerte nos hará la gracia de ver nos en su reyno celestial. »

En el mismo desierto de Calamia ó de Porphyrión, moraba un santo abad llamado Pablo, el cual dice Casiano haber sido el más insigne de los antiguos solitarios ; lo que sería un justo motivo de sentir el silencio que los historiadores han guardado sobre sus virtudes, sino supiéramos que hay santos de quienes Dios se há reservado manifestar la conducta admirable que guardaron durante su vida, para el gran día en el cual el libro de la conciencia

de todos los hombres será abierto á los ojos del mundo entero. De este sólo sabemos lo que Casiano nos ha dicho en pocas palabras, quien con su ejemplo condenaba la pereza de los monjes que preferían la ociosidad al trabajo.

« El abad Pablo, dice, que vivía en la vasta soledad de Porphyrión, encontrando en los frutos de una palmera y de un pequeño jardín, lo poco que necesitaba para vivir, y viendo que no podía hacer trabajo alguno con el cual ganara su sustento, por estar más de siete jornadas lejos de toda tierra habitada, y pedirle por el porte de su obra más precio del que hubiese sacado vendiéndola, se impuso no obstante un trabajo, y se obligó tan exactamente á hacer un cierto número de cestas, como si se hubiese habido de ganar el sustento con ello. Después que había trabajado todo el año, y que su choza estaba llena de cestas, les metía fuego y las quemaba. Con eso nos enseñó que era imposible que un religioso morase largo tiempo en el monasterio, si allí no trabajaba con sus manos, y que era tan difícil que sin eso llegase á una virtud perfecta, que hasta cuando la necesidad de vivir no le obligaba al trabajo, no dejase de hacerlo para purificar su corazón, para consolidar sus pensamientos, para perseverar en su celda, y para vencer la pereza. » Hemos visto en otro lugar que este abad Pablo era contemporáneo del abad Moisés, á quien Casiano hace hablar en su primera y segunda conferencia, y quien vivía en su vecindario.

El mismo autor en otra parte habla de un segundo Juan que vivía al tiempo del mismo abad Moisés, pero que es diferente del abad Pablo del cual acabamos de dar algunas notas. Hablaremos de ese Pablo después de los viajes de Casiano.

PARTE TERCERA

SOLITARIOS DEL EGIPTO

VIDA ASCÉTICA DE SAN ATANASIO, DRACONCIO Y SERAPION, MONJES Y OBISPOS ¹

Aun que la jurisdicción del patriarca de Alejandría se extendiera por los desiertos de la Tebaida, de Nitria y de Scete, hemos distinguido esos desiertos de los del Egipto propiamente dicho, que estaban más próximos á la ciudad de Alejandría, de los cuales hablaremos en los capítulos siguientes. Además de los monjes que ocupaban los primeros, gran número estaban en los monasterios y en las ermitas cercanas á esta gran ciudad, y otros vivían dispersados á dos leguas al rededor, y en donde á fines del siglo cuarto casi se contaban mil solitarios. El número no era tan crecido cuando san Antonio se retiró á la soledad. Sólo había algunos, que se consideraban más bien como ascéticos que como monjes, tomando este término en un sentido riguroso. Mas cuando san Antonio hubo alumbrado las profundidades de su desierto por sus eminentes virtudes y por las gracias extraordinarias que Dios le había otorgado, de repente se vió que el estado monástico se levantaba y se extendía en la iglesia como un grande árbol; y bien pronto se vió penetrar el fervor de muchos cristianos hasta dentro de los desiertos más escondidos.

¹ San Atanasio, Sócrates el Escolástico, *Vitæ Patrum*.

didados, y poblarlos casi tanto como lo eran las ciudades.

Tales fueron los efectos de la vida admirable de este Santo, y de las palabras de vida que Dios ponía en su boca para bien de aquellos á quienes la fama de su santidad y de sus prodigios atraía á su montaña. Al fin del siglo cuarto entre Egipto y los desiertos vecinos se contaban ya más de ochenta mil religiosos ; y el número de las religiosas también pasaba de veinte mil, pues ya no había menos en la sola ciudad de Oxyrhynquia.

San Atanasio, ese ilustre defensor de la fé ortodoxa, también por su celo se convirtió no solo en protector, pero hasta en propagador del estado monástico. No se contentó con cuidar de un modo particular de los solitarios de Egipto y del vecindario, y con demostrarles en todas las ocasiones un afecto y una ternura paternales, sino que quiso darles un modelo perfecto escribiendo él mismo la Vida de San Antonio, que llevó también á Roma cuando las cuestiones del Egipto lo llamaron allá ; lo que contribuyó mucho á hacer respetar una profesión de la cual entonces se hacía poco caso, como demasiado singular y nueva.

Esto es lo que aparentemente ha hecho creer á algunos autores que él mismo había abrazado la vida monástica, y que había sido formado en ella por San Antonio ; pero este sentimiento carece de pruebas, y lo que se puede decir es, que fué del número de los ascéticos, ó de aquellos que en las ciudades llevaban la vida religiosa. Y en efecto, cuando después de la muerte de San Alejandro, patriarca de Alejandría, los obispos de la provincia se reunieron con el pueblo católico para darle un sucesor, la multitud con voz unánime gritó pidiendo á Atanasio, quien era un perfecto cristiano y llevaba la vida ascética.

En la Colección de reglas de san Benito de Aniania hay una carta de san Atanasio dirigida á los religiosos, llena de instrucciones excelentes y de una caridad admirable. Y si

él les daba pruebas de su afecto pastoral, los solitarios por su parte lo respectaban y le estaban humildemente sumisos como á su superior, y siempre tenían para él una confianza y una ternura filiales. Jamás encontró mayor seguridad contra las persecuciones de sus enemigos que en sus monasterios ; y ellos le estaban tan adictos, que nunca encontraron dificultad en exponerse á si mismos para salvarle. Sobre eso se puede ver lo que él mismo ha escrito, y lo que hemos dicho en la Vida de san Pacomio y en la de San Teodoro el Santificado.

Por una continua estimación que profesaba al estado de los monjes elevó muchos al episcopado. Entre otros se cita á Draconcio, á quien confió el gobierno de la Iglesia de la pequeña Hermópolis¹ cercana á Alejandría. Este Draconcio era abad de un monasterio, que dirigía con tan gran reputación de santidad, que su elección para el obispado de esta ciudad se hizo por unánime consentimiento ; lo que sucedía rarísimas veces : y aún en esta ocasion muchos paganos prometieron abrazar el cristianismo. San Atanasio tuvo en esto tanto más consuelo, cuanto que estándole unido por los vínculos de una estrecha amistad, esperaba encontrar en él un colega en sus trabajos y en sus combates contra los enemigos de la Iglesia. Pero su regocijo pronto se convirtió en lágrimas, porque Draconcio consideraba la dignidad episcopal peligrosa para el alma, á causa de las grandes obligaciones que cargan sobre élla, y que sus mismos religiosos aumentaron su temor, inspirándole el mismo que ellos tenían. Así Draconcio protestó diciendo que si lo consagraban obispo, jamás iría á su silla ; y apenas fué consagrado que huyó, y se escondió.

San Atanasio le envió á *Hyerax*, sacerdote y después confesor, con Maximo, lector, para persuadirle que vol-

¹ La *Hermópolis Parva*, cercana al lago Maréotis y sobre el canal de Alejandría, hoy es conocida por *Damanhour*.

viera. Le escribió una carta de las más conmovedoras, en la cual le llamaba muchas veces su amado Draconcio, y le destruía todos las razones que alegaba para renunciar el cargo de la iglesia que le había confiado.

« Qué os debo decir? dice. Me compadeceré de vuestra renuncia, ó diré que vos considerando las circunstancias presentes os retirais por temor? Pero cualquiera que sea el motivo que tengais, yo no puedo, mi querido Draconcio, dejar de sentir vuestra conducta. Vos no veis que continuando retirado, esa unión tan poco estendida que vuestra elección á producido se romperá, si se hace venir á otro; vuestra iglesia por eso correrá peligro de ser presa de los malos (esto es de los arrianos), y los paganos que han prometido hacerse cristianos, paganos se quedarán. Qué excusa podreis vos alegar? qué remedio pondreis á tantos males? Oh mi amado Draconcio, vos nos habeis puesto en aflicción, en lugar de la alegría y del consuelo que esparábamos de vos. »

« Vos debeis saber, añade, que antes de vuestra ordenación erais vuestro, y que ahora sois de vuestro pueblo; que ese pueblo os pide la nutrición en la doctrina de las santas Escrituras; y, que si vos os alimentais solo, cuando Nuestro Señor Jesucristo os vendrá á juzgar, no tendreis excusa alguna legítima por haber dejado morir de hambre á su grey. »

Después de muchas razones que opuso á las de Draconcio, le hace presente que debia mostrar tanto más celo y coraje por la Iglesia, cuanto que se hacían mas terribles las circunstancias del tiempo; que la inspiración de dejar el ministerio episcopal era mala é injusta; que esto era menospreciar al Salvador que lo habia criado; que si todos hubiesen tenido los mismos sentimientos, él jamás hubiese sido cristiano; y que si aquellos que vendrían después tuvieran los mismos pensamientos, las iglesias no subsistirían más.

Cita en seguida el ejemplo de los profetas Moisés, Jere-

mías, Jonás quienes, convencidos de su incapacidad, se excusaron al principio, pero luégo se sometieron: « El Señor, dijo, os conoce mejor que vos mismo. El sabe á quien confía sus iglesias. Aquel que no sea digno, no debe mirar su vida pasada, sino su ministerio, por temor de añadir á sus pecados la maldición de su negligencia. » Pero para convencerlo más con ejemplos más á propósito, le nombra muchos solitarios que habian sido hechos obispos y que cumplan perfectamente con su ministerio. « Vos no sois el único entre los monjes, le dijo, que ha sido ordenado ni el único que ha gobernado un monasterio y ha sido querido de los monjes. Vos sabeis que Serapión és monje y de cuantos monjes ha sido superior. Vos no ignorais de cuantos otros Apolon ha sido padre, vos conociais á Azatón, Aristón, Amonio. Vos tal vez habeis oido hablar de Muita, de Pablo, de Latos y otros muchos. Ninguno de estos ha renunciado á su ordenación, y no obstante ninguno por eso ha sido peor; al contrario, todos ellos esperan la recompensa de sus trabajos. Cuántos idolatras no han convertido? A cuantos no han sacado de sus diabólicas costumbres? Cuantos servidores no han conquistado para el Señor? Ellos han persuadido la virginidad á las jóvenes y la continencia á los jóvenes.

« No creais, pues, á los que os dicen que el episcopado es una ocasion de pecar, vos podeis, siendo obispo, aguantar el hambre y la sed como Pablo, y no beber vino como Timoteo. Nosotros conocemos obispos que ayunan, y monjes que comen; obispos que no beben vino, y monjes que beben; obispos que hacen milagros, y monjes que no hacen. » En fin, san Atanasio concluyó incitándole á volver cuanto antes, porque se acercaba la fiesta de Pascua; y le dijo que primeramente pasara por su casa como único amigo querido, para pasar enseguida á su Iglesia.

Draconcio no puelo resistir á una carta tan concluyente,

y á las sólidas razones que contenía. Se volvió á su iglesia como el santo patriarca le habia indicado, y tuvo el consuelo de satisfacer al mismo tiempo sus atracciones por la vida solitaria, por el vecindario del desierto de Nitria que formaba parte de su diócesis. No obstante gobernó su iglesia con tal vigilancia y celo, que respondió perfectamente á las esperanzas de san Atanasio. Sostuvo la fé hortodoxa contra los arrianos con una firmeza inquebrantable; estuvo asociado con los obispos católicos que tuvieron el honor de sufrir el destierro por la causa de Jesucristo. El lugar de su destierro fué el castillo de *Teodate*, en el desierto próximo á Elysmá, villa sobre la orilla del már rojo, á tres jornadas de Babilonia. Aquí fué donde recibió la visita del gran Hilarión, como lo refiere san Jerónimo en la Vida de este santo; lo que le sirvió de gran consuelo. También aquí mismo los monjes de Nitria le mandaron la carta de san Teodoro el Santificado, superior de Tabenia, en la cual le decía que la persecución de los Arrianos á no tardar, concluiría. Luégo asistió al concilio que san Atanasio con san Eusebio de *Verceil* convocó en Alejandria, en 362. Esto es cuanto sabemos de Draconcio, gran religioso y gran obispo.

En cuanto á los obispos venidos de la soledad que san Atanasio le propone como modelos en su carta, casi nada sabemos, escepto de Serapión. Este habia sido amigo particular de san Antonio, y habia aprendido cerca de él las máximas de la vida religiosa, lo que le hizo muy capaz para enseñarlas enseguida á los otros. También fué superior de muchos monjes, siendo una de las más brillantes lumbres de los desiertos del Egipto; pero no conviene confundirlo con Serapión, abad en el territorio de Arsinoa, de quien en otra parte hemos hablado.

A las gracias particulares conque Dios le habia favorecido, unió un espíritu claro y muy elocuente; lo que, á

juicio de San Jerónimo, le mereció el sobrenombre de *Escolastico*, esto es, de sabio.

San Atanasio, que conocía su raro mérito, y que jamás despreciaba las ocasiones para dotar las iglesias de excelentes pastores, en unos tiempos en que más que nunca había necesidad de ellos, no consintió que sus talentos estuviesen por más tiempo ocultos en el recinto de sus monasterios. Lo consagró obispo en el Bajo Egipto, y bien pronto tuvo motivo de felicitarse por tal elección. A más de la estrecha amistad que siempre tuvo con él, se había formado tan grande idea de la rectitud de su espíritu y de su juicio, que en los asuntos más importantes de la Iglesia siempre tomaba su consejo, y hasta sometía á su censura sus propios escritos. Serapión no se contentó con velar sobre la diócesis que le estaba confiada: viendo que la malicia de los arrianos por todas partes atacaba á la Iglesia, y que no cesaban de perseguir á San Atanasio por su reputación y con las calumnias acerca de su valimiento en el siglo, emprendió varios viajes para defenderlo, y con él la causa de la fé. Pasó á la Iliria para asistir al concilio de Sardiquia, y otra ocasión también fué á Italia por el mismo objeto, delante del emperador, enfrente de otros cinco obispos y de dos sacerdotes de la Iglesia de Alejandría.

Su adhesión á la fé y á san Atanasio, le hizo tan odioso á los arrianos, como amado por los buenos católicos; lo que fué causa que fuese del número de aquellos que fueron echados de sus sillas y desterrados bien lejos de su país. Mucho sufrió por parte de sus perseguidores, si se ha de juzgar por el modo como trataron á los otros; pues les cargaron de cadenas y les apalearon de mala manera; pero él por sus sufrimientos mereció el título glorioso de confesor de la divinidad de Jesucristo.

Pero su destierro no resfrió su celo. Continuó velando para preservar al pueblo de Jesucristo de los errores con

los cuales el demonio se esforzaba á infectarlo por el órgano de los herejes. Escribió contra los maniqueos la única obra que nos queda de cuantas compuso. Fué de los primeros que, en Egipto, descubrieron el error de Macedonio, que sus discípulos trataban de propagar por ahí, y escribió por esto á san Atanasio para exhortarle á tomar la pluma contra los nuevos enemigos del misterio de la Trinidad. No hay motivos para creer que viviera largo tiempo después que recibió los tres escritos en forma de cartas que san Atanasio le dirigió sobre la divinidad del Espiritu Santo, que Macedonio combatía, pero no se sabe ni el año ni el día de su muerte. Sócrates nos ha conservado esta hermosa sentencia que él le atribuye: *El espíritu se purifica con la ciencia de las cosas espirituales, el alma con la caridad, las pasiones con la abstinencia.*

VIAJE DEL BIENAVENTURADO JUAN CASIANO Y DEL ABAD GERMAN ¹

Los viajes que el bienaventurado Juan Casiano hizo con el abad German en las soledades del Egipto y de los desiertos vecinos, nos dan grandes luces para conocer las virtudes de los santos habitantes de estos lugares, y no sabríamos negarle aquí un lugar preferente, por más que no lo consideremos como uno de ellos, puesto que se propuso menos ser del número de ellos, que instruirse con sus ejemplos y con sus coloquios sobre la perfeccion religiosa. La relación que sobre eso ha hecho, ya en sus libros de las *Instituciones* ya en sus *Conferencias*, si se prescinde de

¹ Casiano, Sozomeno, Gacæo, Hólstenio, los Bolandistas, Tillemont *Bulleau*.

algunos errores que sin contumacia sostuvo, pues que fué antes de la definición de la Iglesia, su relación edificó, digo yó, á los fieles; y se puede ver en la colección de sus obras, comentadas por el docto Gazeo, la reputación que le adquirieron, tanto entre los sabios como entre los Santos.

Es difícil puntualizar cual fué su patria. Holstenio creyó que era originario de la Provenza. El antiguo Breviario de San Victor de Marsella lo hace oriundo de Ateras, á juicio de *Bulteau*, quien añade que no se puede dudar que más bien fuera de *Scythópolis*, ciudad episcopal de la Palestina, donde otro Casiano vivió después; pues desde su juventud, y como él dice, *desde su infancia*, él fué elevado en un monasterio de la misma provincia. Otros han creído que era de Constantinopla; pero la opinión más probable es la de Genadio, que lo hace Scita de nación. Por tanto conviene confesar que la conjetura de *Bulteau* parece la más fundada por el retiro de Casiano á un monasterio de la Palestina, en una edad muy difícil de creer que hubiese venido de la Scitia, ó de las Galias, ó de Constantinopla, á no ser que se dijera que habiendo ido á visitar los santos lugares con sus parientes, se hubiese que dado en este monasterio para abrazar la vida religiosa.

Sea como quiera, entonces á lo más podía tener quince años, según dicen los aseclas de Bolando. El monasterio en donde se retiró estaba en Bellehem, diferente del de san Jerónimo, y mucho más antiguo.

Sus padres eran muy piadosos, y no se olvidaron de darle una educación conforme á la virtud que ellos practicaban. Se ignora sí aprendió las letras humanas en su casa, ó en el monasterio. Pero es muy probable que las aprendiera en el mundo, no pareciendo muy conforme que se ocupara en leer los autores profanos, y sobre todo las fábulas de los paganos y los combates de sus pretendidos héroes, en una casa que no era más que escuela de virtudes.

Esto aun parece más razonable por aquello que él dice en un lugar de sus *Conferencias*, en donde se queja que á más de las misérias interiores que le eran comunes con todas las personas débiles, tenía un cierto obstaculo de su salud, que era ese conocimiento, aunque insignificante, como él dice por modestia, que habia adquirido de las letras humanas. « La continua lectura de los autores profanos, decía al abad Cheremón, á que nuestros maestros en otro tiempo con tanto empeño nos obligaron, llenaron de tal modo mi espíritu, que estando infectado y poseido por estas ideas, sólo se ocupa de las fábulas, de los combates, y otras bagatelas con que yo me he entretenido durante mi juventud. Por eso cuando yo me ocupo en la oración, ó canto salmos, ó gimo delante de Dios por mis pecados, al momento los versos de un poeta me vienen al pensamiento, ó las imágenes de los combates de esos héroes de las fábulas se me representan, y mi imaginación se llena de tal suerte de esos fantasmas; que mi alma no se puede elevar á Dios, ni los puede echar de sí con las lágrimas que derrama todos los dias. »

En este monasterio de Palestina fué donde con el abad German recibió los primeros elementos de la vida religiosa; y después decía al abad Joseph, « que desde su tierra habia aprendido de los grandes servidores de Dios que la habitaban, á concebir altas resoluciones, y que inspirándole el amor á sus virtudes, habían escitado en su alma una ardiente sed de llegar á ser perfecto en la vida espiritual. »

Este abad Germán era su próximo pariente, ó, más cierto, de su mismo pais. La caridad los unió más que la sangre, y su inclinación á la virtud los estrechó tan fuertemente, que se decía de ellos que eran una sola alma en dos cuerpos; y la excelente conducta que ambos guardaban en el monasterio los hizo querer muchísimo por sus superiores y por los otros religiosos. Mientras que así se

ejercitaban con fervor en los deberes de su estado, el abad Pinufio, quien, como diremos en su lugar, gobernaba un gran monasterio cerca de Panefisa en Egipto, estando retirado secretamente para llevar una vida más solitaria, se presentó á ellos, donde no pensaba ser conocido, y permaneció en su celda. Pero habiendo sido muy pronto descubierto, y obligado á ir á tomar de nuevo el gobierno de sus religiosos, eso les hizo pensar en hacer el viaje de Egipto, con el propósito de ver por sí mismos la vida que llevaban los cenobitas y anacoretas que allí habia en gran número, y aun de penetrar en los desiertos mas remotos de la Tebaida y de Scete. Casiano podia tener entonces veinticinco ó treinta años, como lo conjetura Tillemont, y Germán tendría unos pocos más.

Ellos no pudieron ejecutar su proyecto sin el permiso de su superior, quien al principio se opuso, como también los religiosos del monasterio, por quererlos con ternura á causa de su virtud. Consintieron por fin, á condición de que volverían lo más pronto posible; á lo que no se atrevieron á replicar por temor de contristarles, y de ello dieron palabra en presencia de todos los hermanos y delante de Jesucristo quien de ello fué testigo, y en la misma cueva donde habia nacido; con la esperanza, como luégo dice German al abad Joseph, que á su regreso podrían mas fácilmente practicar lo que habian aprendido en su viaje.

Partieron, pues, de Siria, y después de una larga navegación, llegaron á Tenesia, ciudad de Egipto. Cuanta Casiano en sus *Instituciones*, con que caridad fueron recibidos de los solitarios. « Cuando hicimos, dice, nuestro viaje de Siria á Egipto para instruirnos en las máximas de los ancianos solitarios de aquellos lugares, nos admiramos de la alegría y bondad conque por todas partes se nos recibía. Allí no se observaba lo que hemos visto en todos los monasterios de la Palestina, en donde no se hace comer á

los hermanos que van á verles hasta que ha llegado la hora de comida. Allí, esceptuando los miercoles y viernes, que son dias sagrados, se rompía el ayuno en todos los lugares á que íbamos, luégo que nosotros habíamos llegado. » Hablando de la disciplina monástica de los solitarios de Egipto, haremos ver la razón muy sabia de esta práctica.

Encontraron á Tenesio Archesio, obispo de Panefisa, quien había ido allí para la elección de un obispo, y quien, habiendo conocido sus designios, les dió todas las pruebas de caridad la más tierna, y él mismo quiso conducirlos á las celdas de algunos.

« Venid, les dijo, venid y pasaremos á ver algunos santos viejos que moran no muy lejos de nuestro monasterio. Vosotros admiraréis unos hombres en cuyos cuerpos todos encorvados está retratada la vejez, y en cuyos rostros brilla de tal modo la santidad, que su sola vista es una gran instrucción para aquellos que les miran. »

« Como este santo obispo nos hubiera hablado así, dice Casiano, tomó un baston y un pequeño saco, según la costumbre de los solitarios de aquellos lugares cuando se ponian en camino, y nos condujo él mismo á su ciudad episcopal. »

Los introdujo en su monasterio, pues no habia dejado su profesión de monje, por más que se le hubiese en cargado el gobierno de la Iglesia de Panefisa, y los condujo sucesivamente á las celdas de los abades Cheremont, Nesteros, y José. El primero les habló en tres conferencias de la perfección, de la castidad, y de la protección de Dios. El abad Nesteros á quien vieron después que á Cheremont, les habló de la ciencia espiritual y del don de milagros; y el abad Joseph que vieron enseguida, discursió con ellos sobre la amistad, la estabilidad, y sobre los votos de los religiosos.

Casiano hablando de la ciudad de Tenesia, donde desembarcó al llegar de Palestina, dice: que sus habitantes están

tan asediados por el mar y el agua salada de algunas estanques que les rodean, que no teniendo tierra que puedan cultivar, están obligados á ocuparse enteramente en el comercio. Ellos recogen, añade, todo cuanto les sirve para el comercio que tienen sobre el mar, y no teniendo tierra para edificar, se ven obligados á hacerla traer por los buques. »

Lo que dió ocasión al abad Joseph para hablarles sobre la amistad fué que habiéndoles preguntado si eran hermanos, le respondieron que sólo lo eran en espíritu, y que después de su conversión habían estado siempre inseparablemente unidos, ora en el monasterio, ora en las peregrinaciones, que habian emprendido, con el propósito de adelantarse en la vida interior y espiritual. Por este motivo les dió las reglas santas de caridad que se deben guardar para hacer las amistades verdaderamente cristianas y religiosas.

La conferencia duró hasta la noche, é impidiéndoles el silencio de la noche entretenerse por más largo tiempo, ese venerable anciano los condujo á una celda separada para tomar allí algun descanso. « Pero, dice Casiano, el fuego que sus santos discursos habian encendido en nuestros corazones, haciéndonos pasar la noche sin dormir, hizo que saliéramos de allí muy de mañana, y habiéndonos alejado cien pasos, nos sentamos en un lugar muy retirado, en donde las tinieblas de la noche unidas á la soledad nos dieron lugar á abrirnos mutuamente nuestro corazón con entera libertad. »

Apenas se hubieron sentado, cuando al abád Germáu dando un profundo suspiro, tomó la palabra, diciendo á Casiano: « Hola ! mi querido Casiano, que hacemos ? A que estamos reducidos ? Por todas partes nos vemos rodeados de un peligro inminente, pues todo lo que aquí aprendemos por las acciones y los discursos de esos santos anacoretas, nos demuestra bastante aquello que sería mejor para nuestra salud, y la palabra que hemos dado á nuestros

superiores al salir del monasterio, no nos permite realizarlo. Siguiendo el ejemplo de esos ilustres Santos, fácilmente nos podríamos formar en la virtud y en la perfección, sino estuviéramos obligados á cumplir la promesa que hemos hecho de volver al monasterio; pues una vez que hayamos entrado en él, ya no se nos permitirá volver á este lugar. Y si por otra parte queremos permanecer aquí para satisfacer este vivo deseo que sentimos, vendrá la promesa que hemos hecho á nuestros superiores para obligarlos á permitirnos hacer una pequeña ruta por aquí, asegurándonos que volveríamos bien pronto al monasterio, y que sólo de paso veríamos los solitarios de esta provincia? »

Estas reflexiones los metieron en una grande inquietud. Por una parte hubieran querido permanecer entre aquellos santos solitarios, cuyos ejemplos y discursos los animaban poderosamente; mas por otra se encontraban atados por la promesa que habían hecho á su superior y á los religiosos de su monasterio de volver allí dentro poco tiempo.

En vista de esta promesa, « acusémonos á nosotros mismos, dijo Casiano, de haber tenido muy poca resolución y firmeza, y de no haber podido vencer ese pudor que no nos permitía resistir á las súplicas de aquellos que nos conjuraban á volver cuanto antes, sin considerar que la promesa que hacíamos podía ser contraria á vuestros desig-nios y á nuestra salud. » En estas perplejidades, Casiano dijo á Germán que no había medio más espedito para salir del paso que pedir consejo á aquel santo anciano y declararle sus deseos. « No dudeis, mi querido Germán, le dijo, que Dios hoy nos dispensará esta gracia por la boca de su servidor para recompensar sus méritos y el ardor de nuestra fé. » Al abad Germán le gustó mucho esto que dijo Casiano, y aguardaron la vuelta del santo viejo á la hora de la oracion de la noche, que ya estaba bien próxima, lo que demuestra que ellos permanecieron todo el dia en esta cel-

da; y luégo que hubo llegado el abad Joseph, y juntos hubieron rezado el número de solmos ordenado. tomaron por silla aquello que les había servido de cama durante la noche, proponiéndole su dificultad.

El buen viejo observando alguna tristeza en su rostro; pensó que sufrían alguna pena interior y acercándose á ellos, les dijo estas palabras del patriarca José; *Por que vuestro rostro hoy está más triste que de ordinario?* « Ah, padre mio, respondió el abad Germán, nosotros siempre habíamos esperado que volveríamos á nuestro monasterio llenos de alegría de haberos visto, y colmados de bienes por haber escuchado vuestros sabios discursos, y habíamos creído que después de nuestro regreso, podríamos practicar fácilmente en nuestro monasterio aquello que hubiésemos aprendido en nuestro viaje; pero es el caso que el amor que profesábamos á nuestros superiores nos hizo comprometer, pensando que en nuestra casa podríamos imitar sin dificultad lo que de vos hubiésemos aprendido. Así habiendo esperado que nuestro viaje solo nos podría dar una extrema alegría, encontramos en él motivo para un dolor que nos consume. »

Le esplicó enseguida la solemne promesa que habían hecho al partir de su monasterio, de volver pronto á él, y como por eso se encontraban oprimidos por dos lados; por el uno se veían obligados á cumplir su promesa; y por el otro sentían que cumpliendo se privarían de la compañía de los solitarios de Egipto, cerca de los cuales esperaban aprovecharse mucho.

El abad Joseph permaneció algun tiempo sin hablar; pero saliendo de su silencio les dijo: « Estais bien seguros que este lugar contribuiría mucho á vuestro progreso en la piedad? » — « Ah! Padre mio, respondió el abad Germán, aunque nosotros estamos muy agradecidos á aquellos ilustres servidores de Dios, que desde nuestra juventud nos

han enseñado á concebir altas resoluciones, y que, inspirándonos el amor á sus virtudes, han excitado en nuestras almas una sed ardiente de llegar á ser perfectos en la vida espiritual ; sin embargo, si en eso se nos puede creer, ninguna comparación hallamos entre aquello que hemos aprendida allá, y esto que aprendemos aquí. Y no hablo de la vida que vos practicais ni de vuestra conducta que es laudable, y que no atribuyo solamente á la severidad de vuestro instituto y á vuestra firmeza ; más aun á la ventaja que se halla en estos lugares. Esto es lo que nos hace creer que para imitar vuestra perfección no nos basta aprender á lo lijero estas excelentes instrucciones que vos nos dais, sino que aun tenemos necesidad de recursos que este lugar nos ofrece, y de permanecer entre vosotros. »

El abad Joseph sobre eso les hizo un discurso que dió motivo á la decima septima conferencia de Casiano, en la cual, después de haber dicho que es una cosa muy justa y conforme el estado religioso el cumplir aquello que se ha prometido, trata de probarles que creyéndose en peligro de permanecer en un perpetuo tedio si volvian á Belén, serían excusables y aún dignos de alabanza sino cumplieran su promesa. Con esta decisión les persuadió á quedarse en Egipto, en donde en efecto permanecieron siete años enteros. Pero no por eso desaparecieron sus escrúpulos, y después de este tiempo volvieron al monasterio para pedir un nuevo permiso, y en este intervalo no se descuidaron de escribir á su comunidad para excusar su ausencia y la tardanza en volver.

Del desierto de Panefisa pasaron el Nilo y entraron al territorio de Diolque, aldea situada cerca de una de las siete desembocaduras de este rio. « Nosotros somos, dijo Casiano, como esos mercaderes que andan abrasados por el deseo de enriquecerse ; y luego que supimos que en estas regiones había muchos y muy célebres monasterios,

que los más ancianos de los anacoretas habían fundado, nos embarcamos con la esperanza de aprovechar más aquí que en ninguna otra parte. » Ellos vieron sucesivamente en este desierto al venerable Piamón que era el más viejo de los anacoretas de Diolque y el sacerdote de su iglesia; á Pablo, superior de un monasterio habitado por más de doscientos religiosos, de cuyo número era el venerable Juan; al abad Pinufio á quien habían conocido en Belén, y al abad Abraham: Casiano en sus conferencias hace hablar à todos estos solitarios. Piamón les habló sobre tres clases diferentes de religiosos; Juan de propósito les habló de un cenobita y de un solitario: Pinufio, de la penitencia; por fin, el abad Abraham, de la mortificación.

La conferencia del abad Piamón les había inspirado tan grande amor para la vida de los anacoretas, que resolvieron ejercitarse en élla, y aunque el venerable Juan, que vieron enseguida en el monasterio del abad Pablo, en un coloquio que tuvo con ellos, hubiese dado la preferencia à la vida cenobítica, ni su ejemplo ni su exhortación pudieron impresionar su corazón como lo habían hecho las palabras del abad Piamón. Así empezaron á aprender bien las reglas de la vida eremítica bajo su dirección; y uno de los más perfectos solitarios de este lugar llamado Arquebe, les cedió su celda con todos los pequeños muebles que contenía, y se fabricó una en otro lugar.

El desierto de Diolque era una mansión muy molesta à la naturaleza; allí se necesitaba gran coraje para sufrir las incomodidades; y Casiano y Germán no permanecieron en él sin sufrir grandes tentaciones. Una de las más molestas y delgadas que tuvieron que combatir fué el deseo de volver à su país, y à la casa de sus padres. Casiano hace de ello detallada relación en los siguientes términos, que nosotros anotamos con gusto, para demostrar cuales son algunas veces las astucias del maligno espíritu para retraer

de sus buenas resoluciones las almas que se consagran á Dios en la religión.

« Nosotros, dice, todos los días estábamos extraordinariamente atormentados por el deseo de volver á nuestro país y ver de nuevo á nuestros padres. El recuerdo de su piedad nos fortificaba mucho en este designio, y nos persuadía que ellos jamás nos impedirían realizar las santas resoluciones que habíamos tomado. Aún creímos que su conversación, muy lejos de dañarnos, nos podría servir, y que no nos veríamos embarazados por el cuidado de todas las cosas temporales, porque sabíamos que ellos gustosos nos darían con abundancia todo cuanto nos fuera necesario.

También nos representábamos la vana alegría que recibiríamos por la conversión de muchas personas que nos prometíamos mover con nuestro ejemplo y con nuestros consejos. Nuestro espíritu nos representaba sin cesar ¹ la posición y hermosura de aquel país donde nacimos, y que era la antigua herencia de nuestros mayores. Nada nos parecía más propio para una santa soledad, pues, además de haber allí todo lo necesario á la vida, un solitario debía hallar su consuelo en el secreto y en el silencio de los bosques. »

Agitados, pues, por estos importunos pensamientos, fueron á descubrir su tentación al abad Abraham, quien les hizo conocer toda su ilusión en el coloquio que tuvo con ellos sobre la mortificación, que forma la última conferencia de Casiano. « Nos hizo ver claramente, dice, que estos pensamientos, que el diablo había inspirado en nuestro corazón, eran lazos con los cuales nos quería hacer caer, y nos inflamó en el deseo de una verdadera mortificación. » Este deseo no era estéril entre ellos. Llevaban en efecto una vida muy dura ; pues, además de ganar su sustento con el trabajo de sus manos, estaban obligados á ir á bus-

¹ Holstensio se sirve de este lugar para establecer que Casiano era de Provenza.

car el agua sobre sus hombros á tres millas de su celda. Andaban descalzos, é iban tan pobremente vestidos, que confesaron al abad Abraham que se hubiesen avergonzado de presentarse en este estado á sus parientes.

Bulteau ha creído que antes de pasar á Diolque habian visto al abad Pinufio ; pero lo más conforme al texto de Casiano es que volvieron á Panefisa, en donde él moraba, para verlo ; y esta es la opinión de Tillemont fundada en que de allí pasaron á Scete. Asi, habiéndose informado con gran cuidado del lugar de su permanencia, se le presentaron, quien los recibió con alegría y con una humildad toda singular. El los consideró como sus antiguos compañeros de domicilio y de celda, y en cambio, les quiso ceder la suya. Allí oyeron aquellas excelentes instrucciones que en plena asamblea dió á un joven hermano que queria abrazar la regla de su monasterio, la que relataremos á su tiempo ; y los emocionaron de tal modo las máximas de perfección que él esplicó, que casi habian perdido la esperanza de poder llegar jamás á ponerlas en práctica. Esto es lo que dió ocasión al abad Pinufio, á quien declararon su pena, de hablarles del fin de la penitencia. Este santo abad enseguida les excitó mucho á que se quedasen en su monasterio ; pero ellos se excusaron con el deseo que tenian de ir al desierto de Scéte, á donde la reputación de los santos solitarios que allí moraban, los atraía mucho : por esto él no se quiso oponer más á tal resolución.

Se presume que Casiano y Germán, fuera yendo de Tennesia á Pane fisa, fuera durante su permanencia en Diolque, visitaron á san Isidoro de Pelusia, quien no estaba muy lejos de allí. Este santo y celoso defensor de san Juan Crisóstomo era demasiado célebre para no excitar la piadosa curiosidad de nuestros dos viajeros, quienes sólo buscaban ver los hombres célebres de la soledad para que los edificasen. La conformidad de sus sentimientos en favor de

san Juan Crisóstomo aún les hizo aficionar más; pero nada sabemos con seguridad sobre esta visita. Entre las cartas de san Isidoro se hallan algunas dirigidas á Casiano y otras á Germán; pero ninguna prueba hay que el Casiano á quien fueron escritas sea el de quien hablamos. En cuanto á Germán sépase que aquel á quien Isidoro escribió era hombre de guerra, y no monje.

Hay quienes creen que después de haber pasado siete años en Egipto volvieron luégo al monasterio de Belén, desde donde poco tiempo después fueron á Scete; pero es muy probable que de Diolque pasaron á Scete, de donde después de algún tiempo volvieron á Palestina, estableciéndose enseguida en el mismo desierto, hasta el tiempo de las perturbaciones que allí causó una carta pascual de Teófilo de Alejandria, la cual seguramente fué la causa de que ellos salieran para ir á Constantinopla. Esta es la opinión que seguiremos en lo que nos resta decir de su historia.

Pasaron, pues, al monasterio de Scete después de haber permanecido algunos dias en el monasterio del abad Pinufio, y allí adquirieron un conocimiento más completo de la vida solitaria, que ya habían comenzado á practicar en el desierto de Diolque. La abstinencia que allí practicaban era tal, que no consideraban á un solitario bastante sobrio cuando en un dia se comía dos panes de seis onzas cada uno.

Entre los más célebres solitarios que tuvieron la dicha de visitar, vieron principalmente a Moisés, Paphnufio, Daniel, Serapión, Teodoro, Serenio, Isaac y Teonas. Casiano atribuye sus diez primeras *Conferencias* á los siete primeros, y las veintiuna veintidós y veinte tres á Teonas.

Las conferencias que tuvieron con Moisés, Paphnufio, Daniel y Serapión, se deben relatar en su primer viaje á Scete; y en el segundo, las de los abades Teodoro, Serenio Isaac y Teonas. El abad Moisés á propósito les habló

de un solitario y de la discreción ; el abad Paphnuſio, de la triple renuncia de un solitario ; el abad Daniel, de la guerra de la carne contra el espíritu ; el abad Serapion, de los pecados capitales ; el abad Serenio, de la volubilidad del alma, de los principados y de las potestades invisibles ; el abad Isaac, de la oración ; el abad Teonas, del ayuno, de los obstáculos exteriores de la santa comunión, y de estas palabras de San Pablo en su Epístola á los Romanos, capitulo 7 : *Yo no hago el bien que quiero, pero hago el mal que no quiero.* Los propagandistas del Bolandismo no se atreven á decidir si fué en su primera ó segunda permanencia en Scete cuando tuvieron la conferencia con el abad Teodoro sobre la muerte de algunos santos ermitaños, que los Sarracenos habían despedazado.

No estuvieron con tanta constancia en el desierto de Scete, que no recurriesen también otros desiertos vecinos. Visitaron al abad Maqueto, que moraba en un lugar muy apartado de los otros solitarios ; pero Casiano no dice cual era aquel lugar. Penétraron hasta la mansión de Pablo de Porpbyrión, que la tenia en una caverna distante siete jornadas de los países habitados. Fueron también al desierto de las Celdas, y á los de la Alta-Tebaida, pues Casiano habla del gran monasterio de Tabenia ; mas se ignora si fué en el primér ó segundo viaje que hicieron.

Por fin, habiendo transcurrido siete años desde su partida de la Palestina y no satisfaciendo el deseo que estos religiosos tenian de verlos de nuevo, las cartas que habían escrito á los religiosos de su monasterio, en las cuales les prometian volver, regresaron á Belén, fuera para cumplir su promesa, fuera para obtener su dispensa y un nuevo permiso para volver á Scete. Rindieron, pues, á los ancianos de su monasterio el honor que les debian ; encendieron en el corazón de aquellos á quienes no habían podido satisfacer con sus cartas, la antigua caridad que

habían tenido por ellos; y estando enteramente libres del escrúpulo que les hubiera podido causar su promesa, por un permiso que obtuvieron para volver á Egipto, fueron allí con tanta satisfacción, aun por parte de sus compañeros, á quienes sin duda habían emocionado con la relación de aquello que habían visto en su viaje, que estos quisieron acompañarlos una parte del camino.

Fueron á Scete en el mismo año que habían vuelto á Belén. No sabemos con precisión el tiempo que allí permanecieron, ni por que motivo fueron á Constantinopla. Lo cierto es que estaban en esta ciudad imperial el año 404, en donde dice Casiano que tuvo á san Juan Crisóstomo por maestro, de quien recibió la imposición de manos para el diaconado. El abad Germán fué elevado al sacerdocio; y cuando Teófilo de Alejandria trató de condenar al santo Crisóstomo en su asamblea de Chesna, en 403, este Santo mandó allí tres obispos con los dos sacerdotes Germán y Severo, para declarar que él no lo podía reconocer por su juez.

Parece que el mismo Santo había confiado á Casiano y á Germán la guarda del tesoro y de los vasos sagrados de la iglesia, puesto que los conservaron como por milagro, en el incendio que abrasó la iglesia de Constantinopla, el mismo día que este Santo fué echado de ella, por la facción de sus enemigos, el 20 de Junio de 404; é hicieron un inventario auténtico que llevaron á Roma en 405, con la carta que el clero de Constantinopla escribía al papa Inocencio sobre el destierro del santo Patriarca.

El mismo año contestó Inocencio á esta carta; tal vez también por Germán y Casiano, pero esto es muy incierto. Después de este tiempo nada sabemos de Germán, como tampoco á donde fué Casiano, después de su llegada á Roma en 405. Los unos han creído que permaneció allí hasta que fué tomada por Alarico, rey de los Godos, y que

de allí pasó á Marsella. Otros dicen que volvió á su monasterio de Belén, desde donde, habiendo este monasterio sido destruido por los bárbaros, al año 416 pasó á la Galia Narboneuse ; pero es necesario convenir con los continuadores de Bolando, que aquí hay un vacío en su historia, que no se podrá llenar por ningún hecho que sea probado. Lo cierto es que Casiano se retiró á Marsella ; sea poco después del año 415, sea solamente después del año y que fundó allí dos monasterios, uno de hombres y otro de mujeres. El primero es la abadía de san Victor ; el segundo, según el Padre *Guernai*, es el de *Beaune*, destruido después de muchos siglos, ó el del Santo Salvador, llamado en otro tiempo de san Ciriaco.

Es cierto que estableció una regla para los hombres, y es bien creible que daría también alguna á las mujeres, no habiendo probabilidad que las hubiese abandonado á su propia dirección.

Mientras que la disciplina regular florecía en su monasterio, y difundía muy lejos el buen olor de Jesucristo, Castór, obispo de Apt, fundó uno cerca de su ciudad episcopal, le escribió suplicándole si quería poner por escrito, para él y para su nuevo monasterio, las reglas que habia visto practicar en la Palestina y en el Egipto, y que él había establecido en su monasterio de Marsella.

Nada se puede leer más edificante que las humildes expresiones que usa este santo obispo en su carta. « Castór, dice, el último de los hombres, se arroja con profunda humildad á los pies del santo padre Casiano, de ese hombre admirable por su santidad, ilustre por su vida, y recomendable por su ciencia. Y es muy razonable, mi más santo padre, prosigue, que se procure la sabia dirección de un maestro á las personas que aún son incapaces de dirigirse por sí mismas. Como en el deplorable estado á que el pecado nos redujo no todos tenemos bastantes luces para

constituírnos en nuestra propia guía, el único remedio que nos queda es hallar en la luz de otros, y en la deferencia que tenemos á sus sentimientos, las ventajas que no encontramos en nosotros mismos.

« Por esto yo vengo á suplicaros muy humilde, mi más amado Padre, que no negueis vuestras luces á una persona ignorante como soy yo, y no diferáis más el escitarnos á la piedad, escribiéndonos los santos ejercicios en los cuales vos vivís tanto tiempo há, á fin de que esta lectura sirva á aquellos que, como nosotros, aun no son más que neófitos, y que todavía sienten los atractivos de la vanidad y de la gloria del siglo. « Nosotros sabemos que vos sois una de aquellas personas que más bien saben lo que se practica en los monasterios de Oriente, y principalmente en los del Egipto y de la Tebaida..... Por esto os ruego que nos escribais simplemente los reglamentos que habeis visto en todos los monasterios del Egipto y de la Palestina, según que fueron establecidos y fundados por nuestros ancianos Padres, á fin de que puedan aún hoy servir de regla á este monasterio que yo he establecido y que acaba de nacer, etc. »

Casiano no responde con menos humildad á este santo obispo, cuyo piadoso designio exalta, lo mismo que sus raras virtudes; y después de un largo prelude sobre el celo que él tiene para elevar á Dios un templo espiritual, construido, no con piedras insensibles, sino vivas; que no será temporal y corruptible, como el de Salomón, sino eterno é in mortal, añade: « Vos me escribis que no habiendo ningún monasterio en vuestra provincia, quereis establecer uno y lo quereis regular según los de Oriente, y particularmente del Egipto; y aunque vos poseeis perfectamente todas las virtudes, sobresalis por vuestra ciencia, estais lleno de toda suerte de riquezas espirituales, y no solo vuestros discursos, sino también vuestra sola vida basta á aquellos que quieren llegar á la más alta perfección, no obstante

« So os dirigís á mí para sacar algún recurso de mí pobreza. »

Enseguida manifiesta con muchas razones que alega, la dificultad que tiene en resolverse á hacer lo que le pide ; pero que el deseo de obedecerle lo lleva sobre todas las dificultades. « Yo me rindo, pues, á vuestras súplicas, mi bienaventurado Padre, añade, á quien yo puedo llamar el único modelo de santidad y humildad ; y por esa confianza que me inspirais, yo emprendo la composición de esta obra, mientras que mis fuerzas me la permitan. Yo principalmente procuraré decir lo que aún no ha dicho ninguno de aquellos que han escrito antes que yo sobre estas materias, pues mas bien han relatado aquello que oyeron de los otros, que no lo que habían experimentado por sí mismos..... No me entretendré en hablar de los milagros y prodigios de los santos varones, cuyos reglamentos yo describo, por más que hayan hecho gran número, y que no solo he aprendido muchos, por la relacion de otros, sino que con mis propios ojos he visto muchos..... Tampoco me quiero detener á hablar de las maravillas de Dios ; sino que quiero tratar en pocas palabras de los medios de reformar nuestras costumbres, de corregir nuestros vicios, y de hacernos perfectos según las reglas que nuestros ancianos nos han prescrito. »

Sobre este plan formó Casiano su obra de las *Instituciones monásticas*, dividida en doce libros, de los cuales los cuatro primeros contienen los reglamentos de los monasterios, y los ocho restantes tratan de los pecados capitales, de su origen y de los medios de destruirlos ; mas al presentar los institutos y las reglas de los monasterios de Oriente, tempera con la práctica más dulce de los de Palestina y de la Mesopotamia, aquello que los de Egipto podian tener demasiado austero y demasiado difícil para ser propuesto á los monasterios de las Galias, á causa del rigor de los lugares y de la diferencia de costumbres ; sobre lo cual

añade esta excelente máxima : « Cuando tomamos por regla aquello que es razonable, y no es superior á nuestras fuerzas, por más que tal vez hagamos menos que los otros, no por eso dejamos de cumplir nuestra regla con tanta perfección como ellos. »

Esta primera obra de Casiano fué recibida por el obispo Castor y por sus religiosos con tanta satisfacción, que este santo prelado instantáneamente le rogó le escribiese las conferencias espirituales que había tenido con los anacoretas de Scete. Las escribió, pues, para contentarlo, lo que no fué tanto para instrucción de los cenobitas como de los anacoretas ; pero el santo obispo dejó la tierra para visitar á Dios antes que esta obra fuese concluida.

Después de la muerte de este bienaventurado pontífice dirigió sus conferencias al obispo Leoncio y á Heladio, monje y después obispo. Leoncio era hermano, ó más ó menos pariente de Castor, y se cree ser el mismo que Leoncio, obispo de *Frejus*. Heladio lo fué de cierta metrópoli ; pero antes había pasado de la vida cenobítica á la eremítica, como se puede conjeturar por lo que de él dice Casiano.

Después de estas diez conferencias se vió obligado á escribir otras siete para satisfacer el piadoso fervor de los santos Honorato y Eucherio, quienes sin duda serían los célebres obispos de Arles y de Lión. Dice haber tenido estas conferencias con los solitarios de Panefisa, quienes fueron los primeros que vió al llegar al Egipto, como hemos dicho. San Honorato entonces era superior de los monjes de *Lerius*, y Eucherio era religioso, y había concebido el deseo de pasar al Egipto para ser testigo de las virtudes de los solitarios que Casiano había visto ya. Dirigiéndoles estas siete conferencias, les escribió en estos términos :

« Mis muy queridos hermanos. Aunque muchas de esas santas almas que vosotros formáis con el ejemplo de vuestra virtud, no puedan apenas llegar á esa alta perfección

que vosotros haceis brillar en el mundo como astros de admirable claridad, no obstante, teneis tanta pasión por la gloria de aquellos ilustres varones que fueron los primeros en fundar y establecer la vida solitaria de los anacoretas, que uno de vosotros, presidente de una grande asamblea de cenobitas, desea que su congregación, que todos los dias tiene la vista y el modelo de vuestra santa vida como un maestro viviente que la enseña, sea como ilustrada por los preceptos y consejos de los santos anacoretas; y que el otro también ha querido para edificarse en su conducta exterior y visible irse allá á las profundidades del Egipto..... Por esto la obligación ineludible de la caridad me ha arrojado quieras no quieras al peligro al cual me expongo escribiendo esto, á fin de satisfacer el deseo de uno y ahorrar el trabajo al otro. » Después habla de los doce libros de las *Instituciones de los Cenobitas*, que había enviado al obispo Castor, y de las diez conferencias que había tenido con los Padres del desierto de Scete, y que había escrito para obedecer á los obispos Heladio y Leoncio. A más de las siete conferencias que les enviaba, aún les promete otras siete, « á fin, dice, que si vuestra santa avidez y esa ardiente sed que manifestais, todavía no se puede saciar con esos últimos discursos, al menos espero que las otras siete conferencias que yo debo enviar á los santos ermitaños que viven en las islas *Stachades* (estas son las islas de *Hieres*), satisfarán plenamente vuestro deseo. »

Dedicó, pues, estas siete últimas conferencias á Joviano, Minerva, Leoncio y Teodoro, en una carta que está al frente de la décima octava conferencia. Lo que al efecto les dijo demuestra cuan útil la lectura de las vidas y de la doctrina espiritual de los Padres de la soledad, puede ser á las personas religiosas, y el fruto que de ella pueden reportar. « No solo, les dijo, los que hacen profesión de una humilde obediencia en el monasterio, sino hasta aquellos

que quieren vivir como anacoretas en esos desiertos, donde se han retirado bastante cerca de vosotros, podrán hallar en estos tratados avisos propios para los lugares que habitan y para el estado de vida que hayan abrazado. Vuestros trabajos pasados les han ya procurado esta gran ventaja, que encontrándose en la misma profesión que los santos solitarios que hablan en estos escritos, comprenderán más fácilmente su doctrina y recibiendo en sus celdas á los autores de esas conferencias con sus libros, todos los dias se entretendrán con ellos, haciéndoles sus preguntas y escuchando las respuestas que les dén. Así no seguirán su espíritu y sus propios pensamientos en un camino tan difícil y tan nuevo en estas regiones, que aún tiene sus peligros en los lugares donde es más ordinaria y más sostenida por el ejemplo de una infinidad de santos; y no tendrán por guías en este nuevo camino á aquellos á quienes la tradición de los ancianos y una larga esperiencia ha hecho muy hábiles. »

Joviniano, Minerva, Leoncio y Teodoro sin duda eran aquellos cuyas virtudes y celo por la vida religiosa habían hecho más célebres en las islas de *Hieres* sobre la costa de Provenza. Se veía á su modo, como Casiano lo hace entender bastante, florecer gran número de cenobitas y anacoretas, lo mismo en las islas que en la tierra firme. Minerva y Joviniano, ó Joviano, dirigían cada uno un monasterio, como lo habían hecho san Castór en Apt y san Honorato en *Lerins*; y por fuera de los monasterios se veían muchos ermitaños que vivían en un riguroso retiro, practicando ya lo que Casiano trataba de enseñarles.

San Honorato ocupaba la silla de Arles cuando Casiano escribió estas siete últimas conferencias. Este Santo, según Tillemont, murió todo lo más tarde en 429, y Casiano tenía prometidas sus conferencias desde el año 426. A más de estas obras ascéticas, Casiano compuso otra considerable contra Nestorio, con la cual combatió los

errores por los siete libros que hizo expresamente. Lo emprendió á ruegos del papa san Leon el Grande, entouces arcediano de la iglesia romana. En esta obra, en la cual Casiano se exhibe muy erudito sobre el dogma. no nos fijaremos en el titulo distinguido que le merece entre los teólogos. Como eso ninguna relación tiene con las *Vidas de los Padres de los desiertos*, de quienes aquí hablamos, lo parasemos por alto. Esta fué la última producción de su celo. Genadio dice que murió en el imperio de Teodosio y Valentiniano: esto es, entre 426 y 430; pero no fija el año. Según la *Crónica* de san Próspero, es cierto que en 432 ó 33 aún vivia. Tristemio dice que murió en 435, y el Padre Guesnai dice que vivió hasta 448; pero ninguna prueba cierta dan de ello. Asi es que los continuadores de Bolando concluyen diciendo; ignoramos en que año murió.

Casiano era sacerdote, sin que se sepa por su historia si recibió el sacerdocio en Roma ó en Marsella. El texto de Genadio, dice Tillemont, podría hacer creer que fué ordenado en esta última ciudad, en donde se ve que pasó los postreros años de su vida; mandando los cánones que los eclesiasticos no marchen del lugar en donde fueren ordenados; además que el concilio de Roma en tiempo de Gelasio lo llama sacerdote de las Galias.

En el trascurso de los tiempos se han tributado grandes honores á su memoria. Diversas iglesias, cuya numeración se puede ver en el Padre Guesnai, lo honran como santo el 23 de julio¹, en cuyo dia también lo pone zerrario. El papa Urbano V hizo meter su cabeza y su brazo dentro una arca que se expone sobre el altar el día de su fiesta en la célebre abadía de san Victor de Marsella. Lo restante de su cuerpo está en una capilla subterránea de la misma iglesia en un sarcófago de mármol. La Iglesia griega le

¹ Martirologio de Marsella.

rindió culto religioso antes que la de Occidente. Para el día de su fiesta ha señalado el día bisexto, que entre los orientales es el 29 de febrero.

Por más que Casiano haya recibido y merecido grandes alabanzas, no se pueden excusar ciertos sentimientos que tuvo sobre la gracia y sobre la mentira, ni paliar el semi-pelagianismo que sembró en su décima tercia conferencia.

Todo cuanto se puede decir en su favor es, que defendió estas materias antes que la iglesia decidiera sobre ellas. Por otra parte, se manifestó absolutamente opuesto al error de los pelagianos, como se ve en su obra sobre la *Encarnación* contra Nestorio, en donde también dice que había trabajado para sacar de él al monje Leporio. Tillemont dice parecer que él quiere atribuir su conversión á sus consejos, por mas que sea debida á los de san Augustin, y á los de Aurelio de Cartago; no obstante no ser esta la opinión de Casiano, quien solamente dice que el *lo movió*, y que Dios lo *convirtió* y que *esto sucedió en Africa*. Así Casiano lo preparó emocionándole, y san Augustin concluyó la obra.

No haremos el análisis de todas las *Conferencias* de Casiano, pues esto interrumpiría demasiado la historia de los solitarios; bastará hacer el de algunas que nos parezcan más útiles, y que no se resientan de sus errores.

EL OBISPO ARQUEBE Y EL ABAD CHEREMON

« Panefisa, dice Casiano, era en otro tiempo una ciudad muy rica, siendo su territorio uno de los países más fértiles del mundo. Ella sola, como se suele decir, producía

Casiano, Paladio, Sezomeno, Gazeo.

todo lo necesario para la mesa del rey. Pero habiendo el mar sido agitado extraordinariamente por un temblor de tierra, saltó sus orillas. y habiéndose esparcido por todos los campamentos del rededor, derribó todas las casas, convirtiendo aquellos campos muy fértiles en una gran laguna de agua salada; de suerte que se puede decir que estas palabras del salmo, que se entienden en un sentido espiritual, entonces se cumplieron al pié de la letra, y parecieron una profecía de aquello que sucedió en este lugar: *Secó los rios y enjugó los arroyos y las fuentes; cubrió de sal una tierra muy fértil á causa de la malicia de aquellos que la habitaban.* »

Sucedió, pues, con el tiempo que muchas de las pequeñas aldeas que estaban edificadas sobre colinas, siendo inhabitables por efecto de esta inundación, se convirtieron en pequeñas islas, que hoy son muy propias para aquellos santos anacoretas que desean una perfecta soledad. »

Ptolomeo habla de Panefisa como de un lugar muy considerable; pero este país, antes tan fecundo y delicioso, no era más que un lago, en el cual muchos terrenos más elevados que los otros, parecían como islas, de las cuales el agua salada y las malas exhalaciones sacaron los habitantes, y solo servían para secundar la austeridad de algunos anacoretas que rehusaban las habitaciones cómodas para tener otras muy molestas, que por su incomodidad favorecían su gusto para la penitencia. A esto quedaron reducidos los tristes restos de una diócesis tan hermosa de la cual Arquebe, este santo prelado que en Tenesia recibió á Casiano y á Germán, era obispo, después de haber sido treinta y siete años anacoreta. Casiano no habla de su alta virtud sino llevado de transportes de admiración. « Este hombre admirable en todos sentidos, dice, desde el principio sobresalió en el desierto entre todos los anacoretas (su desierto era seguramente el de Panefisa ó estaba muy cer-

cano á este). Después que lo hubieron sacado de él para hacerlo obispo de Panefisa, conservó religiosamente todo el tiempo de su vida su primer amor á la soledad. En nada relajó su primera modestia y su antigua humildad, y la eminente dignidad con que se le honró no tuvo fuerza para causarle el menor movimiento de complacencia. No creía haber sido elevado á este cargo por haberlo juzgado digno de él; mas bien, que lo habian sacado de la soledad por ser indigno de ella; y lloraba sus desdichas, de no haber podido llegar á la pureza que pide una profesión tan perfecta, después de haber morado treinta y siete años en el desierto. »

Después del elogio que Casiano hace de la profunda humildad de este gran obispo, confirma lo que ha dicho con su discurso, hablándoles á él y á Germán de los anacoretas de su diócesis que les queria hacer conocer. Su episcopado no habia hecho más que perfeccionar en su corazón aquella sincera humildad que habia adquirido antes en su retiro, y elevado á las más grande dignidad de la Iglesia, no habia hecho más, que confirmarse en los bajos sentimientos de sí mismo, que había concebido, con el auxilio de la gracia, en el secreto de su soledad.

« De los anacoretas, dijo á Casiano y á Germán á quienes yo os voy á presentar, aprenderéis aquello que yo no os puedo enseñar. Ellos os enseñarán el camino de una piedad, de la cual no me queda más que la memoria, y cuya pérdida yo deploro todos los dias. Pero nos enseñarán más con sus ejemplos y acciones, que con sus palabras. En cuanto á mi yo creo que no me debeis incitar á que os diga nada. Yo soy demasiado pobre para poder dar algo á nadie; y todo lo que yo puedo es mostraros donde podréis encontrar esa perla preciosa del Evangelio, que yo mismo no tengo, y que vosotros buskais con ardor tan edificante. »

Arquebe residía en un monasterio, ya se entienda por eso una simple celda; pues algunas veces en la *Historia monástica* se toma en este sentido, ya se entienda una casa habitada por muchos cenobitas que bajo su dirección vivían en comunidad, lo que parece más verosímil; y continuó siempre sus ejercicios de solitario, en cuanto se lo permitía su cargo pastoral. También iba á pie, con el baston en la mano, llevando su pequeño saco como los otros monjes, no obstante su avanzada edad; y así es que Casiano dice, que á él y á su compañero los condujo de Tenesia á Panefisa.

Casiano en su séptima conferencia habla de un abad Arquebe, á quien fué á visitar con el abad Pablo, del cual en otra parte hablaremos, como de un anciano solitario. Se ha querido que este era el mismo obispo de quien aquí hablamos y que entonces no estaba elevado á esta dignidad; pero ninguna probabilidad hay en ello.

El primero á cuya celda el obispo Arquebe condujo á Casiano y á Germán, fué el abad Cheremón. No moraba lejos de su monasterio y era el más viejo de los anacoretas de este desierto. Podía haber morado desde el principio en el desierto de Scete, en una choza que distaba cuarenta millas de la iglesia, y doce del lago, á donde iba á tomar agua con gran fatiga, volviendo todos los dias cargado con dos tinajas para su provisión. Por lo demás, se estaba en el lugar de su retiro y allí unido con Dios vivía en paz y tranquilidad; sea que hubiese pasado con el tiempo del desierto de Scete al de Panefisa, sea que este último formara parte del otro como han dicho los autores, él estaba en el de Panefisa cuando Casiano y Germán fueron á verle. Entonces contaba más de cien años; y el docto comentador de Casiano al objeto hace una bella observación que se pondrá muy bien aquí. « Es, dice, una cosa admirable que tantos santos solitarios, ya los que vivían en los mo-

nasterios, ya los otros que estaban solos en el desierto, hayan la mayor parte vivido tan largo tiempo, siendo así que llevaban una vida tan penitente y que se privaban voluntariamente de todas las comodidades del cuerpo; lo que, después del auxilio de la gracia, sólo se puede atribuir á aquella gran abstinencia que practicaban. Así san Pablo, primer ermitaño, vivió cerca de ciento quince años, después de haber pasado ciento en su caverna. San Antonio vivió ciento cinco, habiendo pasado noventa de ellos en el desierto, viviendo de pan y agua, escepto en sus postreros años que añadía algunas legumbres. San Paphnucio pasó también noventa años con pan y aguas. Lo mismo hizo san Macario y otros que aquí no se citan. » Sobre esto se puede ver lo que han dicho Sozomeno y Nicéforo (Sozom 1, 6, c. 34 Niceph. l. 11, c. 40.)

Casiano hace el elogio del abad Cheremón en estos términos: « Tenia más de cien años y sólo su espíritu conservaba el vigor; su cuerpo estaba todo abatido, y la asiduidad de sus inclinaciones en la oración, junta á su gran vejez, había de tal modo encorvado su dorso, que estaba como reducido á su primera infancia, y sólo á gatas podía andar. La gravedad de sus rostro y esa manera de andar nos sorprendieron, imprimiéndonos un profundo respeto por su persona, pues por más que estuviera tan acabado por la vejez, y que su cuerpo fuera todo deshecho y como muerto, no dejaba de observar todos los días el rigor de su austeridad primitiva. Nos aproximamos á él y le rogamos nos hiciera la gracia de decirnos una palabra de edificación, confesándole que este era el único objeto de nuestra visita; » á lo que, arrojando un profundo suspiro nos respondió: « Ah, hijos míos, que os puedo decir; cuando la vejez, me impide observar el rigor ordinario de nuestra vida, me quita al mismo tiempo el coraje para hablar de ella á los otros?

« Cómo tendré yo la presunción de enseñar aquello que yo mismo no practico? ó cómo podrá escitar á nadie á presentarse constante y ferviente en los ejercicios en los cuales yo mismo estoy tan tÍbio y relajado? Por esto yo jamás me he podido resolver á permitir que alguno de los jóvenes solitarios morara cerca de mí, por temor que el ejemplo de mi relajación debilitara el fervor y la austeridad de los otros; pues la palabra del que enseña ninguna fuerza ni utilidad tiene, si el mismo ejemplo de sus acciones no lo imprime en el corazón de aquel que escucha. »

Casiano confiesa que un discurso tan humilde de parte de ese santo viejo lo dejó todo confuso, y lo mismo á su compañero Germán; y le dijo: « Nosotros os suplicamos, mi santo Padre, que no nos quiteis la suerte. Yo sé que esta sola situación del lugar en donde estais, y esta soledad tan horrorosa que la juventud más robusta apenas podría soportar, habla bastante de sí misma; y que cuando vos por otra parte callais, esta muda instrucción nos conmueve tanto que no tenemos palabras para espresároslo. No obstante, nos dispensaréis, si os suplicamos rompáis un poco vuestro silencio para decirnos alguna cosa que nos enseñe el modo de imitar lo que en vos admiramos.

« Si nuestro tibieza y nuestra negligencia, que tal vez Dios os ha revelado, no merecen que nos dispenseis ese favor, tened al menos en consideración las penas y los trabajos de un viaje tan largo que hemos hecho, y no permitais que las personas que vienen del monasterio de Belén con el único deseo de escuchar vuestros sabios discursos, sean confundidos en su exspectación. »

El santo viejo se rindió entonces á sus súplicas y les habló de la perfección, como vamos á decirlo, después de haber dicho de que manera murió. En la *Historia Lusitana* de Paladio está relatada así: « El abad Cheremón estando sentado sobre su silla y teniendo su obra entre las manos,

entregó su alma á Dios sin enfermedad ni agonía. » Así es que su muerte fué repentina, aunque no se puede decir que fuese imprevista, habiendo pasado tantos años apartado de las criaturas y en los ejercicios de una laboriosa penitencia. Los continuadores del Bolandismo hablan de ella el 16 de agosto, y hacen notar que la asiduidad en el trabajo era una de sus principales virtudes formando como su caracter propio, habiendo siempre vivido en el trabajo, y habiendo muerto con el trabajo en las manos, no obstante la mucha edad que hemos dicho que tenía, y la debilidad de su cuerpo cuando entregó su espíritu á Dios. Los Griegos hacen memoria de ella en sus *Menees*.

La perfección, que es objeto de la conferencia en la cual Casiano hace hablar al abad Cheremón, no es otra cosa que la caridad y ese amor de Dios por el cual lo amamos por si mismo. como el hijo ama á su padre, á quien teme disgustar porque lo ama, y quien forma el objeto de su ternura filial y de sus afectos.

« Hay tres cosas, dice en primer lugar el abad Cheremón, que ordinariamente impiden á los hombres el entregarse á los vicios: el temor del infierno y de la severidad de las leyes; la esperanza y el deseo del cielo; el amor al bien y el afecto á las virtudes. El temor rechaza el mal y el contagio de los vicios, según está escrito: *El temor del Señor aborrece la maldad.* (Prov. 8). La misma esperanza de apartarnos de todos los pecados, según estas palabras del salmo: *Todos aquellos que esperen en Dios no pecarán jamás,* (Psal. 33). En fin, el amor nunca cae en el vicio, pues dice San Pablo: *La caridad jamás resbala.* (II Cor. 13). Hé aquí porque san Pablo, resumiendo toda la salud en estas tres virtudes, dice: *Estas tres cosas permanecen presentemente en esta vida, la fe, la esperanza, y la caridad.* La fé hace huir el mal por la aprensión de los suplicios del infierno; la esperanza, retirando nuestro espíritu

de la vida presente, nos hace despreciar los placeres del cuerpo para atender á los bienes del cielo; y la caridad calentando nuestro corazón, y llevandonos al amor de Jesucristo y á las virtudes espirituales, nos hace rechazar con aversión y horror todo aquello que es contrario á ellas.

« Estas tres virtudes parecer tener el mismo fin, que es apartarnos de las cosas ílicitas; son no obstante bien diferentes en los efectos que producen. Se puede decir que las dos primeras son virtudes de hombres, y particularmente de aquellos que se dedican á la perfección, y que aún no han concebido en sí mismos un verdadero afecto para las virtudes; pero la tercera es propiamente una virtud de Dios, es decir, que es propia de aquellos que están transformados en imagen y semejanza de Dios; pues es propio de este Ser soberano el hacer siempre el bien sin temor alguno, y sin esperanza de algun lucro. »

Si alguno, pues, desea ser perfecto, conviene que salga de este primer grado del temor, que es un estado servil; que pase al grado de la esperanza, en el cual cesa de ser esclavo convirtiéndose en mercenario, porque ya espera la recompensa, y que de aquí suba á ese amor desinteresado de hijo, que todo lo espera de la bondad de su padre, con una confianza perfecta, porque sabe que todo lo que es de su padre, es suyo.

El hijo pródigo habiendo derrochado toda su fortuna, creyó haber perdido á los ojos de su padre el derecho de llevar el nombre de hijo; desea á lo menos ser contado en el número de los mercenarios. Mas habiendo suplicado á su padre, en el humilde sentimiento de su paciencia que le tratase como á uno de sus mercenarios, su padre le recibió con más bondad que nunca le habia manifestado. No le concedió lo poco que le pedía, sino que lo hizo pasar al momento de esos dos grados de esclavo y de mercenario á su antigua dignidad de hijo.

Apresurémonos, pues, á subir, por una caridad firme é inquebrantable, á ese tercer grado de los hijos, quienes miran como suyo todo lo de su padre, para recibir de nuevo la imagen y semejanza de ese Padre celestial, imagen á la cual Jesucristo nos invita á conformarnos, cuando dice : *Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial.*

En estos dos primeros grados de temor y de esperanza, los movimientos de piedad se interrumpen algunas veces cuando el relajamiento, ó la alegría ó el placer hacen perder de vista el infierno ó los bienes celestiales. Sirven sin embargo para hacernos adelantar poquito á poco, pues empezando á huir el vicio por el temor ó por la esperanza, nos elevamos por fin hasta la caridad. Así, pues, debemos esforzarnos en pasar bien pronto del temor á la esperanza, y de la esperanza al amor, á fin de que teniendo un afecto sincero y verdadero para el bien, permanezcamos más firmemente adheridos á él. Pues hay grande diferencia entre aquel que rechaza los ardores del pecado por el temor del infierno ó por la esperanza de la recompensa eterna, y el que conserva la castidad, por ejemplo, por el gran deseo que tiene de una pureza espiritual. El alma que se halla en este último estado, no se deja llevar por los atractivos y las ocasiones del pecado, aún cuando nadie la vea ; no se deja sorprender por las más secretas complacencias del mal que se pueden introducir en el pensamiento, porque su amor muy sincero por la virtud no solo echa de su corazón todo lo que le es contrario, sino que aún lo detesta con un horror extremo. Por fin, no dejar el bien por el amor del bien mismo es mucho más perfecto que no consentir al cual por el temor de sufrir el mal. En el primer caso, el bien es puramente voluntario ; en el segundo, es como hecho por fuerza, pues se hace por el temor del castigo ó por el deseo de la recompensa. Así este se halla frecuentemente atacado por sus malas inclinaciones, por que



Imp. de Chardon aux Paris.

Goussier del.

L'Abbé Dmufé.

F. l'Abad Dmufio.

ne posee esa paz firme que nace de la sincera caridad.

El abad Cheremón usa enseguida de una comparación para hacer comprender mejor la diferencia de estos dos estados. « Aunque un soldado, dice, sea en extremo valiente, y dé con frecuencia batidas mortales á sus enemigos, es imposible que combatiendo tanto, alguna vez no sea tambien él mismo vulnerado. Pero aquel que se pasea por encima los ataques de los vicios refundiendo todas sus inclinaciones en el solo amor del bien, fácilmente conservará el estado de virtud á donde Dios lo ha elevado, pues creerá que para él no hay mayor pérdida que la de su alma. Esto es lo que él guarda como su mayor y más precioso tesoro; y la menor violación de sus virtudes, ó el menor contagio del vicio es para él el mayor de los males.

« La presencia y el respeto de los hombres, continua, aumentará la modestia de esta persona, y la soledad no la disminuirá. Su consciencia es su ley que la tiene presente en todo tiempo y lugar. La consulta y la interroga como á censor y testigo, no solo de todas sus acciones, sino tambien de todos sus pensamientos, y su única ocupación es de agradar á este árbitro interior que jamás se puede evadir ni engañar. El abad Cheremón hace después una reflexión que no sabríamos omitir aquí y que demuestra como la verdadera caridad, que reforma el alma á imagen de Dios, está estrechamente unida con el amor del prójimo y solo inspira sentimientos de dulzura y de misericordia para él, á imitación del Padre celestial, que hace resplandecer su sol sobre los buenos y los malos.

« Aquel, dice, que por este amor de hijo habrá llegado á ser imagen y semejanza de Dios, amará y practicará el bien por encontrar en él su alegría; é imitando á Dios en su paciencia y en esa dulzura que ejerce con los malos, no se verá agitado de la cólera contra los pecados de los hombres; sino que la compasión que tendrá de su fragili-

dad lo llevará más bien á suplicar á Dios que les perdone. Se acordará que él hubiera caído en los mismos desórdenes, si la misericordia de Dios no lo hubiese protegido: que no es él mismo el que se ha librado de esos vicios, sino la gracia y la protección de su Salvador: que por tanto, no debe ser severo contra los defectos de aquellos que están en el error, sino bondad oso y compasivo. » Consejo muy útil á aquellos que estándo encargados del cuidado de las almas, ó empleados en el sagrado ministerio de la reconciliación de pecadores, llevan al efecto el nombre de padres cuyo caracter deben conservar por un celo acompañado de dulzura y de compasión, mas bien que de amargura y de un rigor más propio para hacer desfallecer á los pecadores que para sacarlos de su errores.

El abad Germán tomando la palabra, le dijo: « Es cierto, Padre mio, que todo lo que acabais de decir relativo al perfecto poder de Dios es grande y magnífico. Pero parece que ensalzando tanto la caridad, por otro lado menospreciáis el amor de Dios y la esperanza de las recompensas, como siendo motivos demasiado imperfectos; y parece que en esto no concordais con David, que dice; *Vosotros todos, los santos de Dios, temed al Señor* (Psal. 32); y en otra parte: *Yo he abatido mi corazón para obedecer eternamente á vuestros mandamientos, á causa de la recompensa que por ello espero* (Psal. 118). »

« La Escritura, respondió el abad Cheremón, escita á los hombres á los diferentes grados de perfección, según el estado y la fuerza de cada alma en particular. Esto es lo que el Evangelio nos demuestra claramente en la diversidad de beatitudes que nos propone; y como san Pablo nos lo hace notar, el esplendor del sol es diferente del de la luna y de los otros astros, y aun el de un astro es diferente del del otro. En fin, mientrasque el Profeta rey llama: *Bienaventurados los que temen á Dios*, san Juan dice, *que*

la perfecta caridad ahuyenta el temor. Veis, pues, que según la Escritura, la perfección tiene diferentes grados, que Dios nos invita á subir de un grado elevado á otro que lo sea más; es decir, que aquel que ya es dichoso y perfecto en el temor de Dios, marchando, como dice David, de virtud en virtud, y pasando de perfección á perfección, se eleve por su ardor y por su alegría del temor á la esperanza, de la esperanza á un estado aun más dichoso, que es el de la caridad; á fin de que siendo ya perfecto en cada clase, ella lo vuelva más perfecto de lo que era antes.

« Así es como san Pablo, prefiriendo la caridad al temor y á la esperanza, después de haber hecho una larga numeración de los dones espirituales, dice que ella es sin comparación más excelente que todo lo restante; y antes de describir los efectos de la caridad, empieza con estas palabras: *Pero yo os quiero enseñar un camino aún más perfecto* (1 Cor. 13.)

« Mas hay un otro temor al cual uno se eleva por la caridad, cuando se encuentra establecido en esta virtud: temor que no viene ni del horror á los suplicios, ni del deseo de la recompensa; sino de la grandeza misma del amor, semejante al que tiene el hijo por el padre, el hermano por el hermano, el amigo por el amigo, y la esposa por su esposo, que lleva á todas esas personas á respetarse y amar se mutuamente, no por la aprensión de las penas ó de los reproches, sino por el solo temor de lastimar la amistad en lo más mínimo. De este temor habla Isaias cuando dice: *Las riquezas de la salud son la sabiduría y la ciencia; pero el temor del Señor es su tesoro* (Isai. 33.) Hay, pues, diferencia entre este temor al cual nada falta y en el cual está el tesoro de la sabiduría y de la ciencia, y este otro temor imperfecto que no es más que el principio. De este temor habla también el mismo Profeta, cuando describiendo los siete dones del Espíritu Santo que llenaron á Jesucristo hombre y Dios en

el momento de su encarnación, después de haber dicho: *El espíritu del Señor descansará sobre él, el espíritu de sabiduría y de inteligencia, el espíritu de consejo y de fortaleza, el espíritu de ciencia y de piedad; añade por fin, como coronamiento de todos estos dones, y el espíritu del temor del Señor lo llenará.* No dice que este espíritu del Señor *descansará sobre él*, como lo había dicho de los otros dones, sino *que lo llenará*; pues, la extensión de esta virtud es tanta, que cuando se encuentra en un alma, la posee toda entera. Ella mueve, ella anima sin cesar el corazón que una vez ha ocupado sin debilitarse jamás por la alegría pasajera y por los vanos placeres de este mundo, por los cuales este temor servil muy inferior á la caridad, se deja con frecuencia arrastrar. »

Habiendo el abad Cheremón hablado así de la caridad perfecta, el abad Germán tomó pié en ello para suplicarle les hablase también de la castidad; y esto lo hizo después que hubieron tomado la frugal comida á la costumbre de los solitarios. En esta segunda conferencia, sobre la cual no nos extenderemos para evitar el ser demasiado difusos, este santo Abad explica al principio estas palabras de San Pablo: *Mortificad vuestros miembros que están sobre la tierra* (Coloss. 3), y hace ver que este cuerpo de pecado, que el mismo Apostol dice en otro lugar *que se debe destruir á fin de que no nos sirvamos más de él para el pecado* (Rom. 6), está compuesto de muchos vicios que son como las miembros, y que todos los pecados que se cometen por pensamiento, por palabra y por acción parten de este mismo cuerpo. San Pablo, añade, explica cuales son los miembros de este cuerpo, por las diferentes especies de pecados que se cometen contra la virtud de la castidad, á los cuales también añade la avaricia. Mas como se puede estirpar la avaricia, como muchos han hecho renunciando todos los bienes de la tierra, así también se puede estirpar

el vicio contrario á la castidad, no siendo creíble que san Pablo haya querido juntar una cosa imposible con otra que fuera posible.

Es necesario, no obstante, convenir en que el trabajo del hombre no basta para adquirir esta hermosa virtud, y que sólo la gracia de Dios la puede conceder. Por una parte, se debe perseverar en los ejercicios de la mortificación con una paciencia infatigable; y por otra, se debe esperar que Dios, teniendo piedad de nuestra aflicción y de nuestra pena, nos libraré por su gracia y por su misericordia de la tiranía de la carne.

« Animémonos, pues, dice, á la investigación y amor de esta virtud, y tengamos por ella la misma pasión que los avaros tienen por las riquezas, los ambiciosos por los honores, y los voluptuosos por los objetos de sus deseos.

« Aquellos que tienen la dicha de ser elevados á esta virtud, de suerte que ya no sientan las tentaciones contrarias, no obstante no deben concebir sentimientos de presunción y dejarse seducir por una falsa confianza. Deben perseverar en la humildad, y acordarse siempre que si Dios los abandonase por un momento, muy pronto sufrirían graves caídas; lo que les debe mover á aplicarse á la oración en los sentimientos de un corazón contrito y humillado.

« En cuanto á aquellos que sufren la tentación, no se deben dejar abatir, ni considerar esta guerra como un motivo de desfallecimiento. Pues no es tan contraria al hombre que no le pueda ser útil para conservarlo en los sentimientos de humildad y hacerle acordar de lo que él es.

« Los diferentes medios para reportar victoria en esta funesta guerra, son: 1º Sustituir los deseos de la tierra y las afecciones bajas con los deseos más puros y las afecciones más santas. Arrojemos del corazón los deseos de la carne, y pongamos en su lugar las afecciones espirituales, á

fin de que nuestro espíritu estando lleno de estas, rechace con menosprecio los atractivos de los placeres ilícitos para dar entrada á un placer santo y lícito.

« 2º La paciencia es tambien un excelente medio ; pues cuanto un hombre se perfecciona en la dulzura y en la paciencia interior, tanto más adelanta en la pureza, y se va consolidando en esta virtud á proporción que ahoga la pasión de la cólera.

« 3º En una palabra, por la fidelidad á la mortificación, por el cuidado de desasir el espíritu y el corazón de los objetos terrestres y de las afecciones depravadas por la dulzura y la paciencia tanto interiores como exteriores, y sobre todo por la convicción sincera que sin el auxilio del Señor no sabríamos conservar esta grande virtud, es por lo que, con la ayuda de Dios, nos podemos elevar á ella de una manera tan perfecta, que mientras aquellos siguen el vicio contrario buscando sus funestas delicias en la carne, nosotros concebimos gran horror á ellas y ponemos todo nuestro gozo en una vida pura y evangélica. » Tal es el compendio de esta conferencia.

Pero no sabríamos omitir un ejemplo que el abad Cheremón relata aquí sobre la dulzura y la paciencia cristianas. « Había dice, en Alejandria un santo viejo que estaba tan bien cimentado en esas virtudes por las cuales uno se pasea generoso sobre las tentaciones y revoluciones de esta vida, que hallándose un día asediado por todos lados de una multitud de infieles, que lo cubrían de injurias y oprobios, como le repitieran sin cesar por risa é insultando su fe : que milagro ha hecho ese Cristo que vos adorais ? les respondió : « El gran milagro que ha hecho es que cuantas injurias vosotros me haceis no me han tocado, ni me tocarían tantas cuantas me hicierais ¹. »

¹ Aquí no hablamos de la decima tertia conferencia de Casiano, que es la tercera del abad Cheremón á quien presta sus propios sentimientos

EL ABAD NESTEROS¹

Gazeo, en sus *Comentarios sobre Casiano*, confunde al abad Nesteros de quien vamos á hablar, con otro solitario del mismo nombre de quien se hace mención en la vida de san Pemenio, al cual Cotelier llama el Cenobita, porque moraba en un monasterio. Ese que Casiano hace hablar en sus Conferencias, que dice haber sido un hombre eminente en todas las cosas, y muy ilustrado en la ciencia de los Santos, era más viejo y habia tenido amistad con san Antonio. Su distinguida virtud le habia dado el sobrenombre de gran Nesteros; pero no por eso se dedicaba menos á evitar los lazos de la vanagloria. Sobre lo cual se cuenta de él, que paseándose en el desierto con otro hermano, vieron un dragón y se dieron á la fuga. El hermano le dijo: « Porque, Padre mio, vos también os espantais? » — « Yo no temo, le respondió; pero, hijo mio, me es más útil huir, porque de otra manera no hubiera evitado la vanagloria. »

sobre la gracia. Habla como buen católico al principio de esta conferencia, de la misma confesión de san Próspero quien lo combatió, confesando que no solamente el principio de nuestras buenas acciones, sino también de nuestros buenos pensamientos, viene de Dios, quien nos inspira el principio de una santa voluntad, y la fuerza y la ocasión para hacer las cosas que deseamos; pero en el curso de la conferencia se aparta de la doctrina católica, diciendo que el principio de la buena voluntad viene algunas veces de nosotros mismos. Por esto sus escritos por el decreto del papa Gelasio se han considerado como apócrifos. Esto no obstante no ha impedido que prescindiendo de sus errores, hayan sido muy celebradas sus obras las cuales como dice *Bulleau*, están llenas de excelentes instrucciones para las religiosos, viéndose brillar en ellas mucho espíritu y elocuencia.

¹ Casiano, Cotelier.

Un hermano un día lo encontró llevando dos túnicas, y le preguntó cual de las dos daría, si un pobre le pidiese una. « Le daría la mejor, » respondió. « Pero, añadió el hermano, si se presentase otro pobre, que le daríais? » — « Partiría en dos, respondió, la que me restara, y le daría una mitad. » — Y si viniera un tercer pobre? » dijo el hermano. « Le daría, dijo Nesteros, la mitad de la que me quedaría, y me cubriría con lo restante como pudiera. » En fin, el hermano le preguntó si no teniendo más que un pedazo de túnica, la cedería á un cuarto pobre que se presentase; el cual le respondió: « Sí, yo se la daría, después de lo cual me retiraría solo á algún lugar, y esperaríá que el buen Dios me enviase para cubrirme; pues, yo no estoy en disposición para pedir á los otros. » El abad José fué á quejarsele de la dificultad que tenia en retener su lengua. Que debo hacer, le dijo; Padre mio, pues todos los días resbalo en discursos inútiles? » — « Pero, le preguntó el viejo, estais más tranquilo y más satisfecho cuando habeis hablado inútilmente? » — « N6, respondió el abad José. » — Si pues, añadió el viejo, no estais tranquilo después que habeis hablado, más vale que guardéis silencio; y cuando os halleis en conferencia con otros hermanos, hablad poco y más bien escuchad á los otros. » Un anciano Padre del desierto fué consultado por un jóven solitario sobre la conducta que debía guardar, al cual respondió: « Solo Dios puede conocer bien aquello que más os conviene. No obstante, os relataré lo que el abad Nesteros dijo á un religioso que le habia hecho la misma pregunta: Dios no conduce á todos los hombres por el mismo camino. Abraham ejercía la hospitalidad, y Dios estaba con él. Elías amaba el descanso de la soledad, y Dios también estaba con él. David sobresalía en humildad, y Dios estaba igualmente con él. Seguid, pues, tambien la inspiración que Dios os dé después que lo hayais bien consultado, y acordaos no obstante, sobre todas

las cosas, de velar con cuidado por la guarda de vuestro corazón. »

Casiano hace hablar al abad Nesteros en dos de sus Conferencias : La primera versa sobre la ciencia espiritual, y la segunda sobre el don de milagros. Fué á ver, con su fiel compañero el abad Germán, á este célebre anacoreta después de haber conversado con el abad Cheremon. « El orden, dice, que he prometido guardar como también la ruta de mi viaje, me obliga á referir mientras tanto las santas instrucciones del abad Nesteros. Este gran hombre habiendo notado que nosotros éramos bastante aplicados á la lectura de la Escritura, y que deseábamos su inteligencia, nos habló del modo siguiente : « Hay en el mundo ciencias como también artes de muchas clases, y todas se adquieren por un método particular. Siendo esto así, con qué mayor motivo nuestra religión debe tener un camino y un método trazados é infalibles, ella que estando infinitamente elevada sobre todas las ventajas de la tierra, no aspira más que á la recompensa del cielo ?

« Toda la ciencia de la perfección divina. se puede reducir á dos cosas, á *la práctica y á la teoría*. La primera consiste en la acción : es decir, en el cuidado de reformar sus costumbres, y purificarse de sus vicios ; la segunda, en la contemplación de las cosas divinas. Antes de elevarse á la teoría conviene pasar por la práctica ; pues se puede adquirir la práctica en la virtud sin la contemplación ; pero no se puede poseer la ciencia de la contemplación sin haber pasado antes por la práctica.

« Luego esta ciencia consiste en dos puntos, que son : 1º El conocimiento de la naturaleza de los vicios y de la manera de curarlos ; 2º el discernimiento del orden de virtudes, y la manera de practicarlas en su más alta perfección, no formando jamás los actos como con violencia, sino con facilidad y una santa alegría. Sobre lo cual hace notar que

es mucho más difícil librarse enteramente del vicio que adquirir la virtud ; conforme á eso que Dios dijo á su Profeta : *Hé aquí que yo os he elegido para que arranqueis, destruyais, perdais, disipeis y para que edifiqueis y planteis.* (Jerem. 1) ; pues indica cuatro cosas para destruir todo lo malo : *arrancar, destruir, perder, disipar* ; y no señala más que dos para adquirir la perfección de la virtud y de la justicia, *edificar y plantar.*

« Esta práctica que, como hemos dicho, consiste en el conocimiento y en la manera de combatir los vicios y en la adquisición de las virtudes, todavía se divide en diferentes posesiones. Unos hacen consistir su piedad en retirarse al desierto para purificar allí enteramente su corazón ; otros en la dirección espiritual de sus hermanos en los monasterios ; otros en recibir á los extranjeros y viajeros dándoles hospitalidad, ó en servir á los enfermos en los hospitales, ó en socorrer á los pobres con sus limosnas, ó por fin, en instruir á los ignorantes ; y muchas de estas personas se han distinguido por su piedad en sus deferentes profesiones, y han merecido llegar á ser grandes santos.

« Pero importa que cada uno se mantenga firme en el estado de vida que la gracia de Dios le ha hecho escoger, y que trate de elevarse con su asiduidad, á la perfección de ese estado de vida á que se ha obligado. Puede muy bien alabar y admirar las virtudes de los otros, que están en una profesión diferente ; pero jamás debe salir de la suya, porque, según el oráculo del santo Apóstol, *toda la iglesia no forma más que un cuerpo, que este cuerpo tiene muchos miembros, y que todos esos miembros tienen sus diferentes dones* (I Cor.)

« Algunas veces aquellos que no están bien cimentados en la profesión que han abrazado, oyendo encomiar las personas que están en un estado diferente del suyo, se sienten de tal modo movidos, que al momento arden en

deseos de pasar á su estado para imitar su conducta ; pero los esfuerzos que su flaqueza trata de hacer en tales encuentros, no pueden ser más que supérfluos ; porque una misma persona no puede sobresalir en todas las virtudes que acabo de referir. Se va á Dios por muchos caminos, y cada uno no ha de hacer más que permanecer firme en aquel que una vez ha elegido, á fin de que poco á poco llegue á ser perfecto. Además del detrimento que un solitario puede hallaren su inconstancia, que le hace pasar á los ejercicios de los otros, sucede que aquello que los otros hacen con piedad y santificándose pierde á esos que los quieren imitar por un celo indiscreto ; y muchas veces aquello que es provechoso á unos, es nocivo y pernicioso para otros. »

Después que el abad Nesteros hubo hablado así de la ciencia de la práctica á Casiano y á su compañero Germán, les habló de la teoría. « Hemos visto dice que la ciencia de la práctica se divide en muchas profesiones diferentes. La teoría ó el conocimiento de las verdades divinas no se divide más que en dos puntos ; á saber, en el conocimiento de la historia y de la letra de la Escritura, y en la inteligencia del sentido espiritual ; cuyo sentido es de tres clases : tropológico, alegórico y analógico. » El abad Nesteros explica por extenso estos diferentes sentidos con diversos pasajes de los Libros santos, y añade :

« Si teneis un verdadero deseo de elevaros á esa ciencia espiritual, no por un movimiento de vana gloria, sino por un verdadero deseo de purificar vuestros corazones, inflamados de ardor para llegar allá : apresuraos á adquirir la ciencia de la práctica ; pues la pureza de la contemplación no se da sino á aquellos quienes, por una infinidad de trabajos, han llegado á la perfección, no con los discursos é instrucciones de los otros, sino con sus propias acciones ; no siendo esta inteligencia concedida á la sola meditación

de la ley sin estar el fruto de las obras. Así no conviene jactarse cuando uno atendiendo á los cuidados del siglo, haya merecido el donde la ciencia, que sea fecundo en pensamientos y en los sentidos espirituales, y que retenga con alguna firmeza las santas lecturas que ha hecho.

« Tened, pues, buen cuidado, hijos míos, y en particular, vos Casiano, á quien vuestra juventud expone más á eso que os voy á decir ser más difícil de observar, que si quereis que vuestra lectura no os sea inútil, y que todo el fruto de vuestros santos deseos no se disipe por el amor propio, imponed á vuestra boca un largo silencio; este es el primer paso de esa ciencia. Tened gran cuidado en escuchar y retener todas las palabras é instrucciones de los ancianos, teniéndoles abierto vuestro corazón y cerrada vuestra boca. Aceleraos más bien á hacer exactamente aquello que se os habrá dicho, que á enseñarlo que sabeis. En las conferencias con los ancianos no os tomeis la libertad de hablar, sino para pedirles las explicaciones necesarias. Evitad el defecto de aquellas personas vanas, que aparentan ignorar aquello que saben muy bien, para mostrar su habilidad con cuestiones sùtiles y afectadas. Aquel que se aplica á la lectura de cosas santas para adquirir estimación, no obtendrá de Dios el don de una verdadera ciencia.

« Además, nunca tendreis la presunción de enseñar algo á alguien que vos mismo antes no hayais practicado. Hay algunos que habiendo adquirido una gran facilidad en discurrir, pasan por personas espirituales é ilustradas en el espíritu de aquellos que no conocen esa ciencia divina. No obstante, es muy diferente tener cierta facilidad en las palabras y cierta pulidez en los discursos, de penetrar en la profundidad de la Escritura, y contemplar con ojo puro los misterios ocultos al común de los hombres. La ciencia secular no lo puede dar, sólo lo da la infusión del Espíritu

Santo, quien reparte ese don y esa luz entre las almas puras. »

El abad Nesteros recomienda después á Casiano y á su compañero que se consoliden bien en la humildad de corazón, la cual conduce á una caridad perfecta ; que se desasgan de los obstáculos de la tierra para entrar así con más facilidad en ese recogimiento y pureza de corazón que dispone al alma á penetrar más fácilmente los misterios encerrados en los Libros santos, y á gustar en ellos la divina unción. Al efecto hace una excelente aplicación del arca del Antiguo Testamento á una alma santa, notando que en esa arca habia dos tablas de piedra representado la permanencia eterna de uno y otro testamento ; la urna de oro donde estaba el maná, representado esa maná oculto y delicioso que se gusta en las verdades divinas ; la vara misteriosa de Aarón, representando el estandarte del soberano y venerable Pontífice Jesucristo, cuya vara cortada de la raiz de Jesé después de su muerte refloreció con un vigor todo nuevo ; y en fin, todas las cosas están cubiertas por dos querubines, es decir, por una plenitud de ciencia histórica y espiritual, pues la palabra *querubin* significa plenitud de ciencia. Lo restante de la conferencia del abad Nesteros versa sobre la pureza de corazón, donde demuestra como las almas impuras son indignas é incapaces de la ciencia espiritual de los santos.

Por fin, dice que hay dos defectos que de ordinario vuelven inútiles los discursos de Dios que se hacen á los otros ; el uno proviene por un lado del que habla, cuando no teniendo esperiencia alguna de lo que dice, en vano se esfuerza en instruir con el sonido de sus palabras al que escucha ; y el otro por otra parte viene del que escucha, cuando estando lleno de malicia y de depravación, tiene el corazón atado é inaccesible á los consejos más santos y más saludables de las personas espirituales. « No obstante

algunas veces sucede, añade, por un exceso de la bondad de Dios, *quien quiere que todos los hombres se salven, y que vengan al conocimiento de su verdad*, (I Tim. 2), que aquel que por una vida reprehensible no estaba dispuesto á la predicación del Evangelio, reciba el don de una ciencia espiritual para la salud y utilidad de muchos. »

Estas últimas palabras dieron ocasión á otra conferencia sobre el don de milagros, que Dios ha otorgado á algunas personas, lo que reservó para la noche después de la comida ordinaria.

El abad Nesteros al principio de esta conferencia explica que hay tres modos de hacerlos milagros. « El primero, dice, es cuando queriendo Dios recompensar el mérito de sus santos, les otorga la gracia para hacer esos milagros. El segundo es, cuando viendo Dios la grande fe, ó de aquellos que presentan sus enfermos, ó de los mismos enfermos que se presentan para ser curados, hace, para edificación de la Iglesia, que sean librados de sus males, por la intercesión y ministerio de aquellos mismos que son indignos de tales gracias. El tercero viene de la ilusión de los demonios quienes tratando de hacer por su suerte que un hombre perverso y denigrado por sus vicios, se atraiga con algunos milagros la admiración de todo el mundo, y pase por un grán servidor de Dios, a fin de que arrastre á todo el mundo á imitar sus desórdenes; y que dando así lugar á escándolos y calumnias, todo ese desorden recaiga sobre la santidad de la religión; ó que á lo menos aquel que cree tener el don de esas curaciones, por este mismo encumbramiento caiga en un obismo más profundo. Es por esa estratagema diabólica que invocando el nombre de aquellas personas que saben que jamás han tenido ni santidad ni piedad, los demonios fingien ser atormentados por la fuerza de sus virtudes y de sus méritos, y huir de los cuerpos de aquellos que ellos poseen. »

El abad Nesteros confirma todo eso con pasages de la santa Escritura, sacando de ahí esta consecuencia muy digna de consideración : « Así, dice, no debemos manifestar aprecio ni admiración por aquellas personas que se prevalen de sus milagros ; sino que más bien nos debemos detener en considerar sí se han santificado apartándose de todos los vicios y consolidándose en la virtud, pues este es el gran don que Dios no concede á hombre alguno á causa de la fe de otro, ó por otras razones exteriores ; sino que da á cada uno su gracia á proporción que ve que la desea. Hé aquí porque nuestros Padres jamás han afectado hacer esos milagros ; y aún cuando el Espíritu Santo les ha concedido esa gracia, jamás han querido servirse de ella no habiendo una necesidad extrema é inevitable. »

El abad Nesteros confirma eso con algunos de milagros San Macario y del abad Abraham que referimos en sus Vidas ; y añade : « Esos ilustres varones nada se atribuian de sus milagros, porque reconocían que nada se debía atribuir á sus méritos, sino á la sola gracia de Dios. En fin, el mismo Autor de todos los milagros, invitando á sus discípulos á escucharlo, demuestra claramente lo que deberán aprender de él aquellos que querrán ser sus más verdaderos y fieles seguidores : *Venid*, les dice, *y aprended de mí*, no á echar los demonios ni á curarlos leprosos, etc., sino *que yo soy manso y humilde de corazón*. Esos milagros no son necesarios en todo tiempo, ni se pueden realizar por todas suertes de personas ; pero si que todo el mundo está generalmente obligado á aprender y practicar esa mansedumbre y esa humildad de corazón. »

« Así es que la humildad, continúa el gran Nesteros, es la maestra de todas las virtudes. Este es el fundamento firme é inquebrantable de todo el edificio espiritual. Este es el gran don del Salvador, y este es el que le es más propio ; pues aquel sólo podrá hacer todos los milagros que

ha hecho Jesucristo, sin temor de perderse por la vanidad, que tendrá cuidado de hacerse semejante á El, no por la virtud de hacer prodigios, sino por la imitación de su paciencia y de su dulzura.

« Por tanto es mayor milagro curar los males de la propia alma, que las enfermedades de los otros; y se debe hacer más del estado de la santidad de vida, que del don de hacer prodigios; pues el Salvador del mundo, hablando á sus discípulos de esas curaciones exteriores, les dice que no se regocijen de que los demonios les estén sujetos; sino que se alegren de aquella pureza de su vida y de sus corazones por la cual sus nombres están escritos en el cielo.

« El santo abad Nesteros, dice luego Casiano acabando de relatar esta segunda conferencia, después de haber nos hablado del don de milagros y de haber nos dado estas santas instrucciones, nos condujo hasta la celda del santo abad José, que distaba de la suya cerca de dos leguas. »

EL ABAD JOSÉ, ANACORETA DE PANEFISA ¹

No repetiremos aquí lo que ya hemos dicho en otra parte, hablando de los discípulos de san Antonio, sobre el abad José de Panefisa, cuya discrecion encomió ese santo. Se cree que este es el mismo á cuya celda acabamos de ver que el abad Nesteros condujo á Casiano y a Germán. Era de una condición distinguida, como veremos luégo, y recibió una esmerada educación; pero prefirió la humildad de Jesucristo á las ventajas del mundo, retirándose, siendo aún jóven, á un monasterio, en el cual cultivó mucho las Letras

¹ Casiano, *Vita Patrum*.

santas adquiriendo en ellas gran conocimiento, no solo con su propia lectura, más aún por las luces de otros. Se retiró después en particular, y tuvo discipulos con los cuales formó una pequeña comunidad. Eulogio, sacerdote de Alejandría, quien ayunaba muy austeramente, pasando algunas veces dos días, y otras una semana entera sin comer nada, tuvo un día la curiosidad de ver por sí mismo su conducta y la de sus discípulos. Fué con algunos de los suyos á su monasterio, donde este santo abad lo recibió con muchas muestras de respeto y de alegría, y le hizo preparar comida del mejor modo que pudo en su religiosa pobreza. Los discípulos viendo sus apuros, le dijeron que su maestro sólo comía pan y sal ; pero el abad José fingió no oírlos, y él mismo comió de aquello que se había puesto en la mesa. Permanecieron tres dias en el monasterio, y durante todo ese tiempo nunca oyeron salmodiar á los discípulos de este venerable abad, ni aún se apercebieron que hiciesen oración ; pues practicaban en secreto estos santos ejercicios para evitar los lazos de la vanagloria ; de suerte que des pués de estos tres días se retiraron muy poco edificados.

Pero Dios, que quería curarlos de su falso juicio, hizo que habiendo partido se levantase una niebla tan espesa que les hizo perder de vista el camino que debían seguir, por lo que volvieron, al monasterio. Así que hubieron llegado á la puerta, oyeron que el abad José y sus discipulos cantaban los salmos ; quisieron aguardar que hubiesen concluido ; lo que duró largo tiempo, después del cual llamaron.

De esta respuesta tomó motivo este gran anacoreta para hablarles de las amistades cristianas, en un coloquio en el cual dió excelentes reglas sobre la caridad, las cuales son muy útiles á todas las personas que viven en comunidad, como también á aquellas que están unidas por los vinculos de una amistad bien ordenada.

Enpezó su conferencia distinguiendo las diferentes causas que producen entre los hombres una amistad natural y toda humana. « Algunas veces, dice, la recomendación que se nos ha hecho de una persona habiéndonos procurado su conocimiento, nos une por amistad con ella; otras veces nuestra amistad viene de ocuparnos juntos con otro en los mismos trabajos y en la misma profesión. Aún hay otra que proviene del instinto ó de la naturaleza, de esa ley natural que hace que amemos á nuestros conciudadanos, á nuestros padres, á nuestros hermanos y á nuestros hijos. Más como todas esas amistades son comunes á buenos y á malos, muchas veces se deshacen por la separación de los lugares, por el olvido, duración de tiempo, y diversidad de ocupaciones; y el menor accidente basta para romperlas.

« No hay más que una clase de amistad que sea estable; aquella que tiene por principio la semejanza en las buenas costumbres y en la virtud. Una vez contraída esa alianza entre dos personas, ya no hay diferencia de inclinación ni contrariedad de voluntad ó de deseo que se deba temer. No por eso queremos decir que no hayamos visto personas unidas por la caridad de Jesucristo, cuya amistad ha perdido su primer fervor; sino que no se ha conservado, por que siendo debilitada por la languidez de uno, no ha podido ser sostenida por la fuerza de paciencia del otro. Así, por más esfuerzos que este haya hecho para sostenerla cuando vacilaba, se ha roto al fin por la extrema debilidad del otro; pues aunque los fuertes manifiesten una grande paciencia para con los débiles, estos fácilmente sucumben bajo el peso de su propia flaqueza, y la misma obligación que uno tiene de soportarlos, se le hace insoportable. » Sólo, pues, la semejanza en la virtud, hace la amistad constante; y cuando David ha dicho, *que es bueno y dulce que los hermanos moren reunidos* (Psal. 132), esto precisa-

mente no se debe entender de aquellos que están en un mismo lugar, sino de aquellos que viven en un mismo espíritu; pues de que sirve habitar en un mismo lugar á aquellos que están lejos uno de otro por la contrariedad de sus costumbres y la diferencia de su conducta? Es la unión de virtud y no de mansión, la que hace á dos personas hermanas delante de Dios, y jamás la paz se puede conservar cuando las voluntades son diferentes.

De ahí tomó ocasión el abad Germán para preguntarle si cuando uno de dos amigos quiere una cosa que cree serle ventajosa según Dios, debe seguir su buena voluntad, aunque su amigo sienta lo contrario, ósi debe dejarla para complacer á su amigo. El abad José le respondió que no habia peligro que eso sucediera entre amigos igualmente inclinados al bien. Que si ellos empiezan á entrar en contestaciones demasiado vivas, es evidente que jamás habían sido amigos según el principio que ya habia establecido. « Pero, añade, yo creo que es necesario que os dé en pocas palabras una regla fácil para adquirir la paciencia y la paz que os servirá de un medio para consolidaros en la perfección de la amistad.

El primer fundamento, pues, de una verdadera amistad consiste en no aficionarse á nada del mundo, ni siquiera á aquello que á uno le sirve de uso ordinario; porque eso sería una irreligión, que después de haber renunciado el siglo se prefiriese alguna insignificante cosa que de el nos quedara, á la amistad de nuestros hermanos que nos debe ser tan preciosa.

« El segundo grado es renunciar enteramente á su propia voluntad, por temor de que considerándose demasiado sabio é ilustrado, no se quiera más seguir sus sentimientos que los de su hermano. El tercero es saber sacrificar al bien de la caridad y de la paz todo aquello que se crea útil y aun necesario.

« En cuarto lugar, es necesario persuadirse bien que jamás hay motivo alguno por el cual sea permitido encolerizarse. En quinto lugar, conviene tratar de remediar el mal humor y la cólera que sin motivo nuestro hermano ha concebido contra nosotros, y endulzarla con tanto cuidado como la haríamos en nosotros mismos. En fin este último grado, que también es la ruina de todos los otros vicios, es creer cada día que uno debe morir antes que este se haya pasado. »

Tales son las reglas de caridad que el abad José proponía á Casiano y á Germán, para hacer la amistad cristiana firme y constante ; y estas reglas bien observadas en todas clases de comunidad, se verificaria á la letra el oráculo del Profeta rey : *¡ Oh que bueno y dulce es que los hermanos habiten reunidos !*

Lo que el bienaventurado abad añade en el curso de la conferencia no es menos útil é instructivo. « 1º Sino hay, pues, nada, dice, que se deba preferir á la amistad, tampoco hay cosa alguna que no se deba hacer y sufrir antes que dar entrada á la cólera. Todo se debe sacrificar y todo se debe sufrir de buen corazón, á fin de conservar inviolable el lazo de la caridad y de la paz.

« 2º Como el demonio siembra enemistades entre las personas débiles por pequeñas comodidades temporales, trata también de sembrar motivos de desunión entre las personas espirituales por la diversidad de sus sentimientos ; por eso para conservar la caridad, no basta quitar el primer principio de las querellas, que nace de las cosas terrenas, conviene arrancar el segundo, que emana de la diversidad de sentimientos, sujetando humildemente nuestro espíritu para hacerlo conforme al de los otros.

« 3º Observemos inviolablemente esta ley tan santa de nuestros ancianos, que nos prohíbe adherirnos á nuestros sentimientos con preferencia á los de nuestros hermanos.

Estamos muy conformes en esto que san Pablo predijo, *que el demonio se transforma en ángel de luz* (I Cor. 12), para taparnos los ojos y hacernos pasar el error por la verdad ; y este es un lazo inevitable al que se apoya demasiado en su propio juicio, sino se corrige de este vicio haciéndose discípulo de la humildad.

« No hay persona alguna, sea por ilusión del demonio, sea por el error que es ordinario en los hombres, que no experimente en esta carne mortal, que se puede engañar. Aun aquel que tiene un espíritu más claro y más ciencia, cree algunas veces verdadero aquello que es falso ; y otro que tiene menos luces puede en ciertas ocasiones ser más justo en sus sentimientos. Esto es lo que obliga á los más sabios á no ser jamás tan presuntuosos que crean no tener necesidad de consultar á los otros.

« 5° Quien podría sin perderse, atribuirse á sí esa independencia de todos los otros, después que san Pablo, ese vaso de elección, ese Apóstol á quien el mismo Jesucristo hablaba, como él lo asegura, declara no obstante que él ha venido á Jerusalém sólo para conferenciar con los apóstoles sobre el Evangelio que predicaba á los Gentiles, y que había aprendido del mismo Dios en sus revelaciones ?

« 6° La Escritura ensalza de tal modo la caridad, que san Juan dice, no solamente que es una cosa divina, sino que es el mismo Dios. *Dios, dice, es la caridad* (Joan. 4). Se pueden hacer extensivos á todo el mundo los efectos de esta caridad, de la cual el bienaventurado Apóstol dice: *Mientras tenemos tiempo, practiquemos el bien para con todos* (Gal. 6) ; y se debe de tal manera á todo el mundo, que ni los mismos enemigos se pueden excluir. Mas esa caridad de afección, llamada amistad, se tiene con pocas personas, y solamente con aquellos que nos están unidos por una semejanza de costumbres y virtudes. Eso lo ve-

mos por el ejemplo de Jacob, quien, amando á sus doce hijos con una ternura verdaderamente paternal, sentia no obstante una inclinación particular por José (Gen. 37). Y por ventura no está escrito de san Juan, que era el discípulo amado de Jesus, aunque Jesus amase á los otros discípulos con un afecto muy particular (Joan. 13)?

« 7º La esposa, en el Cantar de los Cantares, dice: *Regulad en mí la caridad* (Cant. 2º sec. LXX). Luego la caridad bien regulada es aquella que no teniendo aversión á nadie, ama no obstante á algunos de un modo particular á causa de la excelencia de su virtud y de sus méritos, la cual sintiendo un afecto general para todo el mundo, se reserva un pequeño número de personas escogidas para amarlas con mayor efusión de corazón, y aun en este pequeño número escogido hace una segunda elección, por la cual se reserva algunos que ocupan el primer lugar en su amor y en su corazón. »

El abad José manifiesta después algunos defectos de caridad de ciertos religiosos, en los cuales unos estando ofendidos contra sus hermanos, ó siéndolo sus hermanos contra ellos; « en lugar, dice, de pensar en calmarse ó apaciguar á los otros con palabras dulces y una humilde satisfacción, disimulan la tristeza que les causa su propia emoción, ó la de los otros, y manifiestan no estar ofendidos, lo que sólo sirve para encender un fuego que hubieran podido extinguir, si hubiesen sido más humildes y más caritativos.

« Otros, añade, estando ofendidos por los discursos de algunos de sus hermanos, cuando alguna persona sabia les suplica que se suavizen, responden á sus avisos, que si un pagano ó una persona del mundo les hubiese hecho esa injuria, la hubiesen soportado; pero que no hay medio de sufrirla de su hermano; como si no se debiera tener paciencia más que con los paganos y sacrilegos; y como si

la cólera sólo fuera mala contra un pagano, y fuera buena contra nuestro hermano.

« Y qué abuso más grande puede haber que creernos algunas veces muy pacientes con dejar de responder á nuestros hermanos que nos irritan, mientras que agriamos su cólera con un silencio afectado, ó con gestos de menos precio y de risa? Nos creemos inocentes, porque no ha salido nada de nuestra boca que nos pueda hacer condenar por los hombres; pero en el discernimiento de los pecados, por ventura Dios no tiene en consideración más que las palabras, y en su juicio no examinará esa cólera soberbia que se esconde con frecuencia bajo el velo del silencio?

« También se encuentran algunos que estando en mal humor ó en cólera, se abstienen de comer con una obstinación invencible; hay otros que, cuando estan en paz, no pueden aguardar á comer más tarde de sexta, ó lo más de nona, quienes al encontrarse en este estado paran sin pena dos días seguidos sin comer, porque soportan facilmente el defecto de nutrición nutriendose y como susteniendose con la cólera.

Por fin, hay otros que llevan la ilusion más lejos, quienes, no contentándose con haber promovido cuestiones, hacen también con sus palabras ofensivas que sus hermanos lleguen á pegarles; y entonces afectando parecer dulces y pacientes, y habiendo recibido un pequeño golpe, ofrecen al momento la otra mejilla para recibir otro golpe, pensando con esta hipocresía cumplir perfectamente el mandato de Jesucristo. Pero si considerais bien el fin y el motivo de tal proceder, reconoceréis fácilmente que no se puede cumplir con la paciencia y la dulzura con un espíritu todo opuesto que no respira más que impaciencia y furor. Así cuando Jesucristo nos dice que debemos presentar la otra mejilla á aquel que nos ha herido la derecha, no solamente esto se debe entender al piede la letra, sino

que el sentido principal es que añadamos á la paciencia exterior la del hombre interior, arrancando de nuestro corazón todas las raíces de la cólera, aceptando humildemente la afrenta recibida y cuidando de hacer volver en sí al que nos la ha hecho, con nuestra paciencia y dulzura (Math. 5).

« Se debe, pues, creer, contenúa al abad José, como una cosa incontestable, que aquel que somete su voluntad á la de su hermano, tiene mucha más fuerza y virtud que aquel que está más aficionado y obstinado en defender sus sentimientos. El primero es semejante á una persona sabia y robusta que sufre una enfermedad; el segundo ocupa el lugar de aquel enfermo, al cual conviene mitigar y tratar con dulzura, teniendo para con él algunas veces la condescendencia de ceder en alguna cosa para guardar la paz con él.

« Vosotros mismos podeis notar que aquellos que son tan débiles tienen como inclinación natural en maltratar á los otros, y sin embargo son extraordinariamente delicados por aquello que les pertenece; y cuando ellos tratan con una libertad inconsiderada á los que están con ellos, no quieren sufrir que se les diga la menor cosa que les desagrada.

Por fin, concluye el abad José, el solitario que quiere conservar una amistad sincera é inviolable con sus hermanos, debe procurar en primer lugar que por más injurias que se le hagan, conserve siempre la paz en el fondo de su corazón. Que si siente la menor alteración debe guardar un religioso silencio. No debe considerar su estado presente ni aquello que la pasión le representa; sino que se debe acordar de la caridad que ha tenido hasta entonces, y sólo pensar en procurar la paz, la cual ha de considerar como debiendo suceder á esa emoción que la altera.

« Contengamos, pues, de tal modo, dice también, los

movimientos de la cólera, y regulémoslos de tal suerte con nuestra prudencia, que no seamos arrastrados por ellos. Dilatemos nuestro corazón con la extensión de la paciencia. Cedamos en este corazón á esa virtud un lugar tranquilo, donde delibere despacito sobre cuanto le acaezca. Dilatémosle por temor que estando coartado por la pusilanimidad, nose llene instantaneamente por los movimientos de la cólera, y que no podais ya recibir más en él, á causa de esta restricción, la ley de Dios, que el Profeta llama una ley extensa (Psal. 118).

« Así es como, dice Casiano terminando esta conferencia, el bienaventurado abad José nos habló de la amistad cristiana espiritual, escitándonos á amarnos aun con más ardor y firmeza de lo que habiamos hecho. » Antes de concluir el artículo del abad José creemos deber referir un ejemplo de obediencia que Casiano colocó en su cuarto libro de las *Instituciones*, y que parece referirse á este abad, aunque este historiador no lo nombre. Tampoco nosotros nos atrevemos á asegurarlo; pero la semejanza de condición y educación parece autorizar nuestra conjetura; y si se refiere á cualquier otro que no sea el abad José, no quedará uno menos edificado de verlo aquí. « Yo hablaré también, dice Casiano, de un religioso muy conocido mio, que era de una familia muy ilustre; pues era hijo de un conde muy rico, y había sido perfectamente instruido en todas las bellas letras. Habiendo, pues, dejado sus parientes y abrazado la pobreza del monasterio, el superior para probar su humildad y su fé, le mandó que tomara diez espuelas de mimbres, que las cargara sobre sus hombros y que las llevara por todas las calles de la ciudad para venderlas, aunque se pudiese prescindir de ello, con esta condición, que si alguno se las quería comprar todas juntas, no las vendiera, y que sólo las vendiera de una en una; lo que le mandó á propósito á fin de que en este estado

permaneciera más tiempo en la ciudad. Cumplió esta comisión con una fé admirable, y pisoteando la falsa vergüenza del mundo por el amor de Jesucristo, puso estas espueñas sobre sus espaldas, las vendió del modo y al precio que le habían dicho, y trajo el dinero al monasterio. No se admiró de un empleo tan vil y bajo, y sin considerar la desproporción de este ejercicio con la cualidad que poseia en el mundo, sus deseos sólo se dirigen á ponerse en estado, por su obediencia, de adquirir la humildad de los Hijos de Dios, que es la verdadera nobleza. »

EL ABAD PINUFIO ¹.

La humildad del abad Pinufio fué tan prodigiosa, que Casiano, después de haber hablado de él en sus Instituciones como de un modelo admirable, vuelve á hablar en su vigésima conferencia. Hé aquí lo que en sustancia dice de este venerable religioso.

El abad Pinufio era sacerdote y superior de un célebre monasterio en Egipto cerca de Panefisa, en el cual habia una comunidad numerosa. Se habia hecho tan respetable en toda la provincia por sus extraordinarias virtudes, y sus milagros le habian adquirido una gloria tan grande, que creyendo haber ya recibido por las alabanzas de los hombres la recompensa de sus trabajos, fué cogido de un vivo temor de perderlos bienes celestiales ; y en esta aprensión se determinó á abandonar secretamente su monasterio para retirarse en otro en el cual se pudiese ejercitar sin ser conocido en las prácticas de humildad. Se escondió, pues, y

¹ Casiano.

se retiró á las entrañas de la Tebaida. Allí no quiso vivir como anacoreta, como fácilmente hubiera podido ; sino que quiso más entrar en el célebre monasterio de Tebas, para estar allí más escondido, y para sujetarse, según sus deseos, al yugo de la obediencia.

Se quitó el hábito que llevaba con el cual habría podido ser conocido, y se puso uno de seglar con el cual se presentó á la puerta del monasterio. Aquí permaneció muchos dias, derramando lágrimas en abundancia y postrándose á los pies de todos aquellos que entraban y salían, para obtener la gracia de ser admitido. Pero bien lejos de acceder, se le probó, según costumbre, con desprecios humillantes. Le dijeron que no era más que un hipócrita que sólo venía para asegurar su vejez y tener pan, después de haber pasado sus primeros años satisfaciendo sus placeres en el siglo. Por último, lo llenaron de desprecios, que no obstante él sufrió con una humildad y paciencia heroicas. Su perseverancia hizo que después de muchas dilaciones lo admitieran en el monasterio, pero no lo consideraron más que como á un viejo que para nada sirve, y lo emplearon en el jardin bajo la disciplina de un religioso mucho más joven que él.

Cumplió este deber con una humildad prodigiosa ; no solamente hacia todo cuanto este jardinero ó su empleo exigía de él, sino que aún durante la noche se levantaba en secreto para hacer otras obras muy penosas y que todos los hermanos las consideraban como muy odiosas, aunque por otra parte necesarias ; de suerte que por la mañana la comunidad quedaba extrañamente sorprendida, cuando veía todas esas obras concluidas sin conocer quien las había hecho.

Perseveró tres años en estos ejercicios durante los cuales los religiosos de su monasterio lo buscaban por todas partes ; pero por fin fué reconocido por un religioso que pasó

del Egipto á Tebas. Al principio el cambio de sus hábitos y el vil empleo en el cual lo veia ocupado le hicieron temer de engañarse ; pues siempre lo veia encorvado cavando la tierra y llevando él mismo sobre sus espaldas el estiercol que esparcía en ella para engordar las yerbas. Mas este hermano, después de haber lo observado largo tiempo, se acecó por fin más, y lo reconoció mejor por su rostro y por el metal de su voz, no quedándole ya duda ; y al momento se arrojó á sus pies para presentarle sus respetos.

Todos los religiosos que vieron esta acción, quedaron extremamente sorprendidos de ver honrar tanto á un hombre que ellos consideraban como un novicio, y que ocupaba el último lugar entre ellos ; pero lo quedaron mucho más cuando supieron que era el célebre abad Pinufio, cuya reputación habia volado hasta ellos, y habia adquirido de su parte una veneración y estima particular. Todos se le presentaron á pedirle perdón por su ignorancia y de que á su edad le hubiesen tenido tanto tiempo entre los hermanos jóvenes.

Este santo varón, viéndose así descubierto, fué transido hasta el fondo de su alma de un dolor tan vivo, que le hizo derramar lágrimas en abundancia. Atribuyó este suceso á la malignidad del demonio, que le envidiaba las ventajas de su estado, y deploraba su desdicha en esto que decia no habia podido merecer acabar allí sus dias. En estos sentimientos de dolor fué conducido á su monasterio por los mismos hermanos de Tebas, quienes le demostraron toda suerte de veneración.

Sus religiosos lo recibieron con una alegría inenarrable ; y el temor que tenían que no se les escapase por segunda vez, hizo que lo vigilasen con un cuidado particular, pero fué inútilmente. Después de algún tiempo, el mismo deseo de un estado humilde lo cogió aun con más ardor : se aprovechó del silencio y de las tinieblas de la noche, y se

marchó de nuevo, no ya á los desiertos vecinos, sino á las regiones más remotas ; pues se embarcó en un buque que partía para Palestina, en donde el creyó que no sería más descubierto ; y habiendo llegado al monasterio en donde Casiano y Germán moraban, y que no estaba muy lejos del establo de Belén, en el cual Jesucristo habia nacido, lo recibieron como un novicio y lo hospedaron en una misma celda con estos dos religiosos. Allí aún permanecio algún tiempo desconocido ; pero se verificó muy presto, dice Casiano, la palabra de los Hijos de Dios, que dice que una ciudad situada encima de una montaña no puede ser escondida (Matth. 3) ; pues algunos solitarios de Egipto, quienes por devoción habían ido á visitar los santos Lugares, todavía lo reconocieron y lo condujeron de nuevo en son de triunfo á su monasterio del cual, apesar de su humildad, se vió obligado á tomar otra vez la dirección para siempre.

Hé aquí esto que Casiano nos ha dicho del abad Pinufio, á quien hace hablar en sus *Conferencias*. No se descuidó de ir con el abad Germán á visitarlo en su monasterio ; pues tenían vivos deseos de verlo otra vez. « Encontramos, dice Casiano, un hombre que nos recibió con un afecto inesplicable. Nos consideró como sus ancianos compañeros de mansión y de celda, y quiso en cambio hospedarnos en la suya, que estaba en la parte más escondida del jardin. Allí fué, continúa, donde dió todas esas bellas reglas tan sublimes, con las cuales instruía un joven hermano, que se habia comprometido á la regla del monasterio, y la perfección del renunciamiento que allí propuso nos pareció tan excelente, pero al mismo tiempo tan difícil, que ya no nos pudimos persuadir jamás que nuestra bajeza pudiera llegar á ella. En este abatimiento nos fuimos á reencontrar este santo viejo, á quien no pudimos ocultar nuestra inquietud. El quiso saber la causa de élla ; y el abad Germán derramando lágrimas le dijo : « Vos nos habeis abierto los ojos,

Padre mio, para hacernos ver grandes cosas ; pero cuanto más nos habeis hecho conocer la grandeza de nuestra profesión, tanto hemos desconfiado de nosotros en la impotencia de llegar á ella. »

El abad Pinufio le respondió : « Vuestra humildad me extasia, y siento un placer al oiros hablar de la suerte. Yo me acuerdo muy bien de aquello que en otro tiempo notaba en vosotros cuando moraba en vuestra celda. Yo me regocijo que recibais tan bien esto que yo, que soy el último de los cristianos, os represento con mis discursos, lo cual vosotros ejecutais mejor con vuestras acciones que no os lo espreso yo con mis palabras. Pero como yo estimo en mucho esa disposición en que os veo, de querer parecer tan ignorantes en la conducta de los Santos, como si aún no hubieseis empezado á vivir como religiosos, os explicaré aquí, y en pocas palabras, cual es el fin de la penitencia, como deseais ; pues esa antigua amistad con la cual Dios nos unió, me obliga en cierta manera á obedeceros á expensas mismas de mi ignorancia, y más allá de lo que yo puedo. » Después de este preludeo, Casiano hace entrar al abad Pinufio en materia sobre la perfección de la penitencia, y dice que consiste en no cometer más los pecados de los cuales nos arrepentimos, y que la señal de una total satisfacción y del perdón que se ha recibido, es echar de nuestro corazón todo afecto y adhesión á estos pecados ; lo que explica con varios pasajes de las Escrituras. Luégo explica diferentes medios que la gracia de Dios nos ha dejado para borrar nuestras culpas, y que nadie debe desesperar de obtener su perdon, después de tantos medios que tenemos para repararlas. « Pues, dice, además de la gracia del bautismo y precioso don del martirio, hay muchos frutos de penitencia con los cuales uno obtiene la entera expiación de sus crímenes. » No solamente se ha prometido la salud á esta simple penitencia de la cual san Pedro ha

dicho : *haced penitencia y convertios, á fin de que vuestros pecados queden perdonados*, la caridad tiene tambien esa misma fuerza ; *ella cubre*, dice el mismo Apóstol, *la multitud de los pecados*. La limosna es también un excelente remedio para nuestras penas. Las lágrimas lavan la mancha de nuestras faltas. Dios otorga la oblación de los crímenes á la humilde confesión que de ellos se hace. La aflicción del corazón y del cuerpo sirven también para obtener el perdón. Dios perdona también los pecados por las súplicas que le dirigen sus Santos. Algunas veces también la misericordia y la fé nos hacen merecer el perdón. La salud y la conversión de aquellos á quienes hemos servido con nuestros avisos y predicaciones, atraen también la misericordia de Dios sobre nosotros. La facilidad que demostramos en perdonar las faltas que se han cometido contra nosotros, hace que Dios nos perdone las que nosotros hemos cometido contra él. Después de esto, hijos míos, no admirais como Dios nos ha abierto las puertas de su misericordia, á fin de que ni uno de aquellos que deseen salvarse se deje arrastrar por la desconfianza y el abatimiento, viendo cuantos remedios le ofrece para adquirir la santidad y la verdadera vida? Esto es en sustancia todo lo principal que hay en la conferencia del abad Pinufio, y nosotros nada más sabemos de su vida.

Hemos dicho que Casiano y Germán se hallaban presentes en un monasterio del abad Pinufio, cuando este revisió del hábito monástico á un joven, y le oyeron los excelentes consejos que le dió sobre el estado que iba á abrazar. Los ha puesto al fin del cuarto libro de sus Instituciones, tales que los vamos á relatar.

« Cuando fuimos á Egipto, dice Casiano, y hubimos buscado con diligencia al santo viejo Pinufio, á causa de la familiaridad que habíamos tenido durante el tiempo que estuvo retirado en nuestro monasterio, dió en presencia

nuestra un aviso tan importante á un solitario que recibió en su monasterio, que me creo en el deber de reírlo aquí para utilidad de los lectores.

« Vos sabeis, hermano mio ¹, le dijo, cuantos dias habeis permanecido postrado á la puerta del monasterio hasta que hoy habeis entrado en él. Conviene, pues, haceros comprender porque razón esta entrada se ha hecho tan difícil á fin de que andeis con fidelidad por el camino al cual habeis deseado entrar.

« A la manera que Dios promete una gloria sin fin á aquellos que son fieles, y que se unen intimamente á él por la regla de este monasterio, así también amenaza con horribos suplicios á aquellos que evaden pererosos las reglas de esta santa vida, y que no responden con la santidad de sus obras, á la de su profesión y al alto concepto que los hombres han concebido de su estado (Ecles. 5). Así la Escritura nos enseña que vale más no hacer votos, que faltar á su cumplimiento después de hechos; y pronuncia maldiciones contra los que hacen la obras de Dios con negligencia.

« Hé aquí pues, hijo mio, la razón porque os hemos fastidiado tanto tiempo; no era que no estuviésemos dispuestos á otorgaros á vos, y á todos los hombres, los recursos espirituales que están á nuestro alcance, y que nosotros no queramos ir al frente de aquellos que se quieren convertir á Jesucristo; sino que ha sido por el temor que recibiendoos con demasiada precipitación, os hicieramos culpable de ligereza delante de Dios, así después de haberos admitido sin haberos hecho comprenderla importancia del estado á que os comprometiais, cayerais enseguida en el relajamiento, ó lo habandonaseis por una desdichada diserción.

¹ Ahí se vé la costumbre establecida en los antiguos monasterios en no admitir á aquellos que se presentaran para ser recibidos en ellos, sino después de haberlos probado con demoras y humillaciones.

« Para formaros una justa idea de nuestro estado, entended en primer lugar que no es más que una renuncia al mundo. Es un testimonio público que el religiosoda de ser crucificado y muerto. Creed, pues, desde hoy que vos sois verdaderamente muerto para el siglo, para sus obras y sus deseos, y que, según la palabra de san Pablo, estais crucificado para el mundo y el mundo lo está para vos. Mirad que esta es la cruz que en adelante debéis llevar, pues ya no sois vos el que vive, sino que es Jesús crucificado quien vive en vos.

« En todo el curso de vuestra vida debéis tener por espejo el estado de Jesucristo clavado en la cruz, á finde que, según la expresión del Profeta, perforando vuestra carne con el temor del Señor, con los clavos, tengais vuestra voluntad y vuestros deseos clavados á la cruz y á la mortificación, bien lejos de sujetarlos á la concupiscencia. Así es como cumpliréis aquello que nos recomienda Jesucristo, cuando dice: *Aquel que no toma su cruz para seguirme, no es digno de mi* (Matth. 16).

« Pero cómo, me diréis, un hombre puede estar al mismo tiempo vivo y crucificado? Nuestra cruz es el temor del Señor; luego, á la manera que aquel que está crucificado ya no tiene la libertad de mover sus miembros según quiere, así, nosotros ya no debemos regular más nuestra voluntad y nuestros deseos á nuestro gusto, sino según la ley del Señor. Y á la manera que aquel que está clavado en la cruz ya no piensa mas en satisfacer sus pasiones y no tiene más solicitud para el porvenir, ni deseo de amontonar riquezas, ni orgullo, ni disputas, ni resentimiento por las injurias que se le hacen ó que ha recibido en lo pasado; que se considera como muerto á todos los elementos, aunque aún vivo, y que en fin ya tiene todo su corazón en el lugar donde va á pasar; así también es necesario que estando clavados en la cruz por el temor del Señor, seamos muertos no solamente

á los vicios, más aún en cierta manera á la elementos, y que tengamos el ojo interior de nuestra alma siempre fijo allí adonde debemos creer que podemos ir á cada momento.

« Guardaos, pues, bien de buscar jamás aquello que habeis dejado, y de volveros, contra el mandamiento de Jesucristo, del campo evangélico en donde trabajéis, para tomar de nuevo vuestra túnica de la cual os habeis despojado. No descendais contra su orden, de lo alto de la perfección para tomar por las acciones bajas y terrestres de este mundo, alguna cosa de la primera vida á la que habeis renunciado. Olvidad vuestros parientes y vuestras antiguas afecciones, temiendo que enredándoos de nuevo en lo obstáculos del mundo, no se diga de vos que habeis mirado atrás después de haber puesto mano al arado, y que no sois apto para el reino de Jesucristo.

« Hoy manifestáis, en el fervor de vuestra conversión, que pisoteais el orgullo del mundo con una humildad sincera ; no deis, pues, más entrada á este orgullo en vuestra alma por una vana elevación de corazón, cuando comenzareis á gustar el canto de los salmos y la dicha de vuestra profesión, por temor que reedificando con esto, como dice el Apóstol, aquello que habeis destruido, no prevaricaseis. Galat. 2.) Conservaos mas bien en esa apobreza que habeis abrazado, de la cual habeis hecho voto delante de Dios y de sus ángeles, y perseverad en ella hasta el fin.

« De ningún modo se debe permitir que permanezcáis en este estado de humildad y de paciencia de que habeis dado pruebas en los diez días que habeis permanecido en la puerta del monasterio suplicando con muchas lágrimas que os admitiéramos en él ; adelantad en esta virtud y haced que crezca en vos ; pues que desdicha no sería, si, bien lejos de hacer en ella nuevos progresos y de adelantar en la perfección, cayeseis, relajándoos, en un estado aun más

bajo que este en que ahora estáis? Efectivamente, *no será aquel que empiece una vida santa el que se salvará. sino el que perseverará hasta el fin* (Matth. 24).

« El demonio, esa serpiente astuta y artificiosa, observa nuestros pasos; es decir, nos tiende lazos hasta el fin. De nada pues, serviría el haber empezado con gran fervor, sino coronaseis tan bellos principios con un fin dichoso, y sino practicaseis con el mismo celo hasta la muerte la humildad y la pobreza de Jesucristo de que acabais de hacer profesión en su presencia; para sosteneros, pues, en este santo estado, mirad bien la cabeza de la serpiente, es decir observad el principio de las tentaciones que os inspire, descubridlas al momento á vuestro superior. Asi quebrantaréis la cabeza de la serpiente á medida que no reparéis en descubrir al superior todos los pensamientos que eche dentro de vuestra alma.

« Por esto yo os exhorto que después de haber empezado á consagraros al servicio de Dios, permanezcáis firme en su temor, como se dice en la Escritura, y prepareis vuestra alma, no para el descanso, la seguridad y las delicias, sino más bien para las tentaciones y sufrimientos. (Eccli. 2). No podriamos entrar en el reino de los cielos sin pasar por muchas tribulaciones. El camino que conduce á él y la puerta por donde se entra son estrechos: pocos son los que los hallan. Esto os debe enseñar que habiendo sido elegido para ser de ese pequeño número, no os debéis dejar arrastrar por el ejemplo del gran número dejándoos llevar por la pereza y la tibieza; antes bien debéis imitar á los del pequeño número, á fin de que merezcáis entrar con ellos en el reino de Dios. Vos sabéis que son muchos los llamados y pocos aquellos á quienes el Padre celestial dá la herencia del cielo. No creáis, pues, que sea una falta ligera en un religioso, quien después de haberse comprometido en un estado que tiende á la perfección, en lugar

de trabajar en adquirirla se rebaje en una manera de vivir tan imperfecta. Ahí ván los grados por los cuales se llega á la perfección á que vosotros debéis aspirar.

« Os he dicho que el temor del Señor es el principio y sostén de nuestra salud. Por él aquellos que abrazan una vida perfecta se convierten á Dios, se purifican de sus vicios, y permanecen en las virtudes que han adquirido. Cuando este saludable temor penetra en un alma, le inspira un general menosprecio de todas las cosas ; le hace olvidar á sus parientes, y le hace mirar al mundo con un santo horror. Este menosprecio y este despojamiento le conduce á la humildad. Ahí van las señales por las cuales se conoce que un religioso posee esta sincera humildad : 1° Si mortifica todas sus voluntades ; 2° si nada deja ignorar á su superior, no solo de sus acciones, más aun de sus pensamientos ; 3° si lejos de confiar en sus propias luces, se somete enteramente al juicio de su superior, si recibe sus avisos con ardor y una santa alegría ; 4° si practica fielmente la obediencia, la dulzura, y una paciencia constante ; 5° si no solo no mortifica á nadie, sino que ni aún se aflige por las injurias que recibe de otros ; 6° si nada se atreve á hacer que no sea permitido por la regla y conforme al ejemplo de los ancianos ; 7° si para él nada encuentra demasiado humilde, y si siempre se considera como un malo é indigno servidor, aún cuando haya hecho todo aquello que se le ha mandado ; 8° si se considera como el último de todos, no solamente por la palabra, sino por un sincero sentimiento del corazón ; 9° si retiene su lengua y no levanta la voz ; 10° si no se deja llevar por la risa con demasiada ligereza. Tales son las señales, ú otras semejantes, con las cuales se conoce la humildad de un religioso ; y cuando la posee verdaderamente, lo conduce á esa caridad divina que rechaza el temor y con la cual hace fácil y naturalmente aquello que antes practicaba con mucha dificultad por la

aprensión de los suplicios eternos ; cuando poseendo esta caridad lo practica por gusto y por el placer que encuentra en el bien.

« Pero si quereis llegar más fácilmente á este estado, no os reguleis permaneciendo en el monasterio, por el ejemplo de muchos ; antes bien por el de algunos, y mejor por el de uno ó dos solamente. Pues, á mas de que se encuentran pocas personas que sean modelos de una vida perfecta, hay esta ventaja que uno se instruye con mas facilidad en la perfeccion de la vida cenobítica por el ejemplo de uno solo.

« Para adquirir más bien esto que acabo de recomendaros y perseverar sin dejar de combatir en esta santa disciplina, observad fielmente tres cosas. La primera es la que dice el Real Propheta : *En quanto á mi era como una persona sorda que nada oye, como un mudo que no abre la boca ; era como un hombre que no entiende y no habla.* (Psal. 37).

« Es necesario, pues, que estéis en el monasterio, como si fuerais sordo, mudo y ciego ; que sólo fijeis vuestra vista sobre aquel que habeis tomado por modelo, y que aparteis los ojos de todas aquellas otras cosas que son menos perfectas, ó menos edificantes, por temor que la autoridad de aquellos que están relajados y el respeto que teneis por ellos, os conduzca poquito ó poco al mismo relajamiento, y á hacer cosas que habeis condenado desde el principio.

« Si veis, pues, alguno que falte á la obediencia, que sea díscolo ó maldiciente, ó que contradiga á lo mandado por la regla, no os escandaliceis, y que su ejemplo no os arrastre ; sino portaos como un ciego á vista de todas estas cosas, y dejadlas pasar como si no las entendieseis.

« Si alguno os hace alguna injuria, si otro os ultraja, sed firme é inmóvil, y escuchadlo como mudo que no tiene lengua para replicar. Entences acordaos de estas palabras de David : *Yo dije : Yo guardaré mis caminos, para que no*

peque con mi lengua; he puesto un centincela á mi boca cuando el pecador se me presentaba para atacarme, yó permanecí mudo, y me humillé, y guardé silencio para no decir cosas buenas (Psal. 33).

« Pero ahí va lo que os recomiendo de un modo particular, y que debéis mirar como el coronamiento de las virtudes cuya práctica os he propuesto. Hacedos como insensato en este mundo, á fin de llegar á ser sabio como lo decia el mismo san Pablo. No examineis nada, ni discutais sobre aquello que se os mande. Obedeced con simplicidad y una fé viva. No creais nada bueno, ni útil, ni cuerdo, ni prudente, que no sea la ley de Dios ó el mandato de vuestro superior. Con esto perseveraréis en la disciplina de este monasterio sin que el enemigo os la haga abandonar.

« Por lo demás, no aguardeis vuestra paciencia de la virtud de los otros; quiero decir, que no os debéis contentar de tenerla cuando nadie os ofende; pues esto no depende de vos; pues lo que está en vuestro poder es esperarla de vuestra humildad y de vuestra longanimidad.

« En fin, para resumir cuanto os acabo de decir, y para que lo podais imprimir mejor en vuestro espíritu, hé aqui en dos palabras porque grados podréis sin dificultad elevaros á la perfección. El temor del Señor es, según la Escritura, el principio de nuestra salud y nuestra sabiduria. Este temor produce la compunción saludable. De esta compunción nace el renunciamiento; esto es, el despojo y el menosprecio de los bienes de este mundo. Este despojo produce en nosotros la humildad, de la cual se origina la mortificación de nuestros pecados. Esta mortificación arranca y destruye todos los vicios. Las virtudes crecen y producen sus frutos á medida que los vicios desaparecen. La fecundidad de las virtudes nos trae la pureza de corazón, y esta pureza nos hace entrar en posesión de la perfección de la caridad evangélica. »

DESIERTO DE DIOLQUE.¹

Casiano y Germán, continuando su visita á los solitarios del Egipto, pasaron del desierto de Panephyssa al de Diolque.

« Eso fué menos, dice Casiano, por la necesidad de nuestro viaje que por el ardiente deseo de ver los solitarios que allí moraban. Había allí gran multitud, de los cuales unos vivían con toda regla en el estado cenobítico, y los otros despues de haber practicado en los monasterios que los antiguos habían fundado allí, las virtudes de la paciencia, humildad y pobreza, empiezan á combatir contra los demonios entrando en los lugares más recónditos donde llevaban una vida más celestial que terrestre. »

El desierto que ellos habitaban era una isla cerrada á un lado por el Nilo y al otro por el mar Parthianiano. Allí sólo había anacoretas que pudiesen suportar esa horrible soledad ; pues, además de estar compuesta de una tierra agria y de una arena estéril, que la hacían incapaz de ser cultivada, los anacoretas padecían allí muchas incomodidades, alcanzando agua con tanta dificultad que les obligaba á economizarla con más cuidado que no toma el avaro para ahorrar el vino más precioso. Y debían andar más de tres millas, eso es, más de una legua larga, para ir á sacarla del Nilo, y aún subir por algunas montañas que se hallaban en diversos lugares y que redoblaban sus trabajos. En esos términos hace Casiano la descripción del desierto de Diolque y de los Santos que allí moraban, y confiesa que solo el amor

¹ Casiano-Rufino-Paladio.

peque con mi lengua; he puesto un centincela á mi boca cuando el pecador se me presentaba para atacarme, yó permanecí mudo, y me humillé, y guardé silencio para no decir cosas buenas (Psal. 33).

« Pero ahí va lo que os recomiendo de un modo particular, y que debéis mirar como el coronamiento de las virtudes cuya práctica os he propuesto. Hacedos como insensato en este mundo, á fin de llegar á ser sabio como lo decia el mismo san Pablo. No examineis nada, ni discutais sobre aquello que se os mande. Obedeced con simplicidad y una fé viva. No creais nada bueno, ni útil, ni cuerdo, ni prudente, que no sea la ley de Dios ó el mandato de vuestro superior. Con esto perseveraréis en la disciplina de este monasterio sin que el enemigo os la haga abandonar.

« Por lo demás, no aguardeis vuestra paciencia de la virtud de los otros; quiero decir, que no os debéis contentar de tenerla cuando nadie os ofende; pues esto no depende de vos; pues lo que está en vuestro poder es esperarla de vuestra humildad y de vuestra longanimidad.

« En fin, para resumir cuanto os acabo de decir, y para que lo podais imprimir mejor en vuestro espíritu, hé aqui en dos palabras porque gradós podréis sin dificultad elevaros á la perfección. El temor del Señor es, según la Escritura, el principio de nuestra salud y nuestra sabiduria. Este temor produce la compunción saludable. De esta compunción nace el renunciamiento; esto es, el despojo y el menosprecio de los bienes de este mundo. Este despojo produce en nosotros la humildad, de la cual se origina la mortificación de nuestros pecados. Esta mortificación arranca y destruye todos los vicios. Las virtudes crecen y producen sus frutos á medida que los vicios desaparecen. La fecundidad de las virtudes nos trae la pureza de corazón, y esta pureza nos hace entrar en posesión de la perfección de la caridad evangélica. »

DESIERTO DE DIOLQUE.¹

Casiano y Germán, continuando su visita á los solitarios del Egipto, pasaron del desierto de Panephyssa al de Diolque.

« Eso fué menos, dice Casiano, por la necesidad de nuestro viaje que por el ardiente deseo de ver los solitarios que allí moraban. Había allí gran multitud, de los cuales unos vivían con toda regla en el estado cenobítico, y los otros despues de haber practicado en los monasterios que los antiguos habían fundado allí, las virtudes de la paciencia, humildad y pobreza, empiezan á combatir contra los demonios entrando en los lugares más recónditos donde llevaban una vida más celestial que terrestre. »

El desierto que ellos habitaban era una isla cerrada á un lado por el Nilo y al otro por el mar Parthiano. Allí sólo había anacoretas que pudiesen suportar esa horrible soledad ; pues, además de estar compuesta de una tierra agria y de una arena estéril, que la hacían incapaz de ser cultivada, los anacoretas padecían allí muchas incomodidades, alcanzando agua con tanta dificultad que les obligaba á economizarla con más cuidado que no toma el avaro para ahorrar el vino más precioso. Y debían andar más de tres millas, eso es, más de una legua larga, para ir á sacarla del Nilo, y aún subir por algunas montañas que se hallaban en diversos lugares y que redoblaban sus trabajos. En esos términos hace Casiano la descripción del desierto de Diolque y de los Santos que allí moraban, y confiesa que solo el amor

¹ Casiano-Rufino-Paladio.

á la soledad y á la contemplación podia hacer que sustuvieran mansión tan penosa.

El abad Piamón era el más antiguo de todos los anacoretas de ese lugar. Era sacerdote y ejercia su ministerio con mucho cuidado y edificación, lo mismo que el gobierno de muchos y célebres monasterios. Dice Casiano que era como un brillante faro cuya luz hería primero la vista de aquellos que se aproximaban á ese lugar, y que se podia comparar á la ciudad del Evangelio, que no puede ser escondida por estar situada en la cima de un monte. « También, dice, fué el que nos pareció el primero entre todos esos santos. » Como este autor más bien se había propuesto relatar las instituciones que los milagros de los santos solitarios, lo que ya lo dice en su carta al Obispo Castor, que sirve de prólogo á sus libros de las *Instituciones*, añade, hablando del abad Piamón, que omite muchas cosas de él que podrian sorprender á sus lectores por ser maravillosas; pero nos presenta un rasgo de su discreción y humildad que merece ser relatado. Es que habiéndole un hermano ofrecido un racimo con vino, él no reparó en comer la uva y beber el vino, apesar de hacer yá venticinco años que se abstenía de esas cosas sin que nadie lo supiera, prefiriendo en esa ocasión romper su abstinencia que exponerse á la vanidad haciéndola conocer á los otros.

Rufino nos instruye sobre ciertas gracias extraordinarias con que Dios le habia favorecido, y despues de haber dicho que era sacerdote admirable, que poseia la humildad y bondad en sumo grado, añade que el Espiritu Santo le revelaba el secreto de los corazones, y en corroboración cuenta el siguiente ejemplo.

« Un dia, dice, ofreciendo el santo sacrificio de la misa vió un ángel en pié dedras del altar, quien tenia en su mano un libro en el cual escribía los nombres de algunos de los solitarios que se acercaban al altar, pero no los de los otros.

El anciano habiendo observado con mucho cuidado cuales eran aquellos cuyo nombre el ángel no escribía, concluida la misa llamó á cada uno en particular, y habiéndoles preguntado por separado que faltas secretas podían haber cometido, encontró que ni uno solo había que no hubiese cometido alguna falta considerable. Entonces los exhortó á hacer penitencia, y postrado con ellos dia y noche delante de Dios, como si él hubiese sido culpable en los pecados de ellos, continuó la penitencia y las lágrimas hasta que vió al mismo ángel aun en pié detras del altar que estaba escribiendo los nombre de los que se acercaban, quien despues de haberlos escrito, los llamaba por su nombre para invitarlos á reconciliarse con Dios. Por eso conoció aquel santo varón que la divina Majestad había quedado complacida con aquella penitencia; y habiéndole llanado de singular consolación, les permitió acercarse al altar para participar de los santos Misterios.

Aun Rufino dice que una vez los demonios le pegaron tan cruelmente, que no se podía sostener de pié, ni se podía mover permaneciendo en este estado el resto de la semana. Habiendo llegado el domingo, y debiendo celebrar la santa misa dijo á sus hermanos que le llevaran al altar, en donde rogando y sin poderse levantar, el ángel que acostumbraba ver en pié cerca del altar, se le apareció, le tendió la mano y lo levantó, desapareciendo al instante su dolor, y encontrándose más fuerte y sano que nunca¹.

Ya hemos dicho en otra parte que Lucio, famoso arriano, habiendo por las intrigas de los de su secta sido colocado en la cátedra de Alejandría, ejerció estrañas violencias contra los solitarios. Entonces el abad Piammón fué elegido por los católicos para llevar limosnas á aquellos so-

¹ Eso que dice Rufino en el libro segundo de los Padres es relatado en el Lusiaco de Paladio, en el cual Piamón es llamado Ammon ó Ammone.

litaros del Egipto y de la Tebaida que habian sido desterrados durante esa persecución y condenados á trabajar en las minas del Ponte y de la Armenia.

Casiano hace hablar al Abad Piamón en su décima octava conferencia. Dice que habiendo ido á visitarle con Jermán los recibió con gran satisfacción, y los trató de tal modo, que respondió á la ternura de la caridad que les atestiguaba. Habiendo notado que eran extranjeros, les preguntó de donde eran y á que fin habian venido al Egipto. Como ellos le respondieran que habian venido del monasterio de Siria deseando más perfección, les dirigió el siguiente discurso.

« Mis queridos hijos, todos los que desean perfeccionarse en algun arte, no lograrán su intento mientras no se ejerciten en ella asiduamente, y consulten á los pèritos en élla, á fin de descubrir todos sus secretos. Ya hemos visto venir aqui muchos de vuestros pais sólo para conocer los lugares y pasar de celda en celda á conversar con los solitarios, y no con el propósito de instruirse en la perfección y en el verdadero camino espiritual para practicar despues lo que vieron y oyeron en su viaje. Asi conservando siempre las mismas imperfecciones y malas inclinaciones, parece que algunos les han reprendido diciéndoles que no habian cambiado de lugar tanto para adquirir la perfección como para evitar la pobreza. »

Despues que Piamón les hubo hablado así, tomó de ahí motivo para conferenciar con ellos sobre las tres clases de religiosos que entonces había en el mundo, y aun sobre una cuarta clase que era muy reciente. Los primeros son los cenobitas que viven en comunidad bajo la dirección de un superior, y los segundos son los anacoretas, « quienes, dice, no se lanzan al seno de una soledad por impaciencia y desaliento, sino por un vivo deseo de perfeccionarse en la virtud y dedicarse á la contemplación de Dios. » Habla del origen de esos dos estados, y dice que la vida cenobítica

data del tiempo de los Apóstoles, y que es una imitación de la primera Iglesia de Jerusalem, y que es de ese tronco fecundo en tantos santos, que despues produjo los anacoretas.

Y añade « que mientras la Iglesia cristiana se gozaba en verse honrada por esas dos santas profesiones, tuvo luego el dolor de ver como el relajamiento se iba insinuando en este estado tan perfecto de los anacoretas. » Pues entonces se vió nacer esa especie de monjes que los Egipcios llaman *Sarabaitas*, porque separándose de sus monasterios, tomaba cada uno el cuidado de si mismo, y proveia á todo lo necesario para su subsistencia.

El Abad Piamón condena vivamente á esos *Sarabaitas*. Dice que hacen profesión de buscar la pureza de la vida evangélica, más por simulación que por el sincero amor á la virtud ; que siguen, no la voz de Dios, pero sí su ambición y orgullo ; que quieren ser tenidos por solitarios sin cuidarse de cumplir sus deberes á los ojos Dios ; que bajo ese designio evitan el sujetarse á la regla y disciplina de un monasterio y sometarse á las órdenes de un superior, porque no quieren aprender á vencer su propia voluntad para seguir la de los ancianos, que todo su religión consiste en el hábito, y su desprendimiento en lo exterior.

Viene enseguida una cuarta clase de religiosos, « que, dice, empieza á parecer despues de poco, y se lisonjea con el nombre de anacoreta que usurpa. Esos son, añade, unas gentes que en su primer fervor parece que desean su perfección en la vida cenobítica ; mas habiéndose apagado ese fuego y no trabajando más en corregir sus inclinaciones viciosas, ya no pueden llevar el yugo de la humildad, de la paciencia y obediencia que deben á sus superiores. Ellos piden celdas separadas de los monasterios, á fin de que no siendo importunados por nadie, los hombres los tengan por dulces, humildes y pacientes ; y ese nuevo es-

tablecimiento ó, mejor dicho, relajación pierde ó los que se dejan caer en ella ; porque la virtud no se adquiere disimulando los vicios, sino domándolos. »

Eso que dice aquí el abad Piamón de esas clases de monjes, pide alguna explicación por temor que se confundan los *Sarabaitas* con los otros solitarios que vivían santamente tres ó cuatro juntos, y también los otros con los santos reclusos que se encerraban en una celda particular en el cerco de su monasterio. Los primeros se diferencian de los *Sarabaitas* en que estos no se sometían á superior alguno, se regían por sus propias luces ; iban donde querían ; vivían sin regla, y recogían el dinero á montones ; de modo que no practicaban ni la humildad, ni la obediencia, ni la pobreza ni la estabilidad. Al contrario, los otros, de los cuales se veían muchos en el desierto de Scete, donde habían pocos cenobitas, estaban sometidos á las reglas establecidas en el desierto, vivían bajo la inspección de los ancianos, y en particular del sacerdote de su iglesia, los cuales juntos formaban como un consejo general para el buen gobierno de los solitarios, y practicaban una gran pobreza. Así mismo los reclusos, á quienes el abad Piamón condena, sólo se retiraban en una celda particular, porque detestaban el someterse á la corrección de un superior, y no tenían bastante virtud para suportar el humor y los defectos de sus hermanos ; pero había algunos que se encerraban por consejo del superior del monasterio para vivir en mayor retiro y solos con Dios solo, despues que habían hecho grandes progresos en la obediencia y paciencia con sus hermanos bajo la dependencia de su abad. Veremos ejemplos edificantes en el curso de esta historia, y el abad Piamón no tendría presentes esos personajes cuando hablaba como acabamos de ver. Los que él llama *Sarabaitas*, cuya conducta condena tan fuertemente, eran también condenados por san Jerónimo, quien



Imp. K. Schöner am. Paris.

Grav. J. J. J.

Fulogé.
Fulogio.

los llamaba *Remoboth*, y también por San Benito en Occidente quien los llamaba *Sarabaitas* como Piamón. San Agustín también habla mucho en contra de esos monjes que vivían sin superior y sin regla, y que iban pasando de un país á otro declamando mil mentiras para justificar á los ojos de los hombres la irregularidad de su vida errante, y dice que era el enemigo de los hombres quien les hacia voltear por el mundo.

El desorden de esos monjes provenia de su orgullo, por el cual querían parecer por fuera santos bajo su hábito, lo que en realidad no eran á los ojos de Dios ; del amor á su libertad, por el cual no se querían sujetar á regla alguna, ni á la obediencia ; de su avaricia, deseando los bienes, y huyendo la pobreza evangélica ; de su impaciencia, no queriendo suportar nada de los otros, y no pudiendo por consiguiente vivir en comunidad con sus hermanos. Eso presentaba ocasión al abad Piamón para dirigir muchas exhortaciones á Casiano y Germán para que se dedicasen á la humildad y paciencia, y sobre eso les decia muy bonitas cosas.

Les recomendaba gran docilidad, advirtiéndoles que los jóvenes religiosos nunca deben raciocinar sobre lo que ven ú oyen de sus superiores. « Practicad, les decia, con profunda humildad todo lo que veais ú oigais que dicen nuestros Padres en el desierto. No os arredreis si alguna vez no comprendeis de momento la razón de su conducta ó de sus máximas, y que eso no os impida el obedecerlos ; porque los que juzgan bien y con sinceridad de todas las cosas, y quieren más imitar que examinar lo que ven hacer ó decir á sus superiores, hallarán el conocimiento y la luz en la misma experiencia y en la práctica de la virtud. »

Hablando en seguida de la paciencia les daba excelentes instrucciones. « La sólida paciencia y la verdadera paz del alma, les decia, sólo se adquieren y conservan con una

profunda humildad. Ella no tiene necesidad ni de una celda separada, ni del retiro del desierto ; pues no busca afuera el remedio ni el apoyo de alguna cosa exterior, cuando por dentro está sostenida por la virtud de la humildad que la produce y la conserva. Que si estamos todavía sujetos á la emoción cuando se nos molesta, es indicio seguro que la humildad aun no está bien arraigada en nuestro corazón, y que bastará la menor tempestad para sacudir peligrosamente todo el edificio de nuestra alma ; pues la paciencia que sólo se conserva en la paz y que no tiene enemigos que la hostiguen, nada tiene de grande y admirable ; pero élla se presenta gloriosa é ilustre cuando permanece firme é inquebrantable en medio de las tentaciones. Cuanto más parece que cede al mal y se abate, tanto más se fortifica y se levanta ; y aquello que parece la debilita, eso redobla su vigor. »

Despues de esas excelentes máximas, el abad Piamón refiere un admirable ejemplo de paciencia de una señora de Alejandría ; y con este ejemplo terminaremos el análisis de su conferencia. « Había, decia, en Alejandría una señora de buena familia, que vivía cristianamente en una casa que sus padres le habían dejado. Un día vino en busca del Obispo Atanasio, de feliz memoria, para pedirle que le entregara alguna de las viudas que la Iglesia amparaba, con el propósito de mantenerla en su casa ; y le hizo la demanda en esos términos : *Dadme alguna de las hermanas, á quien yo queda hacer la caridad.* Este santo obispo encomió mucho su caritativo celo, y ordenó que se escogiese una cuya santidad y gravedad la hicieran preferible á las demás. Esta señora, pues, la recibió en su casa, y cumpliendo hacía ella con todos los deberes de la caridad, advirtió que esta buena viuda, que era en extremo dulce, en todos los momentos le daba pruebas de su agradecimiento. Volvió al beato Atanasio, y le dijo : Padre mio, os rogué me

entregaseis una viuda á quien yo pudiera prestar servicio. Este santo varón no comprendiendo de momento el significado de esas espresiones, creó que habian faltado á sus órdenes, y reprendió á los encargados de ello. Mas como supiera por ellos que habian entregado á dicha señora una viuda de exelente virtud, recelándose entonces de las susodichas espresiones, mandó en secreto que le entregaren la más quisquillosa y violenta de todas ellas. No les costó tanto elegir á esta como á la primera, y la condujeron á la casa de la señora, quien la recibió con el mismo afecto y la sirvió con el mismo esmero que á la otra, y aun con más ternura. Pero sus servicios no fueron recibidos del mismo modo ; pues por toda recompensa no hacía más que injuriarla, reprochándole que sólo la habia pedido al obispo para atormentarla en vez de asistirla. Por fin la violencia de su mal genio llegó hasta á pegarla. Mas esta santa señora aún la sirvió con mayor ardor y sumisión, y procuró no reprimir su insolencia resistiéndole, sino vencerse y sujetarse á si misma, esforzándose siempre en apaciguar, en cuanto podía, sus furias y arrebatos por un exceso de dulzura y humildad. Por fin, habiéndose por eso asegurado del todo en la virtud, y poseyendo ya la paciencia que élla deseaba adquirir, volvió á su santo prelado Atanasio para darle las más expresivas gracias por su acierto en la elección y por las ventajas que de élla habia reportado ; porque, dijo ella, mi Padre, vos en fin me habeis mandado una viuda á quien yo he podido hacer caridad. En cuanto á la otra, sólo me servía de carga, y no hacía más que afligirme y dañarme por el exceso de su complacencia y dulzura. »

EL ABAD PABLO, JUAN ANACORETA, DESPUES
GENOBITA ¹.

En más de un lugar hemos hablado de algunos solitarios llamados Pablo. Hemos encontrado uno en la *Colección de Sentencia de la Padres* que cogía las serpientes y otros animales venenosos y los despedazaba sin que le picasen, lo que se atribuye á su fe y á la inocencia de sus costumbres. Ni vemos que sea aquel de quien vamos á hablar, y que en el vecindario de Diolque gobernaba un monasterio de más de dos cientos religiosos. También es diferente de otro Pablo, solitario de Panephysa, de quien el abad Sereno contaba una historia que pondremos en el capítulo siguiente hablando del solitario Arquebe.

Nada en particular dice Casiano de los virtudes del abad Pablo ; pero si estas se deben juzgar por las de sus religiosos, debía ser un superior de mérito distinguido ; pues el mismo historiador asegura que en ese monasterio vió florecer grandes y distinguidos hombres. En prueba de eso relata un ejemplo de paciencia de un jóven religioso en cierta ocasión en la cual una humildad que no estuviera bien fundada se desmintiera al momento. « Con satisfacción, dice Casiano, fuimos al monasterio del abad Pablo, á donde, aunque hubiese de ordinario más de dos cientos religiosos, la grandeza de una solemnidad que allí se celebraba había atraído una infinidad de religiosos de otros monasterios. Consistía la ceremonia en el aniversario del último abad de ese monasterio ; y hago especial mención

¹ Casiano-Cotelier.

de esa multitud que allí se encontraba para hacer resaltar más la heroica paciencia de ese hermano, que apareció por la dulzura y paz admirable que mostró en presencia de tantos religiosos.

« A la hora de comer habiéndose esos religiosos dividido en diferentes grupos, y colocado de doce en doce en varias mesas, sucedió que el hermano en cuestión llegó un poco después de la hora de costumbre à traer le comida. El abad Pablo quien con mucha actividad dirigía los hermanos que servían, por ese atraso le dió tal bofetón, que hasta los que estaban más lejos oyeron el golpe. El único fin de este santo abad, añade Casiano, fué hacer ver à todos esos religiosos la paciencia de este joven hermano, y edificarlos con el ejemplo de tan rara modestia.

« Lo acaecido mostró la sagacidad de este santo viejo en semejante ocasión. Este buen religioso, cuya paciencia no podemos elogiar como se merece, recibió esta afrenta con tanta dulzura, que lejos de quejarse ó de zuzurrar en lo más mínimo, su rostro no se immutó, ni perdió nada de su modestia y serenidad ordinaria.

« De tan extremada paciencia, añade Casiano, quedamos en gran manera sorprendidos no solo nosotros que recién llegados del monasterio de la Siria no estábamos acostumbrados à ver esos actos de paciencia en semejantes ocasiones, si que también aquellos à quienes tales acciones no les eran nuevas ; y confesaron que habian sido maravillosamente edificados por este joven, y que su paciencia les había servido de grande instrucción ; y se admiraron que, si la reprimenda del superior no había podido perturbar la paz de su corazón, à los menos la presencia de tanta gente no hubiese hecho salir el rubor en su rostro. »

Por este hecho se puede conocer el cuidado que ponía el abad Pablo en ejercitar à sus religiosos en la práctica de la humildad y en la renuncia à sí mismos. Así es que Ca-

siano habla de ellos como de una reunión de santos ; pero hace resultar de un modo especial la profunda humildad de uno de ellos llamado Juan, quien se había retirado á ese monasterio sólo para vivir con mayor abnegación y completa sujeción. Los treinta años primeros de su retiro los había pasado en un monasterio ; salió de él con el correspondiente permiso de su abad, según la costumbre entre ellos, para ir á vivir solo en el desierto en donde permaneció veinte años y en este tiempo experimentó tantas dulzuras, que con mucho gusto hubiera continuado allí, si algunas razones, que exponaremos, no lo hubiesen determinado á volver al monasterio.

Mientras vivía solo en el desierto Dios le dispensaba gracias extraordinarias. Algunas veces le favorecía de tal suerte, que estando en éxtasis y todo trasportado en Dios, ni siquiera se acordaba si tenía cuerpo, por la noche no sabía si durante el día había comido, y por la mañana siguiente si había comido el día antes : tan estaba de ordinario absorto en las cosas de Dios. En fin, su alma gozaba tanto en Dios, que la apesadumbraba el sujetarse á los sentidos exteriores, y se separaba de tal modo de todo lo terreno, que cualquiera hubiera dicho que ni sus ojos veían ni sus oídos oían. Tal era este santo anacoreta ; y confesó á Casiano y á Jermán que si nunca había habido en el mundo nadie que hubiese gozado el secreto de la soledad, ó que hubiese podido olvidar el comercio con los hombres, y decir con Jeremias : *Tú lo sabes, Señor, que yo no he deseado el día del hombre* (Jerem. 17), él podía decir que Dios le había hecho la gracia, ó de ponerle en esta disposición, ó al menos de intentar llegar á ella.

Pero dándole despues razón de los motivos de su vuelta al monasterio, daba muchas razones que demuestran que si la completa soledad del desierto tiene algunas ventajas sobre la vida cenobítica, esta las tiene también sobre la

eremítica, que son dignas de consideración. « No creais, hijos míos, les dijo, que rechazo ó menosprecio la vida de los anacoretas, que á vosotros os sorprende haberme visto dejar. No tengo más que veneración para este estado, al cual honro y respeto con toda mi alma ; pero despues de haber probado su pureza el tenerla que macular un tantico con el cuidado que exigian algunas necesidades de la vida, creí que me valdria más volver al monasterio á fin de cumplir con más comodidad una profesión que es tan alta, y aminorar las dificultades que encontraba en un estado tan sublime, y así ponerme en un estado para mí más seguro ; pues es mejor vivir con fervor en un estado menos perfecto que con tibieza en un estado más elevado.

« Cuando el pequeño número de los anacoretas, añade, nos dejaba en mayor libertad y nos atraia de algún modo ofreciéndonos toda la superficie del estenso desierto : cuando un profundo retiro nos hacía más susceptibles de esas inefables comunicaciones con Dios, sin estar distraidos, como despues, por las frecuentes visitas de nuestros hermanos, que nos ponían en apuros para no faltar á la hospitalidad ; confieso que amaba la paz del desierto y abrazaba con deseo y amor infatigables una vida que yo comparo á la de los ángeles. Pero al poblarse el desierto y restringirse la soledad antes tan vasta, y ver que este cambio no solo resfriaba en nosotros el amor á la contemplacion, si que también el cuidado de lo terreno aguijoneaba nuestro espíritu, he preferido la vida cenobítica en la cual me veis, y cumplir todos los deberes que esta me impone del mejor modo posible, que seguir con una profesión tan santa y tan elevada y llevar una vida lánguida é inquieta por el cuidado de las necesidades temporales, con el fin de que si ya no tengo esa grande libertad que me daba en otro tiempo la soledad, me contento al menos cumpliendo el consejo del Evangelio

no teniendo que pensar en mañana, y que la pérdida de tan sublime contemplación venga recompensada en este lugar con el mérito y la humildad de la obediencia. Así puedo yo imitar á Jesucristo, de quien está escrito : *Que se humilló á si mismo, y se hizo obediente hasta la muerte* (Philip. 2), pudiendo decir como él, con profunda humildad : *No vine á hacer mi voluntad, sino la de mi Padre que me envió* (Joan. 6).

Eso que este santo viejo decia á Casiano y Germán les hizo comprender que estaba muy versado en estas profesiones, y que era perfecto en una y otra. De ahí que le preguntaron cual era el fin del cenobita y del anacoreta : este es el objeto de la décima nona conferencia que Casiano ha escrito bajo su nombre. Respondióles el Anciano que el fin de un religioso en la vida cenobítica era la humildad y la obediencia, y el de un anacoreta entregarse enteramente á Dios por una continua meditación. « El fin de un cenobita, les dijo, es mortificar y crucificar su propia voluntad, y, segun el consejo del Evangelio, jamás pensar en el día siguiente ; » por cuanto el cenobita en lo temporal se entrega totalmente á la solicitud y caridad de su superior. « En cuanto á la perfección del anacoreta, ha de tener el corazón desapegado á todas las cosas de la tierra, y ha de estar unido á Jesucristo tanto cuanto permita la debilidad del hombre. »

Al mismo tiempo que advertía ser muy difícil que una misma persona fuese consumada en estas dos perfecciones, decía que de ello había algunos ejemplos : que él los había visto en el abad Moisés, en el santo viejo Paphnucio y en los dos Macarios ; y que esos dos santos eran tan perfectos en estas dos profesiones, que amando el secreto de la soledad con más ardor que los otros anacoretas, sufrían, no obstante, con perfecta paz de espíritu los flaquezas de aquella muchedumbre de personas que les visitaban ; tanto,

que no era fácil discernir donde resplandecía más la grandeza de su caridad, si en la contemplación del desierto ó en los ejercicios de la vida común.

Tambien advertía ese santo anciano que se arriesgaban mucho retirándose al desierto aquellos que antes no habian combatido sus vicios con la sujeción y obediencia del monasterio.

En seguida da á los anacoretas los medios de curarse de sus males en la soledad, y que pueden ser muy útiles á las personas que quieran corregir sus defectos : « Dios, dice, jamás deja de cuidar de un alma, cuando ella busca sinceramente el remedio de sus males, y no abandonando su salud ni por desesperación ni por negligencia, le descubre sus dolencias secretas, se sujeta de corazón á la penitencia, y presentándosele con sus languideces y faltas que haya cometido ó por ignorancia ó por error, ó por una fatalnecesidad, lo espera todo de ese médico celestial, en el cual su humildad tiene recurso.

« En esta disposición, añade, debemos procurar descubrir en nosotros los vicios que más ó menos nos afectan ; y cuando por sus efectos conozcamos que aun no los hemos extirpado, nos hemos de ejercitar en la virtud contraria. Así, cuando uno reconoce, por ejemplo, que está inclinado á la cólera ó la impaciencia, se ha de representar á menudo las injurias, las pérdidas, las violencias que le pueden venir de parte de los hombres, como si efectivamente ya le hubiesen venido. Y acostumbrando poquito á poco su espíritu á esos objetos tan molestos y penosos, meditará con que dulzura, con que paciencia y con que humildad debe resolverse á sufrirlo todo. Despues pondrá su vista sobre las afrentas y tormentos que padecieron los santos y el mismo Jesucristo, y confesando que todo lo que estos han padecido nada es en comparación de lo que él merece, en vista

de eso preparará su corazón para todos los dolores y desgracias que le pueden sobrevenir.

« Cuando, despues de este ejercicio, en alguna ocasión advierta que en su corazón se ha levantado alguna pequeña emoción por una ligera ofensa, que venga eutonces por si mismo en censor severo é inexorable. Que recuerde las injurias con las cuales él se estudiaba y se exhortaba á la paciencia, y en el recuerdo de esos cosas, que se reproche así : ¿ Soy yo, cobarde y perezoso, soy yo el que en los ejercicios de mi soledad me prometia sufrir con tanto valor todos los males del mundo ? ¿ Donde está, pues, esa paciencia invencible que no ha podido sufrir que se la ofendiese en lo más mínimo ? ¿ Cómo, pues, mi alma que parecía tan dispuesta y resuelta á combatir con todo valor, ha rendido sus armas á la menor sombra del enemigo ? »

« Que junte también á esa secreta reprimenda el castigo del cuerpo, y que se vengue de la carne por el desarreglo del espíritu : que la dome con mayores ayunos, con mayores vigiliass, y con una continencia más exacta ; que castigue así la ligera volubilidad de su alma, y que consuma con estos ejercicios en el retiro del desierto lo que debiera totalmente purificar cuando todavía estaba en su monasterio. En fin, lo más importante es que esté bien persuadido que asi como la ley de Dios no solo prohíbe la venganza de las injurias si que también la memoria de ellas, así tampoco le es lícito encolerizarse por alguna ofensa ó algún daño que se le haya ocasionado. »

El abad Juan advierte, por fin, y muy á propósito, que, aunque dijo que para corregirse de un vivio, uno se debe representar como si estuviera en la ocasión, y que debe entonces ejercitarse en la virtud contraria, advierte, digo yo, que no se ha de seguir el mismo método repecto al vicio opuesto á la pureza ; puesto que correria en gran peligro al representar en su espíritu estas ocasiones, bajo el pre-

texto de combatir las, siendo el medio más seguro rechazar enseguida las primeras imágenes que se presenten y renunciar de todo corazón.

No sobríamos proponer un método más excelente para la corrección de nuestros defectos que el de ese santo solitario. Este método se reduce á cuatro puntos. El primero consiste en recurrir á Dios con la sinceridad de nuestro corazón, y en la firme confianza en su bondad infinita, quien viendo el deseo que tenemos de corregirnos, nos ayudará eficazmente con su gracia. El segundo, en reconocer nuestros defectos sin querer disfrazarlos y sin caer en el abatimiento. El tercero, en ejercitarnos en la práctica de la virtud contraria, representándonos en nuestras meditaciones las ocasiones en las cuales podríamos encontrarnos, y animándonos á resistir á nuestras pasiones y ejercitándonos en las virtudes que combaten esos vicios. El cuarto, en vigilar sobre nosotros en la práctica ; y, si tenemos la desgracia de caer siguiendo nuestras pasiones en algún encuentro, entrar en cuenta con nosotros, y reprocharnos nuestra debilidad é inconstancia, despues de las buenas resoluciones que habíamos formado, y castigarnos con alguna penitencia corporal, según consejo de un sabio director. Procediendo así, pronto progresaríamos en la corrección de nuestros defectos y en la adquisición de las virtudes contrarias.

DE ALGUNOS SOLITARIOS LLAMADOS JUAN¹.

Se pueden considerar todos los religiosos que viven bajo dependencia de un superior en un monasterio como discí-

¹ Vitæ Patrum, Rufino, Paladio, Casiano, Cotelier.

pulos que están confiados á su direccion, pero el nombre discípulos propiamente sólo se da á aquellos que son jóvenes y que son instruidos por un maestro, sea en los primeros años de su compromiso en el estado religioso, sea, como muchos ejemplos que se han visto en el curso de esta historia, que se vayan educando bajo la obediencia de un solitario particular, que les ejercita en las prácticas monásticas.

Sobre este principio distinguimos aquí un solitario llamado Juan y sobre llamado discipulo de Pablo, del santo anciano de que hemos hablado en el capítulo precedente, quien por haberse retirado al monasterio del abad Pablo, puede ser considerado, á causa de avanzada edad, más como inferior á él que como á discipulo suyo, al cual había formado en los deberes de la vida monástica.

Juan, pues, discipulo de Pablo está en gran manera alabado en la *Coleccion de las Vidas de los Padres de los desiertos* por su humildad y obediencia. Nunca encontraba difícil lo que le mandaba su superior. Cumplia pronto y sin réplica, y sin detenerse en sentimiento alguno interior de susurro. Un dia que necesitaban en el monasterio estiércol de buey, el abad Pablo le mandó que fuese á recogerlo cerca de un pueblo vecino, y que trajera al monasterio lo más pronto posible. Juan se dispuso para ir, pero sabiendo que una yena se retiraba en un sepulcro cerca del cual él debia pasar, mientras iba marchando preguntó al abad como lo arreglaría si este animal lo acometía. El abad le contestó en risa que se lo trajese. El religioso obediendo con ceguedad tomó por lo serio esta orden, no queriendo saber más. Así que se aproximó al sepulcro, la yena salió y se lanzó sobre él; pero éste lleno de confianza en la palabra de su abad, lejos de huir quiso cogerla, y ella se le escapó al momento. Juan corrió detrás de ella

diciéndole : Mi abad me ha mandado que yo te llevase al monasterio. A estas palabras por una maravilla de la providencia que en esta ocasión quiso demostrar cuanto le gustaba la simplicidad de la obediencia, el animal se detuvo y se dejó atar como un cordero, y así atado, Juan lo llevó al monasterio. El abad Pablo estaba en ansia por su tardanza, temiendo que le hubiese sucedido alguna desgracia, mientras que le ve llegar con la yena que él traía. Pronto interiormente dió gracias á Jesucristo con sentimientos de admiración por la obediencia de su discipulo ; pero exteriormente, por temor que se envaneciera, le dirigió palabras humillantes, le trató de insensato y estúpido por haberle traído un perro rabioso, y hasta le pegó ; le mandó que desatase la yena y la dejase volver á su escondrijo.

Rufino habla de un solitario Juan que moraba en el desierto de Diolque. Le llama hombre santo, cargado de toda suerte de gracias, el cual entre otras poseia en tanto grado la de consolar á los afligidos, que necesitaba muy pocas palabras para llenar de contento y alagria un alma antes sumergida en la aflicción y en la tristeza. Habia también recibido la de curar muchas enfermedades. Paladio, quien habla sobre eso, advierte que ese don maravilloso que Dios le habia concedido en favor de los enfermos, se hacia extensivo de un modo particular á las personas atacadas por la parálisis y la gota. Dice tambien que gobernaba muchos monasterios ; que habia recibido las gracias en grande abundancia ; que la majestad de Abraham brillaba sobre su rostro como la unción santa de la barba de Aarón.

En un monasterio habia también un solitario Juan sobre llamado el Cenobita, quien habia progresado tanto en las virtudes religiosas, que su reputación habia volado hasta el desierto de Scete. Se distinguia principalmente por su paciencia y silencio. Algunos solitarios de este desierto tu-

vieron la curiosidad de probar por sí mismos si todo el bien que se decía de él era verdadero. Él los recibió en su celda con respeto modesto y religioso, y despues de este saludo volvió á emprender su trabajo, y no les dijo nada más. Estos religiosos que esperaban de él un coloquio de piedad, quedaron sorprendidos por su silencio. Por fin tomaron le palabra, y le dijeron : « Hermano mio ¿ quien os dió el hábito monástico ? ¿ Y cómo es que aquel que os instruyó en la religión no os enseñó que cuando los hermanos os vinieren á visitar primeroles debias invitar á orar, ó al menos á tomar asiento ? » Pero el solitario que gozaba más en entretenerse con Dios en su trabajo que con los hombres, les contestó : « Perdonadme, Padres míos ; Juan es un pobre pecador que sólo conoce su trabajo. » Ignoramos en que lugar estaba el monasterio de este austero y silencioso religioso ; y hemos creído ser este el lugar más oportuno para decir lo poco que la historia monástica nos ha dejado de él.

El abad Nesteros hablando á Casiano y á Jermán de los que se habían santificado en el cuidado y dirección espiritual de sus hermanos, relataba el ejemplo de un santo Abad Juan, quien presidia un célebre monasterio cerca de la ciudad de *Thmuis*. Decía de él, como de algunos otros, que había hecho milagros dignos de los Apóstoles ; y el mismo Casiano hace mención de él en sus *Instituciones* de un modo muy honroso. « El bienaventurado anciano Juan, dice, superior de un célebre monasterio, fué á ver al anciano Paëse, quien moraba en una vasta soledad, y le preguntó, hablándole como á un antiguo amigo, que habia hecho durante los cuarenta años que habian estado separados el uno del otro, cuyo años habian pasado sin que se vieran molestados por ningún hermano : « En el transcurso de este tiempo, déjole Paëse, jamás el sol me ha visto comiendo. » A lo que Juan contestó : « A mi nunca me ha visto

enfadado. » Este historiador refiere este ejemplo contra la intemperancia en el hablar. Añade que este anciano estando á punto de morir demostró una alegría extraordinaria, como debiendo ir luego á su verdadera patria. Todos los hermanos fueron á visitarle en sus últimos momentos, según costumbre; y habiéndose puesto á su rededor, le rogaron que les diera algunos avisos de los cuales se acordasen siempre, que los pudieran considerar como la herencia que él los dejaba al morir. Entonces este buen anciano lanzó un profundo suspiro, y les dijo: « Jamás he hecho mi voluntad, y nunca he enseñado á nadie lo que yo antes no hubiese practicado. »

Entre los más santos solitarios del desierto de Diolque podemos poner, con el mismo autor, el solitario Archebe diferente del Obispo de Panephyssa que llevaba el mismo nombre, de quien hemos ya hablado: « Este Archebe, dice Casiano, era el más estimado entre los otros por su caridad y humildad. Nos condujo á su celda, y habiéndonos preguntado lo que deseábamos hacer en ese desierto, nos rogó que aceptásemos su celda para vivir en ella con todos sus humildes muebles, pretextando que él debia ir á vivir en otra parte. Recibimos con alegría sus ofrecimientos; y despues que hubo permanecido en ella muy pocos dias, durante los cuales él preparaba los materiales para edificarse otra, nos puso en completa posesión de la que él dejaba. Algún tiempo despues vinieron otras personas á morar en esta soledad, y él les cedió igualmente la nueva celda que se había construido con mucha pena y trabajo. En fin, su caridad infatigable le llevó á practicar lo mismo hasta tres veces, cediendo su celda y edificándose otra.

« Este santo varón, continúa Casiano, era de muy buena familia. Desde sus más tiernos años renunció al mundo y al afecto de sus padres, para refugiarse en el monasterio. Arregló de tal modo su vida y vivió en tan grande

retiro que por espacio de cincuenta años que allí vivió, no solo no pisó la ciudad donde había nacido, sino que ni aún vió el rostro de mujer alguna, inclusa su propia madre.

« Sucedió que su padre sorprendido por la muerte dejó una deuda de cien piezas de plata. Entonces este santo varón movido de compasión, creyó poderse dispensar algún tanto esta severidad evangélica, que le hacía olvidar á sus padres cuando estaban en la prosperidad, y deber socorrer á su madre en esta grave necesidad, de tal modo que jamás se eximiera de su rigor acostumbrado.

« No salió del monasterio ; pero rogó que se le triplicase su trabajo ordinario. Así trabajando dia y noche por espacio de un año ganó lo suficiente para pagar esta deuda, y libró á su madre de la inquietud en que se encontraba ; y despues de haberla desconocido por amor á Jesucristo, quiso reconocerla por amor al mismo Salvador socorriéndola en su necesidad. »

Casiano, despues de haber relatado este hermoso ejemplo de caridad del solitario Arquebe, relata otro ejemplo de un buen anciano del mismo desierto, el quel demuestra que esta virtud nos sabe hacer industriosos cuando tenemos buena voluntad de asistir á nuestros hermanos en la necesidad. Hacia poco tiempo que habia pasado de Italia á este desierto un religiosollamado Simeón, quien ignoraba la lengua griega, y sólo hablaba la latina. Este anciano, que sin duda la comprendia, viéndole sin ocupación le preguntó por que estaba durante el dia sin hacer nada, y como no se dedicaba á algún trabajo ; pues temía que la ociosidad junta con la necesidad de las cosas necesarias á la vida, las que no se podía proporcionar sin el trabajo, le indujesen luego á dejar su soledad. Siméon le contestó que nada sabía hacer de cuanto hacían los otros, y que su único oficio era el de copiar libros ; á lo que estaba dispuesto si encon-

traba alguien en el Egipto que necesitara escribir un libro en latin. El anciano luego manifestó que deseaba mucho encontrar alguien que le escribiese las *Epístolas* de San Pablo en esa lengua, para mandarlas como libro de devoción, á uno de sus hermanos que estaba sirviendo en la guerra ; y le proporcionó nó solo lo necesario para su manutención durante un año bajo pretexto de recompensarle el trabajo que él quería que hiciese, si que tambien el pergamino y todo lo necesario para escribir. Por este medio el solitario Simeón se puso en estado de ganar su sustento con el trabajo de sus manos, y este caritativo anciano obtuvo delante de Dios el mérito por haber asistido en la necesidad, sin hacerle ruborizar por su limosna ; porque se la hizo merecer con el trabajo y se la dió á título de deuda.

Hemos hablado en la vida de San Pemen de un solitario llamado Simón, que se hizo célebre por su santidad, y que por eso no fué menos humilde. Puede haber sido el mismo que Simeón de Italia, quien habría podido aprender despues la lengua griega, y ponerse en condiciones de dar muy buenos consejos á los otros solitarios, como se dice de este Simón. Pero eso es muy incierto.

EL ABAD MAQUETE Y EL ABAD ABRAHAM, POR OTRO NOMBRE EL NIÑO¹.

El abad Maquete fué del número de aquellos solitarios con los cuales Casiano se gloria de haber conversado. Dice que moraba bastante lejos de los otros hermanos, siu indi-

¹ Casiano, Cotelier, Paladio.

car en que desierto había fijado su domicilio. Este podía ser en el desierto de Scete ; mas no vemos que pudiese estar al lado del Porphirióu ; antes estaría al del Egipto que le aproximaba más al desierto de Diolque. Lo cierto es que este religioso debía de estar muy desprendido de las cosas del mundo y bien mortificado, y gustaría las cosas de Dios con especial unción, puesto que buscaba los lugares más remotos para mejor evitar la compañía de los hombres.

El había pedido á Dios por largo tiempo la gracia de no dormirse nunca en los coloquios espirituales, por más prolongados que fuesen, y de quedar dormido al momento en que empezara á decir alguna palabra de maledicencia, ó cualquier otro discurso inútil, lo que Dios le concedió.

Decia á Casiano y á Jermán que el demonio era el mayor enemigo de los coloquios espirituales, el que inducia los solitarios á los discursos vanos é inútiles. Un dia hablando delante de los hermanos de cierto sujeto piadoso, les vió tan adormecidos que no podian vencer el sueño. Al momento cambió su razonamiento y les contó una fábula ; y el placer que en esto encontraron los despertó y los volvió atentos. Entonces suspirando les dijo : « Hasta ahora hemos hablado de cosas santas, y habeis caido en un profundo sopor ; y así que os he contado un fábula habeis quedado despiertos. Juzgad por eso quien es el que ha metido la envidia en estas santas conferencias, ó quien es el autor de esas necedades. Fácilmente podeis reconocer que no es otro que aquel que alegrándose del mal, no cesa en sus esfuerzos para impedir los santos coloquios y conservar los inútiles. »

Entre los buenos consejos que dió á Casiano y á Jermán, el principal que este autor ha relatado es el de no juzgar jamás á nadie. Su humildad le hizo confesar que había faltado á esta regla de caridad en tres ocasiones por un celo mal entendido y poco caritativo ; pues

había querido juzgar y reprender á sus hermanos tres cosas. La primera, en aquellos que permitían que se les curase un mal de garganta que era común en aquellos lugares, y que les cortasen una glándula que les molestaba en extremo. La segunda, en aquellos que por la noche tenían una manta en sus celdas. Y la tercera, en aquellos que vendían aceite para darlo á las personas del mundo que iban á pedirselo. Mas asegura que Dios había permitido que enseguida cayera en los tres casos. « Pues, dice, padecí tanto de este mal de garganta, que por fin el dolor y el mandato de nuestros ancianos me obligaron á rendirme, y dejarme cortar esta glándula. Esta misma enfermedad me obligó á servirme de una manta, y por último un día me encontré de tal modo instado por las personas seglares para que les bandijera aceite, lo que yo miraba en los otros como efecto de un fondo de orgullo y presunción, que sólo pude escapar de sus manos rendiéndome á su violencia, y haciendo la señal de la cruz sobre un pequeño vaso que me obligaron á bendecir. »

Casiano hace hablar al abad Abraham en su última conferencia, pero no dice en que desierto lo había visto. Motivo hay para presumir que lo vió en el de Diolque, y que es el mismo de quien el Abad Nesteros contaba dos milagros. Le sobre llamaban Niño por su simplicidad é inocencia. Este gran solitario no se contentó en menospreciar todas las comodidades que hubiera podido gozar cerca de sus padres, como lo confesaba á Casiano y á su fiel compañero, sino que retirandose al desierto se apartó del Nilo, cuyas tierras le parecían demasiado agradables y fértiles, estableciendo su morada á más de una legua de este rio, sea para mortificarse más yendo á sacar de este rio el agua que necesitaba, sea porque el lugar que había escogido era completamente estéril, y nada ofrecía á los sentidos que les pudiera halagar en lo más mínimo.

Hé aquí los dos milagros que el abad Nesteros contaba de él á Casiano. « Este santo varón, decia, habiendo salido de su desierto para recoger la mies en Egipto en el tiempo de Pascua, encontró en su viaje una mujer que le mostró su hijo completamente debilitado y medio muerto, por no tener élla leche, conjurándole á asistirle en esta necesidad. No pudo resistir las súplicas de esta afligida madre dándole á beber un vaso de agua sobre el cual hizo la señal de la cruz. De repente esta mujer vió que sus tetas, antes completamente secas, se llenaban de una abundancia prodigiosa de leche.

« El mismo abad yendo á una aldea vecina se encontró rodeado por una multitud de burlones, quienes para divertirse le presentaron un hombre que tenia la rodilla encogida de tal modo que no podia andar, y sólo con mucho pena se arrastraba. Estos burlones en son de mofa dijeron : « Abad Abraham, mostradnos que sois servidor de Dios, y curad á ese hombre á fin de persuadirnos que el nombre de Jesucristo, á quien vos invocais, no es un nombre vano. » El santo abad oyéndolos hablar asi, invocó el nombre de Jesucristo, y agachandose estiró el pié de este hombre, quien al instante sintió que su pierna, antes completamente seca y encogida, se aderezaba por su contacto ; marchándose colmado de alegría por haber recobrado el uso de andar que tanto tiempo hacia habia perdido »

Dijeron un dia al abad Abraham que un solitario que habia pasado cincuenta años sin comer pan y sin beber vino, á lo más muy raras veces, se vanagloriaba de haber vencido las tentaciones de la carne, avaricia y vanagloria. Abraham reconociendo una gran ilusión en la opinión que este monje tenía de si mismo, fué á su encuentro para curarle preguntándole si habia tenido semejante conversación. Contestó al momento que si. « Si, le dijo Abraham, entrando en vuestra celda, encontrareis una mujer, podrias im-

pediros el pensar que es una mujer? » — « No, contestó el solitario; pero renunciaria á los malos pensamientos que este encuentro podria ocasionarme. » — « Pues no habeis todavía abogado esta pasión. Si en vuestro camino encontrareis oro entre algunas piedras, no hariais diferencia entre lo uno y lo otro? » — « Perdonadme, contestó el solitario, resistiria al pensamiento que me vendria de recoger ese oro. » — « Vos tendriais, pues, el pensamiento, replicó Abraham; así pues la pasión, aunque atada, siempre está en vos. En fin, continuó, si os dijeran que un hermano os quiere y habla muy bien de vos, y que otro os aborrece y habla mal, recibiriais de tan buen corazón al uno como al otro? » — « No, contestó el solitario, pero me haria violencia para tratar igualmente al que me odiase que al que me quisiera. » — « Confesad, pues, concluyó Abraham, que las pasiones no mueren en nosotros, y que los santos sólo las reprimen y las atan con su virtud. »

Un hermano se presentó á preguntarle si hacia mal, comiendo con frecuencia, al cual le contestó; « ¡ Ay hermano mio, qué me preguntais! ¡ Estais comiendo con tanta frecuencia? Si eso es así, creéis que retirándoos al desierto habeis venido á un granero? »

Relataba que en el desierto de Scete habia un anciano que se ocupaba en escribir, y que otro hermano fué á rogarle que le copiara un libro; lo que hizo; pero, como este escribano tuviera su espíritu muy concentrado en Dios, dejó imperfectos algunos versículos del libro, volviéndolo así á este hermano. Al querer servirse de él se apercibió de esta falta, fué á quejarsele; pero el otro le contestó: « Id, practicad bien lo que está escrito, y cuando lo hayais hecho, volved, y os escribiré lo que falta. » Estando el abad Abraham de visita al padre llamado Arem, se le presentó un hermano quien rogó á Arem que le diera un consejo que le ayudase á santificarse. Este anciano le dió

el siguiente : « Este año no comais más que pau y sal, y no os desayuneis hasta la noche : despues volvereis, y os diré otra cosa. » Al año siguiente volvió este hermano encontrándose tambien allí el abad Abraham. El abad Arem le dijo : « En este año comeréis sólo una vez cada dos días. Con esta nueva orden se retiró ; y entonces el abad Abraham dijo á Arem : « ¿ Cómo es, Padre mio, que vos que sois tan manso con los otros hermanos, imponeis á éste un yugo tan penoso ? » — « Es, contestó Arem, que los otros vienen á recibir consejos por pura forma sin que los pongan en práctica. Este al contrario, de corazon quiere aprovecharse y sólo desea conocer la voluntad de Dios para seguirla : Hé aquí porque le dije sin rodeos lo que creo que Dios quiere de él. »

En la *Historia Lausiaca de Paladio* se hace mención de un Abraham¹ egipciaco, quien despues de haber llevado en el desierto un vida muy austera, se dejó dominar tanto por la vanidad, que yendo un día á la iglesia de los solitarios se atrevió á sostener á los sacerdotes que la noche anterior había recibido de Jesucristo el carácter sacerdotal, y que debían dejarle hacer las funciones. Los padres del desierto despues de haberse reunido para tratar de este asunto, lo redujeron á una vida común y seglar, y habiéndole con esta humillación curado de su orgullo y flaqueza, y haciéndole confesar que el demonio se había burlado de él por sus oraciones le restablecieron en la virtud que antes practicaba.

Nos falta hablar de la conferencia que Casiano atribuye al abad Abraham que creemos es el que llamaron el Niño,

¹ Parece extraño que *Guzeo* haya dudado si este abad Abraham que Casiano hace hablar en su conferencia venticuatro, seria el mismo del cual Paladio relata esta nota de orgullo, ó mejor de flaqueza de espíritu. ¿ Hay la más minima apariencia que Casiano hubiese atribuido su conferencia á un solitario de esta especie, él que las otras sólo las ha atribuido á los más célebres Padres que habia visto ?

como ya hemos dicho. Esta conferencia versó sobre la contemplación, y tuvo su origen en la tentación que Casiano y Germán tuvieron de dejar los estériles desiertos del Egipto y pasar á su país, en donde habiendo retiros más agradables se prometían más facilidad para practicar los ejercicios de la vida solitaria, tanto por la comodidad de los lugares como por los socorros que recibirían de sus padres.

El abad Abraham, á quien comunicaron sus pensamientos, les hizo ver que esto constituía una verdadera tentación, y les habló de la mortificación de la cual un solitario debe hacer profesión durante toda su vida. Sobre eso les enseñó máximas muy importantes para los personas religiosas, que cuadran perfectamente á la santidad de su estado. Se pueden reducir á tres puntos : 1° á la total renuncia del mundo ; 2° al amor al retiro ; 3° á la guarda del corazón.

« Esta agitación de pensamientos, les dijo, y la impotencia que mostrais para resistirla, demuestra, hijos míos, que no habeis verdaderamente renunciado á los deseos del mundo, ni tampoco mortificado vuestras antiguas pasiones ; pues como esos deseos vagos y desarreglados indican muy bien cual es la tibieza de vuestro corazón, parece también que al emprender este viaje y separaros de vuestros padres para venir aquí, sufris esta ausencia más bien por un esfuerzo humano que no que hayais renunciado por un movimiento del espíritu de Dios. Mucho tiempo haría que esos pensamientos se hubieran ahogado dentro de vuestro corazón si hubieseis alguna vez entrado, como es necesario, en una verdadera renunciación, y hubieseis comprendido la verdadera razón por la cual debemos buscar la soledad. También me parece que estáis enfermos de esta languidez de ociosidad de la que se dice en los Proverbios. *Todo ocioso está lleno de deseos ;* y en otra parte : *Los deseos matan al perezoso.* (Prov. 14).

« Para un religioso es poco el haber renunciado una vez

en el principio de su conversión á todas estas cosas presentes, si no persevera en esta primera disposicion, y si no renuncia cada dia á ellas. Hemos de decir hasta el último momento de nuestra vida con el Profeta : *Sabeis, Dios mío, que no he deseado el dia y la prosperidad de los hombres* (Jerem. 17) ; lo que hace decir á Jesucristo en el Evangelio : *Si alguien quiere venir despues de mí, que se renuncie á sí mismo, que lleve siempre su cruz y que me siga.* (Luc. 9).

« Por eso es sumamente importante para el que quiere adquirir la pureza del corazón el escoger lugares que no pueden tentarle á salir de su celda, por temor que el gran aire disipe todo el recogimiento de sus pensamientos, y desvíe la recta intención de su alma, y le haga perder de vista el fin que debe siempre proponerse. No se puede evitar esta desgracia, por más que uno atienda y vigile, sino encerrando alma y cuerpo dentro las murallas de una celda con el fin que cada religioso estando en este descanso celestial, pueda, á imitación de los Apóstolos, prepararse algo para proveer á sus necesidades, discernir sus pensamientos para guardar los buenos y rechazar los malos vigilando la guarda de su corazón.

De este modo se cumplirá lo que dice el profeta *Habacuc* : *Permaneceré firme sobre mis guardias, subiré sobre la piedra y haré centinela, con el fin de ver lo que hablará en mí, y lo que responderé al que me reprenda.* Es verdadero que eso es penible, lo que la experiencia hace sentir á algunos ; pero los que no quieren resistir á sus inclinaciones corrompidas, se engañan de un modo extraño, si cuando la pereza y el desaliento los hacen guerra en sus celdas, creen mitigar sus males saliendo á la campiña. Esta indulgencia no les puede ser más cruel ; y lo que miran como un remedio se les convierte en un mal peor.

Son semejantes á aquellos enfermos que creen con un vaso de agua fria apagar todo el ardor de la fiebre que les

devora, cuando este refresco pasajero enciende todavía más ese fuego interior, y ese placer momentáneo viene seguido de un dolor mucho mayor. »

« Un religioso debe poner todos sus pensamientos en Dios. Es necesario que imite al que quiere levantar y cerrar una bóveda : « Como este tiene siempre presentes en su espíritu la llave y el centro para arreglar sobre eso su obra y dar sus proporciones y sus formas ; lo misma el alma del religioso debe mirar al amor de Dios como su único centro, y por este compás divino debe regular todos sus pensamientos y movimientos de su corazón. Sin eso levantará un edificio sin orden y sin solidez, que será indigno de que el Espíritu-Santo more en él ; y en lugar de tener la gloria de cohabitar con huésped tan divino, será desgraciadamente sepultado bajo sus ruinas. » El abad Abraham probó á Casiano y á Jermán lo que acababa de decirles con algunos ejemplos y con la autoridad de S. Antonio y S. Macario. No los relataremos aquí por haberlo hecho al hablar de esos santos. Pero añade que la mayor parte de nuestros males espirituales provienen de que la parte razonable de nuestra alma está corrompida, cuya corrupción produce en élla los vicios de presunción y vanagloria, los cuales llegan á hacernos creer que ya hemos llegado á la perfección, ó que ya estamos bastante fortalecidos para enseñar á los otros ; lo que nos sirve de pretexto para dejar la paz de nuestras celdas y disiparnos á fuera. Añade que los demonios siempre están examinando cual es la parte más débil de nuestra alma, con el fin de atacarnos por allí ; que son como Balaam quien aprendió á sorprender al pueblo de Dios por su flaqueza ; que sondan por que lado estamos más descuidados ; y que su malignidad tendiéndonos lazos excita en nuestra alma la pasiones de las cuales es más susceptible.

El abad Jermán le rogó que le dijera como se habían de

entender estas palabras de Jesucristo : *Mi yugo es dulce y mi carga ligera* ; y él le contesto :

« La experiencia nos hará conocer muy bien la verdad de este oráculo, si entramos como conviene, y según las reglas del Salvador, en el camino de la perfeccion. Esta dulzura la experimentaremos mortificando nuestros deseos, suprimiendo nuestras voluntades corrompidas, renunciando no solo á los bienes del mundo sino hasta á nosotros mismos. Pues ¿ qué puede haber en eso de duro y penoso para aquel que recibe de corazón el yugo de Jesucristo, que está fundado en sólida humildad, y que considerando siempre los padecimientos del Salvador, se regocija en las afrentas que recibe á su imitación, quien como S. Pablo, se complace en las enfermedades, injurias, necesidades y persecuciones ? (S. Pablo. 1 Ad Corint. 2) ¿ Qué privación podrá entristecer al que no mirando como suyo aquello que los otros pueden arrabatarle dice con el mismo Apóstol : *Nada hemos traído á este mundo y nada nos podremos llevar* ? (1 Ad Tim. 6) ¿ Qué indigencia puede debilitar la fuerza de aquel que imita á los Apóstoles, y que, según lo escrito en el Evangelio, no lleva saco cuando está de viaje, no tiene dinero en una bolsa, ni dos hábitos para cambiárselos según el tiempo, pero que encuentra su alegría y su gloria, como el Apóstol, en ayunar mucho, en suportar el hambre y la sed, y en sufrir el frio y la desnudez ? ¿ Qué orden, por más dura que sea, podrá perturbar la serenidad de un corazón que no teniendo voluntad propia obedece no solo con paciencia, sino que va delante de cuanto se le pueda mandar ?

« Que si el yugo de Jesucristo no es dulce para nosotros, es porque no estamos sumisos á la voluntad de Dios ; que en lugar de renunciarnos enteramente para seguir á Jesucristo, usamos de reservas, las cuales son como una cadena con la que el demonio nos pega y nos oprime por



Imp. N. B. Barthelemy sculp. Paris.

Motius.

Motius.

algunas inquietudes todas seculares y siempre nuevas: así las satisfacciones que tomamos pasan á ser nuestros suplicios, porque los que las quieren jamás entran en una perfecta humildad de corazón y en la entera mortificación de sus malos deseos, que son las dos virtudes que nos hacen agradable el yugo de Jesucristo; mientras que los que están desprovistos de ellas sólo encuentran puntas que les pican.

« El yugo del Señor nos parece amargo porque nos formamos esta amargura dentro de nosotros mismos. Es verdaderamente que nosotros por la dureza de nuestras deseos como por otras tantas piedras y quijarros, hacemos ásperos los senderos del Señor, que son tan rectos y tan agradables. Dejamos esta via real allanada con las huellas del Salvador y de sus santos, y buscamos rutas extraviadas llenas de escaramujos y espinas, donde nos ensangrentamos los pies y desgarramos el vestido nupcial que habíamos recibido de Jesucristo cuando estábamos consagrados á su servicio.

« En fin, si quereis comparar el olor tan dulce de la virginidad y esta flor tan brillante de la castidad con el cenegal de las pasiones impuras, esta tranquilidad escenta de cuidados, de la cual goza un solitario, con estos peligros é inquietudes por los cuales las gentes del mundo son desgarradas; la paz que acompaña á nuestra pobreza con las molestias que producen las riquezas y que roen dia y noche á los que las poseen, fácilmente comprenderéis que el yugo de Jesucristo es muy agradable y su carga muy ligera. »

EULOGIO DE ALEJANDRIA, THEODORO, LUCAS, CYRO Y OTROS SOLITARIOS DEL EGIPTO ¹.

El monje Eulogio del cual vamos á hablar es diferente del sacerdote de este nombre, quien fué á visitar al abad Josefo de Panephisa, como lo hemos dicho en otra parte. Era más viejo y vivía en tiempo de S. Antonio. Había ejercido la profesión de abogado cultivando también las letras humanas con buen éxito ; pero movido por el amor á Dios y por el deseo de la eternidad bienaventurada, se determinó á renunciar á los tráficos del siglo para vivir en el retiro ocupándose únicamente de su salud. Para eso distribuyó sus bienes entre los pobres, reservándose sólo una pequeña cantidad de dinero para vivir por no saber trabajar. Sin embargo tuvo alguna inquietud de espíritu sobre la conducta que debía seguir, pues por un lado ya no queria conversar más con el mundo, y por otro ne se consideraba con bastantes fuerzas para morar solo, Mientras estaba en estas perplejidades la providencia hizo que pasando por la plaza pública viera tendido sobre el empedrado un pobre leproso paralítico en todos sus miembros, al cual sólo le quedaba libre la lengua.

Dios le inspiró el encargarse de él, y entrando en sí mismo dirigió interiormente estas palabras á Jesucristo : « Quiero, ¡ oh Señor mio, recibir en mi casa á este leproso ; le mantendre ! y le asistiré hasta la muerte, con el fin de obtener por eso vuestra misericordia ; dignaos con-

¹ Vitæ Patrum — Tillemont — Cotelier.

cederme, Salvador mío Jesucristo, la paciencia necesaria para ejercer bien este oficio de caridad. »

Después de esta oración se aproximó al leproso, y le comunicó sus intenciones. Este pobre enfermo en su extrema miseria no podía encontrar ofertas más consoladoras. Las aceptó con acciones de gracias ; y en seguida Eulogio se fué en busca de un burro, subió encima al leproso conduciéndole á su pequeña habitación.

No se puede expresar lo mucho que cuidó á este pobre. Le sirvió con tanta ternura y atención como si hubiese sido su propio padre. Le lavaba, le ungia, le calantaba y lo conducía con sus propias manos y lo trataba mejor de lo que pedía su condición ; lo que el enfermo recibía con sentimientos de gran reconocimiento. Eso duró quince años ; pero al cabo de este tiempo el demonio envidioso por la caridad de Eulogio, se apoderó del espíritu del leproso indisponiéndole de tal modo que en vez de darle gracias como antes, vomitaba contra él todo clase de injurias é imprecaciones. « Sal de aquí, malvado y fugitivo, le decía ; has robado el dinero del prógimo ; has robado hasta á tu propio amo ; y habiéndome recibido en tu casa bajo el pretexto de caridad, por este artificio quieres librarte del castigo que tú mereces. » Eulogio probaba de apaciguarlo con humildad ; le llamaba su amo ; le suplicaba le dijera en que le había disgustado para corregirse ; pero estas palabras tan dulces, y humildes bien lejos de mitigarle le irritaban más, y contestó con arrogancia que él no miraba sus palabras más que como artificiosos halagos por las cuales se barlaba de él ; que le hacía llevar una vida demasiado sobria, y que él quería comer carne. Eulogio aún quiso complacerle en eso, pero su condescendencia no sirvió más que la dulzura de sus palabras ; el leproso insistió con más cólera diciendo que no quería vivir solo y que quería ver al mundo. « A eso le contestó Eulogio diciéndole que le lle-

varia solitarios que le harían compañía. » « No, contestó el leproso, no puedo suportar tu rostro, y tú quieres traerme otras gentes semejante á tí quienes son unos holgazanes y comilones. Despues entrando en una especie de furor tan fuerte que si hubiese podido servirse de sus brazos, tal vez se hubiera ahogado, gritaba en alta voz : « No quieró morar más, no quiero más aquí ; quiero que me lleven al mercado. Qué violencia ? Vuélveme allí de donde me sacaste. »

Eulogio viéndole en tal estado y no sabiendo que más hacer, fué á encontrar los solitarios vecinos para que le dieran el consejo que necesitaba. Fueron de parecer que fuera á consultarlo con S. Antonio. « Ese gran varón vive todavía. Colocad el enfermo en un bote, y conducidle á su monasterio ; y cuando él venga de su cueva, consultadle sobre lo que habeis de hacer. Tened cuidado en hacer fielmente lo que os diga ; pues Dios os hablará por su boca. »

El caritativo Eulogio siguió este consejo. Acarició tanto como pudo á su leproso, y le condujo en bote hasta el monasterio de Ripir, á donde S. Antonio acostumbraba ir de vez en cuando para los que iban á pedir sus consejos. Al dia siguiente por la noche el Santo llegó ahí cubierto con su manto de piel ; y despues de haber hablado á los que estaban presentes, llamó a Eulogio tres veces, aunque nadie le hubiese dicho su nombre. Eulogio no contestó creyendo que se dirigia á otro del mismo nombre ; pero S. Antonio le dijo : « Sois vos, Eulogio, á quien llamo ; á vos que venís de Alejandría. ¿ Por qué motivo habeis venido aquí ? » — « El que os ha revelado mí nombre, os habrá tambien revelado el motivo que me conduce aquí. » — « Es verdad, dijo san Antonio ; pero quiero que lo digais delante de los hermanos para que ellos también lo sepan. »

Sobre esto Eulogio le esplicó que despues de haber encon-

trado á este leproso-paralítico en medio de la plaza lo habia conducido á su casa sirviéndole con todo el cuidado posible, y que despues de haber vivido juntos en grande unión por espacio de quince años, este pobre habia cambiado tanto, sin que él pudiese saber que mal le habia hecho, que le atormentaba tan extraordinariamente que estaba á punto de dejarle, por lo cual iba á recibir su consejo sobre eso y á suplicarle que rogase por él, porque en efecto su enfermo le causaba una pena extrema.

S. Antonio despues de haberle escuchado con atención le dijo con tono grave y austero : « ¿ A qué viene esa de abandonar á vuestro enfermo ? Dios, que es su creador, no lo dejará. Le proporcionará otro mejor que vos, quien lo recibirá. » Eulogio á estas palabras se atemorizó no atreviéndose á contestar una sola palabra ; pero el santo lo dejó, y dirigiéndose al enfermo le dijo con voz alta y amenazadora : « Miserable, indigno que la tierra te sostenga y que el cielo te mire, ¿ no cesarás de combatir contra Dios y de irritar el espíritu de tu hermano ? ¿ Agnoras que el que te asiste por medio de Eulogio es Jesucristo ? ¿ Cómo tienes la osadía de hablar como hablas contra Jesucristo ; pues no es por el amor de este divino Maestro por lo que él se ha sujetado á servirte ? »

Los reprendió así á ambos diciéndoles que volvieran. Despues se entretuvo hablando con los hermanos sobre lo que convenia á la salud espiritual de uno y otro, y aproximándose de nueva á ellos les dijo : « Hermanos míos, no os detergais más aquí ; iros en paz, y guardaos bien de separaros uno de otro. Rechazad todas esas molestias y penas que el demonio ha puesto en vuestros espíritus : vivid en buena inteligencia y volved á la celda en la cual habeis vivido tan largo tiempo ; pues Dios os asistirá ; el demonio os ha puesto en esa tentación porque sabe que estais próximos al fin de vuestra vida, y que Jesucristo os coronará

á los dos ; á vos, Eulogio, por la caridad que habeis tenido con este paralítico ; y á vos, paraitico por que habeis recibido de Eulogio. Y si en el momento en que venga el ángel del Señor no os encuentra en el mismo lugar en donde estáis acostumbrados á vivir, quedaréis privados de vuestras coronas. »

Eulogio habiendo recibido este aviso del gran Antonio, con toda diligencia se volvió con el enfermo á su celda, en donde vivieron con perfecta caridad. Cuarenta dias despues Dios llamó al bienaventurado Eulogio, segun la predicción del Santo ; y su enfermo le siguió tres dias despues en comendando su alma á Jesucristo. El solitario Cronio que se retiró despues al desierto de Nitria, estaba presente cuando Eulogio habló á san Antonio. Fué al monasterio de Alejandria cuando los hermanos celebraban los funerales de Eulogio y del leproso. De verlo se quedó admirado, y tomando el santo Evangelio para certificar lo que iba á decir, lo puso en medio de los hermanos relatándoles con juramento como S. Antonio había predicho lo que á esos dos hermanos había sucedido, y como él mismo había servido de intérprete al santo, á Eulogio y á su enfermo, por no comprender estos la lengua egipcia que hablaba san Antonio, é ignorar éste la de aquellos que era la griega. Lo que hemos dicho de Cronio se puede ver en el libro de los solitarios de Nitria. Por lo que acabamos de referir parece que Eulogio murió antes que san Antonio ; pero que este patriarca era ya muy viejo.

Ahora vamos á decir algunas palabras sobra otros solitarios, de los cuales se habla en la *Historia monástica* ; y lo poco que se lize de ellos prueba que no cedian á los otros en virtud y caridad.

El abad Teodoro se retiró joven á la soledad ; y desde luego hizo en cierta oración prueba que ya sabia prestarse á las necesidades de los otros hasta olvidar las suyas pro-

pías por espíritu de desprendimiento. Había ido á la panadería para macerar y hacer cocer su provisión de pan. Mientras estaba trabajando allí, se presentó un hermano que iba por el mismo objeto ; pero, como este no pudiera hacerlo solo, Teodoro dejó al momento su harina, y le ayudó á hacer su pan. Apenas hubieron concluido, cuando, queriendo coger el suyo, llegó un segundo hermano con el cual se vió obligado á ejercer el mismo oficio de caridad.

Después de este se presentó un tercero, y por fin, se presentaron hasta seis ; pero bien lejos de inquietarse, les prestó su concurso, hizo cocer sus panes no volviéndose á su tarea hasta que ya no se presentó ningún otro hermano que lo necesitara.

No quería que ninguno se desalentase en la oración por las distracciones, con las cuales uno se halla algunas veces tormentado. ; Ay, decía él, si Dios no tuviera piedad de nuestra flaqueza, y si en tiempo de la oración y salmodia no usara de misericordia en los extravíos de nuestro espíritu ; cómo podríamos jamás salvarnos ?

Se retiró con el abad Lucas á una soledad vecina de Alejandría ; y los dos fueron largo tiempo tentados de dejar su retiro por el artificio del demonio, quien con todos sus esfuerzos probaba de disgustarlos de él. Pero el medio del cual se sirvieron para triunfar de esta tentación fué diferir su salida de un tiempo para otro sin ejecutarla jamás. Cuando empezaba el invierno decían : « Lo dejaremos así que haya pasado ; » y así esperaban el fin con paciencia. Pero cuando había llegado, todavía decían : « Pasaremos aquí el verano y después cambiaremos de habitación. » Así engañándose voluntariamente todos los años, combatieron por espacio de cincuenta años esta pertinaz instigación del demonio, quien después los dejó tranquilos ; de suerte que en su soledad murieron en paz.

Hubo un abad Teodoro de Eleutherópolis, á quien un so-

litario llamado Abraham Iberio ó Espanol se dirigió para preguntarle si valía más adquirir buena reputación que mala. El le contestó que era mejor conservar buena reputación ; porque, decía, la mala se origina de los acciones malas que ofenden á Dios y escandalizan al prójimo, mientras que la buena está fundada sobre las obras buenas, y si sucede que por ellas se nos considera, debemos humillarnos y reconocer que ninguna alabanza merecemos. A Abraham le gustó esta contestación, y le dijo que tenía razón.

El abad Lucas al trabajo de las manos unía el de la oración, y podia decir en verdad que cumplia lo que dice el Evangelio, que se necesita rogar sin descanso. En un encuentro confundió á unos monjes de la secta de los Euchites ; es decir, de los que condenaban el trabajo de las manos bajo el pretexto que es necesario orar siempre. Como fueran muchos á su celda, les preguntó en que trabajo de las manos se ocupaban. « No trabajamos, le contestaron ; pero rogamus sin interrupción según el precepto del Apostol. » — ¿ Pero, les dijo Lucas, no comeis ni dormís ? » — « Perdonadnos, contestaron, hacemos lo uno y lo otro. » « Pues cuando comeis y cuando dormís, replicó Lucas, seguramente no rogais ; y entonces ¿ quien ruega por vosotros ? » No supieron que contestarle ; el cual añadió : Perdonadme, hermanos míos, si me atrevo á deciros que no cumplis lo que dice el Apostol, como vosotros os gloriáis de ello. Os voy á demostrar que yo trabajando como veis cumpla mejor que vosotros ; pues mientras estoy sentado remojando en el agua las ramas de palmera con las cuales hago esteras, estoy en la presencia de Dios diciéndole con el corazón : Señor, tened piedad de mí según vuestra grande misericordia. Borrada mis iniquidades por el exceso de vuestra bondad ; y á eso no llamáis una oración ? » Convinieron que lo era. « Pero, añadió Lucas, cuando traba-

jando y orando así todo el día, he hecho trabajo para dieciseis sueldos más ó menos, reservo una parte para mi manutención, doy una otra á los pobres, que ruegan por mi en el tiempo que yo cómo y duermo ; así puedo decir que trabajando, comiendo y durmiendo no ceso de orar ; lo que no haceis vosotros. »

Hay muchos solitarios llamados Siro ó Ciro. Distinguiamos de los otros aquel de quien vamos á hablar por apellidarse *Alejandrino*. De él sólo se saben algunas palabras de consolacion y bien instructivas al mismo tiempo, que dirigió á un solitario quien sufría violentas tentaciones. « No os aflijais, le decía, antes tened buena esperanza y confianza en Dios. El que no resiste á sus pensamientos cae luégo en el pecado, y entonces estos no le afligen ; pero mientras sintais el tenerlos, no os harán caer. Mas, decidme, os ruego, os exponéis á alguna ocasión que os cause tales pensamientos ? » — « No, contestó el solitario, pero es el recuerdo de algunas cosas que en otro tiempo ví, las cuales vuelven á mi espíritu formando allí malas imágenes. » — « Id, le dijo el abad Ciro, no temais esas imágenes inaminadas, pero temed y huid los objetos vivientes, y sin embargo aplicaos á la oración más que nunca. »

El abad Longino moraba á tres leguas de Alejandría, quien sobresalió en humildad. Fué á consultar al abad Lucas, del cual hemos hablado, sobre tres cosas que preocupaban su espíritu, recibiendo de él exelentes consejos que le devolvieron la paz del corazón. « Estoy, decía, á Lucas, agitado por tres diferentes pensamientos. El primero es de irme á un país en dode yo no sea conocido. » A lo que contestó Lucas : « En cualquier lugar que vayais no sereis extranjero, sino teneis cuidado en reprimir vuestra lengua ; estad en silencio, y seréis completamente extranjero. » — « Yo también querría practicar largos ayunos, dijo, Longino. » — « Aun cuando debilitarais vuestro cuerpo con el

ayuno y lo dajarais todo encorvado, le replicó, eso, como dice Isaias, no sería suficiente para haceros agradable á Dios; aplicaos más bien á hacer ayunar á vuestra alma de los pensamientos vanos y de las malas afecciones. » — « Por fin, le dijo Longino, yo no querría ver á nadie. » El le respondió. « Creed que poca cosa haríais en vuestra soledad, si antes no hubieseis aprendido á conducirlos bien con los hombres lo mismo que á suportarlos. »

Más adelante Longino hizo grandes progresos en la mortificación y humildad, y estas virtudes Dios las reveló en él por el don de milagros. Decía que en las eufermedades convenía no cuidarse mucho, pero que principalmente se necesitaba saber sufrir ó morir.

Decía también al abad Acacio que un alma habia recibido el Espíritu santo cuando ya no seguía más sus malas afecciones. Vaciémosnos, decia él, de esas afecciones, y tendremos la dicha de atraerlo hacia nosotros; pero mientras las sigamos no veo porque podemos tener sentimientos de vana opinión de nosotros, como si en nuestro interior todo estuviera en paz.

Una mujer afligida por un cáncer sabiendo por la fama pública que hacía milagros, fué á buscarle en su desierto con el fin de obtener por sus oraciones la curación de su mal. Le encontró por el camino, y, sin saber que fuera él, le dijo: « Mostradme, os ruego, en donde mora el siervo de Dios Longino. » — « ¿ Qué quereis de ese impostor, le contestó: No puede haceros bien alguno. ¿ Que teneis? » Ella le mostró el cáncer que la roía, sobre el cual hizo la señal de la Cruz diciéndole: *Dios os cure*, y élla quedó curada. A su vuelta no es descuidó de relatar lo que le había sucedido y por la despricción que hizo del solitario que la había librado de su mal, le aseguraron que era el mismo abad Longino el que le había alcanzado de Dios ese milagroso favor.

Otra vez le presentaron un hombre poseido del demonio, — para que le librase con sus oraciones ; pero con mucha humildad dijo á los que se lo habían traído : « Nada puedo hacer para vosotros ; conducid el poseso á la casa del abad Zenón. » Zenón empezó á rogar por él ; pero el demonio se puso á gritar por la boca del poseido : « ¿ Crees tú, abad Zenón, que yo salgo de este cuerpo por la virtud de tus oraciones ? No, son las que hace actualmente el abad Longino que me obligan á salir de él ; sin esto ni siquiera me hubiera dignado dirigirte un sola palabra. »

Este abad Zenón de quien hablamos aquí, vivía en el vecindario del abad Longino, y por consiguiente es diferente de otro solitario del mismo nombre, de quien los Griegos hacen mención en sus Menées, el 19 de junio. Este fué discípulo de Sylvano, abad del monte Sinaí y de Gerares.

El abad Lot vivía en el desierto de Arsinoa, próximo á un pantano. Algunas veces se quedaba en Scete en donde consultaba á san Arsenio y conversaba con el abad Agatón. Un anciano muy viejo y enfermo fué á encontrarle rogándole que le recibiese en su celda ; lo trató con mucha caridad y le prestó todos los servicios que pudo. Hasta le tenía esta atención, á saber, que cuando algunos hermanos iban allí pera conferenciar sobre cosas espirituales, también queria que le viesen. Sin embargo mientras discurrían se apercibió que estaba infectado por los errores de Orígenes ; lo que le afligió sumamente, tanto por la salud de su alma como porque temía que tuvieran motivo para creer que él mismo tenía esos sentimientos, de los cuales, como buen católico, queria rechazar toda sospecha. No obstante, no se atravía á despedir este viejo enfermo por temor de faltar á las reglas de la hospitalidad y caridad. En esta zozobra se fué á encontrar á san Arsenio, y le esplicó lo que le sucedía.

El santo le dió este consejo : « No despidaís este viejo,

pero decidle : « Comed y rebed cuanto necesiteis, porque la Providencia os lo envía ; pero en gracia os ruego que os abstengais de las conversaciones que teneis. De dos cosas, añadió sin Arsenio, conseguireis una ; ó accederá á vuestras suplicas y así se corregirá ; ó, si no quiere acceder, á buen seguro que él mismo pedirá retirarse. » El abad Lot á su vuelta no se descuidó de decir al anciano lo que le había recomendado San Arsenio, y sucedió lo que el santo había previsto. El anciano encaprichado en sus errores no quiso corregirse, y rogó á su caritativo huésped que le permitiera el marcharse, porque, decía, no podría sufrir más los fastidios de la soledad. Así Lot se vió libre de él sin que tuviera que reprocharse el haber faltado á la caridad con el anciano.

El mismo abad Lot manifestó la dulzura de su caridad en otra ocasión, en la cual no se trataba de ejercer la caridad en un cuerpo de un anciano consumido por la enfermedad, pero sí en un pecador que estaba á punto de caer en la desesperación. Estaba en su celda cuando un hermano fué á encontrarle con el pretexto de conferenciar con él ; pero este hermano estaba tan agitado por los remordimientos de su conciencia, que en lugar de sentarse, y de entrar en conversación, no hacía más que entrar y salir como un hombre que está violentamente agitado. Sorprendido el abad Lot le dijo : « ¿ Qué teneis ; hermano mio ? » — « ¡ Ah ! he cometido un horrible pecado ; y no me puedo determinar á declararlo á ningun de los ancianos. » Lot conmovido por su situación le replicó : « Aliviad, hermano mío, vuestra conciencia, y no os avergonceis en decirmelo ; yo me encargo de hacer con vos la penitencia. » Esta palabra pronunciada con su correspondiente dulzura, llenó de confianza á ese pecador, quien de repente le esplicó su crimen con todas sus circunstancias. Despues de esta confesión viendo el abad Lot su pesar, le dijo : « Tened confianza, espero

que Dios os perdonará vuestro pecado; encerraos en la cueva; de cada tres dias no comais más que en uno y por mi parte también haré penitencia por vos. Pasaron así tres semanas en oración y ayuno, y despues de este tiempo Dios reveló al abad Lot que había agradecido la penitencia de este hermano, quien se puso enteramente bajo su dircección obediéndole como á su padre espiritual hasta la muerte. El abad Lot tuvo un discípulo llamado Pedro, del cual sólo sabemos lo que dejamos dicho en la vida de San Pemén. De un abad Pedro se relata esta hermosa sentencia: Ne debemos exaltarnos cuando Dios se sirve de nosotros para alguna obra particular; mas bien es necesario que le rindamos humildes acciones de gracias por dignarse llamarnos á su servicio; y debemos tener los mismos sentimientos en cualquier virtud que practiquemos.

Había en el desierto de Raïthe un solitario llamado Pedro, cólega del abad Epimaco; pero no es este el lugar oportuno para hablar de él.

ISIDORIO EL HOSPITALARIO, Y TEODORO EL THEBANO ¹.

La Iglesia hace memoria de un santo Isidoro al 15 de enero. Algunos autores dudan de que sea este el solitario del mismo nombre del cual habla Casiano, quien fué sacerdote y solitario de Secte, más bien que Isidoro el Hospitalario de Alejandría. Pero aquí seguiremos los Bolandistas quienes en tal día relatan la Vida del último.

Era egipcio, y desde su infancia reveló excelentes dis-

¹ Los Bolandistas -- Paladio — Sozomeno, Sócrates.

posiciones para las ciencias junto con singular pureza de costumbres. El deseo de consagrarse á Dios sin reserva le llevó á abrazar muy temprano la vida monástica. Se retiró á la montaña de Nitria, donde pasó muchos años con gran fervor en las laboriosas prácticas de la penitencia. Después que se hubo sólidamente cimentado en las virtudes de su estado, Dios lo sacó de allí para que con su ejemplo fuera á edificar á la Iglesia de Alejandía donde San Atanasio, que le ordenó de presbítero, lo agregó á su clero confiándole el cargo de *Xenodoco* ú hospitalario, cuyas obligaciones eran recibir á los peregrinos y pobres proveyendo á sus necesidades espirituales y temporales. En su nuevo empleo en nada se relajó su austera y penitente vida. Paladio dice de él que hasta su muerte jamás llevó lino, escepto la venda que los sacerdotes llevaban en la cabeza; que jamás se bañó, lo que en aquel país importaba un singular sacrificio; que nunca comió carne y que jamás se levantó de la mesa sin tener aún apetito. Pero, añade este autor, Dios le había dado tan buena complexión, que aquellos que ignoraban su genero de vida, facilmente lo hubieran tomado por hombre de comilonas. Por más duro que fuera consigo mismo, era en extremo dulce, apacible y obligado con todo el mundo, y su bondad le había ganado tan bien los corazones, que los mismos paganos, aunque fuesen enemigos de su fe, en él respetaban hasta el nombre. Estaba tan lleno de gracias espirituales y estaba de tal modo habituado en ocuparse de Dios por la lectura de la Letras santas, de las que tenía grandes conocimientos, que en las horas de comer, estaba trasportado en espíritu sin poder hablar ni moverse; y al preguntarle que le había sucedido en esa suerte de éxtasis, se contentaba en responder que su espíritu estando fuertemente aplicado á algunos pensamientos, se había dejado arrastrar.

Con dificultad se rendía á los necesidades del cuerpo y

con frecuencia estando en la mesa lloraba por tenerse que sujetar á una nutrición terrestre, pensando en las delicias inefables que Dios tiene reservadas á los santos allá en el cielo. « Me avergüenzo, dijo en cierta ocasión que le preguntaron porque lloraba así, de vivir de un alimento tan poco conforme á la razón, siendo como soy una criatura racional destinada á ser saciada allá en el paraíso de aquella ambrosía celestial que Dios hacer gustur á los espíritus bienaventurados. »

San Atanasio habiéndose visto obligado á ir á Roma para defenderse á si y á su Iglesia, de los arrianos, allí hizo conocer la excelencia del estado monástico por el escrito que allá llevó de la Vida de San Antonio, quien aún vivía. Allí este estado era más bien despreciado que considerado, por ser tenido como nueva profesión ; mas la excelente idea que de él inspiró este Santo, hasta se introdujo entre las damas romanas, siendo santa Marcela la primera que lo abrazó, apesar de no salir de Roma.

No fué bastante para el celo de San Atanasio hacer conocer las ventajas por sus escritos y por la vida de San Antonio ; sino que se llevó consigo algunos monjes quienes, con su edificante conducta confirmaban todo lo que él habia dicho de ventajoso. Entre esos se distinguieron de un modo particular Ammonio y nuestro Isidoro. Ammonio era tan mortificado en sus sentidos que ninguno de los magníficos monumentos de esa gran Ciudad vió, y hombre de oracion como era, sólo visitó la iglesia de los Santos Pedro y Pablo.

En cuanto á Isidoro, por más que todavía joven, pues tendría entonces veintitres ó veinticinco años, se conquistó el aprecio de todo el senado y de las personas más distinguidas de Roma ; y no salió de allí sino dejando gravada una grande idea de su mérito en los corazones de cuantos lo habían conocido.

A su vuelta vivió inviolablemente adherido á san Atanasio, defendiendo generosamente la memoria de éste despues de muerto, lo mismo que la causa de su fe, de la cual no se había separado. Le hacia partícipe de los sufrimientos de los católicos causados por las perturbaciones que los arrianos producian en Alejandria, se retiraba con frecuentia al desierto de Nitria, donde su corazón le conducía, sea por librarse del tumulto de la villa, sea por conservarse en el espíritu de retraimiento y mortificación que habia adquirido desde el principio de su profesión religiosa.

Esto duró hasta que Theófilo ocupó la sede de Alejandria. Desde luégo este obispo le demostró todas las señales de confianza y afecto que hubiera podido desear, si hubiese buscado la estimación de los hombres. Lo deputó para Roma, donde sabía que era bien conocido, para tratar el grande hecho de la reconciliación de san Flaviano de Antioquia con el papa San Dámaso y los Orientales; y cuatro años despues le confió otro asunto que le interesaba personalmente, el cual era muy delicado, aunque de menos utilidad.

Theófilo sintió el agradecimiento que le debía por uno y otro hecho, y su afecto hacia Isidoro aumentó en tanto grado que habiendo fallecido Nectario, patriarca de Constantinopla, trabajó, sin saberlo él, para colocarlo en esta sede; lo que sin embargo no consiguió, por haber sido elegido san Juan Crisóstomo. Mas este reconocimiento, tan sólido en apariencia, sólo duró mientras Teófilo creyó reportar en ello alguna utilidad, pasando luégo de este gran afecto á tan vivo resentimiento contra Isidoro, que encendió su venganza teniendo fatales consecuencias.

Isidoro en su conducta sólo miraba á Dios. Tenía un corazón recto y la conciencia timorata, y de ningún modo la sacrificaba á las consideraciones humanas; y siendo el hombre más obsequioso con todo el mundo, y más aun con

su prelado, á quien estaba obligado á respetar por deber, era incapaz de esas bajezas, que solo tienen cabida en las almas egoistas ó pusilánimes, y que sólo se cometen á espensas de aquello que se debe á Dios y al propio honor.

Teófilo había concebido un tremendo odio contra el arcepreste de su iglesia llamado Pedro, y queriéndolo sacar, puso por pretexto que había admitido á la comunión una mujer maniquea sin que hubiese adjurado de su herejía. Pedro se defendió de esta acusación diciendo que él mismo la había reconciliado con la Iglesia, y que bajo este ejemplo la había admitido á la comunión.

Teófilo negaba este hecho diciendo que ninguna noticia de ello tenía; mas Pedro citó á Isidoro como testigo de lo que él proponía, é Isidoro, ausente entonces, siendo á su regreso llamado por Pedro para atestiguar la verdad, lo hizo tal como debía, librando á Pedro de la calumnia; lo que ofendió infinitamente al patriarca.

La segunda querella fué cuando Pedro é Isidoro no quisieron atestiguar que la hermana de este obispo había sido instituida heredera por un testamento, lo que no podían hacer sin faltar á la verdad. En fin, lo que acabó de colmar la animosidad de Teófilo contra Isidoro fué que una cualificada viuda entregó á este mil sueldos de oro, y le hizo jurar por la tabla sagrada que de ello compraría vestidos para los pobres de la villa, sin decirlo á Teófilo; porque ella sabía que este tenía la manía de edificar, y que si podía tener esta suma á su disposición, no faltaría en emplearla en construcciones inútiles que él hacía en la iglesia, y los pobres se verían privadas de ellas.

Isidoro empleó fielmente este dinero según las intenciones de aquella caritativa señora; mas Teófilo, quien por todas partes tenía espías, no pasó mucho tiempo sin saberlo. Lo hizo llamar, y al momento con fingida dulzura le preguntó que había sobre el particular. Isidoro respon-

dió según su integridad ordinaria confesando la cosa. Teófilo se irritó ; pero disimuló su resentimiento tomando sus medidas para vengarse. Pero no podía hacerlo por una acción que sólo merecía alabanzas : su artificio, pues, fué una vil calaurnia.

Dos meses despues reunió su clero, entre el cual también se encontraba Isidoro ; se dirigió á este y sacacando un papel, le dijo : « Há ya dieciocho años que recibí esta memoria contra de vos, pero mis ocupaciones me la hicieron olvidar ; por casualidad la he encontrado hojeando otros papeles ; á vos, pues, os toca responder á la acusación que contiene. » Nada menos que se trataba de un horrible crimen ; mas Isidoro seguro de su inocencia, no se desconcertó, é hizo recaer, por su justificación, toda la fealdad de la impostura sobre Teófilo : « Si ello es verdad, respondió Isidoro, que vos recibisteis esa memoria y que la olvidasteis entre vuestros papeles, cómo es que aquel que os la habia entregado, no la ha repetido ? » — « Se había embarcado, respondió Teófilo. »

— « Pero, replicó Isidoro, podía haberlo hecho despues de su regreso, despues de un año, de dos, de tres ; en una palabra ; si está presente, que venga, que reconozca su memoria y él mismo que se constituya en acusador. » Teófilo así apretado no se atrevió á pasar adelante, suspendiendo la cuestión para otro dia ; y en este intervalo conquistó un hombre joven para acusar á Isidoro, dándole por eso quince sueldos de oro. Este los llevó á su madre, la cual, sea por un principio de conciencia, sea por temor que Isidoro la persiguiese como calumniadora delante el gobernador, fué á encontrarle, y le explicó todo el artificio de Teófilo. El joven temiendo por otra parte las lejes y el resentimiento del patriarca, se refugió en la iglesia, é Isidoro se contentó con retirase á su casa en silencio y entregarse á la oración ; mas Teófilo no por eso abandonó el deseo de

vengarse. Hizo con su autoridad lo que no podía por una sentencia dada en forma. Condenó ocultamente á Isidoro expulsándolo de la Iglesia, con el vago pretexto de un crimen que el decoro no le permitía explicar.

Isidoro tan injustamente condenado y contra toda regla, creyó que en Alejandría para él no había seguridad, y aún temiendo que Teófilo atentase contra su vida, tomó la resolución de irse á la montaña de Nitria, donde, como que ya tenía más de ochenta años, se propuso emplear el poco tiempo que le quedaba de vida en los ejercicios de los solitarios, y allí en paz y silencio esperar el gran día en el cual Dios debe descubrir las conciencias de todos los hombres.

Los monjes de esta montaña le recibieron con grandes demostraciones de afecto, y se propusieron hagenciar su conciliación con el patriarca; pero tampoco tardaron en sentir ellos mismos los efectos de su venganza. Les consideró como criminales por haber recibido á Isidoro entre ellos, y sin moderación alguna les hizo una guerra sangrienta.

Nosotros no entraremos en detalles sobre esta tragedia, la cual se puede ver por estenso en la Historia eclesiástica, y aquí sólo formaría una digresión inútil. Diremos solamente que Isidoro buscó un asilo contra la persecución de Teófilo cerca de san Juan Crisóstomo y que murió en Constantinopla el año 403, de edad de ochenta y cinco años¹.

¹ Nosotros no podemos ver el argumento que nos demuestra que Isidoro el Hospitalario se hubiese enredado en los errores de Orígenes, por más que en otra parte hayamos dicho que este es el que fué acusado de ello, y no el abad Isidoro superior del monasterio de la Tebáida. Mas no disculpamos de ese error á algunos solitarios de la Nitria á quienes Teófilo persiguió como origenistas. La falta de este patriarca fué haber buscado satisfacer su venganza contra Isidoro más bien que castigar su error; el haber envuelto en un mismo castigo inocentes y culpables; de haber en el fondo querido satisfacer su odio; no habiendo podido manifestar las razones por no ser ellas legítimas; el haber hecho servir el origenismo de algunos solitarios por pretexto de su ven-

Paladio dice que, por más que fuera muy rico, al morir no testó. No dejó dinero, ni dió algo á sus hermanas que eran vírgenes y vivían en un monasterio, contentándose con recomendarlas á Jesucristo con estas palabras: « El Dios que os crió, proveerá en vuestras necesidades, como le plugo hacerlo en las mias. » En el monasterio donde estaban sus hermanas habían setenta religiosas.

Paladio dice también que él era joven cuando tuvo la dicha de conocer á Isidoro, de edad entonces de setenta años; que se dirigió á este para instruirse en la vida religiosa, y que conociendo Isidoro que en las efervescencias de la juventud no eran tan necesarios los discursos como el ocuparse en sujetar el cuerpo al espíritu por medio de la mortificación, lo condujo á un lugar conocido por las *Celdas* de los solitarios, distante de la villa cinco tiros de piedra, lo confió á un anacoreta llamado Doroteo, ordenándole que viviera tres años bajo su disciplina: pasado

ganza, tanto contra los inocentes como contra los culpables. Por otra parte, la conducta que el santo Crisóstomo observó para con los solitarios que buscaron en él un refugio, en frente de los cuales estaba Isidoro; el anatema que ellos fulminaron contra la herejía de que se les acusaba; la manera como, después de una pequeña sumisión, Teófilo se reconcilió con ellos en Calcedonia durante el consilio de Chena, en donde los restableció en la comunión de la Iglesia, sin entrar en discusión de su fe, ni hablar siquiera de los libros de Orígenes; todo esto es un fuerte prejuicio en favor de estos solitarios? En fin, si el Isidoro, de quien venimos hablando, es aquel del cual hace memoria la Iglesia en 15 de enero, de ningún modo se podrá dudar de la pureza de su fe y de su inocencia. Y si bien es verdad que sobre eso san Gerónimo es contrario de nuestro parecer; también lo es que, por más que nosotros respetamos infinitamente el celo de este gran Santo en defender el dogma contra los errores de Orígenes, en esto pudo fácilmente ser sorprendido con motivo de aquellos que Teófilo acusaba, y comprender bajo una misma acusación tanto á los solitarios inocentes como á los verdaderos origenistas: pues este santo doctor se dejó igualmente sorprender por Teófilo contra san Juan Crisostomo, hasta el extremo de traducir en latin una obra que este obispo habia compuesto en griego contra la memoria de este Santo.

este tiempo volvió á encontrarle para instruirse en lo restante de la conducta espiritual.

Este Deroteo era Tebaido, y había sesenta años que moraba en una caverna cuando Isidoro le confió el cuidado de Paladio Su modo de vivir era muy duro y difícil de soportar. Durante el día lo mismo que durante el más fuerte calor del medio día, recogía piedras en el desierto que estaba en la orilla del mar, con las cuales construía celdas para aquellos que no se las podían construir, edificando una todos los años.

Paladio un día le hizo presente como atropellaba su cuerpo fatigándolo en edad tan avanzada con los trabajos excesivos y calores insoportables ; pero él le respondió : « Lo quiero atormentar, porque él me atormenta á mí. » Vivía con tanta sobriedad que su alimento consistía en seis onzas de pan por día con un pequeño puñado de hierbas, no bebiendo más que un poco de agua.

En todo el tiempo que Paladio vivió cerca de él, nunca le vió estender sus piés, ni meterse en la cama para dormir ; sino que estando sentado pasaba la noche haciendo cuerdas de corteza de palmera para ganar su vida con el trabajo de sus manos y sólo trabajando ó comiendo dormitaba alguna vez cuando se sentaba rendido por las ganas de dormir. Paladio confiesa que no concibiendo como podía soportar un género de vida tan austera, llegó á pensar si sólo vivía así cuando él estaba presente. Tomó informes de muchos solitarios que habían sido sus discípulos, quienes vivían despues á su manera en singular virtud ; y le respondieron que había vivido así desde sus primeros años. En otra ocasión Paladio queriendo, en cierto modo, obligarle á acostarse un rato encima una estera de juncos á fin de descansar, le dijo, como mostrándosele de mal agrado : « Cuando vos persuadireis á los ángeles el dormir, lo podréis persuadir á aquellos que quieren progresar en la virtud. »

Por último, dice el mismo autor, un día á la hora de nona me envió á sacar agua de su pozo. Como yo me aproximase al pozo, ví dentro un áspid, el que me atemorizó tanto que al momento me dirigí hacia él, y le dije : « ! Ah ! Padre mío, estamos perdidos : he visto un áspid dentro del pozo. El moviendo la cabeza se sonrió, y con toda dulzura me respondió, pues él me trataba con extrema bondad : « Si el demonio excogitara el tirar áspides y otras bestias venenosas á todos los pozos y fuentes, por ventura ya no beberiais más ? » Se levantó enseguida, se fué al pozo, y armándose con la señal de la cruz dijo : « Toda la malicia del demonio queda desarmada en presancia de la cruz. » Al mismo tiempo tomó agua y bebió en ayunas.

SAN SERAPION EL SINDONITA ¹.

La conducta de este santo solitario desdel principio pareció tan extraordinaria á los que ignoraban las diferentes rutas por las cuales el espíritu de Dios conduce á sus elegidos, que fueron tentados de confundirla con la de aquellos monjes vagabundos que no tenían otra regla que el capricho y la inconstancia de su corazón.

Pero hay en el mundo ciertas demencias que á los ojos de Dios son altas sabidurias. Hay conductas opuestas á la prudencia humana que Dios las justifica con las maravillas de su gracia y de sus prodigios. Hay, por fin, ciertos estados de virtud que durante algún tiempo permanecen ocultos á los ojos de los hombres por ser excepciones á las reglas ordinarias, con los cuales Dios manifiesta la verdad por la gloria de sus Santos, quienes no se han hecho des-

¹ Paladio — Los Bolanditas — *Vitæ Patrum*.

preciables al juicio del mundo más que para dar al Señor una gloria más pura y más desgajada de todo interés propio.

Esto es lo que se debe considerar leyendo la vida de san Serapión el Sindonita para distinguirle de esos religiosos errantes, que pasando de una provincia á otra sin jamás detenerse en ningún monasterio ni en ninguna celda han sido justamente condenados por los ancianos Padres de la soledad. Si Serapión tuvo las apariencias de aquellos yendo de un lugar á otro, no tuvo ni su inestabilidad ni sus defectos. El espíritu de Dios le animó y le acompañó por todas partes, y siempre pareció que su conducta, aunque extraordinaria, era una verdadera sabiduría evangélica.

Era de Egipto, é hizo profesión de la vida solitaria. Aunque no hubiese estudiado; no por eso dejó de aprender de memoria toda la sagrada Escritura. Se le dió el nombre de Sindonita, porque habiéndose despojado de todo, no había querido poseer más que una camisa de tela ordinaria sólo para cubrirse. Este admirable desprendimiento de todas las cosas junto á la austeridad de su vida le hizo llamar Serapión el Impasible.

La continua meditación de las santas Escrituras hizo tan profundas impresiones en su corazón, que no pudiéndose retener en el descanso de su celda, salió de ella, dice Paladio por quien tenemos su historia, no por algún deseo terrestre, sino por sentirse obligado á abrazar una vida apostólica. A lo cual podemos añadir que Dios queriéndose servir de él para la conversión de muchos pecadores, lo hizo pasar á diferentes lugares según los designios de su Providencia.

Se puso á viajar por países diversos, conservando en cualquier parte que estuviera, el espíritu de pobreza, de retiro y mortificación de un verdadero solitario. Habiendo llegado á cierta villa que su historia no nombra, se vendió

á unos comediantes estraangeros por el precio de veinte escudos, que no se descuidó de esconder y guardar. Este proceder tan fuera de propósito, según las apariencias, no tardó en redundar en gloria de Dios, manifestando la pureza de intención de su servidor. Mientras servia á estos comediantes no comia más que pan no bebiendo más que agua; continuaba meditando las santas Escrituras, y guardando gran recogimiento. Asi, sea por la santidad de su vida, sea por lo que él les decia de vez en cuando, tuvo el consuelo de hacerlos cristianos, y hacerlos abandonar el teatro. El marido fué el primero á quien Dios tocó el corazón; la mujer se convirtió algún tiempo despues, y por fin toda la familia siguió el mismo ejemplo. La conversión cambió muy pronto la disposición de sus corazones hacia Serapión. A medida que recibieron el santo bautismo y abrazaron una vida honesta y cristiana, fueron conociendo más su virtud, y en lugur de permitir como antes que les lavase los piés, ya no quisieron tenerlo como esclavo dándole todas las muestras de respeto y reconocimiento que merecian su piedad y la gracia de hacerse cristianos que él les habia obtenido del Señor.

« Es bien razonable, le dijeron, hermano nuestro, que nosotros, os redimamos poniéndoos en libertad, ya que vos habeis sido el primero en librarnos á nosotros de tan cruel servidumbre. »

A lo que él respondió: « Ya que plugo á Dios obrar en vuestro favor, y habiendo correspondido á su gracia, vuestras almas han entrado en el camino de la salvación, os contaré la verdad del hecho. Siendo Egipcio de nación, libre de nacimiento y consagrado al servicio de Dios, la compasión que tenía del error en que estabais y de la ruina que os era inevitable, me hizo resolver á venderme á mí mismo para procurar vuestra salud. Pues, ya que Dios se ha dignado concederosla sirviéndose para eso de mi miseria,

tomad de nuevo vuestro dinero, y permitidme que me retire á fin de ir á socorrer á otros. »

Bien lejos de querer volver á tomar su dinero, lo que les couvencia cada dia más de la santidad y desprendimiento de Serapión, le conjuraron á que no les dejase pretextando que ya le consideraban como su padre y maestro ; pero no pudiéndolo conseguir, le suplicaron que al menos diera aquel dinero á los pobres, por cuanto no les convenia emplearlo para sí mismos, habiendo sido la causa de su salud. Mas Serapión se defendió, alegando por razón que este dinero no le pertenecia, que era de ellos quienes, por sí mismos lo podian distribuir entre los pobres, y que, en cuanto á él, no queria hacer limosna con los bienes de otro. Así se vieron precisados á dejarle partir ; pero suplicándole que al menos fuese á verlos una vez cada año.

Despues de este acto de caridad practicó otro casi semejante, que está relatado en la Vida de san Juan el Limosnero. El caso es que habiéndole una pobre viuda pedido limosna asegurándole que sus hijos padecian hambre y miseria, él movido por piedad y en la imposibilidad de socorrerla, le dió el dinero que habia recibido de unos comediantes griegos á quienes se habia vendido otra vez ; y Dios bendijo tan cumplidamente su caridad, que mereció convertir á estos en pocos dias, del mismo modo que habia convertido á los otros.

Se hubiera dicho que sólo pasaba de un estado á otro para hacer actos de caridad siempre más heroicos y extraordinarios. Estos nuevos amos á quienes habia librado de la servitud del pecado, le dieron, volviéndole la libertad, un manto con una túnica y un libro de los Evangelios. Mas no tardó en volver á su primera desnudez ; pues dió el manto á un pobre que encontró en su camino, y un poco despues habiendo encontrado otro todo transido de frio, le dió la túnica, quedándose con la ordinaria camisa

de que hemos hablado, que no le cubría más que á medias, y con el libro de los Evangelios.

Un hombre que le vió en este estado le preguntó quien lo habia despojado así: Es aquel, de dijo, mostrándole el libro de los Evangelios.

Tomó despues un discípulo á quien probó de formar en la vida evangélica tanto con su ejemplo como con sus instrucciones. Con ocasión de este precioso libro de los Evangelios le dió una perfecta lección de desprendimiento; pues habiéndole también vendido para dar su precio á los pobres, como el discípulo que quería leerlo, le preguntara que se habia hecho, le respondió. « Creedme, hijo mio, es aquel que me dijo: Vended cuanto tengais y distribuidlo á los pobres, yo lo he también vendido para socorrerlos, para que en el dia del juicio nos pudiéramos presentar con mayor confianza. »

San Juan el Limosnero, que vivía doscientos cincuenta años despues de san Serapion, y que leia muchas veces las *Actas de los Santos Padres*, en particular de aquellos que más se habian distinguido en la virtud de la caridad, leyendo un día esos rasgos de la vida de Serapion se conmovió hasta derramar lágrimas. No podia dejar de admirar la industria de una caridad que lo habia llevado al punto de despojarse de todo para socorrer á los pobres; más aun, á venderse á si mismo. Penetrado por un ejemplo tan conmovedor reunió los intendentes y limosneros de su casa, y despues de haberlos leido esos pasajes, les dijo que andaban muy engañados como también él, si se habian creido haber hecho algo de consideración dando á los pobres el dinero y los muebles que tenía en su casa; que sabia bien que se podia vender todo lo que poseian para con eso socorrerlos, pero que aun no conocía esa perfección de la caridad que habia inducido á este gran Santo á venderse á si mismo por ellos.

Los rasgos de caridad que san Juan el Limosnero ensalzaba aquí, no se hallan en la narración de Paladio, lo que prueba que habia otra historia de san Serapion más detallada que la que nos ha dado el autor. Despues de muchos otros viajes que el Santo hizo, tanto al Egipto como á otras provincias del imperio, pasó á Grecia llegando hasta Atenas. Allí estuvo tres dias sin que nadie le diera un pedazo de pan. El jamás llevaba dinero, ni muchilla, ni piel de oveja, según la costumbre de los solitarios, ni aun bastón. Despues de cuatro dias se sintió oprimido por el hambre. Hallándose en tal extremo, se fué al lugar más elevado de la villa, en donde gran número de personas de consideración de ordinario se reunian, y exhalandos suspiros acompañados de lágrimas exclamó: « Ciudadanos de Atenas, socorredme por piedad. » Algunos filósofos que allí se encontraban, gente siempre ávida de cosas nuevas, acudieron al momento, preguntándole de donde era y que necesitaba. El les respondió. « Soy egipcio de nación y solitario de profesión. Desde que estoy ausente de mi verdadera patria, me he visto acometido por tres acreedores, de los cuales los dos me han dejado en paz despues de haberlos satisfecho, no teniendo nada más que pedirme; pero no puedo encontrar medio de deshacerme del tercero. »

« Dónde están, pues, esos acreedores, le dijeron los filósofos? hacedlos venir para que podamos socorrerlos. » Estos, las respondió, son la avaricia, el amor á los placeres y el hambre. Los dos primeros me han dejado porque en el mundo ya no poseo cosa alguna, y he renunciado á toda suerte de delicias; pero no he podido deshacerme del hambre, y haciendo cuatro dias que no he comido, mi estómago me pide su alimento ordinario, sin el cual no viviría. »

Estos filósofos dieron poca fe á esto que acababa de decir. No obstante le dieron una moneda de plata, que al ins-

tante puso sobre la mesa de un panadero, tomando sólo un pan, saliendo despues de la ciudad á donde no volvió más : esto les hizo entender que aquel era hombre de verdadera virtud. Pagaron, pues, el pan al panadero, y recogieron la moneda.

El se fué de Atenas al vecindario de Lacedemonia, en donde habiendo sabido que uno de los principales de la ciudad, hombre por otra parte de buenas costumbres, estaba desgraciadamente comprometido con todo su familia en los errores de los maniqueos, se propuso convertirle, y se vendió á él como se habia vendido á los comediantes. Le sirvió fielmente durante dos años, al cabo de los cuales los sacó á todos de esta herejia conduciéndolos á la iglesia. Quedaron tan penetrados de reconocimiento y estimación por su virtud, que ya no le miraron más como esclavo, antes bien le honraron como á padre espiritual, y le amaron como hermano en Jesucristo, alabando y sirviendo á Dios con él.

Habiendo así cumplido su misión para con ellos, no tardó en devolverles el dinero por el cual les habia vendido su libertad, cuyo medio le procuró la Providencia ; y habiéndoles exhortado con mucho celo en la perseverancia en la verdadera fe y servicio de Dios, este hombre incomparable, que con razon, dice un historiador, se puede considerar como un diamante espiritual, se volvió á Alejandria, donde se metió en un buque que se hacia á la vela para Italia, con intención de ir á Roma. Los marineros creyendo que traia con que pagar, lo recibieron sin dificultad, pensando cada uno que alguien entre ellos habia recogido sus vestidos ; y como hubieran hecho cerca de quinielos estadios y el sol estuviera cerca el ocaso, los pasajeros empazaron á comer, escepto él ; eso lo atribuyeron de un principio á la incomodidad que causa la navegación, creyéndolo así hasta el tercer á cuarto día ; mas al quinto viendo que tampoco comia, le preguntaron la causa, y él les respondió que

no tenía que comer. Los marineros entonces quisieron saber unos de otros quien había recibido los vestidos y si había pagado el viaje, y viendo que no tenía vestidos ni dinero, empezaron á reñirle. A lo que él les contestó que, si querían, podían volverle allí de donde lo habían sacado.

Esta respuesta no les enfadó, al contrario que pareció que ellos temían enfadarle. « Tenemos, le dijeron, un viento favorable, y no os volveríamos donde os hemos encontrado, aunque nos dieseis cien escudos. » Lo guardaron, pues, en el buque manteniéndolo hasta Roma.

A su llegada se informó sobre los religiosos más eminentes en piedad que hubiera en la ciudad, trabó conocimiento entre otros con uno llamado Domnión, personaje muy docto en las cosas espirituales, y que estaba reputado como varón de acrisolada virtud y de una vida muy austera; también se decía que había hecho milagros; y después de su muerte, su cama sirvió para curar muchos enfermos. Serapión quedó muy edificado de sus coloquios, habiendo recibido de él excelentes consejos para su perfección.

En fin, después de otras muchas y admirables acciones que prueban su perfecto desprendimiento de las cosas del mundo, san Serapión murió á la edad de sesenta años á principios del siglo quinto.

MATOEÉ, MOTIO É ISAAC, SU DISCIPULO¹.

Hay autores que de los solitarios Matoé y Motio han hecho un solo personaje á quien han llamado Muthué y Motoé; pero son muy diferentes; porque Motio y su discípulo Isaac fueron obispos, y Matoé sólo fué sacerdote.

¹ Vit. PP. Cotelier, Bulteau.

Aquí, pues, los distinguiremos empezando por el abad Matoé.

No se sabe con precisión en que lugar fué educado en la vida monástica. Sólo sabemos que estaba unido por amistad con Juan solitario de las Celdas ; pero no moraban juntos.

El abad Jacob habiendo ido á verle díjole que queria ir á los Celdas : « Si vais allá, le dijo Matoé, os ruego que saludeis de mi parte al abad Juan. » No faltó en eso, y Juan hablando de Matoé le contestó : « Es ese un verdadero Israelita en el cual no hay dolo. » Al año siguiente Jacob volvió otra vez á visitarle, y haciéndole saludo de parte del abad Juan, le relató cuanto habia dicho de ventajoso sobre él. « No merezco, contesto Matoé, tal elogio ; pero sabed que cuando oigais que un anciano con sus alabanzas ensalza á otro más que á sí mismo, habeis de pensar que aquello es una prueba de gran virtud, porque es propio de la perfección preferir siempre los otros á sí mismo. »

Por algunas sentencias que de él tenemos parece que tenía reputación de un padre muy espiritual, y que frecuentemente era consultado por los otros hermanos. Esó no impidió que él se conservase hasta el fin de sus dias en los más humildes sentimientos de si mismo ; lo que le hizo decir un día : « Cuando era joven creia que un día quizás podría hacer algún progreso en la virtud ; pero ahora que soy viejo veo que ningún bien he hecho. »

Se puede presumir que habia llegado á una íntima unión con Dios, si se ha de juzgar por una sentencia muy edificante que solia pronunciar. « Cuanto, decía él, un hombre se aproxima á Dios, tanto re reconoce pecador, á ejemplo de Isaias, quien habiendo tenido la dicha de verle, se reconocia por un miserable é inmundo. » Lo que más prueba su humildad es que no queria que se hiciese mérito del retiro tan estricto que ordinariamente guardaba.

Eso lo decía á un hermano que le habia ido á consultar sobre la dificultad que tenia en moderar su lengua. « Dame, Padre mio, un medio para moderar mi lengua, le decía este hermano ; pues me causa mucha inquietud. Apenas me encuentro con los otros que no puedo dejar de censurar á unos, y reprender á otros ? El le contestó : « El mejor medio es que os retireis á un lugar donde podais vivir solo. La soledad es la medicina propia para vuestra flaqueza. Por lo demás cuando vivimos con los otros hermanos no debemos ser cuadrangulares, es decir, difíciles de mover ; sino que debemos ser redondos, y por consiguientes fáciles á rodear hacia todos los actos officiosos de caridad. Por lo que á mi toca, añadió, no penseis que la vida solitaria que llevo sea un efecto de mi virtud ; al contrario prueba una gran flaqueza y que no soy capaz á conservarme entre los hombres. »

A un hermano que le pidió una palabra de edificación, le encomendó que evitase toda contestación, que se exitase en sentimientos de compunción, representándose que estaba próximo á su fin. A otro le dió también los siguientes consejos : « 1° Pedid á menudo al Señor que os haga bien humilde, y os dé lágrimas para llorar vuestros pecados, los cuales representaréis con frecuencia en vuestra memoria para mejor exitaros á contrición ; 2° nunca os tomeis la libertad de juzgar á los otros, y en espíritu poneos siempre debajo de los otros ; 3° no os familiariceis con niños ni con mujeres, y nunca contraigais amistad con los herejes ; 4° poned un freno á vuestra lengua, y no le deis demasiada libertad ; 5° Sed sobrio en la comida y aún más respecto al vino ; 6° no dispusteis con nadie ; pero si veis que la idea que él sostiene es buena, decid como él ; si no es buena, contentaos en contestarle que cada uno puede pensar como quiera, y no disputeis más. Esta es buena práctica de humildad. »

Quería que se fuera discreto, sobre todo al principio, cuando á veces uno se deja arrastrar tanto del fervor que despues se ve obligado á pararse. « Quiero más, decía él, ejercicios moderados y que duren, que no emprenderlos al momento muy laborios en cuya prosecución se relaja por no poderlos sostener.

« El demonio, decia, no conoce positivamente á que vicio se dejará arrastrar el alma que quiere seducir; pero pone en élla la semilla de muchos, una veces de malos pensamientos, otras, de detracción á de otros pecados. Cuando ve que tiene más propensión á uno de estos vicios, tiende su redes por este lado. »

Un hermano fué á manifestarle la pena que sentía por tener que adelantar la hora ordinaria de los solitarios para la comida, cuando iban á verle los hermanos; á lo que le contestó: « Bueno es que vos sintais pena: hacedlo sin embargo por caridad por la necesidad que ellos tienen; pero si cuando no hay estrangero, comieseis antes de la hora, entonces sería que por vuestra propia voluntad faltariais á la costumbre de los solitarios, y por tanto seriais culpable. »

Tales eran los consejos de humildad, mortificación y prudencia que el abad Matoé daba á los que recorrian á él para instruirse en sus deberes; y ninguno daba que él no practicase. Pasó algún tiempo en el desierto de Raïthe en la Arabia, desde donde se fué á Magdol cerca de Damietta con otro religioso. El Obispo del pais, quien conocia lo mucho que valía, se sirvió de esta favorable ocasión para retenerle y ordenarle de presbítero. Despues de las ceremonias se quedó con él y conversando le dijo: « Perdonadme, Padre mío, si he violentado vuestra virtud elevándoos al sacerdocio. Bien lo veía que era contra vuestra voluntad; pero en eso mismo he querido obtener vuestra bendicion. » Matoé con humildad le contestó, que era positivo

que su corazón estaba bien lejos de desear el honor del sacerdocio ; pero que aquello que le causaba nueva pena era que por eso se encontraba separado del religioso que vivía con él. « Si creéis, le dijo el obispo, que sea digno del carácter sagrado, tambien le ordenaré de sacerdote. » — « No lo sé, replicó, Matoé, si es digno ; lo que sé que es mejor que yo. » En vista de esta contestación el obispo tambien lo ordenó ; pero ni uno ni otro se quisieron jamás aproximar al altar para ofrecer el sacrificio ; lo que hicieron movidos por un extraordinario sentimiento de humildad. Pues Matoé considerando por una parte la terrible grandeza del ministerio que está confiado á los sacerdotes, y por otra su bajeza á causa de los sentimientos de menosprecio que tenia de sí mismo, decia : « Espero confiadamente que Dios en el dia del juicio no me reprochará por no haberme atrevido despues de ordenado á ofrecer el santo sacrificio ; porque el sacerdote ha de ser santo, y yo me conozco demasiado para creerme que lo sea. »

El abad Motio primeramente edificó una pequeña celda cerca de una ciudad de Egipto llamada Heraclea, en la cual moró algún tiempo ; pero hallándose importunado por las visitas que le hacían, se trasladó á otra parte para vivir en mayor retiro. Mientras se acariciaba de ocuparse con más tranquilidad de espíritu en los ejercicios de su estado, el demonio suscitó contra él un falso hermano del vecindario, á quien inspiró tan grande celosía contra aquel, que no cesó de hostigarle y molestarle mucho.

Motio creyó que el mejor modo de curar á este humano de su celosia era cederle la plaza retirándose á otro lugar. Se volvió á la aldea en donde había nacido. edificando allí una celda en la cual se encerró complectamente. Sin embargo los ancianos del desierto que habia dejado, conociendo el motivo quisieron reconciliarle con el causante, y habiéndolo cogido se fueron juntos á la aldea. Cuando hubieron

llegado á cierta distancia, le dijeron que se parase cerca de otro solitario, llamado Sores que allí moraba, dándole sus mantos de piel que ellos llevaban para que se los guardase, esperando así que ellos hubiesen prevenido á Motio. Despues continuaron su viaje hacia la celda ; y despues de haber llamado á la puerta, Motio contestando desde la ventana, preguntóles que habian hecho de sus mantos. Los hemos dejado, le dijeron, en la celda del abad Sores en manos del hermano, nombrándole al mismo tiempo. Apenas oyó nombrarle, tomó un hacha, rompió la puerta de su reclusión, y sin detenerse con estos ancianos, corrió hacia su enemigo, se humilló antes que él abrazándole tiernamente ; despues lo introdujo con los otros en su celda, donde despues de haberlos tratado del mejor modo que pudo durante tres dias, volvió en compañía de ellos á la celda que había dejado en aquella ocasion.

Así es como este santo solitario supo practicar las máximas de humildad y caridad que inspiraba á los otros ; pues decía que la verdadera humildad consistía en perdonar fácilmente les ofensas que nuestros hermanos nos hubiesen hecho, y que era necesario prevenirlos sin aguardar satisfacciones. Añadia que era propio de este virtud no irritarse contra los otros, y no darles ocasion que ellos se irritasen por nosotros.

A un hermano que le pedía como se debía conducir cuando moraría con otros hermanos, como se había propuesto, también le dió este exelente consejo : « Si vos deseais retiraros con otros hermanos, no busqueis adquirir fama, diciendo que quereis vivir retirado de los otros, ó que no quereis comer como los otros ; eso sólo os haría considerar como un religioso más recogido ó más austero, y seria como lo seriais menos, porque estariais molestado por las visitas ; pues los hombres corren en seguida, cuando oyen contar algo extraordinario de alguien.

« Tened, pues, por máxima en cualquier lugar que os retireis, desdel punto que estéis con personas bien reguladas y sólidamente piadosas, el conformaros á sus usos sin buscar el distingueros en prácticas singulares : con eso os hallaréis al nivel de los otros ; no atraeréis hacia vos las miradas de nadie, porque quedaréis confundido con éellos por la misma regla de conducta, y evitando las redes de la vanidad, os conservaréis en la humildad. »

Dios que se complace en exaltar á los humildes mientras ellos buscan la humildad, honró á Motio con el don de milagros, y fué consagrado Obispo. Tovo un discípulo llamado Isaac, quien fué igualmente consagrado obispo por san Cirilo de Alejandría ; pero nada sabemos de las circunstancias de su consagración, ni tampoco de las sillas que ocuparon.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE

	Paginas
Noticias sobre la situacion de la Iglesia en la primera mitad del siglo v.	1
De los solitarios de Ferma.	5
Del desierto de Scete y de San Macario de Egipto.	17
Doctrina espiritual de San Macario de Egipto.	44
El abad Isaías y sus consejos espirituales.	60
El abad Serapión y el abad Sereno.	74
El abad Agatón.	91
El abad Isidoro, sacerdote y solitario.	102
Pafnucio Céfalo.	107
Pafnucio Búbalo, sacerdote y solitario.	114
El abad Daniel.	127
San Moisés el Etiope.	134
Doctrina espiritual de San Moisés el Etiope.	151
De Moisés el Libiense y de otro Moisés.	157
Del abad Isaac.	157
San Pemén y sus hermanos.	195
Doctrina espiritual de San Pemén.	237
San Bessarión y Dulas su discípulo.	256
El venerable Juan el Nano.	265
San Arsenio.	281
Los discípulos de San Arsenio.	316
Los solitarios Romano, Aquiles y Senulfo.	327
Juan, Elias, Theonas, ecónomos de Scete.	336
De diversos religiosos de Scete.	353
Del desierto de Porfirión y de Calamia.	390

Tercera parte.

SOLITARIOS DE EGIPTO.

Vida ascética de San Atanasio, Draconcio y Serapión, monjes y obispos.	
Viage del bienaventurado Juan Casiano y del abad Germán.	
El obispo Archebe y el abad Cheremón.	
El abad Nesteros.	
El abad José, anacoreta de Panefisa.	
El abad Pynufio.	
Desierto de Diolque.	
El abad Pablo, Juan anacoreta y despues cenobita.	
De algunos solitarios llamados Juan.	
El abad Maquete y el abad Abraham, por sobrenombre el Niño.	
Eulogio de Alejandria, Teodoro, Lucio, Ciro y otros solitarios de Egipto.	
Isidoro el Hospitalario y Doroteo el Tebano.	
San Serapión el Sindonita.	
Matoé, Motio, Isaac, su discípulo.	

FIN DEL INDICE DEL TOMO SEGUNDO.

394
402
424
439
448
458
471
480
487

493

504
515
524
531